

Contemporánea

**SALMAN
RUSHDIE**
**El último
suspiro del
Moro**

DEBOLSILLO

Annotation

Saludada por la crítica como la mejor obra de su autor hasta la fecha, *El último suspiro del Moro* crea, a partir del caos cultural de Bombay, una metáfora universal sobre la decadencia del mundo contemporáneo. Pero también un himno al amor y a la belleza del mundo. Y un alegato contra las fronteras que separan a los países y a los individuos...

Utilizando de manera personalísima los recursos del realismo mágico esta saga familiar que recorre todo el siglo XX, combina genialmente lo cómico y lo fantástico, la invención y la narración histórica, y crea, con todo ello, un conjunto desbordante de vitalidad.

- [I.](#)
 - [1](#)
 - [2](#)
 - [3](#)
 - [4](#)
 - [5](#)
 - [6](#)
 - [7](#)
 - [8](#)
- [II.](#)
 - [9](#)
 - [10](#)
 - [11](#)
 - [12](#)
 - [13](#)
 - [14](#)

- [15](#)
 - [III.](#)
 - [16](#)
 - [17](#)
 - [18](#)
 - [IV.](#)
 - [19](#)
 - [20](#)
 - [AGRADECIMIENTOS](#)
 - [GLOSARIO](#)
 -
 - [notes](#)
 -
-

Salman Rushdie

EL ÚLTIMO SUSPIRO
DEL MORO

FB2 Enhancer

Título original: *The Moor's Last Sigh*

Traducción: Miguel Sáenz

© 1995, Salman Rushdie

© 2011, Random House Mondadori, S.A.

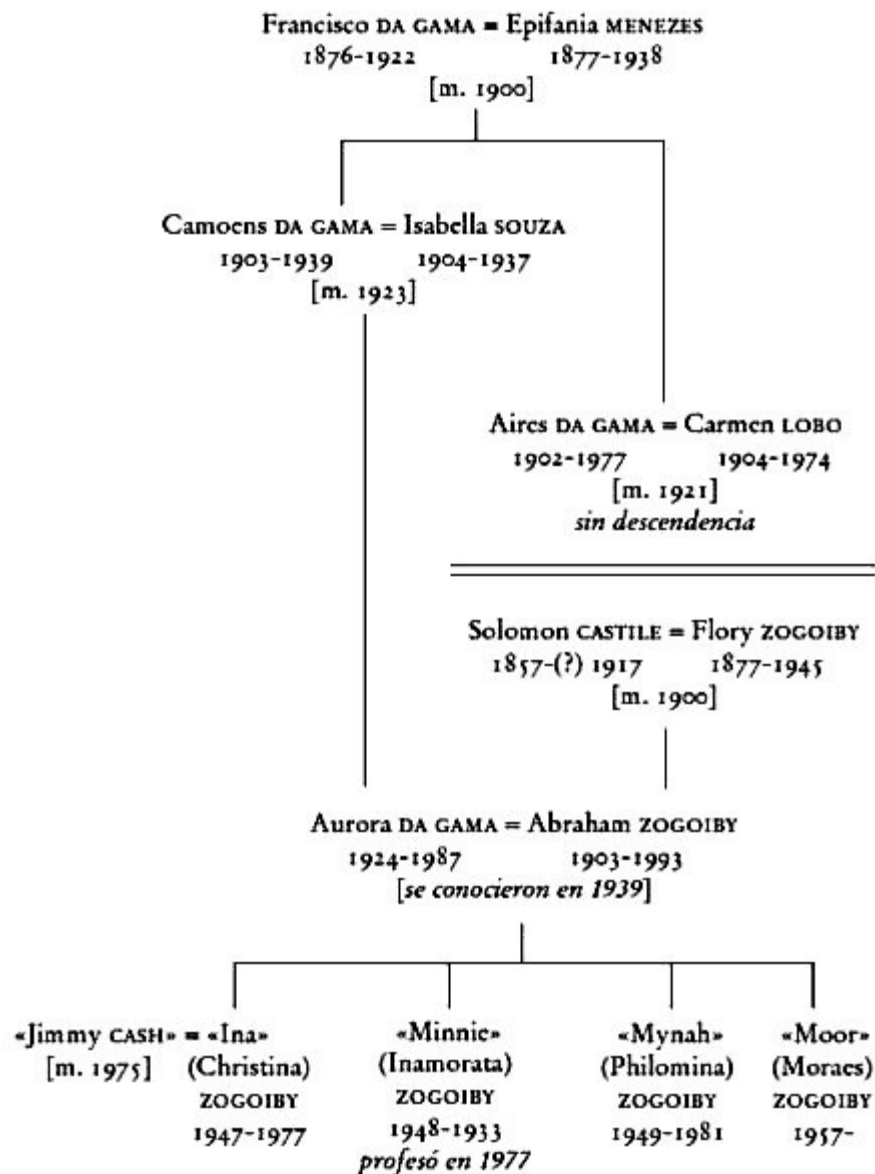
Edición digital: marzo de 2011

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 978-84-9989-175-0

Para E. J. W.

*Árbol genealógico
de la familia Da Gama-Zogoiby*



I.
UN HOGAR DIVIDIDO

He perdido la cuenta de los días transcurridos desde que huí de los horrores de la demente fortaleza del pueblo andaluz de Benengeli; escapé de la muerte al amparo de la oscuridad y dejé un mensaje clavado en la puerta. Y desde entonces, a lo largo de mi camino hambriento y envuelto en la calima, ha habido otros montones de papeles garrapateados, martillazos y exclamaciones agudas de clavos de dos pulgadas. Hace tiempo, cuando era joven e inexperto, mi amada me dijo con cariño: «Oh, Moro, extraño hombre negro, siempre con la boca llena de tesis y sin una mala puerta de iglesia en que clavarlas.» (Ella, que se autodeclaraba india devotamente poco cristiana, bromeaba con la protesta de Lutero en Wittenberg, para tomar el pelo a su amante cristiano, decidida y devotamente indio: ¡cómo viajan las historias, en qué bocas acaban!) Desgraciadamente, mi madre la oyó; y disparó su dardo, rápida como una serpiente al morder: «Quieres decir tan llena de heces.» Sí, madre, tú tienes la última palabra también en ese tema: como en todo.

«Amrika» y «Moskvá», las llamó alguien alguna vez, Aurora mi madre y Uma mi amor, apodándolas como las dos grandes superpotencias; y la gente decía que se asemejaban, pero a mí nunca me lo pareció, no me lo parecía en absoluto. Las dos están muertas, por causas no naturales, y yo en un país lejano con la muerte a mis talones y su historia entre mis manos, una historia que he estado crucificando en una puerta, una valla, un olivo, extendiendo, por este paisaje de mi último viaje, la historia que me señala. En mi carrera, he convertido al mundo en mi mapa pirata, con todas sus pistas que conducen («la X indica el lugar») al tesoro que soy yo. Cuando mis perseguidores hayan seguido el rastro, me encontrarán esperándolos, sin quejarme, jadeando, dispuesto. *Aquí estoy. No hubiera podido hacer otra cosa.*

(Mejor: aquí estoy sentado. En esta selva oscura —es decir, en este monte de los Olivos, dentro de este grupo de árboles, observado por las

cruces de piedra burlonamente inclinadas de un pequeño cementerio lleno de maleza y algo adentrado en la ruta de la estación de gasolina del «Último Suspiro»—, sin contar con Virgilio ni necesitarlos, en lo que debería ser la mitad del camino de mi vida, pero, por razones complejas, se ha convertido en el final del camino, me derrumbo exhausto, carajo.)

Y sí, señoras, se han clavado muchas cosas. Por ejemplo, la bandera al mástil. Pero, después de una vida no tan larga (aunque chillonamente coloreada), siento que estoy libre de tesis. La vida misma es crucifixión suficiente.

Cuando se te está acabando el gas, cuando casi se ha extinguido el soplo que te impulsa, ha llegado el momento de confesarte. Llámalo testamento o como quieras, a tu (última) voluntad; el Salón de las Postrimerías de la vida. De ahí este aquí-estoy-o-aquí-me-siento con las frases de mi vida clavadas al paisaje, y las llaves de un fuerte rojo en el bolsillo, estos momentos de espera antes de la rendición final.

Por ello, resulta ahora apropiado cantar los finales; de lo que fue y no puede ya ser; de lo que estuvo bien en ello, o mal. Un último suspiro por un mundo perdido, una lágrima por su desaparición. También, sin embargo, una última ovación, una escandalosa madeja de historias larguísimas (las palabras tendrán que bastar, a falta de medios audiovisuales) y una serie de canciones alborotadoras para despertar. El relato de un Moro, lleno de ruido y de furia. ¿Lo queréis? Bueno, pues aunque no lo queráis. Y, para comenzar, pasadme la pimienta.

—*¿Qué dices?*

Hasta a los árboles se los sorprende hablando. (Solos y desesperados, ¿no habéis hablado a las paredes, a vuestro chucho idiota, al vacío?)

Repito: la pimienta, por favor; porque, si no hubiera sido por los granos de pimienta, lo que ahora es un final en Oriente y Occidente podría no haber comenzado nunca. Pimienta es lo que trajeron los altos barcos de Vasco da Gama a través del océano, desde la Torre de Belém de

Lisboa hasta la costa de Malabar: primero a Calicut y, luego, por su puerto de laguna. Los ingleses y franceses siguieron la estela de aquel portugués primer llegado, de forma que, en el período llamado Descubrimiento de la India —¿cómo podían descubrirnos si no estábamos cubiertos?— fuimos «no tanto un subcontinente como un subcondimento», como decía mi ilustre madre.

—Desde el principio, lo que quería el mundo de la maldita madre India estuvo clarísimo —decía—. Vinieron buscando algo picante, como cualquier hombre que se va de putas.

Mi historia es la de la caída en desgracia de un mestizo de alta cuna: yo, Moraes Zogoiby, llamado «el Moro», durante la mayor parte de mi vida único heredero varón de los *crores* de las especias-y-altas-finanzas de la dinastía Da Gama-Zogoiby de Chochin, y de mi destierro de lo que tenía todo el derecho a considerar mi vida natural, por mi madre Aurora, de soltera Da Gama, la más ilustre de nuestros artistas modernos, una gran belleza que era también la mujer de lengua más afilada de su generación, y administraba sus picardías a todo el que se ponía a su alcance. No se apiadaba de sus hijos.

—Nosotras, las chicas *beatniks* de cruz y rosario, tenemos guindilla en las venas —solía decir.

¡Nada de privilegios para los de nuestra carne y sangre! Queridos míos, nosotras mascamos la carne y la sangre es nuestra bebida favorita.

—Ser un vástago de nuestra demoníaca Aurora —me dijo de joven el pintor de Goa V. (de Vasco) Miranda—, significa ser, realmente, un moderno Lucifer. Ya sabes: hijo de la condenada mañana.

Para entonces, mi familia se había trasladado a Bombay, y ésa era la clase de cosas que, en el paraíso del legendario salón de Aurora Zogoiby, pasaba por un cumplido; sin embargo, yo lo recuerdo como una profecía, porque llegó el día en que fui realmente arrojado de aquel jardín fabuloso y precipitado al Pandemonio. (Desterrado de lo natural, ¿qué otra opción tenía que abrazar lo opuesto? Lo que quiere decir el *antinaturalismo*, el

único ismo verdadero de estos días de continuo enfrentamiento y galimatías. Puestos más allá de lo Pálido, ¿no trataríais de hacer de lo Oscuro día? Como lo oís. Moraes Zogoiby, expulsado de su propia historia, cayó dando tumbos hacia la Historia.)

—*¡Y todo eso desde un pimentero!*

No sólo pimienta, sino también cardamomos, anacardos, canela, jengibre, pistachos, clavos; y además de especias y frutos secos estaban los granos de café y hasta la hoja de té poderosa. Pero el hecho es que, según Aurora, «la pimienta era lo primero y primoeminente... sí, sí, primoeminente, ¿por qué decir pre-eminente? ¿Por qué destacar el “antes” si lo que importa es que era lo primero?» Lo que era cierto de la Historia en general lo era también de las fortunas de nuestra familia en particular: la pimienta, la codiciada especialidad de mis viejos, podridos de dinero, los comerciantes más ricos en especias, frutos secos, granos y hojas de Cochin, que, sin prueba alguna, salvo siglos de tradición, pretendían ser descendientes por la puerta falsa del mismísimo Vasco da Gama...

Se acabaron los secretos. Los he clavado en la puerta ya.

A la edad de trece años, a mi madre, Aurora da Gama, le dio por vagar descalza por la casa grande y olorosa de sus abuelos en la isla de Cabral durante las rachas de insomnio que, por algún tiempo, se convirtieron en su dolencia nocturna y, durante esas odiseas noctívas, abría invariablemente todas las ventanas de par en par: primero las ventanas interiores con mosquitero, cuya tela metálica de finas mallas protegía la casa de los diminutos mosquitos, luego los marcos mismos de vidrios emplomados, y por último los postigos de listones de madera. Como consecuencia, la matriarca Epifania, de sesenta años —cuyo mosquitero personal tenía, con el paso de los años, algunos agujeros pequeños pero importantes que ella era demasiado miope o demasiado tacaña para observar—, se despertaba cada mañana por las molestas picaduras de sus antebrazos azules y huesudos y soltaba un débil chillido al ver a las moscas zumbando en torno a la bandeja de té matutino y galletas que había dejado a su lado Teresa, la doncella (que huía velozmente). Epifania se dedicaba, con inútil frenesí, a rascarse y dar manotazos, arremetiendo en torno a su curvilínea cama-embarcación de teca, y derramando a menudo el té sobre las sábanas de algodón con encajes o sobre su camión de blanca muselina, de alto cuello de volantes que ocultaba el cuello de la propia Epifania, en otro tiempo de cisne pero ahora más bien corrugado. Y mientras la paleta matamoscas de su mano derecha azotaba y golpeaba, mientras las largas uñas de su mano izquierda rastrillaban su espalda en busca de unas picaduras de mosquito cada vez más esquivas, el gorro de dormir de Epifania da Gama se le resbalaba, dejando al descubierto un revoltijo de cabello blanco y serpentino, a través del cual se podían ver muy fácilmente (¡ay!) zonas de moteado cuero cabelludo. Cuando la joven Aurora, que escuchaba junto a la puerta, consideraba que los ruidos de la furia de su aborrecida abuela (juramentos, destrozo de porcelana, los impotentes palmetazos del

matamoscas, el desdeñoso zumbido de los insectos) estaban llegando a su apogeo, adoptaba su sonrisa más dulce y se presentaba tan fresca ante la matriarca con un alegre saludo matutino, sabiendo que la madre de todos los Da Gamas de Cochin llegaría al paroxismo de su cólera salvaje con la llegada de aquella juvenil testigo de su impotencia de vejestorio. Epifania, con el pelo en desorden, arrodillada sobre unas sábanas manchadas, agitando el alzado matamoscas como una varita mágica rota y buscando un escape para su rabia, aullaba como un bicho raro, una *rakshasa* o una *banshee*, al ver a la intrusa Aurora, para secreta alegría de la chica.

—Uju-ju, niña, qué susto me has dado, un día me vas a matificar el corazón.

Así fue como a Aurora da Gama se le ocurrió la idea de asesinar a su abuela, de labios de su propia y futura víctima. Después de eso comenzó a trazar planes, pero sus fantasías, cada vez más macabras, de venenos y precipicios se venían abajo invariablemente por problemas pragmáticos, como la dificultad de agarrar una cobra y meterla entre las sábanas de Epifania, o la rotunda negativa de la vieja bruja a caminar por cualquier terreno que, como ella decía, «subiera o bajara de puntillas». Y aunque Aurora sabía muy bien dónde echar mano a un buen cuchillo de cocina afilado y, por otra parte, estaba segura de que tenía ya fuerza suficiente para estrangular la vida en Epifania, excluyó también esas opciones, porque no tenía la intención de ser descubierta y una agresión demasiado evidente podía dar lugar a que le hicieran preguntas molestas. Al no revelársele el crimen perfecto, Aurora siguió desempeñando su papel de nieta perfecta; sin embargo, continuó dando vueltas al asunto, aunque nunca se dio cuenta de que en sus cavilaciones había mucho de la implacabilidad de Epifania:

—La paciencia es una virtud —se dijo—. Aguardaré mi momento.

Entretanto, siguió abriendo ventanas en aquellas noches húmedas, y a veces tiraba por ellas adornos valiosos, figuras de madera tallada con

trompa de elefante, que se iban cabeceando sobre las mareas de la laguna, lamiendo los muros de aquella mansión insular, o colmillos de marfil delicadamente labrados que, naturalmente, se hundían sin dejar huella. Durante varios días, la familia no supo qué pensar de lo que pasaba. Los hijos de Epifania da Gama, el tío de Aurora, Irish (pronunciado Aires) y el padre de Aurora, Camoens (pronunciado Camonsh con la nariz tapada) se despertaban y se encontraban con que traviesas brisas nocturnas se habían llevado prendas camperas de sus armarios y papeles de negocios de sus bandejas de asuntos pendientes. Diestras corrientes de aire habían desatado el cuello de sacos de muestras, sacos de yute llenos de cardamomos y hojas de *karri* y anacardos grandes y pequeños, situados siempre como centinelas a lo largo de los sombríos pasillos del ala de oficinas, y como consecuencia había simientes de alholva y pistachos que daban vueltas alocadamente por el suelo gastado y viejo de caliza, carbón, clara de huevo y otros ingredientes olvidados, y el aroma de las especias en el aire atormentaba a la matriarca, que, con el paso de los años, se había vuelto cada vez más alérgica a las fuentes de las fortunas de su familia.

Y si las moscas zumbaban a través de las abiertas ventanas de rejilla y las maleducadas ráfagas a través de las separadas hojas de vidrio emplomado, la apertura de los postigos dejaba entrar todo lo demás: el polvo y el tumulto de los barcos del puerto de Cochin, las sirenas de los cargueros y los resoplidos de los remolcadores, los chistes groseros de los pescadores y la vibración de sus agujones para las medusas, la luz del sol afilada como un cuchillo, un calor que podía ahogarte como un trapo húmedo que te envolviera apretadamente la cabeza, los gritos de los flotantes vendedores, las bocanadas de tristeza de los judíos solteros a través de las aguas en Mattancherri, las amenazas de los contrabandistas de esmeraldas, las maquinaciones de los rivales comerciales, el creciente nerviosismo de la colonia británica de Cochin, las exigencias de dinero contante del personal administrativo y de los trabajadores de las

plantaciones de las Montañas, los relatos de alborotos comunistas y políticas de los *wallahs* del Congreso, los nombres de *Gandhi* y de *Nehru*, los rumores de hambrunas en el este y de huelgas de hambre en el norte, las canciones y tamborileos de los narradores callejeros y el sonido pesadamente retumbante (al romper contra el desvencijado embarcadero de la isla de Cabral) de las crecientes mareas de la Historia.

Qué país de tercera, por Cristo —maldijo el tío Aires a la hora del desayuno, con su mejor estilo de sombrero y polainas—. Como si el mundo exterior no fuera suficientemente sucioasqueroso, ¿eh, eh? Pero bueno, ¿quién es la horrible muñeca, el atolondrado maricón que se ha dejado otra vez todo abierto? ¿Es ésta, por Júpiter, una residencia honesta o es un cagadero, valga la metáfora, del bazar?

Aquella mañana, Aurora comprendió que había ido demasiado lejos, porque su amado padre Camoens, un tipejo de barbita de chivo y camisa campera llamativa que era ya una cabeza más pequeño que la larguirucha de su hija, se la llevó al pequeño embarcadero y, dando literalmente saltos de emoción y excitación de tal forma que, contra la increíble belleza y el ajetreo comercial de la laguna, su silueta parecía un personaje de sueño, quizá un *leprechaun* bailando en un claro, o un *yinni* bueno escapado de una lámpara, le confió, con sibilante secreto, la noticia inmensa y desgarradora. Camoens, que llevaba un nombre de poeta y tenía un carácter dado a (aunque no el don de) la ensoñación, le sugirió tímidamente la posibilidad de un hechizo.

—Creo —dijo a su hija muda de asombro— que tu querida mami ha vuelto con nosotros. Tú sabes cuánto le gustaba el aire fresco, cómo se peleaba con tu abuela por el aire; y ahora, por arte de magia, las ventanas se abren de golpe. Y además, hija mía, ¡fíjate en lo que... en lo que falta! Sólo lo que ella aborreció siempre, ¿te das cuenta? *Los dioses elephantinos de Aires*, solía decir. Lo que ha desaparecido es la pequeña colección de Ganeshas que era el pasatiempo de tu tío. Eso y el marfil.

Los colmillos de elefante de Epifania. Hay demasiados elefantes

sentados sobre esta casa. La difunta Belle da Gama había dicho siempre lo que pensaba.

—Creo que si me levanto esta noche podré ver una vez más su querido rostro —le confió su padre anhelante—. ¿Tú qué crees? El mensaje es claro como el agua. ¿Por qué no esperas conmigo levantada? Tú y tu padre estáis en la misma situación: él añora a su señora y tú quisieras, ay, volver a ver a tu mamá.

Aurora, ruborizándose de turbación, le gritó:

—¡Pero al menos no creo en puñeteros fantasmas! —Y corrió a la casa, incapaz de confesar la verdad, que era que el fantasma de su madre muerta era ella, haciendo lo que ella hacía y hablando con su voz difunta; que la hija sonámbula mantenía a su madre viva, dándole su propio cuerpo para que ella lo habitara, aferrándose a la muerte, rechazándola, insistiendo en la constancia, más allá de la tumba, del amor... que se había convertido en el nuevo amanecer de su madre, en carne para su espíritu, dos Belles en una.

(Muchos años más tarde, llamaría a su propio hogar *Elephanta*; de manera que, después de todo, las cuestiones elefantinas, lo mismo que las espectrales, siguieron desempeñando un papel en nuestra saga familiar.)

Belle llevaba muerta sólo dos meses. Belle de Luzbel, solía llamarla el tío de Aurora, Aires (pero la verdad es que él siempre estaba poniendo apodos a la gente, imponiendo bravuconamente al mundo su universo privado): Isabella Ximena da Gama, la abuela que yo nunca conocí. Entre ella y Epifania había habido guerra desde el principio. Viuda a los cuarenta y cinco años, Epifania había empezado enseguida a interpretar el papel de matriarca y solía sentarse, con el regazo lleno de pistachos, en la sombra matutina de su patio favorito, abanicándose, rompiendo cáscaras con los dientes en una impresionante demostración de fuerza y cantando mientras, con voz alta e implacable:

Bobo Shafto fue a la ma-ar

Bolas de plata a llevar...

¡Kir-rick! ¡Ker-rack!, hacían las cáscaras en su boca.

Conmigo querrá baila-ar

Bueno Bobo Shafto.

En todos los años de su vida, sólo Belle se negó a asustarse de ella.

—Cuatro «insuficientes», cuatro «B-menos» —dijo brillantemente una Isabella de diecinueve años a su suegra, el día en que entró en la casa como novia no aprobada pero aceptada a regañadientes—. No es bobo, ni bolas, ni bailar, ni bueno. Para su edad, canta usted muy bien una canción de amor, pero esas palabras que no son hacen que carezca de sentido, ¿no?

—Camoens —dijo glacialmente Epifania—, informa a tu mujercita de que debe cierrificar la espita. Le está chorreando agua caliente por la cara.

En los días que siguieron, se lanzó indomablemente a un popurrí de salomas adaptadas: *¿Qué hacemos con el marino borracho?*, provocó en su nueva nuera muchas risas insuficientemente sofocadas, lo que hizo que Epifania, frunciendo el ceño, cambiara de canción: *Boga, boga, boga con tu amado, corrienteabajo*, cantó, aconsejando quizá a Belle que se concentrara en sus obligaciones conyugales, y añadió luego la acotación, algo más metafísica: *Moralmente, moralmente, moralmente, moralmente... ¡kir-ranch!... una esposa no es una reina.*

¡Ah, las leyendas de los pendencieros Da Gamas de Cochin! Las cuento como me han llegado, abillantadas y fantaseadas por muchas repeticiones. Son viejos fantasmas, sombras distantes, y yo cuento sus historias para acabar con ellas; son todo lo que me queda y por eso las pongo en libertad. Del puerto de Cochin al puerto de Bombay, de la costa de Malabar a la colina de Malabar; la historia de nuestras reuniones, destrozos, de nuestras ascensiones, caídas, de nuestras *subidas y bajadas de puntillas*. Y después de eso, adiós Mattancherri, vete con Dios, Marine Drive... en cualquier caso, para cuando mi madre Aurora llegó a aquella casa sin niños, convertida en una niña alta y rebelde de trece años, las

pautas estaban claramente trazadas.

—Demasiado larga para una niña —fue el desaprobador veredicto de Epifania sobre su nieta, cuando Aurora entró en la adolescencia—. La inquietud de sus ojos significa el diablo en su corazón. Vergüenza en su delantera, también, como cualquiera puede ver. Sobresalifica demasiado.

A lo que Belle replicó furiosa:

—¿Y cuáles son esos hijos tan, tan perfectos, que ha producido tu querido Aires? Al menos aquí hay una joven Da Gama, vivita y coleando, y nada importan sus grandes bobos. Del hermano Aires y la hermana Sáhara no hay signo de producto alguno: ni bebés ni bobos.

La mujer de Aires se llamaba Carmen, pero Belle, imitando la afición de su cuñado a inventar apodos, le había dado ese nombre de desierto, «porque es plana y estéril como la arena y en tanto terreno desperdiciado no se ve ningún lugar donde echar un trago».

Aires da Gama, luchando con brillantina por mantener alisado su cabello cano, espeso y ondulado (el encanecimiento prematuro ha sido siempre una característica familiar; mi madre Aurora tenía el pelo blanco como la nieve a los veinte, ¡y qué seducción de cuento de hadas, qué *grávit*as helada añadían a su belleza los suaves glaciares que descendían en cascada de su cabeza!); ¡cómo adoptaba poses mi tío abuelo! En las pequeñas fotografías en blanco y negro que recuerdo, de dos por dos pulgadas, ¡qué ridículo parecía con su monóculo, cuello duro y terno de la mejor gabardina! Tenía un bastón de puño de marfil en una mano (*de estoque*, me susurra al oído la Historia familiar), una larga boquilla en la otra y también, lamento decirlo, tenía la costumbre de llevar polainas. Si se añadiera altura y un par de bigotes retorcidos, el retrato de un villano de ópera bufa quedaría completo; pero Aires era de un tamaño tan de bolsillo como su hermano, iba totalmente afeitado y le brillaba un poco la cara, de forma que su aspecto de falso Zángano era algo que, quizá, había que compadecer más que silbar.

También aquí, en otra página del álbum de fotografías de recuerdo,

está la tía abuela Sáhara, cargada de espaldas y bizca, la Mujer sin Oasis, masticando betel con aquellas mandíbulas tan camellunas y con aspecto de estar bastante jorobada. Carmen da Gama era prima carnal de Aires, huérfana de Blimunda, hermana de Epifania, y de un impresor de poca monta llamado Lobo. Sus dos padres fueron víctimas de una epidemia de paludismo, y las perspectivas de matrimonio de Carmen habían estado bajo cero, totalmente congeladas hasta que Aires sorprendió a su madre, accediendo a la boda. Epifania, en los tormentos de la indecisión, padeció una semana de noches insomnes, incapaz de elegir entre su sueño de encontrar para Aires algún pez que compensara el anzuelo y la necesidad, cada vez más desesperada, de enjaretar a Carmen a alguno antes de que fuera demasiado tarde. Finalmente, sus deberes hacia su hermana muerta predominaron sobre las esperanzas para su hijo.

Carmen nunca tuvo aspecto de joven, nunca tuvo hijos, soñaba con estafar su herencia a la rama Camoens de la familia, por las buenas o por las malas, y nunca contó a alma viviente que, en su noche de bodas, su marido entró muy tarde en el dormitorio, hizo caso omiso de su joven novia, aterrorizada y escuálida, que yacía virginalmente temblando en la cama, se desnudó con gran lentitud y, con la misma precisión, introdujo su cuerpo desnudo (de proporciones tan similares al de ella) en el vestido de boda que la criada había dejado en un maniquí como símbolo de su unión, y salió de la estancia por la puerta exterior de la letrina. Carmen oyó silbidos que venían hacia ella sobre las aguas y, levantándose envuelta en sábanas, mientras la pesada certeza de su futuro caía sobre sus hombros haciéndolos encorvarse, vio su vestido de boda reluciente a la luz de la luna, mientras un joven se los llevaba remando a él y su ocupante, en busca de lo que, entre aquellos seres tan arcanos, pasara por felicidad.

La historia de la aventura del vestido de Aires, que dejó a la tía abuela Sáhara abandonada en las frías dunas de sus sábanas sin ensangrentar, me ha llegado a pesar del silencio de ella. La mayoría de

las familias corrientes no saben guardar secretos; y en nuestro clan nada corriente, nuestros más profundos misterios terminaban normalmente en óleos sobre tela colgados de la pared de una galería... pero ¿quizá todo el incidente fuera inventado, una fábula que la familia fabricó para chocar—pero-no-demasiado, para hacer más agradable al paladar —al ser más exótica, más *bella*—la homosexualidad de Aires? Porque, aunque es cierto que Aurora da Gama llegó a pintar la escena —en su lienzo, el hombre del vestido iluminado por la luna se sienta remilgadamente frente a un torso sudoroso y desnudo de remero—, se podría aducir que, a pesar de todas sus credenciales bohemias, ese doble retrato era una fantasía domesticadora y sólo convencionalmente escandalosa: que la historia, tal como se contaba y pintaba, vestía bonitamente el secreto desenfreno de Aires, escondiendo de ella pollas y culos, sangre y leche, el miedo valiente y decidido de aquel *dandy* mequetrefe que buscaba compañeros fornidos entre la canalla del puerto, la exaltación aterrada de los abrazos comprados, las suaves caricias en callejones traseros y antros de ponche a cargo de estibadores, el amor de las nalgas intensamente musculadas de los jóvenes de las ciclorickshas y de las bocas desnutridas de los golfillos del bazar; que hacía caso omiso de la realidad del *amour fou* fastidioso y discutidor de su relación larga, pero en modo alguno fiel, con el tipo de la barca de la noche de bodas, al que Aires bautizó como «Príncipe Enrique el Navegante»... que hacía salir de escena a la verdad, excitantemente vestida, y luego apartaba los ojos.

No señor. No he de negar la autoridad de la pintura. Cualquier otra cosa que pueda haber ocurrido entre esos tres —la increíble intimidad, en su edad madura, entre el Príncipe Enrique y Carmen da Gama se recogerá en su lugar—: el episodio del vestido de boda compartido fue donde empezó todo.

La desnudez debajo del atuendo de boda, el rostro del novio bajo el velo nupcial es lo que conecta mi corazón con el recuerdo de aquel hombre extraño. Hay muchas cosas en él que no me interesan; pero, en la

imagen de su mariconería, en la que muchos de mi país (y no sólo del mío) verían degradación, yo veo su coraje, su capacidad —sí— para la gloria.

—Si no hubo una picha por los bajos —solía decir mi querida madre, heredera de la lengua intrépida de su propia madre, sobre su vida con el poco querido tío Aires—, entonces, querida, aquello fue un coñazo.

Y mientras estamos llegando a ello, a la raíz de todo el asunto de las escisiones familiares y muertes prematuras y amores frustrados y locas pasiones y pulmones delicados y poder y dinero y la seducción y los misterios, todavía más moralmente dudosos, del arte, no debemos olvidar quién lo inició todo, quién fue el primero en salir de su elemento y ahogarse, y cuya muerte acuática eliminó el factor vital, la piedra fundamental, y comenzó el largo deslizamiento de la familia, que terminó arrojándome a mí a la fosa: Francisco da Gama, el difunto esposo de Epifania.

Sí, también Epifania había sido en otros tiempos una novia. Procedía de una familia antigua, pero muy reducida ahora, de comerciantes, el clan de los Menezes de Mangalore, y hubo muchos celos cuando, tras un encuentro casual en una boda de Calicut, pescó el pez más gordo de todos, contra toda lógica, en opinión de muchas madres decepcionadas, porque un hombre tan rico hubiera debido sentirse decentemente asqueado por las cuentas bancarias sin fondos, la bisutería y la confección barata de aquel pequeño clan de buscadores de oro en la miseria. Al amanecer del siglo, ella llegó del brazo de mi bisabuelo Francisco a la isla de Cabral, el primero de los cuatro universos secuestrados, edénicoinfernales y con serpiente de mi historia. (El salón de Malabar Hill de mi madre fue el segundo; el jardín aéreo de mi padre el tercero; y el singular reducto de Vasco Miranda, su «Pequeña Alhambra» en Benengeli [España], fue, es y se convertirá en este relato en el último.) Allí encontró una gran mansión antigua de estilo tradicional, con muchos patios, deliciosamente interconectados, de

estanques verdosos y fuentes musgosas, rodeados de galerías ricas de madera tallada, más allá de las cuales había laberintos de habitaciones de techo alto, con sus altos tejados alicatados y a dos aguas. Se encontraba en un paraíso de follaje tropical de rico; exactamente lo que le había recetado el médico, en opinión de Epifania, pues, aunque sus primeros años habían sido relativamente indigentes, siempre había creído que tenía talento para la magnificencia.

Sin embargo, unos años después del nacimiento de sus dos hijos, Francisco da Gama volvió a casa un día, con un francés increíblemente joven y sospechosamente encantador, un tal M. Charles Jeanneret, que se daba aires de genio de la arquitectura aunque tenía apenas veintidós años. Antes de que Epifania pudiera parpadear siquiera, su crédulo marido había encargado a aquel petulante que construyera no una sino dos nuevas casas en los preciosos jardines de ella. ¡Y qué edificios más disparatados resultaron!... Uno de ellos, una casa de bloques extrañamente angular, en donde el jardín penetraba en el espacio interior, tan concienzudamente, que a menudo era difícil saber si estabas dentro o fuera de la casa, y los muebles parecían hechos para un hospital o una clase de geometría, y no te podías sentar sin tropezar con alguna esquina puntiaguda; el otro era un castillo de naipes de madera y papel —«al estilo japonés», dijo a una Epifania consternada—, una endeble trampa en caso de incendio, cuyas paredes eran pantallas de pergamino móviles y en cuyas habitaciones no se podía estar sentado, sino arrodillado, y tenías que dormir de noche en una esterilla en el suelo, con la cabeza sobre un bloque de madera, como si fueras un criado, mientras que la falta de intimidad indujo a Epifania a observar que «al menos, conocer el estado digestivo de los miembros de la familia no es ningún problema en una casa con papel de retrete en lugar de paredes en los baños».

Peor aún, Epifania descubrió pronto que, una vez listas aquellas casas de locos, su marido se cansaba con frecuencia de su precioso hogar, golpeaba con las palmas de las manos en la mesa del desayuno y

anunciaba que se «trasladaban a Oriente» o se «iban a Occidente»; entonces la familia entera no tenía otra opción que trasladarse con armas y bagajes a una u otra, según los caprichos del francés, sin que ningún volumen de protestas supusiera la menor diferencia. Y, al cabo de unas semanas, se mudaban otra vez.

Francisco da Gama no sólo era incapaz de llevar una vida ordenada como la gente corriente, sino que, como descubrió Epifania con desesperación, era también un mecenas. Bebedoras de ron y whisky y mascadoras de cannabis, de baja extracción y repulsivo gusto para vestirse, eran importadas por largos períodos y llenaban las casas del francesito de música crispante, maratones poéticos, modelos desnudos, colillas de cantos, timbas la noche entera y otras manifestaciones de su conducta entodos-los-sentidos incorrecta. Llegaban artistas extranjeros para quedarse, y dejaban atrás extrañas esculturas móviles que parecían gigantes perchas de metal retorciéndose en la brisa, y cuadros de diablesas con ambos ojos en el mismo lado de la nariz y lienzos gigantes que parecían como si hubiera ocurrido un accidente con la pintura, y todas aquellas calamidades tenía que ponerlas Epifania en las paredes y los patios de su amado hogar, y mirarlas a diario, como si fueran cosas decentes.

—La fealdad de tus cascotes artísticos —dijo viperinamente a su marido— me va a ceguificar un día.

Pero él era inmune a sus venenos.

—La belleza antigua no basta —dijo—. Antiguos lugares, comportamientos antiguos, dioses antiguos. Actualmente el mundo está lleno de preguntas, y hay formas nuevas de belleza.

Francisco tuvo pasta de héroe desde el día en que nació, predestinado a preguntas y pesquisas, tan incómodo en la domesticidad como Don Quijote. Era hermoso como el pecado pero dos veces más virtuoso y, en los lanzamientos de críquet con esterillas de fibra de coco de aquella época resultó ser, de joven, un retorcedor endemoniadamente

lento del brazo izquierdo y un elegante bate número cuatro. En la universidad fue el estudiante de física más brillante del año, pero se quedó pronto huérfano y decidió, tras mucho reflexionar, renunciar a la vida académica, cumplir su deber y entrar en el negocio familiar. Creció y se convirtió en un experto en el antiquísimo arte de los Da Gama de convertir especias y frutos secos en oro. Podía oler el dinero en el aire, podía olfatear el tiempo y decirte si iba a traer pérdidas o ganancias; pero era también un filántropo que financiaba orfanatos, abría consultorios médicos gratuitos, construía escuelas en las aldeas que bordeaban las aguas estancadas, fundaba institutos para investigar el añublo de los cocoteros, iniciaba planes de protección de los elefantes en las montañas, más allá de los campos de especias, y patrocinaba certámenes anuales, en la época del festival de las flores de Onam, para elegir y coronar a los mejores narradores orales de la región: de hecho, tan generoso en su filantropía que Epifania (inútilmente) se lamentaba:

—¿Y luego, cuando los fondos se hayan derrochado y nuestros hijos anden con la gorra en la mano? ¿Van a poder zampificarse tu comosellame, tu *antropología*?

Luchó contra él por cada pulgada de terreno, y perdió todas las batallas, salvo la última. Francisco el modernista, con los ojos fijos en el futuro, se convirtió primero en discípulo de Bertrand Russell —*Religión y ciencia* y *La religión de un hombre libre* fueron sus biblias impías— y luego de la política nacionalista cada vez más ferviente de la Sociedad Teosófica de la Mrs. Annie Besant. Recordadlo: Cochin, Travancore, Mysore y Hyderabad no eran estrictamente hablando parte de la India británica; eran estados de la India, con sus propios príncipes. Algunos de ellos —como Cochin— podían alardear de unos niveles de educación y alfabetización mucho más altos que los existentes bajo el dominio británico directo, mientras que en otros (Hyderabad) existía lo que Mr. Nehru llamaba una situación de «feudalismo perfecto», y en Travancore hasta el Congreso había sido declarado ilegal; pero no confundamos

(Francisco no lo hacía) apariencia y realidad; la hoja de higuera no es el higo. Cuando Nehru izó la bandera nacional en Mysore, las autoridades (indias) locales, en el momento en que salió de la ciudad, no sólo destruyeron la bandera sino hasta el asta de la bandera, para que aquello no molestara a los verdaderos gobernantes... Poco después de estallar la Gran Guerra, el día de su trigésimo octavo aniversario, algo se rompió dentro de Francisco.

—Los británicos tienen que irse —anunció solemnemente a la hora de cenar, bajo los cuadros al óleo de antepasados bien trajeados y calzados.

—Dios santo, ¿adónde se van? —preguntó Epifania, sin entender—. En un momento tan malo, ¿nos abandonan a nuestra suerte y a ese coco del emperador Guillermo?

Francisco explotó, y Aires, de doce años, y Camoens, de once, se inmovilizaron en sus asientos.

—El emperador es una factura que estamos pagando ya —tronó—. ¡Los impuestos se han duplicado! ¡Nuestros muchachos mueren vistiendo el uniforme británico! La riqueza del país está siendo liquidada, señora: aquí, nuestro pueblo se muere de hambre, pero los *tommies* británicos consumen nuestro trigo, arroz, yute y productos del coco. Yo, personalmente, tengo que enviar mercancías a un precio inferior al de coste. Nuestras minas están siendo agotadas; salitre, manganeso, mica. ¡Te lo juro! Esos *wallahs* de Bombay se están enriqueciendo y el país se está yendo a hacer puñetas.

—Demasiados vivos y demasiados libros te han llenado los oídos —protestó Epifania—. ¿Qué somos nosotros sino los hijos del Imperio? Los británicos nos lo han dado todo, ¿no?... Civilización, leyes, orden, demasiado. Hasta tus especias que apestan la casa las compren por generosidad, poniendo ropas en nuestras espaldas y comida en los platos de nuestros hijos. Entonces, ¿por qué hablificar semejante traición y ensuciar los oídos de mis hijos con todas esas bobadas impías?

Desde aquel día, tuvieron poco que decirse. Aires, desafiando a su padre, tomó partido por su madre; Epifania y él estaban a favor de Inglaterra, Dios, la ignorancia, las costumbres antiguas, una vida tranquila. Francisco era todo ajetreo y energía, de forma que Aires fingía indolencia y aprendió a enfurecer a su padre con su exuberante facilidad para la vagancia. (En mi juventud, por razones diferentes, yo también fui propenso a hacer el vago. Pero no trataba de molestar; mi vano intento era oponer mi lentitud al movimiento acelerado del Tiempo mismo. También esta historia volverá a ser visitada en el lugar apropiado.) Fue en su hijo menor, Camoens, en quien Francisco encontró su aliado, y le inculcó las virtudes de nacionalismo, razón, arte, innovación y sobre todo, en aquellos tiempos, protesta. Francisco compartía el temprano desprecio de Nehru por el Congreso Nacional Indio —«nada más que una tertulia de extranjis»— y Camoens asentía gravemente.

—Annie esto y Gandhi aquello —le reñía Epifania—. Nehru, Tilak, todos esos gángsters granujas del norte. ¡Tú no hagas caso a tu madre! ¡Sigue así! Y te encontrarás, deprisita, en la cárcel.

En 1916, Francisco da Gama se sumó a la campaña por un Gobierno Nacional de Annie Besant y Bal Gandhar Tilak, enganchando su suerte a la exigencia de un parlamento indio independiente que determinase el futuro del país. Cuando Mrs. Besant le pidió que fundara una Liga del Gobierno Nacional en Cochin y él tuvo la frescura de invitar a unirse a ella a los trabajadores del puerto, los cosechadores de té, los culis del bazar y sus propios trabajadores, así como a la burguesía local, Epifania se sintió abrumada.

—¡Las masas y las grandes casas en un mismo club! ¡Vergüenza y escándalo! Este hombre ha perdido el seso —protestó débilmente, abanicándose, y se hundió luego en un silencio huraño.

Unos días después de la fundación de la Liga, hubo un enfrentamiento en las calles del barrio portuario de Ernakulam; unas docenas de combativos miembros de la Liga consiguieron dominar a un

pequeño destacamento de soldados ligeramente armados y los mandó a freír espárragos, sin sus armas. Al día siguiente, la Liga fue prohibida oficialmente, y una lancha motora llegó a la isla de Cabral, para detener a Francisco da Gama.

En los seis meses que siguieron, estuvo entrando y saliendo de la cárcel, ganándose el desprecio de su hijo mayor y la imperecedera admiración de su chico menor. Sí, un héroe, sin lugar a dudas. En aquellos períodos de cárcel, y en su furioso activismo político entre dos condenas, cuando, siguiendo instrucciones de Tilak, se arriesgó a ser detenido en muchas ocasiones, adquirió las credenciales que hicieron de él un hombre prometedor, que valía la pena no perder de vista, un tipo admirado: una estrella.

Las estrellas pueden caer; los héroes pueden fracasar; Francisco da Gama no cumplió su destino.

En la cárcel encontró tiempo para un trabajo que lo deshizo. Nadie averiguó nunca en qué tienda de descuento de artículos defectuosos de la mente conoció el bisabuelo Francisco la teoría científica que lo convirtió de un héroe emergente en un hazmerreír nacional, pero en aquellos años esa teoría le fue preocupando cada vez más, llegando incluso a rivalizar en su afecto con el movimiento nacionalista. Quizá su antiguo interés por la física teórica se confundió con sus pasiones más recientes, la Teosofía de Mrs. Besant, la insistencia del Mahatma en la unidad de todos los millones, muy diferentes, de la India, la búsqueda entre los intelectuales indios modernizantes del período de alguna definición laica de la vida espiritual y de esa palabra gastada, el alma; de cualquier modo, hacia finales de 1916, Francisco había publicado privadamente un documento, que sometió a la amable consideración de todos los periódicos más importantes de la época, titulado *Hacia una teoría provisional de los campos transformacionales de conciencia*, en el que defendía la existencia, a nuestro alrededor, de «redes dinámicas de energía espiritual similar a los campos electromagnéticos», invisibles, aduciendo que esos

«campos de conciencia» eran nada menos que los depósitos de la memoria —tanto práctica como moral— de la especie humana y que, de hecho, eran lo que el Stephen de Joyce había dicho recientemente (en la revista *Egoist*) que deseaba forjar en la herrería de su alma: es decir, la conciencia no creada de nuestra raza.

En su nivel de funcionamiento más bajo, los campos transformacionales de conciencia (CTC) facilitaban aparentemente la educación, de forma que lo que se aprendía en cualquier lugar de la Tierra, por cualquiera, resultaba enseguida más fácilmente aprendible por cualquier otro, en cualquier otra parte; pero se decía también que, en su plano más exaltado, el plano que, había que reconocer, era más difícil de observar, los campos actuaban éticamente, definiendo nuestras alternativas morales y siendo definidos por ellas, siendo reforzados por toda elección moral adoptada en el planeta y, a la inversa, debilitados por los hechos innobles, de forma que en teoría, demasiados actos malvados dañarían los Campos de Conciencia sin posibilidad de reparación y «la Humanidad se enfrentaría entonces con la realidad indescriptible de un universo convertido en amoral y, por consiguiente, sin sentido, debido a la destrucción del nexo moral, la red de seguridad, podría decirse, dentro de la cual hemos vivido siempre».

De hecho, el escrito de Francisco no propugnaba más que las funciones educativas y más bajas de los campos, sin ninguna convicción, extrapolando las dimensiones morales en un pasaje relativamente breve y confesadamente especulativo. Sin embargo, la irrisión que inspiró fue de grandes dimensiones. Un editorial del periódico *The Hindu* de Madrás, titulado «Rayos del Bien y del Mal», lo satirizó cruelmente: «Los temores del doctor Da Gama por nuestro futuro ético son como los de un hombre del tiempo chiflado, que cree que nuestros actos controlan el tiempo atmosférico, de forma que, si no actuamos “benignamente”, por decirlo así, no tendremos más que tormentas sobre nuestras cabezas.» El columnista satírico «Waspyjee» del *Bombay Chronicle* —cuyo director

Horniman, amigo de Mrs. Besant y del movimiento nacionalista, había implorado a Francisco, de todo corazón, que no escribiera en los periódicos— preguntó maliciosamente si los famosos Campos de Conciencia eran sólo para el consumo humano o si otras criaturas vivas —las cucarachas, por ejemplo, o las serpientes venenosas— podían aprender a beneficiarse de ellos; o si, otra posibilidad, cada especie tenía sus propios vórtices girando en torno al planeta. «¿Debemos temer la contaminación de nuestros valores —llamémoslo radiación “Gama”— por colisiones accidentales de los campos? ¿No podrían infectar mortalmente nuestras propias psiques las costumbres de la mantis religiosa, la estética del babuino o el gorila, o la política del escorpión? ¡O —no lo quiera el Cielo— *quizá lo hayan hecho ya!*»

Fueron esos «rayos Gama» los que acabaron con Francisco; se convirtió en un chiste, en pequeño alivio para la guerra asesina, las dificultades económicas y la lucha por la independencia. Al principio, conservó el valor, concentrándose empecinadamente en idear experimentos capaces de probar la primera y menos importante hipótesis. Escribió un segundo trabajo en el que defendía que los *bols*, largas ristras de palabras sin sentido utilizadas por los profesores de bailes *kathak* para indicar movimientos de pies brazos cuello, podían servir de base apropiada para ensayos. Una de esas secuencias (*tat-tat-taa driiguey-than-than yii-yii-kazey tu, talang, taka-zan-zan, tai! Tat tai!*) podía utilizarse, con otras cuatro ristras de tonterías sin sentido destinadas a ser dichas con el mismo esquema rítmico, como «control». Se pediría a estudiantes de algún país que no fuera la India, sin ningún conocimiento de las instrucciones del baile indio, que aprendieran las cinco; y, si la teoría de los campos de Francisco resultaba cierta, la jerigonza de la clase de baile debería resultar mucho más fácil de memorizar.

El experimento no se hizo nunca. Y pronto se pidió su dimisión de la prohibida Liga del Gobierno Nacional, y los dirigentes de ésta, entre los que ahora estaba el propio Motilal Nehru, dejaron de responder a las

cartas, cada vez más quejumbrosas, con que mi bisabuelo los bombardeaba. Los tipos con veleidades artísticas no llegaban ya en embarcaciones rebosantes para correrse una juerga en cualquiera de los caprichos de la isla de Cabral, fumar opio en el Oriente de papel o beber whisky en el Occidente puntiagudo, aunque de cuando en cuando, a medida que crecía la reputación del francesito, a Francisco le preguntaban si había sido realmente el primer mecenas de aquel joven que ahora se llamaba a sí mismo «Le Corbusier». Cuando le hacían esa pregunta, el destrozado héroe disparaba como respuesta una nota seca: «Nunca he oído hablar de ese sujeto.» Al cabo de algún tiempo, también las preguntas cesaron.

Epifania exultaba. Mientras Francisco se hundía en la introversión y el abatimiento, y su rostro adquiría el aspecto fruncido habitual en los hombres convencidos de que el mundo, inexplicablemente, les ha hecho una injusticia grande e injustificada, ella se aprestaba rápidamente a matar. (Literalmente, según se vio.) He llegado a la conclusión de que los años de sus quejas reprimidas habían engendrado en ella una rabia vengativa —¡la rabia, mi verdadera herencia!— que a menudo era imposible de distinguir de un auténtico odio asesino; aunque, si le hubieras preguntado alguna vez si amaba a su marido, la pregunta misma la hubiera escandalizado.

—Nuestro matrimonio fue por amor —dijo a su desalentado esposo una interminable noche insular con sólo la radio como compañía—. ¿No cedí por amor a tus caprichos? Pues mira a dónde te han llevado. Ahora, por amor, tú debes ceder a los míos.

Los detestados caprichos del jardín fueron guardados bajo llave. Tampoco se debía volver a hablar de política en presencia de ella: cuando la Revolución estremeció al mundo, cuando acabó la Gran Guerra, cuando la noticia de la Matanza de Amritsar se filtró desde el norte, destruyendo la anglofilia en casi todos los indios (Rabindranath Tagore, premio Nobel, devolvió al Rey su título de sir), Epifania da Gama, en la

isla de Cabral, se taponó los oídos y siguió creyendo, en grado casi blasfematorio, en la beneficencia omnipotente de los británicos; y Aires, su hijo mayor, lo creía con ella.

En las Navidades de 1921, Camoens, de dieciocho años, llevó tímidamente a su casa, para que conociera a sus padres, a Isabella Ximena Souza, una huérfana de diecisiete años. (Epifania preguntó dónde se habían conocido, le hablaron con muchos rubores de un breve encuentro en la iglesia de San Francisco y, con un desdén nacido de su gran capacidad para olvidar cualquier cosa inconveniente sobre sus propios orígenes, Epifania resopló: «¡Una fresca, salida de no se sabe dónde!» Pero Francisco dio a la muchacha su bendición, extendiendo una mano cansada hacia la mesa a-decir-verdad no-demasiado-festiva y poniéndola sobre la encantadora cabeza de Isabella Souza.) La futura esposa de Camoens habló con la franqueza que la caracterizaba. Con los ojos brillantes de excitación, rompió el tabú de cinco años de Epifania y expresó su alegría por el práctico boicot por parte de Calcuta y las grandes manifestaciones de Bombay contra la visita del príncipe de Gales (el futuro Eduardo VIII), elogiando a los Nehru, padre e hijo, por no haber colaborado con el tribunal que los había enviado a los dos a la cárcel.

—Ahora sabrá el virrey lo que es bueno —dijo—. Motilal ama a Inglaterra, pero hasta él ha preferido el calabozo.

Francisco se agitó, mientras una antigua luz alboreaba en sus ojos hacía tiempo apagados. Pero Epifania habló antes.

—En esta casa cristiana y temerosa de Dios, los británicos son aún lo mejor, *maddermuaselle* —dijo bruscamente—. Si tiene ambiciones orientadas a nuestro muchacho, haga el favor de cuidificar lo que dice. ¿Carne oscura o blanca? Dígalo. ¿Un vaso de vino Dao importado, muy fresco? Lo tendrá. ¿Un flan temblando-como-un-flan? Por qué no. Ésos son los temas navideños, *froulain*. ¿Quiere relleno?

Más tarde, en el embarcadero, Belle fue igualmente rotunda en sus

conclusiones, quejándose amargamente de que Camoens no la hubiera defendido.

—Tu casa es como un lugar en la niebla —dijo a su novio—. ¿Dónde hay aire que se pueda respirar? Hay alguien que está echándoos un maleficio y chupándoos la vida a ti y a tu pobre papá. En cuanto a tu hermano, a quién le importa, el pobre tipo es un caso desesperado. Ódiame o no me odies, pero es tan evidente como los colores de esa porcierto-excúsame horrorosa camisa campera tuya que algo malo está creciendo aquí rápidamente.

—Entonces, ¿no vas a volver? —le preguntó Camoens desconsolado. Belle entró en la embarcación, que aguardaba.

—Chico tonto —dijo—, eres un encanto y muy conmovedor. Y no tienes ni idea de lo que, por amor, haré y no haré: adónde vendré o no vendré, con quién me pelearé y no me pelearé, y qué magia desmagiaré con la mía.

En los meses que siguieron, fue Belle la que tuvo a Camoens informado sobre el mundo y quien le recitó el discurso de Nehru al ser nuevamente condenado a prisión en mayo de 1922. *La intimidación y el terrorismo se han convertido en los principales instrumentos del gobierno. ¿Se imaginan que conseguirán así infundir afecto? El afecto y la lealtad nacen del corazón. No se pueden arrancar a punta de bayoneta.*

—A mí me suena como el matrimonio de tus padres —dijo Isabella alegremente; y Camoens, con su celo nacionalista reavivado por su adoración de la bella y vocinglera muchacha, tuvo la gentileza de ruborizarse.

Belle había hecho de él su proyecto. En aquellos tiempos, él había empezado a dormir mal y a resollar asmáticamente.

—Es todo ese aire viciado —dijo ella—. Vaya, vaya. Tengo que salvar al menos a un Da Gama.

Ordenó que se hicieran cambios. Siguiendo sus instrucciones —y provocando la furia de Epifania: «No creas ni por un segundo que voy a

suprimir los pollos en esta casa porque esa gallinita tuya, esa faisana-fulana, quiera que comas comida de mendigo»— él se convirtió en vegetariano y aprendió a hacer el pino. Además, secretamente, rompió el marco de una ventana y se introdujo en la casa, llena de telas de araña, del lado occidental, en la que languidecía la biblioteca de su padre, y comenzó a devorar libros con sus gusanos. Attar, Khayyam, Tagore, Carlyle, Ruskin, Wells, Poe, Shelley, Raja Rammohoun Roy.

—¿Lo ves? —lo animaba Belle—. Tú también puedes hacerlo; puedes convertirte en persona en lugar de ser una alfombrilla con camisa de bicho raro.

No salvaron a Francisco. Una noche, después de las lluvias, se zambulló frente a la isla y se alejó nadando; tal vez trataba de encontrar un poco de aire más allá del confín encantado de la isla. La resaca se lo llevó; cinco días más tarde encontraron su cuerpo hinchado, que golpeaba blandamente contra una oxidada boya del puerto. Se le hubiera debido recordar por su papel en la revolución, por sus buenas obras, por su progresismo, por su inteligencia; pero sus verdaderos legados fueron las dificultades en los negocios (muy descuidados en los últimos años), la muerte repentina y el asma.

Epifania se tragó la noticia de su muerte sin un estremecimiento. Se comió la muerte de él lo mismo que se le había comido la vida; y creció.

En el descansillo de la escalera ancha y empinada que llevaba a la alcoba de Epifania estaba la capilla privada, que Francisco había permitido en los viejos tiempos que decorara uno de sus «francesitos», a pesar de las desgarradoras protestas de Epifania. Habían desaparecido el dorado retablo con las pequeñas pinturas incrustadas en que Jesús hacía milagros contra un fondo de cocoteros y plantaciones de té, y las muñecas de porcelana de los apóstoles, y los querubines gordos posando sobre pedestales de teca y tocando la trompeta, y las velas en sus cuencos de cristal de forma de copa de coñac gigante, y el encaje portugués importado del altar, y hasta el crucifijo mismo; «todo de calidad», se lamentaba Epifania, «y Jesús y María encerrificados en el trastero con» y, no contento con aquellas profanaciones, el condenado individuo había cogido y había pintado todo el lugar como si fuera una sala de hospital, amueblándolo con los bancos de madera más incómodos de Cochin, y luego, en aquella habitación interior sin ventanas, había fijado recortes de papel gigantes en las paredes, imitando vitrales, «como si no pudiéramos tener ventanas como es debido si quisiéramos —gemía Epifania—, mira lo vulgares que nos hace parecer: ventanas de papel en la casa de Dios», y aquellas ventanas ni siquiera tenían cuadros decentes encima, sólo trozos de color formando dibujos de embaldosado loco, «como la decoración de una fiesta de niños», decía Epifania despreciativa.

—En una habitación así no se debería guardar el cuerpo y sangre del Salvador, sino sólo un pastel de cumpleaños.

Francisco había replicado, en defensa de la obra de su protegido, que en ese trabajo el color y la forma no sólo sustituían al contenido sino que demostraban que, debidamente tratados, podían *ser* realmente el contenido: lo que provocó la desdeñosa respuesta de Epifania:

—Entonces quizá no necesitemos a Jesucristo, porque bastará con una simple cruz, ¿para qué molestarse en crucifijos, no? Qué blasfemia la

de ese francesito: excusifica al Hijo de Dios de morir por nuestros pecados.

Al día siguiente del funeral de su marido, Epifania hizo que lo quemaran todo, y volvieron los querubines, el encaje y el cristal, las sillas de la capilla espesamente acolchadas y cubiertas de seda roja, y los almohadones a juego ribeteados de trencilla dorada sobre los que una mujer de su posición podía arrodillarse decentemente ante el Señor. Antiguas tapicerías de Italia que representaban santos hechos *kabab* y mártires al *tandoori* fueron devueltas a las paredes y rodeadas de cortinones plisados y fruncidos, y pronto el recuerdo desconcertante de las austeras novedades del francesito quedó borrado por el familiar olor a moho de la devoción. «Dios vuelve a estar en el cielo —anunció la flamante viuda—. Todo va de primera en el mundo.»

—A partir de ahora —decidió Epifania—, llevaremos una vida sencilla, pero la Salvación no está en el taparrabos del Hombrecito y la gente de su calaña.

Y, realmente, la sencillez que ella buscaba era cualquier cosa menos gandhiana; era la sencillez de levantarse tarde para enfrentarse con una bandeja de té-en-la-cama fuerte y dulce, de dar una palmada para llamar al cocinero y ordenarle los ágapes del día, de hacer que viniera una doncella para aceitarle y cepillarle el cabello, todavía-largo, que rápidamente encanecía y se hacía ralo, y de poder echar la culpa a la doncella de la cantidad cada vez mayor de pelos que se quedaban cada mañana en el cepillo; la sencillez de largas mañanas de reñir al modisto que venía a la casa con vestidos nuevos y se arrodillaba a sus pies con la boca llena de alfileres que de cuando en cuando se sacaba para dar rienda suelta a su lengua adúladora; y luego, de largas tardes en los almacenes de tejidos, mientras, para complacerla, los dependientes lanzaban relámpagos de sedas magníficas a través de un suelo de sábanas blancas, y tela tras tela fluían emocionantemente por el aire para posarse en suaves montañas de pliegues de radiante belleza; la sencillez del

chismorreos con sus escasas iguales sociales y de las invitaciones a las «funciones» de los británicos en el distrito del Fuerte, su críquet de los domingos, sus tés-danzantes, los villancicos, propios de la época del año, de sus hijos poco agraciados y abatidos por el calor, porque después de todo ellos eran cristianos, aunque sólo fueran de la Iglesia de Inglaterra, no importa. Los británicos contaban con su respeto, aunque nunca tendrían su corazón, que pertenecía a Portugal, desde luego, que soñaba con ir más allá del Tajo, del Duero, con pavonearse por las calles de Lisboa del brazo de un gran señor. Era la sencillez de las nueras que atendían a la mayoría de sus necesidades mientras ella hacía que sus vidas fueran un verdadero infierno, y de unos hijos que mantenían el flujo de dinero tan abundante como hiciera falta; del cada-cosa-en-su-sitio, del estar, por fin, en el centro de la tela de araña, en lo alto de la pirámide, repantigada como un dragón sobre una pila de oro, soltando, cuando le placía, un borbotón de llamas terroríficas y purificadoras.

—Va a costar una fortuna mantener la sencillez de tu mamá —se quejó a su marido (se había casado con Camoens a principios de 1923) Belle da Gama, adelantándose a una observación hecha a menudo sobre M. K. Gandhi—. Y, si se sale con la suya, a nosotros nos va a costar también la juventud.

Lo que arruinó los sueños de Epifania: Francisco no le dejó nada, salvo las ropas de ella, sus joyas y una pensión modesta. Por lo demás —supo con furia Epifania— dependería de la buena voluntad de sus hijos, a los que él había legado todo a partes iguales, con la condición de no deshacer la Gama Trading Company, «salvo si las circunstancias comerciales obligan a otra cosa», y de que Aires y Camoens «trataran de trabajar juntos con cariño, para que el capital de la familia no se viera perjudicado por desavenencias o discordias».

—Hasta después de muerto —gimió la bisabuela Epifania en la lectura del testamento— me da bofetadas en los dos carrillos.

Esto es parte también de mi herencia: la tumba no resuelve peleas.

Los abogados de la familia Menezes no consiguieron encontrar una salida, con gran consternación de la viuda. Lloró, se mesó los cabellos, se golpeó el busto diminuto y rechinó los dientes, produciendo un ruido alarmantemente agudo; pero los abogados siguieron emperrados en explicarle que el principio matrilineal, por el que Cochin, Travancore y Quilon eran famosos y según el cual hubiera correspondido a Mme. Epifania disponer del patrimonio familiar y no al difunto doctor Da Gama, no se podía considerar aplicable a la comunidad cristiana, forzando de algún modo la ley, ya que sólo formaba parte de la tradición hindú.

—Entonces traedme un *lingam* de Shiva y una regadera —se dice que dijo Epifania, según la leyenda, aunque luego lo negara—. Llevadme al Ganges y me zambulliré de cabeza. *Hai Ram!*

(Debo señalar que, en mi opinión, la buena disposición de Epifania para realizar la *puja* y el peregrinaje suena poco convincente y apócrifa; pero no se habla de los gemidos, crujir de dientes, arrancarse el pelo y golpearse el pecho.)

Los hijos del difunto magnate, hay que admitirlo, descuidaron los negocios, dejándose distraer con demasiada frecuencia por los asuntos terrenales. Aires da Gama, más afligido de lo que quería dejar ver por el suicidio de su padre, buscó solaz en la promiscuidad, provocando un diluvio de correspondencia: cartas en papel barato, escritas con letra apenas legible y semianalfabeta. Cartas de amor, mensajes de deseo y rabia, amenazas de violencia si el amado persistía en su demasiado-hiriente forma de ser. El autor de aquella correspondencia angustiada no era otro que el muchacho del bote de remos de la noche de bodas: el Príncipe Enrique el Navegante en persona. *No creas que no me entero de todo lo que haces. Dame tu corazón o te lo arrancaré del cuerpo. Si amor no es el mundo entero y el cielo encima no es nada, peor que porquería.*

Si amor no es todo, no es nada: este principio, y su opuesto (quiero decir la infidelidad) entran en colisión durante todos los años de mi relato

sin aliento.

Aires, de picos pardos todas las noches, la mitad de las veces se pasaba las horas del día durmiendo los efectos del hachís o del opio, recuperándose de sus esfuerzos y, no pocas veces, necesitando atención por heridas diversas sin importancia; Carmen, sin decir palabra, aplicaba medicamentos y preparaba baños calientes para calmar sus magulladuras; y, cuando él se sumía en un sueño de ronquidos en aquella agua de la bañera extraída del pozo de su pesar, si alguna vez pensó en meterle la cabeza bajo la superficie, no cedió a la tentación. Pronto encontraría otro escape para su rabia.

En cuanto a Camoens, a su estilo tímido y de voz suave, era hijo de su padre. A través de Belle, cayó en un grupo de jóvenes radicales nacionalistas que, impacientados por la cháchara sobre no violencia y resistencia pasiva, estaban obnubilados por los grandes acontecimientos de Rusia. Comenzó a presenciar, y luego a pronunciar, charlas con títulos como *¡Adelante!*, y *El terrorismo: ¿Justifica el fin los medios?*

—Camoens, incapaz de decir buski a un ratonski —se reía Belle—. Qué rojiski más malo y grande serás.

Fue el abuelo Camoens quien descubrió a los falsos Ulyanovs. A finales de 1923, informó a Belle y sus amigos de que un grupo escogido de actores soviéticos había recibido la exclusiva de interpretar a V. I. Lenin: no sólo en espectáculos itinerantes que hablaban al pueblo soviético de la gloriosa revolución, sino también en miles y miles de actos públicos en los que el líder no podía estar presente por falta de tiempo. Los leninistas actores se aprendían de memoria y pronunciaban luego los discursos del gran hombre y, cuando aparecían con todo el maquillaje y el vestuario, la gente gritaba, ovacionaba y trepidaba como si estuvieran en presencia del genuino.

—Y ahora —terminó excitadamente Camoens— admiten solicitudes de actores de lenguas extranjeras. Podemos tener nuestros propios Lenines aquí mismo, debidamente acreditados, hablando malayalam o

tulu o kannada o cualquier cosa que queramos.

—Así que reproducen al gran jefe de la Ce Ce Ce Pe —dijo Belle, poniéndole la mano sobre su vientre—, pues mira mira mira, marido, haz el favor, tú has comenzado ya tu pequeña reproducción.

Una prueba de la ridícula —¡sí!, me atrevo a utilizar esa palabra—, de la *ridícula* y *conventícula* perversidad de mi familia es que —en un período en que el país, y de hecho el planeta, se encontraba ocupado en asuntos tan trascendentales... y en que los negocios familiares necesitaban la atención más escrupulosa porque, tras la muerte de Francisco, la falta de dirección se estaba haciendo alarmante, había descontento en las plantaciones y dejadez en los dos almacenes de Ernakulam, y hasta los antiguos clientes de la Gama Company habían empezado a escuchar los cantos de sirena de sus competidores... y en que, para colmo, su propia mujer había anunciado su embarazo e iba a dar a luz a quien resultó ser no sólo su primer sino también su único descendiente, más aún, la única descendiente de su generación, mi madre Aurora, la última de los Da Gama—, mi abuelo se obsesionara cada vez más con el asunto de los Lenines de pacotilla. ¡Con qué celo recorrió la localidad para encontrar hombres con las necesarias dotes histriónicas, memoria e interés por su plan! Con qué dedicación trabajó, obteniendo las últimas declaraciones del ilustre dirigente, buscando traductores, contratando los servicios de maquilladores y sastres, y ensayando con su pequeña *troupe* de siete, a los que Belle, con su brutalidad habitual, bautizó como el Lenin demasiado alto, el Lenin demasiado bajo, el Lenin demasiado gordo, el Lenin demasiado flaco, el Lenin demasiado cojo, el Lenin demasiado calvo y (se trataba de un tipo infortunado de ortodoncia gravemente defectuosa) el Lenin «simplemente demasiado»... Camoens mantenía una correspondencia febril con sus contactos en Moscú, engatusándolos y persuadiéndolos; algunas autoridades de Cochin, tanto de tez pálida como oscura, fueron igualmente persuadidos y engatusados; y finalmente, en la calurosa estación de 1924, Camoens tuvo su

recompensa. Cuando Belle estaba ya estallante de hijo, llegó a Cochin un miembro auténtico y con carné de la «Troupe Especial Lenin», un Lenin de primera clase, con atribuciones para aprobar y seguir instruyendo a los miembros de la nueva sucursal en Cochin de la Troupe.

Vino en barco desde Bombay y, cuando bajó por la pasarela, muy en su papel, hubo exclamaciones y gritos en el embarcadero, a los que él correspondió con una serie de inclinaciones y gestos magnánimos. Camoens notó que el Lenin sudaba abundantemente por el calor; le corrían por la frente y el cuello riachuelos de tinte oscuro para el cabello, que tenían que enjugarse continuamente.

—¿Cómo debo hablarle? —le preguntó Camoens, ruborizándose cortésmente al recibir a su huésped, que viajaba con un intérprete.

—Nada de formalidades, camarada —dijo el intérprete—. ¡Nada de títulos! Un simple Vladimir Ilych bastará.

En el embarcadero se había congregado una multitud para ver la llegada del Dirigente Mundial, y Camoens, con un pequeño gesto teatral de su cosecha, dio una palmada y del cobertizo de llegadas salieron los siete Lenines locales, con su barba. Se quedaron en el embarcadero, cambiando de pie el peso del cuerpo y sonriendo amablemente a sus colegas soviéticos; los cuales, sin embargo, estallaron en largas descargas de ruso.

—Vladimir Ilych pregunta qué significa este ultraje —dijo el intérprete a Camoens mientras crecía la multitud que los rodeaba—. Esas personas tienen la piel oscura y sus rasgos no son los suyos. Demasiado alto, demasiado bajo, demasiado gordo, demasiado flaco, demasiado cojo, demasiado calvo y ése, sin dientes.

—Se me informó —dijo Camoens contristado— de que se nos autorizaba a adaptar la imagen del Líder a las necesidades locales.

Más bombardeos de ruso.

—Vladimir Ilych opina que esto no es una adaptación sino una caricatura satírica —dijo el intérprete—. Un insulto y una ofensa. Mire,

por lo menos dos de las barbas están mal sujetas, a pesar de la atenta presencia del proletariado. Se hará un informe al más alto nivel. Por ningún concepto se le autoriza a proseguir.

A Camoens se le cayó la mandíbula; y, viéndolo a punto de llorar, con sus sueños en ruinas, sus actores —sus *cuadros*—se adelantaron; ansiosos de demostrar el cuidado con que habían aprendido sus papeles, comenzaron a adoptar posturas y a declamar. En malayalam, kannada, tulu, konkani, tamil, telugu e inglés, proclamaron la revolución, exigieron la salida inmediata de los falderos revanchistas del colonialismo y las cucarachas chupadoras de sangre del imperialismo, a la que seguiría la propiedad común de los bienes y el supercumplimiento anual de las cuotas de arroz; los índices de sus manos derechas apuñalaban el futuro, mientras sus puños izquierdos descansaban magistralmente sobre sus caderas. Aquellos Lenines babélicos, a los que se les despegaban las barbas con el calor, se dirigían a la multitud, ahora enorme, la cual comenzó, al principio poco a poco pero luego como una gran marea creciente, a reírse a carcajadas.

Vladimir Ilych se puso púrpura. Vituperios leninistas le brotaban de la boca y se quedaban flotando en el aire sobre su cabeza, en caracteres cirílicos. Luego, girando sobre sus talones, volvió a subir la pasarela y desapareció bajo cubierta.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Camoens desconsolado al intérprete ruso.

—Vladimir Ilych —replicó el intérprete—, dice francamente que este país tuyo le da cagalera.

Una mujercita se abrió paso por la hilaridad triunfante del Pueblo y, a través de la húmeda cortina de su propia desgracia, el abuelo Camoens reconoció a Maria, la doncella de su mujer.

—Será mejor que venga, señor —gritó la doncella por encima del regocijo del Pueblo—. Su buena señora le ha dado una niña.

Después de su humillación en el embarcadero, Camoens se apartó

del Comunismo y solía decir que había aprendido, duramente, que ése no era «el estilo indio». Se convirtió en un *wallah* del Congreso, en un hombre de Nehru, y siguió a distancia todos los acontecimientos de los años que siguieron: a distancia porque, aunque todos los días pasaba horas absorto en el tema, excluyendo todo lo demás, leyendo y hablando y escribiendo voluminosamente sobre el tema, nunca volvió a tomar parte activa en el movimiento, nunca publicó una palabra de sus apasionados garrapateos... Consideremos, por un momento, el caso de mi abuelo materno. ¡Qué fácil es descartarlo como un mariposón, un peso ligero, un diletante! Un millonario que flirteaba con el marxismo, un alma tímida que sólo podía ser agitador revolucionario en compañía de algunos amigos o en la intimidad de su estudio, escribiendo textos secretos que —temiendo quizá la repetición de las burlas que acabaron con él— no se decidía a publicar; un nacionalista cuyos poetas favoritos eran todos ingleses, un ateo y racionalista confeso que lograba creer en fantasmas y podía recitar de memoria, y con gran sentimiento, todo el poema de Marwell *Sobre una gota de rocío*.

*Así el alma, esa gota, ese rayo
De la clara Fuente del Eterno Mayo,
Si pudieras verla en esta flor humana,
Recordando aún su primitiva altura,
Negaría hojas y capullos grana;
Y, en memoria de su auténtica hermosura,
Te diría, con un pensamiento puro,
Que no hay otro Cielo que este cielo oscuro.*

Epifania, la más severa y menos indulgente de las madres, lo consideraba un muchacho tonto que no sabía lo que quería, pero, influido por las opiniones sobre él, más cariñosas, que me han llegado a través de Belle y de Aurora, mi estimación es diferente. Para mí, las duplicidades del abuelo Camoens revelan su hermosura; su disposición para permitir que coexistieran en su interior impulsos contrapuestos es la fuente de su

humanidad plena y amable. Si alguien señalaba las contradicciones entre, por ejemplo, sus ideas igualitarias y la realidad olímpica de su posición social, sólo respondía con una sonrisa de aceptación y un encogimiento de hombros que desarmaba, «todo el mundo debería vivir bien, ¿no? — solía decir—. Una isla de Cabral para todos, ése es mi lema». Y, en su fiero amor por la literatura inglesa, su profunda amistad con muchas familias inglesas de Cochin y su determinación igualmente fiera de que el *imperium* británico terminara y, con él, el gobierno de los príncipes, yo veo esa suavidad de odia-al-pecado-y-ama-al-pecador, esa histórica generosidad de espíritu que es uno de los auténticos milagros de la India. Cuando el sol del imperio se puso, no matamos a nuestros antiguos amos, reservándonos el privilegio de matarnos entre nosotros... pero la idea es demasiado cruel para habersele ocurrido a Camoens, a quien desconcertaba el mal, que llamaba «inhumano», una idea absurda como decía hasta su amada Belle; y, afortunada o desafortunadamente, no vivió para ver las matanzas de la Partición en el Punjab. (Tristemente, murió también mucho antes de la elección, después de la independencia, en el nuevo estado de Kerala formado con los antiguos Cochin-Travancore-Quilon, del primer gobierno marxista del subcontinente, la venganza de todas sus esperanzas rotas.)

Vivió para vivir dificultades de sobra, porque la familia se estaba precipitando ya en aquel conflicto catastrófico, la llamada «batalla de los parientes políticos», que hubiera acabado con muchas casas de menos talla y para recuperarse de la cual las fortunas de nuestra familia necesitaron un decenio.

Ahora se están desplazando las mujeres hacia el centro de mi pequeño escenario. Epifania, Carmen, Belle, y la recién llegada Aurora... ellas y no los hombres eran los verdaderos protagonistas de la lucha; e, inevitablemente, la bisabuela Epifania la alborotadora en jefe.

Declaró la guerra el día en que conoció el testamento de Francisco, y convocó a Carmen a su tocador para un consejo familiar.

—Mis hijos son unos *playboys* inútiles —anunció agitando su abanico—. A partir de ahora, será mejor que seamos las señoras las que llevemos la voz cantante. —Ella sería el comandante en jefe y Carmen, su nieta y nuera, su lugarteniente, factótum y botones—. Es tu deber, no sólo hacia esta casa, sino también hacia la familia Menezes. No olvides que, hasta que yo te salvé el pellejo, tú estabas sentada en una estantería y te hubieras pudrificado hasta el Día del Juicio.

La primera orden de Epifania fue el más antiguo de los deseos dinásticos: que Carmen concibiera un niño, un futuro-rey por medio del cual gobernarían sus amantes madre y abuela. Carmen, comprendiendo, con amarga consternación, que tendría que desobedecer aquella primera directiva, bajó los ojos y musitó:

—Está bien, tía Epifania, tus deseos son órdenes para mí —y huyó de la habitación.

(Cuando nació Aurora, los médicos dijeron que, por un desgraciado acontecimiento, Belle no podría volver a concebir. Aquella noche, Epifania les leyó la cartilla a Carmen y a Aires.)

—¡Mirad esa Belle, con lo que ha salido! Pero una niña y no más niños será una bendición de Dios para vosotros. ¡Ánimo! Haced un crío, porque si no, todo el tinglado será suyo: ¡la traca entera!

En el décimo aniversario de Aurora da Gama, una barcaza atravesó el puerto para llegar a la isla de Cabral, llevando a un individuo del norte, un tipo de Uttar Pradesh con una gran pila de planchas de madera con las que montó una rueda gigante simplificada, fijando asientos de madera a cada extremo de los brazos de una X también de madera. Sacó de una caja de terciopelo verde un acordeón e inició un alegre popurrí de canciones de feria. Cuando Aurora y sus amigos se hartaron de dar vueltas por el aire al ritmo de lo que el acordeonista llamaba un *charraj-chu*, se puso una capa escarlata e hizo que de las bocas de las niñas salieran nadando peces y sacó serpientes vivas de debajo de sus faldas, para horror de Epifania, muchos chasquidos de lengua de los todavía sin

hijos Carmen y Aires y las risas divertidas de Belle y de Camoens. Cuando Aurora vio al norteño comprendió que lo que más necesitaba en la vida era un mago personal, alguien que pudiera hacer que sus sueños se cumplieran, pudiera hacer desaparecer a su abuela para siempre por arte de magia e hiciera que el tío Aires y la tía Carmen fueran mordidos por cobras que les causaran la muerte para que Camoens pudiera vivir feliz para siempre; porque era la época de la casa dividida, con líneas de tiza a través del pavimento, como fronteras, y sacos de especias apilados por los patios formando pequeñas murallas, como si fueran defensas contra el riesgo de inundaciones o el fuego de francotiradores.

Todo había empezado cuando Epifania, utilizando como excusa el carácter distraído de su hijo, invitó a sus parientes a Cochin. Eligió expertamente el momento para su golpe; era la época de la promiscuidad postFrancisco de Aires y de la caza de Lenines por Camoens y el embarazo de Belle, de forma que hubo pocas protestas. De hecho, las objeciones más ruidosas vinieron de Carmen, que nunca había sido bien tratada por su «lado materno» y cuya furia de Lobo se desencadenó ante la llegada de tantos Menezes. Cuando hizo saber lo que pensaba a Epifania, titubeando y con muchos circunloquios, la señora le replicó utilizando la grosería de una forma calculada.

—Nena, tienes tus esperanzas futuras ahí entre las piernas, de forma que haz el favor de concentrarte para que tu marido se interese, y no te metifiques en los asuntos de tus mayores.

Los Menezes, como-moscas-a-la-miel, llegaron de Mangalore en barcos cargados, y sus mujeres y niños no se quedaron muy atrás. Otros Menezes salieron en tropel de la estación de autobuses, y se creía que más miembros del clan trataban aún de llegar en tren, pero se habían retrasado por culpa de las excentricidades del servicio de ferrocarriles. Para cuando Belle se recuperó del nacimiento de Aurora y Camoens del fiasco de Lenin, la familia de Epifania se había metido por todas partes, enroscándose en torno a la Gama Trading Company como los pimenteros

trepadores en torno a los cocoteros, intimidando a los capataces de las plantaciones, metiendo las narices en las cuentas e inmiscuyéndose en el funcionamiento de los almacenes; era una invasión en regla, pero para los conquistadores nunca es fácil ser amados y, en cuanto Epifania se sintió segura de su poder, comenzó a cometer errores. El primero fue ser demasiado maquiavélica, porque, aunque Aires fuera su hijo favorito, ella no podía negar que Camoens había engendrado el único heredero, y por consiguiente no podía ser totalmente excluido de sus cálculos. Comenzó a flirtear torpemente con Belle, que no le correspondió por su creciente rabia ante el comportamiento de los innumerables Menezes; sin embargo, los esfuerzos demasiado obvios de Epifania por seducirla distanciaron a Carmen considerablemente. Entonces Epifania cometió un error aún mayor: como su alergia a las especias que eran el soporte principal de la riqueza de la familia —¡sí, también la pimienta, la pimienta sobre todo!—, hizo saber que, en el futuro, la Gama Trading Company desarrollaría un negocio de perfumes, «de forma que, muy rápidamente, unos buenos perfumes puedan sustituir a esas sustancias que me loquifican la nariz».

Carmen perdió la paciencia.

—Los Menezes han sido siempre unos pobres diablos —le recriminó a Aires—. ¿Vas a dejar que tu madre convierta un gran negocio en olores embotellados? —Pero en aquellos tiempos los abusos de Aires da Gama le infundían un sopor que todas las carantoñas de Carmen no podían disipar—. Y si tú no te ocupas del puesto que te corresponde en esta casa —gritó ella—, al menos ten la bondad de permitir que los miembros de la familia Lobo nos ayuden, en lugar de esos Menezes que se arrastran por todas partes como hormigas blancas, devorando nuestro dinero.

El tío abuelo Aires estuvo enseguida de acuerdo. Belle, que estaba igualmente agitada, tuvo menos éxito (y no tenía parientes): Camoens no era luchador por naturaleza, y adujo que, como no tenía cabeza para los negocios, no debía cruzarse en el camino de su madre. Pero entonces llegaron los Lobo.

Lo que comenzó con perfumes terminó realmente con un gran hedor... Hay algo que, en ocasiones, sale de repente de nosotros, algo que vive dentro y, cuando sale para intervenir, nadie es immune a él; posesos, nos volvemos, con intenciones asesinas, los unos contra los otros, con la oscuridad de ese algo en nuestros ojos y armas muy reales en las manos, el vecino contra el vecino dominado por el algo, el primo empujado por el algo contra el primo, el algo hermano contra el otro algo hermano, y el niño algo contra el otro niño algo. Los Lobo de Carmen se dirigieron a las posesiones de los Da Gama en las Montañas de las Especies, y las cosas empezaron a moverse.

La carretera de jeep de las Montañas de las Especies da tumbos y rechina, pasando por delante de arrozales, plátanos rojos y alfombras al lado de la calzada, de pimientos verdes y rojos puestos a secar al sol; a través de huertos de anacardos y nueces de areca (Quilon es la ciudad del anacardo, lo mismo que Kottayam la del caucho) y sube, sube hacia los reinos del cardamomo y el comino, hacia la sombra de los cafetos en flor, hacia las terrazas de té que parecen gigantescos tejados de tejas verdes, y hacia el imperio de la pimienta de Malabar, más arriba de todo. Por la mañana, muy temprano, cantan los *bulbuls*, los elefantes de carga pasan despacio, ramoneando afablemente la vegetación, un águila describe círculos en el cielo. Llegan los ciclistas, de cuatro en fondo, cada uno con un brazo en el hombro del otro, desafiando a los atronadores camiones. Mirad: un ciclista ha puesto un pie en el respaldo del sillín de su amigo. ¿Idílico, no? Pero unos días después de la llegada de los Lobo hubo rumores de jaleos en las montañas: los Lobo y los Menezes se disputaban el poder, se habló de discusiones y de peleas.

En cuanto a la casa de la isla de Cabral, estaba llena a rebosar; te tropezabas con los Lobo a lo largo de las escaleras, y los retretes estaban copados por los Menezes. Los Lobo se negaban furiosos a moverse cuando los Menezes trataban de subir o bajar por «sus» escaleras, y el monopolio de los Menezes de los servicios higiénicos era tal que la

familia de Carmen tenía que realizar sus funciones naturales al aire libre, a la vista de los habitantes de la cercana isla de Vypeen, con sus aldeas de pescadores y su fuerte portugués en ruinas («o-u-aa-aa», cantaban los pescadores mientras remaban por delante de la isla de Cabral, y las mujeres de los Lobo se ruborizaban intensamente y competían para encontrar refugio en los arbustos), y de los trabajadores de la no tan lejana fábrica de esterillas de fibra de coco de la isla de Gundu, y de los venidos a menos principitos en sus lanchas, que pasaban corriéndose una juerga. Había muchos golpes y empujones en las colas que se formaban a la hora de las comidas, y se oían palabras ásperas en los patios, bajo la mirada indiferente de los leogrifos de madera tallada.

Comenzó a haber peleas. Se abrieron los dos caprichos de Le Corbusier para hacer frente al problema del hacinamiento, pero resultaron impopulares con los parientes políticos; hubo puñetazos por la controvertida cuestión de saber a qué miembros de la familia se les debía conceder la categoría, supuestamente superior, de dormir en el edificio principal. Las mujeres de los Lobo comenzaron a tirar de las trenzas a las Menezes y las chicas de los Menezes a apoderarse de las muñecas de las chicas de los Lobo, y a destrozarlas. Los criados de la familia Da Gama se quejaron de la actitud prepotente de los parientes políticos, de sus palabrotas y otros insultos al orgullo del personal.

Las cosas estaban llegando a un punto crítico. Una noche, pandillas rivales de adolescentes de los Menezes y de los Lobo se enfrentaron violentamente en los jardines de la isla de Cabral; hubo brazos rotos y cabezas abiertas, y heridas de arma blanca, dos de ellas graves. Las pandillas arrancaron las paredes de papel del capricho-oriental-de-estilo-japonés de Le Corbusier, y dañaron su estructura de madera tan seriamente que tuvo que ser demolida poco después; habían irrumpido ya en el capricho de Occidente y destruido una gran parte del mobiliario y muchos de los libros. En la noche de la violencia de las pandillas de parientes políticos, Belle sacudió a Camoens para despertarlo y le dijo:

—Ha llegado el momento de que te ocupes del asunto, o todo se perderá.

En aquel momento, una cucaracha volante revoloteó estrellándose en su cara y ella gritó. El grito hizo que Camoens entrara en razón. Saltó de la cama, mató la cucaracha con un periódico arrollado y, cuando fue a cerrar la ventana, había un olor en el aire que le dijo que los verdaderos problemas habían comenzado: un olor inconfundible de especias ardiendo, comino cilantro cúrcuma, pimienta negra pimienta roja, guindilla roja guindilla verde, un poco de ajo, un poco de jengibre, algunos palos de canela. Era como si algún gigante de la montaña estuviera preparando, en una sartén monstruosa, el más picante plato de *curry* nunca cocinado.

—No podemos seguir viviendo así todos juntos —dijo Camoens—: Belle, estamos quemando nuestra propia casa.

Sí, el gran hedor bajó rodando desde las Montañas de las Especies hasta el mar, *los parientes políticos de Da Gama están incendiando los campos de especias*, y aquella noche, cuando Belle vio a Carmen, de soltera Lobo, enfrentándose, por primera vez en su vida, con su suegra Epifania, de soltera Menezes, cuando las vio en camisón, con el pelo suelto, como brujas, aullando acusaciones y culpándose mutuamente de la catástrofe de las plantaciones en llamas, entonces, con fría deliberación, dejó a la pequeña Aurora en su cuna, llenó una palangana de agua fría, la bajó al patio iluminado por la luna en donde Epifania y Carmen seguían discutiendo acaloradamente, apuntó cuidadosamente y las empapó a las dos hasta los huesos.

—Si habéis provocado esos incendios maléficos con vuestras intrigas —dijo—, tendremos que empezar a extinguirlos en vosotras.

Después de aquello, el escándalo y la desgracia de la familia se hicieron más profundos. Aquellas llamas malévolas trajeron algo más que bomberos. Llegaron policías a la isla de Cabral, y después de los policías vinieron soldados, y entonces se llevaron a Aires y Camoens da

Gama, esposados y con escolta armada, no directamente a la cárcel sino al hermoso palacio Bolgatty en la isla del mismo nombre, en donde, en una habitación alta y fresca, los obligaron a arrodillarse a punta de fusil mientras un inglés de traje crema y pelo que le clareaba, con gafas gruesas como guijarros y bigote de morsa, miraba fijamente por la ventana al puerto de Cochin, con las manos suavemente cruzadas a la espalda, y hablaba, al parecer para sí mismo.

—Nadie, ni siquiera el Gobierno Supremo, lo sabe todo sobre la administración del Imperio. Año tras año, Inglaterra envía nuevos soldados a primera línea de combate, que es lo que se llama oficialmente la Administración Pública de la India. Ellos mueren o se matan de exceso de trabajo, o se preocupan a morir, o se arruinan salud y esperanzas para proteger al país de la muerte y la enfermedad, el hambre y la guerra, y para que pueda ser un día capaz de andar solo. Nunca andará solo, pero la idea es hermosa, y hay hombres dispuestos a morir por ella, y cada año avanza la labor de empujar y convencer y reñir y acariciar al país, para que viva bien. Si se logra un progreso, todo el mérito se atribuye a los nativos, mientras los ingleses se quedan al fondo, secándose la frente. Si se comete un error, los ingleses se adelantan y asumen la responsabilidad. Una excesiva ternura de esa índole ha engendrado en muchos nativos la firme creencia de que son capaces de administrar el país, y muchos ingleses fervientes lo creen también, porque la teoría se expresa en un bello inglés con los más recientes colores políticos.

—Sir, no podéis dudar de mi agradecimiento personal —comenzó a decir Aires, pero un cipayo, un vulgar malayali, lo abofeteó, y él guardó silencio.

—Nosotros administraremos el país, digáis ahora lo que digáis —gritó Camoens, desafiante. También él fue abofeteado; una vez, dos, tres. De la boca le corría un hilillo de sangre.

—Hay otros hombres que administran el país a su modo —dijo el hombre de la ventana, dirigiendo aún sus observaciones al puerto—. Es

decir, con aderezo de Salsa Roja. Tiene que haber hombres de éstos entre tres millones de personas y, si no se les atiende, pueden causar dificultades e incluso romper ese gran ídolo llamado *Pax Britannica* que, como dicen los periódicos, vive entre Peshawur y el cabo Comorín.

El hombre se volvió hacia ellos y, naturalmente, era alguien a quien conocían bien: un hombre culto con el que Camoens había disfrutado hablando de las opiniones de Wordsworth sobre la Revolución Francesa, del *Kubla Khan* de Coleridge y de los relatos casi esquizofrénicos de Kipling sobre las indianidades e inglesidades que luchaban dentro de él; con cuyas hijas había bailado Aires en el Club Malabar de la isla de Willingdon; y a quien Epifania había acogido en su mesa; pero que, ahora, tenía un aire extrañamente ausente.

Dijo: Este Residente, este inglés, al menos, no se siente inclinado en esta ocasión a asumir la responsabilidad. Vuestros clanes son culpables de incendios, disturbios y asesinatos, y alteración del orden público con derramamiento de sangre, y por consiguiente, en mi opinión, aunque no hayáis tomado parte directa, lo sois también vosotros. Nosotros — pronombre con el que comprenderéis naturalmente que me refiero a vuestras autoridades locales— vamos a hacer que sufráis las consecuencias. Durante muchos años venideros vais a pasar muy poco tiempo con vuestras familias.

En junio de 1925, los hermanos Da Gama fueron condenados a quince años de prisión. La inusitada severidad de la sentencia provocó algunas especulaciones sobre si se estaba vengando en la familia la participación de Francisco en el Movimiento de Autogobierno, o incluso los esfuerzos de ópera bufa de Camoens para importar la Revolución Soviética; sin embargo, para la mayoría de la gente, tales especulaciones se habían vuelto superfluas, incluso ofensivas, por los horrendos descubrimientos hechos en las propiedades de la Gama Trading Company en las Montañas de las Especias, prueba incontrovertible de que las cuadrillas de los Menezes y los Lobo habían perdido la cabeza por

completo. En un huerto de anacardos incendiado se encontraron los cuerpos del capataz (Lobo), su mujer y sus hijas, atados a árboles con alambre de espino: quemados, como herejes, en la hoguera. Y, en las ruinas ardientes de un fértil bosquecillo de cardamomo, se encontraron también, sobre árboles devorados por el fuego, los cadáveres carbonizados de tres hermanos Menezes. Tenían los brazos extendidos y, en el centro de cada una de las seis palmas de sus manos, un clavo de hierro.

Digo estas cosas claramente porque me hacen estremecer de vergüenza.

Mi familia ha estado bajo muchas nubes. ¿Qué clase de familia es ésta? ¿Es *normal*? ¿Es así como somos todos?

Somos así; no siempre, pero en potencia. Eso es, también, lo que somos.

Quince años: Epifania se desmayó en la sala del juicio, Carmen lloraba, pero Belle tenía los ojos y el rostro endurecido, con Aurora igualmente silenciosa y seria en su regazo. Muchos hombres de los Menezes y los Lobo, y algunas de las mujeres, fueron encarcelados o condenados; los supervivientes desaparecieron, volviendo manchados de ceniza a Mangalore. Cuando se marcharon, la casa de la isla de Cabral se quedó muy silenciosa, pero las paredes, los muebles y las alfombras crepitaban aún por la electricidad dejada por los que acaban de irse; había partes de la casa tan cargadas que sólo con entrar en ellas se te erizaba el cabello. Aquel viejo lugar abandonó lenta, muy lentamente, el recuerdo de la turba, como si casi esperase que volvieran los malos tiempos. Pero finalmente se relajó, y la paz y el silencio comenzaron a pensar en volver a ella.

Belle tenía sus propias ideas sobre cómo restablecer la civilización, y no perdió tiempo. Diez días después del encarcelamiento de Aires y Camoens, como si se lo hubieran pensado mejor, las autoridades ordenaron también la detención de Epifania y de Carmen; pero una

semana más tarde, de forma igualmente caprichosa, volvieron a ponerlas en libertad. Durante esos siete días, con autorización escrita de Camoens —como recluso de primera, se le permitía recibir diariamente comidas de casa, así como recado de escribir, libros, periódicos, jabón, toallas y ropa limpia, y podía enviar fuera ropa sucia y cartas—, Belle fue a ver a los abogados de la Gama Trading Company, los fideicomisarios nombrados en el último testamento de Francisco, y los persuadió de la necesidad inmediata de dividir en dos el negocio.

—Se dan claramente las condiciones del testamento —dijo—. Los designados por Aires han introducido en todas partes la desavenencia y la discordia, el que haya sido directa o indirectamente no importa; las circunstancias comerciales hacen que sea sencillamente imposible mantener la integridad de la compañía. Si la compañía Gama sigue siendo una sola, la vergüenza de esas atrocidades acabará con ella. Dividámosla, y quizá la enfermedad quede sólo en una de las dos mitades. Si no vivimos separados, moriremos juntos.

Mientras los abogados se ocupaban de la propuesta de dividir en dos el negocio familiar, Belle volvió a la isla de Cabral y dividió la gran casa misma, desde su parte más inferior a la más alta; los antiguos juegos de ropa blanca, cubertería y vajilla de la familia fueron sumariamente divorciados, hasta la última cucharilla, funda de almohada o platito. Con Aurora, de un año, sobre la cadera, Belle dirigió al personal de la casa; *almirahs*, cómodas, pufs, sillas de caña de largos brazos, postes de bambú para mosquiteros, *charpoys* de verano para los que preferían dormir al aire libre en la estación cálida, escupideras, orinales, hamacas y vasos de vino fueron desplazados; hasta se cazó a las lagartijas de las paredes y se las distribuyó por igual a ambos lados de la gran divisoria. Estudiando los antiguos planos de planta, que se desmenuzaban de viejos, y prestando una atención escrupulosa a la asignación exacta de espacios ventanas balcones, partió la mansión, su contenido, sus patios y jardines, por la mitad. Hizo que apilaran sacos llenos de especias a lo largo de las

fronteras recién trazadas y, cuando esas barreras resultaban inapropiadas —por ejemplo en la escalera principal—, dibujó líneas blancas en medio y exigió que se respetaran esas demarcaciones. En la cocina dividió los cacharros y puso en la pared un horario que bisecaba la semana, día por día. Dividió también a los criados de la casa y, aunque casi todos ellos suplicaron que se les permitiera quedarse a sus órdenes, ella insistió en una escrupulosa equidad, una doncella aquí, otra allá, un pinche de cocina en este lado, otro al otro lado de la línea de alto el fuego.

—En cuanto a la capilla —dijo a las atónitas Epifania y Carmen cuando volvieron para encontrarse con el *fait accompli* de un universo recién segregado—, podéis llevárosla con los colmillos de marfil y los dioses Ganesha. En nuestro lado no pensamos coleccionar elefantes ni rezar.

Ni Epifania ni Carmen tenían fuerzas, después de los últimos acontecimientos, para enfrentarse con la furia de la voluntad desatada de Belle.

—Las dos habéis traído a esta familia el fuego del Infierno —les dijo—. No quiero volver a ver vuestras desagradables jetas. ¡Quedaos con vuestro cincuenta por ciento! Emplead vuestra propia gente o dejad que todo el tinglado se vaya al diablo, ¡me da igual! Yo me ocuparé sólo de que mi cincuenta por ciento de Camoens sobreviva y prospere.

—Viniste de la nada —dijo Epifania, estornudando, por encima de un muro de sacos de cardamomo—, y, nena, tu destino es volver a la nada. —Pero no sonaba convincente, y ni ella ni Carmen discutieron cuando Belle les dijo que los campos destruidos eran parte de su cincuenta por ciento, y Aires da Gama envió una nota derrotada desde la cárcel: «¡Dadle un hachazo, maldita sea! Rajad todo el maldito negocio, ¿por qué no?»

Así fue como Belle da Gama, a la edad de veintiún años, se hizo cargo de las fortunas de su encarcelado esposo; y, aunque en los años que siguieron hubo muchas vicisitudes, supo capearlas bien. Después del

encarcelamiento de Camoens y Aires, las tierras y los almacenes de la compañía Gama habían sido puestos en administración pública: mientras los abogados redactaban las escrituras de separación, la realidad era que cipayos armados patrullaban por las Montañas de las Especies y funcionarios públicos se sentaban en las altas sillas de la compañía. Belle necesitó meses de discursos, adulaciones, sobornos y coqueteos para recuperar la empresa. Para entonces, muchos clientes, impresionados por el escándalo, se habían llevado sus negocios a otra parte, o bien, cuando supieron que ahora estaba al frente *una cría*, exigieron nuevas condiciones comerciales que supusieron nuevas cargas para las ya tambaleantes finanzas de la compañía. Epifania tuvo muchas ofertas para comprarle su parte por una décima o, en el mejor de los casos, una octava parte del valor real del negocio.

No vendió. Comenzó a ponerse pantalones de hombre, camisas de algodón blancas y el sombrero crema de Camoens. Fue a todos los campos, a todos los huertos y a todas las plantaciones que controlaba y recuperó la confianza de los aterrorizados empleados, muchos de los cuales habían tenido que huir para salvar la vida. Encontró administradores en quien podía confiar y a los que la mano de obra obedecía con respeto, pero sin temor. Sedujo a los bancos para que le prestaran dinero, acosó a los clientes perdidos para que volvieran y se convirtió en una experta en la letra pequeña de los contratos. Y, por su salvamento del cincuenta por ciento de la Gama Trading Company, se ganó un apodo respetuoso: desde los salones de Fort Cochin hasta el muelle de Ernakulam, desde la Residencia Británica en el viejo palacio Bolgatty hasta las Montañas de las Especies, sólo hubo una reina Isabel de Cochin. No le gustaba el apodo, aunque la admiración que había detrás la llenaba de orgullo. «Llamadme Belle —solía decir—. Simplemente con Belle basta.» Pero ella nunca fue simple; y, más que cualquier princesa local, se había ganado la realeza.

A los tres años, Aires y Carmen se rindieron, porque su cincuenta

por ciento estaba para entonces al borde del colapso. Belle hubiera podido comprarles su parte por casi nada, pero, como Camoens no hubiera hecho algo así a un hermano, les pagó el doble. Y en los años que siguieron trabajó tan febrilmente para salvar el cincuenta por ciento de Aires como había trabajado para salvar el suyo propio. Sin embargo, el nombre de la compañía cambió; la Gama Trading Company desapareció para siempre. En su lugar estaba el edificio restaurado de la llamada C-50, la Camoens Fifty Per Cent Corp. (Private) Limited. «Lo que demuestra —le gustaba decir a ella— que, en esta vida, cincuenta y cincuenta son cincuenta.» Con lo que quería decir que, aunque el negocio podía haber sido reunificado por la *reconquista* de la reina Isabel, la escisión de la familia seguía intacta; las barricadas de sacos continuaban en su sitio. Y seguirían estándolo muchos años.

Ella no era perfecta; quizá haya llegado el momento de que se diga. Era alta, bella, brillante, brava, trabajadora, potente, victoriosa, pero, señoras y caballeros, la reina Isabel no era un ángel, y en su guardarropa no había alitas ni aureolas, no señor. En aquellos años de la condena de Camoens, fumaba como un carretero, se volvió cada vez peor hablada y no refrenaba sus palabrotas ni delante de una hija cada vez mayor; se corría a veces juergas que la dejaban inconsciente, despatarrada como una furcia en la alfombra de cualquier taberna del campo; se convirtió en la más dura de roer, y hubo insinuaciones de que sus métodos comerciales comprendían a veces un poco de intimidación y un poco de mano dura con proveedores, contratistas y rivales; y era frecuente, tranquila y desvergonzadamente infiel, infiel sin discriminación ni limitaciones. Se quitaba su atuendo de trabajo para ponerse un vestido de cuentas y un sombrero de campana al estilo *flapper* de los veinte, para practicar el charlestón, con los ojos muy abiertos y los labios fruncidos, delante del espejo de su vestidor, y luego, dejando a Aurora con su *ayah*, se dirigía al club Malabar. «Hasta luego, chiquitina —le decía a su hija, con voz profunda y destrozada por el tabaco—. Mamita sale esta noche a

cazar tigres.» O bien, levantando los tacones y tosiendo profundamente: «Que sueñes con los angelitos, tesoro. Si encuentro un león me lo devoro.»

En sus últimos años, mi madre Aurora da Gama contó esta historia a su círculo de amigos bohemios.

—Sabéis, yo tenía cinco-seis-siete-ocho años, era toda una señorita. Si sonaba el teléfono, lo descolgaba y decía: «Lo siento pero mi papá y el tío Aires están en la cárcel, la tía Carmen y la abuelita están al otro lado de los sacos de olor y no pueden venir aquí, y mamita estará cazando tigres toda la noche; ¿quiere dejar un mensaje?»

Mientras Belle andaba de parranda, la pequeña Aurora, aquella niña solitaria, abandonada a sus propios medios en su casa surrealísticamente hendida, utilizó ese ojo interior que es la bendición de la soledad; y, según es leyenda, encontró su don. Cuando creció y estaba encerrada en el culto a sí misma, a sus admiradores les gustaba quedarse con la imagen de la niña sola en la gran casa, abriendo de par en par las ventanas y permitiendo que la realidad torrencial de la India le despertara el alma. (Notaréis que dos episodios de los primeros años de la vida de Aurora se combinaron para formar esa imagen.) Se decía de ella, con sobrecogimiento, que ni siquiera de niña dibujó nada infantil; que sus figuras y paisajes fueron adultos desde el principio. Y ella no hacía nada para ahuyentar ese mito; de hecho, puede haberlo fomentado incluso, poniendo fecha atrasada a algunos dibujos y destruyendo otras obras de juventud. Lo que es cierto probablemente es que Aurora comenzó su vida artística durante aquellas largas horas sin madre; que tenía talento para el dibujo y para el color, quizá un talento que un ojo experto hubiera podido reconocer; y que se dedicó a sus nuevas aficiones con secreto sepulcral, escondiendo sus instrumentos y su trabajo, de forma que Belle no se enteró de ellas en todos los días de su vida.

Conseguía sus materiales en el colegio, se gastaba hasta el último céntimo de su dinero de bolsillo en lápices de colores y papeles y plumas

de caligrafía y tinta china y cajas de acuarelas para niños, utilizaba el carboncillo de la cocina, y su *ayah* Josy, que lo sabía todo, que la ayudaba a esconder sus blocs de dibujo, nunca traicionó su confianza. Fue sólo después del encarcelamiento de Epifania... pero me estoy adelantando a mi relato. Y, de todas formas, hay mentes mejor preparadas que la mía para escribir sobre el genio de mi madre, ojos que pueden ver más claramente lo que ella consiguió. Lo que me absorbe cuando contemplo la imagen de hoy de aquella niña pequeña y solitaria que se convirtió en mi madre inmortal, mi Némesis, mi enemiga más allá de la tumba, es que nunca pareció reprochar aquel aislamiento a su padre, ausente durante toda su infancia, encerrado en la cárcel, ni a su madre, que se pasaba los días administrando un negocio y las noches cazando fieras vivas; en lugar de ello, los adoraba a los dos, y se negaba a oír una sola palabra de crítica, por ejemplo mía, sobre su capacidad como padres.

(Pero les escondió el secreto de su verdadera naturaleza. Lo apretó contra sí; hasta que le salió de repente, como hacen siempre esas verdades: porque tienen que hacerlo.)

Epifania, rezando y envejeciendo, porque, cuando sus hijos fueron encarcelados, tenía cuarenta y ocho años, pero había cumplido cincuenta y siete cuando los soltaron después de nueve años de condena, *los años pasaban a la deriva como barcos perdidos, Señor, como si tuviéramos tiempo que malgastar*, entró en una especie de éxtasis, un frenesí apocalíptico en el que se mezclaban la culpa y Dios y la vanidad y el fin del mundo, y la destrucción de las antiguas formas por la llegada odiada de las nuevas, *no tenía que haber sido así, Señor, no tenía que haber sido desterrada en mi propia casa, detrás de una pila de sacos, con prohibición de atravesar las líneas blancas de esa loca*, ella rascó las heridas del presente y del pasado, *mis propios criados, Señor, me mantienen en mi sitio, porque también yo estoy en prisión y ellos son mis guardianes, no puedo despedirlos porque no soy yo quien les paga su salario, sino ella ella ella, por todas partes y por siempre ella, pero*

puedo esperar, ves, la paciencia es una virtud, aguardaré el momento oportuno, Epifania, en sus oraciones, invocaba maldiciones sobre los Lobo, y por qué me tormentificáis, dulce Jesús, santa María, haciéndome vivir con la hija de esa casa maldita, con esa cosa estéril de la que, en mi generosidad, traté de hacerme amiga, mirad cómo me lo paga, cómo vino esa familia de tipógrafos y me destrozó la vida, pero en otras ocasiones el recuerdo de los muertos se alzaba, acusándola, Señor, he pecado, debería ser escaldada con aceites calientes y quemada con hielo frío, ten piedad de mí Madre de Dios porque soy la más humilde de las humildes, sálvame, si es tu voluntad, del abismo de la fosa sin fondo, porque en mi nombre y por mis acciones un mal grande y asesino se desató sobre la tierra, elegía castigos para sí misma, Señor, hoy he decidido dormir sin mosquitero, que vengan, Señor, con el aguijón de Tu castigo, déjales que me piquen de noche y me chupifiquen la sangre, déjales que me infecten, Madre de Dios, con las fiebres de Tu ira, y esa penitencia iba a continuar después de la puesta en libertad de sus hijos cuando les perdonó sus pecados y, una vez más, se envolvió con la nube protectora de la niebla nocturna, rehusando ciegamente admitir que, en sus años de desuso, los mosquiteros, ya perforados, se habían llenado de agujeros de polilla, Señor, se me está cayendo el pelo, el mundo está destrozado, Señor, y yo soy vieja.

Y Carmen, en su cama solitaria, con los dedos llegando, para su consuelo, por debajo de su cintura, entrelazada consigo misma, bebió su propia amargura y la llamó dulce, se dirigió a su propio desierto y lo llamó exuberante, se excitó con fantasías de seducciones por marineros morenos en la parte de atrás de la «Lagonda» negra y oro y forrada de madera de la familia, de seducir a los amantes de Aires en el Hispano-Suiza de la familia *Oh Dios piensa en cuantos hombres nuevos conocerá conoce ha conocido en la cárcel* y, echada sin dormir noche tras noche, se acariciaba el cuerpo huesudo mientras su juventud pasaba, veintiún años cuando Aires fue a la cárcel, treinta cuando salió, *y todavía intacta,*

intocable, jamás tocada, no por otros, pero esos dedos saben, oh saben oh oh; y resbaladiza de jabón en el baño y humedecida de sudor en el bazar, buscaba su alegría diaria, no debía haber sido así, el marido Aires, la suegra Epifania, debía de haber sido hermoso; y hay hermosura a mi alrededor, el poder infinito de Belle, el enigma y las posibilidades de su hermosura. Pero yo, yo, yo no soy hermosa. En esta casa esclava de la hermosura, he sido mostrada a mí misma, señores, soy horrorosa, ajá-ja, señoras y señores, ya lo creo, y cerrando sus ojos infortunados y arqueando la espalda se entregaba al placer del asco, desuéllame desuella mi piel del cuerpo por completo y déjame empezar de nuevo deja que no tenga raza ni nombre ni sexo oh deja que las nueces se pudran en sus cáscaras oh oh que las especias se marchiten al sol oh deja que ardan deja que ardan deja que ardan, ohh y, derrumbándose después de las lágrimas, se encogió entre sus sábanas, mientras los muertos hinchados se aproximaban a ella, gritando venganza.

El día de su décimo cumpleaños, el tipo norteno del *charraj-chu*, el acordeón, el acento de Uttar Pradesh y los trucos de magia, preguntó Aurora da Gama: «¿Qué es lo que quieres más en el mundo?»... y, antes de que ella respondiera, le había concedido un deseo. Una lancha motora hizo sonar su sirena en el puerto y vino hacia el embarcadero de la isla de Cabral, y allí en la cubierta, en libertad condicional seis años antes de terminar sus condenas, estaban Aires y Camoens, *todo hueso y pellejo*, mientras su madre gritaba de alegría. Volvían a casa, saludando con la mano débilmente, sonriendo de forma idéntica: la sonrisa vacilante y ansiosa del preso recién liberado.

El abuelo Camoens y la abuela Belle se abrazaron en el embarcadero.

—Tengo para ti la más horrorosa de tus camisas camperas planchada y lista —dijo ella—. Envuélvete para regalo y date a esa niña que hoy cumple años con esa gran sonrisa que le deforma la cara entera. Mírala, es alta ya como un árbol y ahora está tratando de reconocer a su padre.

Siento su amor que viene hacia mí a través de los años; qué grande era, qué poco tiempo pasaron juntos. (Sí, a pesar de que ella se acostaba con todo el mundo, insisto; lo que había entre Belle y Camoens era el verdadero.) Oigo a Belle tosiendo ya cuando Camoens levanta a Aurora, siento que sus toses ásperas y profundas me desgarran, como si fueran propias.

—Fumo demasiado —dijo ella ahogándose—. Una mala costumbre. —Y, mintiendo, para no ensombrece su regreso—: Lo dejaré.

Ante la suave petición de Camoens —«esta familia ha sufrido demasiado, ahora tenemos que empezar a sanar»— ella accedió a dismantelar las barreras que habían mantenido fuera de su vista a Epifania y Carmen. Por Camoens renunció, de la noche a la mañana y para siempre, a sus costumbres disolutas y promiscuas. Porque Camoens se lo pidió, permitió que Aires se uniera a ellos en el consejo directivo del negocio familiar, aunque la cuestión de que pudiera comprar de nuevo una participación no se planteó siquiera, dado que él carecía de peculio. Creo, lo espero, que fueron unos amantes maravillosos, Belle y Camoens, que la tímida delicadeza de él y el hambre voluptuoso de ella emparejaban perfectamente; que, durante esos tres años tan-breves-demasiado-breves después de ser puesto en libertad Camoens, se satisficieron mutuamente, felizmente echados el uno en los brazos del otro.

Pero ella tosió durante tres años y, aunque las repercusiones de todo lo que había pasado hacían de la casa reunificada un lugar cauteloso, su hija, cada vez mayor, no se dejó engañar.

—E incluso antes de que yo oyera a la muerte en los pulmones de Belle, ellas lo supieron, las muy brujas —me dijo mi madre—. Yo sabía que todos aquellos cabrones estaban simplemente esperando. Una vez divididos, divididos para siempre; en aquella casa se luchó hasta el maldito final.

Cuando, una noche, no mucho después del regreso de los hermanos,

la familia se reunió a petición de Camoens en el gran refectorio, mucho tiempo sin utilizar, bajo los retratos de los antepasados, para un banquete de reconciliación, fueron los pulmones de Belle los que lo estropearon todo, fue el esputo carraspeante y sanguinolento de Belle en una escupidera de cromo el que hizo observar a Epifania, que presidía en la cabecera de la mesa con mantilla de encaje negro:

—Supongo que ahora que has echado el gancho al dinero no necesitas ya tener modales.

Y hubo recriminaciones y voces, y luego se hizo de nuevo la inquieta tregua, pero no hubo más reuniones a la hora de comer.

Ella se despertaba tosiendo, y tosía terriblemente antes de irse a dormir. Los accesos de tos la despertaban en medio de la noche, y vagaba por la vieja casa, abriendo de par en par las ventanas... pero, dos meses después de su regreso, fue Camoens quien se despertó y la encontró tosiendo en un sueño febril y echando sangre por la boca. Se le diagnosticó tuberculosis, había afectado a ambos pulmones, era mucho más peligrosa entonces que lo que es hoy, y ella tenía que reducir drásticamente sus actividades profesionales.

—Maldita sea, Camoens —gruñó Belle—, si vuelves a joder lo que yo desjodí para ti, será mejor que ande cerca para desjoderlo por ti otra vez.

Y aquella alma delicada, fuera de sí de ansiedad, se echó a llorar, hirviendo de amor.

Y Aires, al volver, había encontrado también a una mujer cambiada. Ella fue a su alcoba la noche de su liberación y le dijo:

—Si no dejas tu vergüenza y tus escándalos, Aires, te mataré cuando estés dormido.

Él le hizo una profunda reverencia, dándose por enterado, la reverencia de un dandy de la Restauración, con la mano derecha trazando hacia afuera una espiral de petimetre y el pie derecho delante, con el dedo gordo deliciosamente engarabitado, y ella se fue. Él no renunció a sus

aventuras; pero se volvió más circunspecto, aprovechando las horas de la tarde en un apartamento alquilado de Ernakulam, de lento ventilador de techo, paredes azul pastel, sin adornos y desconchadas, un cuarto de baño anejo con una ducha accionada a mano y un retrete sin taza, y una cama de *charpoy* grande y baja, cuyas tiras había hecho renovar, para mayor higiene y fortaleza. A través de las persianas, delgadas hojas de luz del día caían sobre su cuerpo y el de otro, y los gritos del mercado subían hasta él, mezclándose con los gemidos de su amante.

Por las noches jugaba al bridge en el club Malabar, en donde se podía dar fe de su presencia, o se quedaba modosamente en casa. Compró candados para los pasadores de su puerta y adquirió un bulldog británico al que, para provocar a Camoens, llamó *Jawaharlal*. Había salido de la cárcel tan opuesto como siempre al Congreso y sus demandas de independencia, y ahora se convirtió en un ardiente escritor de cartas, llenando columnas de los periódicos con su defensa de la llamada alternativa liberal. «Esa equivocada política de expulsión de nuestros gobernantes —tronaba—. Supongamos que tenga éxito; ¿qué pasará entonces? ¿Dónde hay en esta India instituciones democráticas que sustituyan a la Mano Británica, que es, tengo que reconocerlo por mí mismo, benevolente hasta cuando castiga nuestras fechorías infantiles.» Cuando Mr. Chintamani, director liberal del periódico *Leader*, sugirió que la India «haría mejor en someterse al actual gobierno inconstitucional y no al gobierno más reaccionario e inconstitucional además del futuro», el tío abuelo Aires escribió diciendo «¡Bravo!», y cuando otro liberal, sir P. S. Sivaswamy Iyer, adujo que «al preconizar la convocatoria de una asamblea constituyente, el Congreso pone demasiada fe en la sabiduría de la multitud, y hace escasa justicia a la sinceridad y la capacidad de los hombres que han participado en varias Conferencias de Mesa Redonda. Dudo mucho de que una asamblea constituyente hubiera podido hacerlo mejor», Aires da Gama redactó su felicitación: «¡Estoy *completamente* de acuerdo! En la India, ¡el hombre de la calle ha doblado

siempre la cerviz ante los consejos de sus superiores!, ¡de las personas de educación y buena cuna!»

Belle se enfrentó con él en el embarcadero a la mañana siguiente. Con el rostro pálido y los ojos enrojecidos, estaba envuelta en chales, pero insistió en despedir a Camoens cuando éste se fue a su trabajo. Cuando los hermanos subieron a la lancha de la familia, agitó el periódico ante el rostro de Aires.

—En esta casa hay educación y buena cuna —dijo Belle a voz en grito—, y nos hemos portado como canes.

—Nosotros no —dijo Aires da Gama—. Nuestros parientes pobres, ignorantes como cerdos, que ya me han hecho sufrir bastante, maldita sea, y por quienes no acepto más culpas. Oh, no ladres ahora, *Jawaharlal*; échate, muchacho, échate.

Camoens enrojeció, pero se contuvo, pensando en Nehru en la cárcel de Alipore, en tantos hombres y mujeres buenos en calabozos remotos. Por la noche, se sentaba con Belle y su tos, secándole ojos y labios, y poniéndole compresas frías en la frente, y le hablaba en susurros del *amanecer de un nuevo mundo, Belle, un país libre, Belle, por encima de la religión al ser laico, por encima de las clases sociales al ser socialista, por encima de las castas al ser ilustrado, por encima del odio gracias al amor, por encima de la venganza gracias al perdón, por encima de la tribu gracias a la unificación, por encima del idioma al ser plurilingüe, por encima del color al ser multicolor, por encima de la pobreza por vencerla, por encima de la ignorancia al ser culto, por encima de la estupidez al ser inteligente, libertad, Belle, el expreso de la libertad, pronto pronto estaremos en su andén, dando vivas a la llegada del expreso* y, mientras él le hablaba de sus sueños, ella se dormía y la visitaban los espectros de la desolación y la guerra.

Cuando ella se quedaba dormida, él recitaba poemas a su figura durmiente:

Auséntate un momento de la dicha,

Y alienta por un tiempo con dolor,

y susurraba a los encarcelados y a su mujer, a todo el país cautivo, se inclinaba aterrado sobre aquel cuerpo enfermo y dormido y confiaba su esperanza y su amor angustiados al viento:

Su obra acabada, la mentira perece;

La verdad, que es grande, prevalecerá

Cuando a nadie importe ya si prevalece.

No era tuberculosis, o no sólo tuberculosis. En 1937 se descubrió que Isabella Ximena da Gama, de soltera Souza, de treinta y tres años sólo, padecía un cáncer de pulmón que había llegado a una fase avanzada, terminal. Pronto tuvo grandes dolores y clamó contra el enemigo que había en su cuerpo, tremendamente furiosa con la muerte por llegar tan pronto y portarse tan mal. Un domingo por la mañana, cuando se oían las campanas de una iglesia sobre el agua y había humo de leña en el aire y cuando Aurora y Camoens estaban a su cabecera, ella dijo, volviendo el rostro hacia la luz que entraba a raudales: *recordad la historia del Cid Campeador en España, también él amó a una mujer llamada Ximena.*

Sí, lo recordamos.

Y, cuando estaba mortalmente herido, él le dijo que atara su cadáver al caballo y lo enviara a la batalla, para que el enemigo viera que seguía vivo.

Sí madre. Mi amor, sí.

De modo que atad mi cuerpo a una maldita ricksha o al primer maldito medio de transporte que podáis encontrar, carro de camello carro de burro carro de buey, pero por el amor del cielo no un maldito elefante, ¿eh? Porque el enemigo está cerca y, en esta historia triste, Ximena es el Cid.

Madre, lo haré.

[Muere.]

En mi familia hemos encontrado siempre difícil respirar el aire del mundo; llegamos esperando algo mejor.

¿Hablando por mí mismo, a estas alturas? Sólo arreglándomelas, gracias por el interés; aunque viejo, viejo, viejo antes de tiempo. Se podría decir que he vivido demasiado aprisa y, como un corredor de maratón que se derrumba porque no ha sabido medirse, como un astronauta que se asfixia por haber bailado demasiado alegremente en torno a la luna, en mis años recalentados utilicé todo el aire de una vida. ¡Ay Moro gandul! Gastarse, en sólo treinta y seis años, la asignación de setenta y dos. (Pero dejadme decir, como atenuante, que no pude elegir mucho.)

Bueno: hay una dificultad, pero la supero. La mayoría de las noches hay ruidos, graznidos y gruñidos de animales fantásticos, que salen de las junglas de mis pulmones. Me despierto jadeante, cargado de sueño, agarro puñados de aire y me los meto inútilmente en la boca. Sin embargo, es más fácil inspirar que espirar. Como es más fácil absorber lo que la vida ofrece que dar a conocer los resultados de esa absorción. Lo mismo que es más fácil encajar un golpe que devolverlo. No obstante, jadeante y carrasposo, en definitiva exhalo, venzo. Esto es motivo de orgullo; y no me niego a mí mismo una palmada en mis doloridos hombros.

En esos momentos me convierto en mi aliento. Esa fuerza vive por sí misma, mientras yo me concentro en el defectuoso funcionamiento de mi pecho: las toses, los sospechosos tragos. Yo soy lo que respira. Soy lo que comenzó hace tiempo con la exhalación de un grito y terminará cuando el espejo puesto sobre mis labios no se empañe. No es el pensar lo que nos hace así, sino el aire. *Suspiro, ergo sum*. El latín, como de costumbre, dice la verdad: *suspirare* = *sub*, bajo + *spirare*, verbo, respirar.

Suspiro: Respiro por lo bajo.

En principio era, y es hasta el fin el pulmón: aspiración divina, primer grito de bebé, aire modelado del lenguaje, rachas entrecortadas de risa, aires exaltados de canción, gemido de amantes felices, lamento de amantes infelices, gruñido de avaro, graznido de bruja, fetidez de enfermedad, suspiro agonizante y, más y más lejos, el silencioso vacío sin aire.

Un suspiro no es un suspiro sólo. Inhalamos el mundo y exhalamos significado. Mientras podemos. Mientras podemos.

—*Respiramos suavemente* —sueltan los árboles. Aquí, al final del viaje, en este lugar de olivos y lápidas, las plantas han decidido entablar conversación. *Respiramos suavemente*, sí; sumamente informativo. Son los cultivos de El Greco esos olivos parlanchines; bien bautizados, se podría observar, con el nombre de aquel griego atormentado por Dios.

En adelante haré oídos sordos al cotorreante follaje y su metafísica arbórea, su clorofilosofía. Mi árbol genealógico me dice todo lo que quiero saber.

He estado viviendo en un capricho arquitectónico: la fortaleza almenada de la aldea de Benengeli, que mira desde una colina parda a la llanura que sueña, con espejismos refulgentes, y es un mar mediterráneo. Yo también he estado soñando y, por una estrecha rendija de la ventana de mi habitación, he visto, no España sino el sur de la India; tratando, a pesar de las distancias de espacio y tiempo, de volver a penetrar en aquella Edad Tenebrosa comprendida entre la muerte de Belle y la entrada de mi padre en escena. Aquí, filtrándose a través de ese delgado portal, esa estrecha fisura del tiempo, estuvo Epifania Menezes da Gama, arrodillada, rezando, y su capilla era como un charco dorado en la oscuridad de la gran escalera. Parpadeé y vino el recuerdo de Belle. Un día, poco después de salir de la cárcel, Camoens llegó a la hora del desayuno con ropas de *khaddar* sencillas; Aires, otra vez hecho un dandy, se rió dentro de su *kedgeree*. Después del desayuno, Belle se llevó aparte

a Camoens.

—Querido, quítate ese disfraz —dijo—. Nuestro esfuerzo nacional consiste en administrar un buen negocio y velar por nuestros trabajadores, no es vestirnos como chicos de los recados.

Pero esta vez Camoens fue incommovible. Como ella, estaba a favor de Nehru, no de Gandhi: de los negocios y la tecnología y el progreso y el modernismo, de la ciudad, y en contra de todas aquellas paparruchas de hilar tu propio algodón y viajar en los trenes en tercera. Pero llevar tejidos artesanales le gustaba. Para cambiar de amo, cambia de ropa.

—Muy bien, *Bapuji* —se burló ella—. Pero no creas que vas a lograr que deje los pantalones, salvo para ponerme algún vestido sexy de baile.

Miré rezar a Epifania y di las gracias de que, de algún modo, por alguna chiripa que en su momento me pareció la cosa más corriente del mundo, mis padres se hubieran curado de la religión. (¿Dónde está su medicina, su antiveneno más-fuerte-que-el-veneno-del-sacerdote? ¡Embotelladlo, por compasión, y enviadlo por el mundo entero!) Miré a Camoens con su *jibba khaddar* y recordé que una vez fue, sin Belle, por todo el camino de las montañas hasta la pequeña ciudad de Malgudi, junto al río Sarayu, sólo porque el Mahatma Gandhi iba a hablar allí: eso, a pesar de ser un hombre de Nehru. Sobre ello escribió en su diario:

En aquella inmensa congregación sobre las arenas del Sarayu yo era una manchita. Había un montón de voluntarios vestidos de khaddar blanco moviéndose por el estrado. El soporte cromado del micrófono relucía al sol. La policía andaba por aquí y por allá. Había entrometidos que pedían a la gente que se mantuviera tranquila y en silencio. La gente les obedecía... el río fluía, las hojas de los enormes banyan y peepul de las orillas susurraban; la multitud que aguardaba mantenía un parloteo continuo, constantemente puntuado por los pops de las botellas de gaseosa; rajas de pepino longitudinales, de forma de media luna y frotadas con una cáscara de lima mojada en sal, iban desapareciendo de la bandeja de madera de un vendedor que anunciaba en tono apagado

(como concesión a la llegada del gran hombre): «Pepino para la sed, lo mejor para la sed.» Se había enrollado una toalla verde en la cabeza para protegerse del sol.

Entonces llegó Gandhi e hizo que todo el mundo diera palmadas rítmicamente por encima de su cabeza, salmodiando su *dhun* favorito:

Raghupati Raghava Raja Ram

Patitha pavana Sita Ram

Ishwara Allah tera nam

Sabko Sammati dé Bhagwan.

Y hubo *Jai Krishna, Hare Krishna, Jai Govind, Hare Govind*, hubo *Samb Sadashiv Samb Sadashiv Sam Sadashiv Samb Shiva Har Har Har Har*.

—Después de todo aquello —dijo Camoens a Belle a su regreso—, no oí nada. Había visto la belleza de la India en aquella multitud, con su gaseosa y su pepino, pero con aquello de Dios me asusté. En la ciudad somos partidarios de una India laica, pero la aldea es partidaria de Ram. Y dicen *Ishwar* y *Alá es tu nombre*, pero no se lo creen, sólo creen en Ram mismo, rey del clan Raghu y purificador, con Sita, de los pecados. Tengo miedo de que, en definitiva, los aldeanos marcharán contra las ciudades y la gente como nosotros tendrá que echar el cerrojo a sus puertas y vendrá un Ram Adán.

Unas semanas después de la muerte de su esposa, comenzaron a aparecer misteriosos arañazos en el cuerpo de Camoens mientras dormía. Primero fue uno en el cuello, en la parte de atrás, en donde tuvo que señalárselo, quién lo hubiera dicho, su hija; luego tres largas líneas de rastrillo sobre su nalga derecha y, después de eso, uno en la mejilla hasta el borde de la barbita. Al mismo tiempo, Belle comenzó a aparecésele en sueños, desnuda y exigente, de forma que él se despertaba llorando, porque, aunque yaciera con su imagen soñada, sabía que no era real. Sin embargo, los arañazos eran muy reales y, aunque no se lo dijo a Aurora, su impresión de que Belle había vuelto tenía tanto que ver con aquellas marcas amorosas como con las ventanas abiertas y los objetos elephantinos que faltaban.

Su hermano Aires adoptó una actitud sencilla hacia el enigma de los colmillos de marfil y Ganeshas perdidos. Reunió a la servidumbre en el patio principal, bajo el *peepul* que tenía la parte inferior del tronco pintada de blanco y, en el calor de la tarde, se paseó arriba y abajo con un sombrero de paja, una camisa sin cuello y unos pantalones blancos de yute sujetos por tirantes rojos, rugiendo heladamente su cierta-segura convicción de que uno de ellos era un ladrón. Los criados de la casa, jardineros, barqueros, barrenderos, limpiadores de letrinas, todos lo miraban formando una línea sudorosa y aterrorizada y poniendo la sonrisa congraciadora de su miedo, mientras *Jawaharlal*, el bulldog, emitía gruñidos amenazadores y su amo Aires los apostrofaba con apodos.

—¿Quién va a hablar? —preguntó—. ¿*Jergagokhale*, tú? ¿*Nallappabuendía*? ¿*Karampalzancos*? ¡Hablad, pronto! Y los chicos de recados fueron era *Tarará* y *Tararí*, mientras los abofeteaba a ambos, y los jardineros eran frutos secos y especias, mientras les pinchaba en el pecho con un dedo, *Anacardo*, *Pistacho*, *Cardamomo Grande* y

Cardamomo Pequeño, y los limpiadores de letrinas, a los que, desde luego, no tocaba, eran *Aguas Menores* y *Aguas Mayores*.

Aurora vino corriendo cuando supo lo que ocurría y, por primera vez en su vida, la presencia de los criados la llenó de vergüenza, no pudo mirarlos a los ojos, se volvió hacia la familia congregada (porque la impasible Epifania, Carmen, la de la esquirra de hielo en el corazón y hasta Camoens —retorciéndose inquieto pero, hay que decirlo, sin interrumpir— habían salido a estudiar la técnica de interrogatorio de Aires) y, con un grito muy fuerte, confesó: *Nno-han-sido-ellos-he-sido-YO*.

—¿Qué? —le gritó Aires a su vez, burlonamente, irritado; un atormentador privado de su placer—. Habla, no oigo nada.

—Deja de intimidarlos —aulló Aurora—. No han hecho nada; no han tocado tus malditos-malditos elefantes ni sus puñeteros-puñeteros colmillos. Yo lo hice.

Su padre palideció.

—¿Por qué, nena?

El bulldog, gruñendo, enseñó los dientes.

—No me llames nena —respondió ella, desafiándolo incluso a él—. Es lo que siempre quiso hacer mi madre. Vas a ver: a partir de ahora ocuparé su lugar. Y, tío Aires, deberías encerrar a ese perro loco; por cierto, tengo un nombre para *él* que *realmente* se merece: llama *Ñam-ñam* a ese chucho ladrador-pero-poco-mordedor.

Y se volvió, con la cabeza muy alta, y se fue, dejando a su familia boquiabierta de asombro; como si realmente hubieran visto un avatar, una reencarnación, el fantasma viviente de su madre.

Pero fue Aurora la encerrada; como castigo, fue desterrada a su cuarto, a dieta de arroz-y-agua, durante una semana. Sin embargo, Josy, que la adoraba, le llevaba a escondidas comida y bebida: *idli* y *sambar*, pero también «chuletas» de carne-picada-y-patata, japuta empanada, picantes platos de gambas, gelatina de plátano, flan y refrescos; y la vieja

ayah le llevaba también encubiertamente los instrumentos —carboncillo, pinceles, pinturas— que había escogido Aurora, en aquel momento verdadero de su mayoría de edad, para expresar su yo interior. Toda aquella semana, ella trabajó, interrumpiéndose apenas para dormir. Cuando Camoens fue a su puerta, ella le dijo que se fuera, se guardó su silencio y no sintió necesidad de un padre ex presidiario que no era capaz de luchar para librar a su propia hija del calabozo, y él bajó la cabeza y obedeció.

Sin embargo, al terminar su período de arresto domiciliario, Aurora invitó a Camoens a entrar, haciendo de él la segunda persona en el mundo que vio su obra. Cada pulgada de las paredes e incluso el techo pululaba de figuras, humanas y animales, reales o imaginarias, dibujadas con una amplia línea negra que se transformaba continuamente y se ensanchaba aquí y allá, convirtiéndose en enormes bloques de color, el rojo de la tierra, la púrpura y el vermellón del cielo, los cuarenta matices del verde; una línea tan musculosa y libre, tan repleta, tan violenta, que Camoens, con rebosante corazón de padre orgulloso, se descubrió diciendo: «¡Es el gran hervidero del Ser!» Cuando se fue acostumbrando al universo recién desvelado de su hija, comenzó a ver sus visiones: ella había llevado la Historia a las paredes, el rey Gondofares invitando a Tomás, apóstol de la India; y, procedente del norte, el emperador Asoka con sus Columnas de la Ley, y las colas de gente esperando para poder apoyar la espalda en esas columnas y ver si eran capaces de juntar sus manos detrás, lo que traía buena suerte; y las versiones de Aurora de las esculturas eróticas de los templos, cuyos explícitos detalles hicieron palidecer a Camoens, y de la construcción del Taj Mahal, después de la cual, como ella mostraba resueltamente, sus grandes albañiles fueron mutilados y sus manos amputadas, de forma que nunca pudieran construir nada más hermoso; y de su propio Sur ella había elegido la batalla de Srirangapatnam y la espada de Tipu Sultán, y la fortaleza mágica de Golconda, en donde un hombre que hablara normalmente en la torre de entrada podía ser oído

claramente en la ciudadela, y la llegada, hacía mucho tiempo, de los judíos. También la Historia moderna estaba allí, había cárceles llenas de hombres apasionados, Congreso y Liga Musulmana. Nehru Gandhi Jinnah Patel Bose Azad, y los soldados británicos esparciendo rumores de una próxima guerra; y, más allá de la Historia, estaban las criaturas de la fantasía de Aurora, los híbridos, semimujer, semitigre, semihombre, semiserpiente, había monstruos marinos y *ghouls* de la montaña. En un lugar de honor estaba el propio Vasco da Gama, poniendo el pie por primera vez en suelo indio, olfateando el aire y buscando todo lo que tuviera especias, fuera picante y diera dinero.

Camoens comenzó a encontrar retratos de familia, retratos no sólo de muertos y vivos sino incluso de los no nacidos... por ejemplo, de los hermanos nonatos agrupados gravemente en torno a su madre muerta junto a un gran piano. Le sobresaltó encontrar una imagen de Aires da Gama completamente desnudo en un muelle, irradiando luz mientras sombras oscuras lo cercaban por todas partes, y le estremeció la parodia de la Última Cena, en la que los criados de la familia se corrían la gran juerga sentados a la mesa mientras los harapientos antepasados de Camoens los miraban fijamente desde los retratos de la pared y los Da Gama hacían de criados, trayendo alimentos y escanciando vino, y siendo maltratados; a Carmen le pellizcaban el trasero y a Epifania un jardinero borracho le daba una patada en el culo; pero luego el rápido movimiento de la composición lo empujó hacia adelante, alejándolo de las personas y llevándolo hacia la multitud, porque más allá y alrededor y encima y debajo y en medio de la familia estaba la muchedumbre misma, la densa muchedumbre, la muchedumbre sin fronteras; Aurora había compuesto su obra gigantesca de tal forma que las imágenes de su propia familia tenían que abrirse paso a través de aquella superabundancia de imágenes, sugiriendo así que la intimidad de la isla de Cabral era una ilusión y aquella montaña, aquella colmena, aquella línea interminablemente metamórfica, eran la verdad; y adondequiera que mirase Camoens veía la

rabia de las mujeres, la debilidad y la transacción atormentadas en los rostros de los hombres, la ambivalencia sexual de los niños, los rostros pasivos y resignados de los muertos. Quiso saber cómo conocía ella aquellas cosas, con el gusto amargo en la lengua de su propio fracaso como padre, se asombró de que, a su tierna edad, ella hubiera podido oír tanto de la cólera y el dolor y la decepción del mundo y probado tan poco de sus placeres, *cuando hayas aprendido la dicha*, quiso decir, *sólo entonces será completo tu don*, pero ella sabía ya tanto que eso ahuyentó sus palabras, y no se atrevió a hablar.

Sólo Dios estaba ausente, porque, por mucho que Camoens escudriñase las paredes, e incluso después de subirse a una escalera de mano, no pudo encontrar la figura de Cristo, en la cruz o fuera de ella, ni, de hecho, ninguna otra representación de cualquier otra divinidad, espíritu arbóreo, espíritu acuático, ángel, diablo o santo.

Y todo ello estaba situado en un paisaje que hizo temblar a Camoens al verlo, porque era la Madre India misma, la Madre India con su estridencia y su movimiento inagotable, la Madre India que amaba y traicionaba y se comía y destruía y volvía a amar a sus hijos, y con la que la apasionada unión y eterna disputa de sus hijos se prolongaba mucho más allá de la tumba; que se extendía en grandes montañas como exclamaciones del alma y a lo largo de vastos ríos llenos de compasión y enfermedades, y a través de mesetas assoladas por la sequía, en las que los hombres golpeaban con piquetas el suelo seco y estéril; la Madre India con sus océanos y cocoteros y arrozales y bueyes en los pozos de agua, sus grullas en las copas de los árboles, de cuellos como perchas, y milanos dando vueltas en lo alto y las imitaciones de los mainatos y la brutalidad de pico amarillo de los cuervos, una proteica Madre India que podía volverse monstruosa, que podía ser un gusano surgiendo del mar con el rostro de Epifania al extremo de un cuello largo y escamoso; que podía volverse asesina, bailando con ojos bizcos y lengua de Kali mientras miles de personas morían; pero, sobre todo, en el centro mismo

del techo, en el punto en que convergían todas las líneas de las cornucopias, una Madre India con el rostro de Belle. La Reina Isabel era allí la única diosa madre, y estaba muerta; en el corazón de aquella primera efusión inmensa del arte de Aurora estaba la sencilla tragedia de la pérdida de ella, el dolor no mitigado de convertirse en una niña sin madre. Aquella habitación era su duelo.

Camoens, comprendiéndolo, la abrazó, y los dos lloraron.

Sí, madre; también tú fuiste un día hija. Te dieron la vida y tú te la quitaste... Mi relato es un relato de gran caos y abundantes muertes repentinas, hechos malos de malhechores y actos refinados de finados. El fuego, el agua y la enfermedad desempeñarán su papel al lado —no, *dentro y alrededor*—de los seres humanos.

En la Nochebuena de 1938, diecisiete Navidades después de haber traído el joven Camoens a casa a una Isabella Souza de diecisiete años para que conociera a su familia, su hija, mi madre Aurora da Gama, se despertó con dolores menstruales y no pudo volver a dormirse. Fue al cuarto de baño y se prestó atención como la vieja Josy le había enseñado a hacer, con algodón y gasa y un largo cordón de pijama para mantenerlo todo en su sitio... y así sujeta, se hizo un ovillo sobre el suelo de blanca baldosa y luchó contra el dolor. Al cabo de un rato el dolor pasó. Ella decidió salir a los jardines y bañar su cuerpo dolorido en el luminoso y despreocupado milagro de la Vía Láctea. *Estrella brillante, estrella radiante*... miramos hacia arriba y esperamos que las estrellas miren hacia abajo, rezamos para que haya estrellas que podamos seguir, estrellas que atraviesen los cielos y nos guíen a nuestro destino, pero es sólo nuestra vanidad. Miramos a la galaxia y nos enamoramos, pero al universo le importamos mucho menos que él a nosotros, y las estrellas siguen su curso por mucho que deseemos que hagan otra cosa. Es cierto que si miras girar por un rato la rueda del cielo, verás cómo cae un meteoro, se incendia y muere. Ésa no es una estrella que valga la pena seguir; no es más que una roca desgraciada. Nuestros destinos están aquí

en la Tierra. No hay estrellas que nos guíen.

Había pasado más de un año desde el incidente de las ventanas abiertas, y la casa de la isla de Cabral dormitaba aquella noche en una especie de tregua. Aurora, demasiado mayor para el Papá Noel, se echó un chal ligero sobre el camisón, rodeó la figura durmiente del *ayah* Josy en su estera junto a la puerta, y recorrió descalza el vestíbulo.

(La Navidad, ese invento septentrional, ese cuento de nieve y medias para los regalos, de alegres fogatas y renos, canciones en latín y *O Tannenbaum*, de árboles de hoja perenne y Santa Claus con sus «ayudantes» negritos, es devuelta por el calor tropical a algo parecido a sus orígenes, porque, cualquiera que el Niño Jesús pueda haber sido o no sido, era un crío de clima cálido; por pobre que fuera su pesebre, no era *frío*; y si los Reyes Magos llegaron, siguiendo [imprudentemente, como ya he indicado] a una estrella lejana, llegaron, no lo olvidemos, de Oriente. Al otro lado en Fort Cochin, familias inglesas han puesto árboles de Navidad con algodón en las ramas; en la iglesia de San Francisco —anglicana en aquellos tiempos, aunque hoy no—, el joven reverendo Oliver D’Aeth ha celebrado ya el servicio navideño anual; y hay pasteles de carne picada y vasos de leche que esperan a Santa Claus, y de algún modo mañana en la mesa habrá pavo, sí, con dos clases de relleno y hasta coles de Bruselas. Pero aquí en Cochin hay muchos cristianismos, católico y ortodoxo siríaco y nestoriano, hay misas de gallo en donde el incienso asfixia los pulmones, hay sacerdotes con trece cruces en el bonete que simbolizan a Jesús y los trece apóstoles, hay guerras entre las distintas confesiones, católicos romanos v. siríacos, y *todo el mundo* está de acuerdo en que los nestorianos no son cristianos, y también todas esas Navidades en disputa se están preparando. En la casa de la isla de Cabral es el Papa quien gobierna. No hay árboles aquí; en lugar de ello, un Nacimiento. José podría ser un carpintero de Ernakulam, y María una mujer de los campos de té, los animales son búfalos, y el color de la Sagrada Familia es [¡oh!] bastante moreno. No hay regalos. Para Epifanía

da Gama, Navidad es un día de Jesús. Los regalos —y hasta esta familia no-muy-cariñosa intercambia regalos— son para la Noche de Reyes, la noche del oro incienso mirra. Nadie baja deslizándose por una chimenea en *esta* casa...)

Aurora llegó a lo alto de la gran escalera y vio que las puertas de la capilla estaban abiertas; la capilla misma estaba iluminada, y la luz que venía de la entrada formaba un pequeño sol dorado en la oscuridad del hueco de la escalera. Aurora avanzó sigilosamente y miró dentro. Había una pequeña figura, con la cabeza cubierta con una mantilla de encaje negro, arrodillada ante el altar. Aurora pudo oír el diminuto clic de las cuentas del rosario de rubíes de Epifania. La muchacha, que no quería que la matriarca se diera cuenta de su presencia, comenzó a retroceder para salir de la estancia. Precisamente entonces, en completo silencio, Epifania Menezes da Gama cayó de lado y se quedó inmóvil.

«Un día me matificaréis el corazón.»

«La paciencia es una virtud. Aguardaré mi momento.»

¿Cómo se acercó Aurora a su abuela caída en el suelo? ¿Corrió hacia adelante como una niña cariñosa, llevándose a los labios una mano afligida?

Se acercó lentamente, dando la vuelta a lo largo de los muros de la capilla y avanzando hacia aquella forma inmóvil con paso paulatino y deliberado.

¿Gritó, hizo sonar un gong (había un gong en la capilla) o hizo de otro modo cuanto estaba en su mano para dar la alarma?

No lo hizo.

¿Quizá no tenía sentido hacerlo; quizá era evidente que a Epifania no se la podía ayudar ya: que la muerte había sido rápida y misericordiosa?

Cuando Aurora llegó hasta Epifania, vio que la mano que sostenía el rosario temblaba aún sobre las cuentas; que los ojos de la anciana estaban abiertos y dieron muestras de reconocerla al encontrarse con los

suyos; y que los labios de la anciana se movían débilmente, aunque de ellos no salía ninguna palabra audible.

*Y, al ver a su abuela todavía viva, ¿hizo algo para salvarle la vida?
Se detuvo.*

¿Y después de detenerse? De acuerdo, era joven; cierta parálisis puede atribuirse al pánico juvenil, y perdonarse pero, después de detenerse, ¿alertó rápidamente a la casa, para que vinieran a prestar ayuda... no?

Después de detenerse, dio dos pasos atrás; y se sentó, con las piernas cruzadas, en el suelo; y miró.

¿No sintió lástima, vergüenza, miedo?

Estaba preocupada, es verdad. Si el ataque de Epifania no resultaba fatal, su comportamiento le causaría problemas; hasta su padre se pondría furioso. Lo sabía.

¿Nada más que eso?

Le preocupaba que la descubrieran; y por eso salió, cerrando las puertas de la capilla.

En ese caso, ¿por qué no puso toda la carne en el asador; por qué no sopló las velas y apagó las luces eléctricas?

Todo debía quedar como lo había dejado Epifania.

Entonces, aquello fue un asesinato a sangre fría. Con cálculo.

Si puede cometerse un asesinato por omisión, sí. Si Epifania había sufrido un ataque tan fuerte que no podía sobrevivir, no. La cuestión es discutible.

¿Murió Epifania?

Al cabo de una hora, su boca se movió por última vez; sus ojos se volvieron de nuevo hacia su nieta. Cuyo oído, pegado a aquellos labios agonizantes, oyó la maldición de su abuela.

¿Y la asesina? O, para ser imparciales: ¿la posible asesina?

Dejó las puertas de la capilla abiertas de par en par, tal como las había encontrado; y se fue a dormir...

... ¿Sin duda no podría...?

... y se durmió, tan profundamente como una niña. Y se despertó al alba del día de Navidad.

Hay que decir una dura verdad: después de muerta Epifania, la vida aumentó. Algún duendecillo largo tiempo secuestrado, el de la alegría quizá, volvió a la isla de Cabral. Para todo el mundo era evidente que había cambiado la calidad de la luz, como si se hubiera quitado al aire algún filtro; la luminosidad surgió de repente, como en un parto. En el nuevo año, los jardineros notificaron niveles de crecimiento sin precedentes junto con una marcada disminución de las plagas, y hasta los ojos menos hortícolas podían ver las grandes cascadas de buganvillas, hasta las narices menos sensibles podían oler los nuevos desarrollos resplandecientes del jazmín, los lirios de los valles, las orquídeas y las reinas de la noche. Hasta la vieja casa misma parecía bullir con una excitación nueva, con una nueva sensación de posibilidad; cierta morbosidad había abandonado sus patios. Incluso *Jawaharlal*, el bulldog, pareció suavizarse en aquella era nueva.

Los visitantes se hicieron tan frecuentes como lo habían sido en los días de gloria de Francisco. Embarcaciones cargadas de jóvenes venían para maravillarse de la habitación de Aurora y pasar la velada en la superviviente casa de Le Corbusier, que, con el celo de la juventud, arreglaron rápidamente; otra vez había música en la isla y se bailaban los últimos bailes de moda. Hasta la tía abuela Sáhara, Carmen da Gama, se adaptó al ambiente y, con el pretexto de hacer de carabina, asistía a esas reuniones, hasta que, finalmente, fue tentada por un guapo chico para hacer una figura, provocadora de algunos ¡bahs! y ¡vayas! pero sorprendentemente ágil, en la pista de baile. Resultó que Carmen tenía ritmo y, en las veladas que siguieron, mientras los jóvenes amigos de Aurora hacían cola para bailar con ella, se pudo ver cómo el disfraz de la antigüedad se desprendía de Mrs. Aires da Gama, desaparecía su encorvamiento, sus ojos dejaban de entrecerrarse y su expresión

avergonzada era sustituida por una tímida sugerencia de agrado. No tenía treinta y cinco años y, por primera vez en una eternidad, parecía más joven de lo que era.

Cuando Carmen comenzó a bailar el *shimmy*, Aires comenzó a mirarla con algo parecido al interés y dijo: «Ya es hora de que los adultos recibamos también a gente, para que puedas lucirte un poquitín.» Era la cosa más amable que le había dicho nunca, y Carmen se pasó las semanas que siguieron en un frenesí de invitaciones y farolillos de papel para los jardines, y menús y mesas de caballete, y la dulce, dulcísima agonía de decidir qué ponerse. La noche de la fiesta había una orquesta en el prado principal y discos de fonógrafo en el cenador de Le Corbusier, y llegaron mujeres enjoyadas y hombres de etiqueta, en lanchas cargadas, y si algunos de ellos miraron demasiado intensamente a su marido a los ojos, Carmen, en aquella noche de todas las noches, no estaba dispuesta a notarlo.

Un miembro de la familia había permanecido inmune al mejoramiento de talante general; en pleno baile de la isla de Cabral, Camoens sólo podía pensar en Belle, cuya belleza en una noche tan espléndida hubiera oscurecido las estrellas. No se despertaba ya con arañazos de amor en el cuerpo y, ahora que no podía aferrarse más a la vana esperanza de que ella volviera a él desde más allá de la tumba, algo que lo sujetaba a la vida se había desprendido; había días y noches en que no podía mirar a su hija, porque la presencia de su madre en ella era muy fuerte. Incluso sentía a veces una especie de rabia hacia ella, por tener más de Belle de lo que él volvería a tener nunca.

Estaba solo en el embarcadero, con un vaso de jugo de granada en la mano. Una mujer joven, algo más que ligeramente borracha, con un cabello de rizos negros y demasiado lápiz de labios escarlata en la boca, vino hacia él, inclinada, con un vestido ondulante de abombadas mangas.

—¡Blanca Nieves! —declaró achispada.

Camoens, con el pensamiento muy lejos, no le respondió.

—¿No has visto la película? —dijo la joven arrastrando furiosa las palabras—. Por fin vino a esta ciudad y la vi once o doce veces. —Y luego, señalando su vestido—: ¡Igual que en el filmmm! Hice que mi modisto me lo hiciera, exactamente el mismo de ella. Sé los nombres de los siete enanitos —continuó sin esperar la respuesta—. Mocosodormilónbonachón muditocascarrabias románticosabio. ¿Cuál eres tú?

El abatido Camoens no supo qué contestar; se limitó a negar con la cabeza.

La Blanca Nieves borrachina no se dejó desanimar por su silencio.

—No el Mocosó, no el Bonachón, no el Sabio —dijo—. De modo que Dormilónmuditocascarrabiasromántico, ¿cuál?... ¿No me lo quieres decir? Pues lo adivinaré. El Dormilón no, el Mudito no creo, el Cascarrabias quizá, pero el Romántico sí. ¡La-lo, Romántico! ¡Cantando al trabajar!

—Señorita —intentó decir Camoens—, quizá sea mejor que vuelva a la fiesta. Siento decirlo, pero no estoy de humor.

Blanca Nieves se puso tensa, decepcionada.

—El señor Pez Gordo Presidiario Camoens da Gama —dijo bruscamente—. No sabe hablar educadamente con ninguna mujer, porque suspira aún por su difunta esposa, no importa que ella lo engañara con media ciudad, rico pobre mendigo o ladrón. Ay Dios qué he dicho no hubiera debido decirlo. —Se volvió para irse; Camoens la cogió del brazo—. ¡Dios, hombre, suélteme, me va a hacer un moretón! —exclamó Blanca Nieves. Pero la pregunta que había en el rostro de Camoens no podía desconocerse—. Me das miedo —dijo Blanca Nieves, liberando su brazo—. Pareces loco de atar o no sé qué. ¿Estás borracho? Quizá estés demasiado borracho. Bueno. Siento haberlo dicho, pero todo el mundo lo sabe, y alguna vez tenía que salir, ¿no? Y ahora basta, *tata-bata*, no eres el Romántico sino el Gruñón, y creo que debe de haber algún otro enano para mí.

A la mañana siguiente, Blanca Nieves, con un dolor de cabeza criminal, fue visitada por dos agentes de policía que le pidieron que reconstruyera la escena anterior.

—Pero qué dicen, oigan, yo lo dejé en el embarcadero y eso fue todo, se acabó, no tengo más que decir.

Fue la última persona que vio vivo a mi abuelo.

El agua nos reclama. Reclamó a Francisco y a Camoens, padre e hijo. Se dirigieron al negro puerto nocturno y nadaron hacia la madre-mar. Su resaca se los llevó.

En agosto de 1939, Aurora da Gama vio el barco de carga *Marco Polo* todavía anclado en el puerto de Cochin y se puso hecha una furia ante aquella prueba de que, en el interregno entre las muertes de sus padres y su propia llegada a la edad adulta, su poco negociante tío Aires había dejado que las riendas del comercio se deslizaran entre sus indolentes dedos. Dio órdenes al conductor de que fuera «como las balas» al Almacén N° 1 de C-50 (Pvt.) Ltd., en el muelle de Ernakulam, y se precipitó dentro de aquel edificio grande y tenebroso; en donde se detuvo por un momento, desconcertada por la fría serenidad de su oscuridad cruzada de rayos de luz y por su blasfemo ambiente de catedral de sacos de arpillera, en la que los aromas de aceite de pachulí y clavo, de cúrcuma y alholva, de comino y cardamomo, flotaban como el recuerdo de una música, mientras que los estrechos pasillos que se desvanecían en la penumbra, entre las altas pilas de productos listos para la exportación, podían haber sido muy bien caminos de ida y vuelta al infierno, o incluso a la salvación.

(Grandes árboles genealógicos de pequeños granos: ¿resulta apropiado, o no, que mi historia personal, la historia de la creación de Moraes Zogoiby, tuviera sus orígenes en una expedición de pimienta demorada?)

Aquel templo tenía también sus oficiantes: empleados inclinados sobre tablillas con pinzas sujetapapeles, que se afanaban y correteaban entre los culis que cargaban sus carros, y la trinidad tremendamente demacrada de controladores —Mr. Elaichipillai Kalonjee, Mr. V. S. Mirchandalchini y Mr. Karipattan Tejpatam— encaramados como una inquisición sobre altos taburetes, en medio de charcos de luz siniestra de las lámparas, rascando con plumas emplumadas en gigantescos libros contables que se inclinaban hacia ellos sobre pupitres de patas largas de zancos de cigüeña. Por debajo de aquellos grandes personajes, ante un

pupitre de tipo corriente, con su propia lámpara, se sentaba el encargado de labores del almacén, y fue sobre él sobre quien cayó Aurora, después de recobrar su compostura, para pedir una explicación del retraso de la expedición de pimienta.

—¿En qué está pensando mi tío? —gritó, injustificadamente, porque ¿cómo podía un gusano tan humilde conocer el pensamiento del gran Mr. Aires en persona?—. ¿Es que quiere estrangulificar las fortunas de la familia o qué?

La vista a corta distancia de la más bella de las Da Gama y de la única heredera de los *crores* de la familia —era de dominio público que, aunque el Mr. Aires y Mrs. Carmen fueran los que estaban a cargo, el difunto Mr. Camoens sólo les había dejado una asignación, aunque fuera generosa— golpeó al encargado de labores como un lanzazo en el corazón, dejándolo temporalmente mudo. La joven heredera se inclinó hacia él, le agarró la barbilla entre el pulgar y el índice, lo atravesó con su mirada más fiera y se enamoró de sopetón. Para cuando el hombre venció su timidez fulminada por el rayo y tartamudeó la noticia de la declaración de guerra entre Inglaterra y Alemania, y de que el capitán del *Marco Polo* se había negado a dirigirse a Inglaterra —«Posibilidad de ataques a los barcos mercantes, ¿comprende?»—, Aurora había comprendido, con cierta irritación por lo traicionero de sus emociones, que, por culpa de la llegada ridícula e inoportuna de la pasión, tendría que desafiar clase y convenciones, casándose enseguida con aquel guapo empleado de su familia, de palabra nada fácil. «Es como casarse con el maldito chófer», se rió a sí misma con gozoso sufrimiento, y por un momento estuvo tan preocupada por el dulce horror de su situación, que no se enteró del nombre pintado en el pequeño bloque de madera que había sobre el pupitre.

—Dios santo —exclamó cuando, por fin, aquellas mayúsculas blancas insistieron en ser vistas—, no es suficiente desgracia que no tengas ni una lata ni lengua, tenías que ser también judío. —Y luego, en

un aparte: «Tienes que enfrentarte con la realidad, Aurora. Piensifícate. Tú, que eres de tan alta cuna, te acabas de enamorar de un puñetero moisés.»

Las pedantes mayúsculas blancas la corrigieron (el objeto de sus sentimientos, anonadado, trastornado, con la boca seca, el corazón palpitante y un incipiente ardor en la entrepierna, era incapaz de hacerlo, al haberse visto privado otra vez de la facultad de hablar, por una proliferación de sentimientos que se solía desaconsejar en los miembros del personal): el nombre del Encargado de Labores Zogoiby no era Moisés sino Abraham. Si es cierto que nuestros nombres encierran nuestro destino, aquellas siete mayúsculas confirmaban que él no era un vencedor de faraones, receptor de mandamientos y divisor de aguas; que no guiaría a ningún pueblo hacia la tierra prometida. En lugar de ello, ofrecería a su hijo como sacrificio vivo en el altar de un terrible amor.

¿Y «Zogoiby»?

«Desventurado.» En árabe, al menos según Cohen el proveedor de buques y la tradición de la familia materna de Abraham. No porque nadie tuviera ni el más rudimentario conocimiento de aquel idioma remoto. La idea misma resultaba alarmante.

—No hay más que mirar su escritura —dijo una vez Flory, la madre de Abraham—. Hasta la escritura es violenta, como cuchilladas y puñaladas. Con todo: también nosotros descendemos de unos judíos marciales. Quizá por eso conservamos ese nombre andaluz en lengua equivocada.

(Me preguntáis: Pero si ese apellido era el de su madre, ¿cómo es que el hijo...? Y yo os respondo: Por favor, refrenad vuestros caballos.)

«Podrías ser su padre.» Abraham Zogoiby, nacido el mismo año que el difunto Mr. Camoens, estaba de pie, envarado, fuera de la sinagoga de azulejos azules de Cochin —«*Azulejos de Cantón & No hay dos iguales*», decía la pequeña muestra de la pared de la antesala— y, oliendo fuertemente a especias y a algo distinto, se enfrentó con la ira de su

madre. La anciana Flory Zogoiby, con un vestido descolorido de verde percal, se chupó las encías y escuchó la confesión de un amor prohibido que su hijo le hizo a trompicones. Con su bastón, ella trazó una raya en el polvo. En un lado, la sinagoga, Flory y la Historia; en el otro, Abraham, su novia rica, el universo, el futuro... todo impuro. Cerrando los ojos, prescindiendo del olor y los tartamudeos abrahámicos, evocó el pasado, utilizando su memoria para anticipar el momento en que tendría que repudiar a su único hijo, porque, para un judío de Cochin era inaudito casarse fuera de su comunidad; sí, su memoria y, por detrás y por debajo de ella, la memoria más antigua de la tribu... los judíos blancos de la India, sefardíes de Palestina, llegaron en gran número (unos diez mil) en el año 72 de la Era Cristiana, huyendo de la persecución romana. Asentándose en Cranganore, se alquilaron como soldados a los príncipes locales. En otros tiempos, una batalla entre el gobernante de Cochin y su enemigo el Zamorín de Calicut, Señor del Mar, tuvo que aplazarse porque los soldados judíos no quisieron luchar un *sabbath*.

¡Oh comunidad próspera! En verdad que floreció. Y, el año 379 de la Era Cristiana, yo, el rey Bhaskara Ravi Varmant, concedí a Joseph Rabban el pequeño reino de la aldea de Anjuvannam, cerca de Cranganore. Las planchas de cobre en que estaba inscrita la donación terminaron en la sinagoga de azulejos, a cargo de Flory; porque durante muchos años, desafiando los prejuicios contra la mujer, ella había ocupado el honroso puesto de guarda. Estaban escondidas en un arcón bajo el altar, y ella les sacaba brillo de cuando en cuando, con gran entusiasmo y muchos codos.

—No te bastaba con una cristiana, tenías que elegir además lo peor de esa patulea —rezongó Flory. Pero tenía la mirada aún muy lejos en el pasado, puesta en los anacardos y nueces de areca y durianes judíos, en los antiguos y ondulantes campos de colza judíos, en la recolección de cardamomos judíos, porque ¿no habían sido la base de la prosperidad de la comunidad?—. Ahora esos advenedizos nos roban el negocio —

farfulló—. Y además, orgullosos de ser bastardos. ¡Vascos da Gamas espurios! No son más que una banda de moros.

Si Abraham no hubiera sido derribado de costado por el amor, si el rayo hubiera sido menos reciente, con toda probabilidad se habría contenido, por afecto filial y por el convencimiento de que no sería posible disipar con argumentos los prejuicios de Flory.

—Te he educado demasiado a la moderna —continuó ella—. Cristianos y moros, muchacho. Confía en que nunca vengan a por ti.

Pero Abraham estaba enamorado y, oyendo atacar a su amada, soltó la observación de que «en primer lugar, si miras las cosas torcidamente, verás que tú también eres una recién llegada», lo que quería decir que los judíos negros habían llegado a la India mucho antes que los blancos, huyendo de los ejércitos de Nabucodonosor quinientos ochenta y siete años antes de la Era Cristiana y, aunque éstos no te preocuparan, porque se habían casado con los locales y desaparecido hacía tiempo, estaban también, por ejemplo, los judíos que vinieron de Babilonia y Persia entre el 490 y el 518 de la Era Cristiana; y habían pasado muchos siglos desde que los judíos comenzaron a abrir negocios en Cranganore y luego en Cochin Town (un tal Joseph Azaar y su familia se trasladaron allí en 1344, como todo el mundo sabe), e incluso desde España comenzaron a llegar judíos después de su expulsión en 1492, entre ellos, en la primera tanda, la familia de Solomon Castile...

Flory Zogoiby chilló al oír el nombre; chilló y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Solomon Solomon Castile Castile —provocó Abraham a su madre, a sus treinta y seis años, con vengatividad infantil—. De quien descende al menos este *infante* de Castilla. ¿Quieres que procreé? En línea recta desde el Señor León Castile, el espadero de Toledo que perdió la cabeza por cierta princesa *spaini* de Elefante-y-Castillo, hasta llegar a mi papi*ji*, que debía de estar loco también, pero lo que importa es que los Castile llegaron a Cochin veintidós años antes de cualquier Zogoiby,

quod erat ad demonstrandum... Y, en segundo lugar, los judíos con apellidos árabes y ocultos secretos deberían tener cuidado de no llamar moro a nadie.

Hombres de edad con las perneras del pantalón recogidas y mujeres de moño gris salieron al sombreado callejón judío que había fuera de la sinagoga de Mattancherri y fueron testigos solemnes de la pelea. Por encima de la madre furiosa y el hijo que contraatacaba, se abrieron postigos azules y hubo cabezas en las ventanas. En el cementerio adjunto, las inscripciones en hebreo ondulaban sobre las lápidas, como banderas a media asta en el crepúsculo. Pescado y especias en el aire del atardecer. Y Flory Zogoiby, al oír mencionar secretos de los que nunca había hablado, se deshizo súbitamente en tartamudeos y sacudidas.

—Malditos sean todos los moros —atacó de nuevo—. ¿Quién destruyó la sinagoga de Cranganore? Los moros, quién si no. Los Otelos de fabricación local *madein-India*. Una plaga para sus casas y esposas.

En 1524, diez años después de haber llegado de España los Zogoiby, había habido por estos pagos una guerra entre musulmanes y judíos. Aquello era revivir una antigua querella, y Flory lo hizo con la esperanza de apartar los pensamientos de su hijo de asuntos secretos. Pero no hubiera debido proferir juramentos a la ligera, especialmente delante de testigos. La maldición de Flory levantó el vuelo como una gallina asustada y se cernió durante un rato, como insegura de a quién iba destinada. El nieto de Flory, Moraes Zogoiby, no nacería hasta dieciocho años más tarde; momento en que la gallina volvió a casa para dormir en su percha.

(¿Y por qué se pelearon los musulmanes y los judíos en el *cinquecento*?... ¿Por qué habían de pelearse? Por el comercio de la pimienta.)

—Los judíos y los moros fueron los que lucharon —gruñó la vieja Flory, incitada por el sufrimiento a decir una frase más— y ahora tus espurios Vascos cristianos nos han birlado el mercado a todos.

—No sé cómo te atreves a hablar de bastardos —gritó Abraham Zogoiby, que llevaba el apellido de su madre—. Espurios, dice —dijo dirigiéndose a la multitud congregada—. Yo le enseñaré su espurio.

Y, con furiosa determinación, entró a grandes zancadas en la sinagoga, con su madre apresurándose tras él, que derramaba unas lágrimas secas y chillonas.

Sobre mi abuela Flory Zogoiby, la homóloga de Epifania da Gama, a quien ella igualaba en años aunque estaba una generación más cerca de mí: un decenio antes del final de siglo, Flory *la Intrépida* rondaba por el terreno de juegos de la escuela de chicos, provocando a los adolescentes con su revolotear de faldas y sus canturreos desdeñosos, y trazando desafíos en el suelo con una rama: *a que no cruzas la raya*. (A mí, dibujar rayas me viene de ambas ramas de la familia.) Los hostigaba con conjuros absurdos y aterradores, «como una bruja»:

*Oubiah, yadu, fou, fa,
tripas de pollo, Reino vendrá.
Yu-yu, vudu, fi, fai,
cóctel de pises, muérete ay.*

Cuando los chicos se le echaban encima, los atacaba con una ferocidad que superaba fácilmente las ventajas teóricas de ellos, de fuerza y tamaño. Sus dotes para la guerra le venían de algún antepasado desconocido; y, aunque sus adversarios le tiraban del pelo y la llamaban judía, nunca la vencieron. A veces, ella les refregaba literalmente las narices contra el suelo. En otras ocasiones, se apartaba, con los escuálidos brazos triunfalmente cruzados sobre el pecho, y dejaba que sus aturdidas víctimas se fueran, con paso vacilante.

—La próxima vez, búscate alguien de tu tamaño —Flory añadía el insulto al daño al invertir el sentido de la frase—: Las judinas pequeñas quemamos demasiado para que nos podáis manejar.

Sí, se lo refregaba, pero ni siquiera ese intento de hacer metáforas de sus victorias, de presentarse como defensora de los pequeños, de la

Minoría, de las *chicas*, lograba hacerla popular. Flory *la Rápida*, Flory *Gorigori*: adquirió una Reputación.

Llegó el momento en que nadie cruzaba las líneas que ella seguía dibujando, con tremenda precisión, a través de las hondonadas y espacios abiertos de sus años de infancia. Se volvió malhumorada y retraída, y se sentaba detrás de sus líneas de polvo, sitiada dentro de sus propias fortificaciones. Para cuando cumplió los dieciocho años había dejado de pelearse, porque había aprendido algo de ganar batallas y perder guerras.

Lo que quiero decir es que, en opinión de Flory, los cristianos le habían robado algo más que los campos de especias de sus antepasados. Lo que se llevaban se estaba volviendo escaso incluso entonces y, para una chica con una Reputación, la oferta era aún más escasa... Cuando ella tenía veinticuatro años, Solomon Castile, el guarda de la sinagoga, cruzó las líneas de la señorita Flory para pedir su mano. El hecho fue considerado en general como sumamente caritativo, o estúpido, o ambas cosas. Incluso en aquellos días el número de miembros de la comunidad estaba disminuyendo. En la Judería de Mattancherri vivían quizá cuatro mil personas y, si excluía a los familiares y a los muy jóvenes y los muy viejos y los locos y los enfermos, los chicos y chicas en edad de merecer no resultaban demasiado mimados en la elección de pareja. Los solterones se abanicaban junto a la torre del reloj y paseaban por el puerto de la mano; las solteronas desdentadas se sentaban a la puerta de las casas cosiendo ropas para bebés inexistentes. El matrimonio inspiraba tanta envidia rencorosa como satisfacción, y el casamiento de Flory con el guarda fue atribuido por la maledicencia a la fealdad de ambos contrayentes. «Más feos que un pecado —decían las lenguas afiladas—, pobres críos, *Dios santo*.»

(*Podrías ser su padre*, le reprochó Flory a Abraham; pero Solomon Castile, nacido el año del Alzamiento indio, había tenido veinte años más que ella, *pobre hombre probablemente quería casarse mientras aún podía*, conjeturaron las lenguas incansables... y hay algo más en relación

con su boda. El mismo día de 1900 ocurrió un suceso mucho más importante; ningún periódico recogió las nupcias Castile-Zogoiby en sus columnas de sociedad, pero hubo muchas fotografías del Mr. Francisco da Gama y de su sonriente novia de Mangalore.)

La vengatividad de los que no tenían consorte se vio finalmente satisfecha: porque, tras siete años y siete días de explosivo matrimonio, durante el cual Flory dio a luz un niño, un chico que, perversamente, llegaría a ser el muchacho más guapo de su menguante generación, el guarda Castile, al anochecer de su quincuagésimo aniversario, se dirigió a la orilla, saltó a un bote de remos con media docena de marineros portugueses borrachos, y se escapó al mar. «Hubiera tenido que saber que no debía casarse con *Gorigori* Flory —según los satisfechos cuchicheos de los (as) solterones (as)— pero el nombre de un hombre sabio no va acompañado automáticamente de un cerebro sabio.» Aquel matrimonio deshecho llegó a ser conocido en Mattancherri como «El Escaso Juicio de Solomon»; pero Flory culpaba a los barcos cristianos, la flota mercante del omnipotente Occidente, de haber tentado a su marido para que se fuera en busca de calles pavimentadas de oro. Y, a la edad de siete años, su hijo tuvo que renunciar al nombre de su padre; desafortunado en padres, tomó por nombre el desventurado «Zogoiby» de su madre.

Tras la deserción de Solomon, Flory se hizo cargo como guarda de los azules azulejos y las planchas de cobre de Joseph Rabban, reclamando el puesto con una ferocidad chispeante que acalló todos los murmullos de oposición. Bajo su protección quedaron no sólo el pequeño Abraham sino también el Antiguo Testamento de pergamino, sobre cuyas curtidas páginas de bordes irregulares fluían las letras hebreas, y la corona chapada de oro regalada (1805 de la Era Cristiana) por el maharajá de Travancore. Introdujo reformas. Cuando los fieles venían para el culto, les ordenaba que se quitasen los zapatos. Surgieron objeciones a esa práctica decididamente mora; como respuesta, Flory soltó amargas risotadas.

—¿Qué devoción es ésta? —resopló—. Queréis que sea guarda, pues mejor será que os guardéis un poco también. ¡Fuera botas! Azulejos chinos protegidos.

No hay dos idénticos. Los azulejos de Cantón, aproximadamente de 12 × 12 pulgadas. Importados por Ezekiel Rabhi en el 1100 de la Era Cristiana, cubrían los suelos, paredes y techo de la pequeña sinagoga. Habían comenzado a adherirse a ellos leyendas. Algunos decían que, si investigabas lo suficiente, encontrabas tu propia historia en alguno de aquellos rectángulos blanquiazules, porque los dibujos de los azulejos podían cambiar, cambiaban, generación tras generación, para relatar la historia de los judíos de Cochín. Otros, en cambio, estaban convencidos de que los azulejos eran profecías y las claves de su significado se habían perdido en el transcurso de los años.

Abraham, de niño, gateaba por toda la sinagoga con el culo al aire y la nariz pegada al antiguo azul chino. Nunca le dijo a su madre que su padre había reaparecido en forma cerámica en el suelo de la sinagoga, un año después de haber levantado el campo, en un pequeño bote azul con tipos de piel azul y aspecto extranjero al lado, que se dirigía hacia un horizonte también azul. Después de ese descubrimiento, Abraham recibía noticias de Solomon Castile periódicamente, gracias a los buenos oficios de los metamórficos azulejos. Vio luego a su padre en una cerúlea escena de dionisiaco diseño chinesco, juergueándose entre dragones asesinados y volcanes retumbantes. Solomon bailaba en un pabellón hexagonal abierto, con una alegría despreocupada en su rostro de azulejo azul que transformaba por completo la expresión dolorosa que Abraham recordaba. Si es feliz, pensó el chico, me alegro de que se fuera. Desde su más temprana infancia, Abraham tuvo un conocimiento instintivo de la primordial importancia de la felicidad, y fue ese mismo instinto el que, años más tarde, permitiría al adulto encargado de labores aprovechar el amor ofrecido, con muchos rubores y sarcasmos, por Aurora da Gama en el claroscuro del almacén de Ernakulam...

Con el paso de los años, Abraham encontró a su padre gordo y rico en un azulejo, sentado sobre cojines en posición de Real Abandono y servido por eunucos y bailarinas; pero sólo unos meses más tarde estaba flaco y mendicante en otro escenario de doce por doce. Entonces Abraham comprendió que el antiguo guarda había dejado atrás todas las represiones, y oscilaba desenfrenadamente a través de una vida que, de forma deliberada, había permitido que se descontrolara. Era un Simbad en busca de fortuna en la casualidad oceánica de la Tierra. Un cuerpo celeste que, mediante un acto de voluntad, había conseguido zafarse de su órbita fija, y ahora vagaba por las galaxias aceptando lo que el destino pudiera depararle. A Abraham le parecía que la ruptura de su padre con la gravedad de todos los días había agotado sus reservas de voluntad, de forma que, después de aquel acto inicial y radical de transformación, tenía el timón roto y estaba a merced de los vientos y las mareas.

Cuando Abraham Zogoiby se acercaba a la adolescencia, Solomon Castile comenzó a aparecer en cuadros semipornográficos, cuya idoneidad para una sinagoga hubiera sido objeto de grandes controversias de haberlos observado alguien que no fuera Abraham. Aquellos azulejos afloraban en los recovecos más polvorientos y lóbregos del edificio y Abraham los conservaba, dejando que se formara moho y se acumularan las telarañas sobre las zonas más reprensibles, en que su padre retozaba, con números sorprendentes de personas de ambos sexos, de una forma que su boquiabierto hijo sólo podía considerar como educativa. Y, sin embargo, a pesar de aquellas gimnasias salaces, el envejecido trotamundos había recuperado su antiguo semblante lóbrego, de forma que, tal vez, todos sus viajes no habían hecho más que depositarlo por fin en las mismas playas de descontento de donde había partido. El día en que Abraham Zogoiby cambió la voz, lo acometió la idea de que su padre estaba a punto de volver. Corrió por los callejones del barrio judío hasta los muelles, en donde unas redes chinas se desplegaban en voladizo contra el cielo; pero el pez que buscaba no saltó de las olas. Cuando

volvió abatido a la sinagoga, todos los azulejos que representaban la odisea de su padre habían cambiado, y mostraban escenas anónimas y triviales. Abraham, con furia febril, se pasó horas arrastrándose por el suelo en busca de lo mágico. Inútilmente: por segunda vez en su vida, su poco sabio padre Solomon Castile se había desvanecido en el azul.

Ya no recuerdo cuándo oí por primera vez la historia familiar que a mí me dio el apodo y a mi madre el tema de su serie de cuadros más famosa, la «Serie del Moro», que alcanzó su triunfante culminación en la obra maestra inacabada y ulteriormente robada, *El último suspiro del Moro*. Es como si la hubiera conocido toda la vida, esa saga espeluznante en la que, debo añadir, Mr. Vasco Miranda basó una obra suya temprana; sin embargo, a pesar de mi antigua familiaridad, tengo serias dudas acerca de la verdad literal de la historia, con su relato *masala*, un tanto farragoso, de peliculilla de Bombay, y sus casi desesperados saltos atrás en busca de una especie de autenticación, de *pruebas*... Creo, y otros me lo han confirmado desde entonces, que pueden darse explicaciones más simples de la transacción entre Abraham Zogoiby y su madre, más concretamente sobre lo que él encontró o no encontró en un viejo baúl debajo del altar; yo daré luego una de esas versiones sustitutivas. De momento, presento el cuento familiar aprobado y pulido; el cual, al ser tan profundamente parte de los retratos de sí mismos de mis padres —y tan significativamente parte de la historia del arte de la India contemporánea— tiene, por esas razones si no por otras, una fuerza y una importancia que no trataré de negar.

Hemos llegado a un momento decisivo en la narración. Volvamos brevemente a aquel joven Abraham a gatas, buscando frenéticamente en la sinagoga al padre que nuevamente lo había abandonado, llamándolo con una voz cascada que descendía desde el *bulbul* hasta el cuervo; hasta que por fin, venciendo un tabú no expresado, se aventuró por primera vez en su vida detrás y debajo de la tela azul pálido de dorado dobladillo que adornaba el altar mayor... Solomon Castile no estaba allí; la luz de la

linterna del muchacho cayó, en cambio, sobre una vieja caja marcada con una Z y cerrada con un candado barato, que pronto fue abierto; porque los colegiales tienen habilidades que los adultos olvidan tan inevitablemente como las lecciones aprendidas de memoria. Y de esa forma, desesperando de su padre huido, encontró en cambio los secretos de su madre.

¿Qué había en la caja?... Bueno, el único tesoro que vale algo: a saber, el pasado, y el futuro. También, sin embargo, esmeraldas.

Y así hasta el día de la crisis, en que el adulto Abraham Zogoiby irrumpió en la sinagoga —*Le voy a enseñar su espurio*, gritaba— y sacó a rastras el baúl de su escondrijo. Su madre, que lo perseguía, vio que sus secretos iban a salir a la luz y se le doblaron las piernas. Se sentó de golpe sobre los azulejos azules, mientras Abraham abría la caja y sacaba un puñal de plata, que se metió en el cinturón; luego, respirando entrecortadamente, Flory lo vio sacar, y ponerse en la cabeza, una corona abollada.

No el aro de oro del siglo XIX donado por el maharajá de Travancore, sino algo mucho más antiguo, fue como lo oí yo. Un turbante verde oscuro envuelto en tela hecha ilusoria por los años, tan delicada que hasta la luz naranja de la tarde que se filtraba en la sinagoga parecía demasiado violenta; tan provisional que casi podría haberse desintegrado bajo la ardiente mirada de Flory Zogoiby...

Y de aquel fantasma de un turbante, decía la leyenda familiar, pendían cadenas sin brillo por los años y, pendiendo de esas cadenas, había esmeraldas tan grandes y verdes que parecían de juguete. *Tenía cuatro siglos y medio de antigüedad, la última corona que cayó de la cabeza del último príncipe de al-Andalus; nada menos que la corona de Granada, que llevaba Abu Abdallah, el último de los nazaríes, conocido por «Boabdil».*

—¿Pero cómo fue a parar allí? —solía preguntarle a mi padre. Realmente, ¿cómo? Aquel cubrecabezas inestimable (aquella especie de sombrero moro), ¿cómo surgió de la caja de una mujer desdentada para

ser puesto en la cabeza de Abraham, padre futuro y judío renegado?

—Eran —respondía mi padre— las incómodas alhajas de la vergüenza.

Sigo, de momento, sin juzgar su versión de los hechos: cuando Abraham Zogoiby, de niño, descubrió por primera vez la corona y el puñal escondidos y volvió a dejar aquellos tesoros en su escondite, aseguró el candado y se pasó una noche y un día temiendo la cólera de su madre. Pero, una vez que fue evidente que su fisgoneo había pasado inadvertido, su curiosidad renació, y sacó de nuevo el pequeño arcón y abrió de nuevo el candado. Esta vez encontró, envuelto en arpillera en la caja del turbante, un librito hecho de páginas de pergamino manuscritas, rudimentariamente cosidas y encuadernadas en cuero. Estaba escrito en español, que el joven Abraham no entendía, pero copió algunos de los nombres que había en él y, en los años que siguieron, desentrañó su significado, por ejemplo haciendo inocentes preguntas al anciano proveedor de buques Moshe Cohen, malhumorado y huraño, que era en aquella época el jefe designado de la comunidad y el custodio de sus tradiciones. El anciano Mr. Cohen se asombró tanto de que un miembro de la generación más joven se interesase por los antiguos tiempos que habló con franqueza, señalando horizontes distantes mientras el guapo muchacho se sentaba boquiabierto a sus pies.

Así supo Abraham que, en enero de 1492, mientras Cristóbal Colón observaba maravillado y despreciativo, el sultán Boabdil de Granada había entregado las llaves del palacio-fortaleza de la Alhambra, la última y mayor de las fortificaciones de los moros, a los conquistadores absolutos, los Reyes Católicos Fernando e Isabel, renunciando a su principado sin librar siquiera una batalla. Se fue al exilio con su madre y sus criados, poniendo fin a siglos de España mora; y, refrenando su caballo en la Colina de las Lágrimas, se volvió a mirar por última vez su pérdida, el palacio y las fértiles llanuras y toda la gloria ya terminada de al-Andalus... Viendo lo cual el sultán suspiró, y lloró violentamente, y

entonces su madre, la aterradora Ayxa la Virtuosa, se burló de su pesar. Después de haberse visto obligado a arrodillarse ante una reina omnipotente, Boabdil tuvo que sufrir entonces otra humillación a manos de una impotente (pero temible) viuda. *Llora como una mujer lo que no supiste defender como un hombre*, dijo ella provocadora: lo que, naturalmente, quería decir lo contrario. Quería decir que despreciaba a aquel macho lloriqueante, su hijo, por entregar aquello por lo que ella hubiera luchado hasta la muerte, de haber tenido oportunidad. Ella era la igual y contraria de la reina Isabel; la suerte de la *reina Isabel* había sido enfrentarse con Boabdil, un simple llorón...

De pronto, mientras el proveedor de buques hablaba, Abraham, hecho un ovillo sobre un rollo de cuerda, sintió todo el triste peso del fin de Boabdil, lo sintió como propio. El aliento abandonó su cuerpo con un gemido, y el siguiente aliento fue un jadeo. La aparición del asma (¡más asma! ¡Es un milagro que yo pueda respirar siquiera!) fue como un presagio, una unión de vidas a través de los siglos, o así se lo imaginó Abraham cuando creció para hacerse hombre y la enfermedad cobró fuerza. *Esos suspiros jadeantes no son sólo míos, sino suyos. Estos ojos están llenos de su antiguo pesar. Boabdil, yo también soy hijo de tu madre.*

¿Era llorar una debilidad tan grande?, se preguntaba. ¿Era defenderse hasta la muerte una tan grande fortaleza?

Boabdil, después de haber entregado las llaves de la Alhambra, se apagó hacia el sur. Los Reyes Católicos le habían dejado una hacienda, pero incluso ésta fue vendida ante sus narices por el cortesano en que más confiaba. Boabdil, el príncipe, se volvió loco. Finalmente murió en el campo de batalla, luchando bajo la bandera de algún otro reyezuelo.

También los judíos se dirigieron al sur en 1492. Los barcos que llevaban a los desterrados judíos al exilio atascaron el puerto de Cádiz, obligando al otro viajero de aquel año, Colón, a zarpar de Palos de Moguer. Los judíos renunciaron a forjar el acero de Toledo; los Castiles

se embarcaron hacia la India. Pero no todos los judíos se marcharon enseguida. Los Zogoiby, recordad, vinieron con veintidós años de retraso con respecto a los antiguos Castiles. ¿Qué ocurrió? ¿Dónde se metieron?

«Todo se dirá a su tiempo, hijo mío; todo a su tiempo.»

Abraham, a sus veintitantos, conoció el secreto de su madre y, para fastidio del pequeño grupo de mujeres casaderas de su generación, se guardó a sí mismo, enterrándose en el corazón de la ciudad y evitando cuanto podía el barrio judío y, más que nada, la sinagoga. Trabajó primero para Moshe Cohen y luego, como joven empleado, para los Da Gama y, aunque era un trabajador diligente y fue pronto ascendido, tenía el aspecto de alguien que esperaba algo y, por su distracción y buena presencia, se hizo habitual decir de él que era un genio en ciernes, quizá incluso el gran poeta que los judíos de Cochin habían anhelado siempre pero nunca habían conseguido producir. Ara, la sobrina ligeramente demasiado peluda de Moshe Cohen, una chica grandota que esperaba, como un subcontinente no descubierto, que el navío de Abraham entrara en su puerto, fue el origen de una gran parte de esa especulativa adulación. Pero la verdad es que Abraham carecía totalmente de chispa artística; su mundo era un mundo de cifras, especialmente de cifras en acción... su literatura un balance, su música las frágiles armonías de la manufactura y la venta, su templo un almacén perfumado. De la corona y el puñal de la caja de madera nunca habló, por lo que nadie supo que ésa era la razón de que tuviera un aire de rey en el exilio y, privadamente, en aquellos años, aprendió los secretos de su linaje, estudiando solo español en los libros, y descifrando así lo que tenía que decir un cuaderno encuadernado con cordel; hasta que, finalmente, se alzó con la corona en la cabeza en una tarde naranja y enfrentó a su madre con su escondida vergüenza familiar.

Fuera, en el callejón de Mattancherri, la multitud en aumento murmuraba. Moshe Cohen, como jefe de la comunidad, asumió la responsabilidad de entrar en la sinagoga y mediar entre la madre y el hijo

en guerra, porque una sinagoga no era el lugar apropiado para aquella pelea; su hija Sara lo siguió, con el corazón partiéndose lentamente bajo el peso del conocimiento de que el gran país de su amor tendría que seguir siendo tierra virgen, de que el traicionero enamoramiento de Abraham por Aurora la infiel la había condenado para siempre al espantoso infierno de la soltería, a tejer patucos y vestiditos inútiles, azules y rosas, para los hijos que nunca llenarían su vientre.

—Vas a huir con una niña cristiana, Abe —dijo, y su voz sonó fuerte y dura en el aire de azulejos— y te vistes ya como un árbol de Navidad.

Pero Abraham estaba atormentando a su madre con viejos papeles encuadernados entre cordel y cuero.

—¿Quién es el autor? —preguntó y, como ella guardó silencio, se respondió a sí mismo—: Una mujer. —Y, continuando con su catequesis —: ¿Cómo se llamaba?

—No se sabe.

—¿Qué era?

—Una judía; que se refugió bajo el techo del exiliado Sultán; bajo su techo, y luego entre sus sábanas.

—Mestizaje —dijo Abraham sin rodeos: «ocurrió».

Y, aunque hubiera sido muy fácil sentir compasión de aquella pareja, el árabe español desposeído y la judía española expulsada —dos amantes impotentes haciendo causa común contra el poder de los Reyes Católicos— fue sólo para el Moro para quien Abraham pidió compasión.

—Sus cortesanos vendieron sus tierras, y su amante le robó la corona.

Después de pasar años a su lado, aquella antepasada anónima dejó sigilosamente al desmoronado Boabdil, y tomó un barco hacia la India, con un gran tesoro en el equipaje y un niño en la barriga; de quien, tras muchos engendramientos, venía el propio Abraham. *Madre que insistes en la pureza de nuestra raza, ¿qué dices a tu antepasado el Moro?*

—La mujer no tiene nombre —lo interrumpió Sara—. Y, sin

embargo, pretendes que su sangre impura es la tuya. ¿No te da vergüenza hacer llorar a tu madre? Y todo por el amor de una chica rica, Abraham, te lo juro. Da asco y, por cierto, tú también lo das.

De Flory Zogoiby vino un débil gemido de asentimiento. Pero la argumentación de Abraham no había terminado. *Mirad esta corona robada, envuelta en harapos y encerrada en una caja, durante cien años o más. Si la robaron sólo para obtener un beneficio, ¿no hubiera sido vendida hace mucho tiempo?*

Por el secreto orgullo del vínculo real, se conservó la corona; por la vergüenza secreta, fue ocultada. Madre, ¿quién es peor? ¿Mi Aurora que no esconde su conexión con Vasco; o yo mismo, nacido de los últimos suspiros del moro gordo y viejo de Granada en brazos de su ladrona amante... yo, judío bastardo de Boabdil?

—Pruebas —susurró Flory como respuesta, adversario mortalmente herido que suplica el golpe mortal—. Eso son sólo suposiciones; ¿dónde están los hechos bien hechos?

El inexorable Abraham hizo su penúltima pregunta:

—Madre, ¿cuál es el apellido de nuestra familia?

Al oír esto, Flory supo que el golpe de gracia estaba cerca. Estúpidamente, sacudió la cabeza. A Moshe Cohen, a cuya antigua amistad renunciaría para siempre.

Abraham le lanzó un reto.

—El sultán Boabdil, después de su caída, fue conocido por un sobrenombre, y la que se llevó su corona y sus joyas, con siniestra ironía, se llevó también el apodo. Boabdil *el Desventurado*: ése era. ¿Hay alguien aquí que pueda decirlo en la lengua del moro?

Y el anciano proveedor de buques tuvo que completar la demostración.

—*Al-zogoybi*.

Suavemente, Abraham dejó la corona al lado de la derrotada Flory; remitiéndose a las pruebas.

—Al menos se enamoró de una chica prepotente —dijo Flory vaciamente a las paredes—. Tenía influencia para eso mientras era aún mi hijo.

—Será mejor que te vayas —dijo Sara al oloroso a pimienta Abraham—. Quizá, cuando te cases, deberías adoptar el nombre de la chica, ¿por qué no? Entonces podremos olvidarte y ¿qué más da un moro bastardo que un bastardo portugués?

—Un craso error, Abie —comentó el viejo Moshe Cohen—. Hacer de tu madre un enemigo, porque los enemigos abundan, pero las madres son difíciles de encontrar.

Flory Zogoiby, sola con las repercusiones de una revelación catastrófica, tuvo otra. En el resplandor bermejo de la puesta del sol, vio cómo los azulejos de Cantón pasaban ante sus ojos uno a uno, porque ¿no había sido su servidora y su estudiosa, limpiándolos y sacándoles brillo durante todos aquellos años; no había intentado muchas veces penetrar en sus miríadas de mundos, en aquellos universos contenidos dentro de la uniformidad del doce por doce y cautivos en paredes tan cuidadosamente enlucidas? Flory, a quien le gustaba trazar líneas, estaba embelesada con aquellas apretadas filas de azulejos, pero hasta aquel momento no le habían hablado, no había encontrado en ellos ni maridos perdidos ni futuros admiradores, ni profecías del futuro ni explicaciones del pasado. Orientación, significado, fortuna, amistad y amor le habían sido denegados. Ahora, en su hora de angustia, le desvelaron un secreto.

Escena tras azul escena pasaron ante sus ojos. Había mercados tumultuosos y almenados palacios-fortaleza y campos en cultivo y ladrones en prisión, había montañas altas y dentadas y grandes peces en el mar. Había jardines de delicias dibujados en azul, y se libraban denodadamente batallas de sangre azul; caballeros azules cabriolaban bajo ventanas iluminadas y damas de antifaz azul desfallecían en cenadores. Ah, e intrigas de cortesanos y sueños de campesinos, y listeros de coleta con sus ábacos y poetas borrachos. Por las paredes suelo techo

de la pequeña sinagoga, y ahora ante el ojo mental de Flory Zogoiby, desfilaba la enciclopedia cerámica del mundo material que era también un bestiario, un documental de viajes, una síntesis y una canción y, por primera vez en todos sus años de guarda, Flory comprendió lo que faltaba en aquella superabundante cabalgata. «No tanto qué como quién», pensó, y las lágrimas se secaron en sus ojos. «Ni huella en toda ella.» La luz naranja de la tarde caía sobre Flory como una lluvia atronadora, llevándose su ceguera y abriéndole los ojos. Ochocientos treinta y nueve años después de haber llegado los azulejos a Cochín y al comienzo de una época de guerras y de matanzas, comunicaban su mensaje a una mujer que sufría.

—Lo que ves es lo que hay —farfulló Flory sin aliento—. No hay más mundo que el mundo. —Y luego, en voz algo más alta—: No hay Dios. ¡Galimatías! ¡Paparruchas! *No hay vida espiritual.*

No es difícil echar abajo los argumentos de Abraham. ¿Qué hay en un apellido? Los Da Gama pretendían descender del explorador Vasco, pero pretender no es demostrar, e incluso sobre esa ascendencia tengo serias dudas. Pero, en cuanto a esa historia del Moro, esa Granadíada, esa conexión increíblemente *suelta* —un apellido que suena a apodo, ¡por el amor de Dios!—, se derrumba antes de soplarle siquiera. ¿Un antiguo cuaderno encuadernado en cuero? ¡Qué camelo! Jamás lo he visto. Ni rastro. En cuanto a la corona cargada de esmeraldas, tampoco me lo creo; es un cuento de hadas de esos que nos gusta contarnos sobre nosotros mismos y, caballeros y caballeras, no cuela. La familia de Abraham nunca fue adinerada y, si os creéis que una caja llena de alhajas habría permanecido intacta durante cuatro siglos, entonces, fulanos y fulanas, es que os lo creéis todo. Ah, ¿decís que eran «*hoyas*» *de familia*? Bueno, ¡me quedo viendo visiones! ¡Qué chiste más-más malo! ¿A quién, en toda la India, le importan un *paisa* las joyas de la familia, si puede elegir entre esas cosas viejas y el dinero contante?

Aurora Zogoiby pintó algunos cuadros famosos, y falleció en

horrorosas circunstancias. La razón exige que atribuyamos el resto a la automitologización de la artista, a la que, en este caso, mi querido padre echó algo más de una mano... ¿Queréis saber qué había en la caja? Escuchad: olvidaos de los turbantes enjoyados; pero esmeraldas, sí. A veces más, a veces menos, pero no joyas de la familia.

—¿Qué entonces?

—Piedras que quemaban, eso es lo que eran. ¡Sí! ¡Género robado! ¡Artículos de contrabando! ¡Botín! ¿Queréis una vergüenza familiar? Yo la llamaré por su nombre: mi abuelita, Flory Zogoiby, era una sinvergüenza. Durante muchos años fue un miembro apreciado de una exitosa banda de contrabandistas de esmeraldas; porque ¿quién hubiera buscado nunca la mercancía bajo el altar de la sinagoga? Ella recibía su tajada de los beneficios, la ponía a salvo, y no era tan tonta como para gastar gastar gastar. Nadie sospechó nunca; y llegó el momento en que su hijo Abraham vino a reclamar su ilegal herencia... ¿queréis algo ilegítimo? Olvidaos de la genética; seguid sólo la pasta.

Lo anterior es mi interpretación de lo que había tras las historias que me contaron; pero tengo que hacer también una confesión. En lo que sigue encontraréis cuentos mucho más extraños que el que he tratado de desacreditar; y dejadme que os aseguro, dejadme que diga a-quien-pueda-interesar, que de la verdad de esas otras historias no puede haber duda alguna. De modo que, en definitiva, no soy yo quien debe juzgar, sino vosotros.

En cuanto a la historia del Moro: si tuviera que elegir entre la lógica y los recuerdos de infancia, entre la cabeza y el corazón, desde luego, a pesar de todo lo que antecede, me inclinaría por esa historia.

Abraham Zogoiby salió de la Judería y se dirigió hacia la iglesia de San Francisco, en donde Aurora da Gama lo esperaba junto a la tumba de Vasco, con su futuro en la palma de la mano. Cuando llegó al muelle, miró atrás por un momento; y creyó ver, recortándose contra el cielo que oscurecía, la figura imposible de una niña haciendo cabriolas sobre el

techo de un almacén pintado de chillonas rayas horizontales, cancanando falda y enagua, y profiriendo embrujos familiares mientras lo retaba a luchar: *A que no cruzas la raya.*

*Oubiah, yadu, fou, fa,
tripas de pollo, Reino vendrá.*

Los ojos se le llenaron de lágrimas; las rechazó. Ella había desaparecido.

Cristianos portugueses y judíos; azulejos chinos que fomentan opiniones impías; señoras prepotentes, faldas en lugar de saris, chanchullos españoles, coronas moras... ¿puede ser esto realmente la India? *Bharat-mata*, *Hindustan-hamara*, ¿es éste el lugar? Se acaba de declarar la guerra. Nehru y el Congreso Panindio piden que los británicos acepten su solicitud de independencia como requisito previo para el apoyo indio en la campaña; Jinnah y la Liga Musulmana niegan su apoyo a la solicitud; Mr. Jinnah articula afanosamente la idea, que cambiará la Historia, de que hay dos países en el subcontinente, uno hindú y otro musulmán. Pronto la escisión será irreversible; pronto Nehru estará otra vez en la prisión de Dehra Dun, y los británicos, después de encarcelar a los dirigentes del Congreso, buscarán el apoyo de las Ligas. En esa época de agitación, de la desastrosa culminación del divide-y-gobernarás, ¿no es éste el más excéntrico de los trozos que se pueden extraer de esa vida... un insólito pelo rubio arrancado de una trenza negra como el azabache (y horriblemente desenmarañada)?

No *sahibzadas*. *Madams*: ni hablar. La Mayoría, ese elefante poderoso, y su compinche, la Mayor-Minoría, no aplastarán mi relato bajo sus pies. ¿No son indios mis personajes, todos? Bueno, pues entonces éste es también un cuento indio. Y ésa es una respuesta; pero ahí va otra: *todo está en su sitio*. Prometo elefantes para luego. La Mayoría y la Mayor-Minoría tendrán su oportunidad, y una gran parte de lo que ha sido hermoso será atravesado por los colmillos y pisoteado por sus rebaños trompeteantes de orejas batientes. Hasta entonces, seguiré engullendo esta última cena; para exhalar, aunque sea en forma sibilante, el anteriormente mencionado *dernier soupir*. ¡Al diablo los altos asuntos de estado! Yo tengo una historia de amor que contar.

En la penumbra perfumada del Almacén N.º 1 de la C-50, Aurora da Gama agarró a Abraham Zogoiby por la barbilla y le miró profundamente

a los ojos... No, muchachos, no puedo hacer esta clase de cosas. Estoy hablando de mi madre y mi padre y, aunque Aurora *la Grande* era la menos tímida de las mujeres, sospecho que, en esta cuestión, yo tengo su parte de timidez además de la mía. ¿Ha visto usted alguna vez la polla de su padre, el coño de su madre? Sí o no, no importa, la cuestión es que se trata de lugares míticos, rodeados de tabúes, quítate los zapatos porque es tierra santa, como dijo la Voz en el monte Sinaí y, si Abraham Zogoiby estaba interpretando el papel de Moisés, mi madre Aurora, como dos y dos son cuatro, era la Zarza Ardiente. Entrega de los mandamientos, columna de fuego, *Yo soy el que soy...* sí, en efecto, ella había hecho un estudio del dios del Antiguo Testamento. A veces pienso que practicaba en el baño la separación de las aguas.

—No pude esperar —así es como la propia Aurora solía contarlo.

En su salón oro-y-naranja lleno de humo de cigarrillo, con jóvenes bellezas tendidas en sofás mientras los hombres se sentaban en alfombras de Isfah'n, apretándose los pies de uñas malva y brazaletes, y mientras su envejecido esposo se apoyaba en un rincón, en traje de oficina, con la boca temblándole en una sonrisa avergonzada y sus manos aleteando torpemente hasta que, por fin, se posaban sobre mis jóvenes orejas, Aurora bebía champán de una copa opalescente como una flor que se abriera, y se mostraba despreocupadamente explícita sobre su propia desfloración, riéndose con ligereza de su audacia juvenil.

—Por la barbilla, os lo juro. Sólo tiré de él y me siguió, salió de su silla como un corcho de una botella, y yo lo guié. Mi *yahoody* sólo mío. Mi, en-aquellos-tiempos, amado judío.

En-aquellos-tiempos... habrá más cosas que decir sobre la crueldad de esa frase, tan fácilmente lanzada con un pequeño gesto de mano, con un pequeño tintineo de pulsera desdeñoso. Pero ahora estamos de hecho en aquellos tiempos, estamos *en aquel mismo día*, de manera que: lo guió de la barbilla y él la siguió; abandonando su puesto y observado con desaprobación, no tengo la menor duda, por la alta trinidad de empleados

que llenaba libros contables, Kalonjee, Mirchandalchini y Tejpatam, siguió a su propia barbilla, rindiéndose a su destino. La belleza es un destino en cierto modo, la belleza habla a la belleza, la reconoce y consiente, cree que puede excusarlo todo, de forma que, aunque no sabían el uno del otro más que las palabras *heredera cristiana y empleado judío*, habían tomado ya la decisión más importante de todas. Durante toda su vida, Aurora Zogoiby tuvo muy claro por qué condujo a su encargado de labores a las tenebrosas profundidades del almacén, y por qué, haciéndole señal de que la siguiera, trepó por una escalera de mano larga y rebotante hasta el nivel más alto de las más remotas pilas. Resistiendo todos los intentos de análisis psicológico, rechazaba furiosamente la teoría de que, de resultas de demasiadas-muertes-en-la-familia, se había vuelto vulnerable a los encantos de un hombre mayor, y había sido primero retenida, y capturada luego, por la mirada de infancia lastimada de Abraham; que había sido simplemente un caso de inocencia arrastrada por la experiencia.

—En primer lugar —solía argüir, cosechando vivas y aplausos, mientras papá Abraham se ganaba mi desprecio al tratar vergonzosamente de pasar inadvertido—, perdonad, pero ¿quién conducificó a quién hacia dónde? A mí me parece que fui yo quien tiró y no la tirada. A *mí* me parece que Abie era el inocente y yo una chica de quince años más lista que el hambre. Y, en segundo lugar, siempre fui pan comido para un *héééroe*, un *niño bonito*, un tipazo.

Allí arriba, cerca del techo del Almacén N.º 1, Aurora da Gama, a los quince años, estaba echada en los sacos de pimienta, respiraba aquel aire cargado de especias picantes y aguardaba a Abraham. Él fue a ella como va un hombre a su perdición, temblando pero resuelto, y es aquí aproximadamente donde me faltan las palabras, de forma que por mí no vais a saber los malditos detalles de lo que ocurrió cuando ella, y luego él, y luego los dos, y después de eso ella, a lo cual él, y en respuesta a lo cual ella, y con eso, y además, y durante un rato, y luego por mucho

tiempo, y silenciosamente, y con ruido, y al fin de sus fuerzas, y por fin, y después de eso, hasta que... ¡uf! ¡Chico! ¡Se acabó y ya está...! No. Hay más. Hay que contarlo todo.

Diré esto: lo que tenían sin duda era calor y hambre. ¡Loco amor! Obligó a Abraham a enfrentarse con Flory Zogoiby, y luego lo hizo apartarse de su raza, volviendo la cabeza atrás una sola vez. *Que, por este favor, se haga ahora cristiano*, insistió el Mercader de Venecia en el momento de su victoria sobre Shylock, demostrando sólo una comprensión limitada de la cualidad de la clemencia; y el duque estuvo de acuerdo, *Lo hará, pues de otro modo revocaré el perdón que acabo aquí de pronunciar...* Lo que fue impuesto a Shylock hubiera sido libremente elegido por Abraham, que prefería el amor de mi madre al de Dios. Estaba dispuesto a casarse con ella según las leyes de Roma... y ¡oh, qué tormenta encierra esa afirmación! Pero su amor era suficientemente fuerte para soportar todos los embates, para sobrevivir a toda la fuerza del escándalo; y fue el conocimiento de su fuerza el que me daría a mí fuerzas, cuando, a mi vez —cuando mi amada y yo—, pero en aquella ocasión ella, mi madre —en lugar de—, cuando yo esperaba convencido —ella se volvió hacia mí y, precisamente cuando más la necesitaba, ella— en contra de su propia sangre... Ya veis que no soy capaz, todavía, de contar tampoco esa historia. Una vez más, las palabras me fallan.

Amor de pimienta: así es como pienso en él. Abraham y Aurora sintieron un amor de pimienta, allí en el Oro de Malabar. Bajaron de aquellas altas pilas con algo más que unas ropas que olían a especias. Tan apasionadamente se habían alimentado uno del otro, tan profundamente se habían mezclado el sudor y la sangre y las secreciones de sus cuerpos, en aquella atmósfera fétida cargada de olores de cardamomo y comino, tan íntimamente se habían conjuntado, no sólo entre sí sino con lo-que-flotaba-en-el-aire, sí, y con los propios sacos de especias —algunos de los cuales, hay que decir, se rasgaron, de forma que los granos de

pimienta y los *elaichees* se derramaron y fueron aplastados entre piernas y vientres y muslos— que, para siempre jamás, sudaron sudor de pimienta y especias, y los fluidos de sus cuerpos olían y hasta sabían también a lo que se había aplastado contra su piel, lo que se había mezclado con sus aguas de amor, lo que habían aspirado del aire durante aquella trascendente jodienda.

Ya está; pensad en algo el tiempo suficiente y, al final, algunas palabras vendrán. Pero Aurora, sobre ese mismo tema, nunca fue demasiado tímida.

—Desde entonces, dejadme que os diga, tuve que mantener a este viejo Abie lejos de la cocina, porque el olor de las especias trituradas, *queridos*, le hace piafar. En cuanto a mí, sin embargo, me bañifico, me frotifico, me cepillo, me acicalo, lleno mi cuarto de un buen perfume y ésa es la razón de que, como pueden ver todos, sea tan atractiva como puedo ser.

Ay padre, padre, ¿por qué le dejabas que te hiciera eso, por qué eras su diario blanco nocturno? ¿Por qué lo éramos todos? ¿La seguías queriendo realmente tanto? ¿La queríamos realmente siquiera en aquellos tiempos, o era sólo su antiguo dominio sobre nosotros y nuestra aceptación pasiva de la esclavización lo que tomábamos equivocadamente por amor?

«Desde ahora me cuidaré siempre de ti», dijo mi padre a mi madre después de haber hecho el amor por primera vez. Pero ella estaba empezando a ser una artista, respondió ella, y por eso «de la parte más importante de mí puedo cuidar por mí misma».

—Entonces —dijo humildemente Abraham—, yo cuidaré de la menos importante, de la parte que tiene que comer, disfrutar y descansar.

Hombres de cónicos sombreros chinos surcaban lentamente en batea la laguna que se iba oscureciendo. Transbordadores rojiamarillos hacían el último viaje del día, moviéndose firmemente entre las islas. Una draga interrumpió el trabajo y, al detenerse su *bum-yakayaka-bum*, el silencio

cayó sobre el puerto. Había yates anclados y pequeñas embarcaciones de velas de cuero a retazos, que se dirigían a casa, a la aldea de Vypeen, para pasar la noche; había botes de remos y lanchas motoras y remolcadores. Abraham Zogoiby, dejando atrás el fantasma de su madre haciendo cabriolas en un tejado de la Judería, iba a encontrarse con su amada en la iglesia de San Francisco. Las redes de pesca chinas habían sido recogidas para la noche. Cochín, ciudad de redes, pensó, me han enredado como a un pez. Vapores de chimeneas gemelas, el carguero *Marco Polo*, y hasta una cañonera británica flotaban por allí con la última luz, como fantasmas. Todo parece normal, se asombró Abraham. ¿Cómo se las arregla el mundo para conservar esta ilusión de ser el mismo, cuando en realidad todo ha sido cambiado, irreversiblemente transformado, por el amor?

Quizá, pensó, porque lo extraño, la idea de una diferencia, es algo a lo que reaccionamos con malestar. El amante por el que acabamos de enloquecer nos hace estremecernos, si somos sinceros; es como alguien que duerme sobre el pavimento, hablando a un compañero invisible en una entrada desierta, como la extraña mujer que mira fijamente al mar, con una enorme bola de cordel en el regazo; los miramos y seguimos. Y el compañero de trabajo del que nos enteramos, por casualidad, que tiene preferencias sexuales inusitadas, y el niño preocupado por emitir secuencias de sonidos sin significado aparente, y la mujer hermosa vista al azar en una ventana iluminada, mientras deja que su perrillo faldero le lama los pezones; ah, y el brillante científico que, en las fiestas, anda por los rincones, rascándose el trasero y examinándose luego detenidamente las uñas, y el nadador cojo, y... Abraham se detuvo en seco y se sonrojó. ¡Qué rumbo tomaban sus pensamientos! Hasta aquella mañana había sido el más metódico y ordenado de los hombres, un hombre de libros de contabilidad y columnas. Y ahora, Abie, fíjate en lo que estás diciendo, todas esas tonterías sin sustancia, aprieta el paso, la dama estará ya en la iglesia, durante el resto de tu vida tendrás que hacer cuanto puedas para

no hacer esperar a tu joven señora...

¡... quince años! Está bien, está bien. En nuestra parte del mundo eso no es tan joven.

En San Francisco: ¿quién es este que gime suavemente en la iglesia? ¿Ese cara pálida de pelo de jengibre y culo breve? ¿Ese querubín de dientes salientes al que el sudor le chorrea por las perneras del pantalón?

—Un cura, señores. ¿Qué se podía esperar encontrar en ambientes eclesiásticos sino un collarín? En este caso, el reverendo Oliver D'Aeth, cachorro de buen pedigrí anglicano, que había bajado del barco no hacía mucho y padecía, en el calor indio, de fotofobia.

Como los hombres-lobo, rehuía la luz. Sin embargo, los rayos del sol lo buscaban; lo atenazaban, por muy tenazmente que buscara las sombras. Los perros del sol tropical lo pillaban desprevenido, lo atacaban, lo lamían de arriba abajo mientras protestaba inútilmente; y entonces las diminutas burbujas de champán de su alergia le estallaban en la superficie de la piel y, como un perro sarnoso, comenzaba a sentir una comezón incontrolable. Un cura que se sentía como un perro apaleado, acosado por el indefectible esplendor de los días. De noche soñaba con nubes, con su lejano país natal en donde el cielo descansaba cómodamente, con grises suaves, exactamente encima de su cabeza; con nubes, pero también —porque, aunque estaba oscureciendo, el calor del trópico le agarraba todavía la entrepierna— con chicas. Con, para ser concretos, una alta chica que había entrado en la iglesia de San Francisco con una falda de terciopelo rojo hasta el suelo y la cabeza envuelta en una mantilla de encaje evidentemente poco anglicana, una chica para hacer sudar como un depósito de agua reventado a un cura solitario, para hacer que adquiriera, de deseo, un matiz púrpura sumamente eclesiástico.

Ella venía una o dos veces por semana y se sentaba un rato junto a la tumba vacía de Vasco da Gama. Ya la primera vez que pasó por delante de D'Aeth, como una emperatriz o una gran actriz dramática, él se quedó hecho polvo. Incluso antes de verle la cara a ella, el púrpura de la suya

estaba muy adelantado. Entonces ella se volvió hacia él y fue como si él se ahogara en la luz del sol. Inmediatamente lo asaltó la violencia de la transpiración y el picor; y le surgieron inflamaciones en el cuello y las manos, a pesar de los refrescantes barridos de los grandes abanicos de *punga* que cepillaban la atmósfera eclesiástica con movimientos largos y suaves, como si fuera el cabello de una mujer. Cuando Aurora se acercó a él, la cosa empeoró: terrible alergia la del deseo.

—Parece usted —dijo ella amablemente— una bandada de langostas. Parece la pista de un circo de pulgas después de haberse escapificado todas las pulgas. ¡Y qué juegos de agua, señor! Que se quede Bombay con su fuente de Flora, porque aquí, reverendo, lo tenemos a usted.

Ella lo tenía realmente. En la palma de la mano. Desde aquel día, el dolor de la alergia de él no fue nada comparado con el de su amor inexpresado e imposible. Él aguardaba su desprecio, suspiraba por él, porque era todo lo que ella le daba. Sin embargo, lentamente, algo cambió dentro de él. Serio y delicuescente y cohibido y colegial inglés como era, un hazmerreír hasta para los de su especie, a quien tomaba el pelo, por su incapacidad para expresarse, Emily Elphinstone, la viuda del comerciante de fibra de coco que le daba pastel de carne y riñones los jueves y esperaba (pero no había recibido aún) algo a cambio, se convirtió, detrás de aquella fachada de chiste de curas, en algo totalmente distinto; su fijación se oscureció lentamente hacia el odio.

Quizá fue el apego de ella a la tumba vacía del explorador portugués el que le hizo empezar a odiarla, porque él mismo temía a la muerte, ya que ¿cómo podía venir ella sólo para sentarse junto a la tumba de Vasco da Gama y hablarle suavemente; cómo, cuando los vivos estaban pendientes de cada uno de sus gestos, de cada uno de sus movimientos y sílabas, podía preferir una intimidad morbosa con un agujero en el suelo del que habían sacado a Vasco no más de catorce años después de haber sido puesto en él, de forma que regresó muerto a la Lisboa que había

dejado tanto tiempo hacía? Sólo una vez cometió D'Aeth el error de acercarse a Aurora y decirle: ¿necesitas ayuda, hija?; y entonces ella se volvió hacia él y, con toda la furia altiva de los infinitamente ricos, le dijo: «Éste es un asunto de familia; será mejor que le hiervifiquen la cabeza.» Luego, ablandándose ligeramente, le dijo que venía a confesarse, y el reverendo D'Aeth se estremeció ante la blasfemia de buscar la absolución en una tumba vacía.

—Ésta es una iglesia anglicana —dijo desmayadamente, y eso hizo que ella se levantara, se desplegara y lo deslumbrara, Venus alzándose en terciopelo rojo, y luego lo dejara seco con su desprecio.

—Muy pronto —dijo— los arrojaremos al mar, y podrá llevarse esta iglesia, que sólo comencificó porque un viejo rey que se meaba piernas abajo quería una esposa joven y cachonda.

Con el tiempo, ella le preguntó cómo se llamaba. Cuando se lo dijo, se rió y palmoteó. «No es posible —dijo—, el reverendo “Allover Death” (muerto por todas partes), el reverendo “Dez-eso”.» Después de lo cual él no pudo hablarle ya, porque ella había tocado un punto sensible. La India había acobardado a Oliver D'Aeth; sus sueños eran fantasías eróticas de tés desnudos con la viuda Elphinstone, sobre pinchantes céspedes pardos de estera de fibra de coco, o bien pesadillas de torturas en las que se encontraba en un lugar en donde era invariablemente golpeado, como una alfombra, como un mulo; y le daban también patadas. Hombres con sombreros planos por detrás, de forma que ellos podían situarse contra la pared e impedir que sus enemigos se posicionaran sigilosamente detrás de ellos, unos sombreros hechos de una sustancia negra, rígida y brillante, aquellos hombres le salían al paso en pedregosos senderos de montaña, lo aporreaban pero no le hablaban. Él, sin embargo, gritaba muy fuerte, renunciando a su orgullo. Era humillante que lo obligaran a gritar, pero no podía impedir que se le escaparan los gritos. Sin embargo, sabía, en sueños, que aquel lugar era y seguiría siendo su hogar; continuaría recorriendo aquel sendero de la montaña.

Después de haber visto a Aurora en la iglesia de San Francisco, ella comenzó a aparecer en aquellos sueños terribles y aporreadores. *Las elecciones de un hombre son insondables*, le dijo ella una vez, viéndole arrastrarse tras una paliza especialmente violenta. ¿Lo juzgaba ella a él? A veces, él pensaba que ella tenía que encontrarlo despreciable, por soportar semejante degradación. Pero otras veces él detectaba un comienzo de sabiduría en los ojos de ella, en la musculatura firme de sus antebrazos, en el ángulo de ave de su cabeza. Si las elecciones de un hombre son insondables, parecía decir ella, entonces esas elecciones están también más allá del juicio, más allá del desprecio. «Me están desollando —le dijo a ella en sus sueños—. Es mi santa vocación. No ganamos nuestra humanidad hasta que no nos hemos dejado la piel.» Cuando se despertó, no estaba seguro de si el sueño había sido inspirado por la fe en la unidad de la humanidad o por la fotofobia que hacía que su piel lo atormentara tanto: si era una visión heroica o una tontería.

La India era incertidumbre. Era engaño e ilusión. Aquí, en Fort Cochin, los ingleses se habían esforzado poderosamente por construir un espejismo de inglesidad, en donde los *bungalows* ingleses se agrupaban en torno a un césped inglés, en donde había rotarios y golfistas y tés-danzantes y críquet y una logia masónica. Pero D'Aeth no podía evitar darse cuenta de la prestidigitación, no podía evitar oír las falsas vocales de los comerciantes de fibra de coco que mentían sobre la educación recibida, ni estremecerse ante el baile poco elegante de sus a-decir-verdad-bastante-vulgares mujeres, ni ver los lagartos chupadores de sangre bajo los setos ingleses, y los loros volando sobre los jacarandás muy poco propios de los condados que rodean Londres. Y, si miraba al mar, la ilusión de Inglaterra se desvanecía por completo; porque no se podía disfrazar al puerto y, por anglificada que pudiera estar la tierra, el agua la contradecía; como si Inglaterra se viera arrastrada por un mar extraño. Extraño e invasor; porque Oliver D'Aeth sabía muy bien, desde luego, que la frontera entre los enclaves ingleses y la extranjería

circundante se había vuelto permeable, estaba empezando a disolverse. La India lo reclamaría todo. Ellos, los británicos, serían —como había profetizado Aurora— arrojados al océano Índico... que, por perversidad india, se denominaba allí mar Árábigo.

Sin embargo, pensó, las normas debían observarse, la continuidad debía mantenerse. Había un camino recto y otro torcido, el camino de Dios y el de la izquierda. Aunque, evidentemente, se trataba sólo de metáforas y no se podía interpretarlas literalmente, cantar demasiado alto al Paraíso o condenar a demasiados pecadores al Infierno. Añadió ese codicilo con una especie de ferocidad, porque la India había estado mordisqueando los bordes de su mansedumbre; la India, en donde Tomás *el Dubitativo* había establecido lo que se podía haber pensado que sería un Cristianismo de la Incertidumbre, acogía de hecho la amable sensatez de la Iglesia anglicana con grandes nubes de incienso devoto y explosiones de ardor religioso... Miraba los muros de San Francisco, los monumentos a los jóvenes ingleses difuntos, y tenía miedo. Chicas de dieciocho años venían con la «flota pesquera» cazadora de hombres, ponían pie en suelo indio y parecían zambullirse de cabeza en aquel suelo. A vástagos de diecinueve años de grandes familias les repiqueteaba ya la tierra en la tapa del ataúd a los pocos meses de llegar. Oliver D'Aeth, que se preguntaba todos los días cuándo se lo tragarían también las fauces de la India, encontró el chiste de Aurora con su nombre tan de mal gusto como sus charlas con la tumba vacía de Vasco da Gama. Además, la belleza de Aurora parecía trabarle la lengua; aumentaba su ardiente confusión —porque, cuando ella lo traspasaba con su mirada desdeñosa y divertida, él *quería que se lo tragara la tierra*— y le entraban también picores.

Aurora, con la cabeza cubierta de encaje y oliendo fuertemente a sexo y pimienta, aguardaba a su amante junto a la tumba de Vasco; Oliver D'Aeth, rebosante de deseos y resentimientos, permanecía oculto en las sombras. Los únicos ocupantes que había además en la iglesia que

se iba ensombreciendo y en la que las lámparas amarillas de las paredes no lograban disipar la oscuridad, eran tres *mem-sahibs* inglesas, las hermanas Aspinwall, que habían chasqueado con desaprobación la lengua cuando la católica Aurora pasó junto a ellas contoneándose de escarlata —una de ellas llegó a levantar hasta su nariz un pañuelo perfumado—, y habían sido recompensadas inmediatamente por el duro filo de su lengua.

—¿Por qué hacéis esos ruidos de gallina? —les preguntó Aurora—. No parecéis gallinitas. Más bien peces con espinas atravesadas en la garganta.

Y el joven cura, incapaz de acercarse a ella, incapaz de dejarla en paz, medio loco por su fuerte olor, sintió que la viuda Elphinstone se retiraba al fondo de su mente, aunque, a los veintiún años sólo, era una mujer hermosa, en modo alguno sin admiradores. *Quizá no tengamos muchos, pero somos exigentes*, le había dicho ella. Muchos hombres llamaban a la puerta de la viudita, no todos ellos con intenciones caballerescas. *Son muchos los que llaman pero pocos los que reciben respuesta*, dijo ella. *Hay que trazar una línea que no sea fácil de cruzar*. Emily Elphinstone, mujer garbosa pero cocinera ponzoñosamente detestable, estaría ahora ante su cocina, esperando que Oliver D'Aeth apareciera; y eso iba a hacer, eso iba a hacer. Entretanto, sin embargo, se quedó donde estaba, aunque sus miradas furtivas a la mujer de sus sueños le parecieran una especie de infidelidad.

Abraham llegó con prisas, y casi corrió hasta la tumba de Vasco. Cuando Aurora apretó sus manos entre las de ella, y los dos comenzaron a hablar en urgentes susurros, Oliver D'Aeth sintió una oleada de cólera. Se volvió bruscamente y se fue, con los tacones de sus botas negras resonando sobre el suelo de piedra, mientras los amarillos charcos de luz revelaban, a las vigilantes hermanas Aspinwall, que el joven tenía los puños apretados. Se levantaron y lo interceptaron en la puerta: ¿había olido lo que, aventado por toda la iglesia por los largos y lentos *pungas*, era inconfundible y no podía desconocerse? —Señoras, lo había olido. —

¿Y había observado cómo ella, aquella papista desvergonzada, hacía el amor ante sus propios ojos? —¿Y quizá no supiera, al haber llegado tan recientemente, que aquel tipo que la sobaba en la casa de Dios no sólo era un humilde empleado de la familia de ella, sino, además, había que decirlo, de religión judía? —Señoras, no lo sabía, les agradecía mucho la información. —Pero no se podía tolerar, él no lo consentiría, ¿no tenía intención de actuar? —Señoras, actuaría; no en aquel momento, no debía haber allí una escena desagradable, pero desde luego tomaría medidas, muy decididamente, no debían temer al respecto. —¡Bueno! Él debía velar por que así fuera. Ellas regresaban a Ooty por la mañana, pero desde luego querrían ver algún progreso en su próxima bajada. «*Samjao* a esa pareja *baysharram* —dijo la mayor de las hermanas Aspinwall—, que esa clase de *tamasha*, simplemente, no resulta *cheese*. —Señoras, su humilde servidor.

Aquella misma noche, Oliver D'Aeth, mientras se tomaba un pequeño oporto con la joven viuda y se recobraba de los platos colmados de cadáveres quemados y correosos que ella le había servido, aludió a lo ocurrido por la tarde en la iglesia de San Francisco. Pero apenas había pronunciado el nombre de Aurora da Gama, le volvieron los sudores y picores, hasta su nombre tenía la virtud de inflamarlo, y Emily saltó con una rabia sorprendente y nada típica en ella:

—Esa gente es tan extraña aquí como nosotros, pero nosotros, por lo menos, podremos volver a casa. Un día la India se volverá también contra ellos, y tendrán que hundirse o nadar.

No, no, objetó D'Aeth, allí en el Sur había pocos conflictos comunales de esa clase, pero ella se revolvió ferozmente contra él. Esos cristianos raros, con sus servicios religiosos en jerigonza, eran *proscritos*, gritó, por no hablar de aquellos judíos en extinción, que eran la gente menos importante del mundo, los más insignificantes entre los insignificantes y, si se les antojaba estar, *estar en celo*, eso era la cosa menos interesante de la Tierra, desde luego no una cosa con la que ella

quisiera estropear una velada tan agradable dedicándole el menor pensamiento, y aunque aquellas viejas gárgolas de la estirada Ootacamund, aquellas *señoras-del-té*, estuvieran levantando revuelo, ella no tenía intención de malgastar ni un instante en el tema, y tenía que decir que él, Oliver, había perdido mucho en su estima, ella hubiera creído que tendría la delicadeza de no suscitar ese tema, y no digamos de no ponerse colorado como un tomate y empezar a *chorrear* al pronunciar el nombre de cierta persona.

—El difunto señor Elphinstone —dijo con voz insegura—, sentía debilidad por las mujeres *chhi-chhi*. Pero tenía la cortesía de guardarse sus encaprichamientos con chicas de *nautch*; mientras que tú, Oliver —¡un clérigo!— te sientas a mi mesa y *babeas*.

Oliver D'Aeth, después de ser informado por la viuda Elphinstone de que no tenía que seguir molestándose en visitarla, se despidió; y juró venganza. Emily lo había dicho muy bien. Aurora da Gama y su judío no eran más que moscas sobre el gran diamante de la India; ¿cómo se atrevían a desafiar tan desvergonzadamente el orden natural de las cosas? Estaban pidiendo ser aplastados.

Junto a la tumba vacía del legendario portugués, Abraham Zogoiby puso sus manos entre las de su amada y confesó: pelea, expulsión, sin hogar. Una vez más, se le saltaron las lágrimas. Pero había dejado a su madre por una chica más dura aún; Aurora se hizo cargo enseguida. Hizo desaparecer a Abraham y lo instaló en el capricho de Le Corbusier decorado al estilo occidental de la isla de Cabral.

—Desgraciadamente, eres demasiado alto y ancho de hombros —le dijo— y los trajecitos de mi pobre papá difunto no te estarán bien. Esta noche, sin embargo, no te hará falta ningún traje.

Mis dos padres llamarían luego aquélla su auténtica noche de bodas, a pesar de lo ocurrido anteriormente arriba, entre los sacos de Malabar Gold, debido a lo que sucedió, después de que la heredera del tráfico de especias, de quince años, entró en la alcoba de su amante, el encargado de

labores, de veintiún años, vestida con nada salvo la luz de la luna, con guirnaldas de jazmín y lirios del valle trenzados (por la vieja Josy) en el cabello negro y suelto que le caía por la espalda como el manto de un monarca, llegando casi hasta el frío suelo de piedra sobre el cual se movían sus pies descalzos tan ligeramente que, por un momento, el pasmado Abraham pensó que ella volaba; después del segundo acto de amor fragante de especias, en el que el hombre mayor se rindió por completo a la voluntad de la mujer más joven, como si su capacidad de elegir se hubiera agotado por las consecuencias del hecho de elegirla; después de que Aurora le murmurara sus secretos al oído, *porque, durante muchos años, sólo me he confesado con un agujero, pero ahora, esposo mío, te lo puedo decir todo*, el asesinato de su abuela, la maldición de la anciana agonizante, todo, y Abraham, sin arredrarse, aceptara su destino; desterrado de la fraternidad de su propio pueblo, asumió la última maldición de la matriarca, que Epifania susurró al oído de Aurora y cuyo dulce veneno vertió ahora la joven en su sueño: *un hogar dividido en contra de sí mismo no puede durar*, eso es lo que dijo, esposo mío, *que tu hogar esté siempre partido, que sus cimientos se vuelvan polvo, que tus hijos se alcen contra ti y que sea dura tu caída*; después de que Abraham consolara a Aurora jurando desmentir la maldición, permanecer al lado de ella, hombro con hombro, a través de lo peor que la vida pudiera ofrecer; y después de que ella dijera, sí, para casarse con ella él daría el gran paso, recibiría enseñanza religiosa y entraría en la Iglesia católica y, en presencia del cuerpo desnudo de ella, que inspiraba en él una especie de terror religioso, la cosa no parecía tan difícil de decir, también en ese asunto él se rendiría a la voluntad de ella, a sus convencionalismos culturales, aunque ella tuviera menos fe que un mosquito, aunque hubiera una voz dentro de él dándole una orden que él no repetiría en voz alta, una voz que le decía que debía guardar su condición judía en la cámara más recóndita de su alma, que, en el fondo de su ser, debía construir una estancia en la que nadie pudiera entrar y guardar allí su verdad, su

identidad secreta, y sólo entonces podría renunciar al resto de sí mismo por amor: entonces la puerta de la cámara nupcial se abrió de par en par, y allí, en pijama, con una linterna y un gorro de dormir modelo *Wee Willie Winkie*, estaba Aires da Gama, con aspecto de ilustración de libro de cuentos, salvo por su expresión de falsa ira; y, con una de las viejas cofias de muselina de Epifania y camión de volantes, Carmen Lobo da Gama, haciendo lo que podía para parecer horrorizada, pero sin conseguir alejar la envidia de su rostro; y, algo detrás de ellos estaba el ángel vengador, el traidor, de un rosa vivo y sudando profusamente: naturalmente, Oliver D'Aeth. Pero Aurora no pudo contenerse y no se comportó de acuerdo con las reglas de aquel melodrama victoriano tropicalizado.

—¡Tío Aires! ¡Tiíta Sarah! —exclamó, alegremente—. Pero ¿dónde habéis dejado al bueno de Jaw-jaw? ¿No se enfadará? Porque esta noche habéis sacado a pasear a un perro con otro collar.

Y Oliver D'Aeth se puso más rojo aún.

—Putas de Babilonia —rugió Carmen, tratando de volver las cosas a su sitio—. ¡La simiente de ramera será siempre ramera!

Aurora, debajo de la sábana de lino blanco, estiró su largo cuerpo para que la provocación fuera máxima; quedó un pecho al descubierto, lo que provocó una aguda exclamación eclesiástica, y obligó a Aires a dirigir sus comentarios a la radiogramola Telefunken.

—Zogoiby, por el amor de Dios. ¿Es que no tiene la más mínima educación, hombre?

—«¡Ésa, señor, es mi sobrina!» ¡Wo-wo-wo! ¡Tan pomposo, teniendo su historial! —se carcajeaba mi madre cuando contaba la historia en Malabar Hill—. Amigos, me partía de risa. «¿Qué significa esto?» Qué imbécil. Se lo dije claramente. Aquello significaba matrimonio. «Mira —le dije— aquí hay un cura y hay familiares próximos presentes, y tú estarás pechocho de padrino. Pon la radiogramola y quizá estén tocando una marcha nupcial.»

Aires ordenó a Abraham que se vistiera y se fuera; Aurora le dio contraorden. Aires amenazó a los amantes con llamar a la policía; Aurora replicó:

—Tío Aires, ¿no tienes nada que temer de unos polis entrometidos?

Aires enrojeció profundamente y, musitando *esto lo seguiremos discutiendo mañana*, se batió en retirada, seguido apresuradamente por Oliver D'Aeth. Carmen se quedó en la entrada un momento, con la boca abierta. Luego, también ella escenificó su salida: dando un portazo. Aurora se volvió hacia Abraham, que se había tapado la cara con las manos.

—El que no se ha escondido, tiempo y lugar ha tenido —susurró—. Caballero, aquí llega la novia.

Abraham Zogoiby se tapó la cara aquella noche de agosto de 1939 porque le había entrado miedo; no miedo de Aires o de Carmen o del cura fotofóbico, sino un temor súbito y terrible de que la fealdad de la vida pudiera derrotar a su belleza; de que el amor no hiciera a los amantes invulnerables. «No obstante —pensó—, aunque la belleza del mundo y el amor estuvieran al borde de la destrucción, el suyo seguiría siendo el único bando en que podrían estar; un amor derrotado seguiría siendo amor, y la victoria del odio no lo haría distinto de lo que era. Sin embargo, sería mejor ganar.» Había prometido a Aurora velar por ella, y haría honor a su palabra.

Mi madre pintó *El escándalo*, no necesito decírselo a los aficionados al arte, ya que el enorme lienzo está aquí mismo, en la National Gallery of Modern Art de Nueva Delhi, llenando una pared entera. Pasad por delante de la *Mujer con fruta* de Raja Ravi Verma, esa enojada joven tentadora cuya mirada de soslayo, de abierta sensualidad, me recuerda los retratos de la joven Aurora; doblad la esquina en la espeluznante acuarela *Jadoogar (El mago)*, de Gaganendranath Tagore, que da una versión india monocromática del mundo distorsionado de *El gabinete del Dr. Caligari*, sobre una espantosa alfombra naranja (y, lo confieso, las sombras

violentas, las figuras escondidas y las perspectivas cambiantes de ese cuadro, por no decir nada de la figura extraña y semioculta, en su centro, de una gigante de túnica y corona, me recuerdan la casa de la isla de Cabral); y ¡apartaos rápidamente ahora! ¡No es éste el momento de hablar de la despreciativa opinión de Aurora Zogoiby sobre la obra de su rival por el título de Más Grande Pintora, mayor que ella y decididamente orientada a lo rural!... Enfrente de la obra maestra de Amrita Sher-Gil *El viejo narrador de historias*, ahí está: Aurora en su mejor momento, en mi humilde o quizá no tan humilde opinión, a la altura, en movimiento y colorido, de cualquier corro de bailarinas de Matisse, aunque en esta pintura, densamente poblada, con sus magentas deliberadamente estridentes y sus escandalosos verdes de neón, el baile no sea de cuerpos sino de lenguas, y todas las lenguas de las figuras, de colores intensos, que susurran *lam-lam-lam* en los oídos de las otras, sean negras, negras, negras.

No hablaré aquí de las calidades pictóricas de la pintura, y me limitaré a señalar algunas de sus mil y una anécdotas, porque, como sabemos, Aurora había aprendido mucho de las tradiciones pictóricas narrativas del Sur: mirad, ahí está la figura repetida y críptica de un presbítero sudoroso de color jengibre y cabeza de perro, y podemos convenir, espero, en que ésa es, en muchos sentidos, el personaje que orquesta la acción de la pintura. ¡Mirad! Ahí está, una salpicadura de jengibre que acecha en los azules azulejos de la sinagoga; y, una vez más, en la catedral de Santa Cruz, pintada de arriba abajo con falsos balcones, falsas guirnaldas y, desde luego, los pasos del Calvario, ¡ahí está! Podéis ver al párrocoperro susurrando al oído de un escandalizado obispo católico, en figura de pez, con todas sus vestiduras.

El escándalo —debería decir *El escándalo*—es una gran escena en espiral, en la que Aurora ha entretejido los escándalos que rodearon tanto a los Da Gama de Cochin, como a los campos de especias en llamas y a los amantes cuyo olor a especias los descubría. Se puede ver a los

enfrentados clanes de Lobo y Menezes en las montañas que forman el telón de fondo de esa multitud en espiral: los Menezes tienen todos cabeza y cola de serpiente, y los Lobo, naturalmente, son lobos. Pero en primer plano están las calles y canales de Cochin, por los que pululan feligreses escandalizados: católicos-peces, anglicanos-perros y judíos pintados de azul de Delft, como figuras de azulejos chinos. El Maharajá, el Residente y diversos funcionarios de la Ley aparecen recibiendo peticiones; se solicitan medidas de diversa índole. ¡*Lam-lam-lam!* Se portan pancartas, se alzan antorchas encendidas. Hay hombres armados que defienden los almacenes contra los justificados incendiarios de la ciudad. Sí, los ánimos están exaltados en esta pintura: como en la vida. Aurora dijo siempre que el cuadro tenía sus orígenes en su historia familiar, irritando a los críticos que ponían objeciones a esa historicidad que reducía el arte a simple «chismorreó»... Pero ella nunca negó que las figuras del centro de la espiral que giraba furiosamente se basaran en Abraham y ella misma. Son el centro en calma del torbellino, dormidas en una isla apacible en el corazón de la tormenta; yacen con los cuerpos entrelazados en un pabellón abierto situado en un jardín geométrico de cascadas y sauces y flores y, si los miráis de cerca, porque son pequeños, veréis que tienen plumas en lugar de piel; y sus cabezas son de águila y sus ávidas lenguas que lamen no son negras sino jugosas, regordetas y rojas.

—La tormenta amainó —me dijo mi padre cuando, siendo yo muchacho, me llevó a ver ese cuadro—. Pero nosotros volábamos por encima de ella, los desafiábamos a todos y resistimos.

Ahora quiero decir algo bueno —¡por fin!— del tío abuelo Aires y de su mujer, Carmen/Sáhara. Quiero ofrecer argumentos como atenuantes de su conducta: que, de hecho, habían estado auténticamente preocupados por Aurora cuando irrumpieron en su nidito de amor; que, después de todo, no es asunto sencillo el que un hombre de treinta y seis años sin un céntimo desflore a una millonaria de quince. Quiero decir que las vidas

de Aires y Carmen eran dolorosas y retorcidas, porque vivían una mentira y, por ello, también su comportamiento era a veces retorcido. Como Jaw-jaw-Jawaharlal, hacían mucho ruido pero no mucha sangre. Sobre todo, quiero subrayar que muy pronto lamentaron su breve alianza con el ángel Allover-Death y, cuando el escándalo estaba en su apogeo, cuando hubo turbas a punto de destruir sus almacenes, cuando se habló de linchar al judío y a su niña-puta, cuando la menguante población de la Judería de Mattancherri temió por su vida durante unos días y las noticias de Alemania no sonaban ya como si vinieran de muy lejos, Aires y Carmen apoyaron a los amantes: cerraron filas y defendieron los intereses de la familia. Y si Aires no se hubiera situado ante la multitud que amenazaba el almacén y hubiera hecho callar a gritos a sus cabecillas —un acto de inmenso coraje personal— y si él y Carmen no hubieran visitado en persona a todas las autoridades religiosas y civiles de la ciudad e insistido en que lo que ocurría entre Abraham y Aurora era un matrimonio por amor, y que, como sus tutores legales, no se oponían a él, quizá las cosas hubieran escapado a todo control. Tal como ocurrió, sin embargo, el escándalo se apagó en unos días. En la Logia Masónica (Aires se había hecho recientemente masón), los dignatarios locales felicitaron a Mr. Da Gama por su forma delicada de manejar el asunto. Las hermanas Aspinwall, que volvieron demasiado tarde de la «Inútil Ooty», se perdieron toda la diversión.

Ninguna victoria es completa nunca. El obispo de Cochin se negó a aceptar la idea de la conversión de Abraham, y Moshe Cohen, jefe de los judíos de Cochin, declaró que en ningún caso podría celebrarse una boda judía. Ésa es la razón —la revelo ahora por primera vez— de que mis padres fueran tan dados a hablar de lo que pasó en el chalé de Le Corbusier como de su noche de bodas. Cuando se fueron a Bombay, se llamaron Mr. y Mrs., y Aurora tomó el apellido Zogoiby y lo hizo famoso; pero, señoras y caballeros, no hubo casorio.

Yo saludo su desafío no matrimoniado; y observad que el Destino

arregló las cosas de forma que ninguno de ellos —aunque no fueran religiosos— tuvo que romper, después de todo, sus lazos confesionales con el pasado. Yo, sin embargo, no fui educado como católico ni como judío. Era ambas cosas, y ninguna; un judeotólico anónimo, un a-ca-jú, un popurrí, un cachorro mestizo. Estaba —¿cómo se dice ahora?— *atomizado*. Sí señor: una auténtica bomba de Bombay.

Bastardo: me gusta cómo suena la palabra. *Baas*, caca maloliente. *Tardo*, zoquete, de lenta comprensión. Ergo *bastardo*, tonto de mierda; como yo por ejemplo.

Dos semanas después de terminado el escándalo que había desatado contra mis futuros padres, Oliver D'Aeth fue visitado por un mosquito anopheles especialmente malévolo, que se metió, mientras él dormía, por un agujero de su mosquitero. Poco después de esa visita del mosquito de poética justicia, contrajo el paludismo de los postres merecidos y, a pesar de ser cuidado día y noche por la viuda Elphinstone, que le secaba la frente con las compresas frías de sus esperanzas destrozadas, sudó de una forma extraordinaria y falleció.

La verdad es que hoy estoy de humor compasivo. ¿Qué sabéis vosotros? También siento compasión de aquel pobre tipo.

El tercero, y más escandaloso, de los escándalos de nuestra familia nunca fue de dominio público, pero, ahora que mi padre Abraham Zogoiby ha pasado a mejor vida a los noventa años, no tengo reparo alguno en sacar sus trapos sucios... *Es mejor ganar* era su invariable lema y, desde el momento en que entró en la vida de Aurora, ella comprendió que lo decía en serio; porque, apenas había amainado el jaleo de sus amoríos, con un resoplido de humo de sus chimeneas y un sonoro *hum hum hum* de su sirena, el carguero *Marco Polo* partió hacia los muelles de Londres.

Aquella noche, Abraham volvió a la isla de Cabral después de todo un día de ausencia y, cuando llegó hasta dar palmaditas en la cabeza a *Jawaharlal*, el bulldog, resultó evidente que estaba rebosante de júbilo. Aurora, a su estilo más imperioso, quiso saber dónde había estado. Como respuesta, él señaló al buque que partía y, por primera vez de muchas en la vida que pasaron juntos, hizo un signo que significaba *no me preguntes*: se pasó una aguja y un hilo imaginarios por los labios, como si se los cosiera.

—Te dije —dijo— que me cuidaría de las cosas poco importantes: pero, para hacerlo, a veces tendré que ir sin ruido a la calle de la Aguja e Hilo.

En aquella época, los periódicos, la radio y el chismorreó de la calle no hablaban más que de guerra... Para ser sinceros, Hitler y Churchill hicieron más que nadie para impedir que a mis escandalosos padres les hicieran la puñeta; el estallido de la Segunda Guerra Mundial fue una táctica de diversión muy eficaz... y los precios de la pimienta y las especias se habían vuelto inestables a causa de la pérdida del mercado alemán y del creciente número de historias sobre los riesgos que corrían los cargueros. Eran particularmente persistentes los rumores de planes alemanes para paralizar al Imperio británico enviando buques de guerra y

submarinos —la gente estaba empezando a aprender la expresión *U-boat*—a las rutas de navegación del océano Índico y del Atlántico, y los barcos mercantes (creía todo el mundo) serían un objetivo tan prioritario como la Marina británica; y, para colmo, habría minas. A pesar de todo ello, Abraham había hecho su número de magia, y el *Marco Polo* estaba desapareciendo del puerto de Cochin y dirigiéndose al Oeste. *No me preguntes*, advirtieron sus dedos que le cosían los labios; y Aurora, mi madre emperatriz, levantó las manos, las juntó en breve aplauso, y no hizo más preguntas.

—Siempre quise tener un mago —fue todo lo que dijo—. Al parecer, después de todo lo he encontrado.

Me maravilla mi madre cuando pienso en ello. ¿Cómo podía sofocar su curiosidad? Abraham había hecho lo imposible y ella se conformaba con no saber cómo: estaba dispuesta a vivir en la ignorancia, como la Joven Señora de la calle de la Aguja e Hilo. Y, en los años que siguieron, cuando los negocios de la familia se diversificaron triunfalmente en ciento y una direcciones, cuando las montañas de tesoros crecieron desde simples *ghats* de Gama hasta Himalayas de Zogoiby, ¿nunca se imaginó ella... no pensó por un momento?... Sin embargo, desde luego, tuvo que hacerlo; su ceguera era elegida, su complicidad, la complicidad del silencio, del no-me-digas-cosas-que-no-quiero-saber, del silencio-estoy-ocupada-en-mi-Gran-Obra. Y, tal era la fuerza de su no-querer-ver, que ninguno de nosotros miraba tampoco. ¡Qué tapadera era ella para las operaciones de Abraham Zogoiby! Qué fachada más brillante y legitimizadora... pero no debo adelantarme a mi historia. De momento, sólo es necesario revelar —¡no, *ya va siendo hora* de que alguien lo revele!— que mi padre, Abraham Zogoiby, resultó tener auténtico talento para cambiar mentes renuentes.

Lo sé por él mismo: se pasó la mayor parte de sus horas de desaparición entre los trabajadores de los muelles, llevándose aparte a los más grandes y fuertes que conocía y diciéndoles que, si el intento de

bloqueo de los nazis tenía éxito, si se hundían negocios como la Fifty Per Cent Corp. (Private) Limited de Camoens de los Da Gama, ellos, los estibadores, y sus familias también, se encontrarían rápidamente en la indigencia.

—Ese capitán del *Marco Polo* —murmuraba despreciativamente—, con su cobardía al negarse a zarpar, está arrebatando la comida de los platos de vuestros pequeños.

Una vez había conseguido formar un ejército suficientemente fuerte para dominar a la tripulación del barco, en caso de necesidad, Abraham iba a ver en persona a los empleados principales. Los señores Tejpatan, Kalonjee y Mirchandalchini lo recibían con disgusto mal disimulado porque, ¿no había sido hasta hacía muy poco su humilde subalterno, al que podían mandar lo que quisieran? Mientras que —gracias a haber seducido a aquella furcia barata, la propietaria— tenía ahora la desvergüenza de venir ahora dictando la ley como patrono de patronos... Sin embargo, al no tener opción, seguían sus instrucciones. Se enviaron mensajes telegráficos urgentes e insistentes a los propietarios y el capitán del *Marco Polo* y, poco después, Abraham Zogoiby, todavía solo, fue llevado al carguero por el propio práctico del puerto.

La reunión con el capitán del barco no fue larga.

—Expuse francamente toda la situación —me contó mi padre en su avanzada edad—. La necesidad de actuar rápidamente para acaparar el mercado británico como compensación de la pérdida de los ingresos de Alemania, y todo eso. Fui generoso, lo que siempre es sensato en las negociaciones. Por su coraje, le dije, haríamos de él un hombre rico en cuanto atracara en el muelle de East India. Eso le gustó. Eso lo predispuso favorablemente. —Se detuvo, jadeante, tratando de llenar los destrozados restos de sus pulmones—. Naturalmente, no sólo utilicé ese cuenco de zanahoria—*halva* sino también un gran palo—*bumboo*. Le informé al capitán de que si, a la caída del sol, no había conformidad, lamentándolo mucho y hablando como colega, su barco se hundiría hasta

el fondo del puerto y él personalmente, ay, tendría que acompañarlo.

¿Hubiera cumplido esa amenaza? Le pregunté. Por un momento, creí que iba a recurrir a la aguja e hilo invisibles; pero luego tuvo un acceso de tos, carraspeó y expectoró, y sus viejos ojos lechosos se llenaron de lágrimas. Sólo cuando las convulsiones se calmaron un tanto comprendí que mi padre se había estado riendo.

—Muchacho, muchacho —graznó Abraham Zogoiby—, nunca lances un ultimátum hasta que, y a menos que, estés dispuesto a que el ultimato vea si se trata de un farol.

El capitán del *Marco Polo* no se atrevió a averiguar si era un farol; pero alguien lo hizo. El carguero viajó por el océano, llegando más allá de todo rumor, más allá de todo cálculo, hasta que el crucero alemán *Medea* lo agujereó, cuando estaba a poco más de unas horas de la isla de Socotra, en la punta del Cuerno de África. Se hundió rápidamente; y todos los marineros y toda la carga se perdieron.

—Me jugué el as —rememoraba mi antiguo padre—. Pero, maldita sea, me lo fallaron.

¿Quién podría culpar a Flory Zogoiby por volverse un poco majara después de haberla abandonado, a su pesar, su único hijo? ¿Quién le envidiaría las horas y horas que había empezado a pasar, con su sombrero de paja y chupándose las encías, en un banco del vestíbulo de entrada de la sinagoga, jugando solitarios con la baraja o golpeando con fichas de mah-jong, y soltando diatribas sin fin contra los «moros», concepto que, para entonces, se había ampliado hasta incluir a casi todo el mundo? ¿Y quién no le perdonaría que creyera que veía visiones, cuando Abraham, su hijo pródigo, vino hacia ella tan fresco, un hermoso día de la primavera de 1940, sonriendo amablemente con todo el rostro, como si acabara de localizar alguna olla de oro al final del arco iris?

—Bueno, Abie —dijo lentamente, sin mirarlo a la cara, por si podía ver a través de él, lo que demuestra que, finalmente, había perdido la chaveta—. ¿Quieres echar una partidita?

La sonrisa de él se ensanchó. Era tan guapo que ella se puso furiosa. ¿Qué se le había perdido aquí para venir derramando sobre ella su buen aspecto, sin avisar?

—Te conozco, Abie, muchacho —dijo, mirando fijamente todavía sus cartas—. Cuando sonrías así es que estás en dificultades y, cuanto más ancha es la sonrisa, más profundo es el barro. Me parece que no sabes cómo arreglártelas y por eso has venido corriendo a tu mamá. En mi vida te he visto una sonrisa tan grande. ¡Siéntate! Vamos a echar unas manos.

—Nada de juegos, madre —dijo Abraham, con una sonrisa que casi le llegaba a los lóbulos de las orejas—. ¿Podemos entrar, para que no se entere toda la Judería de nuestras cosas?

Entonces ella lo miró a los ojos.

—Siéntate —dijo. Él se sentó; ella dio las cartas para un *rummy* de nueve—. ¿Te crees que me puedes ganar? A mí no, hijo. Nunca has tenido la menor probabilidad.

Se había hundido un buque. Las fortunas de la nueva familia comerciante habían entrado una vez más en crisis. Me agrada decir que ello no produjo ninguna riña indecorosa en la isla de Cabral: la tregua entre los miembros del viejo clan y los del nuevo se mantuvo firme. Pero la crisis era muy real; después de muchos halagos y otras tácticas menos mencionables de las profundidades de la calle de la Aguja e Hilo, se habían enviado una segunda y una tercera expedición de Da Gama, por la ruta larga que rodeaba el cabo de Nueva Esperanza, para evitar los peligros del norte de África. A pesar de esa precaución y de los esfuerzos de la Marina británica por patrullar por todas las rutas marítimas vitales —aunque, hay que decirlo y el Pandit Nehru lo dijo desde la cárcel, la actitud británica hacia la navegación india era, para no exagerar, un poco más que un tanto descuidada—, también aquellos dos barcos terminaron sembrando de especias el lecho del océano: y el imperio de los condimentos C-50 (y, quién sabe, quizá también el propio corazón del

Imperio, privado de su picante inspiración) comenzó a tambalearse y vacilar. Los gastos generales —salarios, gastos de mantenimiento, intereses de préstamos— aumentaron. Pero éste no es un informe sobre la compañía, de manera que tendréis que creerme simplemente: las cosas habían llegado a un punto lastimoso cuando el radiante Abraham, luego poderoso comerciante de Cochin, volvió a la Judería. *¿Habían fracasado todas sus empresas? ¿Qué, ni un acierto?* Ni uno. *¿Está bien, oquey?* Pues sigamos. Quiero contaros un cuento de hadas.

Al final, las historias son lo único que nos queda, no somos más que unos relatos que perduran. Y, en las mejores de las viejas historias, las que pedimos que nos cuenten una y otra vez, hay amantes, es verdad, pero las partes que nos entusiasman son los pasajes en que las sombras se proyectan en el camino de los amantes. La manzana envenenada, la ruela hechizada, la reina Negra, la malvada bruja, los duendes robaniños, eso es lo que importa. Así pues: érase una vez mi padre, Abraham Zogoiby, que había jugado fuerte. Pero había hecho un voto: *Me cuidaré de las cosas*. Y, en consecuencia, cuando todos los demás recursos fallaron, su desesperación fue tan grande que tuvo que ir, sonriendo con todas sus fuerzas, a suplicar a su enloquecida madre.

—¿Qué? ¿Qué iba a ser? Su cofre del tesoro.

Abraham se tragó su orgullo y vino a mendigar, lo que bastó para decirle a Flory todo lo que tenía que saber sobre la fuerza de las cartas que tenía en la mano. Él se había jactado de algo que no podía hacer: hilar-paja-para-hacer-oro, esas historias de otros tiempos; y era demasiado orgulloso para admitir su fracaso ante sus parientes políticos, para decirles que tenían que hipotecar o liquidar su gran hacienda. *Dejaron que perdieras la cabeza, Abie, y ya ves, aquí está en una bandeja*. Ella le hizo esperar un poco, pero no demasiado; luego accedió. ¿Hacía falta capital? ¿Joyas de la vieja caja? Pues muy bien, podía cogerlas. Desechó con un gesto todos los discursos de agradecimiento, las explicaciones de problemas de falta de liquidez temporal, las

disquisiciones sobre las cualidades especialmente persuasivas de las joyas cuando se pedía a los marineros que arriesgaran su vida, todas las ofertas de intereses y beneficios pecuniarios.

—Yo doy joyas —dijo Flory Zogoiby—. Y mi recompensa debe ser una joya mayor.

Su hijo no comprendió qué quería decir. Desde luego, prometió radiante, sería plenamente recompensada por su préstamo, una vez que el buque llegara; y, si prefería recibir su parte en esmeraldas, se comprometía a seleccionar las más hermosas. Así parloteaba; pero se había adentrado en aguas más oscuras de lo que creía y, más allá de ellos, había una selva negra en la que, en un claro, bailaba un enanito que cantaba *Me llamo Rúmpeles-Tíjeles...*

—Eso es accesorio —le interrumpió Flory—. De la devolución del préstamo no dudo. Pero, por una inversión tan arriesgada, mi recompensa sólo puede ser la mayor de las joyas. Tendrás que darme a tu primogénito.

(Se han sugerido dos orígenes para la caja de esmeraldas de Flory: la herencia familiar y el tesoro contrabandista. Dejando de lado los sentimientos, la razón y la lógica abogan por el segundo; si está en lo cierto, si Flory andaba especulando con las reservas de los gánsters, su propia supervivencia quedaba en entredicho. ¿Hace menos espantosa su petición el hecho de que se arriesgara para obtener la vida humana que pedía? ¿Estaba siendo, en realidad, heroica?)

Tráeme a tu primogénito... Una serie de leyendas flota entre esa madre y su hijo. Abraham, horrorizado, le dijo que aquello era imposible, una perversión, algo inimaginable.

—¿Te he borrado esa sonrisa estúpida de la boca, eh, Abie? —preguntó severamente Flory—. Y no creas que puedes agarrar la caja y salir corriendo. Está en otro escondite. ¿Necesitas mis piedras preciosas? Pues dame a tu primer hijo; sus carnes sabrosas.

Ay madre, estás loca, madre. Ay antepasada mía, mucho me temo

estás como una verdadera cabra.

—Aurora no está encinta aún —musitó Abraham débilmente.

—Aja-já, Abie —dijo con una risita Flory—. ¿Crees que estoy loca, muchacho? ¿Que lo mataré y me lo comeré, o me beberé su sangre, o algo así? No soy rica, hijo, pero en mi mesa hay comida suficiente para no tener que devorar a miembros de la familia. —Se puso seria—. Escucha: podrás verlo siempre-siempre que quieras. Incluso podrá venir su madre. Salidas, vacaciones, tampoco serán problema. Pero mándamelo para que viva conmigo, de forma que pueda hacer cuanto pueda para educarlo como lo que tú has dejado de ser, es decir, un judío de Cochin. He perdido a un hijo: por lo menos salvaré a un nieto.

No añadió su plegaria secreta: *Y quizá, al salvarlo, descubriré otra vez a mi Dios.*

Cuando el mundo volvió a su sitio, Abraham, con el vértigo de su alivio, el gran hambre de su necesidad y la ausencia de un embarazo real, accedió. Pero Flory, implacable, lo quiso por escrito. «Por la presente prometo a mi madre, Flory Zogoiby, mi primer hijo, para que sea educado en las tradiciones judías.» Firmado, sellado y entregado. Flory, arrebatándole el papel, lo agitó sobre su cabeza, se recogió la falda y brincó en círculos junto a la puerta de la sinagoga. *Un juramento, he hecho un juramento al cielo... Y aquí haré efectivo mi pagaré.* Y, a cambio de aquellas libras de carne nonata prometidas, entregó a Abraham su riqueza: y, pagado y sobornado por las joyas, el buque de su última oportunidad se hizo a la mar.

Sin embargo, de esos asuntos privados Aurora no fue informada.

Y ocurrió que el barco llegó sin novedad a puerto, y después de él otro, y otro, y otro. Mientras las fortunas del mundo empeoraban, el eje Da Gama-Zogoiby prosperaba. (¿Cómo se aseguró mi padre la protección de sus cargamentos por la Marina británica? ¿No se estará sugiriendo que las esmeraldas, contrabando o herencia, llegaron hasta los bolsillos imperiales? ¡Qué jugada más audaz hubiera sido, qué apuesta por todo-o-

nada! ¡Y qué implausible resulta sugerir que una oferta así hubiera podido ser aceptada! No, no, hay que atribuir lo ocurrido a la diligencia naval —porque el merodeador *Medea* fue por fin hundido— o a la preocupación nazi por otros teatros de operaciones; o llamadlo milagro; o suerte ciega, tonta.) En la primera oportunidad, Abraham pagó el dinero de las joyas prestadas por su madre, y le ofreció una generosa suma adicional en concepto de beneficios. Sin embargo, se fue bruscamente, sin responder, cuando ella rehusó la prima con un grito lastimero:

—¿Y la joya, mi recompensa convenida? ¿Cuándo se me pagará?
Ansío la ley, la pena y la liberación de mi pagaré.

Aurora seguía sin niño: pero no sabía nada de un papel firmado. Los meses se convirtieron en un año. Abraham siguió sujetando su lengua. Para entonces, era el único encargado de los negocios de la familia; Aires nunca tuvo realmente temple para ello y, cuando su nuevo yerno hubo realizado su triunfante salvamento, el hermano Da Gama superviviente se retiró agradecido —según dicen— a la vida privada... El día primero de cada mes Flory enviaba a su hijo el mensaje del gran mercader. «Confío en que no estés aflojando; quiero mi piedra preciosa.» (¡Qué extraño, qué *predestinado*, el que en aquellos días ardientes de su picante amor Aurora no concibiera ningún hijo! Porque tenía que ser un chico, y ahora hablo como único producto masculino de mis padres, el hueso disputado —*carne, piel y huesos*—podría haber sido yo.)

Otra vez le ofreció dinero; otra vez rehusó ella. En un momento dado, él le suplicó; ¿cómo podía pedirle a su mujer que enviara a un hijo recién nacido para que lo cuidara alguien que la odiaba? Flory fue implacable. «Hubieras debido pensártelo antes.» Finalmente, la cólera de Abraham se impuso, y la desafió.

—Tu pedazo de papel no vale nada —le gritó por teléfono—. Veremos quién puede pagar más por un juez.

Las piedras verdes de Flory no podían igualar la renovada prosperidad de la familia; y, si realmente se trataba de piedras que

quemaban, ella se lo pensaría dos veces antes de enseñárselas a los jueces, incluso a los que estuvieran dispuestos a hacer más blando su nido. ¿Qué elección tenía? Había perdido la fe en el castigo divino. La venganza era de este mundo.

¡Otra vengadora! ¡Otro perro de jengibre, otro mosquito asesino! ¡Qué epidemia de revanchas aflige mi relato, qué paludismo cólera tifus de ojo-por-ojo y pago-en-la-misma-moneda! No es de extrañar que yo haya terminado... Pero mi fin no debe ser relatado antes de que empiece. Aquí está Aurora el día en que cumple diecisiete años, en la primavera de 1941, visitando sola la tumba de Vasco; y aquí, aguardando en las sombras, hay una vieja bruja...

Cuando vio a Flory abalanzarse sobre ella desde las sombras de la iglesia, Aurora pensó, en un momento de sobresalto, que su abuela Epifania se había levantado de la tumba. Luego se repuso con una sonrisita, recordando cómo, en otro tiempo, había ridiculizado las ideas de su padre sobre fantasmas; no, no, era sólo una vieja arpía, y ¿qué papel era aquel que le mostraba? A veces las mendigas te dan esa clase de papeles. *Tenga piedad, por amor de Dios, no puedo hablar y tengo 12 hijos que mantener.* «Lo siento, perdone», dijo Aurora mecánicamente, y comenzó a darse la vuelta. Entonces la mujer pronunció su nombre.

—¡Señora Aurora! (gritando). ¡La puta católica de mi Abie! Tiene que leer este papel.

Ella se volvió; cogió el documento que le presentaba la madre de Abraham; y leyó.

A Portia, chica rica, supuestamente inteligente, que consiente en hacer cumplir los deseos de su difunto padre —deberá casarse con el hombre que resuelva el acertijo de los tres cofrecillos, oro plata plomo—, nos la presenta Shakespeare como el arquetipo mismo de la justicia. Pero escuchad atentamente: cuando su pretendiente, el Príncipe de Marruecos, fracasa en la prueba, ella suspira:

Dulce adiós. Corre la cortina: ve.

Con todo el de su tez así se fue.

¡De modo que no le gustaban los moros! No, no; ella ama a Bassanio que, por una suerte inesperada, elige el cofre acertado, el que contiene el retrato de Porcia (*tú, tú, pobre plomo*). En consecuencia, prestad oídos a esta explicación modélica de su elección:

... el ornamento es sólo la taimada orilla

De un peligroso mar; bello pañuelo

Que vela a una belleza india: es decir,

La aparente verdad con la que un siglo astuto...

Ah, sí: para Bassanio, la belleza india es como un «peligroso amor»: ¡o algo análogo a un «siglo astuto»! Los moros, los indios y, naturalmente, «el Judío» (Portia sólo se decide a utilizar el nombre de Shylock en dos ocasiones: el resto del tiempo lo identifica simplemente por su raza). Realmente, una pareja imparcial; un par de Danieles, tratándose de juicios... Aduzco todas estas pruebas para mostrar por qué, cuando digo que la Aurora de nuestro cuento no era Portia, no lo digo del todo como crítica. Era rica (como Portia lo era), pero eligió su propio marido (a diferencia de ella): era indudablemente inteligente (igual) y, a los diecisiete, casi estaba a la altura de su misma belleza india (muy improbable). Su marido era —el de Portia nunca lo hubiera podido ser— judío. Pero, lo mismo que la doncella de Belmont denegó a Shylock su libra sangrante, mi madre encontró una forma, justa, de denegar a Flory el niño.

—Dile a tu madre —ordenó Aurora a Abraham aquella noche— que no nacerán niños en esta casa mientras ella viva. —Lo echó de su alcoba—. Tú harás tu trabajo y yo el mío —dijo—. Pero el trabajo que espera Flory, no lo verá nunca.

También ella había trazado una línea. Aquella noche se frotó el cuerpo hasta que se quedó en carne viva y no quedó ni rastro del picante perfume del amor. (*Me frofifico y me bañifico...*) Luego cerró con llave y corrió el cerrojo de la puerta de su alcoba, y se sumió en un sueño

profundo sin sueños. En los meses que siguieron, sin embargo, su trabajo —dibujos, pinturas y muñequitas horriblemente ensartadas, moldeadas en arcilla roja— se llenó de brujas, incendios y apocalipsis. Más adelante destruiría la mayor parte de esa producción «roja», con la consecuencia de que las obras supervivientes han aumentado mucho de valor; rara vez se han visto en las subastas y, cuando se veían, se producía una excitación febril.

Durante varias noches, Abraham maulló lastimeramente ante su puerta cerrada, pero no fue admitido. A la larga, al estilo Cyrano, contrató a un acordeonista y un cantor de baladas locales que le daban a Aurora serenatas en el patio, debajo de la ventana, mientras él, Abraham, permanecía como un idiota al lado del músico, recitando palabras de las viejas canciones de amor. Aurora abrió los postigos y les arrojó flores; luego el agua del jarrón de flores; y finalmente el jarrón mismo. Los tres lanzamientos fueron certeros. El jarrón, un pesado objeto de gres, golpeó a Abraham en el tobillo izquierdo, partiéndoselo. Se lo llevaron, mojado y dando alaridos, al hospital, y en adelante no trató de hacer cambiar de opinión a Aurora. Sus vidas siguieron caminos divergentes.

Después del episodio del jarrón de gres, Abraham cojeó siempre ligeramente. El sufrimiento estaba grabado en cada arruga de su rostro, el sufrimiento hacía descender las comisuras de su boca y perjudicaba su buen aspecto. Aurora, por el contrario, seguía floreciendo. El genio estaba naciendo en ella, llenando los espacios vacíos de su lecho, su corazón y su vientre. No necesitaba de nadie más que de sí misma.

Estuvo ausente de Cochin la mayoría de los años de la guerra, al principio en largas visitas a Bombay, en donde conoció, y fue patrocinada por él, a un joven parsi, Kekoo Mody, que había empezado a ocuparse de artistas indios contemporáneos —en aquella época, un campo no muy lucrativo— desde su casa de Cuffe Parade. El cojeante Abraham no la acompañaba en esos viajes; y, cuando ella se iba, las palabras de despedida de ella eran, invariablemente: «¡Oquey, muy bien, Abie!

Cuidifica el almacén.» Así fue como, en ausencia de él, lejos de su expresión renqueante, abatida, de insoportable añoranza, Aurora Zogoiby se convirtió en el gigantesco personaje público que todos conocemos, la gran belleza del corazón del movimiento nacionalista, la bohemia de cabello suelto que marchaba audazmente al lado de Vallabhabhai Patel y Abul Kalam Azad cuando organizaban procesiones, la confidente —y, según persistentes rumores, amante— del Pandit Nehru, la «amiga de las amigas» de él, la que más tarde competiría con Edwina Mountbatten por su corazón. Con la desconfianza de Gandhiji, con el odio de Indira Gandhi, su detención después de la resolución «Abandonad la India» de 1942 hizo de ella una heroína nacional. También Jawaharlal Nehru fue encarcelado, en el fuerte de Ahmadnagar, en donde, en el *cinquecento*, la princesa guerrera Chand Bibi había resistido a los ejércitos del Imperio moghul, del Gran Mughal Akbar en persona. La gente empezó a decir que Aurora Zogoiby era la nueva Chand Bibi, que se oponía a un Imperio diferente y aún más poderoso, y su rostro empezó a aparecer por todas partes. Pintado en las paredes, caricaturizado en los periódicos, la creadora de imágenes se convirtió ella misma en imagen. Se pasó dos años en la cárcel del distrito de Dehra Dun. Cuando salió, tenía veinte años y el cabello blanco. Volvió a Cochin convertida en mito. Las primeras palabras de Abraham fueron: «El almacén va muy bien.» Ella asintió brevemente, y volvió a su trabajo.

Algunas cosas habían cambiado en la isla de Cabral. Durante la prisión de Aurora, el antiguo amante de Aires da Gama, el hombre que conocemos como príncipe Enrique el Navegante, había caído gravemente enfermo. Se descubrió que padecía una variedad de sífilis especialmente perniciosa, y pronto fue evidente que también Aires había sido infectado. Las erupciones sifilíticas de su rostro y su cuerpo le impedían salir de casa; se convirtió en descarnado de cuerpo y vacuo de mirada, y parecía veinte años más viejo de sus cuarenta y tantos. La mujer de Aires, Carmen, que hacía tiempo había amenazado matarlo por sus

infidelidades, se sentó ahora a su cabecera.

—Mira lo que te ha ocurrido, irlandés mío —dijo—. ¿Te me vas a morir o qué? —Él volvió la cabeza sobre la almohada y no vio más que compasión en sus ojos—. Será mejor que te curemos —dijo ella—, porque, si no, ¿con quién voy a bailar el resto de mi vida? A ti —y aquí hizo una pausa brevísima, y su color se intensificó espectacularmente— y también a tu príncipe Enrique.

Se dio al príncipe Enrique el Navegante una habitación en la casa de la isla de Cabral y, en los meses que siguieron, Carmen, con infatigable determinación, vigiló el tratamiento de los dos hombres por los especialistas mejores y más discretos —porque mejor pagados— de la ciudad. Ambos pacientes se recuperaron lentamente; y llegó el día en que Aires, sentado en el jardín con una bata de seda con *Jawaharlal* el bulldog y bebiendo agua fresca de lima, fue visitado por su esposa, que sugirió, discretamente, que no había necesidad de que el príncipe Enrique se fuera.

—Demasiadas guerras en esta casa y fuera de ella —le dijo—. Hagamos al menos esta paz triangular.

A mediados de 1945, Aurora Zogoiby llegó a la mayoría de edad. Pasó su vigésimo primer cumpleaños en Bombay, sin Abraham, en una fiesta dada por Kekoo Mody a la que asistieron la mayoría de las luminarias artísticas y políticas de la ciudad. En aquella época, los británicos habían liberado a los presos del Congreso, porque se respiraban aires de negociación; habían puesto en libertad al propio Nehru, que envió a Aurora una larga carta desde una casa llamada Armsdell, en Simla, disculpándose por no asistir a sus fiestas. «Tengo la voz muy ronca —escribió—. No puedo comprender por qué atraigo a esas multitudes. Muy gratificante, sin duda, pero también muy cansado y, a menudo, irritante. Aquí en Simla he tenido que salir al balcón y la veranda con frecuencia, para dar mi *darshan*. Dudo de poder ir nunca a dar un paseo a causa de las muchedumbres que me siguen, salvo a altas

horas de la noche... Deberías sentirte agradecida de que te haya ahorrado esa experiencia al mantenerme apartado.» Como regalo de cumpleaños, le envió *Ciencia para el ciudadano* y *Matemáticas para el millón* de Hogben, «para aligerar tu espíritu artístico con algo del otro lado de la mente».

Ella dio inmediatamente los libros a Kekoo Mody, haciendo una ligera mueca.

—A Jawahar le entusiasman todos estos líos científicos. Pero yo soy una chica sencilla.

En cuanto a Flory Zogoiby: seguía viva, pero últimamente se había vuelto un tanto extraña. Luego, un día hacia el final de julio, la descubrieron gateando por el suelo de la sinagoga de Mattancherri, pretendiendo que podía ver el futuro en los azules azulejos chinos, y profetizando que, muy pronto, un país no lejano de China sería devorado por hongos gigantes y caníbales. El viejo Moshe Cohen tuvo el triste deber de relevarla de sus deberes. Su hija Sara —todavía solterona— había oído hablar de una iglesia cerca del mar, en Travancore, a la que habían empezado a acudir las personas mentalmente afectadas de todas las religiones, porque se creía que tenía poder para curar la locura; dijo a Moshe que quería llevar allí a Flory, y el proveedor de buques accedió a pagar todos los gastos del viaje.

Flory se pasó el primer día sentada en el polvo del complejo, fuera de la iglesia mágica, trazando líneas en el suelo con una ramita y hablando locuazmente al invisible, por inexistente, nieto que tenía al lado. El segundo día de su estancia, Sara dejó a Flory sola una hora mientras paseaba por la playa y miraba ir y venir a los pescadores en sus largas embarcaciones. Cuando volvió, había un pandemonio en el complejo de la iglesia. Uno de los locos allí reunidos había cometido un suicidio ardiente, rociándose de petróleo a los pies de la figura de tamaño natural de Cristo crucificado. Cuando encendió la cerilla fatal, el *rugido* de las llamas había lamido asesinamente el borde del vestido de la falda

de flores estampada de una anciana, y ella se había visto envuelta también. Era mi abuela. Sara llevó el cadáver a casa, y fue enterrado en el cementerio de la Judería. Abraham permaneció junto a la tumba mucho tiempo después del funeral y, cuando Sara Cohen le cogió la mano, no la retiró.

Unos días más tarde, la nube de un hongo gigantesco devoró la ciudad japonesa de Hiroshima y, al oír la noticia, Moshe Cohen, el proveedor, lloró lágrimas ardientes y amargas.

Casi todos han desaparecido hoy, los judíos de Cochin. Quedan menos de cincuenta de ellos, y los jóvenes se han ido a Israel. Es la última generación: se han adoptado medidas para que el gobierno del estado de Kerala se haga cargo de la sinagoga, que se convertirá en museo. Los últimos solterones y solteronas toman el sol, desdentados, en los callejones de Mattancherri. También ésta es una extinción que hay que lamentar; no un exterminio, como ha ocurrido en otras partes, pero no obstante el fin de una historia que exigió dos mil años para ser contada.

Para finales de 1945, Aurora y Abraham habían dejado Cochin y comprado un extenso *bungalow* situado entre tamarindos, plátanos y jaqueros en las laderas de Malabar Hill (Bombay), con un empinado jardín en terrazas que daba sobre la playa de Chowpatty, Back Bay y Marine Drive.

—De todas formas, Cochin está acabado —razonó Abraham—. Desde un punto de vista estrictamente comercial, la mudanza se justifica plenamente.

Eligió con mano izquierda hombres que se encargaran de las operaciones en el Sur, y seguiría haciendo regularmente viajes de inspección a lo largo de los años... Pero Aurora no necesitaba argumentos razonados. El día en que se mudaron fue al mirador en que las terrazas del jardín terminaban en una caída vertiginosa hacia las rocas negras y el mar espumante; y, a pleno pulmón, dominó con su voz, de alegría a los

chils que daban vueltas en el aire.

Abraham, tímidamente, se quedó unas yardas más atrás, con las manos cruzadas delante, pareciendo totalmente el encargado de labores que en otro tiempo fue.

—Confío en que el nuevo emplazamiento resulte beneficioso para tu proceso creativo —dijo con penosa formalidad.

Aurora vino corriendo hacia él y saltó a sus brazos.

—Te interesa el proceso creativo, ¿no? —le preguntó, mirándolo como si no lo hubiera mirado en años—. Entonces, caballero, vayamos adentro y creemos.

II.

MASALA MALABAR

Una vez al año, a mi madre Aurora Zogoiby le gustaba bailar más alto que los dioses. Una vez al año, los dioses venían a Chowpatty Beach a bañarse en aquel asqueroso mar: ídolos de gordo vientre a millares, efigies de cartón piedra de Ganashi o Ganpati Bappa, pululaban hacia el agua cabalgando sobre ratas de cartón piedra... porque las ratas indias, como sabemos, transportan dioses además de plagas. Algunos de esos dúos de colmillo y cola eran suficientemente pequeños para ser cargados sobre espaldas humanas, o acunados en brazos humanos; otros eran del tamaño de pequeñas mansiones y eran arrastrados sobre carros de madera de grandes ruedas, por cientos de discípulos. Había, además, muchos Ganeshas Danzantes, y era contra esos Ganpatis de contoneantes caderas, movidos con amor y regordetes de panza, contra los que competía Aurora, realizando sus profanas rotaciones contra el alegre *jazz* del dios tantas veces reproducido. Una vez al año, los cielos se llenaban de nubes Color-by-DeLuxe: rosas y púrpuras, magentas y bermellones, azafranes y verdes, aquellas nubes de polvo, salidas a chorros de aparatos insecticidas reutilizados, o que descendían flotando de algún racimo de globos estallados que se desplazaba por el cielo, permanecían suspendidas en el aire sobre las deidades «como una aurora-no-borealis-sino-bombayalis», como solía decir el pintor Vasco Miranda. También, alta en el cielo sobre las multitudes y los dioses, año tras año —durante cuarenta en total— intrépida sobre las escarpadas murallas de nuestro *bungalow* de Malabar Hill —que, con malicia irónica o perversidad, había insistido en llamar *Elephanta*—, giraba la figura cuasidivina de nuestra mismísima Aurora Bombayalis, acicalada con una serie de atuendos de espejuelos de colores deslumbrantes, que sobrepasaban incluso en vistosidad al cielo del festival, con sus jardines colgantes de colores pastel. Su cabello blanco flotaba a su alrededor en largas y sueltas exclamaciones (¡Oh cabello prematuramente cano de mis antepasados!), su vientre descubierto, no

gordo-de-viejo-tordo sino plano-degato-sano, sus pies descalzos que golpeaban el suelo, sus tobillos tintineantes de pulseras *jhunjhunna* de campanillas de plata, moviendo el cuello rápidamente de un lado a otro, hablando volúmenes incomprensibles con sus manos, la gran pintora bailaba su desafío, bailaba su desprecio por la perversión de la humanidad, que hacía que aquellas inmensas multitudes se arriesgaran a morir pisoteadas «sólo para zambullificar esos muñecos en el mar», como le gustaba burlarse incrédulamente, levantando muchas veces los ojos al cielo y torciendo irónicamente la boca.

—La perversión humana es mayor que el heroísmo humano (¡tintin—*tantan!*!) o la cobardía (¡p-p—*pam!*!) o el arte —declamaba mi danzante madre—. Porque para éstos hay límites, puntos más allá de los cuales no vamos en su nombre; pero para la perversidad no hay límite establecido, no hay frontera que nadie haya encontrado nunca. Cualesquiera que sean los excesos de hoy, los de mañana los excederán.

Como para probar su creencia en el poder polimorfo de lo perverso, la Aurora danzante se convirtió, con los años, en una atracción estelar de aquel espectáculo que despreciaba, en parte de aquello contra lo que danzaba. Las multitudes de devotos veían —equivocada pero irremediabilmente— su propia devoción reflejada en aquellas faldas vertiginosas (e impías) de ella; suponían que también Aurora rendía homenaje al dios. *Ganpati Bappa morya*, cantaban, brincando, en medio del estruendo de las trompetas baratas y caracolas gigantes y del martilleo de tambores acelerados por la droga, con ojos de clara de huevo y la boca llena de los agradecidos billetes de banco de los fieles y, cuanto más desdeñosamente bailaba la señora en su alto parapeto, cuanto más creía estar por encima de todo aquello, tanto más ávidamente la absorbían las multitudes, no viéndola como una rebelde sino como una bailarina del templo: no como el azote sino, más bien, como una *fan* de los dioses.

(Abraham Zogoiby, como veremos, destinaba a otros usos a las

bailarinas del templo.)

Una vez, en una pelea familiar, le recordé a mi madre, irritado, los muchos artículos de periódico sobre su asimilación por el festival. Para entonces, el Ganesha Chaturthi se había convertido en ocasión para que jóvenes matones de puños apretados y azafranadas bandas en la cabeza hicieran una exhibición de triunfalismo fundamentalista hindú, azuzados por politicastros del partido del Eje de Mumbai y por demagogos como Raman Fielding alias *Mainduck* (Rana).

—Ahora no eres sólo un espectáculo turístico —me burlé—. Eres un anuncio de un Programa de Embellecimiento.

Este programa político, atractivamente denominado MA implicaba, para decirlo simplemente, la eliminación de los pobres de las calles de la ciudad; pero el blindaje de Aurora Zogoiby era demasiado grueso para ser atravesado por un golpe tan rudimentario.

—¿Crees que me puede aplastar la presión de las cloacas? —vociferó desdeñosa—. ¿Crees que me puede ensucificar su lengua negra? ¿Qué me importa esa payasada de paparruchas fundamentalistas? Yo me enfrento a un adversario superior: el propio Shiva Nataraja, sí, y también su niño de discoteca superferolítico-político y narigudo: durante años he estado bailando para obligarlos a salir de escena. Abre los ojos, tipo renegrado. Quizá hasta tú aprendas cómo arremolinarse en un remolino, cómo contornear un tornado... ¡Sí! Cómo bailar en una tormenta.

El trueno, muy oportuno, retumbó sobre sus cabezas. Una lluvia espesa comenzaría a caer pronto del cielo.

Cuarenta y un años bailando el día de Ganpati: bailaba sin preocuparse del peligro que eso representaba, sin echar una mirada hacia las pacientes rocas, cubiertas de percebes, que rechinaban debajo como dientes negros. La primera vez que surgió de *Elephanta* con todas sus galas y comenzó sus piruetas al borde del acantilado, el propio Jawaharlal Nehru le rogó que desistiera. Fue no mucho después de la huelga antibritánica del puerto de Bombay, y la paralización de apoyo de la

ciudad, el *hartal*, hubieran terminado con la petición conjunta de Gandhiji y Vallabhbhai Patel, y Aurora no dejó de lanzar una indirecta.

—Panditji, el Congreso se asusta siempre ante las actuaciones radicales. Aquí no se tomifican decisiones blandas.

Cuando él siguió rogándole, ella le dijo que tendría que pagar una prenda y que sólo se bajaría si le recitaba de memoria todo el poema «La morsa y el carpintero» de Lewis Carroll; lo que, para admiración de todos, hizo él. Mientras la ayudaba a bajar de su mareante balaustrada, él dijo:

—La huelga es un asunto complejo.

—Yo sé lo que pienso de la huelga —repuso ella—. Háblame del poema.

Entonces Mr. Nehru se ruborizó fuertemente y tragó con dificultad.

—Es un poema triste —dijo al cabo de un momento—, porque las ostras son muy jóvenes; es un poema, se podría decir, sobre niños devorados.

—Todos devoramos niños —replicó mi madre. Esto ocurría unos diez años antes de que yo naciera—. Si no los de otros, los nuestros propios.

Tuvo cuatro: Ina, Minnie, Mynah, Moor; una comida de cuatro platos de propiedades mágicas, porque, por muy frecuentemente y con ganas que ella se atracara, la comida nunca parecía acabarse.

Durante cuarenta años, ella se hartó. Luego, mientras bailaba su baile de Ganpati por cuadragésima segunda vez, a los sesenta y tres años, se cayó. Una marea débil, salivadora, bañó su cuerpo, mientras las negras mandíbulas comenzaban a trabajar. Para entonces, sin embargo, aunque seguía siendo mi madre, yo no era ya su hijo.

A la puerta de *Elephanta* había un hombre de pata de palo, apoyado en una muleta. Si cierro los ojos puedo evocarlo todavía fácilmente: aquel Pedro simple a las puertas de un Paraíso terrenal, que se convirtió en mi Virgilio de rebajas personal, llevándome al Infierno: a la gran

ciudad del Infierno, Pandemonio, esa ciudad del lado oscuro, malvada gemela a través del espejo de mi propia y dorada ciudad: no el Bombay Propio sino el Impropio. ¡Querido guardián monipódico! Mis padres, en su incomprensible jerigonza, lo llamaban Lambajan Chandiwala. (Al parecer, se habían contagiado de la costumbre de Aires da Gama de poner apodos a todo.) En aquellos tiempos, muchas más personas habrían comprendido ese chiste interlingüístico: *lamba*, largo (long); *jan* suena como Juan (John); *chandi* es plata (silver). Long John Silver, el capitán pirata de *La isla del tesoro*, aterradoramente hirsuto, pero literal y metafóricamente tan desdentado como el día en que nació, triturando *paans* entre sus encías rojas de betel o de sangre. «Nuestro pirata privado», lo llamaba Aurora y, sí, lo habéis adivinado, normalmente tenía un *totah* de alas cortadas graznando obscenidades sobre su hombro. Mi madre, perfeccionista en todo, se encargó de lo del pájaro; no podía faltar.

—¿Qué sentido tiene un pirata sin loro? —preguntaba, arqueando las cejas y retorciendo la mano derecha como si agarrase un pomo de puerta invisible; y añadía, frívola y escandalosamente (porque no se solían hacer chistes atrevidos sobre el Mahatma)—: Sería como el hombrecito sin taparrabos. —Trató por todos los medios de enseñar al loro a hablar como los piratas, pero se trataba de un viejo pájaro tozudo de Bombay—. ¡Piezas de a ocho! ¡Mis valientes! —gritaba mi madre, pero su discípulo mantenía un hostil silencio amotinado.

Sin embargo, tras años de persecución, *Totah* se rindió y soltó, de mal humor: «*Pisay-saféd-hathi!*» Esta exclamación notable, que se podría traducir aproximadamente por *elefantes blancos machacados*, se convirtió en el juramento preferido de la familia. Yo no estaba presente cuando el último baile de Aurora Zogoiby, pero muchos que lo estaban testificaron luego que la magnífica maldición del loro la siguió, en *diminuendo*, mientras ella caía en picado hacia su perdición:

—¡Ohhh...! ¡Elefantes blancos *machacados*! —aulló mi madre antes

de dar contra las rocas. Cerca de su cuerpo, llevada hacia ella por las olas, había una efigie rota de Ganesha Danzante. Pero no era eso, en absoluto, lo que ella había querido decir.

La manifestación de *Total* tuvo un profundo efecto en Lambajan Chandiwalla porque —como muchos de nosotros— era un hombre con elefantes en el cerebro; después de haber hablado el loro, Lamba se dio cuenta de la presencia sobre su hombro de un espíritu afín, y en lo sucesivo abrió su corazón a aquel pájaro intermitentemente profético pero con más frecuencia taciturno y (a decir verdad) irascible y más bien jodido.

¿Con qué islas del tesoro soñaba nuestro lorificado pirata? Principalmente y con más frecuencia hablaba de la auténtica *Elephanta*. Para los hijos de los Zogoiby, a los que se estaba educando más allá del punto en que se puede tener visiones, la isla de Elephanta no era nada, un bulto montañoso en el puerto. Antes de la Independencia —antes de Ina, Minnie y Mynah— la gente podía ir allí si conseguía una embarcación y estaba dispuesta a hacer frente a la posibilidad de serpientes & Cía.; sin embargo, para cuando yo llegué, la isla había sido domesticada hacía tiempo y había excursiones regulares en lancha desde la Puerta de la India. A mis tres hermanas mayores les aburría el lugar. De forma que, para mi yo infantil, mientras me acurrucaba junto a Lambajan en el calor de la tarde, *Elephanta* no era más que una isla fantástica; pero para Lambajan, tal como él lo contaba, era la tierra misma de la leche y la miel.

—En otro tiempo había allí reyes elefante, *baba* —me confió—. ¿Por qué crees que el dios Ganesha es tan popular en la ciudad de Bombay? Porque en los días anteriores a los hombres había elefantes que se sentaban en tronos y discutían de filosofía, y monos que eran sus criados. Se dice que, cuando los primeros hombres llegaron a la isla de Elephanta en los días que siguieron a la caída de los elefantes, encontraron estatuas de mamuts más altas que el Qutb Minar de Delhi, y

tuvieron tanto miedo que las destrozaron todas. Sí, los hombres borraron el recuerdo de los grandes elefantes, pero no todos los hemos olvidado. Allí arriba, en las colinas de Elephanta, hay un lugar en que enterraban a sus muertos. ¿No? ¿Mueves la cabeza? Mira, no nos cree, *Total*. Muy bien, *baba*. ¿Frunces el ceño? ¡Entonces mira!

Y entonces, con gran alboroto del loro, sacó —¿qué otra cosa, qué, ay, mi nostálgico corazón?— una bola estrujada de papel barato, que hasta el moro niño podía ver que no tenía nada de antigua. Era, naturalmente, un mapa.

—Un gran elefante, quizá *el* Gran Elefante, se esconde todavía allí, *baba*. ¡Yo he visto lo que he visto! ¿Quién crees que me arrancó de un bocado la pierna? ¿Y luego, en su magnificencia y desprecio, me dejó arrastrarme sangrando por la boscosa colina abajo hasta mi pequeña embarcación? ¡Qué cosas, qué cosas vi! Guarda joyas, *baba*, un tesoro mayor que el *khazana* del propio Nizam de Hyderabad.

Lambajan se adaptaba a nuestra fantasía pirata de él —porque, naturalmente, mi madre, la gran explicadora, se había cerciorado de que él comprendía su apodo— y, al hacerlo, construía su propio sueño, una Elephanta para *Elephanta*, en la que, a medida que pasaban los años, parecía creer cada vez más firmemente. Sin saberlo, se conectaba a sí mismo con las leyendas de los Da Gama-Zogoiby, en las que los cofres de joyas escondidos eran rasgo prominente. Y así, el *masala* de la costa Malabar encontró su contrapartida todavía-más-fabulosa en Malabar Hill, como quizá era inevitable, porque, cualesquiera que sean las peripecias con pimientas y especias que pueda haber habido o haya habido en Cochin, esa gran cosmópolis nuestra era y es la Unión Central de todos esos *tamashas*, y los relatos más picantes, las historias más jugosas y venenosas, los folletines más escabrosos y morbosos, no-de-penique-sino-de—*paisa*, son los que circulan por nuestras calles. En Bombay se vive aplastado en medio de esa multitud demente, ensordecido por sus estridentes cuernos de la abundancia y —como las figuras de los

miembros de la familia en el mural de Aurora en la isla de Cabral— vuestra propia historia tiene que abrirse paso a través de las muchedumbres. Lo que le venía muy bien a Aurora Zogoiby; nunca fue alguien que quisiera llevar una vida tranquila, absorbía los picantes hedores de la ciudad, lamía sus ardientes salsas, se tragaba sus platos enteros. Aurora llegó a imaginarse a sí misma como corsaria, como la reina de los forajidos de aquella ciudad.

—Sobre esta residencia ondeifica el pabellón negro —declaró repetidas veces, para bochorno y aburrimiento de sus hijos. Hizo realmente que su sastre le cosiera una y se la entregó al *chowkidar*—. ¡Venga deprisa, Mr. Lambajan! ¡Ícela en el mástil y veamos quién saluda a quién!

En cuanto a mí, no saludaba la calavera y las tibias cruzadas de Aurora; en aquellos tiempos no era, en absoluto, un tipo pirata. Además yo sabía cómo había perdido Lambajan la pierna realmente.

Lo primero que hay que señalar es que los miembros de la gente se soltaban más fácilmente en aquellos tiempos. Las banderas del dominio británico flotaban sobre el país como tiras de papel cazamoscas y, al tratar de despegarnos de aquellas banderas fatales, nosotras las moscas — si puedo usar el «nosotros» para referirme a una época anterior a mi nacimiento— nos dejábamos con frecuencia patitas o alas, prefiriendo la libertad a la integridad física. Naturalmente, ahora que ese papel pegajoso es agua pasada, encontramos formas de perder nuestros miembros en la lucha contra otros estandartes igualmente letales, igualmente anticuados e igualmente adhesivos, de nuestra propia invención. —Basta, basta; ¡bájate de ese cajón de orador callejero! ¡Desenchufa ese altavoz ruidoso y para ese dedito amonestador!—. Para continuar: la segunda información esencial en el asunto de la pierna de Lambajan se refiere a las cortinillas de mi madre; quiero decir al hecho de que hubiera unas cortinillas oro-y-verde, permanentemente corridas, en la luneta y las ventanas traseras de su coche norteamericano...

En febrero de 1946, cuando Bombay, esa película superépica de ciudad, se transformó de la noche a la mañana en un cuadro viviente inmóvil por las grandes huelgas naval y de agua dulce, cuando los barcos no navegaban, el acero no se laminaba, los telares no urdían ni tramaban, y en los estudios de cine no había rodajes ni montajes... Aurora, a sus veintiún años, comenzó a hacer zooms por la paralizada ciudad en su famoso Buick de cortinillas, ordenando a su conductor Hanuman que se dirigiera al centro de la acción o, mejor dicho, de toda aquella gigantesca inacción, y siendo depositada junto a las puertas de las fábricas y de los muelles, aventurándose sola en los barrios bajos de Dharavi, las tabernuchas de ron de Dhobi Talao y los antros de neón de Flakland Road, armada sólo de un taburete de madera plegable y un cuaderno de apuntes. Abriendo ambos, se ponía a capturar la Historia con un carboncillo.

—No me hagáis caso —decía a los boquiabiertos huelguistas, a los que dibujaba a gran velocidad mientras ellos formaban piquetes, se iban de putas o se emborrachaban—. Sencillamente estoy aquí; como una lagartija en la pared; o, si queréis, como una hormiguita del bosque-jo.

—Chiflada —se maravillaba muchos años más tarde Abraham Zogoiby—. Tu madre, hijo. Chiflada como un mono en una araucaria. Dios sabe lo que creía. Ni siquiera en Bombay es cosa baladí que una señora no acompañada se siente en la vía pública y mire a los hombres a la cara, o entre en los garitos de un barrio peligroso y saque un bloc de dibujo. Y, recuerda, hormigas («hormigas-león») era como se llamaba durante la guerra a las bombas volantes.

No era cosa baladí. Fornidos estibadores de diente de oro la acusaban de tratar de robarles literalmente el alma *sacándoles el parecido del cuerpo*, y los huelguistas del acero sospechaban que en otra identidad, secreta, pudiera ser espía de la policía. La simple rareza de la actividad artística la convertía en personaje dudoso; como ocurre en todas partes; como siempre ha ocurrido y tal vez ocurra siempre. Ella

superaba todo eso y más: los empujones, el riesgo sexual, las amenazas físicas, eran dominados por aquella mirada franca, inmovible. Mi madre tuvo siempre el poder oculto de hacerse invisible cuando hacía su trabajo. Con el largo cabello blanco recogido en un moño, vestida con un vestido barato de flores estampadas del mercado de Crawford, regresaba tranquila e indomablemente, día tras día, a sus escenas escogidas y, paso a paso, la magia funcionaba, la gente dejó de notar su presencia; olvidaron que era una gran señora que se apeaba de un coche tan grande como una casa y que hasta tenía cortinas en las ventanillas, y dejaron que volviera a sus rostros la verdad de sus vidas, y por eso pudo el carboncillo, en sus dedos ágiles, captar tanto de aquello, las peleas a bofetadas de niños desnudos en el grifo común de una casa de vecinos, la gimoteante desesperación de los trabajadores ociosos fumando *beedis* en los escalones de las puertas de farmacias cerradas, las fábricas silenciosas, la sensación de que la sangre de los ojos de los hombres estaba a punto de estallar, inundando las calles, la dureza de las mujeres de saris recogidos sobre la cabeza, acurrucadas ante diminutos hornillos de queroseno en los chamizos *jopadpatti* de los que vivían en la calle, mientras trataban de hacer por arte de magia comidas con nada, el pánico de los ojos de los policías que cargaban con sus *lathi*, temiendo que un día, pronto, cuando llegara la libertad, se los consideraría instrumentos de la opresión, la eufórica tensión de los marineros a las puertas de los astilleros, el orgullo de chicos culpables de sus rostros, mientras mordisqueaban *channa* en Apollo Bunder, mirando los barcos inmovilizados que enarbolaban banderas rojas en loa de la revolución, mientras permanecían anclados en el puerto, la naufragada arrogancia de los funcionarios ingleses de los que el poder refluía como las olas, dejándolos varados, sólo con la presunción y la pose de su antigua invencibilidad, los harapos de las vestimentas imperiales; y, debajo de todo aquello, su propia sensación de la insuficiencia del mundo, de su incapacidad para estar a la altura de sus expectativas, de forma que su

propia decepción ante la realidad, su furia ante su injusticia, reflejaba la de sus temas, y hacía que sus dibujos no fueran simplemente documentales, sino personales, con una pasión de líneas violenta y salvaje que tenía la fuerza de una agresión física.

Kekoo Mody se apresuró a alquilar una sala en el distrito del Fuerte y a exponer esos dibujos, que fueron conocidos como sus obras «Chipkali» o de lagartija, porque, por sugerencia de Mody —los dibujos eran claramente subversivos, claramente favorables a la huelga y, por ello, un desafío a la autoridad británica—. Aurora no los firmó sino que, simplemente, dibujó una lagartija diminuta en la esquina de cada dibujo. El propio Kekoo esperaba por lo menos ser detenido y había decidido que sufriría con mucho gusto las consecuencias en lugar de Aurora (ya que, desde su primer encuentro, quedó hechizado por ella) y, cuando no lo fue —cuando, de hecho, los británicos prefirieron hacer caso omiso por completo de la exposición— lo interpretó como otra indicación de la decadencia, no sólo del poderío británico sino también de su voluntad. Alto, pálido, torpe y majestuosamente miope, con unas gafas redondas casi tan gruesas como para ser a prueba de bala, se paseaba por la exposición de Chipkali aguardando una detención que nunca se produjo, tomaba demasiados chupitos de un termo de aspecto inocente que había llenado de ron barato del mismo color que el té fuerte, y acorralaba a los visitantes de la galería para explayarse desmesuradamente sobre la inminente desaparición del Imperio. Abraham Zogoiby —que visitó la exposición, solo, una tarde, a espaldas de Aurora— fue de otra opinión.

—Vosotros los *wallahs* del arte —dijo a Kekoo—, estáis siempre seguros de vuestra importancia. ¿Desde cuándo vienen las masas a estas exposiciones? En cuanto a los anglisquis, precisamente ahora, permítame que te informe, la pintura no les preocupa.

Durante cierto tiempo, Aurora estuvo orgullosa de su seudónimo, porque realmente se había convertido en lo que quería ser, una lagartija sin párpados en el muro de la Historia, que observaba, observaba; pero

cuando su labor de pionera tuvo seguidores, cuando otros artistas jóvenes comenzaron a actuar como notarios públicos y empezaron incluso a llamarse «Movimiento Chipkalista», mi madre, muy típicamente, repudió a sus discípulos. En un artículo titulado «Yo soy la lagartija», admitió su autoría, desafiando a los británicos a que hicieran algo contra ella (no lo hicieron) y rechazando a sus imitadores como «caricaturistas y fotógrafos».

—Los grandes aires están muy bien —comentaba mi padre, rememorando, en su vejez—. Pero hacen que la vida sea solitaria.

Cuando Aurora Zogoiby supo que los dirigentes del Congreso habían persuadido al Comité de la Huelga Naval para que desconvocara la huelga, y que éste había convocado una reunión de marineros para ordenarles que volvieran a sus puestos, su decepción con el mundo, tal como era, se desbordó. Sin pensarlo, sin aguardar a su chófer Hanuman, saltó a su Buick de cortinillas y se dirigió a la base naval. Sin embargo, para cuando llegó a la Iglesia Afgana del Acantonamiento de Colaba, la burbuja de su invulnerabilidad había estallado, y ella empezaba a replantearse la sensatez de su viaje. El camino de la base estaba lleno de marineros derrotados, jóvenes frustrados de uniforme limpio y modales sucios, jóvenes que se arremolinaban con desgana, como hojas muertas. Había una multitud que abucheaba junto a un plátano; un marinero cogió una piedra y la lanzó en dirección al ruido. Formas negras aleteaban despreciativamente, daban vueltas, se posaban, volvían a sus burlas. Los funcionarios de policía, con pantalones cortos, musitaban ansiosamente en pequeños grupos, como niños temerosos del castigo, y hasta mi madre empezó a comprender que aquél no era sitio para una señora con un cuaderno de dibujo y un taburete plegable, por no hablar de la presencia de un Buick resplandeciente sin protección siquiera de un chófer. Era una tarde caliente, húmeda y de mal humor. Una cometa lila de algún niño, con el cordel cortado en alguna otra batalla perdida, cayó patéticamente del cielo.

Aurora no necesitaba bajar las ventanillas para saber lo que pensaban los marineros, porque ella pensaba lo mismo: que los del Congreso estaban actuando como *chamchas*, pelotilleros; y que incluso ahora, cuando los británicos estaban demasiado inseguros del ejército para enviarlo contra los marineros, podían estar seguros de que los *wallahs* del Congreso les evitarían tener que hacerlo. Cuando las masas se levantan realmente, pensó, los patronos huyen. Patronos morenos, patronos blancos, era lo mismo.

—Esta huelga ha asustado a los nuestros tanto como a los suyos.

También Aurora se sentía inclinada a la rebelión; pero no era un marinero y sabía que a aquellos muchachos furiosos debía parecerles una furcia rica en un coche lujoso... y, quizá, un enemigo.

El hosco, desorientado espesamiento de la multitud la había obligado a frenar el Buick hasta ponerlo al paso y cuando, con un gesto cuya rápida despreocupación escondía una fuerza aterradora, un joven gigante malencarado retorció la base cromada del espejo lateral, hasta que quedó colgando inútilmente del coche como un miembro roto, ella notó que el corazón comenzaba a palparle y decidió que había llegado el momento de irse. Al no poder dar la vuelta, metió la marcha atrás; y comprendió, al pisar el acelerador, que, sin el espejo lateral, no podía ver lo que había a su espalda a causa de la interferencia de la tela verde y oro; que algunos marineros, como muestra final de desafío, habían decidido de pronto sentarse en la calle; y que, por su creciente y palpitante sensación de alarma, había acelerado más de lo que había querido, y estaba retrocediendo deprisa, demasiado deprisa.

Cuando ya frenaba, sintió un pequeño golpe.

Los relatos de Aurora Zogoiby acometida por el pánico son raros, pero éste es uno de ellos; al notar el golpe, mi aterrorizada madre, que comprendió enseguida que alguien había estado escenificando una protesta sentada tras el coche, puso el Buick en primera. El coche saltó hacia adelante unos pies, pasando con una sacudida, y por segunda vez,

sobre la pierna extendida del marinero atropellado. En aquel momento, varios policías, agitando porras y soplando silbatos, corrieron hacia el Buick, y Aurora, actuando ahora en una especie de sueño, impulsada por alguna idea desorientada de culpa y huida, puso el coche bruscamente, una vez más, en marcha atrás. Se produjo un tercer golpe, aunque esta vez menos apreciable que en las ocasiones anteriores. Gritos de rabia se elevaron a su espalda y, completamente trastornada por la situación, se lanzó hacia adelante una vez más con un bandazo, en respuesta alocada a los gritos —sin sentir apenas el cuarto golpe— y planchó por lo menos a un policía. En ese momento, gracias a Dios, el Buick se caló.

Lo que más me intrigaba, cuando de niño oía esa historia, y sigue dejándome perplejo, era cómo, habiendo cortado más o menos a un hombre en dos, consiguió salir entera de allí. La propia Aurora cambiaba sus explicaciones cada vez que lo contaba, atribuyendo su escapatoria, según, a la desorientación de aquellos infelices marineros; o a algún residuo de disciplina naval que les impidió convertirse en turba linchadora; o a la caballerosidad innata y el sentido de la jerarquía del hombre indio, que les impidieron hacer daño a una señora, especialmente a una gran dama. O, también, podía haber sido por la preocupación sincera y evidente de ella —¡no se daba grandes aires!— por el hombre herido, cuya pierna había adquirido un inquietante parecido con su colgante espejo lateral; o consecuencia de su rapidez y su hábito de mandar con los que logró que recogieran al hombre y lo dejaran en el asiento trasero del Buick, en donde quedó protegido de aquellos coléricos ojos por la tela verde y oro, al mismo tiempo que ella decía a la multitud congregada que aquel hombre necesitaba transporte y su vehículo era el más fácilmente disponible. La verdad era que no tenía idea de por qué fue perdonada por una multitud cada vez más alarmante, pero en sus malos momentos era cuando quizá se acercaba más a la verdad, al admitir que la había salvado su fama; porque su imagen estaba aún por todas partes y, con su rostro joven y hermoso y su cabello blanco, no era difícil de

reconocer. «Di a tus amigos del Congreso que nos han abandonado», gritó alguien, y ella gritó a su vez: «Lo haré»; y entonces la dejaron irse. (Algunos meses más tarde, haciendo piruetas en las murallas de su casa, mantuvo su palabra, y se lo dijo claramente a Jawaharlal Nehru. Poco después, los Mountbatten llegaron a la India, y Nehru y Edwina se enamoraron. ¿Es mucho suponer que la forma franca de hablar de Aurora del asunto de la gran huelga naval apartara a Panditji de ella y lo empujara hacia la señá, posiblemente menos discutidora, del último virrey?

La versión de Abraham —Abraham, que había prometido cuidar siempre de ella— era distinta. Mucho después de haber muerto ella me la confió.

—En aquella época, yo hacía que un equipo elegido la siguiera, y ella nos hacía bailar de lo lindo. No pretendo que fuera tan difícil garantizar la seguridad de tu loca mamá cuando se metía en esas aventuras disparatadas, pero la verdad es que tenía que estar alerta. Adondequiera que fuera el Buick, mis muchachos estaban allí. ¿Cómo hubiera podido decírselo? Me hubiera echado una bronca.

Para mí es difícil, después de todos estos años, saber qué debo creer. ¿Cómo podía haber sabido Abraham que Aurora iba a salir disparada como lo hizo?... Pero quizá sea la versión de ella la sospechosa... quizá su partida no fuera tan precipitada, después de todo. El viejo problema del biógrafo: hasta cuando la gente cuenta las historias de su propia vida, mejora invariablemente los hechos, reescribe sus relatos o, simplemente, se los inventa. Aurora necesitaba parecer independiente; su versión surgía de ese deseo, lo mismo que la de Abraham se derivaba de su necesidad de hacer creer al mundo —de hacerme creer *a mí*—que la seguridad de ella dependía del cuidado de él. La verdad de esas historias está en lo que revelan del corazón de sus protagonistas y no en los hechos. En el caso del marinero amputado, sin embargo, la verdad resulta más sencilla de determinar: el pobre tipo perdió la pierna.

Ella se lo trajo a casa y cambió su vida. Lo había dejado disminuido, privándole de una pierna y, por consiguiente, de su futuro en la marina; y trató tenazmente de aumentarlo de nuevo, proporcionándole un nuevo uniforme, un trabajo nuevo, una identidad nueva y un loro cascarrabias para acompañar todo eso. Había arruinado su vida, pero lo salvó de consecuencias peores, de vivir en las alcantarillas y mendigar con un cuenco, de esa ruina. Como consecuencia, él se enamoró de ella, cómo no; se convirtió en Lambajan Chandiwalla como ella quería, y las fabulosas historias de elefantes que contaba eran su forma de expresar su amor, que era el imposible amor devotamente perruno de un esclavo por su reina y que disgustaba a nuestra agria y huesuda *ayah*—ama de llaves Miss Jaya Hé, que se convirtió en su novia y en la pesadilla de su vida.

—*Baap-ré!* —le reñía—. ¿Por qué no participas en una marcha de la sal y, al llegar al mar, no te paras?

Lambajan, a las puertas de Aurora —a las puertas, como las llamaba Vasco Miranda, del amanecer— guardaba a su señora del rudo mundo exterior, pero también, en cierto modo, protegía a otros de ella. Nadie entraba en la casa hasta que él sabía para qué; pero Lamba se creía obligado igualmente a conceder a los visitantes el beneficio de su consejo. «Hoy háblele sólo en voz baja —podía decir—. Tiene la cabeza llena de susurros.» O bien: «Pensamientos sombríos tiene. Tendrá que contarle un buen chiste.» Así advertidos, los visitantes de mi madre podían evitar (si eran suficientemente sensatos para obedecer las sugerencias de Lambajan) las explosiones de supernova de la furia legendaria —y sumamente artística— de ella.

Mi madre Aurora Zogoiby era una estrella demasiado luminosa; si la mirabas con demasiada fijeza te quedabas ciego. Incluso ahora, en el recuerdo, deslumbra, y hay que describir círculos y más círculos a su alrededor. Podemos percibirla indirectamente, en sus efectos sobre otros... su desviación de la luz de otras personas, su fuerza de gravitación que nos impedía cualquier esperanza de fuga, las órbitas descendentes de

los que eran demasiado débiles para resistirla y caían hacia su sol y sus llamas devoradoras. Ah, los muertos, los muertos nunca terminados, los que terminan interminablemente: qué larga, qué rica es su historia. Nosotros, los vivos, tenemos que encontrar el espacio en que podamos situarnos a su lado; los muertos gigantes a los que no podemos atar, aunque los agarremos del pelo, aunque los amarremos mientras duermen.

¿Tenemos que morir también para que nuestras almas, tanto tiempo reprimidas, puedan expresarse... antes de que pueda conocerse nuestra naturaleza secreta? A quien pueda interesar digo que No, y otra vez digo: Ni Hablar. Cuando era joven solía soñar —como Carmen da Gama, pero por razones menos masoquistas y masturbatorias; como el fotofóbico y maldito de Dios Oliver D'Aeth— con pelarme como un plátano y andar por el mundo, igual que una ilustración anatómica de la *Encyclopedia Britannica*, todo ganglios, ligamentos, sistema nervioso y venas, liberado de las cárceles de otro modo inescapables del color, la raza y el clan. (En otra versión de mi sueño, podía quitarme más que la piel, y flotaba libre de carne, piel y huesos, convertido simplemente en una inteligencia o sentimiento liberado en el mundo, jugando en sus campos, como un resplandor de ciencia-ficción que no necesitara forma material.)

Así, al escribir esto, tengo que pelar la Historia, esa cárcel del pasado. Es hora de llegar a una especie de terminación, de que la verdad sobre mí mismo se abra paso, por fin, desde debajo del poder sofocante de mis padres; desde debajo de mi propia piel morena. Esas palabras son un sueño hecho verdad. Un sueño doloroso, que no niego; porque en el mundo que se despierta un hombre nos es tan fácil de desollar como un plátano, por muy maduro que esté. Y Aurora y Abraham tendrán que ser un tanto vapuleados.

La maternidad —perdonadme que subraye este aspecto— es una gran idea en la India, quizá nuestra idea mayor: la tierra como madre, la madre como tierra, como el suelo firme bajo nuestros pies. Señoras, caballeros: estoy hablando de un *importante* país madre. El año en que

nací, la arrasadora película *Madre India*, de Mehboob Productions —tres años de preparación, trescientos días de rodaje, entre las tres pelis de Bollywood de mayor megarrecaudación de todos los tiemposllegó a las pantallas nacionales. Nadie que la viera olvidó nunca aquella saga pegajosa de heroinismo campesino, aquella oda supersensiblera a la inaplastabilidad de la India rural, hecha por los habitantes de la gran ciudad más cínicos del planeta. En cuanto a su estrella principal. —¡Oh Nargis, con tu azada sobre el hombro y tu mechón de pelo negro cayendo sobre la frente!— se convirtió, hasta que Indira—*Mata* la suplantó, en la diosa-madre viviente de todos nosotros. Aurora la conocía, naturalmente; como cualquier otra luminaria de la época, la actriz se vio atraída por la llama abrasadora de mi madre. Pero no llegaron a congeniar, quizá porque Aurora no podía evitar hablar del tema —¡qué próximo a mi corazón!— de las relaciones madre-hijo.

—La primera vez que vi la película —le confió a la famosa estrella de cine en la alta terraza de *Elephanta*—, eché una ojeada a tu Hijo Malo, Birju, y pensé, ay Dios, qué chico más guapo... demasiado fuego, demasiado picante, agua por favor. Puede ser un ladrón y un sinvergüenza, pero es un galán de primera. Y ahora fíjate, ¡te has casado con él! Qué vida más sexualmente excitante llevicáis la gente del cine: casarte con tu propio hijo, te lo juro, ¡qué pasada!

El actor de cine del que se hablaba, Sunir Dutt, estaba rígido junto a su esposa, tomando sorbitos de limonada y ruborizándose. (En aquellos tiempos Bombay era un estado «seco» y, aunque el whisky con soda abundaba en *Elephanta*, el actor estaba haciendo una afirmación moral.)

—Auroraji, estás mezclando verdad y ficción —dijo pedantemente, como si eso fuera algún pecado—. Birju y su madre Radha son sólo personajes imaginados, de dos dimensiones, sobre una pantalla plateada; pero nosotros somos de carne y hueso y estamos plenamente disponibles, en 3D, como huéspedes de tu preciosa casa.

Nargis, sorbiendo un *nimbu-pani*, sonrió con débil sonrisa ante el

reproche escondido de la última frase.

—Sin embargo, incluso en la película —continuó implacable Aurora—, enseguida me di cuenta de que aquel Birju malo estaba loco por su maravillosa mamá.

Nargis se había quedado muda, con la boca abierta. Vasco Miranda, que no podía resistirse a alborotar un poco, vio que se fraguaba una tormenta y se apresuró a intervenir.

—La sublimación —sugirió— del mutuo deseo entre padres e hijos está profundamente arraigada en la psique nacional. Los nombres utilizados en la película aclaran su significado. Ese apodo de «Birju» lo utiliza también el dios Krishna, ¿no?, y sabemos que la lechosa «Radha» es el único amor verdadero de ese tipo azul. En la película, Sunil, te maquillaron para que te parecieras al dios, e incluso tonteeas con las chicas, tirándoles piedras para romper sus abombados cántaros; lo que, tienes que reconocerlo, es un comportamiento muy krishnaesco. En esta interpretación —y aquí el payaso Vasco trató inútilmente de transmitir cierta gravedad académica—, *Madre India* es el lado oscuro de la historia de Radha-Krishna, con el tema secundario del amor prohibido además. Pero, qué demonios; ¡Edipo-tontotipo! Pégate un *chhota*.

—Indecente conversación —dijo la diosa Madre Viviente—. Improcedente-indecete, *chhi*. Había oído decir que aquí venían artistas depravados e intelectuales *beatnik*, pero os había concedido el beneficio de la duda. Ahora me doy cuenta de que estoy entre la escoria blasfema de la tierra. ¡Cómo os regodeáis-revolcáis en esas imágenes negativas! En nuestra película hemos puesto el acento en los aspectos positivos. Allí puede verse el coraje de las masas y hay también represas.

—Así que habíais metido palabrotas, ¿eh? —dijo inocentemente Vasco—. ¡Muy bien hecho! Pero la represión... ¿En la versión final os las quitó la censura...?

—*Bewaqqoof!* —gritó Sunil Dutt, más irritado de lo que era capaz de soportar—. ¡Maldito estúpido! No me refería a juramentos suprimidos

sino a la nueva tecnología: concretamente, al proyecto hidroeléctrico que inaugura mi señora en la primera escena.

—Y cuando habla de su señora —aclaró el siempre servicial Vasco—, se refiere, naturalmente, a su madre.

—Vámonos, Sunil —dijo la leyenda, disponiéndose a salir majestuosamente—. Si esta cuadrilla antinacional e impía es el mundo del arte, estoy muy contenta de pertenecer al bando comercial.

En *Madre India*, ejemplo de fabricación de mitos hindúes dirigida por un socialista musulmán, Mehboob Khan, la campesina india es idealizada como esposa, madre y productora de hijos; como sufrida, estoica, amante, redentora y conservadora aferrada al mantenimiento del *statu quo* social. Sin embargo, para el Malo Birju, expulsado del amor de su madre, ella se convierte, como dijo un crítico, en «esa imagen de una madre agresiva, traidora y aniquiladora que ronda la vida imaginaria del macho indio».

Yo también sé algo de esa imagen; a mi vez, he sido expulsado como Mal Hijo. Mi madre no fue Nargis Dutt... Ella era más bien del tipo descarado, no del sereno. ¡Para rato ibas a encontrarla con una pala al hombro! *Me alegra poder decir que jamás he visto una azada*. Aurora era una chica de la ciudad, quizá *la* chica de la ciudad, la encarnación de la metrópolis lista, tanto como Madre India era la tierra de la aldea hecha carne. A pesar de ello, he encontrado instructivo comparar y contrastar nuestras familias. El marido cinematográfico de Madre India quedó impotente y sus brazos fueron aplastados por una roca; y los miembros destrozados desempeñan también un papel central en nuestra saga. (Tendréis que decidir por vosotros mismos si Abraham era un tipo potente o im—.) Y en cuanto a Birju y el Moro, la piel oscura y la sinvergonzonería no eran lo único que teníamos en común.

Llevo guardando mi secreto demasiado tiempo. Ya es hora de que descubra mi pastel.

Mis tres hermanas nacieron en rápida sucesión, y Aurora las gestó y

expulsó a todas prestando a su presencia una atención tan somera que supieron, mucho antes de nacer, que su madre haría pocas concesiones a sus necesidades después del parto. Los nombres que les dio confirmaron esas sospechas. La mayor, llamada al principio Christina a pesar de las protestas de su padre judío, terminó por tener su nombre partido en dos.

—Deja de estar enfurruñado, Abie —ordenó Aurora—. Desde ahora será sólo Ina, sin el Christ.

De manera que la pobre Ina creció sólo con la mitad de su título y, cuando la segunda niña nació un año más tarde, las cosas empeoraron porque, esta vez, Aurora insistió en «Inamorata». Abraham volvió a protestar:

—La gente se confundirá —dijo quejosamente—. Y si la llamamos *Ina y algo* es como decir que es más que Ina...

Aurora se encogió de hombros.

—Ina fue un bebé de diez libras, la muy hija de su madre —le recordó a Abraham—. La cabeza como una bala de cañón y las caderas como la popa de un buque. ¿Cómo podría ser este otro ratoncito de juguete otra cosa que una Ina-menos?

Antes de una semana, había decidido que la pequeña Inamorata, el ratoncito de cinco libras, se parecía mucho a un famoso roedor de las películas de dibujos —«nada más que orejas grandes, ojos muy abiertos y lunares»— y mi segunda hermana sería siempre Minnie a partir de entonces.

Cuando Aurora anunció, dieciocho meses más tarde, que su tercera hija recién nacida se llamaría Philomina, Abraham se subía por las paredes.

—Ahora tendremos un lío entre *Minnie* y —*mina*— gimió—. Y, además, otra —*ina*.

Philomina, escuchando la discusión, se echó a llorar, un bramido grueso y desafinado que convenció a todo el mundo, salvo a su madre, de la cómica impropiedad de darle un nombre de ruiseñor. Sin embargo,

cuando la niña tuvo tres años, las señorita Jaya Hé, el *ayah*, oyó una serie de alarmantes graznidos y penetrantes trinos que venían del cuarto de las niñas y se apresuró a entrar, encontrando al bebé echado muy satisfecho en su cuna, mientras de su boca salían gorjeos de pájaro. Ina y Minnie miraban a su hermana a través de los barrotes de sus respectivas cunas, con expresión de terror y temor. Llamaron a Aurora y, con imperturbada despreocupación que al instante normalizó el milagro, ella asintió bruscamente y dio su juicio: «Si sabe imitar así, no es un *bulbul* sino una *mynah*», y desde entonces fueron Ina, Minnie y Mynah, salvo que, en la Walshingham House School de Nepean Sea Road, se convirtieron en Eeny Meeny Miney, tres cuartas partes de un verso inacabado seguidas por un compás de espera, un espacio silencioso en donde hubiera debido haber una cuarta palabra. Tres hermanas esperaban —y tuvieron que esperar mucho, porque entre Mynah y yo hubo un hueco de ocho años— poder agarrar a su hermano del dedo gordo del pie.

El niño por el que la vieja y maldiciente Flory había intrigado en vano seguía mostrándose esquivo, y hay que dejar constancia, en honor a la memoria de mi padre, que siempre se manifestó satisfecho con sus hijas. A medida que las niñas crecieron, demostró ser el más adorable de los padres; hasta que un día —fue en 1956, durante las largas vacaciones escolares después de las lluvias—, cuando la familia se había ido a una excursión para ver los templos subterráneos budistas de Lonavla, de dos mil años de edad, se llevó una mano jadeando al corazón, a mitad de la escarpada escalera tallada en la ladera que llevaba a la oscura boca de la mayor de las cuevas y, mientras su aliento se convertía en estertor y la vista se le nublaba, extendió la mano inútilmente hacia las tres niñas, entonces de nueve, ocho y casi siete años, que no se dieron cuenta de su angustia y se fueron correteando, riendo, más arriba y lejos de él, con toda la velocidad despreocupada y toda la inmortalidad de la juventud.

Aurora lo agarró antes de que se cayera. Una vieja bruja que vendía setas apareció a su lado y ayudó a Aurora a sentar a Abraham con la

espalda contra la roca, mientras el sombrero de paja le caía sobre la frente y un sudor frío le corría por el cuello.

—No casques, maldita sea —gritó Aurora, sosteniéndole el rostro entre las manos—. ¡Respira! No tienes derecho a morirte. —Y Abraham, obedeciéndola como siempre, sobrevivió. Su respiración se hizo más fácil, sus ojos se aclararon y, durante largos minutos, descansó con la cabeza baja. Las niñas bajaron corriendo las escaleras, con ojos como platos y los dedos metidos en la boca.

—Ya ves los problemas de ser un padre viejo —murmuró a Aurora Abraham, a sus cincuenta y tres años, antes de que sus hijas llegaran al alcance de la voz—. Ya ves lo rápido que crecen y lo rápido que yo me derrumbo. Si fuera por mi voluntad, ese crecimiento —hacia arriba y hacia la vejez, los dos— se detendría ahora mismo para siempre.

Aurora se obligó a hablar quitando importancia a la cosa cuando llegaron las preocupadas niñas.

—Tú andarás por aquí siempre —le dijo a Abraham—. Tú no me preocupas. En cuanto a estas salvajes criaturas, no podrían crecer demasiado rápido para mí. ¡Dios santo! ¡Cuánto tiempo se alarga todo eso de la niñez! ¿Por qué no habré tenido niños —por qué ni siquiera *alguno*—que creciera *realmente* deprisa?

Una voz dijo detrás de ella unas palabras, casi inaudiblemente. *Oubiah, yadu, fou, fa*, Aurora se volvió rápidamente.

—¿Quién ha dicho eso?

Sólo estaban las tres niñas. Otros visitantes, algunos de ellos en sillas de manos (Abraham había desdeñado esa cómoda posibilidad), se dirigían a las cuevas o venían de ellas, pero todos estaban demasiado lejos, por encima o por debajo.

—¿Dónde está esa mujer? —preguntó Aurora a sus hijas—. La mujer de las setas que me ayudó. ¿Por dónde se ha ido?

—No hemos visto a nadie —respondió Ina—. Sólo estabais vosotros dos.

Mahabaleshwar, Lonavla, Khandala, Matheran... ¡Oh frescas y amadas estaciones de montaña que nunca volveré a ver y cuyos nombres resuenan, para la gente de Bombay, con el recuerdo de risas infantiles, dulces canciones de amor, y días y noches, dedicados al paseo y el reposo en frescos bosques verdes! En la estación seca, antes de las lluvias, esas cimas benditas parecen flotar suavemente sobre una reluciente neblina mágica; después del monzón, cuando el aire es claro, puedes situarte, por ejemplo, en Heart Point o One Tree Hill de Matheran, y a veces, en aquella claridad sobrenatural, puedes ver, si no para siempre, al menos un trecho de futuro, quizá con uno o dos días de anticipación.

El día del colapso de Abraham, sin embargo, los caminos lentos y pintorescos de las estaciones de montaña no fueron lo que el médico recetó. La familia había contratado para la temporada la «Lord's Central House» de Matheran, lo que significó que, después del colapso de Abraham, tuvieron que conducir más de veinte millas por una lenta carretera descuidada y luego, al terminar la carretera, dejar a Hanuman a cargo del Buick y tomar un tren de juguete montaña arriba, desde Neral, a través del Túnel de Un Beso y más allá, un trayecto a paso de tortuga durante el cual Aurora relajó sus propias reglas de hierro y atiborró a las niñas de caramelos *chikki*, hechos de azúcar y nueces, para tenerlas tranquilas, mientras Miss Jaya humedecía pañuelos en un *surahi* para agua, para que Aurora pudiera aplicarlos a la debilitada frente de Abraham.

—Lleva más tiempo lleguificar a esa *Lord's House* (La Casa del Señor) —se quejó Aurora— que al Paraíso mismo.

Pero al menos Lord's Central House era real, tenía realmente una base empírica y demostrable, mientras que el Paraíso celestial nunca ha sido algo a lo que mi familia diese mucha importancia... El tren de vía estrecha subía la montaña resoplando, con sus cortinas rosas aleteando en las ventanas de primera clase, y finalmente se detuvo, y los monos se descolgaron de su techo y trataron de robar el *chikki* de las manos

asustadas de las niñas Zogoiby. Era el final de la línea; y aquella noche, en una habitación de la Lord's House recién cargada de olores de especias, y mientras las lagartijas los miraban desde los muros, Aurora Zogoiby, en una ruidosa cama de muelles y bajo un lento ventilador de techo, acarició el cuerpo de su esposo hasta que volvió a la vida por completo; y *cuatro meses y medio más tarde*, el Día de Año Nuevo de 1957, dio a luz a su cuarto y último hijo.

Ina, Minnie, Mynah y, por fin, Moor. Ése soy yo: el último de la fila. Y algo más. Soy también algo más: llamadlo un deseo hecho realidad. Llamadlo la maldición de una mujer muerta. Yo soy el hijo cuya falta lamentó Aurora Zogoiby en los escalones de las cuevas de Lonavla. Ése es mi secreto y, después de todos estos años, lo único que puedo hacer es decirlo, claramente, y al diablo cómo suene.

Avanzo en el tiempo más deprisa de lo que debiera. ¿Me entendéis? Alguien, en alguna parte, ha estado apretando el botón marcado «FF» o, para ser más exactos, «X2». Lector, escucha atentamente, capta cada palabra, porque lo que ahora escribo es la verdad simple y literal. Yo, Moraes Zogoiby, llamado Moro, soy —por mis pecados, por mis muchos, muchísimos pecados, por mi culpa, por mi grandísima culpa— un hombre que vive a doble velocidad de la normal.

¿Y la vendedora de setas? Aurora, que preguntó al respecto la mañana siguiente, fue informada por el recepcionista del hotel de que, que él supiera, nunca habían crecido ni se habían vendido setas en la región de las cuevas de Lonavla. Y la anciana —*tripas de pollo, Reino vendrá*—nunca fue vista otra vez.

(Veo que la aurora llega; y, discretamente, guardo silencio.)

Lo diré otra vez: desde el momento en que fui concebido, como un visitante de otra dimensión, de otra línea del tiempo, he envejecido dos veces más rápidamente que la vieja tierra y todo y todos los que están sobre ella. Cuatro meses y medio de la concepción al parto: ¿cómo podía mi evolución a paso ligero dejar de provocar en mi madre el más difícil de los embarazos? Tal como yo veo, con mi fantasía, la hinchazón acelerada de su vientre, a nada se parece tanto como a un efecto especial cinematográfico, como si, bajo la influencia de algún botón genético dos veces apretado, sus pixels biológicos se hubieran vuelto majaras y le empezaran a morfear el cuerpo, que protestaba tan violentamente que los efectos exteriores acelerados de mi gestación se hacían realmente visibles a simple vista. Engendrado en una colina, nacido en otra, alcancé proporciones de colina cuando hubiera debido estar en la etapa de pequeña topera... Quiero decir que, aunque no se puede discutir que fui concebido en la Lord's Central House de Matheran, resulta también incontestable que, cuando el Bebé Gargantúa Zogoiby lanzó su primero y sorprendente berrido en la clínica de maternidad y convento privados y de elite de las Hermanas de María Gratiaplana en Altamount Road (Bombay), su desarrollo físico estaba ya tan avanzado —una generosa erección servía en cierto modo para impedirle el paso por el conducto del parto—, que nadie en su sano juicio hubiera pensado en llamarlo semiformado.

¿Prematuro? Posmaturo más bien. Cuatro meses y medio en lo húmedo y viscoso me parecieron demasiado largos. Desde el comienzo —desde antes del comienzo— supe que no tenía mucho tiempo que malgastar. Al pasar de las aguas perdidas hacia el aire necesario, sólidamente encajado en los pasajes inferiores de Aurora por la decisión, un tanto militar, de mi ya-sabéis, de dar solemnidad a aquel momento poniéndose firmes, decidí hacer saber a la gente la urgencia de mi

problema y solté un fuerte gemido bovino. Aurora, al oír mi primer sonido que surgía del interior de su cuerpo (y dándose cuenta, también, del inmenso tamaño de lo que esperaba ser nacido), se sintió a un tiempo horrorizada e impresionada; pero, naturalmente, no le faltaron las palabras.

—Después de nuestras Eeny-Meeny-Miney —gritó ahogadamente a la asustada comadrona eclesiástica, que parecía haber oído una jauría del Infierno—, creo, hermana, que aquí llega Moo.

De Moo a Moro, del primer vagido al último suspiro: de tales ganchos cuelgan mis relatos.

Cuántos de nosotros sentimos, en estos tiempos, que algo que ha pasado demasiado rápidamente se está acabando: un momento de la vida, un período histórico, una idea de la civilización, un giro en el rodar del mundo indiferente. *Mil eras son a Tus ojos*, cantan en la catedral de Santo Tomás a su sin-duda-inexistente Dios, *como una tarde transcurrida*; por eso, podría limitarme a señalar, oh mi lector omnipotente, que yo también he estado transcurriendo con demasiada rapidez. Una existencia a doble velocidad sólo permite la mitad de una vida. *Breve como el reloj que acaba la noche / Antes del sol matutino*.

No hacen falta explicaciones sobrenaturales; bastará con algún follón en el ADN. Con algún trastorno de envejecimiento precoz en el programa central, que se traduce en la producción de demasiadas células de corta vida. En Bombay, mi vieja ciudad natal de casuchas y rascacielos, creemos que estamos en el sùmmum de la edad moderna y alardeamos de que somos rápidos seguidores natos de la tecnología, pero eso sólo es cierto en los rascacielos de nuestras mentes. Abajo, en los suburbios de nuestros cuerpos, seguimos siendo vulnerables a los trastornos más trastornantes, los escorbutos más escorbúticos, las pestes más apestosas. Puede haber gatitos domésticos rondando por nuestros áticos de lujo, relucientes y por las nubes, pero no anulan la corrupción infestada de ratas de las cloacas de la sangre.

Si un parto es la lluvia radiactiva de la explosión causada por la reunión de dos elementos inestables, quizá no podamos esperar más que un período de semidesintegración. Del convento de Bombay a la locura de Benengeli, el viaje de mi vida ha necesitado sólo treinta y seis años civiles. Pero ¿qué queda de aquel gigante joven y tierno de mi juventud? Los espejos de Benengeli reflejan un caballero de cabello tan blanco, tan escaso y tan sinuoso como la cabellera, hace tiempo desaparecida, de su abuela Epifania. Su rostro es demacrado, y su cuerpo alargado, nada más que el recuerdo de una antigua y lenta gracia de movimientos. El perfil aquilino es ahora meramente ganchudo, y los labios, femeninamente llenos, se han adelgazado, lo mismo que la cada vez más reducida corona de cabellos. Un viejo sobretodo de cuero castaño, sobre una camisa a cuadros manchada de pintura y unos pantalones de pana sin forma, con los faldones colgando como un ala rota. Con su cuello de pollo y su pecho de pichón, este veterano huesudo y polvoriento conserva todavía un porte admirablemente erguido (siempre pude andar con un jarro de leche cómodamente equilibrado sobre mi cabeza); pero, si pudierais verlo, y tuvierais que adivinar su edad, diríais que está listo para la silla de ruedas, la comida blandita y los pantalones remangados, y lo pondríais a pastar como a un viejo caballo, o —si por casualidad no estabais en la India— quizá lo mandaseis a un asilo. Setenta y dos años, diríais, y la mano derecha deformada como una porra.

«Nada que creciera tan deprisa hubiera podido crecer como es debido», pensaba Aurora (y más tarde, cuando empezaron nuestras dificultades, me lo decía en voz alta a la cara). Llena de repugnancia ante mi deformidad, trató en vano de consolarse: «Es una suerte que sea sólo una mano.» La comadrona, la hermana John, se lamentaba de la tragedia en nombre de mi madre, porque, para su forma de pensar (que no era tan diferente de la de mi propia madre), una anomalía física sólo estaba una muesca más abajo que una enfermedad mental en la escala de la vergüenza familiar. Fajó al bebé de blanco, tapando tanto la mano buena

como la mala; y, cuando entró mi padre, le tendió aquel fardo pasmosamente enorme con un sollozo sofocado... y tal vez sólo semihipócrita.

—Un bebé tan hermoso de una familia tan fina —dijo sorbiendo por la nariz—. Alégrese humildemente, Mr. Abraham, de que el Señor Omnipotente haya infligido a su hijo esa penosa-penosa herida de amor.

Aquello, naturalmente, fue demasiado para Aurora; mi mano derecha, por repulsiva que fuera, no era un asunto en el que pudieran inmiscuirse los no miembros de la familia ni los dioses.

—Llévate a esa mujer de aquí, Abe —rugió mi madre desde la cama—, antes de que yo misma le infligiese algunas heridas penosas-penosas.

Mi mano derecha: los dedos soldados en un trozo de carne indiferenciado, el pulgar como una verruga atrofiada. (Hasta hoy, cuando doy la mano, tiendo mi izquierda normal, invertida, con el pulgar apuntando al suelo.)

—Hola, boxeador —me saludó Abraham abatido, mientras examinaba mi estropeado miembro—. Qué pasa, campeón. Créeme: con un puño así, tumbarás al mundo entero.

Y ese esfuerzo paterno de hacer de tripas corazón en un mal negocio, con la boca deformada por el dolor, resultó ser nada menos que una profecía, nada más que la simple verdad.

Para no ser menos en ver-el-lado-bueno-del-asunto, Aurora —que no estaba dispuesta a permitir que su embarazo más difícil terminara con nada que no fuera un triunfo— se guardó su horror y asco, confinándolo a un sótano húmedo y malsano de su alma, hasta el día de nuestra última pelea, en que lo soltó, cuando se había vuelto monstruoso y babeante, y dejó que aquella bestia encerrada hiciera por fin lo que quisiera... De momento, sin embargo, prefirió subrayar el milagro de mi vida, de mi tamaño extraordinariamente más-que-crecido, y de la asombrosa velocidad de gestación, que tanto le había «jorobado», pero que

demostraba también que debía tratarse de un niño entre un millón.

—Esa maldita idiota de la hermana John tenía razón en una cosa —dijo, cogiéndome en brazos—. Es el más hermoso de nuestros hijos. En cuanto a esto, ¿qué es esto? Nada. Hasta una obra maestra puede tener un pequeño tiznón.

Con esas palabras asumió la responsabilidad artística de su trabajo; mi manaza machacada, este trozo de carne tan deforme como el propio arte moderno, fue nada más que un desliz del pincel genial. Luego, en un nuevo acto de generosidad —¿o fue una mortificación de la carne, un castigo autoinfligido por su instintiva repulsión?— Aurora me hizo un regalo mayor aún.

—El biberón de Miss Jaya estaba bien para las chicas —anunció—. Pero a mi hijo lo alimentaré yo misma.

Yo no discutí; y me aferré firmemente a su pecho.

—Mira qué hermoso —ronroneó decididamente Aurora—. Sí, bebe hasta hartarte, mi pequeño pavo real, mi *mór*.

Un día de principios de 1947, un lánguido joven, un tal Vasco Miranda de Loulim, en Goa, había llegado sin un céntimo a las puertas de Aurora, se había identificado como pintor y había pedido ser admitido a la presencia de «la única Artista de este Basuristán antiartístico cuya grandeza se aproxima a la mía». Lambajan Chandiwalla echó una ojeada a su delgada y débil línea de bigote sobre una sonrisa de timador de poca monta, su paleta peinado de tupé-y-patillas que chorreaba aceite de coco, la campera, pantalones y sandalias baratos, y empezó a reírse. Vasco se rió a su vez, y pronto todo se volvió divertidísimo a las puertas del amanecer, mientras los dos hombres se enjugaban las lágrimas y se daban palmadas en los muslos... Sólo el loro, *Totah*, no se divertía nada, y se concentraba en agarrarse ansiosamente a las convulsivas espaldas del *chowkidar*... Hasta que, finalmente, Lambajan barbotó:

—¿Sabes de quién es esta casa? —y enseguida, para desconcierto de *Totah*, tuvo un nuevo temblor de espaldas de carcajadas.

—Sí —sollozó Vasco a través de sus lágrimas de risa, y entonces el regocijo de Lambajan fue tan grande que el loro se fue volando y se posó, con aire taciturno, sobre las puertas mismas.

—No —lloró Lambajan, y empezó a golpear a Vasco violentamente con una larga muleta de madera—, no, señor *badmash*, usted no sabe de quién es esta casa. ¿Me entiende? No lo ha sabido nunca, no lo sabe ahora, y mañana tampoco sabrá más.

De forma que Vasco huyó, bajando de Malabar Hill hasta el agujero en que estuviera viviendo en aquella época —alguna destartalada casa de vecindad de Mazagaon, creo—, en donde, magullado pero impertérito, se sentó enseguida y escribió a Aurora una carta, que logró lo que él no había podido hacer en persona: se coló por delante del *chowkidar* hasta las manos de la gran señora. Esa carta era una temprana expresión del Nuevo Descaro —*Nayi Badmashi*—con el que Vasco se haría luego un nombre, aunque era poco más que un refrito de los surrealistas europeos; hasta hizo una película llamada *Kuta Kashmir* («El perro —no andaluz sinocachemiro»). Sin embargo, la carrera de Vasco no se detendría mucho en esas playas estrambóticas y poco originales; pronto descubrió que su auténtico talento era para el tipo de concepciones insulsas e inofensivas por las que los propietarios de edificios públicos estaban dispuestos a pagar sumas realmente surrealistas, y después de eso su reputación —nunca demasiado seria— disminuyó tan rápidamente como aumentaba su cuenta bancaria.

En la carta se anunciaba a Aurora como alma gemela insospechada. Los dos «Estrellas del Sur», los dos «anticristianos», los dos exponentes de un «Arte-Épico-Mítico-Trágico-Cómico-Supersexy-Alto-Masala», en el que el principio unificador era el «Argumento en Technicolor», cada uno fortalecería la obra del otro... como en el caso del francesito Georges y el español Pablo, sólo que mejor, a causa de la diferencia de Sexo. «Me doy cuenta también de que usted tiene un Espíritu Público e interesado por muchos Temas de Actualidad; mientras que yo, me temo, soy

totalmente Frívolo: cuando la Esfera Política entra de golpe en escena me vuelvo un niño malévolo e indomable y, con patada certera y rápida, echo a la mencionada esfera de mi Zona de Operaciones. Usted es una Heroína, yo una Medusa invertebrada; ¿cómo podríamos no barrer cuanto se ponga en nuestro camino? Será una unión de dos sueños... porque usted tiene Razón, mientras que yo, por desgracia, No Tengo Razón.»

Cuando Lambajan Chandiwalla, a las puertas de *Elephanta* oyó las carcajadas de su señora, sus aullidos jubilosos de *banshee* flotando hacia él en la brisa, comprendió que Vasco había sido más listo que él, que la comedia había vencido a la seguridad y que, la próxima vez que aquel payaso detestable subiera a la colina, tendría que ponerse firmes y saludarle.

—Lo vigilaré, sin embargo —musitó el *chowkidar* a su siempre taciturno loro—. Un día, ese estúpido *lafanga* cometerá un error y, cuando lo agarre, veremos si no se le quitan las ganas de reírse.

Sobre una alfombra de Isfahán en el *chhatri*, en un rincón de la alta terraza, Aurora Zogoiby se encontraba reclinada en una postura aproximada de Maja Vestida, cuando llevaron a Vasco ante ella, a la puesta de sol del siguiente día. Aurora estaba tomando sorbitos de champán y fumándose un cigarrillo importado, mediante una larga boquilla de ámbar, con su vientre, entonces lleno de Ina, apoyado en cojines de seda. Él se enamoró de ella antes de que hablara, se enamoró de ella como nunca había creído enamorarse de una mujer, y su enamoramiento puso en marcha una gran parte de lo que luego ocurrió. Como amante rechazado, se convirtió en un hombre sombrío.

—He estado buscando un pintor —dijo Aurora.

—Yo soy el hombre —comenzó Vasco, adoptando una pose, pero Aurora lo cortó en seco.

—Un pintor de brocha gorda —dijo, un tanto brutalmente—. El cuarto de las niñas necesita ser decorado en absolutamente nada de tiempo. ¿Puede encargarse de la tarea? ¡Diga! En esta casa pagamos

generosamente.

Vasco Miranda estaba desinflado, pero también arruinado. Al cabo de unos segundos exhibió su sonrisa más deslumbrante y preguntó:

—¿Sus temas preferidos, señora?

—Dibujos animados —dijo ella, vagamente—. ¿Va al cine? ¿Lee historietas? Pues ese ratón, ese pato y como se llame ese conejo. También el marinero y su sagaz saga. Y quizá ese gato que nunca coge al ratón, ese otro gato que nunca coge al pájaro, o ese otro pájaro que corre demasiado aprisa para el coyon-ote. Ponga peñascos que sólo planchifiquen temporalmente si te caen en la cabeza, bombas que sólo produzcan caras tiznadas, y carreras-en-el-vacío-hasta-que-miras-abajo. Ponga cañones de escopeta nudificados y bañeras llenas de grandes monedas de oro. No se preocupe por arpas y angelitos, y olvídense de esos jardines malolientes; para mis niñas, ése es el Paraíso que quiero.

El autodidacto Vasco, que acababa de llegar de Goa, no sabía casi nada de pajareros pájaros locos ni de conejos pendehos. A pesar de no tener ni idea de lo que estaba hablando Aurora, sonrió, inclinándose.

—Señora, el dinero manda. Tiene la con-gracia de estar hablando con el pintor de Paraísos absolutamente-más-grande y primero-entre-todos de Bombay.

—¿Con-gracia? —se extrañó Aurora.

—Lo mismo que con-cuido, con-posorio, con-ventura, con-concertante —le explicó Vasco—. Lo contrario de «des—».

En pocos días se había mudado; nunca se le hizo una invitación formal pero, de una forma u otra, se quedó treinta y cinco años. Aurora lo trataba, al principio, como una especie de animal doméstico. Despaletizó su forma de peinarse y lo convenció para que dejara de recortarse el bigote y, cuando le creció abundante y largo, para que se lo encerase hasta parecer un peludo arco de Cupido. Encargó a su sastre que hiciera ropa para él: trajes de seda de raya ancha y enormes corbatas de lazo desmadejadas que convencieron al *tout Bombay* de que el nuevo

descubrimiento de Aurora Zogoiby debía de ser un mariconazo despampanante (de hecho, era bisexual auténtico, mitad y mitad, como muchos hombres y mujeres jóvenes del círculo de *Elephanta* aprenderían con el paso de los años). A Aurora le atraía el enorme apetito de información, comida, trabajo y, sobre todo, placer de Vasco; y la franqueza con que, sonriendo con su sonrisa Binaca, iba detrás de lo que quería.

—Déjale que se quede —dictaminó cuando Abraham le preguntó suavemente si aquel tipo daba alguna señal de ir a largarse alguna vez—. Me gusta tenerlo por aquí. Después de todo, como él dice, es mi congracia; para mí es como un amuleto.

Cuando Vasco terminó de decorar el cuarto de las niñas, ella le dio su propio estudio, y lo equipó con caballetes, lápices de pastel, una *chaise longue*, pinceles y colores. Abraham Zogoiby, como un loro escéptico, hundió la cabeza en su propio hombro dubitativo; pero dejó estar las cosas. Vasco Miranda conservó su estudio mucho después de hacerse rico y tener un marchante norteamericano y lugares de trabajo repartidos por todo el mundo occidental. Hablaba de ese estudio como de su «raíces»; y fue la decisión de Aurora de desarraigarlo la que finalmente lo desquició...

El hablar-Vasco se convirtió rápidamente en el parloteo-Zogoiby. Ina, Minnie y Munah crecieron clasificando a sus profesores de Walsingham House en «cons» y «deses». En casa, en *Elephanta*, nada se encendía o apagaba ya; luces o radiogramolas se «abrían» o «cerraban» siempre. Se llenaron incontables lagunas del lenguaje: si existían parejas como *perro/perra*, *gato/gata*, *conejo/coneja* o *elefante/elefanta*, entonces, aducía Vasco, «todo *toro* debe tener su *tora*, todo *buey* su *bueya* y todo *pez* su *peza*».

En cuanto al cuarto de las niñas, hizo honor a su palabra. En una habitación grande y luminosa con vistas al mar, creó lo que mis hermanas y yo consideraríamos siempre como lo más parecido que vimos nunca a

un Edén terrenal (aunque, felizmente, no hortícola). A pesar de todas sus payasadas de cómico de revoloteante-bastón-flexible salido de alguna peliculilla-de-Bombay, era un trabajador diligente y, a los pocos días de su nombramiento, había adquirido un conocimiento de su tema que excedía ampliamente de las necesidades de Aurora. En las paredes del cuarto de las niñas pintó primero una serie de ventanas en trampantojo: *moghul*palaciega, arabigoandaluza, lusomanuelina, floridogótica, ventanas grandes y pequeñas; y luego, a través de esos marcos mágicos, nos dejó vislumbrar sus multitudes fabulosas. Un Mickey de los primeros tiempos, en su barco de vapor, Donald luchando con las manecillas del Tiempo, el Tío Gilito con signos de \$ en los ojos. Juanito, Jorgito y Jaimito. Horacio el Caballo, Goofy, Pluto. Cuervos, ardillas y otras parejas que ya no recuerdo: Heckle y Jeckle, Chip y Chop, What y Not. También nos regaló las «Melodías de Ayer y Hoy»: Lucas, Porky, Bugs y Elmer; y en el aire, encima de esa galería de retratos en dos dimensiones, colgó las cacofónicas protestas de sus personajes: «jajajaJAja», «zafering zaccotash», «twit-twit», «bip-bip», «cómo-estás-amigo» y «cuac». Había gallos parlantes, gatos con botas y Wonder Dogs voladores de capa roja; y también grandes galerías de héroes más locales, porque nos dio más de lo que esperábamos, añadiendo *djinns* sobre alfombras y ladrones en vasijas gigantes y un hombre entre las garras de un ave gigantesca. Nos regaló océanos de historias y abracadabras, fábulas del Panchatantra y lámparas nuevas a cambio de las viejas. Más importante que nada, sin embargo, fue la idea que implantó en todos nosotros mediante aquellas pinturas de las paredes: es decir, la idea de una identidad secreta.

¿Quién era el hombre enmascarado? Fue en las paredes de mi infancia en donde supe por primera vez del acaudalado hombre de mundo Bruce Wayne y su pupilo Dick Grayson, bajo cuya lujosa residencia acechaban los secretos de la Cueva de los Murciélagos; del Clark Kent de suaves modales que era el inmigrante del espacio Kal-El del planeta Krypton, y que era Supermán; de John Jones, que era el marciano J'onn

J'ozz, y de Diana King, que era Wonder Woman, la Reina de las Amazonas. Fue en esas paredes en donde aprendí lo profundamente que un superhéroe puede ansiar la normalidad, que Supermán, que era valiente como un león y podía ver a través de cualquier cosa salvo el plomo, deseaba más que la vida misma que Lois Lane lo amase como sumiso pelele con gafitas. Nunca me imaginé a mí mismo como superhéroe, no me entendáis mal; pero, con mi mano de porra y mi calendario personal perdiendo páginas a toda supervelocidad, ya lo creo que era excepcional, y no tenía ninguna gana de serlo. Aprendiendo del Hombre Enmascarado y la Antorcha, de Flecha Verde y Batman y Robin, empecé a crearme mi propia identidad secreta. (Como hicieron mis hermanas antes que yo; mis pobres, perjudicadas hermanas.)

Para cuando cumplí los siete años y medio había entrado en la adolescencia, tenía pelusilla en la cara y nuez de Adán, voz de bajo profundo y unos órganos y apetitos sexuales con todas las de la ley; a los diez, era un niño atrapado en el cuerpo de seis pies de altura de un gigante de veinte años, y dominado, desde esos primeros momentos de conciencia de mí mismo, por el terror de que se me acabara el tiempo. Maldecido con la velocidad, me revestí de lentitud, lo mismo que el Llanero Solitario llevaba un antifaz. Decidido a desacelerar mi evolución por la simple fuerza de mi personalidad, me volví de cuerpo cada vez más lánguido, y mis palabras aprendieron a estirarse en largos bostezos sensuales. Durante algún tiempo adopté las peculiaridades de pronunciación-aristocrático-arrastrada del amigo indio de Billy Bunter, Hurree Jamset Ram Singh, el moreno nabab de Bhanipur: en aquella época nunca tenía simplemente sed, sino «una insaciable sequedad». Mi hermana Mynah la imitadora me curó de lo que ella llamaba «ser un acelerado», convirtiéndose en mi eco ridiculizador, pero, incluso después de haber abandonado yo al oscuro Nabab, siguió haciendo desternillarse a la familia con imitaciones a cámara lenta, de paseo lunar, de mis amaneramientos a paso retardado; sin embargo, aquel «Lentorro» —

como ella me llamaba— era sólo una de mis identidades secretas, sólo la más visible de mis capas de disfraz.

Siniestro, zueco, zocato, mizo, bracio ledro: ¡qué vocabulario de epítetos denigrantes para quienes usan la mano izquierda! ¡Qué infinidad de pequeñas humillaciones aguardan a quien no es diestro a la vuelta de la esquina! ¿Dónde, por favor, puede encontrarse una bragueta, un talonario de cheques, un sacacorchos o una plancha (sí, una plancha; ¿os imagináis lo molesto que es para un zurdo que el cable salga siempre por el lado derecho?). Un jugador de críquet zurdo, al ser miembro apreciado de un orden medio, no tendrá dificultades para encontrar un bate que le vaya bien; pero en toda la India, loca por el hockey, no existe nada que se parezca a un palo de hockey para zurdos. No me rebajaré a hablar de pelapatatas o cámaras fotográficas... y, si la vida es dura para los zurdos naturales, cuánto más dura fue para mí: porque resultó que yo no era una entidad zurda, un diestro cuya mano derecha, casualmente, era una catástrofe. Para mí fue tan difícil aprender a escribir con la izquierda como lo sería para cualquier persona diestra del mundo. Cuando tenía diez años y parecía de veinte, mi escritura no era mejor que los primeros palotes de un niño pequeño. También eso lo superé.

Lo que fue difícil de superar fue la sensación de estar en aquella mansión artística, rodeado por los que creaban la belleza, tanto residentes como visitantes, y saber que, en mi vida, la creación seguiría siendo un libro cerrado; que a donde iban mi madre (y también Vasco) para obtener su mayor placer, yo no podía seguirlos. Lo que fue más duro aún fue la sensación de ser feo; deforme, equivocado; la conciencia de que la vida me había jugado una mala pasada y, bicho raro por naturaleza, se me obligaba a interpretar ese papel demasiado deprisa. Lo que fue más duro de todo fue la sensación de ser un bochorno, una vergüenza.

Todo esto lo oculté también. Las primeras lecciones de mi Paraíso fueron el aprendizaje de la metamorfosis y el disfraz.

Cuando era muy joven (aunque no tan pequeño), Vasco Miranda se

metía en mi alcoba mientras dormía y cambiaba las pinturas de las paredes. Algunas ventanas se cerraban, otras se abrían; ratones o patos o gatos o conejos cambiaban de posición, se trasladaban de una pared, y una aventura, a la siguiente. Durante mucho tiempo creí que realmente habitaba en un cuarto mágico, que las criaturas fantásticas de las paredes volvían a la vida cuando yo me dormía. Luego Vasco me dio una explicación diferente.

—Tú cambias el cuarto —me susurró una noche—. Eres tú. Lo haces mientras duermes, con esa tercera mano. —Señaló más o menos hacia mi corazón.

—¿Con esta tercera mano?

—Bueno, con esa de ahí, la mano invisible, con esos dedos invisibles con esas uñas bastas-bastas, roídas...

—¿Cuálos? ¿Cuálas?

—... de la mano que no puedes ver claramente en tus sueños.

No es de extrañar que yo lo quisiera a él. Lo hubiera querido sólo por su regalo de la mano de mi sueño; pero, en cuanto fui suficientemente mayor para comprender, me susurró un secreto todavía mayor en mi oído nocturno. Me dijo que, como consecuencia de una chapucera operación de apéndice muchos años antes, tenía una aguja perdida por el cuerpo. No le molestaba, pero un día llegaría a su corazón y él moriría al instante, apuñalado por dentro. Ése era el secreto de su personalidad hiperactiva: no dormía más de tres horas por noche y, cuando estaba despierto, era incapaz de quedarse quieto más de tres minutos.

—Hasta el día de la aguja tengo muchas cosas que hacer —me confió—. Vive hasta que te mueras, ése es mi lema.

Yo soy igual. Aquél fue su mensaje fraternal y amable. *También a mí me falta tiempo.* Y es posible que él sólo tratase de aliviar mi sensación de estar solo en el universo, porque, a medida que crecí, encontré su historia más difícil de creer, no podía comprender que un hombre tan escandaloso y poco convencional como el famoso V. Miranda aceptara un

destino tan horrible pasivamente, por qué no trataba de que le localizaran y quitaran la aguja; de forma que llegué a considerar esa aguja como una metáfora... como, tal vez, el aguijón de sus ambiciones. Pero aquella noche de mi infancia, cuando Vasco se golpeó el pecho e hizo visajes de dolor, cuando puso los ojos en blanco y se tiró al suelo con los pies por alto, haciéndose el muerto para divertirme... entonces, entonces le creí por completo; y, recordando esa creencia absoluta en años más recientes (recordándola incluso ahora, después de volver a encontrarlo en Benengeli, sometido a otras agujas, con su esbeltez juvenil hinchada hasta convertirse en obesidad de la vejez, su luminosidad oscurecida, su carácter abierto cerrado a cal y canto, el vino del amor picado en él hace mucho tiempo y convertido en vinagre del odio), pude —puedo— encontrar un sentido diferente a su secreto. Quizá la aguja, si efectivamente estaba de verdad allí, en el pajar de su cuerpo, era en realidad la mente de todo su ser... quizá era su alma. Perderla significaría perder al momento la vida o, al menos, el significado de la vida. Él prefería trabajar y aguardar. «La debilidad de un hombre es su fuerza —me dijo una vez—. ¿Hubiera sido Aquiles un gran guerrero sin su talón?», y, recordándolo, casi puedo envidiar a su súbito, errante y generoso ángel de la muerte.

En el cuento, muy conocido, de Andersen, del joven Kay que huyó de la Reina de las Nieves, le queda una esquirla de hielo en las venas, una esquirla que lo atormenta el resto de su vida. Mi madre de cabello blanco fue la Reina de las Nieves de Vasco, a la que él amaba y de la que, presa de enfurecida humillación, huyó por fin, con una fría esquirla de amargura en la sangre; que siguió doliéndole, bajando la temperatura de su cuerpo y congelando su corazón en otro tiempo cálido.

Vasco con sus ropas idiotas y sus invenciones verbales, con su frívola falta de respeto por todos los dogmas, convenciones, vacas sagradas, pomposidades y dioses, y con, sobre todo, su legendaria infatigabilidad, tan eficaz al perseguir comisiones, compañeros de cama

y pelotas de squash como amores, se convirtió en mi gran héroe. Cuando yo tenía cuatro años, el ejército indio entró en Goa, poniendo fin a un dominio colonial portugués de 451 años, y Vasco se sumergió durante semanas en una de sus negras depresiones. Aurora lo animó para que considerara el hecho como una liberación, lo mismo que muchos goanos, pero él estaba inconsolable.

—Hasta ahora sólo tenía tres dioses y la Virgen María para no creer en ellos —se lamentó—. Ahora tengo trescientos millones. ¡Y qué dioses! Para mi gusto, tienen demasiadas manos y cabezas.

Pero muy pronto se recuperó, y se pasaba los días en las cocinas de *Elephanta*, ganándose a nuestro, al principio-indignado viejo cocinero Ezequiel, enseñándole los secretos de la cocina de Goa y anotándolos en un nuevo cuaderno verde de recetas que colgaba de un alambre junto a la puerta de la cocina; y, durante semanas después, todo fue cerdo, y tuvimos que comer salsa de *chourisso* goaneano y *sarpotel* de hígado de cerdo y *curries* de cerdo con leche de coco, hasta que Aurora se quejó de que todos estábamos empezando a volvernó unos cerdos; entonces Vasco volvió sonriente del mercado llevando inmensos cestos de crustáceos que hacían tabletear sus pinzas y bolsas de tiburón llenas de dientes y aletas y, cuando nuestra barrendera lo vio, tiró la escoba y salió corriendo por las puertas, informando a Lambajan de que no volvería a sus barridos mientras aquellos monstruos «impuros» estuvieran en la casa.

Su contrarrevolución no se limitó a la mesa del comedor. Nuestros días transcurrieron llenos de relatos del heroísmo de Alfonso de Albuquerque, que conquistó Goa al sultán de Bijapur, un tal Yusuf Adilshah, el día de Santa Catalina de 1510; y también de Vasco da Gama.

—Una familia de pimienta y especias como la tuya debería entender cómo me siento —dijo a Aurora lastimeramente—. Nuestra historia es común, ¿qué saben de ella esos soldados ingleses?

Nos cantaba canciones de amor para mandolina y servía a los

adultos licor *feni* de contrabando, hecho de anacardos y coco y, por las noches, me sentaba con él en la habitación de los marcos de ventana mágicos mientras me contaba sus viscosos relatos de Goa.

—Abajo la Madre India —gritaba despectivamente, adoptando una pose, mientras yo me reía bajo las sábanas—. ¡Viva la Madre Portuguesa!

Al cabo de cuarenta días, Aurora puso fin a nuestra invasión de Goa particular.

—El luto ha terminado —anunció—. En adelante, la Historia continuificará.

—Colonialista —se quejó Vasco apesadumbrado—. Y además, supremacista cultural.

Sin embargo —como hacían todos cuando Aurora daba una orden— se sometió obedientemente.

Yo le quería; pero durante mucho tiempo no comprendí —¿cómo hubiera podido?— el fuego cruzado que había en su interior, la batalla entre su rabia-de-llegar-a-ser y su superficialidad, entre la lealtad y el arribismo, entre la capacidad y el deseo. No comprendí el precio que había pagado en su camino hasta nuestras puertas.

No tenía amigos anteriores al momento en que lo conocimos; por lo menos, nunca mencionó ni presentó a ninguno. Nunca hablaba de su familia, y raras veces de su vida anterior. Hasta su aldea de origen, Loutulim, con sus casas de laterita roja y sus ventanas con cristales de concha de ostra, era algo que teníamos que aceptar bajo palabra. No hablaba de ello, aunque dejó caer una referencia a un período de portero en el mercado en la ciudad de Mapusa, al norte de Goa, y en otra ocasión mencionó un trabajo ocasional en el puerto de Marmagoa. Al parecer, en la búsqueda de su futuro elegido, había rechazado toda filiación de sangre o de lugar, decisión que implicaba cierta falta de piedad y apuntaba también a cierta inestabilidad. Se había inventado a sí mismo, y a Aurora hubiera debido ocurrírsele —como se les ocurrió a Abraham y a muchos

miembros de su círculo, como se les ocurrió a mis hermanas aunque no a mí— que esa invención podía no funcionar; que, al final, podría venirse abajo. Durante mucho tiempo, sin embargo, Aurora se negó a escuchar la menor crítica de su animal favorito: lo mismo que, luego, en el asunto de Uma Sarasvati, otra autoinvención, yo me negué a mi vez. Cuando un error del corazón resulta ser una locura, pensamos que somos unos necios, y preguntamos a nuestros amigos-y-allegados por qué no nos salvaron de nosotros mismos. Pero ése es un enemigo del que nadie nos puede defender. Nadie podía salvar a Vasco de sí mismo; fuera lo que fuera, quienquiera que hubiera podido o que hubiera llegado a ser. Y nadie podía salvarme a mí.

En abril de 1947, cuando mi hermana Ina acababa de cumplir tres meses y el embarazo de Aurora con la futura Minnie-la-ratona se había confirmado, Abraham Zogoiby, marido y padre orgulloso, se acercó a Vasco Miranda, en un torpe y tosco intento de amistad.

—Bueno, se supone que es usted un pintor como es debido: ¿por qué no hace un retrato de mi mujer embarazada con la niña?

Ese retrato fue la primera obra de Vasco en lienzo, un lienzo que Abraham compró para él y que Aurora le enseñó cómo preparar. Su obra anterior había sido en cartón o papel, por razones económicas: y poco después de haberse trasladado al estudio de *Elephanta*, destruyó todo lo que había hecho antes de esa fecha, declarando que era un hombre nuevo que hasta entonces no había empezado a vivir; sólo entonces, según él, había nacido. El retrato de Aurora fue ese nuevo comienzo.

Digo «el retrato de Aurora» porque, cuando Vasco lo mostró por fin (se había negado a que nadie viera la obra sin terminar), Abraham descubrió, para su furia, que el bebé Ina no aparecía por parte alguna. Tras haber perdido ya la mitad de su nombre, mi pobre hermana mayor había conseguido desaparecer por completo de una obra en la que era tema principal, y que había sido encargada como consecuencia directa de su reciente entrada en escena. (La nueva Minnie-el-bulto había sido

también omitida pero, en aquella etapa temprana del segundo embarazo de Aurora, eso era más fácil de excusar.) Vasco había pintado a mi madre sentada, con las piernas cruzadas, sobre un lagarto gigante, bajo su *chhatri*, y acunando el aire. Todo su pecho izquierdo, cargado de maternidad, quedaba al descubierto.

—¿Qué demonios...? —rugió Abraham—. Oiga, Miranda, ¿no tiene ojos en la cara, o es que está ciego?

Pero Vasco alejó con un gesto toda crítica naturalista; cuando Abraham le señaló que su mujer no había posado en ningún momento con el seno desnudo y que, de todas formas, no estaba dando el pecho a la borrada Ina, el rostro del pintor se llenó de desprecio.

—Sólo le falta decirme que en la casa no tienen ningún *chipkali* gigante como animal doméstico —suspiró.

Sin embargo, cuando Abraham recordó a Vasco acaloradamente quién pagaba las facturas, el artista levantó altivamente la nariz:

—El genio no es esclavo del rico —aseveró—. Un lienzo no puede ser un espejo que sea la reflexión de una sonrisa de cordero degollado. Yo he visto lo que he visto: una presencia y una ausencia. Una plenitud y un vacío. ¿Quería un doble retrato? Pues contemplad. El que tenga ojos para ver que vea.

—Pues si ha acabado ya sus reflexiones —dijo Abraham con una voz como un cuchillo—, también nosotros tenemos muchas cosas sobre las que reflexionar.

¿Fue expulsado Vasco sumariamente de la casa por su indignante difamación del personaje de Bebé Ina? ¿Se lanzó sobre él la madre de la niña con uñas y dientes? Lector, no lo fue; y ella no se lanzó. Aurora Zogoiby, como madre, fue siempre partidaria del sistema docente del Palo y Tentetieso, y no veía la necesidad de defender a sus hijos de los embates de la vida. (¿Fue, me pregunto, porque tenía que colaborar con Abraham para crearnos por lo que Aurora, solista nata, nos situaba decididamente entre sus obras menores?)... Sin embargo, dos días

después del descubrimiento del retrato de mi madre, Abraham convocó al pintor a sus oficinas de Cashondeliveri Terrace —llamada así por el gerifalte parsi y prestamista usurero del siglo XIX sir Duljee Duljeebhoy Cashondeliveri—, para informarle de que su cuadro «excedía de las necesidades» y que sólo por la suma clemencia y el buen carácter de Mrs. Zogoiby no era arrojado al arroyo «de donde —concluyó torvamente Abraham—, en mi opinión, nunca hubiera debido salir».

Después de ser rechazado el retrato de mi madre, Vasco dejó de encerarse el bigote y se encerró en su estudio por tres días, para emerger demacrado y deshidratado con el lienzo, envuelto en sacos de arpillera, bajo el brazo. Salió de *Elephanta*, pasando por delante de las miradas hostiles del *chowkidar* y el loro, y no volvió en una semana. Lambajan Chandivala acababa de empezar a permitirse creer que el sinvergüenza se había ido para siempre, cuando volvió en un taxi amarillo y negro, con un elegante traje nuevo y habiendo recuperado por completo su antiguo y exuberante buen humor. Resultó que, en sus tres días de reclusión, había pintado sobre la efigie de mi madre, escondida bajo la nueva obra, un retrato ecuestre del artista con atuendo árabe, que Kekoo Mody —que no sabía nada de la pintura rechazada que había bajo aquella nueva representación de Vasco Miranda en traje de fantasía, llorando sobre un gran caballo blanco— había conseguido vender casi instantáneamente, nada menos que a un personaje tan importante como el multimillonario, el *crorepati* C. J. Bhabha, por un precio sorprendentemente alto que permitió a Vasco pagar a Abraham el lienzo y encargarse de varios lienzos más. Vasco había descubierto que su obra era comercial. Fue el lanzamiento de una carrera extraordinaria —y en muchos aspectos engañosa— durante la cual pareció a veces que no había vestíbulo de hotel ni terminal de aeropuerto que estuviera completa si no había sido decorada con un gigantesco mural de V. Miranda que conseguía, de algún modo, ser a la vez pirotécnico y trivial... Y en cada pintura Vasco pintaba, en cada tríptico y mural y fresco y vidriera nunca dejaba de

incluir una imagen pequeña e inmaculada de una mujer de piernas cruzadas con un pecho al aire, sentada en un lagarto y acunando la nada, a menos que, naturalmente, estuviera acunando al invisible Vasco, o incluso al mundo entero; a menos que, al no parecer la madre de nadie, se convirtiera de hecho en la madre de todos; y, cuando había terminado ese pequeño detalle, al que a menudo parecía prodigar más atención que al resto de la obra, invariablemente lo borraba con las pinceladas amplias y generosas por las que se definiría cada vez más su obra: aquellas manchas famosas e insinceras de aspecto tan exuberante y en las que sabía trabajar tan prolíficamente y tan deprisa.

—¿Me odiabas tanto como para emborronificarme? —gritó Aurora, irrumpiendo en su estudio, contrita y consternada a un tiempo—. ¿Te resultaba imposible esperar cinco minutos a que calmara al viejo Abie? —Vasco pretendió no comprender—. Porque, naturalmente, el problema no era la pequeña Ina —continuó Aurora—. Hiciste que pareciera demasiado *sexy*, y Abraham se sintió celoso.

—Pues ahora no tiene nada de que sentirse celoso —dijo Vasco, sonriendo con sonrisa amarga, pero también insinuante—. O quizá tendrá más razón aún; porque ahora, *Auroraji*, tendrás que permanecer para siempre enterrada debajo de mí. Mr. Bhabha nos colgará en la pared de su alcoba, el visible Vasco y la invisible Aurora debajo, y la todavía más invisible Ina en tus manos. A su modo, el cuadro se ha convertido en una especie de grupo familiar.

Aurora sacudió la cabeza.

—Qué disparate, te lo juro. Hombres. Disparatado desde el principio hasta el fin. ¡Y un árabe llorando sobre un caballo! Le está bien empleado a ese Bhabha sin gusto. Ni siquiera un pintor de feria perpetraría un cuadro tan estúpido.

—Lo he llamado *El Artista como Boabdil el Desventurado (el-Zogoiby)*, *El último sultán de Granada, visto a su salida de la Alhambra* —dijo Vasco con el rostro serio—. O *El último suspiro del Moro*. Confío

en que el título elegido no dará a Abie—*ji* más motivos para ofenderse. Apropiación de apodo y de cuentos chinos familiares, y de tantos y cuantos asuntos personales. Sin ni siquiera, lo siento, pedir permiso.

Aurora Zogoiby lo miró con asombro; luego, con sollozos fuertes y, posiblemente, moros, comenzó a reírse.

—Ay Vasco pillín —dijo por fin, enjugándose los ojos—. Ay hombre malo y negro. Cómo evitar que mi marido te rompifique esa cabeza perversa, eso es lo que tengo que procurar.

—¿Y a ti? —le preguntó Vasco—. ¿Te gustaba aquella pintura rechazada y desventurada?

—Me gustaba el pintor rechazado y desventurado —dijo ella suavemente y, besándole en la mejilla, se fue.

Diez años más tarde, el Moro encontró su siguiente encarnación en mí; y llegó el día en que Aurora Zogoiby, siguiendo los pasos de V. Miranda, pintó también un cuadro al que llamó *El último suspiro del Moro*... Me he detenido en esas viejas historias de Vasco porque contar mi propia historia me obliga a afrontar de nuevo, y vencer otra vez, mi miedo. ¿Cómo explicar el terror de-vacío-en-el-estómago, cabalgada-de-nudillos-blancos, de vivir una vida superacelerada... de verme obligado, en contra de mi voluntad, a vivir la verdad literal de las metáforas tantas veces aplicadas a mi madre y su círculo de amigos? En el carril de alta velocidad, sobre la pista rápida, adelantado a mi tiempo, miembro de la *jet-set* hasta los genes, consumí mi bujía —no tenía opción— por los dos extremos, aunque, por tendencia natural, perteneciera a la brigada-de-conservación-de-la-cera-de-abeja. ¿Cómo comunicar el terror de película de hombrelobo de mis pies que crecían rápidamente empujando contra el interior de mis zapatos, de tener un cabello que crecía tan deprisa que casi se podía observar; cómo haceros sentir los dolores crecientes de mis rodillas, que a menudo me impedían correr? Fue una especie de milagro que mi espina dorsal creciera derecha. He sido una planta de invernadero, un soldado en perpetua marcha forzada, un viajero atrapado en una

máquina del tiempo de carne y hueso, perpetuamente sin aliento, porque, a pesar de mis rodillas doloridas, he estado corriendo más rápidamente que los años.

Por favor, comprended que no pretendo haber sido un niño prodigio de ninguna especie. No tuve un genio precoz para el ajedrez o las matemáticas o la *sitar*. Sin embargo, aunque sólo sea en mis incontrolables aumentos, he sido siempre prodigioso. Como la ciudad misma, Bombay de mis penas y alegrías, me convertí de la noche a la mañana en una inmensa expansión urbana de un solo hombre, me expandí sin tiempo para una planificación adecuada, sin pausas para aprender de mis experiencias o de mis errores o de mis contemporáneos, sin tiempo para la reflexión. ¿Cómo podría haber resultado otra cosa que un desastre?

Mucho de lo que era corruptible en mí se ha corrompido; mucho de lo que era perfectible, pero también susceptible de ser demolido, se perdió.

—*Mira qué hermoso, mi pavo real, mi mór...* —cantaba mi madre mientras me amamantaba a sus pechos, y puedo decir sin falsa modestia que, a pesar de toda mi oscura piel de indio meridional (*¡tan* poco atractiva para los casamenteros sociales!), y salvo mi mano tullida, crecí verdaderamente con buen aspecto: durante mucho tiempo, esa mano derecha me impidió ver más que fealdad en mí. Y convertirme en un guapo joven cuando, en realidad, seguía siendo un niño, fue de hecho una doble maldición. En primer lugar, me denegó los frutos naturales de la infancia, la pequeñez, el *infantilismo* de ser niño, y luego me abandonó, de forma que, para cuando me convertí realmente en hombre, no tenía ya la hermosura de manzana dorada de la juventud. (A los veintitrés años, mi cabeza se había vuelto blanca; y también otras cosas habían dejado de funcionar tan bien como en otro tiempo.)

Mi interior y mi exterior han estado siempre desincronizados; podréis daros cuenta, pues, de que lo que Vasco Miranda llamó una vez

mi «con-proporción de actor de cine» me ha servido de muy poco en la vida.

Os ahorraré los médicos; mi historial médico llenaría media docena de volúmenes. La mano de tocón de árbol, el envejecimiento superacelerado, mi asombroso tamaño, seis pies seis pulgadas en un país en donde el adulto medio rara vez crece más de cinco: todo ello fue sometido a escrutinio reiterado. (Hasta hoy, las palabras Breach Candy Hospital evocan, para mí, el recuerdo de una especie de reformatorio, una benevolente cámara de torturas, una zona de tormentos infernales a cargo de demonios bienintencionados que me mortificaban... que me *freían*... me *tikka-kababeaban* y *Bombay-duckeaban*... por mi propio bien.) Y al final, después de cada intento, el movimiento de desánimo, lento e inevitable, de la eminente cabeza estetoscopiada de algún diablojefe, los gestos de palmas hacia arriba de impotencia, los murmullos sobre *karma*, *kismet* y Destino. Además de a médicos, me llevaron a especialistas *ayurvédicos*, profesores del Tibia College, curanderos y santones. Aurora era una mujer concienzuda y decidida y, en consecuencia, estaba dispuesta —¡una vez más, por mi propio bien!— a exponerme a toda clase de *guru*—imposturas que ella misma despreciaba y aborrecía.

—Sólo por si acaso —le oí decir a Abraham más de una vez—. Te lo juro, si uno de esos tipos de amuletos consigue arreglar el reloj del pobre chico, me convertiré en un tictac.

Nada funcionó. Era la época en que surgió el muchacho—*mahaguru* lord Khusro Khusrovani Bhagwan, que tuvo millones de seguidores, a pesar de los persistentes rumores de que era totalmente una creación espuria de su madre, una tal Mrs. Dubash. Un día, cuando yo tenía unos cinco años (y parecía de diez), Aurora Zogoiby se tragó sus escrúpulos —naturalmente, *por mi bien*—y (por un alto precio) concertó una audiencia privada con el niño mágico. Lo visitamos en un lujoso yate anclado en el puerto de Bombay y, con su pijama *chooridar*, faldellín dorado y turbante, a mis padres les pareció un niño asustado, obligado a pasarse

toda la vida en un traje de fantasía propio de un banquete de bodas; a pesar de ello, mi madre apretó los dientes, explicó mis problemas y le pidió su ayuda. El muchacho Khusro me miró con ojos graves, tristes e inteligentes.

—Acepta tu suerte —dijo—. Alégrate de lo que te apena. Date la vuelta y corre, de todo corazón, hacia aquello de lo que huirías. Sólo siendo tu propia desventura conseguirás superarla.

—Demasiada sabiduría —exclamó Mrs. Dubash, que estaba echada, comiendo mangos desaliñadamente en un diván—. ¡Wah-wah! ¡Rubíes, diamantes, perlas! Y ahora, por favor —añadió, poniendo fin a nuestra audiencia—, tengan la bondad de abonar. Rupias en mano sólo, a menos que dispongan de divisas, en cuyo caso se les hará un quince por ciento de descuento, por dólares o libras esterlinas en efectivo.

Durante mucho tiempo recordé con amargura aquellos días, los médicos inútiles, los charlatanes más inútiles aún. Sentía rencor hacia mi madre por lo que me hacía pasar, por ser la hipócrita cuyas genuflexiones ante la industria de los *gurus* parecían revelar lo que era. Ya no le guardo rencor; he aprendido a ver amor en lo que ella hacía, he aprendido que su humillación en manos de todas las Mrs. Dubashes pegajosas-de-mango que conocimos era, por lo menos, tan grande como la mía. Además, tengo que reconocerlo, lord Khusro me enseñó una lección que a menudo, en mi vida, he tenido que aprender de nuevo. Y en cada una de esas ocasiones el precio ha sido alto, y nadie me ha ofrecido ningún descuento por pagar en divisas.

Al aceptar lo ineludible, le perdí el miedo. Os diré un secreto sobre el miedo: es un absolutista. Con el miedo, se trata de todo o nada. O bien, como un tirano intimidante, domina vuestra vida con omnipotencia estúpida y cegadora, o bien lo derrocáis, y su poder se desvanece en una bocanada de humo. Y otro secreto: la revolución contra el miedo, el logro de esa caída aparatosa del déspota, no tiene casi nada que ver con el «coraje». Se deriva de algo mucho más sencillo: la simple necesidad de

continuar con vida. Yo dejé de sentir miedo porque, si mi tiempo en la Tierra estaba limitado, no tenía segundos que perder teniendo miedo. El mandamiento de lord Khusro repetía el lema de Vasco Miranda, del que encontré otra versión, años más tarde, en un relato de Conrad: *Tengo que vivir hasta que me muera*.

Yo heredé el don de mi familia para dormir. Todos dormíamos como niños cuando la tristeza o los problemas aparecían. (No siempre, es cierto: los insomnios con apertura de ventanas y lanzamiento de ornamentos de Aurora da Gama, a los trece años, fueron una antigua, pero importante excepción a esa regla.) De forma que, en los días en que me sentía mal, me echaba y me desconectaba —me «cerraba», hubiera dicho Vascocomo una luz; y confiaba en «abrirme» en mejor disposición de ánimo. No siempre funcionaba. A veces, en mitad de la noche, me despertaba y lloraba, gritaba lastimeramente pidiendo amor. Los estremecimientos, los sollozos venían de algún lugar demasiado profundo para ser identificable. Con el tiempo, acepté también esas lágrimas nocturnas, como prenda que tenía que pagar por ser excepcional; aunque, como ya he dicho, no tenía ningún deseo de serlo: quería ser Clark Kent, no una especie de Supermán. En nuestra hermosa mansión, hubiera acabado mis días en calidad de acaudalado hombre de mundo como Bruce Wayne, con «pupilo» o sin él. Pero, por muy ardientemente que lo deseara, no podía desconocer mi naturaleza secreta, esencialmente de murciélago.

Permitidme aclarar algo en relación con Vasco Miranda: desde el principio mismo, hubo signos alarmantes de que no todos los murciélagos que él tenía en su campanario eran inofensivos. Los que lo queríamos pasábamos por alto las ocasiones en que se desprendía de él una furia agresiva, en que parecía chisporrotear con una corriente de electricidad siniestra y negativa tal, que no nos atrevíamos a tocarlo por miedo a quedarnos pegados y electrocutarnos. Se corría juergas tremendas y, como Aires (y Belle) da Gama en otro tiempo y lugar,

aparecía inconsciente en alguna alcantarilla de Kamathipura o vagando aturdido por el muelle del pescado de Sassoon, borracho, drogado, magullado, sangrando, robado, y desprendiendo un horrible hedor a pescado que no se le quitaba durante días. Cuando tuvo éxito y se convirtió en niño mimado del *establishment* adinerado internacional, hizo falta mucho unto para que esos incidentes no aparecieran en los periódicos, especialmente porque había indicios de que muchas de las parejas que encontraba en esas parrandas órficas bisexuales no quedaban luego demasiado satisfechas de sus experiencias. Había un Infierno dentro de Vasco, nacido del pacto con el diablo que había hecho para desprenderse de su pasado y renacer gracias a nosotros, y en ocasiones parecía que podía estallar en llamas.

—Soy el Grande y Anciano Duque de York —decía cuando se sentía mejor—. Cuando estoy arriba estoy arriba, pero cuando estoy abajo estoy abajo. Además, por cierto, he poseído diez mil hombres; y también diez mil mujeres.

La noche de la independencia de la India, una niebla roja descendió súbitamente sobre él. Las contradicciones de aquel momento importante lo desgarraron. Aquella celebración de la libertad cuyas avasalladoras emociones no podía evitar aunque, como goano, estrictamente hablando no le afectaran, y que, para horror suyo, se estaba produciendo mientras grandes ríos de sangre seguían corriendo en el Punjab, destruyó el frágil equilibrio del corazón de su yo inventado, dejando al loco en libertad. En cualquier caso, así es como mi madre lo contaba, y sin duda su versión contenía algo de cierto, pero yo sé que estaba también la cuestión de su amor por ella, un amor que no podía declarar abiertamente, que lo colmaba y rebosaba, convirtiéndose en rabia. Vasco se sentó al extremo de la larga y deslumbrante mesa de Aurora y Abraham, mirando hostilmente a los muchos huéspedes distinguidos y excitados, y bebió *vinho verde* en gran cantidad y a gran velocidad, sumido en las sombras. Cuando la medianoche estalló en aguaceros de luz por todo el cielo, el

talante de Vasco se hizo aún más sombrío; hasta que, profundamente borracho, se puso en pie tambaleándose e inundó a los huéspedes de insultos borrosos, manchados de salivas.

—¿Qué es lo que os complace tanto? —gritó, balanceándose—. Ésta no es vuestra noche. ¡Malditos milicianos de Macaulay! Cuadrilla de inadaptados al medio inglés, todos. Miembros de minorías. Gallinas en corral ajeno. *Aquí no se os ha perdido nada*. Este país es tan ajeno a vosotros como si fuerais, cómo-se-dice, *lunáticos. Habitantes de la luna*. Leéis libros equivocados, tomáis el partido equivocado en cualquier disputa, pensáis pensamientos equivocados. Hasta vuestros malditos sueños tienen raíces equivocadas.

—Deja de ponerte en ridículo, Vasco —dijo Aurora—. Todos estamos espantados por las matanzas entre hindúes y musulmanes. Tú no tienes el monopolio de ese dolor; sólo el del *vinho verde* y el de ser un gorrón petulante.

Lo cual hubiera detenido en seco a la mayoría de las personas; pero no detuvo al pobre y lanzado Vasco, enloquecido por la Historia, el amor y el tormento de tener que estar a la altura de sus propias pretensiones.

—Jodidos artistas capullos inútiles que os creéis tan listillos —se burló, inclinándose a un lado en ángulo peligroso—. Una India sexualista circular... una *leche*. No.

Ese maldito trabalenguas estaba también equivocado. Socialista-secular. Eso es. Maldita *chorrada*. Panditji os lo vendió como un vendedor de relojes baratos y todos le comprasteis uno y ahora os extraña que no funcione. Maldito partido del Congreso lleno de malditos vendedores de Rolex falsos. Creéis que la India dará la vuelta, que todos esos dioses sedientos de sangre y empapados de sangre se limitarán a darse la vuelta y *morirse*. Nuestra gran anfitriona, Aurora, gran señora, gran artista, cree que, bailando, puede hacer que se vayan los dioses. ¡*Bailando!* ¡Tat-tat-taa-la hez-zanzan! ¡Tai! ¡Tat-tai! ¡Tat-Tai! Recristo.

—Miranda —dijo Abraham, levantándose—, ya basta.

—Y *te* diré una cosa, Mr. Abie Importante Hombre de Negocios —dijo Vasco, empezando a reírse—. Déjame que te dé un consejo. Sólo hay una fuerza en este condenado país suficientemente fuerte para oponerse a esos dioses y a su —*censurado*—especialismo insacular. No es el —*censurado*—Pandit Nehru ni sus —*censurado*—*wallahs* vendedores de relojes del Congreso para la protección-de-las-minorías. ¿Sabes qué es? Yo te lo diré. Es la corrupción. ¿Me oyes? El soborno... —Y perdió el equilibrio y cayó hacia atrás.

Dos *bearers* de blancas chaquetas Nehru de botones dorados lo sostuvieron, dispuestos a llevárselo de la fiesta a una señal de Abraham. Pero Abraham Zogoiby hizo una pausa, y dejó que la escena acabase por sí misma.

—El alegre viejo maldito y bonito soborno y unto —dijo Vasco, en tono lacrimoso, como si hablase a un perro viejo y querido—. Cohechos, coimas, mordidas. ¿Me sigues? Abieji: ¿me oyes? Definición de democracia de V. Miranda: un hombre, un soborno. Ésa es la forma. Ése es el gran secreto. —Se llevó las manos a la boca con súbita alarma—. Oh. Qué estúpido. Estúpido, estúpido Vasco. Nos es un secreto. Al ser Abieji un maldito pez gordo, naturalmente que lo sabe. ¿Vas a enseñar a hacer hijos a tu puñetero padre? Mis disculpas. Ustedes me excusarán.

Abraham hizo un gesto afirmativo con la cabeza; los chaquetas blancas metieron sus brazos bajo las axilas de Vasco y empezaron a arrastrarlo hacia atrás.

—Y otra cosa —rugió Vasco, tan fuerte que los *bearers* titubearon. Él colgaba de sus brazos como un muñeco de trapo, agitando un índice insensato—. Un buen consejo para todos vosotros. ¡Subid a los barcos con los británicos! Sencillamente, subíos a esos malditos barcos y *a tomar por el culo*. Este país no os quiere. Os machacará y os devorará. ¡Largaos! Largaos mientras podáis hacerlo.

—Y tú —le preguntó Abraham, poniéndose en pie con cortesía acerada en el espantado silencio—. Tú, Vasco. ¿Qué consejo te darías a ti

mismo?

—Oh, *yo* —voceó él mientras los chaquetas blancas se lo llevaban—. No os preocupéis por *mí*. Yo soy *portugués*.

Nadie hizo nunca una película llamada *Padre India*. *Bharat-pita*? No suena bien. *Hindustan-ké-Bapuji*? Demasiado específicamente gandhiano. *Valid-e-Azam*? Demasiado *moghul*. «*Mr. India*», sin embargo, quizá la más burda de todas esas fórmulas nacionalistas, fue lo que tuvimos más tarde. El héroe era un repeinado galán que trataba de convencernos de sus facultades superheroicas: no había connotaciones paternas, diligente *Abba*—India ni Indopapá patriarcal. Sólo un James Bond chaparro, de imitación, *made-in-India*. La gran Sridevi, en su mejor momento de sirena-voluptuosa y con el más mojado de los saris mojados, le robaba la película con desdeñosa facilidad... pero yo recuerdo la cinta por otras razones. Me parece que, quizá, en aquella pésima superproducción, tan deleznable con sus colores chillones como sombrío y digno había sido el antiguo papel de madre de Nargis, los productores, sin querer, nos ofrecieron, después de todo, la imagen del Padre Nacional. Ahí está, como un dragón en su caverna, como un maestro de marionetas de mil dedos, como el corazón del corazón de las tinieblas; jefe de las legiones de Uz, controlador al dedillo de las columnas de fuego diabólico, orquestador de toda la música secreta de las infraesferas: el archivillano, el siniestro *capo*, más Moriarty que Moriarty, más Blofeld que Blofeld, no sólo el Padrino sino el Paladino, el papá de todos los papases: *Mogambo*. Su nombre, birlado al título de una vieja película para el lucimiento de Ava Gardner, un ejemplo de mamarrachada africana poco memorable, fue elegido cuidadosamente para evitar ofender a cualquiera de las comunidades del país; no es musulmán ni hindú, parsi ni cristiano, *jain* ni *sij*, y tiene un eco de las caricaturas bongo-bongo tipo *Sanders del río*, infligidas por el Hollywood de la posguerra a los pueblos del Continente Negro, bueno, un récord de xenofobia que no se ganará muchos enemigos en la India de hoy.

En la lucha de Mr. India contra Mogambo reconozco la oposición a-

vida-o-muerte de muchos padres e hijos de película. Ahí está el trágico replicante de *Blade Runner* aplastando el cráneo de su creador en un filial y letal abrazo; y el Luke Skywalker de *La guerra de las galaxias* en su duelo final con Darth Vader, como campeones del lado luminoso y oscuro de la Fuerza. Y, en ese drama-basura con su villano de tebeo y su héroe de bisutería, veo una imagen chabacana en el espejo de que no fue nunca ni nunca será una película: la historia de Abraham Zogoiby y de mí mismo.

Aparentemente, él era la antítesis en persona de un rey demonio. El Abraham Zogoiby que conocí primero, sesentón, con su cojera del jarrón de gres acentuada por los años, parecía un personaje débil, disminuido, cuya respiración se oía rasposamente y cuya mano derecha descansaba levemente sobre su pecho, en un gesto a la vez autoprotector y atento. ¡No quedaba mucho en él (salvo la deferencia del encargado de labores) del hombre del que la heredera Aurora se enamoró tan rápida y profundamente con un amor tan especioso! En los recuerdos de mi infancia, es un fantasma bastante descolorido que vagaba por los márgenes de la tumultuosa corte de Aurora, ligeramente encorvado, frunciendo el ceño con el fruncimiento vago con que muestran los criados su deseo de agradar. En la inclinación de su cuerpo parecía haber algo desagradablemente excesivo, obsequioso. «Es una tautología —le gustaba decir a la Aurora de lengua afilada para provocar la risa— decir “*hombre débil*”.» Y yo, como hijo de Abraham, no podía evitar despreciarlo porque él era el blanco del chiste y yo sentía que su debilidad nos humillaba a todos... con lo que quiero decir, naturalmente, a todos los hombres.

Con arreglo a cierta lógica extraña del corazón, la gran pasión de Aurora por «su judío» se había enfriado rápidamente después de mi nacimiento. Muy típicamente, ella anunciaba el enfriamiento de su ardor a todo el que se ponía a su alcance.

—Cuando lo veo venir hacia mí, en celo y olificando a *curry* —se

reía—, *baap-ré!* Me escondo detrás de los niños y me tapo la nariz.

Él sufría también esas humillaciones sin protesta.

—¡Los hombres de esta parte del mundo! —pontificaba Aurora en sus famosos salones naranja y oro—. Son todos pavos reales o desharrapados. Pero ni siquiera un pavo real como mi *mór* puede compararse a nosotras, las señoras, que vivimos en medio de un resplandor de gloria. ¡Tened cuidado de los desharrapados, os advierto! Ellos son nuestros carceleros. Ellos son los que tienen el talonario de cheques y la llave de la jaula dorada.

Eso era a lo más que llegaba para agradecer a Abraham la inagotabilidad sin protesta de sus cheques, la ciudad de oro que había construido tan rápidamente con la riqueza de la familia de ella, la cual, a pesar de toda su elegancia de dinero antiguo, no había sido más que, por decirlo así, una aldea, una hacienda rural o una pequeña ciudad de provincias, en comparación con la gran metrópolis de su fortuna actual. Aurora no ignoraba que su propia esplendidez requería un mantenimiento, de forma que estaba atada a Abie por sus necesidades. A veces casi llegaba a admitirlo, llegando a preocuparse por que el nivel de sus gastos o la ligereza de su lengua llegaran a derribar la casa. Amiga siempre de relatos macabros a la hora de irnos a dormir, me contaba la parábola del escorpión y la rana, en la que el escorpión, después de haber conseguido que la rana lo lleve a través de una extensión de agua, a cambio de su promesa de no atacar a su montura, rompe su juramento y clava su aguijón potente y fatal. Cuando la rana y el escorpión se están ahogando juntos, el asesino se disculpa ante su víctima. «No he podido evitarlo —dice—. Es algo natural en mí.»

Abraham, me costó mucho tiempo comprenderlo, era más resistente que cualquier rana. ¡Qué fácil era mi desprecio hacia él, cuánto me costó comprender su dolor! Porque él no había dejado de amarla tan ardientemente como el día de su primer encuentro; y todo lo que hacía, lo hacía por ella. Cuanto mayores y más públicas eran las traiciones de ella,

tanto más omnicomprendivo y secreto se hacía el amor de él.

(Y cuando supe las cosas que él había hecho, cosas para las que podría decirse que el desprecio era respuesta insuficiente, me resultó difícil volver a evocar mi indignación juvenil; porque para entonces yo había caído bajo el poder de una rana de otras aguas, y mis propias acciones me habían privado del derecho a juzgar a mi padre.)

Cuando ella lo maltrataba en público, lo hacía con una sonrisa diamantina que sugería que sólo estaba bromeando, que su continuo menosprecio no era más que un modo de ocultar una adoración demasiado inmensa para ser expresada; que era una sonrisa irónica que trataba de poner entre comillas su propio comportamiento. Pero su actuación no era nunca totalmente convincente. A menudo, ella bebía — la normativa antialcohólica iba y venía, corriendo parejas con las vicisitudes políticas de Morarji Desai y, tras la partición del estado de Bombay en Maharashtra y Gujarat, desapareció definitivamente— y, cuando bebía, maldecía. Segura de su genio, armada con una lengua tan despiadada como su belleza y tan violenta como su obra, no excluía a nadie de sus condenas en *coloratura*, de sus descensos de halcón y *riffs* rococó, ni de sus grandes *ghazals* de rigor, todo ello dicho con aquella sonrisa dura-como-un-hueso-de-cereza que trataba de anestesiar a sus víctimas mientras ella les arrancaba las entrañas. (¡Preguntadme cómo me sentía! Yo era su único hijo. Cuanto más te acercas al toro, mayores son las probabilidades de una cornada.)

Era exactamente Belle otra vez, desde luego; Belle que volvía, como estaba anunciado, para ocupar el cuerpo de su hija. *Vais a ver*, había dicho Aurora. *Desde ahora ocuparé su puesto.*

Imagináoslo: con un sari de seda crema bordeado por un diseño geométrico dorado destinado a recordar la toga de un senador romano — o quizá, si la marea de su ego está especialmente crecida, en un sari todavía más resplandeciente de púrpura imperial— ella está repantigada en una *chaise longue*, apestando sus salones con nubes de dragón de

humo de *beedi* baratos, presidiendo una de sus esporádicas noches de mala fama, desencadenadas por el whisky o cosas peores, noches cuyo libertinaje de sociedad afila las muchas lenguas incansables de Bombay; aunque nunca se le ha visto comportarse de forma indecorosa, ni con hombres ni con mujeres ni, hay que decirlo, con jeringuillas... a altas horas de la madrugada, se mueve a grandes pasos como una profetisa ebria, haciendo una parodia salvaje de lo que el alcohol provocó en Vasco Miranda la Noche de la Independencia; sin molestarse en respetar el *copyright* de Vasco, de forma que la concurrencia no tiene ni idea de que está ofreciendo la más feroz de las sátiras, describe la inminente destrucción de sus invitados —pintores, modelos, autores del «cine medio», comediantes, bailarines, escultores, poetas, *playboys*, figuras del deporte, maestros de ajedrez, periodistas, jugadores, contrabandistas de antigüedades, americanos, suecos, tipos raros, *demi-mondaines*, y los más encantadores y alocados representantes de la juventud dorada de la ciudad— y la parodia es tan convincente, tan convincente, y su ironía queda tan profundamente oculta, que es imposible no creer en una *schadenfreude* que se relame, o —porque sus humores cambian rápidamente— en una despreocupación inmortal y olímpica.

—¡Imitaciones de la vida! ¡Anomalías históricas! ¡Centauros! —declama—. ¿No os despedacificarán las tormentas que se avecinan? ¡Mezclas, mestizos, bailarines fantasmas, sombras! ¡Peces fuera del agua! Llegan malos tiempos, queridos míos, podéis estar seguros, y entonces todos los fantasmas irán al Infierno, la noche cubrirá las sombras, y la sangre mestiza correrá, tan clara y libre como el agua. Yo, sin embargo, sobreviviré —esto, en el punto más alto de su perorata, lo decía arqueando la espalda y apuntando al cielo como la antorcha de la Libertad— debido, miserables desgraciados, a mi Arte.

Sus huéspedes yacen en montones, demasiado lejos para oírla o para que les importe.

También a su prole le pronostica tragedias.

—Estos pobres críos son tan calamidades, que parecen condenados al fracaso.

...Y nos pasamos la vida estando a la altura, a la bajura y al lado de sus predicciones... ¿he dicho ya que ella era irresistible? Escuchad: era la luz de nuestras vidas, la excitación de nuestras imaginaciones, la amada de nuestros sueños. La amábamos aunque nos destruyese. Ella reclamaba de nosotros un amor que era demasiado grande para nuestros cuerpos, como si hubiera fabricado ese sentimiento y nos lo hubiera dado luego para que lo sintiéramos... como si fuera obra suya. Si nos pisoteaba, era porque nos echábamos de buena gana bajo sus pies calzados con-botas-y-espuelas; si nos vilipendiaba de noche, era por nuestro deleite ante los dulces azotes de su lengua. Cuando por fin lo comprendí perdoné a mi padre; porque todos éramos sus esclavos, y ella hacía que nuestra servidumbre pareciera el Paraíso. Que es, dicen, lo que las diosas saben hacer.

Y, a raíz de su fatal zambullida en las aguas rocosas, se me ocurrió que la caída que ella había estado prediciendo, con aquella sonrisa soberbia y dura como el hielo, con la ironía que todo el mundo se perdía, había sido quizá la suya propia.

Perdoné también a Abraham, porque empecé a comprender que, aunque no dormían ya en el mismo lecho, cada uno de ellos seguía siendo aquel cuya opinión necesitaba más el otro; que mi madre necesitaba la aprobación de Abraham tanto como él suspiraba por la suya.

Él era siempre el primero en ver las obras de ella (seguido de cerca por Vasco Miranda que, invariablemente, contradecía todo lo que había dicho mi padre). En el decenio que siguió a la Independencia, Aurora cayó en una profunda confusión creadora, una semiparálisis debida a la incertidumbre, no sólo acerca del realismo sino acerca de la naturaleza misma de lo real. Su pequeña producción de cuadros de ese período es torturada, irresuelta y, en retrospectiva, resulta fácil ver en esos lienzos la tensión entre la juguetona influencia de Vasco Miranda, la afición de éste

a los mundos imaginarios cuya única ley natural era su propio capricho, y la dogmática insistencia de Abraham en la importancia, en aquella coyuntura histórica, de un naturalismo lúcido que ayudara a la India a describirse a sí misma. La Aurora de aquellos tiempos —y ésa era en parte la razón de que, ocasionalmente, se permitiera noches de invectivas superficiales y beodas— cambiaba inquieta de dirección, entre cuadros mitológicos torpemente revisionistas y un regreso incómodo y hasta forzado a la pintura documental, firmada con la lagartija, de sus obras *chipkali*. Para una artista era fácil perder su identidad en una época en la que tantos pensadores creían que el patetismo y la pasión de la inmensa vida del país sólo podían representarse mediante una especie de altruista y abnegado —incluso patriótico— mimetismo. Abraham no era, en modo alguno, el único defensor de esas ideas. El gran director de cine bengalí, Sukumar Sen, amigo de Aurora y, de todos sus contemporáneos, quizá el único que la igualaba artísticamente, era el mejor de esos realistas y, en una serie de películas inquietantes, trajo al cine indio —¡el cine indio, esa furcia vieja y pintarrajeada!— una fusión de corazón y mente que contribuía en gran parte a justificar su estética. Sin embargo, aquellas películas realistas nunca fueron populares —en un momento de amarga ironía fueron atacadas por Nargis Dutt, la propia Madre India, por su elitismo occidentalizado—, y Vasco (abiertamente) y Aurora (en secreto) preferían la serie de películas para niños en las que Sen dejaba galopar su imaginación, en las que los peces hablaban, las alfombras volaban y los chicos soñaban con encarnaciones anteriores en fortalezas de oro.

Y, además de Sen, había un grupo de escritores destacados que, durante algún tiempo, se reunieron bajo las alas de Aurora: Premchand y Sadat Hasan Manto y Mulk Raj Anand e Ismat Chughtai, todos ellos realistas comprometidos; pero incluso en su obra había elementos de lo fabuloso, por ejemplo en *Toba Tek Singh*, el gran relato de Manto sobre la partición de los lunáticos del subcontinente en la época de la gran Partición. Uno de los chiflados, en otro tiempo terrateniente próspero,

quedó preso en una tierra de nadie del alma, incapaz de decir si su ciudad natal punjabí estaba en la India o en el Pakistán y, en su locura, que era también la locura de la época, se retiró a una especie de galimatías celestial, del que se enamoró Aurora Zogoiby. Su cuadro de la trágica escena final del relato de Manto, en la que el pobre chiflado se encuentra abandonado entre dos tramos de alambre espinoso, detrás de los cuales están la India y el Pakistán, es quizá su mejor obra de ese período, y su lastimera jerigonza, que no sólo muestra su falta personal de comunicación sino la nuestra, forma el largo y maravilloso título: *Uper the gur gur the annexe the bay dhayana the mung the dal of the laltain*.

El espíritu de los tiempos, y las preferencias de Abraham, arrastraron a Aurora hacia el naturalismo; pero Vasco le recordó su aversión instintiva hacia lo puramente mimético, que la había llevado a rechazar a sus discípulos chipkalistas, y trató de volverla al estilo épico-fabulador que expresaba la verdadera naturaleza de Aurora, animándola a prestar atención otra vez no sólo a sus sueños sino también al milagro de ensueño de un mundo que se despertaba.

—No somos una nación de «promedios» —adujo—, sino una raza mágica. ¿Vas a pasarte la vida pintando limpiabotas y azafatas y dos acres de tierra? ¿Van a ser a partir de ahora todos los culis y conductores de tractor y proyectos hidroeléctricos de Nargis? En tu propia familia puedes ver la refutación de esa visión del mundo. ¡Olvídate de esos malditos realistas idiotas! ¡Lo real está siempre escondido —¿no?— dentro de una zarza ardiente milagrosa! ¡La vida es fantástica! Píntala... se lo debes a tu hijo fantástico e irreal. ¡Qué gigante es, ese hermoso niño-hombre, tu cohete humano del tiempo! «*Chipko*» a su increíble verdad: aférrate a eso, a él, no a esa mierda gastada de la lagartija.

Por su deseo de que Abraham tuviera una buena opinión de ella, Aurora, durante algún tiempo, se vistió con unos ropajes artísticos que parecían en ella poco naturales; porque Vasco era la voz de su identidad secreta y le perdonaba todos sus excesos. Y, a causa de su propia

confusión, bebía y se volvía ruidosa, hostil y obscena. Sin embargo, finalmente, siguió el consejo de Vasco; y, durante mucho tiempo, me hizo a mí el talismán y centro de su arte. En cuanto a Abraham, yo veía a menudo una sombra melancólica de perplejidad que le cruzaba el rostro. Sin duda, yo lo desconcertaba. El realismo lo confundía, de forma que, después de alguna de sus largas ausencias, al regresar de viajes de negocios a Delhi o Cochin o a otros destinos cuya identidad permaneció secreta muchos años, me traía ropas absurdamente diminutas, apropiadas para un niño de mi edad pero demasiado pequeñas para mí; o me regalaba libros que un joven de mi talla podía apreciar, libros que dejaban absolutamente perplejo al niño que moraba bajo mi carne gigantesca. Y se sentía también apabullado por su esposa, por la forma en que habían cambiado sus sentimientos hacia él, por la violencia cada vez más sombría que había en ella y por sus poderes autodestructivos, que nunca habían quedado más plenamente demostrados que en la última entrevista de ella con el primer ministro de la India, nueve meses antes de que yo naciera...

... Nueve meses antes de que yo naciera, Aurora Zogoiby fue a Delhi a recibir, de manos del presidente y en presencia de su buen amigo el primer ministro, un premio estatal —el llamado «Loto Estimado»— por sus servicios a las artes. Sin embargo, por una desgraciada coincidencia, Mr. Nehru acababa de volver de un viaje a Inglaterra, durante el cual había pasado la mayor parte de su tiempo privado en compañía de Edwina Mountbatten. Ahora bien, era un hecho muy-observado (aunque escasamente-comentado) en nuestra familia que la simple mención del nombre de aquella distinguida dama bastaba para que a Aurora le dieran apoplejías vituperadoras. Los detalles íntimos de la amistad entre Pandit Nehru y la mujer del último virrey han sido desde hace tiempo objeto de especulaciones; mis propias especulaciones se dedican, cada vez más, a los rumores análogos sobre el primer ministro y mi madre. Algunas verdades cronológicas no pueden negarse. Haced retroceder el reloj

cuatro meses y medio desde mi nacimiento, y volveréis a los acontecimientos de la Lord's Central House, en Matheran, y a la que puede haber sido la última ocasión en que mis padres hicieron el amor. Pero haced que el reloj viaje hacia atrás otros cuatro meses y ahí está Aurora Zogoiby en Delhi, entrando en una sala de ceremonias del Rashtrapati Bhavan, y siendo recibida por el propio Panditji; ahí está Aurora Zogoiby provocando un escándalo al caer en lo que los periódicos llamarían «una indecorosa exhibición de temperamento artístico» y diciendo a voz en grito al consternado Nehru a la cara: «¡Esa *madame* pecho de pichón! ¡Edwinita Moun-tetita! Si en el “virrey”, Dick era el *rey*, entonces, amigo mío, ella era la *vi*—ciosa. Dios sabe por qué sigues tragando saliva como un mendigo a su puerta. Si lo que te gusta es la carne blanca, *ji*, no vas a encontrar mucha en ella.»

Después de lo cual, dejando a la concurrencia boquiabierta y al presidente esperando con el Loto Estimado en la mano, renunció al premio, se dio la vuelta y regresó a Bombay. Ésa, al menos, fue la versión que publicó la horrorizada prensa de la nación al día siguiente; pero dos detalles me importunan, el primero de los cuales es el punto interesante de que, cuando Aurora se fue al norte, Abraham se fue al sur. Dejando de acompañar misteriosamente a su amada esposa en ese momento de alta gloria para ella, se fue en cambio a inspeccionar los intereses comerciales de la casa. A veces no puedo evitar considerarlo —¡por difícil que sea creerlo!— como la conducta de un marido complaciente... Y el segundo detalle tiene que ver con los cuadernos de Ezekiel, el cocinero.

Ezekiel, mi Ezekiel: eternamente antiguo, calvo como una bola de billar, mostrando sus tres dientes amarillo-canario descubiertos en permanente sonrisa socarrona, se acurrucaba junto al tradicional hornillo, ahuyentando los humos del carbón con un abanico de paja en forma de concha. Era un artista por derecho propio, y reconocido como tal por todos los que comían una comida cuyas recetas secretas anotaba, con mano lenta y temblorosa, en los cuadernos de tapas verdes que guardaba

en una caja con candado: como esmeraldas. Todo un archivero, nuestro Ezekiel; porque en aquel tesoro de cuadernos no había sólo recetas sino también actas de las comidas: una relación completa, hecha a lo largo de todos sus años de servicio, sobre qué se sirvió a quién y en qué ocasión. Durante los secuestrados años de mi juventud (de los cuales hablaré enseguida), pasé al lado de Ezekiel largas horas de formación, aprendiendo a hacer con una mano lo que él hacía con dos; y aprendiendo también la historia de las comidas de nuestra familia, adivinando los momentos de tensión por las notas marginales que decían que se había comido muy poco, adivinando las escenas violentas tras la lacónica entrada «se tiró». También se evocaban momentos felices; por las referencias sin florituras a vino, pastel u otras peticiones especiales: postres favoritos para niños que habían obtenido buenas notas en el colegio, banquetes de celebración que conmemoraban algún triunfo en los negocios o en la pintura. Es cierto, desde luego, que en las comidas, como en otros asuntos, hay una gran parte de nuestras personalidades que se mantiene opaca. ¿Cómo se puede interpretar el odio unificado de mis hermanas por las berenjenas y mi pasión por esa misma *brinjal*? ¿Qué revela la preferencia de mi padre por el cordero o el pollo con hueso, y la insistencia de mi madre en no comer nada que no fuera carne deshuesada? Dejaré de lado esos misterios para dejar constancia de que, cuando consulté el cuaderno en relación con el período que se examina, me reveló que Aurora no volvió a Bombay en tres noches, después del alboroto de Delhi. Conozco demasiado bien el Correo de la Frontera Delhi-Bombay para tener que comprobarlo: el viaje exigía dos noches y un día, lo que dejaba una noche sin justificar. «Probablemente Madame se detuvo en Delhi para comer algún otro plato de algún otro *khansama*», fue el triste comentario de Ezekiel sobre su ausencia. Sonaba como un hombre traicionado tratando de perdonar a su amante descarriada e infiel.

Algún otro khansama... ¿qué plato especioso retuvo a Aurora Zogoiby lejos de casa? ¿Qué se estaba cocinando, por decirlo claramente?

Una de las debilidades de mi madre era que su dolor y su pena se manifestaban con frecuencia como furia; otra debilidad era, en mi opinión, que, una vez que se había permitido el lujo de estallar, sentía un enorme impulso de contrito afecto por las personas a las que había herido. Como si los buenos sentimientos sólo pudieran surgir en ella tras una catastrófica inundación de bilis.

Nueve meses antes del día en que yo vine al mundo, había una noche que faltaba. Pero la presunción-de-inocencia es una excelente norma, y ni Aurora ni el difunto gran dirigente tienen que responder a ninguna prueba de que su conducta fuera impropia. Probablemente existen explicaciones perfectamente satisfactorias para todas esas preguntas. Los niños nunca comprenden por qué sus padres actúan como actúan.

¡Qué vanidoso sería que pretendiera, sin base alguna, descender —aunque ilegítimamente— de un linaje tan alto! Lector: sólo he tratado de expresar una perplejidad dubitativa, pero puedes estar tranquilo, que no alego nada. Me atengo a mi relato, a saber, que fui concebido en la estación de montaña que anteriormente he señalado; y que, desde entonces, hubo una divergencia con respecto a ciertas normas biológicas. Permittedme que insista: no se trata de ninguna especie de encubrimiento.

Jawaharlal Nehru tenía sesenta y siete años en 1957; mi madre, treinta y dos. Nunca volvieron a encontrarse; ni tampoco el gran hombre volvió a ir nunca a Inglaterra para reunirse con la esposa de otro gran hombre.

La opinión pública —no sería la última vez— osciló en contra de Aurora. Entre la gente de Delhi y los tipos de Bombay ha habido siempre cierto grado de desprecio mutuo (hablo, naturalmente, de la burguesía); los *wallahs* de Bombay han solido descartar a los delhiitas como lacayos aduladores del poder, trepadores-de-cucaña y nombrados-a-dedo, mientras que los habitantes de la capital han desdeñado la superficialidad, la malaleche y la «occidentoxicación» de los *babus* de negocios de mi ciudad natal y de sus mujeres laqueadas y lustradas. Pero,

en el furor del rechazo del Loto por Aurora, Bombay se escandalizó tanto como Delhi. Los muchos enemigos que le había granjeado a Aurora su prepotencia, vieron su oportunidad y golpearon. Patriotas sin vergüenza la llamaron traidora, piadosos la llamaron impía y sedicentes portavoces de los pobres le reprocharon que era rica. Muchos artistas no la defendieron: los chipkalistas recordaron cómo los había atacado y guardaron silencio; los artistas que eran realmente esclavos de Occidente y se pasaban su carrera imitando, con espantosos resultados, los estilos de las grandes firmas de Estados Unidos y Francia, la acusaban ahora de «provinciana», mientras que otros artistas —y había muchos— se debatían en el mar muerto del antiguo patrimonio del país, produciendo versiones del siglo XX del viejo arte de la miniatura (y a menudo, en secreto, haciendo bajo cuerda falsificaciones de arte mogol o cachemiro), la injuriaron con la misma fuerza por «haber perdido sus raíces». Se sacaron a relucir todos los viejos escándalos de la familia, excepto el asunto RúmpelesTíjeles del primogénito entre Abraham y Flory, que nunca había sido de propiedad pública; los periódicos publicaron con fruición todos los detalles disponibles de la desgracia del viejo Francisco con sus «rayos Gama», de los absurdos esfuerzos de Camoens da Gama de entrenar a una *troupe* de Lenines de la India meridional, y de la guerra a muerte entre los Lobo y los Menezes, como consecuencia de la cual fueron a la cárcel los hermanos Da Gama, del suicidio-ahogado del pobre Camoens de corazón roto y, naturalmente, del gran escándalo de la unión extramatrimonial del pobre judío insignificante y su puta cristiana podrida de dinero. Sin embargo, cuando se empezaron a insinuar preguntas sobre la legitimidad de los hijos de los Zogoiby, parece ser que, cierto día, los directores de los principales periódicos recibieron discretas visitas de emisarios de Abraham Zogoiby, que les hablaron como-a-buenos-entendedores; y después de aquello la campaña de prensa se detuvo instantáneamente, como si le hubiera dado un infarto y hubiera muerto de espanto.

Aurora se retiró un tanto de la vida pública. Su salón continuó brillando, pero los elementos más conservadores de la alta sociedad y de la vida artística e intelectual del país prescindieron de ella para siempre. Ella misma se quedó, cada vez más, dentro de los muros de su Paraíso personal y se volvió, de una vez para siempre, hacia donde Vasco Miranda le había estado insistiendo, hacia donde realmente le decía el corazón: es decir, hacia dentro, hacia la realidad de los sueños.

(Fue en aquella época, en que los disturbios por cuestiones lingüísticas prefiguraron la división del estado, cuando anunció que dentro de sus muros no se hablaría marathi ni gujarati; el idioma del reino era el inglés y nada más que el inglés.

—Todas esas jerigonzas diferentes nos separifican unos de otros —explicó—. Sólo el inglés nos une.

Y, para demostrar su afirmación, recitaba, con expresión compungida, que no dejaba de suscitar pensamientos perversos en su público, la rima popular de aquellos días: «A-B-C-D-E-F-G-H-I, así vino Panditjí.» A la que sólo su leal aliado V. Miranda se atrevía a replicar: «J-KL-M-N-O-P-Q-R, y ahora está jodido aunque se emperre.»)

Yo también me vi obligado a llevar una vida relativamente protegida: y hay que subrayar que los dos estuvimos más unidos que la mayoría de las madres e hijos, porque, en cuanto nació, ella comenzó la serie de lienzos importantes con la que se la relaciona más; esas obras cuyo nombre («Las pinturas del Moro») es mi nombre, en las que mi desarrollo queda más elocuentemente documentado que en ningún álbum fotográfico, y que nos mantendrían unidos para siempre y un día, por muy lejos y muy violentamente que nos arrastraran nuestras vidas.

La verdad con respecto a Abraham Zogoiby es que se había puesto un disfraz; había creado una identidad secreta de suaves modales para esconder su oculta supernaturaleza. Había pintado deliberadamente el retrato más apagado posible de sí mismo —¡lejos de él los excesos *kitsch* del lacrimoso autorretrato *de árabe* de Vasco Miranda!—, sobre una

realidad emocionante pero inaceptable. La superficie deferente y obsequiosa era lo que Vasco hubiera llamado lo de «de-alto»; por debajo, reinaba en un hampa mogambiana, más espeluznante que la fantasía de ninguna peliculilla—*masala*.

Poco después de establecerse en Bombay, había hecho un peregrinaje de respeto al viejo Sassoon, el jefe de la gran familia de judíos de Bagdad, que se había codeado con reyes ingleses, se había casado con los Rotschild, y había dominado la ciudad durante cien años. El patriarca accedió a recibirlo, pero sólo en las oficinas de Sassoon & Co. en el Fuerte; Abraham fue admitido a su Presencia no en su casa, no como un igual, sino como un recién llegado suplicante de provincias.

—Es posible que el país esté a punto de ser libre —le dijo el anciano caballero, sonriendo benévola—, pero tiene que comprender, Zogoiby, que Bombay es una ciudad cerrada.

Sassoon, Tata, Birla, Readymoney, Jeejeebhoy, Cama, Wadia, Bhabha, Goculdas, Wacha, Cashondeliveri... aquellos grandes hombres dominaban la ciudad, sus metales preciosos e industriales, sus productos químicos, textiles y especias, y no estaban dispuestos a soltarla. La empresa Da Gama-Zogoiby tenía un sólido punto de apoyo en la última de esas esferas; y, adondequiera que fue, Abraham recibió té o «una bebida fresca», dulces, cálidas acogidas y, por último, una serie de advertencias, indefectiblemente corteses pero glacialmente serias, para que se mantuviera lejos de cualesquiera otras parcelas a las que hubiera podido echar su ojo empresarial. Sólo quince años más tarde, sin embargo, cuando fuentes oficiales revelaron que sólo un uno y medio por ciento de las compañías eran propietarias de más de la mitad de todo el capital privado, y que, incluso dentro de ese selecto uno y medio por ciento, sólo veinte dominaban al resto, y que, dentro de esas veinte compañías, había cuatro supergrupos que controlaban, entre todos, una cuarta parte del capital en acciones de la India, la C-50 Corporation de Da Gama-Zogoiby había ascendido ya al quinto puesto.

Él había empezado estudiando Historia. Existe en Bombay cierta vaguedad endémica en el tema del tiempo pasado; preguntad a cualquiera cuánto tiempo lleva en los negocios y responderá: «Mucho.» —Muy bien, señor, ¿y qué antigüedad tiene su casa?— «Es antigua. De tiempos antiguos.» —Comprendo; ¿y su abuelo, cuándo nació?— «Hace tiempo. ¿Por qué pregunta? Esas cartas no reclamadas en Correos se pierden en las nieblas del pasado.» Los expedientes se guardan atados con cinta blanca en trasteros polvorientos y nadie les echa nunca una ojeada. Bombay, una ciudad relativamente nueva en un país inmensamente antiguo, no se interesa por el ayer. «Pues si el hoy y el mañana son áreas competitivas —razonó Abraham— haré mi primera inversión en lo que nadie valora: es decir, en lo que ya se ha ido.» Dedicó mucho tiempo y muchos recursos al estudio de las grandes familias, desenterrando sus secretos. De la historia de la «manía», o la «burbuja», del algodón, de los años 1860, aprendió que muchos peces gordos habían resultado muy perjudicados, casi arruinados, por aquella época de especulación salvaje y que, después de ello, sus negocios se caracterizaron por su profundo conservadurismo y cautela. «En consecuencia, puede existir un hueco —se planteó Abraham como hipótesis en la esfera del riesgo. Sólo los bravos merecen el premio.» Siguió la pista de las redes de conexiones de las grandes empresas y comprendió cómo movían los hilos; y descubrió también qué imperios estaban contruidos sobre arena. De forma que, cuando a mediados de los cincuenta, hizo su espectacular adquisición de la Casa de Cashondeliveri, que había comenzado como una firma de prestamistas y se había convertido, a lo largo de un siglo, en una empresa gigante con amplios activos en bancos, tierras, barcos, productos químicos y pesca, fue porque había descubierto que la vieja familia parsi, en el fondo, se encontraba en un estado de deterioro terminal «y cuando la decadencia está tan avanzada —anotó él en su diario privado—, hay que arrancar los dientes podridos a toda velocidad, porque de otro modo el cuerpo entero puede sufrir una infección y morir». Con cada nueva

generación de Cashondeliveri, el nivel de sagacidad para los negocios había ido declinando rápidamente, y la generación actual de hermanos *playboys* había perdido sumas colosales jugando en los casinos de Europa y, además, había sido suficientemente tonta para mezclarse en un escándalo de sobornos acallado, como consecuencia de sus esfuerzos por exportar los métodos comerciales indios, un tanto primitivamente, a unos mercados financieros occidentales que necesitaban un tratamiento más sutil. El personal de Abraham sacó a relucir con asiduidad todos esos trapos sucios; y entonces, una hermosa mañana, Abraham entró sencillamente en el sanctasanctórum de la Casa de Cashondeliveri y, muy abiertamente y a plena luz del día, chantajeó a los dos pálidos no-tan-jóvenes que encontró allí, para que se sometieran al instante a sus muchas y concretas demandas. Los dos debiluchos vástagos del clan-en-otro-tiempo-grande, Lowjee Lowerjee Cashondeliveri y Jamibhoy Lifebhoy Cashondeliveri, parecieron, al vender su primogenitura, casi contentos de librarse de unas responsabilidades que estaban tan mal dotados para afrontar, «como debieron sentirse los decadentes emperadores persas cuando los ejércitos del Islam irrumpieron con estruendo», le gustaba decir a Abraham.

Sin embargo, Abraham no era un santo guerrero, no señor. Aquel hombre que, en la vida doméstica, exudaba un aire de incapacidad, de debilidad incluso, se convirtió en realidad en un auténtico zar, un *Gran Moghul* de la fragilidad del hombre. ¿Os escandalizaría saber que, a los pocos meses de su llegada a Bombay, empezó a traficar con carne humana? Lector: me escandalizó a mí. ¿Mi padre, Abraham Zogoiby? — ¿Abraham, cuya historia de amor había sido algo tan apasionado, tan romántico?—. Me temo que sí; el mismo. Mi imperdonable padre, al que perdoné... Ya he dicho muchas veces que, además del marido amante, el protector sin queja de nuestra mayor artista moderna, había habido desde el principio un Abraham más siniestro; un hombre que se había abierto camino mediante amenazas y coacciones a renuentes capitanes de barco y

también a magnates de la prensa. Ese Abraham buscaba invariablemente, llegando a satisfactorios acuerdos, a personajes que suministraban amenazas, whisky de contrabando y también sexo, con tanta dedicación como los Tatas y Sassoons ejercían su comercio de «mercado blanco», más respetable. Bombay en aquellos tiempos era, como descubrió Abraham, muy distinta de la «ciudad cerrada» que el anciano Sassoon había descrito. Para un hombre dispuesto a aceptar riesgos, a renunciar a los escrúpulos —en pocas palabras, para un comerciante «negro»— estaba abierta, abierta de par en par, y el único límite al dinero que se podía hacer eran las fronteras de su imaginación.

Más adelante se dirán más cosas del temido jefe de la banda musulmana, «Scar» (Cicatriz), cuyo verdadero nombre no me atreveré a consignar aquí, contentándome con ese sobrenombre, horriblemente tópico, por el que era conocido en todo el hampa de la ciudad, y finalmente —como veremos— fuera de ella. De momento, me contentaré con dejar constancia de que, como resultado de una alianza con ese caballero, Abraham obtuvo la «protección» que fue, desde el comienzo, característica acusada de su modo de actuación preferido; y, a cambio de su protección, mi padre fue, y siguió siéndolo de forma encubierta durante toda su larga y perversa vida, el primer proveedor de chicas jóvenes nuevas a las casas que la gente de Scar mantenía tan eficientemente, los antros de perdición de Grant Road-Falkland Road-Floras Road-Mamathipura.

—¿Qué decís? «¿De dónde las sacaba?» —Bueno, de los templos de la India meridional, lamento decirlo, especialmente de los santuarios dedicados al culto de cierta diosa de Karnataka, Kellamma, que parecía incapaz de proteger a su pobres y jóvenes «discípulas»... Hay constancia de que, en nuestra triste época, con su prejuicio en favor de los niños varones, muchas familias pobres donaban a sus templos de culto favoritos a las hijas que no podían permitirse casar o alimentar, con la esperanza de que pudieran vivir en santidad como sirvientas o, si eran

afortunadas, como bailarinas; vana esperanza, ay, porque en muchos casos los sacerdotes a cargo de esos templos eran hombres en los que los más altos criterios de probidad se encontraban misteriosamente ausentes, defecto que los dejaba abiertos a las ofertas de dinero en mano por las jóvenes vírgenes y no-totalmente-vírgenes y otra-vez-vírgenes que tenían a su cargo. Por ello, Abraham, el comerciante de especias, podía utilizar sus extensas conexiones meridionales para recolectar una nueva cosecha, que registraba en sus libros más secretos como «Garam Masala de calidad superior», o también, como tengo que señalar con cierto bochorno, «Pimientos extrapicantes: verdes».

Y, también en asociación secreta con Scar, Abraham Zogoiby entró en la industria de los polvos de talco.

Silicato de magnesio hidratado y cristalizado, $\text{Mg}_3\text{Si}_4\text{O}_{10}(\text{OH})_2$: talco. Cuando Aurora le preguntó a la hora del desayuno por qué iba a entrar en el negocio de los culitos-de-niño, él mencionó las ventajas mellizas de una economía proteccionista, que imponía aranceles prohibitivos a las marcas de talco importadas, y una explosión demográfica, que garantizaba un «*baby boom*». Habló con entusiasmo del potencial mundial del producto, caracterizando a la India como una economía del Tercer Mundo capaz de rivalizar con el Primero en perfección y crecimiento, sin quedar forzosamente esclavizado al todopoderoso dólar EE.UU., e indicó la posibilidad que muchos otros países del Tercer Mundo aprovecharan la oportunidad para comprar polvos de talco de gran calidad sin que se les exigiera el pago en billetes verdes. Cuando empezaba a especular con la posibilidad a corto plazo, muy real, de que su marca Baby Shofto (Bebé Blandito) se enfrentara a Johnson & Johnson en su propio mercado nacional, Aurora ya no le escuchaba. Cuando él empezó a cantar la musiquilla publicitaria con la que se proponía lanzar su nuevo número, cuya letra había escrito él mismo, e inició la exasperante canción de «Bebé Blandito», mi madre se tapó los oídos.

—«Bebé Blandito, yo lo recalco / Muy suavcito, polvos de talco»
—cantó alegremente Abraham.

—Puedes fabricar talco o no fabricarlo —le gritó Aurora—, pero acaba con ese ruido infernal. Me está destrocificando los tímpanos.

Mientras escribo esto, me asombro otra vez de cómo se resistía Aurora a comprender cuántas veces y con qué naturalidad la engañaba Abraham, me maravillo de las cosas que aceptaba sin preguntar, porque, naturalmente, él estaba mintiendo, y el polvo blanco que le interesaba no venía de las canteras de los Ghats Occidentales, sino que se abría camino hacia determinadas latas de Baby Shofto por una ruta sumamente insólita que comprendía convoys nocturnos de camiones desde lugares de origen desconocidos, y el soborno amplio y sistemático de policías y otros funcionarios que ocupaban puestos a dedo a lo largo de las carreteras principales del subcontinente; y esas latas, relativamente pocas, produjeron, durante varios años, unos ingresos de exportación que superaban en mucho al resto de las ganancias de la compañía, y permitían una diversificación de empresas de ancha base... Unos ingresos que, sin embargo, no se declaraban nunca y no aparecían en ningún libro, salvo en el libro de los libros, de clave secreta, que Abraham guardaba profundamente escondido, quizá en algún oscuro recoveco de su alma corrompida.

La ciudad misma, quizá el país entero, era un palimpsesto. Unos Bajos Fondos debajo de unos Altos Fondos, un mercado negro debajo de uno blanco; si toda la vida era así, si una realidad invisible se agitaba como un fantasma debajo de una ficción visible, trastornando todos sus significados, ¿cómo hubiera podido ser diferente la carrera de Abraham? ¿Cómo hubiera podido ninguno de nosotros escapar a esa estratificación fatal? ¿Cómo, atrapados como estábamos en la falsificación al ciento por ciento de lo real, en la ropa de fantasía y el *kitsch* arábigo-lacrimógeno de lo superficial, hubiéramos podido penetrar en la verdad plena y sensual de la madre perdida que había debajo? ¿Cómo hubiéramos podido vivir

vidas auténticas? ¿Cómo hubiéramos podido no ser grotescos?

Me resulta claro ahora, al mirar hacia atrás, que lo único equivocado en el chiste de Vasco Miranda en la Noche de la Independencia sobre el poder de la corrupción como igual al de los dioses fue la excesiva suavidad de su formulación. Y, naturalmente, Abraham Zogoiby debe de haber sabido muy bien que el beodo intento de cinismo extravagante del pintor era, de hecho, una subestimación del problema.

—Tu madre y su pandilla artística se quejaban siempre de lo difícil que les resultaba *hacer algo de la nada* —recordaba Abraham, no poco divertido, confesando sus crímenes cuando era muy anciano—. ¿Qué hacían ellos? ¡Cuadros! En cambio yo, yo, ¡yo creé de la nada una nueva ciudad entera! Juzga pues: ¿cuál fue el número de magia más difícil? De los juegos de manos de tu querida madre surgieron muchas criaturas hermosas; pero de los míos, caballero... ¡King Kong!

Durante los primeros veinte años, aproximadamente, de mi vida, se recuperaron nuevas extensiones de tierra —«algo de la nada»— del mar Árábigo, en el extremo meridional de la Back Bay de la península de Bombay, y Abraham invirtió fuertemente en esa Atlántida al revés que surgía de las olas. En aquellos tiempos se hablaba mucho de aliviar la presión sobre la ciudad superpoblada, limitando la extensión y altura de los nuevos edificios de la zona recuperada y construyendo luego un segundo centro urbano en tierra firme, al otro lado del agua. Para Abraham era importante que ese plan fracasara... «¿Cómo podría mantener, si no, el valor de los terrenos en que he metido tanto capital?», me preguntó, abriendo de par en par sus brazos esqueléticos y desnudando sus dientes en lo que en otro tiempo hubiera sido una sonrisa que desarmaba, pero ahora, en la penumbra de su oficina, muy alta sobre las calles de la ciudad, daba a mi nonagenario padre el aspecto de un cráneo voraz.

Encontró un aliado cuando Kiran («K. K.» o «Kéké») Kolatkar, un negro bólico político de ojos saltones, de Aurangabad, y el más correoso

de todos los hombres duros que han mangoneado Bombay a lo largo de los años, consiguió dominar el Ayuntamiento. Kolatkar era un hombre al que Abraham Zogoiby podía explicar los principios de la invisibilidad, esas ocultas leyes de la naturaleza que no podían ser derogadas por las leyes visibles de los hombres. Abraham le explicó cómo fondos invisibles podían abrirse paso a través de una serie de cuentas bancarias invisibles y terminar, visibles y limpios de polvo y paja, en la cuenta de un amigo. Le demostró cómo la continuación de la invisibilidad de la ciudad-soñada al otro lado del agua beneficiaría a los amigos que pudieran haber adquirido, o adquirieran quizá, una participación en lo que hasta hacía poco era invisible pero había surgido ahora del mar, como una Venus de Bombay. Le mostró lo fácil que sería persuadir a los dignos funcionarios cuya tarea era inspeccionar y controlar el número y la altura de los edificios nuevos de la zona recuperada, que les beneficiaría mucho perder el don de la vista —«metafóricamente, desde luego, oiga... es sólo una forma de hablar; no se crea que queremos sacarle los ojos a nadie, como ese Shah Jehan al mirón que quería tener un preestreno del Taj Mahal»— de forma que grandes multitudes de nuevos edificios podrían permanecer realmente invisibles al escrutinio público, y remontarse hacia el cielo, tan altos como se quisiera. Y, una vez más, *voilà!*, los edificios invisibles producirían montones de dinero contante y se convertirían en algunos de los bienes raíces más valiosos del mundo; algo de la nada, un milagro, y todos los amigos que hubieran ayudado serían bien recompensados por sus fatigas.

Kolatkar aprendía rápidamente, e incluso hizo una sugerencia por su cuenta. Supongamos que los edificios invisibles pudieran ser construidos por una fuerza invisible... ¿No sería ése el más elegante y económico de los resultados?

—Naturalmente, yo estuve de acuerdo —confesó el viejo Abraham—. Aquel Kéké, cabecita de bala, le estaba cogiendo el tranquilo.

Poco después de eso, las autoridades municipales decidieron que

todo el que se hubiera establecido en Bombay después del último censo no existía. Como habían sido suprimidos, se deducía que la ciudad no era responsable de sus viviendas ni de su bienestar, lo que fue un alivio bien acogido por los ciudadanos honestos y realmente existentes, que pagaban sus impuestos para mantener aquel burgo caótico y dinámico. Sin embargo, no puede negarse que, para el millón o más de fantasmas que acababan de ser creados por decreto, la vida se hizo más dura. Entonces fue cuando entraron en escena Abraham Zogoiby y todos los que se habían subido al tren de la gran recuperación de tierras, contratando generosamente tantos fantasmas como pudieron para que trabajaran en las enormes obras que surgían en cada pulgada de la nueva tierra, y llegando incluso —¡oh filántropos!— a pagarles pequeñas sumas por su trabajo.

—Nadie había oído hablar nunca de pagar a los espectros hasta que empezamos nosotros —dijo el anciano Abraham, con su risa jadeante—. Pero, naturalmente, no aceptábamos ninguna responsabilidad en caso de mala salud o lesiones. Hubiera sido, si sigues mi razonamiento, ilógico. Después de todo, aquella gente no era sólo invisible sino que, realmente, según la decisión oficial, sencillamente no existía.

Habíamos estado sentados en la penumbra cada vez más densa del piso treinta y uno de la joya del Nuevo Bombay, la obra maestra de I. M. Pei, la Torre de Cashondeliveri. Por la ventana podía ver la lanza resplandeciente de «K. K. Chambers» alanceando la noche. Entonces Abraham se levantó y abrió una puerta. Entró la luz a raudales y entraron unos altos arpegios. Me condujo a un gigantesco atrio lleno de árboles y plantas de climas más templados que el nuestro —había huertos de manzanos y perales, y también cargadas parras— todos encristalados, mantenidos en condiciones ideales de temperatura y humedad por un sistema de control climático que habría sido inimaginable si no fuera invisible; porque, por alguna feliz coincidencia, nunca se había presentado al pago de Abraham ninguna cuenta de electricidad. De ese

atrio procede mi último recuerdo de él... de mi viejo, viejísimo padre, al que yo, como mi aspecto de treinta-y-seis-que-iba-a-cumplirlos-setenta-y-dos, estaba empezando a parecerme cada vez más; mi padre serpenteante e impenitente, que se había hecho cargo del Edén en ausencia de Aurora y de Dios.

—Bueno, ya he terminado —suspiró—. Todo se me deshace entre las manos. La magia cesa cuando la gente empieza a verte los hilos. ¡Al diablo! Lo he pasado muy bien. Cómete una puñetera manzana.

Yo crecía en todos los sentidos, me gustase o no. Mi padre era un hombre grande pero, para cuando cumplí los diez, mis espaldas eran más anchas que sus abrigos. Yo era un rascacielos liberado de toda restricción legal, una explosión demográfica de un solo hombre, un megalópolis, un La Masa que reventaba camisas y hacía saltar botones.

—Qué aspecto tienes —se maravilló Ina, mi hermana mayor, cuando alcancé todo mi peso y altura—. Te has convertido en Mr. Viajes de Gulliver y nosotros somos tus liliputienses.

Lo que era cierto, al menos en un sentido: si nuestro Bombay era mi no—*Raj*—sino-Lili-pután personal, mi gran tamaño estaba consiguiendo realmente atarme.

Cuanto más anchas resultaban mis ataduras físicas, más limitados parecían ser mis horizontes. La educación fue un problema. Muchos chicos de «buenas familias» de Malabar Hill, Scandal Point y Breach Candy comenzaban su educación en la Walsingham House School de la «Señorita Artillera», que era mixto a nivel de jardín de infancia y escuela primaria, antes de ir a *Campion* o *Cathedral* o a algunos de los otros centros de elite, en-aquellos-tiempos-sólo-para-chicos, de la ciudad. Pero la legendaria Artillera, con sus gafas de carey con aletas de Batmóvil, se negó a aceptar la realidad de mi condición.

—Demasiado grande para *kindergarten* —gruñó, al terminar una entrevista en la que trató en todo momento a mi persona de tres años y medio como si fuera el chico de siete años que ella no podía evitar ver sentado en mi silla— y, para la escuela primaria, lamento informarles, subnormal.

Mi madre se indignó:

—¿A quién tiene en su clase? —preguntó—. Serán Einsteins, ¿no? ¿Albertitos y Albertinas? ¿Toda una escuela de emece-cuadrados?

Pero la Artillera era inconmovible, de manera que tuve clases

particulares. Siguió una serie de profesores masculinos, pocos de los cuales duraron más de unos meses. No les guardo rencor. Enfrentados, por ejemplo, con un chico de ocho años que había decidido, en honor de su amistad con el pintor V. Miranda, lucir un bigote en punta perfectamente encerado, se daban, comprensiblemente, a la fuga. A pesar de todos mis esfuerzos por crear una persona pulcra, aseada, obediente, moderada, *nada excepcional*. Sencillamente, les resultaba demasiado raro; es decir, hasta que contrataron a mi primera profesora. ¡Oh Dilly Hormuz de dulce memoria! Como las de la señorita Artillera, sus gruesas gafas tenían aletas, o alas; pero eran alas de arcángel. Al llegar con un vestido blanco y calcetines cortos a principios de 1967, con el cabello recogido en delgadas coletas, los libros apretados contra su pecho, parpadeando de forma miope y nerviosamente parlanchina, parecía más un chico, a primera vista, que vuestro seguro servidor. Pero Dilly merecía una segunda ojeada, porque también ella iba disfrazada. Llevaba zapatos planos y el encogimiento ensayado con que las chicas altas aprenden a esconder su altura; pero pronto empezó, cuando estábamos solos, a desenroscarse... ¡Ah, pálida y magnífica longitud la de ella, desde una cabeza más bien menuda hasta unos bien formados pero enormes pies! Además —e incluso después de todos estos años el recuerdo me produce un ruboroso acaloramiento de nostálgico deseocomenzó también a desperezarse. La Desperezante Dilly —que pretendía querer coger un libro, una regla, una pluma— me revelaba, sólo a mí, la plenitud de su cuerpo bajo el vestido, y pronto comenzó a devolverme, con su mirada franca y sin parpadeos, mis propias miradas torpes y boquiabiertas. La Bonita Dilly —porque cuando estábamos solos y se soltaba el pelo, cuando se quitaba las gafas para parpadear cegatamente a través de sus ojos inquietantes, hundidos y ausentes, se revelaba su verdadero aspecto — miraba larga y concentradamente a su nuevo alumno y suspiraba.

—Diez años, tú —me dijo suavemente la primera vez que estuvimos solos—. Mozalbate, eres la octava maravilla, de eso no hay duda.

Y después, recordando su papel didáctico, comenzó su primera lección haciéndome aprender de memoria —para «rutinificarlo», como decíamos— las siete antiguas y siete modernas maravillas del mundo, mencionando, como hizo ella, la interesante proximidad en Malabar Hill de yo mismo («el joven Amo Coloso») y de los Jardines Colgantes... como si las maravillas se estuvieran congregando allí, y adoptando forma india.

Me parece ahora que, en mi joven persona, en aquel monstruo atroz en el que la mente de un niño miraba confundida por los portalones del hermoso cuerpo de joven (porque, a pesar de mi mano deforme, de toda mi repugnancia de mí mismo y de mi necesidad de consuelo, Dilly veía, al parecer, hermosura en mí: hermosura, ¡la maldición de nuestra familia!), mi profesora, la señorita Hormuz, encontraba una especie de liberación personal, entendiendo que yo era suyo para poder darme órdenes como a un niño, y también —ahora me aventuro en aguas peligrosas— suyo para poder tocarme como a un hombre, y ser tocada por mí.

No recuerdo ahora cuántos años tenía yo (aunque, desde luego, me había afeitado ya el bigote vascoide), cuando Dilly dejó de maravillarse simplemente por mi físico y comenzó, al principio tímidamente y luego con creciente libertad, a acariciarlo. Yo tenía interiormente la edad en que tales caricias eran inocentes gestos de un amor del que estaba hambriento como un lobo; pero, exteriormente, mi cuerpo era ya capaz de respuestas totalmente adultas. No la condenéis, porque yo no puedo hacerlo; yo era una maravilla de su mundo, y ella se sentía sencillamente extasiada.

Durante casi tres años, mis lecciones se desarrollaron en *Elephanta*, y durante esos mil y un días, hubo límites impuestos por el lugar y por el temor de ser sorprendidos con las manos en la masa. Absteneos, si queréis, de pedirme que os diga hasta dónde llegaron nuestras caricias; ¡de obligarme a detenerme en mi recuerdo, una vez más, en las fronteras

para las que no teníamos pasaporte! La memoria de aquel tiempo sigue siendo un dolor sin aliento, hace que mi corazón lata con fuerza, es una herida que no se cierra; porque mi cuerpo sabía lo que yo no y, aunque el niño se sentía semidesconcertado en la prisión de su carne, mis labios, mi lengua, mis miembros comenzaban a actuar, bajo la experta tutela de ella, de una forma totalmente independiente de mi mente; y, en ciertos días benditos, cuando nos sentíamos seguros o cuando lo que nos impulsaba se hacía demasiado enloquecedor para que nos preocupase el riesgo, las manos, los labios, los pechos de ella moviéndose en mi entrepierna me traían un alivio ardiente y desesperado.

Ella cogía mi mano estropeada y la colocaba aquí y allá. Fue el primer ser humano que me hizo sentirme entero, durante aquellos momentos robados... y la mayor parte del tiempo, hiciera lo que hiciera su cuerpo con el mío, ella mantenía una corriente de información continua. No charlábamos como amantes; la batalla de Srirangapatnam y las principales exportaciones de Japón eran todos nuestros arrullos. Mientras sus dedos revoloteantes elevaban la temperatura de mi cuerpo a alturas insoportables, ella lo mantenía todo bajo control, obligándome a recitar la tabla de multiplicar del trece o a enumerar las valencias de todos los elementos del sistema periódico. Dilly era una chica que tenía mucho que decir, y me contagió su charlatanería, la cual conserva para mí, hasta hoy, una carga erótica poderosa. Cuando cotorreo o me veo asaltado por la verborrea de otros, lo encuentro —¿cómo decirlo?— excitante. A menudo, en el ardor del *bavardage*, tengo que ponerme las manos en el regazo para esconder de la vista de mis interlocutores los movimientos que allí se producen, ya que se sentirían perplejos por tal excitación; o, más probablemente, divertidos. Hasta ahora no he tenido deseos de convertirme en fuente de tal diversión. Pero ahora todo debe ser dicho, y se dirá; la historia de mi vida, ese tejido de locuacidad eréctil, se está aproximando a su fin.

Dilly Hormuz era una solterona de, quizá, veinticinco años cuando

nos conocimos, y de treinta y tantos la última vez que la vi. Vivía con su madre, diminuta, anciana y ciega como un topo, que se pasaba el día sentada en un balcón, cosiendo colchas, al haber dejado hacía tiempo sus dedos de costurera de necesitar la asistencia de los ojos. Cómo podía una mujer tan pequeña y frágil haber producido una hija tan alta y voluptuosa, me preguntaba yo, cuando, a la edad de trece años, se convino en que era suficientemente grande para ir a casa de Dilly a dar mis lecciones y que me sentaría bien salir de casa. Algunos días prescindía del coche, alejando con un gesto al chófer, y bajaba a pie —en realidad *brincaba*— por la colina para verla, pasando por delante de la elegante y vieja farmacia de Kemp's Corner —eso era mucho antes de que se convirtiera en el desierto espiritual de pasos elevados y *boutiques* que es hoy— y la Royal Barber Shop (en donde un maestro barbero de paladar hendido ofrecía un servicio de circuncisiones como servicio marginal). Dilly vivía en las profundidades oscuras y descascarilladas de una antigua y gris casa parsi, toda balcones y florituras, en Gowalia Tank Road, a unas puertas de los almacenes Vijay, un negocio numinosamente heterogéneo en donde podías comprar tanto Time, con el que podías sacar brillo a tus muebles de madera, como Hope, con el que te podías limpiar el trasero. Los Zogoiby solíamos llamarlos almacenes Jaya, pretendiendo que llevaban el nombre de nuestra amargada *ayah*, Miss Jaya Hé, que iba allí a comprarse paquetitos de Life, dentro de los cuales había palillos de margosa para los dientes y de Love, con el que se teñía de alheña el pelo. Con el corazón cantando, y con un sentimiento muy parecido al éxtasis, entraba en casa de Dilly, aquel pequeño apartamento de refinamiento empobrecido, pero todavía de buen gusto. La presencia de un piano de media cola en el salón y de fotografías de marco de plata sobre él, retratos de patriarcas con gorros de maceta con borla y de una descarada joven beldad de sociedad que resultaba ser la propia Mrs. Hormuz, indicaba que la familia de Dilly había conocido mejores tiempos; lo mismo que los conocimientos de Dilly de latín y francés. He olvidado

casi todo mi latín, pero lo que recuerdo de francés —lengua, literatura, besos, globitos franceses; los placeres de tardes empapadas de sudor, *de cinq à sept*—, Dilly, lo aprendí de ti... Ahora bien, las dos mujeres estaban condenadas sin embargo a una vida de clases privadas y colchas. Eso puede explicar por qué Dilly estaba tan hambrienta de hombre que se conformaba con un chico demasiado crecido; por qué saltaba a mi regazo y, a horcajadas sobre mí, me susurraba, mientras me mordía el labio inferior:

—Me he quitado las gafitas, tú; ahora sólo puedo ver a mi amante y nada más.

Fue realmente mi primera amante, pero creo que no la amé. Lo sé porque me hizo alegrarme de mi condición, alegrarme de que mi forma exterior fuera más vieja de lo que mis años hubieran debido permitir. Yo era todavía un niño; por eso quería, por ella, precipitarme hacia la edad adulta a toda la velocidad posible. Quería ser un hombre para ella, un hombre auténtico y no un simulacro de virilidad y, si ello significaba sacrificar aún más de mi ya abreviado tiempo de vida, hubiera hecho alegremente ese pacto con el diablo, por su bendito bien. Pero cuando el verdadero amor, esa cosa grande y grandiosa, llegó (cuando Dilly se había ido ya), ¡con qué amargura sentí mi suerte! Con qué hambre y qué rabia deseé retrasar el tictac demasiado rápido de mi desatendido reloj interior! Dilly Hormuz nunca hizo tambalearse en mí la convicción infantil en mi propia inmortalidad, y por eso yo podía desear, tan a la ligera, tirar mis años de infancia. Pero Uma, mi Uma, cuando la amé, me hizo escuchar las fulminantes pisadas de la Muerte mientras avanzaba hacia mí; entonces, ay entonces, oí el letal guadañar de su acero.

Crecí hacia la hombría bajo la mano blanda y cómplice de Dilly Hormuz. Sin embargo —y ésta es una difícil confesión, quizá la más difícil de hacer hasta ahora— ella no fue la primera mujer que me tocó. O eso me contaron, aunque hay que decir que la testigo —nuestra *ayah*, Miss Jaya Hé, la dominante mujer del Lambajan patapalo— era una

mentirosa y una ladrona.

Los hijos de los ricos son educados por los pobres y, como mis dos padres estaban entregados a su trabajo, a menudo me quedaba con el *chowkidar* y el *ayah* por única compañía y, aunque Miss Jaya mordía como una pinza de cangrejo, tenía labios tan afilados como rasguños y ojos tan entrecerrados como chillidos, aunque era delgada como el hielo y tan mandona como un par de botas, yo le estaba y le estoy agradecido, porque en su tiempo libre era un ave peripatética, le gustaba vagabundear por la ciudad, para desaprobala, chasqueando la lengua y frunciendo los labios, y sacudiendo la cabeza ante sus diversos desaciertos. Por eso era con Miss Jaya con la que viajaba en los tranvías y autobuses del B. E. S. T. y, aunque ella desaprobaba el hacinamiento, yo disfrutaba en secreto de toda aquella humanidad comprimida, al verme prensado tan fuertemente que la intimidad dejaba de existir y las fronteras de tu ser comenzaban a disolverse, ese sentimiento que sólo tenemos cuando estamos en medio de una multitud, o en el amor. Y fue con Miss Jaya con quien me aventuré en la fabulosa turbulencia del mercado de Crawford con su friso hecho por el papá de Kipling, con sus vendedores de gallinas, tanto vivas como de plástico, y fue con Miss Jaya con quien penetré en los tascucios de ron de Dhobi Talao y dentro de los *chawls*, las casas de vecindad, de Byculla (adonde me llevaba para visitar a sus parientes pobres —yo diría *más pobres*—que, con ofertas todavía-más-empobrecedoras de bebidas frescas y pasteles consideraban su llegada como la visita de una reina), y fue con ella con quien comí sandía en el embarcadero de Apollo y *chaat* en el paseo marítimo de Worli y, de todos esos lugares y sus ruidosos habitantes, de todos esos productos y comestibles y sus insistentes vendedores, de mi inagotable Bombay de los excesos, me enamoré para siempre y profundamente, aunque mientras tanto Miss Jaya disfrutara dando rienda suelta a su desmesurada capacidad de escarnio, aunque mientras tanto ella lanzase juicios contra los que no admitía apelación: «¡Demasiado caras!» (gallinas).

«¡Demasiado repugnante!» (ron moreno). «¡Demasiado miserable!» (*chawl*). «¡Demasiado seca!» (sandía). «¡Demasiado caliente!» (*chaat*). Y siempre, al regresar a casa, se volvía hacia mí con mirada centelleante y resentida, y escupía:

—¡Ay, *baba*, tienes demasiada suerte! Da gracias al Cielo.

Un día de mis dieciocho años —fue en los primeros días de la Emergencia, según recuerdo—, fui con ella al Zaveri Bazaar, en donde los joyeros se sentaban como monos sabios en tiendas diminutas todo espejos y cristales, comprando y vendiendo a peso plata antigua. Cuando Miss Jaya sacó un par de ajorcas pesadas y se las tendió al tasador, las reconocí inmediatamente como de mi madre. La mirada de Miss Jaya me atravesó como una lanza; sentí la lengua seca y no pude hablar. La transacción terminó pronto y salimos de la tienda del joyero al bullicio de la calle, esquivando los carritos cargados de balas de algodón envueltas en arpillera y atadas con flejes de metal, los puestos callejeros que vendían plátanos, mangos, camperas, revistas de cine y cinturones, los culis de enormes cestos en la cabeza, los escúters, las bicicletas, la verdad. Nos dirigimos a casa, a *Elephanta*, y sólo cuando habíamos bajado del autobús, habló el *ayah*.

—Demasiado —dijo—. En la casa. Tantas demasiadas cosas.

Yo no respondí.

—Y también gente —dijo Miss Jaya—. Viene. Se va. Se despierta. Duerme. Come. Bebe. En salones. En dormitorios. En todos los cuartos. Demasiada gente.

Queriendo decir, según entendí, que, como a Aurora le costaría trabajo sospechar de su círculo de amigos, nadie podría identificar nunca al ladrón, a menos que yo hablara.

—No hablarás —dijo Miss Jaya, jugándose el triunfo—. Por Lambajan. Por él.

Tenía razón. Yo no hubiera podido traicionar a Lambajan; él me enseñó a boxear. Él hizo que la desesperada profecía de mi padre se

hiciera verdad. *Con un puño así, tumbarás al mundo entero.*

En los tiempos en que Lambajan tenía dos piernas y ningún loro, en los tiempos de antes de que se convirtiera en Long John Silverfellow, había utilizado los puños para complementar su exigua paga de marinero. En las callejas de juego de la ciudad, en donde las luchas de gallos y los osos cebados ofrecían la diversión de calentamiento, había conseguido cierta reputación y bonitas sumas de dinero boxeando a puño limpio. En un principio había querido ser luchador, porque en Bombay un luchador podía convertirse en una gran estrella, como el famoso Dara Singh, pero, tras una serie de derrotas, se volvió hacia el mundo más crudo y duro de los luchadores callejeros, y pronto fue conocido como hombre que sabía encajar un puñetazo. Su historial de pérdidas y ganancias era meritorio; perdió todos los dientes, pero jamás lo noquearon.

Una vez por semana, durante todos los primeros años de mi vida, venía a los jardines de *Elephanta*, con largas tiras de trapo con las que me vendaba las manos para señalarme luego su peluda barbilla.

—Aquí exactamente, *baba* —me ordenaba—. Suelta el bombazo.

Así fue como descubrimos que mi mano tullida era una mano que había que tener en cuenta, un torpedo, un puño de puños. Una vez por semana, le pegaba a Lamba tan fuerte como podía y, al principio, su sonrisa desdentada nunca flaqueó.

—*Bas?* —me provocaba—. ¿Sólo esas cosquillas de pluma? Eso lo puede hacer este loro amigo mío.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo, dejó de sonreír. Me seguía ofreciendo la barbilla, pero ahora podía ver cómo se preparaba para el golpe, recurriendo a sus antiguas reservas profesionales... El día que cumplí los nueve años, lo intenté, y *Totah* se elevó ruidosamente en el aire, mientras el *chowkidar* caía al suelo.

—¡Elefantes blancos machacados! —chilló el loro. Yo corrí a buscar la manguera del jardín. Había dejado al pobre Lamba sin conocimiento.

Cuando revivió, dejó caer las comisuras de la boca con gesto de

impresionado respeto, y luego se incorporó, tocándose con el dedo las sangrantes encías.

—Qué cañonazo, *baba* —me elogió—. Ha llegado el momento de que empieces a aprender.

Colgamos un cabezal lleno de arroz de la rama de un plátano y, cuando Dilly Hormuz había terminado ya sus inolvidables lecciones, Lambajan me dio las suyas. Durante los ocho años siguientes, nos entrenamos. Me enseñó estrategia, lo que se hubiera llamado saber moverse en el cuadrilátero, de haber habido algún cuadrilátero. Agudizó mi sentido de la posición y, sobre todo, mi defensa.

—No creas que nunca te van a dar, *baba*, y ni siquiera con ese puño serás capaz de pegar si estás oyendo pío-píos.

Lambajan era un entrenador de movilidad más que evidentemente reducida; ¡pero, con determinación hercúlea, se esforzaba por superar su desventaja! Cuando practicábamos, tiraba a un lado la muleta y saltaba de un lado a otro como un zanco de resorte humano.

A medida que me hacía mayor, mi arma aumentaba de fuerza. Me descubrí teniendo que contener, que retener mis puñetazos: no quería dejar a Lambajan fuera de combate con demasiada frecuencia ni demasiada violencia. Con los ojos de la mente, veía la imagen de un *chowkidar* sonado, arrastrando las palabras y olvidándose de mi nombre, y ello me hacía reducir la fuerza de mis directos.

Para cuando Miss Jaya y yo fuimos al Zaveri Bazaar, me había vuelto suficientemente experto para que Lambajan me susurrara: «*Baba*, si quieres un verdadero combate, no tienes más que decir una palabra.» Aquello era emocionante, espeluznante. ¿Estaría yo a la altura? Mi saco de arroz, después de todo, no me golpeaba a su vez, y Lambajan era un *sparring* con el que estaba muy familiarizado. ¿Qué pasaría si un contrincante bípedo, hecho de sangre y hueso y no de arroz-y-tela-de-saco, bailaba en círculo a mi alrededor sobre sus dos piernas y me hacía ver las estrellas?

—Tu puño está listo —me dijo Lambajan, encogiéndose de hombros—. Pero tu corazón, no lo sé.

Y así, por maldita inconsciencia, dije la palabra y, por primera vez, fuimos a esas callejas del Bombay Central que no tienen nombre. Lamba me presentó simplemente como «El Moro» y, como iba con él, hubo menos desprecio del que yo había esperado. Pero, cuando les dije que yo era un nuevo púgil de «veintitantos», comenzaron las risas, porque era evidente para todos los espectadores que yo era un hombre en los treinta que empezaba a volverse cano, debía ser un tipo que había tenido mala pata y al que Lamba, con su pata única, estaba entrenando como favor. Pero, además de pullas, se alzaron voces de admiración que no venían a cuento. «Quizá sea bueno —dijeron esas voces—, porque, después de tantos años, todavía es guapetón.» Entonces sacaron a mi contrincante, un *salah sij* de pelo suelto, por lo menos tan alto como yo, y dijeron de pasada que, aunque el sujeto acababa de cumplir los veinte, había matado ya a dos hombres en aquellos combates y andaba huido de la justicia. Sentí que el coraje me abandonaba, y miré a Lambajan, pero él se limitó a asentir silenciosamente y se escupió en la muñeca derecha. De modo que escupí en la mía y me dirigí hacia el asesino. Él vino derecho hacia mí, rebosante de confianza, porque creyó que tenía una ventaja de catorce años y podría liquidar volando a aquel veterano. Yo pensé en el costal de arroz y me lancé. La primera vez que le di, se tumbó, quedándose allí más tiempo que el que se tarda en contar diez. En cuanto a mí, después de aquel único golpe me entró un ataque asmático de boqueadas tan fuertes que, a pesar de mi victoria, comencé a dudar de mi futuro en aquel tipo de ocupación. Lambajan se rió de mi inseguridad:

—Es sólo un poco de nervios de virgen —me aseguró mientras íbamos a casa—. He visto a muchos chicos tener ataques y caerse al suelo echando espuma por la boca después de su primera pelea, ganaran o perdieran. Tú no sabes lo que tienes ahí, *baba* —añadió complacido—. No sólo un martillo-pilón, sino también muchísima velocidad. Y además

cojones.

Ahora no tenía la menor señal en el cuerpo, señaló y, lo que era más, teníamos un buen fajo de dinero de bolsillo para repartirnos.

De manera que, naturalmente, no podía acusar a la mujer de Lamba de ladrona y ver cómo despedían a los dos. No podía perder a mi *manager*, al hombre que me había enseñado mi talento... Una vez que Miss Jaya estuvo segura de su poder sobre mí, comenzó a alardear de él, robando nuestras posesiones mientras yo miraba, aunque teniendo cuidado de no hacerlo con demasiada frecuencia y de no robar demasiado: unas veces una cajita de jade, otras un diminuto broche de oro. Hubo días en que vi a Aurora y Abraham sacudiendo la cabeza con la vista perdida en el vacío, pero los cálculos de Miss Jaya resultaron exactos: freían a preguntas a los criados, pero nunca llamaron a la policía, porque no querían someter al personal de su casa a los amables cuidados de la policía de Bombay, ni abochornar a sus amigos. (Y me pregunto también si Aurora recordaba sus propias sustracciones y eliminaciones de pequeños ornamentos de Ganesha, en la isla de Cabral, muchos años antes. Desde *demasiados elefantes* hasta *Elephanta*, el trayecto había sido largo: ¿le reprendió algo entonces su yo más joven, haciéndole sentir incluso cierta simpatía hacia el ladrón, cierta solidaridad con él?)

Durante ese período de ratoneras, Miss Jaya me contó el espantoso secreto de mi primera infancia. Íbamos por Scandal Point, frente a la gran mansión de Chamchawala, y creo que yo había hecho alguna observación —la Emergencia, recordad, era algo muy reciente todavía— sobre las poco saludables relaciones entre Indira Gandhi y su hijo Sanjay.

—La nación entera está pagando por ese problema de madre e hijo —dije.

Miss Jaya, que había estado gruñendo su desaprobación de los jóvenes enamorados cogidos de la mano mientras paseaban a lo largo de la pared del mar, resopló indignada.

—Tú no puedes hablar —dijo—. Tu familia. Pervertidos. Tus hermanas y tu madre también. Cuando eras un bebé. Cómo jugaban contigo. Demasiado anormal.

Yo no sabía, nunca he sabido, si me decía la verdad. Miss Jaya Hé era un misterio para mí, una mujer tan profundamente furiosa por su suerte en la vida que era capaz de las venganzas más estrambóticas. De manera que fue una mentira esa vez; sí, probablemente era una mentira podrida; pero lo que es cierto —dejadme que lo revele mientras estoy de talante revelador— es que he crecido con una actitud insólitamente *laissez-faire* hacia mi principal órgano sexual. Permitidme que os informe de que la gente lo ha agarrado de vez en cuando —¡sí!— o de otros modos, tanto amable como perentoriamente, ha reclamado sus servicios, o me ha ordenado cómo y dónde y con quién y por cuánto utilizarlo y, en general, me he mostrado perfectamente dispuesto a obedecer. ¿Es eso completamente usual? No lo creo, *begums* y *sahibs*... Más convencionalmente, en otras ocasiones ese mismo órgano me ha dado sus propias instrucciones, y también ésas —como hacen los hombres— he intentado seguirlas en lo posible; con resultados desastrosos. Si Miss Jaya no mentía, los orígenes de esa conducta pueden estar en aquellas tempranas caricias a las que ella aludió tan malvadamente. Y, si soy sincero, puedo imaginarme esas escenas, me resultan completamente creíbles: mi madre jugueteando con mi pilila mientras me daba de mamar, o mis tres hermanas aglomerándose en torno a mi cuna y tirando de mi cosita morena. *Pervertidos. Demasiado anormal.* Aurora, que bailaba sobre las multitudes de Ganpati, hablaba de lo ilimitado de la perversidad humana. De forma que puede haber sido cierto. Puede. Puede.

Dios santo, ¿qué clase de familia éramos, zambulléndonos juntos en las Cataratas de la Destrucción? He dicho que pienso en la *Elephanta* de aquellos tiempos como en un Paraíso, y es así... pero podéis imaginaros que, para un extraño, podía parecerse mucho más el Infierno.

No estoy seguro de si puede llamarse realmente a mi tío abuelo Aires da Gama extraño, pero, cuando apareció en Bombay, por primera vez en su vida, a los setenta y dos años, era un ser humano tan tristemente disminuido, que Aurora Zogoiby sólo lo reconoció por *Jawaharlal*, el bulldog que tenía al lado. La única huella que quedaba del acicalado *dandy* anglófilo de otros tiempos era cierta elocuente indolencia de habla y gesto que, en mis constantes esfuerzos por luchar contra mi destino a demasiadas r.p.m., cultivando los placeres de la lentitud, yo trataba por todos los medios de emular. Parecía enfermo —ojos hundidos, sin afeitar, desnutrido— y no hubiera sido una sorpresa saber que su antigua enfermedad había vuelto. Pero no estaba enfermo.

—Carmen ha muerto —dijo.

(El perro estaba muerto también, naturalmente, había estado muerto durante decenios. Aires había hecho disecar a Jaw-jaw, que ahora tenía ruedecitas de mueble atornilladas bajo las patas, de forma que su amo podía seguir llevándolo a todas partes de una traílla.) A Aurora le dio pena y dejó de lado todos los antiguos resentimientos de familia, instalándolo en la más espléndida de las habitaciones de huéspedes, la que tenía el colchón más blando y la mejor vista al mar, y nos prohibió a todos reírnos de la costumbre de Aires de hablar a *Jawaharlal* como si estuviera vivo. Durante la primera semana, el tío abuelo Aires estuvo muy silencioso en la mesa, como si no quisiera llamar la atención para que eso no se tradujera en la reanudación de antiguas hostilidades. Comía poco, aunque le gustaban mucho los nuevos encurtidos de lima y mango de la marca Braganza que últimamente habían tomado por asalto la ciudad; nosotros tratábamos de no mirar, pero por el rabillo del ojo veíamos al anciano caballero volver lentamente la cabeza de un lado a otro, como si buscara algo que hubiera perdido.

En sus viajes a Cochín, Abraham Zogoiby había hecho breves y torpes visitas de cortesía a la casa de la isla de Cabral, de forma que sabíamos algo de los asombrosos acontecimientos ocurridos en aquella

rama casi desprendida de nuestro pendenciero clan y, cuando pasó el tiempo, el tío abuelo Aires nos contó toda la triste y hermosa historia. El día en que Travancore-Cochin se convirtió en el estado de Kerala, Aires da Gama había renunciado a su fantasía secreta de que los europeos pudieran volver un día a la Costa de Malabar, y se refugió en un recluso retiro durante el cual abandonó su ignorancia de toda la vida, para iniciar la lectura completa del canon de la literatura inglesa, consolándose, con lo mejor del mundo antiguo, de la desagradable mutabilidad de la Historia. Los otros miembros de aquel insólito triángulo doméstico, la tía abuela Carmen y el príncipe Enrique el Navegante, se fueron acercando cada vez más y pronto se convirtieron en amigos, jugando a las cartas hasta muy entrada la noche, con posturas elevadas, aunque teóricas. Al cabo de unos años, el príncipe Enrique cogió el cuaderno en que anotaba los resultados de sus partidas e informó a Carmen, sonriendo sólo a medias, que ella le debía ahora toda su fortuna. En aquel momento, los comunistas subieron al poder, cumpliendo el sueño de Carmen Zogoiby, y las fortunas del príncipe Enrique crecieron con las del nuevo gobierno. Con sus buenas relaciones en los muelles de Cochin, se había presentado como candidato y había sido elegido miembro de la asamblea legislativa del estado, por mayoría abrumadora, sin necesidad de hacer campaña. En la noche en que le habló de su nueva carrera, Carmen, inspirada por la noticia, recuperó hasta la última rupia de su perdida fortuna en un maratón de póquer que culminó en un solo *pot* gigantesco. El príncipe Enrique había insinuado siempre a Carmen que ella perdía tanto por su renuencia a abandonar, pero en aquella ocasión fue él quien cayó en sus redes, seducido por las cuatro reinas que tenía en la mano para elevar su apuesta hasta alturas vertiginosas. Cuando ella tuvo por fin oportunidad de mostrarle sus cuatro reyes, él comprendió que, en todos los años de su larga racha de pérdidas, ella había estado aprendiendo en silencio cómo jugar una mano difícil; y que había sido víctima del timo más largo de la historia del naipé. Nuevamente empobrecido, aplaudió las turbias

habilidades de ella.

—Los pobres no serán nunca tan taimados como los ricos, por lo que siempre acabarán perdiendo —dijo ella cariñosamente.

El príncipe Enrique se levantó de la mesa de juego, besó la cabeza de Carmen y dedicó el resto de su vida de trabajo, en el poder o fuera de él, a las políticas de educación del Partido, porque sólo la educación daría a los pobres medios para desmentir la sentencia de Carmen da Gama. Y, realmente, el alfabetismo aumentó en el nuevo estado de Kerala hasta llegar a ser el más alto de la India —el propio príncipe Enrique demostró ser alguien que aprendía rápidamente— y entonces Carmen da Gama lanzó un diario orientado a las masas de lectores de las aldeas de pescadores de la orilla del mar y también a las aldeas arroceras de las aguas muertas infestadas de jacintos. Descubrió que tenía verdadero talento como propietaria activa, y su periódico tuvo gran éxito con los pobres, con gran cólera del príncipe Enrique, porque, aunque pretendía seguir una sana orientación izquierdista, de algún modo se las arreglaba para apartar a las mentes del pueblo del Partido y, cuando una coalición anticomunista subió al poder en el estado, fue al periódico taimado y bífido de la fullera Carmen al que el príncipe Enrique culpó, tanto como a la injerencia del gobierno central de Delhi.

En 1974, el antiguo amante de Aires da Gama (porque su *affaire* había terminado hacía tiempo) fue de excursión a las Montañas de las Especies, para visitar el próspero santuario de elefantes del que había sido hecho patrocinador, y desapareció. Carmen supo la noticia el día de su septuagésimo cumpleaños y se puso histérica. Los titulares de su periódico crecieron pulgadas, acusando de un posible delito. Pero nunca pudo probarse nada; el cuerpo del príncipe Enrique no se encontró jamás y, tras un intervalo decoroso, el caso se cerró. La pérdida del hombre que se había convertido en su mejor amigo y su rival más amistoso dejó a Carmen para el arrastre, y una noche soñó que estaba junto a un lago, rodeado de colinas boscosas, y el príncipe Enrique le hacía señas desde el

lomo de un elefante salvaje. «Nadie me mató —decía—. Había llegado el momento de abandonar la partida.» A la mañana siguiente, Aires y Carmen estuvieron sentados por última vez en el jardín de la isla, y Carmen le contó a su esposo su sueño. Aires inclinó la cabeza, al haber entendido el significado de la visión, y no levantó la vista hasta que oyó la taza de porcelana de su mujer caer de sus manos sin vida.

Intento imaginar cómo debió parecer *Elephanta* al tío abuelo Aires cuando llegó con un perro disecado y un corazón roto, qué desconcierto debió de producir en su diluido espíritu. ¿Qué podía pensar, después del semiaislamiento de la isla de Cabral, del tumulto diario de *chez nous*, del imponente ego de Aurora y sus grandes panzadas de trabajo, que nos la ocultaban durante días seguidos, hasta que salía tambaleándose de su estudio, bizqueando de hambre y fatiga; de mis tres locas hermanas y Vasco Miranda, de la ladrona Miss Jaya y el cojo Lambajan y *Total*, y de la lujuria miope de Dilly Hormuz? ¿Y qué de *mí*?

Y luego estaba el continuo ir y venir de pintores y coleccionistas y gente de galerías y mirones y modelos y ayudantes y queridas y desnudos y fotógrafos y embaladores y comerciantes de piedras preciosas y vendedores de pinceles y americanos y matones y drogotas y profesores y periodistas y celebridades y críticos, y la charla interminable sobre *Occidente como problemática y el mito de la autenticidad y la lógica del sueño* y los contornos lánguidos de la figuración de Sher-Gil y la presencia, en la obra de B. B. Mukherjee, tanto de la *exaltación* como del *disentimiento*, y del *progresivismo* adocenado de Souza y la *centralidad de la imagen mágica* y el *proverbio* y las relaciones entre *gesto* y *motivos revelados*, por no hablar de las discusiones entre rivales sobre *cuánto* y *a quién* y *colectiva* y *exposición de un solo artista* y *Nueva York* y *Londres*, y las procesiones de llegada y partida de cuadros, cuadros, cuadros. Porque parecía como si a todos los pintores del país les hubiera entrado ganas de peregrinar hasta la puerta de Aurora para solicitar la bendición de su obra... Bendición que ella dio al ex banquero de la luminosa e

indianizada *La Última Cena*, y denegó con un esturrucio al autopublicista sin talento de Nueva Delhi de la bella mujer bailarina, con la que Aurora se fue a ensayar su número de Ganpati, dejando al pintor solo con sus horribles lienzos... ¿Era aquella excesividad gloriosa sencillamente demasiado para el pobre y anciano Aires?... En cuyo caso, nuestra anterior suposición de que el Paraíso de uno podía ser el Infierno de otro quedaría, quizá, plenamente demostrada.

¡Ay de tales hipótesis! La verdad no era nada por el estilo. Dejadme que diga de una vez que el tío abuelo Aires encontró algo más que un refugio en *Elephanta*. Encontró, para su asombro y el de todo el resto, un momento de camaradería agradable y tardía. No amor, quizá. Pero «algo». Ese «algo» que es mucho, mucho mejor que «nada», incluso cuando se acerca el fin de todos nuestros días semisatisfechos.

Muchos de los pintores que venían a sentarse a los pies de la gran Aurora se ganaban la vida con otras profesiones y eran conocidos dentro de nuestros muros como —por nombrar sólo algunos— el Doctor, la Doctora, el Radiólogo, el Periodista, el Profesor, el Tocador de *sarangi*, el Autor Teatral, el Impresor, el Conservador de Museo, el Cantor de Jazz, el Abogado y el Contable. Fue a este último —el artista que es hoy sin duda el heredero del puesto vacante de Aurora— a quien adoptó Aires: era entonces un cuarentón de cabello lacio, con enormes gafas de cristales del tamaño y la forma de televisores portátiles y, detrás de ellas, una expresión de inocencia tan perfecta que inmediatamente sospechabais que era una broma. En pocas semanas se convirtió en amigo íntimo de mi tío abuelo. En aquel último año de su vida, el tío abuelo Aires fue el modelo habitual del Contable y, en mi opinión, también su amante. Los cuadros pueden verlos todos, sobre todo el extraordinario *No siempre se tiene lo que quieres*, de 114 × 114 cm, óleo sobre tela, en el que una bulliciosa escena callejera —Muhammad Ali Road quizá— es contemplada desde el balcón de un primer piso por la figura desnuda, de cuerpo entero, de Aires da Gama, ligero y esbelto como un joven dios,

pero con las añoranzas no realizadas, irrealizables, no expresadas e inexpresables de la vejez, en cada pincelada de su pintada forma. Tiene un viejo bulldog a sus pies; y puede ser sólo mi imaginación, pero abajo entre la multitud... ¡Sí, precisamente allí...! ¡Esas dos figuras diminutas sobre el lomo del elefante con el anuncio de «Vimto» pintado en sus flancos...! ¿Podrían ser...? ¡Claro que lo son...! ¿El príncipe Enrique el Navegante y Carmen da Gama, haciendo señas al tío abuelo para que se una a ellos en su viaje?

(Érase una vez dos figuras en una embarcación, una con vestido de boda y otra no, y una tercera figura abandonada en su lecho nupcial. Aurora inmortalizó la dolorosa escena; y aquí, en la obra del Contable, sin duda, estaban esas tres mismas figuras. Sólo que su colocación era distinta. La danza había seguido; se había convertido en Danza de la Muerte.)

Poco después de la terminación de *No siempre se tiene lo que quieres*, Aires da Gama falleció. Aurora, y también Abraham, hicieron un viaje al Sur para enterrarlo. Sin tener en cuenta la costumbre de los trópicos, en donde las personas se dirigen rápidamente a su eterno reposo, para que, con su demora, no dejen mal olor en este mundo, mi madre llamó a la funeraria Mahalaxmi Deadbody Disposicians Pvt Ltd (lema: «¿Que tiene un difunto? ¿Y quiere enviarlo? ¡Pues vamos al punto! ¿Adónde hay que llevarlo?»), e hizo que pusieran a Aires en hielo para el viaje, a fin de que pudiera ser enterrado junto a Carmen en el terreno consagrado de la familia de la isla de Cabral, en donde el príncipe Enrique el Navegante podría encontrarlo si alguna vez se decidía a bajar en su elefante de las Montañas de las Especias. Cuando Aires llegó a su último destino y abrieron su «dispotenedor» de aluminio para pasarlo al ataúd, parecía —nos dijo Aurora— «un gran polo azul». Tenía escarchadas las cejas y estaba más frío que la tumba. «No te preocupes, tío —murmuró Aurora durante el funeral en el que ella y Abraham fueron los únicos asistentes—. Allí donde vas te calentificarán pronto.»

Pero no lo decía de corazón. Las rencillas del pasado habían sido olvidadas hacía tiempo. La casa de la isla de Cabral parecía un resto, una intrascendencia. Ni siquiera la habitación que Aurora, de niña prodigio, había cubierto de pinturas durante el período de su «arresto domiciliario» la afectaba ya, porque había vuelto a sus temas muchas veces, había regresado obsesivamente al estilo mítico-romántico en el que historia, familia, política y fantasía se empujaban mutuamente como las grandes multitudes de las estaciones de Victoria Terminus o Churchgate; y había regresado también a la exploración de una visión distinta de la India—como madre, no a la madre-de-aldea sentimental de Nargis sino a una madre de ciudades, tan despiadada y adorable, brillante y oscura, múltiple y solitaria, cautivadora y repugnante, henchida y vacía, sincera y engañosa como la propia metrópolis bella, cruel e irresistible.

—Mi padre creyó que había pintado aquí una obra maestra —le dijo a Abraham cuando estaban en la habitación pintada—. Pero, como puedes ver, son sólo los primeros pasos de una niña.

Aurora hizo que pusieran fundas en la vieja casa y la cerraran. Nunca volvió a Cochin, e incluso cuando murió Abraham le evitó la humillación de volar hacia el Sur como un pescado congelado. Vendió el lugar, que se convirtió en un hotel cochambroso, de precio moderado, para jóvenes mochileros y veteranos de la India que volvían, con pensiones insuficientes, para echar una última ojeada a su mundo perdido. Finalmente, o eso me dijeron, se derrumbó. Siento que ocurriera; pero para entonces yo era, creo, el único miembro de nuestra familia al que el pasado importaba una higa.

Cuando el tío abuelo Aires murió, todos nosotros tuvimos la sensación de haber llegado a un momento decisivo. Congelado, azul, marcó el fin de una generación. Ahora nos tocaba a nosotros.

Decidí no acompañar más a Miss Jaya en sus salidas a la ciudad. Pero incluso aquel distanciamiento resultó insuficiente; lo ocurrido en el Zaveri Bazaar me seguía doliendo. De manera que, por fin, fui a ver a

Lambajan a las puertas y, sonrojándose acaloradamente al saber que estaba humillándolo, le dije lo que sabía. Cuando terminé lo miré atemorizado. Después de todo, nunca había dicho antes a un hombre que su mujer era una ladrona. ¿Lucharía conmigo para lavar el honor de su familia, para matarme allí mismo? Lambajan no dijo nada, y su silencio se esparció desde él, amortiguando las bocinas de los taxis, los gritos de los vendedores de cigarrillos, los chillidos de los golfillos mientras jugaban a peleas de cometas y al aro y a esquivar-el-tráfico, y la ruidosa música de *playback* que salía del restorán iraní Sorryno (así llamado porque la enorme pizarra de la entrada decía *Sorry, No...* y luego venía la retahíla: ... *hay alcohol, No se dan direcciones de la localidad, No peinarse el cabello, No hay carne de vaca, No se regatea, No hay agua salvo con la comida, No hay periódicos ni revistas de cine, No compartir alimentos líquidos, No tomar hierba, No hay serillas, No hacer llamadas sin respuesta, No entrar con comida propia, No hablar de caballos, No hay cigarillos, No pasar mucho tiempo en el local, No levantar la voz, No hay cambio*, y dos últimas negaciones decisivas: *No se baja el volumen — Así es como nos gusta—y No se atienden peticiones musicales. Todas las melodías seleccionadas son del gusto del propietario*). Hasta el maldito loro pareció interesado en la respuesta del *chowkidar*.

—En mi trabajo, *baba* —dijo Lambajan por fin—, se ven muchas cosas contra las que hay que guardar. Viene un hombre con piedras preciosas baratas, y hay que proteger a las señoras de la casa. Viene otro con relojes malos que le suben por el brazo, y yo tengo que echarlo. Mendigos, *badmashes*, *lafangas*, todos. Es mejor que se vayan de aquí y así hago mi trabajo. Estoy aquí frente a la calle y respondo a lo que se me pide. Pero ahora me entero de que tengo que tener ojos también en la nuca.

—Está bien, olvídale —dije torpemente—. Estás furioso. Vamos a olvidarlo todo.

—Tú no lo sabes, *baba*, pero yo soy un hombre temeroso de Dios —

continuó Lambajan, como si yo no hubiera hablado—. Me quedo de guardia fuera de esta casa impía y no lo digo. Pero en Walkeshwar Tank y en el templo de Mahalaxmi conocen mi pobre cara. Ahora tendré que ir y hacer una ofrenda a Lord Ram y pedir otros ojos detrás. Y también oídos sordos, para no poder oír cosas-tan-malas demasiado-malas.

Después de haber acusado a Miss Jaya, los robos se interrumpieron. No nos dijimos nada, pero Lamba había hecho lo necesario y los días de raterías de ella terminaron. Y hubo otro final también: Lambajan dejó de ser mi entrenador de boxeo, dejó de saltar por el jardín como un zanco de resortes, gritando: «Venga, míster loro; ¿quieres hacerme cosquillas con tus plumas? ¡Ven y pega lo mejor que puedas!», dejó de querer llevarme al callejón de los púgiles callejeros para probar mi mano contra los mayores rufianes de la ciudad. La cuestión de si mis problemas de respiración anularían mi talento pugilístico natural tendría que aguardar muchos años para ser resuelta. Nuestras relaciones eran muy tensas y no se recuperaron realmente hasta mi propia gran caída. Y en el ínterin Miss Jaya Hé maquinaba, y con éxito, su venganza.

Ésa fue mi época en el Paraíso: toda una vida pero sin amigos. Apartado del colegio, estaba hambriento de gente de mi edad; y, en este mundo en el que la apariencia se convierte en realidad y tenemos que ser lo que parecemos, me convertí rápidamente en un adulto honorario, al que todos y cada uno hablaban y trataban como tal, excluido del mundo de lo que yo era. ¡Cuánto he soñado en la inocencia!... En mis días de infancia jugando al críquet en el *maidan* de Cross, en excursiones a las playas de Juhu o Marvé o a la colonia de Aarey Milk, en poner boca de pez al pez ángel del acuario de Taraporevala y reflexionar suavemente con los amigos en cómo sería para comer; en pantalones cortos y cinturones de hebilla de serpiente y en el éxtasis del *kulfi* de pistachos y las salidas para buscar comida china y en los primeros besos incompetentes de los jóvenes; en aprender a nadar los domingos por la mañana en el club Willingdon con aquel instructor a quien le gustaba

aterrorizar a sus alumnos yaciendo plano en el fondo de la piscina y dejando escapar todo el aire de sus pulmones. El desbordamiento de vida de la vida de un niño, sus altibajos de montaña rusa, sus alianzas y traiciones, los buenos ratos y rasguños de las cosas-de-chicos, me fueron denegados por mi tamaño y mi aspecto. Mi Edén era un Edén que *sabía*. Sin embargo, yo era feliz en él.

—¿*Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?*

—*Muy fácil: porque era mi casa.*

De manera que, sí, era feliz en medio de los desenfrenos de sus vidas de adulto, en medio de las tribulaciones de mis hermanas y de las cosas estrambóticas de mis padres que llegaban a parecer acontecimientos corrientes y en cierto modo lo parecen aún, todavía me persuaden de que es mi idea de la norma la que es estrambótica, la idea de que los seres humanos llevan vidas *normales, corrientes...* Poneos tras la puerta de cualquier casa, arguyo yo, y encontraréis un macabro país de las maravillas tan indómito como el nuestro. Y quizá tenga razón; o quizá esa actitud es también parte de mi dolencia, quizá esta —¿qué?— esta jodida forma de pensar disidente sea también culpa exclusiva de mi madre.

Mis hermanas dirían probablemente que lo era. ¡Oh mis Ina, Minnie, Mynah tanto tiempo atrás! Qué duro era para ellas ser hijas de su madre. Aunque ellas eran bellas, ella era mucho más encantadora. El espejo mágico de la pared de su alcoba nunca prefería a las más jóvenes. Y era más inteligente, más dotada, y tenía habilidad para cautivar a cualquier joven pretendiente que sus hijas se atrevieran a presentarle, de obnubilarlos tan profundamente como para echar a perder para siempre las posibilidades de las chicas; los jóvenes, cegados por la madre, no podían ya ver siquiera a Eeny-Meenie-Miney... Y luego estaba su lengua afilada, y su carencia de un hombro en el que poder llorar, y su disposición para dejarlas durante largos trechos de su infancia en las garras huesudas y sin alegría de Miss Jaya Hé... Aurora las perdió a todas,

sabéis, todas encontraron formas de dejarla, aunque la querían amargamente, la querían más apasionadamente de lo que ella podía quererlas a su vez, la querían más de lo que, a falta de un amor recíproco, sentirían nunca que se les permitía querer.

Ina, la mayor, Ina la del nombre partido en dos, era la gran belleza del trío y también, me temo, lo que a sus hermanas les gustaba llamar «la Estupi de la Familia». Aurora, siempre mamá generosa y amable, era capaz de hacer un gesto displicente en dirección a Ina, en la más animada de las reuniones, y decir a sus invitados: «Es sólo para contemplificarla, no para hablarla. La pobre chica es limitadilla de cerebro.» A los dieciocho años, Ina se armó de valor para que le perforasen las orejas en Jhaveri Bros, la joyería de Warden Road y, desgraciadamente, fue recompensada por su coraje con una infección; la parte de atrás de sus orejas se hinchó en bultos supurantes, que empeoraron por su decisión, por razones de vanidad, de no parar de pinchárselos para sacar el pus. Finalmente, tuvo que ser tratada en un hospital ambulatoriamente y todo aquel triste episodio de tres meses dio a su madre una nueva arma que utilizar contra ella.

—Quizá hubiera sido mejor que te las rebanaran —la riñó Aurora—. Quizá eso hubiera arreglificado el taponamiento. Porque tienes un taponamiento, ¿no? Alguna cera o tapón de oídos. La forma exterior es estupenda, pero nunca entra nada por ellas.

Desde luego, Ina se taponaba los oídos contra su madre, y competía con ella de la única forma en que creía poder; utilizando su aspecto. Se ofreció como modelo, uno por uno, a los artistas masculinos del círculo de Aurora —el Abogado, el Tocador de *sarangi*, el Cantor de Jazz— y, cuando reveló en sus estudios su físico extraordinario, su fuerza de gravitación los atrajo inmediatamente hacia ella; como satélites que cayeran de sus órbitas, hicieron un aterrizaje de emergencia en sus suaves colinas. Después de cada conquista, se las arreglaba para que su madre descubriera un billete amoroso o un dibujo pornográfico, como si fuera

un guerrero apache que mostrara al gran jefe las cabelleras de su tienda. Entró en el mundo del comercio además de en el del arte, llegando a ser la primera modelo india de pasarela y revistas ilustradas —*Femina, Buzz, Celebrity, Patakha, Debonair, Bombay, Bombshell, Ciné Blitz, Lifestyle, Gentleman, Eleganza, Chic*—cuya fama llegó a rivalizar con la de las estrellas de cine de *Bollywood*. Ina se convirtió en una diosa del sexo silenciosa, dispuesta a vestir las prendas más exhibicionistas diseñadas por la nueva generación de jóvenes diseñadores radicales que había surgido en la ciudad, unas prendas tan reveladoras que muchas de las modelos más famosas se avergonzaban. Ina, inavergonzable, con sus superandares de ondulantes caderas, se llevaba todos los aplausos. Se estimaba que su rostro en la portada de una revista hacía que las ventas aumentaran en un tercio; pero no daba entrevistas, rechazando todos los intentos de descubrir sus secretos más íntimos, como el color de su alcoba, su ídolo de cine favorito o la canción que le gustaba tararear mientras se bañaba. No daba consejos de belleza, no firmaba autógrafos. Permanecía distante: hasta la última pulgada mujer de la flor y nata de Malabar Hill, dejaba que la gente pensara que sólo hacía de modelo «por la risa». Su silencio aumentaba su atractivo; permitía a los hombres soñar sus propias versiones de ella y a las mujeres imaginarse a sí mismas en sus sandalias de tiras o sus zapatos de cocodrilo. En plena Emergencia, cuando en Bombay todo era como siempre, salvo que todo el mundo perdía los trenes porque habían empezado a salir a la hora, cuando las esporas de la plaga del fanatismo comunal se estaban extendiendo aún y la enfermedad no se había declarado todavía en la metrópolis... en aquella época extraña, mi hermana Ina fue votada Mujer Modelo N.º 1 por las jóvenes de la ciudad que leían esa clase de revistas, venciendo a Mrs. Indira Gandhi por dos a uno.

Pero Mrs. Gandhi no era la rival a la que estaba tratando de derrotar, y el hecho de que Aurora no mordiera el anzuelo, no condenara su libertinaje y su exhibicionismo, hacía que sus triunfos carecieran de

sentido; hasta que, finalmente, Ina pudo enviar a su gran madre una prueba epistolar de su *affaire* —un fin de semana robado, según resultó, en la Lord's Central House de Matheran... con Vasco Miranda—. Eso funcionó. Aurora hizo llamar a su hija mayor, la maldijo como puta ninfomaníaca y amenazó con echarla a la calle.

—No tendrás que empujarme —respondió Ina, orgullosamente—. No te preocupes; saltaré yo.

En un plazo de veinticuatro horas se había fugado a Nashville (Tennessee) con un joven *playboy* que era el único heredero de lo que quedaba de la fortuna de la familia Cashondeliveri después de haber comprado Abraham su parte a su padre y su tío. Jamshedjee Jamibhoy Cashondeliveri se había dado mucho a conocer en los clubes nocturnos de Bombay como proveedor, con el nombre artístico de «Jimmy Cash», de lo que a él le gustaba llamar música Country and Eastern, una serie de canciones gangosas sobre ranchos y trenes y amores y vacas, con un aire idiosincrásicamente indio. Ahora, Ina y él se habían largado al territorio, se habían llevado su amor a la pequeña ciudad. Ella tomó el nombre artístico de Gooddy (es decir, «Muñequita») Gama —la utilización de la versión abreviada del apellido de su madre indicaba la continua influencia de Aurora en los pensamientos y acciones de su hija— y ocurrió otra cosa. Ella, que se había convertido en una leyenda por guardar silencio, abrió ahora la boca y cantó. Encabezaba un grupo de tres cantantes de apoyo, y el nombre de su número, con el que estuvo de acuerdo a pesar de sus lamentables connotaciones parisinas, era «Jimmy Cash y las G. G.».

Ina volvió a casa, deshonorada, un año más tarde. Todos nos escandalizamos. Tenía el cabello grasiento y alborotado y había engordado más de setenta libras: ¡ya no era tan *Gooddy* Gama! Los funcionarios de inmigración no querían creer que fuera la joven de la fotografía de su pasaporte. Su matrimonio había terminado y, aunque ella dijo que Jimmy había resultado un monstruo y que «nosotros no

sabíamos» las cosas que había hecho, se supo también, con el paso del tiempo, que el omnívoro apetito sexual de ella por los vaqueros gorgoriteantes vestidos con piedras de estrás y su exhibicionismo creciente no cayeron bien a los moralistas árbitros de los destinos de los cantantes de Tennessee, ni, de hecho, a su marido Jamshed; y, para rematarlo, cantaba con el incorregible último graznido de un ganso estrangulado. Había gastado dinero tan liberalmente como había participado en los placeres de la cocina americana, y sus berrinches se habían hecho mayores, lo mismo que el resto de ella. Finalmente, Jimmy la había dejado, renunciando a la música Country and Eastern para convertirse en estudiante de derecho en California.

—Tengo que recuperarlo —nos rogó ella—. Tenéis que ayudarme a realizar mi plan.

El hogar es el sitio al que puedes volver siempre. Por penosas que fueran las circunstancias de tu partida. Aurora no mencionó su ruptura-de-un-año, y acogió a la hija pródiga entre sus brazos.

—Le arreglaremos las cuentas a ese sinvergüenza —consoló a la llorosa Ina—. Tú dinos qué quieres.

—Tengo que traerlo aquí —lloró ella—. Si cree que me estoy muriendo, vendrá con toda seguridad. Mandadle un telegrama diciendo que hay una sospecha de no sé qué. Algo que no sea contagioso. Un infarto.

Aurora reprimió una sonrisa.

—¿Qué te parecería —sugirió, abrazando a su recientemente algo expandida hija— alguna enfermedad *consumidora*?

Ina no entendió la nota sardónica.

—No, tonta —dijo en el hombro de Aurora—. ¿Cómo voy a perder tanto peso a tiempo? No me des ideas tan malas. Dile —y entonces se animó enormemente— que es un *cáncer*.

Y Minnie: el año en que Ina estuvo fuera, ella encontró su propia vía de escape. Siento tener que informaros de que nuestra dulce Inamorata, la

más afable de las jóvenes, se enamoró ese año nada menos que del propio Jesús de Nazareth, el Hijo del Hombre, y de su santa madre además. La ratita Minnie, la que siempre se escandalizaba fácilmente, la hermana para la que el libertinaje *beatnik* de nuestra familia había sido siempre objeto de escandalizados chasquidos de lengua y de manos-temerosas-en-la-boca, nuestra mini-Minnie inocente, de ojos muy abiertos, que había estado estudiando enfermería con las monjas de Altamount Road, anunció su deseo de cambiar a Aurora, su madre carnal, por María Gratiaplana, la Madre de Dios, de renunciar a sus hermanas para tener muchas más, y de pasar el resto de sus días lejos de *Elephanta*, en la casa de, y rodeada del amor de...

—¡Recristo! —blasfemó Aurora, más furiosa de lo que la había visto nunca—. Así es como nos paguificas todo lo que hemos hecho por ti.

Minnie se sonrojó, y se pudo ver que quería decir a su madre que no tomase en vano el nombre del Señor, pero se mordió los labios hasta que sangraron, e inició una huelga de hambre.

—Que se muera —dijo Aurora empecinada—. Más vale un cadáver que una monja.

Pero durante seis días la pequeña Minnie no comió ni bebió, hasta que empezó a desmayarse y se fue volviendo cada vez más renuente a volver a la vida. Ante la presión de Abraham, Aurora cedió. No vi llorar a mi madre a menudo, pero aquel séptimo día lloró, y parecía que le arrancaran aquellas lágrimas, que brotaban en sollozos secos y entrecortados. Se hizo venir a la hermana John, del convento de Gratiaplana —la misma hermana John que había estado presente en todos nuestros nacimientos— y ella vino con la serena autoridad de una reina vencedora, como si fuera la reina Isabel de España entrando en la Alhambra de Granada para aceptar la rendición de Boabdil el Moro. Era una embarcación de mujer grande y vieja, con velas blancas en torno a la cabeza y blandas oleadas de carne bajo la barbilla. Todo lo que la rodeaba

adquirió aquel día resonancias simbólicas; parecía ser el barco en el que zarparía nuestra hermana. En su labio superior tenía un lunar como un tocón nudoso —que significaba la contumacia de la verdadera fe— y de él salían como flechas —lo que sugería los sufrimientos del verdadero creyente— media docena de agujas de pelo.

—Bendita sea esta casa —dijo—, porque da una esposa al Señor.

Aurora Zogoiby necesitó todo su dominio de sí misma para no matarla allí mismo.

De manera que Minnie se había convertido en novicia y, cuando nos visitaba en su atuendo de Audrey Hepburn en *Historia de una monja*, los criados la llamaban —a quién se le ocurre— Minnie *mausi*. Madrecita, querían decir, pero yo no podía evitar encontrarlo un tanto escalofriante, como si los personajes disneyanos de Vasco Miranda de la pared de nuestros cuartos de niño fueran de algún modo responsables de la metamorfosis de mi hermana. Además, aquella nueva Minnie, aquella Minnie serena, remota, segura, de sonrisa de Mona Lisa y una chispa devota en sus ojos fijos-en-la-eternidad, aquella Minnie me parecía tan ajena como si se hubiera convertido en miembro de una especie distinta: un ángel, o una marciana, o una ratita bidimensional. Su hermana mayor, sin embargo, se comportaba como si nada hubiera cambiado en sus relaciones, como si Minnie —a pesar de haber sido reclutada por un ejército distinto— siguiera obligada a obedecer las órdenes de su Hermanita Mayor.

—Habla con las monjas —le ordenó Ina—. Consígueme una cama en su asilo. —(Las monjas de Gratiaplana de Altmount Road se especializaban en los dos extremos de la vida, en ayudar a la gente a entrar en este mundo pecador y a salir de él)—. Tengo que estar en un lugar así cuando vuelva mi Jimmy Cash.

¿Por qué lo hicimos? Porque, sabéis, todos colaboramos en el complot de Ina; Aurora envió el cancergrama y Minnie persuadió a las hermanas de Altamount para que pusieran a disposición de Ina una cama,

por razones de caridad, alegando que todo lo que pudiera salvar un matrimonio, proteger tan alto sacramento, era puro a los ojos de Dios. Y, cuando el telegrama funcionó y Jamshed Cashondeliveri llegó en avión a la ciudad, la ficción se mantuvo. Hasta Mynah, la tercera y más dura de mis hermanas, que había sido admitida recientemente en el colegio de abogados de Bombay y a la que veíamos cada vez menos en aquellos tiempos, acudió a prestar ayuda.

Hemos sido gente difícil, los Da Gama-Zogoiby, y cada uno de nosotros ha tenido que tomar una dirección distinta, para poder reclamar un territorio que pudiera llamar suyo. Después de los negocios de Abraham y la pintura de Aurora, vino la profesionalización de su sexualidad por Ina y la entrega de Minnie a Dios. En cuanto a Philomina Zogoiby —había prescindido del «Mynah» en cuanto pudo, y la niña mágica que imitaba los cantos de los pájaros había desaparecido hacía tiempo, aunque, con la obstinación de la familia, seguimos irritándola al utilizar su odiado apodo siempre que venía a visitarnos—, había decidido hacer carrera con lo que toda hija menor tiene que hacer para que le hagan caso; es decir, protestar. Tan pronto se hubo capacitado como abogada, le dijo a Abraham que había entrado en un grupo radical de mujeres activistas, cineastas y abogadas, cuya finalidad era sacar a la luz el doble escándalo de la gente invisible y de los invisibles rascacielos con el que a él le había ido tan bien. Llevó a Kéké Kolatkar y a sus compinches del ayuntamiento ante los tribunales, en un asunto famoso que duró muchos años y conmovió al viejo edificio de la F. W. Stevens Corporation —«¿Cuántos años tiene?» «Viejo. Es de los Viejos Tiempos»— hasta sus cimientos. Años más tarde conseguiría meter en la cárcel al viejo y retorcido Kéké; Abraham Zogoiby, sin embargo, se escapó, al haberle ofrecido el tribunal un trato, después de negociar con las autoridades fiscales, con gran indignación de su hija. Pagó alegremente una fuerte multa, testificó por la acusación contra su viejo aliado, se le concedió a cambio retirar la acusación contra él y, unos

meses más tarde, compró las hermosas K. K. Chambers, por casi nada, a la arruinada sociedad inmobiliaria del encarcelado politicastro. Y hubo otra derrota para Mynah; porque, aunque ella había conseguido probar con éxito la existencia de los edificios invisibles, no pudo demostrar la realidad de las personas invisibles que los habían construido. Siguieron clasificadas como fantasmas, moviéndose por la ciudad como espectros, aunque eran espectros que hacían que la ciudad funcionara, construyendo sus edificios, acarreando sus mercancías, limpiando sus boñigas y muriendo luego, sencilla y terriblemente, cada uno en su momento, no vistos, como si su sangre espectral saliera de sus bocas fantasmales en medio de las calles indiferentes y demasiado reales de la ciudad-perra.

Cuando Ina se refugió en el asilo de las hermanas de Altamont para aguardar el regreso de Jimmy Cash, Philomina nos sorprendió a todos haciendo a su hermana una visita. Había una canción de Dory Previn que en aquella época se oía mucho —a veces las cosas nos llegaban un poco tarde—, en la que la cantante acusaba a su amado de estar dispuesto a morir por perfectos extraños pero no a vivir con ella... Bueno, nosotros pensábamos en gran parte lo mismo de nuestra Philomina, que fue por lo que su preocupación por la pobre Ina resultaba tan inesperada.

¿Por qué lo hicimos? Creo que porque comprendimos que algo se había roto, que aquélla era la última vez que Ina echaba los dados. Creo que porque siempre habíamos sabido que, aunque Minnie era más pequeña y Mynah más joven, Ina era la más frágil, que, realmente, nunca había estado realmente bien desde que sus padres le cortaron el nombre en dos, y que, con su ninfomanía y demás, había estado viniéndose abajo durante años. De manera que ahora se estaba ahogando, se estaba agarrando a una ramita como se había agarrado siempre a los hombres, y el sonriente Jimmy era su última ramita.

Mynah se ofreció a recoger a Jamshed Cashondeliveri en el aeropuerto, razonando que, con su nueva vida de estudiante de derecho, quizá él encontrase más fácil sincerarse con ella. Jimmy llegó con

aspecto muy asustado y muy joven y, para que se sintiera cómodo, ella comenzó a parlotear, mientras lo llevaba a la ciudad, de su nuevo trabajo, de su «lucha contra la falocracia»... del asunto del mundo invisible y también de los esfuerzos de su grupo de mujeres por luchar contra la Emergencia ante los tribunales. Habló del ambiente de miedo que dominaba a una gran parte del país y de la importancia de la lucha por los derechos humanos y democráticos.

—Indira Gandhi —dijo—, ha perdido el derecho a llamarse mujer. Le ha crecido una polla invisible.

Como estaba tan absorta en sus propias preocupaciones y tan convencida de su justicia, no se dio cuenta de que Jimmy se iba poniendo más tenso cada minuto. No era un intelectual —la Facultad de Derecho le estaba resultando una gran lucha— y, lo que es más importante aún, no tenía una gota de radicalismo político en la sangre. De manera que Mynah fue la primera de nosotros que fastidió los planes de Ina. Cuando le dijo que ella y sus colegas esperaban ser detenidas en cualquier momento, él consideró seriamente la posibilidad de saltar del coche y dirigirse en línea recta al aeropuerto, antes de resultar culpable de asociación con una pariente política tan señalada.

—Ina se muere por verte —dijo Mynah al terminar su monólogo y, luego, enrojeciendo por la metáfora elegida—: Quiero decir que no, que no se está muriendo —rectificó con calor, empeorando las cosas. Se hizo un silencio—. Bueno, maldita sea, ya estamos —añadió un poco más tarde—. Ahora podrás verlo por ti mismo.

Minnie los recibió a la puerta del asilo María Gratiaplana, más parecida a Audrey Hepburn que nunca y, durante todo el camino hasta la habitación en que Ina aguardaba como un globo miserable, habló del fuego del Infierno y la condenación y de hasta-que-la-muerte-nos-separe, con una voz seráfica tan cortante como un cristal roto. Jimmy trató de decirle que Ina y él no habían firmado un contrato perfecto, santo, de azufrey-miel, optando en cambio por el «Especial de Medianoche», unas

nupcias-y-baile civiles al estilo *country*, en la sala de casorios rápidos Wed-Inn, en Reno, que se casaron con acompañamiento de música de Hank Williams Sr. y no de himnos ni antiguos ni modernos, y no de pie ante un altar sino junto a una «Estación de Enganche»; que no había oficiado un cura, sino un tipo con un sombrero de una capacidad de diez galones y con un par de revólveres de empuñadura de nácar cabalgándole las caderas, y que, en el momento en que fueron declarados marido y mujer, un vaquero de rodeo con zahones y un *bandanna* de lunares al cuello, se había levantado a sus espaldas, con un ¡*yajuu!* poderoso, y los había enlazado apretadamente con su lazo, aplastando el ramo nupcial de rosas amarillas contra el pecho de Ina. Las espinas le habían pinchado el seno hasta hacerlo sangrar.

Mi hermana no se conmovió por aquellas excusas laicas.

—Ese *cowboy* —declaró— era, ¿no lo comprende?, el Mensajero de Dios.

El encuentro con Minnie intensificó la reacción-dehuida que el monólogo de Mynah había provocado ya; y luego, tengo que admitirlo, yo también contribuí un poquito sin darme cuenta. Cuando Minnie y Jimmy llegaron al cuarto de Ina, estaba apoyado en la pared del pasillo, sumido en mis ensoñaciones. Distraídamente, al ver con los ojos de la mente a un *sij* joven y enorme que caía sobre mí en un concurrido callejón, me escupí en la deformada mano derecha. Jamshed Cashondeliveri dio un salto atrás asustado, colisionando con Mynah, y comprendí que yo debía de parecer el hermano vengador, un gigante de seis-pies-y-medio que se preparaba a acabar con el hombre que había causado a su hermana tanto sufrimiento. Traté de alzar las manos en señal de paz, pero él lo confundió con el gesto de desafío de un boxeador, y se zambulló en la habitación de Ina con un rostro auténticamente aterrorizado.

Patinó hasta detenerse a pocas pulgadas de la propia Aurora Zogoiby. Detrás de mi madre, sobre la cama, Ina había iniciado un

número de gemidos y quejidos; pero Jimmy sólo tenía ojos para Aurora. La gran señora era en aquella época una mujer de cincuenta y tantos, pero el tiempo se había limitado a aumentar su atractivo; inmovilizó a Jimmy como a un animal tonto capturado por los faros de su poderío, le dirigió el gran haz de luz de su atención, sin decir palabra, y lo hizo su esclavo. Después, cuando aquella farsa trágica había pasado, me dijo —lo admitió realmente— que no hubiera debido hacerlo, que hubiera debido quedarse a un lado y dejar que la separada pareja hiciera lo que pudiera de sus desdichadas vidas.

—¿Pero qué podía hacer yo? —me dijo (yo era entonces su modelo, y ella charlaba mientras trabajaba)—. Sólo quería ver si una vieja gallina como yo podía paralicificar en seco a un chaval joven.

No he podido evitarlo, quería decir mi madre-escorpión. Es algo natural en mí.

Ina, detrás de ella, estaba perdiendo rápidamente el control. Su patético plan había sido reconquistar el amor de Jimmy diciéndole que tenía pocas probabilidades, que su cáncer era sistémico, maligno, invasivo, que los ganglios estaban afectados, y que, con toda probabilidad, se había descubierto demasiado tarde. Una vez que él hubiera caído a sus pies, rogándole que lo perdonara, le habría dejado que lo pasara mal unas semanas, mientras fingía ser sometida a quimioterapia (estaba dispuesta a pasar hambre, incluso a entresacarse el pelo para lograr su amor). Finalmente, anunciaría una cura milagrosa, y vivirían felices para siempre. Todos aquellos planes quedaron deshechos por la mirada de adoración bovina con que su marido contemplaba a Aurora.

En ese momento, la necesidad aterrorizada que Ina sentía de él se desbordó hacia la demencia. En su frenesí, cometió la irreversible equivocación de acelerar su plan.

—Jimmy —chilló—, Jimmy, es un milagro, tú. Ahora que estás aquí, me he curado, lo sé, lo juro, que me hagan pruebas y ya verás, Jimmy, me has salvado la vida, Jimmy, sólo tú podías hacerlo, es la

fuerza del amor.

Él la miró detenidamente, y todos pudimos ver que las escamas caían de sus ojos. Se volvió y nos miró uno por uno, y vio la conspiración desnuda en nuestros rostros, la verdad que no podíamos seguir ocultando. Ina, derrotada, soltó una espumante cascada de dolor.

—Qué familia —dijo Jamshed Cashondeliveri—. Te lo juro. Absolutamente *pirada*.

Salió del asilo Gratiaplana y nunca volvió a ver a Ina.

El disparo de despedida de Jimmy fue una profecía; la humillación de Ina fue un punto de ruptura en la historia de nuestra familia. Después de aquel día y durante todo el año siguiente, Ina anduvo loca, entrando en una especie de segunda infancia. Aurora había vuelto a alojarla en el cuarto de niños de Vasco, en donde Ina —en donde todos nosotros— se había criado; cuando su locura empeoró, le pusieron una chaqueta de fuerza y acolcharon las paredes, pero Aurora no dejó que la internaran en un manicomio. Ahora que era demasiado tarde, ahora que Ina se había roto, Aurora se convirtió en la madre más cariñosa del mundo, alimentándola a la boca, lavándola como a un bebé, abrazándola y besándola como nunca la había abrazado o besado cuando estaba cuerda... Es decir, dándole el amor que, si le hubiera ofrecido antes, quizá habría dado a su hija mayor la fortaleza necesaria para resistir la catástrofe que destruyó su mente.

Poco después de terminar la Emergencia, Ina murió de cáncer. El linfoma se desarrolló muy rápidamente y se tragó su cuerpo como un mendigo en un festín. Sólo Minnie, que había terminado su noviciado, renaciendo como hermana Floreas —«suena como Flora Fountain», gruñó Aurora con frustrado desdén—, tuvo valor para decir que Ina se había buscado su propia enfermedad, que había «elegido su propia compañía». Aurora y Abraham nunca hablaron de la muerte de Ina, rindiéndole tributo en silencio, el silencio que en otro tiempo había contribuido a hacer de Ina una belleza famosa y era ahora el silencio de la

tumba.

De forma que Ina murió, y Minnie se fue, y Mynah estuvo brevemente en la cárcel... porque la detuvieron al final mismo de la Emergencia, aunque la pusieron en libertad enseguida, con mucho mejor reputación, después de la derrota electoral de Mrs. Gandhi. Aurora quiso decir a su hija menor lo orgullosa que estaba de ella, pero por alguna razón nunca lo consiguió; por alguna razón, la frialdad, la brusquedad de modales de Philomina Zogoiby siempre que tenía algún contacto con su familia lograba paralizar la lengua amorosa de su madre. Mynah no visitaba con frecuencia *Elephanta*; con lo que quedé yo.

Había una última persona que había caído por aquella grieta abierta en el mundo. Dilly Hormuz había sido despedida. Miss Jaya Hé, cuya función en la casa había pasado de *ayah* a ama de llaves, se había aprovechado de su nueva posición para dar un último golpe. Robó, del estudio de Aurora, tres dibujos al carbón de mí-niño, dibujos en los que mi mano estropeada se había metamorfoseado maravillosamente, convirtiéndose, de diversas formas, en una flor, una pincelada o una espada. Miss Jaya llevó esos dibujos al piso de mi Dilly y dijo que eran un regalo del «joven *sahib*». Luego dijo a Aurora que había visto a la profesora llevárselos y, *perdóneme*, Begum Sahib, *pero la actitud de esa mujer hacia nuestro chico no es moral*. Aurora fue a ver a Dilly ese mismo día, y los dibujos, que la buena de Dilly había colocado, en marcos de plata, sobre el piano, tapando los retratos de su propia familia, fueron toda la prueba que mi madre necesitaba de la culpabilidad de la profesora. Yo traté de defender a Dilly pero, una vez que la mente de mi madre se había cerrado, no había fuerza en la tierra que pudiera abrirla.

—De todas formas —me dijo—, eres ya demasiado mayor para ella. No te puede enseñificar nada más.

Dilly rechazó todos mis intentos —mis llamadas telefónicas, cartas, flores— después de haber sido echada. Bajé por última vez la colina hasta su casa, junto a los almacenes Vijay y, cuando estuve allí, no me

dejó entrar. Abrió la puerta unas tres pulgadas y se negó a apartarse. Aquella larga franja de ella, enmarcada en teca, aquella mandíbula rebelde y el parpadeo miope fueron la única recompensa de mi sudorosa excursión.

—Sigue tu camino, pobre muchacho —me dijo—. Te deseo lo mejor en una ruta tan difícil.

Ésa fue la venganza de Miss Jaya Hé.

Las llamadas «pinturas del Moro» de Aurora Zogoiby pueden dividirse en dos períodos distintos: las «primitivas», hechas entre 1957 y 1977, es decir, entre el año de mi nacimiento y el de las elecciones que barrieron a Mrs. G. del poder, y la muerte de Ina; los años «grandes» o «mejores», 1977-1981, durante los cuales creó las obras brillantes y profundas con las que se solía asociar casi siempre su nombre; y los llamados «Moros negros», los cuadros de exilio y terror que pintó después de mi marcha, y que incluyen su última obra maestra, sin terminar ni firmar, *El último suspiro del Moro* (170 × 124 cm, óleo sobre lienzo, 1987), en la que trató, por fin, el único tema que nunca había abordado directamente... enfrentándose, en aquella cruda representación del momento de la expulsión de Boabdil de Granada, con el trato que ella misma había dado a su hijo. Era un cuadro que, a pesar de su gran tamaño, había sido despojado hasta quedar reducido a lo más rigurosamente esencial y en el que todos los elementos convergían hacia el rostro del centro, el rostro del Sultán, del que manaban horror, debilidad, pérdida y dolor como la oscuridad misma, un rostro en un estado de tormento existencial que recordaba a Edward Munch. Era una pintura tan distinta del tratamiento sentimental dado por Vasco Miranda al mismo tema como cabría imaginar. Pero esa «pintura perdida» era también una pintura misteriosa... y qué sorprendente es que tanto el tratamiento de ese tema por Vasco como por Aurora desaparecieran a los pocos años de la muerte de mi madre, ¡el uno robado de la colección privada de C. J. Bhabha, el otro del legado mismo de Zogoiby! Caballeros, caballeras: permitidme despertar vuestro interés revelando que era un cuadro en el que Aurora Zogoiby, en sus inquietos últimos días, había ocultado una profecía de su muerte. (Y también el destino de Vasco estaba ligado a la historia de esos lienzos.)

Mientras anoto los recuerdos de mi papel en esas pinturas, tengo

conciencia, naturalmente, de que los que se someten como modelos para que con ellos se haga una obra de arte sólo pueden ofrecer, en el mejor de los casos, una versión subjetiva, a menudo herida, en ocasiones rencorosa, del-otro-lado-del-lienzo de la obra acabada. ¿Qué puede decir de interesante la humilde arcilla de las manos que la modelaron? Quizá sólo eso: *Yo estaba allí*. Y que, durante los años en que posé, hice también una especie de retrato de ella. Ella me miraba, y yo le devolvía la mirada.

Esto es lo que veía: una mujer alta con una *kurta* hasta media pierna, hilada en casa y manchada de pintura, sobre unos pantalones de lona azul oscuro, descalza, con el cabello blanco recogido en alto y pinceles que salían de él, lo que le daba un aspecto excéntrico de Madama Butterfly, una Butterfly interpretada por Katharine Hepburn o —¡sí!— por Nargis en alguna versión estrafalaria para portada de revista, *Titli Begum* podría haberla interpretado; no joven ya, no ya acicalada y pintada y, desde luego, no preocupada ya por ningún patético regreso de Pinkerton. Estaba ante mí en el menos lujoso de los estudios, una habitación que carecía hasta de una silla cómoda, y «sin aire acondicionado», de forma que era tan calurosa y húmeda como un taxi barato, con un lento ventilador de techo que se movía encima perezosamente. Aurora nunca dio señales de que le importaran un pito las condiciones climáticas; y yo tampoco, naturalmente. Me sentaba donde y como ella me ponía, y tenía a gala no quejarme nunca de los dolores de mis miembros, diversamente dispuestos, hasta que ella se acordaba de preguntarme si me gustaría hacer una pausa. De esa forma, un poco de su legendaria obstinación, de su determinación, se me filtraba a través del lienzo.

Yo fui el único hijo al que dio de mamar. Eso suponía una diferencia: porque, aunque recibía mi ración de su afilada lengua, había algo en la actitud de ella hacia mí menos destructivo que la forma de tratar a mis hermanas. Quizá era mi «condición», que ella no permitía que nadie llamase enfermedad, la que ablandaba su corazón. Los médicos

dieron a mi desgracia primero un nombre, luego otro, pero, cuando estábamos en su estudio como artista y modelo, Aurora me decía constantemente que no debía pensar en mí como víctima de ningún trastorno de envejecimiento prematuro, sino como en un niño mágico, un viajero en el tiempo.

—Sólo cuatro meses y medio en mi vientre —me recordaba—. Niño mío, comencificaste demasiado aprisa. Quizá despegues simplemente y salgas en zoom de esta vida, hacia otro espacio y otro tiempo. Quizá (¿quién sabe?) mejores.

Fue lo más cerca que estuvo nunca de expresar una creencia en la otra vida. Parecía como si hubiera decidido combatir el miedo —el suyo y el mío— adoptando esas estrategias coyunturales, haciendo de mi suerte una suerte privilegiada, y presentándome a mí mismo y al mundo como alguien especial, alguien con un sentido, una Entidad sobrenatural que no pertenecía realmente a aquel lugar, a aquel momento, pero cuya presencia allí definía las vidas de los que los rodeaban y la época en que vivían.

Bueno, yo la creía. Necesitaba consuelo y aceptaba contento lo que se me ofrecía. La creía, y eso ayudaba. (Cuando supe lo de la noche que faltaba después del Loto de Delhi, cuatro meses y medio antes de mi concepción, me pregunté si Aurora no estaría ocultando un problema diferente; pero no creo que lo hiciera. Creo que estaba tratando de hacer que mi semivida fuera completa, por el poder de su amor de madre.)

Me dio de mamar, y las primeras pinturas del Moro fueron hechas mientras yo me acurrucaba contra su pecho; dibujos al carbón, acuarelas, pasteles y, finalmente, una gran obra al óleo. Aurora y yo posamos, un tanto blasfemamente, como una Virgen-con-niño impíos. Mi mano atrofiada se había convertido en una luz resplandeciente, la única fuente de luz del cuadro. La tela de su vestido amorfo caía en pliegues fuertemente sombreados. El cielo era de un azul cobalto eléctrico. Era lo que Abraham Zogoiby quizá esperaba cuando encargó a Vasco que

pintara su retrato, casi diez años antes; no, era más de lo que Abraham podía haber imaginado nunca. Mostraba la verdad sobre Aurora, su capacidad para una pasión profunda y desinteresada y su costumbre de autoagrandarse; revelaba la magnificencia, la grandeza de su pelea con el mundo, y su determinación de trascender y redimir sus imperfecciones mediante el arte. La tragedia disfrazada de fantasía y traducida en los colores y la luz más bellos, más intensos, que era capaz de crear: una gema mitomaniaca. Lo llamó *Una luz para iluminar la oscuridad*.

—¿Por qué no? —se encogía de hombros cuando le preguntaban, Vasco Miranda entre otros—. Me interesa hacer cuadros religiosos para personas sin dios.

—Entonces guarda un billete para Londres en tu bolso —le aconsejó él—. Porque en este agujero maldito-de-Dios, nunca sabes cuándo puedes tener que huir.

(Pero Aurora se rió del consejo; y, al final, fue Vasco el que se marchó.)

Mientras yo crecía, siguió utilizándome como tema, y también esa continuidad era un signo de su amor. Incapaz de encontrar la forma de impedir que «fuera demasiado deprisa», me pintó para la inmortalidad, haciéndome el regalo de ser parte de lo que de ella misma quedaría. Por eso, como al autor del himno, dejadme que la cante con mente alegre, porque era buena. *Porque su bendición aún perdura...* Y en verdad, si se pidiera que pusiera el dedo —con mi mano entera lisiada de nacimiento— en la fuente de mi creencia de que, a pesar de la velocidad y del miembro tullido y de la falta de amigos, tuve una infancia feliz en el Paraíso, lo pondría en definitiva aquí, diría que la alegría de mi vida nació de nuestra colaboración, de la intimidad de aquellas horas privadas, en que ella me hablaba de todo lo que había bajo el sol, distraídamente, como si yo fuera su confesor, y en que yo supe los secretos de su corazón y de su mente.

Supe, por ejemplo, cómo se enamoró de mi padre: de la gran

sensualidad que estalló entre mis padres, en un almacén de Ernakulam, un día, obligándolos a reunirse, haciendo posible lo imposible, pidiendo que se le permitiera llegar-a-ser. Lo que más me gustaba en mis padres era esa pasión recíproca, el simple hecho de haber estado una vez allí (aunque, a medida que pasaba el tiempo, se hacía cada vez más difícil ver a los jóvenes amantes que habían sido en aquel matrimonio, cada vez más distante, en que se estaban convirtiendo). Como ellos se habían amado tanto, yo quería un amor así para mí, tenía sed de él, y aunque me perdiera en las ternezas y atletismos sorprendentes de Dilly Hormuz, sabía que ella no era lo que buscaba; oh, lo quería, quería aquel *asli mirch masala*, aquello que te hacía sudar dulces gotas de jugo de cilantro y echar llamas de guindilla por tus labios escocidos. Quería su amor picante.

Y, cuando lo encontré, creí que mi madre lo comprendería. Cuando necesitaba mover una montaña por amor, pensé que mi madre me ayudaría.

Ay de todos nosotros: me equivocaba.

Ella sabía lo de Abraham y las chicas del templo, desde luego, lo había sabido desde el principio.

—El hombre que quiere guardar secretos no debe balbucear en sueños —musitó vagamente un día—. Me aburría tanto la jerigonza nocturna de tu papá que me fui de su dormitorio. Una señora necesita descansar.

Y, mientras miro ahora a aquella mujer orgullosa y ocupada, la oigo decirme algo distinto por debajo de aquellas despreocupadas frases... la oigo admitir que ella, que rehusaba todas las transacciones y que no hacía concesiones, se había conformado con Abraham, a pesar de que las debilidades de la carne lo hacían incapaz de resistir la tentación de probar las mercancías que importaba de muy al Sur.

—A los viejos —gruñó ella otro día—, se les cae siempre la baba con las *bachchis*. Y los que tienen muchas hijas son los peores.

Durante cierto tiempo, fui lo suficientemente joven e inocente como para pensar que aquellas reflexiones eran parte del proceso por el que ella se metía en las vidas de las figuras de sus cuadros; pero, para cuando mi propia sensualidad fue despertada por Dilly Hormuz, había empezado a comprender de qué se trataba.

Siempre me había sorprendido el lapso de ocho años entre Mynah y yo, y por ello, cuando la comprensión descendió sobre mi personalidad de niño jovenviejo como una lengua de fuego, yo —a quien se había privado de la compañía de niños y, por eso, me encontré a una edad temprana utilizando un vocabulario de adulto sin la delicadeza ni el control de los adultos— no pude resistirme a soltar lo que había descubierto:

—Dejasteis de hacer niños —grité—, porque él andaba tonteando con chicas.

—Te voy a dar un *chapat* —me prometió ella—, que te va a saltificar los dientes de esa cara descarada.

La bofetada que siguió, sin embargo, no me causó problemas dentales duraderos. Su suavidad era toda la confirmación que yo necesitaba.

¿Por qué no se enfrentó nunca con Abraham por sus infidelidades? Os pido que consideréis que, a pesar de todas sus costumbres bohemias y librepensadoras, Aurora Zogoiby seguía siendo, en algún profundo recoveco de su corazón, una mujer de su generación, una generación que encontraba ese comportamiento tolerable, incluso normal, en un hombre; cuyas mujeres se sobreponían al dolor, enterrándolo con trivialidades sobre la *naturaleza masculina* y su necesidad periódica de *echar una cana al aire*. En aras de la familia, aquel gran absoluto en cuyo nombre todo era posible, las mujeres apartaban los ojos y se guardaban sus penas, anudadas en un repliegue de tela del borde de un *dupatta*, o bien cerradas en una bolsita de seda, como la calderilla y las llaves de la casa. Y puede haber sido también porque Aurora sabía que necesitaba a Abraham, lo necesitaba para que se ocupara del negocio y la dejara libre para el arte.

Puede haber sido así de sencillo, complaciente y cacoso.

(Un paréntesis sobre la complacencia: en mis reflexiones sobre la decisión de Abraham de ir al Sur cuando Aurora se dirigió al Norte para su último encuentro con Mr. Nehru y el escándalo del Loto, sospeché que mi padre estaba haciendo de esposo complaciente. ¿Era la reciprocidad lo que había tras su decisión, un matrimonio vacío y abierto, un sepulcro blanqueado, una farsa?... Ay, Moro, calma, calma. Los dos están más allá de tus reproches; tu cólera no puede hacer nada, aunque estremezca a la misma tierra.)

¡Cómo debió de odiarse ella por hacer esa elección suave, cobarde y financieramente motivada, de un trato diabólico con el destino! Porque —fuera de la generación que fuera—, la madre que yo conocí, la madre que llegué a conocer durante aquellos días en su espartano estudio, no era alguien que aceptase nada en la vida sin luchar. Era alguien que se enfrentaba, que ajustaba cuentas, que hablaba claro. Sin embargo, cuando se enfrentó con la ruina del gran amor de su vida y se le ofreció la elección entre una guerra honrada y una paz interesada y falsa, cerró la boca, y nunca dirigió a su esposo una palabra airada. Por eso el silencio creció entre ellos como una acusación; él hablaba en sueños, ella musitaba en su estudio, y los dos dormían en habitaciones distintas. Por un momento, cuando el corazón de él casi se rompió en los escalones de las cuevas de Lonavla, fueron capaces de recordar lo que en otro tiempo había sido. Pero, después de aquello, la realidad volvió pronto. A veces estoy convencido de que los dos veían mi mano tullida, mi envejecimiento, como una condena: un niño deformado nacido de un amor atrofiado, media vida nacida de un matrimonio que ya no estaba entero. Si había habido la sombra de una posibilidad de que se reconciliaran, mi nacimiento hizo que esa sombra huyera.

Primero adoré a mi madre, luego la odié. Ahora, al final de todas nuestras historias, miro hacia atrás y puedo sentir —al menos a ramalazos— cierta compasión. Lo que es una especie de cicatrización,

para su hijo y para la propia sombra sin descanso de mi madre.

Un fuerte deseo acercó a Abraham y a Aurora; una débil lujuria los separó. En estos últimos días, mientras escribía mis relatos de las desmesuras de Aurora, de sus inconveniencias y estridencias, he escuchado por debajo el ronco drama de esas notas de una pérdida. Ella perdonó a Abraham por decepcionarla una vez, en Cochin, en el asunto del intento de Rúmpeles-Tíjeles de Flory Zogoiby de quitarle un hijo todavía-por-nacer. En Matheran, ella intentó —y, al intentarlo, me creó a mí— perdonarlo por segunda vez. Pero él no se enmendó y no hubo un tercer perdón... Sin embargo, ella se quedó. Ella, que había sacudido a su mundo por amor, sofocó ahora su rebelión, encadenándose a un matrimonio cada vez más sin amor. No es de extrañar que su lengua se hiciera afilada.

Y Abraham: si hubiera vuelto a ella, renunciando a todas las demás, ¿podría haberlo salvado ella de hundirse en los mogambianos bajos fondos de Kéké y Scar y de delincuentes peores que aún vendrán? ¿Podría, con el bendito lastre de su amor, no haberse hundido en esa fosa...? No tiene sentido tratar de reescribir la vida de tus padres. Ya es bastante difícil tratar de reflejarla; por no hablar de la mía propia.

En los «Moros tempranos», mi mano se transformaba en una serie de milagros; con frecuencia, también mi cuerpo cambiaba milagrosamente. En uno de los cuadros —*Galanteo*—, yo era el Moro-de-pavo-real, desplegando mi cola de muchos ojos. En otro (pintado cuando yo tenía doce años y parecía de veinticuatro), Aurora invirtió nuestra relación, pintándose a sí misma como joven Eleanor Marx y a mí como su padre Karl. *Moro y Tussy* era otra idea bastante chocante: mi madre, de niña, mirándome con adoración, y yo en una pose patriarcal, agarrándome las solapas, vestido con túnica y con patillas, como una profecía del demasiado-próximo-futuro.

—Si fueras dos veces más viejo de lo que pareces y yo la mitad de vieja de lo que soy, podría ser tu hija —me explicó mi madre cuarentona,

y en aquella época yo era demasiado joven para entender nada, salvo la ligereza que ella utilizaba para disimular los aspectos más extraños de su voz.

Y no fue ése nuestro único retrato doble, o ambiguo; porque hubo también un *Morir después de un beso*, en el que se pintó a sí misma como Desdémona asesinada, atravesada en el lecho, mientras que yo era un Otelo apuñalado, cayendo hacia ella con remordimiento suicida, mientras exhalaba mi último suspiro. Mi madre describía esos cuadros, con autodesprecio, como «panto-pinturas», destinadas al entretenimiento privado de la familia: el frívolo equivalente para el artista de los bailes de disfraces. Sin embargo —como en el episodio de su malafamado cuadro de críquet, que será narrado ahora—, nunca era Aurora, con frecuencia, más iconoclasta y más *épatante* que cuando era más desenfadada; y el erotismo de alto voltaje de todas aquellas obras, que no expuso en vida, creó una ola de escándalo póstumo que sólo dejó de convertirse en un *tsunami* a escala natural porque ella, la descarada erotizante, no estaba ya allí para provocar a las personas decentes negándose a presentar disculpas, o incluso a manifestar el más mínimo arrepentimiento.

Después del cuadro de Otelo, sin embargo, la serie cambió de dirección, y comenzó a explorar la idea de situar una re-imaginación de la vieja historia de Boabdil —«no la versión autorizada sino la aurorizada», me dijo— en un escenario local, interpretando yo una especie de refrito hecho en Bombay del último de los nazaríes. En enero de 1970, por primera vez, Aurora Zogoiby situó la Alhambra en Malabar Hill.

Yo tenía trece años y estaba en la primera euforia de mis embriagueces con Dilly Hormuz. Aurora, mientras pintaba el primero de los *auténticos* Moros, me contó un sueño. Estaba en la «veranda trasera» de un traqueteante tren, en una noche española, sosteniendo mi cuerpo dormido entre sus brazos. De pronto supo —supo como se sabe en los

sueños, sin que nadie lo diga, pero con absoluta certeza— que, si me arrojaba fuera, si me sacrificaba a la noche, estaría segura, sería invulnerable, durante el resto de su vida. «Te lo aseguro, chico, me lo pensé mucho.» Luego rehusó la oferta del sueño, y me llevó otra vez a la cama. No hay que ser un experto bíblico para comprender que ella se había atribuido el papel de Abraham e, incluso a los trece años, en aquella casa de artistas, yo había visto reproducciones de la *Pietà* de Miguel Ángel, de manera que entendí de qué se trataba, o la mayor parte.

—Muchísimas gracias, mamá —le dije.

—De nada —me dijo ella—. Que lo hagan lo peor que puedan.

Este sueño, como tantos sueños, se hizo verdad; pero Aurora, cuando llegó realmente el momento abrahámico, no eligió como en su sueño.

Una vez que el fuerte rojo de Granada llegó a Bombay, las cosas comenzaron a moverse deprisa en el caballete de Aurora. La Alhambra se convirtió rápidamente en el algo no-totalmente-la-Alhambra; elementos de fuertes rojos de la India, los palacios-fortalezas mogoles de Delhi y Agra, esplendores mogoles mezclados con la gracia mora de la arquitectura española. La colina era una no-Malabar que miraba sobre un no-totalmente-Chowpatty, y las criaturas de la imaginación de Aurora comenzaron a poblarla: monstruos, deidades elefantes, fantasmas. El borde del agua, la línea divisoria entre dos mundos, se convirtió en muchos de aquellos cuadros en el centro principal de interés. Ella llenaba el mar de peces, barcos hundidos, sirenas, tesoros, reyes; y, en la tierra, un desfile de gentuza —rateros, chulos, putas gordas recogiendo los saris contra las olas— y otras figuras de la Historia o la fantasía o la actualidad o de ninguna parte, arracimándose hacia el agua como los verdaderos bombayitas en la playa, cuando dan sus paseos vespertinos. A la orilla del mar, extrañas criaturas combinadas se deslizaban de un lado a otro de la frontera entre los elementos. A menudo, Aurora pintaba la línea del agua de tal forma que sugería que estabas viendo un cuadro inacabado que ella hubiera abandonado, semicubriendo otro. Sin

embargo, ¿era el mundo acuático el pintado sobre el del aire, o a la inversa? Imposible estar seguro.

—Llámalo Moristán —me dijo Aurora—. Esta orilla del mar, esta colina, con el fuerte arriba. Jardines acuáticos y jardines colgantes, atalayas y también torres del silencio. Un lugar donde los mundos chocan, fluyen y refluyen mutuamente, y son arrastrificados. Un lugar en donde un hombre-aéreo puede ahogarse en el agua o, por el contrario, echar agallas; en donde una criaturaacuática puede emborracharse, pero también asfixificarse en el aire. Un universo, una dimensión, un país, un sueño, golpeando el uno contra el otro, o por debajo o por encima de todo. Llámalo la Palimpsixtina. Y por encima de todo, en el palacio, tú.

(Durante el resto de su vida, Vasco Miranda seguiría convencido de que ella le había copiado la idea; de que su-pintura-sobre-otra pintura era la fuente del artepalimpsesto de ella, y de que su lacrimoso Moro había inspirado sus retratos, de ojos secos, de mí. Aurora ni lo confirmaba ni lo negaba. «No hay nada nuevo bajo el sol», decía. Y en su visión de la oposición y mezcla de la tierra y el agua había algo del Cochin de su juventud, en el que la tierra pretendía ser parte de Inglaterra, pero era bañada por el mar de la India.)

No había nada que la detuviera. En torno y sobre la figura del Moro, en su híbrida fortaleza, iba tejiendo su visión, que era realmente una visión de *tejido* o, más exactamente, de entretejido. En cierto modo, se trataba de cuadros polémicos; en cierto modo, eran un intento de crear un mito romántico de la nación plural e híbrida; estaba utilizando la España árabe para volver a imaginarse la India, y aquel paisaje-de-tierra-y-mar, en el que la tierra podía ser fluida y el mar seco como una piedra, era su metáfora —¿idealizada?, ¿sentimental?, probablemente— del presente y del futuro, que confiaba en poder desarrollar. De forma que, sí, había allí un didactismo, pero, con el vívido surrealismo de sus imágenes y la brillantez de Martín pescador de sus colores y la dinámica aceleración de su pincel, era fácil no notar que se trataba de un sermón, disfrutar del

carnaval sin escuchar al animador, bailar al son de la música sin preocuparse del mensaje de la canción.

Los personajes —tan abundantes fuera del palacio— comenzaban a aparecer ahora dentro de sus muros. La madre de Boabdil, la vieja sargenta Ayxa, aparecía, naturalmente, con el rostro de Aurora; pero, en aquellas pinturas tempranas, la oscuridad del futuro, los ejércitos reconquistadores de Fernando e Isabel, apenas se vislumbraban. En uno o dos lienzos se veía, en el horizonte, una lanza que sobresalía, agitando una bandera; pero la mayoría de las veces, durante mi infancia, Aurora Zogoiby estuvo tratando de pintar una edad de oro. Judíos, cristianos, musulmanes, *parsis*, *sijs*, budistas, *jains*, se arremolinaban en sus bailes de gala del pintado Boabdil, y el propio sultán era representado de una forma cada vez menos realista, apareciendo cada vez con más frecuencia como un arlequín enmascarado y multicolor, como un hombre-colcha de retales; o bien, a medida que se le caía la vieja piel como a una crisálida, de pie, en forma de gloriosa mariposa, cuyas alas eran un compuesto maravilloso de todos los colores del mundo.

Cuando las pinturas de Moro avanzaron más por aquella ruta fabuladora, me resultó evidente que apenas era necesario que posara ya para mi madre; pero ella me quería allí, decía que me necesitaba, me llamaba su *talis-moro de la suerte*. Y yo me sentía contento de estar allí, porque la historia que se desplegaba en sus lienzos se parecía más a mi autobiografía que la historia real de mi vida.

Durante los días de la Emergencia, cuando su hija Philomina fue al combate contra la tiranía, Aurora se quedó en su tienda de campaña y trabajó; y quizá eso fuera también un acicate para las pinturas del Moro de ese período, quizá Aurora consideraba su obra como su propia respuesta a las brutalidades de la época. Irónicamente, sin embargo, un antiguo cuadro de mi madre, inocentemente incluido por Kekoo Mody en una exposición, por lo demás trivial, de cuadros de tema deportivo, provocó un escándalo mayor que cualquier cosa que pudiera hacer

Mynah. El cuadro, que databa de 1960, se llamaba *El beso de Abbas Ali Baig*, y se basaba en un incidente real ocurrido durante el tercer partido de críquet contra Australia en el estadio Brabourne de Bombay. La serie iba igualada a 1 y el tercer juego no favorecía a la India. En la segunda entrada, los cincuenta tantos de Baig —por segunda vez en el partido— permitieron a la base obligar a un empate. Cuando llegó a los 50, una mujer joven y bonita salió corriendo de la tribuna del norte, normalmente seria y de clase alta, y besó al bateador en la boca. Ocho carreras más tarde, tal vez un poco abrumado, Baig fue echado del campo (c Mackay b Lindwall), pero para entonces el partido se había salvado.

A Aurora le gustaba el críquet —en aquella época, cada vez había más mujeres atraídas por ese deporte, y jóvenes figuras como A. A. Baig estaban empezando a ser tan populares como los semidioses de las pelculillas de Bombay— y, por casualidad, estaba en el campo el día de aquel beso escandaloso y provocador de exclamaciones, un beso entre hermosos extraños, perpetrado en pleno día y en un estadio abarrotado, en unos tiempos en que no se permitía a ningún cine de la ciudad ofrecer al público una imagen tan obscenamente provocativa. ¡Bien! Mi madre se sintió inspirada. Se apresuró a ir a casa y, de un solo arrebató sostenido, terminó el cuadro, en el que el tímido besito «real», dado por una apuesta, se transformó en un besazo en toda regla de película occidental. Fue la versión de Aurora —rápidamente exhibida por Kekoo Mody y muy reproducida en la prensa nacional— la que recordaba todo el mundo; incluso los que habían estado en el campo aquel día comenzaron a hablar —meneando mucho la cabeza con desaprobación— del húmedo libertinaje y las contorsiones desinhibidas de aquel beso interminable, que, juraban, había durado *horas*, hasta que los árbitros lograron separar a la pareja y recordaron al bateador sus deberes hacia el equipo. «Sólo en Bombay —decía la gente, con ese cóctel de excitación sexual y aprobación que sólo un escándalo puede mezclar-y-agitar debidamente—. Qué ciudad más disoluta, *yaar*, te lo juro.»

En el cuadro de Aurora, el estadio de Brabourne, en su alboroto, rodeaba a los dos besucones, las mironas tribunas se curvaban hacia arriba y sobre ellos, borrando casi el cielo y, entre el público, había actores de cine —algunos de los cuales habían estado realmente presentes— con los ojos desorbitados, y babeantes políticos y fríamente observantes científicos e industriales dándose palmadas en los muslos y haciendo chistes groseros. Hasta el celebrado *Hombre de la calle*, del dibujante R. K. Laxman, estaba en las partes abiertas de la tribuna oriental, con aspecto de estar escandalizado a su estilo bobalicón y despistado. De esa forma, el cuadro llegó a convertirse en la última-pintura-de-la-India, una instantánea de la llegada del críquet al corazón de la conciencia nacional y, de forma más controvertida, un grito generacional de rebelión sexual. La hipérbole explícita del beso —un revoltijo de miembros femeninos y de almohadillas y ropa blanca del jugador de críquet, que recordaba el erotismo de las tallas tántricas de los templos Chandela de Khajurao— fue descrita por un crítico de arte liberal como «el grito de Libertad de la Juventud, un acto de desafío ante las narices del statu quo», y por un comentarista editorial más conservador como «una obscenidad que debiera ser quemada en la plaza pública». Abbas Ali Baig se vio obligado a negar que hubiera besado a la chica a su vez; el popular columnista de críquet «A.F.S.T.» escribió un ingenioso artículo en su defensa, sugiriendo que los simples artistas harían bien en abstenerse en lo sucesivo de meter sus pinceles en las cosas serias de la vida, como el críquet; y, al cabo de cierto tiempo, el pequeño escándalo pareció haberse apagado. Pero, en la serie siguiente, contra Pakistán, el pobre Baig sólo marcó 1, 13, 19 y 1, fue echado del equipo, y casi no volvió a jugar nunca más por la India. Se convirtió en blanco de un joven y despiadado caricaturista político, Raman Fielding, quien —parodiando las antiguas pinturas Chipkali— firmaba sus caricaturas con una ranita, que normalmente aparecía haciendo un comentario malévolo en los bordes de la viñeta. Fielding —más conocido

ya, por la rana, como *Mainduck*—acusó falsa y vilmente a honorable y muy dotado Baig de haberse eliminado voluntariamente frente a Pakistán, porque era musulmán. «Y ése es el tipo que tiene la frescura de besar a nuestras patrióticas chicas hindúes», murmuraba la rana moteada del ángulo.

Aurora, horrorizada por el ataque a Baig, envolvió el cuadro y lo guardó. Si permitió que se exhibiera de nuevo quince años más tarde, fue porque había llegado a pensar en él como una obra curiosa de interés puramente histórico. El bateador en cuestión se había retirado hacía tiempo, y besarse no era ya una actividad tan atroz como había sido en aquellos viejos y malos tiempos. Lo que no había previsto era que Mainduck —ahora político comunal a jornada completa y uno de los fundadores del «Eje de Mumbai», el partido de los nacionalistas hindúes que llevaba el nombre de la diosa—, madre de Bombay, cuya popularidad estaba aumentando rápidamente entre los pobres, volvería al ataque.

No dibujaba ya chistes, aunque, en el extraño baile de atracción y repulsión que bailarían luego con mi madre —la cual, recordémoslo, utilizaba invariablemente la palabra «caricaturista» como un insulto— se podía discernir siempre su gran resentimiento. Parecía indeciso sobre si quería hincarse de rodillas ante la gran artista y gran señora de Malabar Hill, o arrastrarla a la porquería en que él vivía; y sin duda era también esa ambigüedad la que atraía a la gran Aurora hacia él... hacia aquel *motu-kalu*, aquel tipo gordo y renegrido que representaba la mayoría de las cosas que ella más profundamente aborrecía. Muchos de los miembros de mi familia han sentido predilección por lo sórdido.

El nombre de Raman Fielding derivaba, según la leyenda, de su padre, loco por el críquet, un espabilado golfillo de Bombay que rondaba por la Bombay Gymkhana suplicando que le dieran una oportunidad. «Por favor, *babujis*, ¿no vais a dar a este pobre *chokra* un bateo? ¿Sólo un lanzamiento? Está bien, está bien... Entonces, ¿sólo un *fielding*? Resultó ser un jugador pésimo, pero, cuando se inauguró el estadio de Brabourne

en 1937, obtuvo un empleo como guarda y, con el paso de los años, su habilidad para agarrar y expulsar a los que se colaban llamó la atención del inmortal C. K. Nayudu, quien lo reconoció de los viejos tiempos de la Gymkhana y bromeó: «Bueno, mi pequeño *sólo un fielding...* no hay duda de que has llegado a hacer algunas atrapadas expertas.» Desde entonces, el tipo fue conocido siempre por J. O. Fielding, y aceptó con orgullo el nombre como propio.

Su hijo aprendió una lección distinta del críquet (para disgusto, se dijo, de su padre). No se había hecho para él el humilde placer democrático de ser simplemente una parte, aunque fuera ínfima, aunque fuera marginal, de aquel mundo querido. No: de joven, en los tascucios de ron de Bombay Central, arengaba a sus amigos sobre los orígenes del juego indio, fomentando la rivalidad entre comunidades.

—Desde el principio, los *parsis* y musulmanes trataron de robarnos el juego —proclamaba—. Pero cuando los hindúes formamos nuestros equipos, resultamos naturalmente demasiado fuertes. De igual modo, tenemos que hacer cambios más allá de la frontera. Durante demasiado tiempo hemos estado tumbados, dejando que tipos antiindios nos ganaran por la mano. Si unimos nuestras fuerzas, ¿qué podrá resistírsenos? En su estrafalaria concepción del críquet como juego fundamentalmente comunal, esencialmente hindú, pero con su hinduidad constantemente amenazada por las otras, traicioneras, comunidades del país, están los orígenes de sus ideas políticas y del propio «Eje de Mumbai». Incluso hubo un momento en que Raman Fielding pensó en la posibilidad de dar a su nuevo movimiento político el nombre de algún gran equipo de críquet hindú —el Ejército de Ranji, los Tiranos de Mankad— pero finalmente se decidió por la diosa —alias Mumba-Ai, Mumbadevi, Mumbabai—, uniendo así el nacionalismo regional y religioso en su nuevo grupo, potente y explosivo.

El críquet, el más individualista de todos los juegos de equipo, se convirtió, irónicamente, en la base de las estructuras internas,

neoestalinistas y rígidamente jerárquicas, del «Eje de Mumbai» (Mumbai Axis: MA), como fue conocido rápidamente: porque —como descubrí luego de primera mano— Raman Fielding insistió en agrupar a sus dedicados dirigentes en «onces», y cada uno de aquellos pequeños pelotones tenía un «capitán de equipo» al que había que jurar absoluta lealtad. El consejo rector del MA se conoce hasta hoy por «Primer XI». Y Fielding insistió desde el principio en ser llamado «Entrenador».

Su antiguo apodo de sus días de caricaturista nunca se utilizaba en su presencia, pero, por toda la ciudad, se podía ver su famoso símbolo de la rana —*Votad a Mainduck*— pintado en las paredes y pegado en los costados de los coches. Por extraño que parezca en un dirigente populista de tanto éxito, era un hombre que detestaba la familiaridad. De modo que se le decía siempre Entrenador a la cara y Mainduck a la espalda. Y, en los quince años que mediaron entre sus dos ataques a *El beso de Abbas Ali Baig*, como un hombre que llega a parecerse a su animal favorito, se había convertido realmente en una versión gigante de aquella rana de historieta, mucho tiempo antes abandonada. Recibía a su corte debajo de un *gulmoohr*, en el jardín de su chalet de dos pisos en el barrio residencial de Largaum, de Bandra East, rodeados de ayudantes y postulantes, junto a un estanque acolchado de lirios y en medio de, literalmente, docenas de estatuas de Mumbadevi, grandes y pequeñas; flores doradas descendían flotando para ungir las cabezas de las estatuas, así como la de Fielding. La mayor parte del tiempo estaba sumido en un silencio cavilador; pero, de vez en cuando, aguijoneado por alguna observación poco juiciosa de un visitante, la palabra brotaba de él, que era malhablado y aterroradoramente letal. Y, en su silla de caña baja, con su gran vientre arrojado sobre las rodillas como un saco de ladrón, con su voz como el croar de una rana saliéndole por sus gruesos labios de rana y el pequeño dardo de su lengua lamiendo las comisuras de su boca, con sus encapuchados ojos de rana mirando codiciosamente los rollitos —*beedi* de dinero con los que sus temblorosos solicitantes trataban de

apacarlo, y que él hacía rodar exquisitamente entre sus deditos regordetes hasta que, finalmente, iniciaba con lentitud una enorme sonrisa de rojas encías, era realmente un Rey Rana, un Mainduck *Raja* cuyas órdenes no podían desobedecerse.

Para entonces, había decidido reescribir la historia de la vida de su padre, borrando de su repertorio la anécdota del sólo-un—*fielding*. Comenzó diciendo a los periodistas extranjeros que lo visitaban que su padre había sido un literato educado y cultivado, un internacionalista, que había adoptado el nombre de Fielding como genuflexión ante el autor de *Tom Jones*.

—Me llamáis limitado y provinciano —reprochaba a los periodistas—. Intolerante y mojigato, me habéis llamado también. Pero, desde la época de mi infancia, mis horizontes intelectuales fueron amplios y libres. Fueron —dejadme decirlo así— *picarescos*.

Aurora se enteró de que su obra había vuelto a encender la ira del poderoso anfibio, cuando Kekoo Mody la telefoneó, con cierta agitación, desde su galería de Cuffe Parade. El MA había anunciado su intención de marchar contra la pequeña sala de exposiciones de Kekoo, alegando que estaba exhibiendo, de forma flagrante, una representación pornográfica de la agresión sexual de un «deportista» musulmán a una inocente doncella hindú. Se esperaba que el propio Raman Fielding encabezara la marcha y dirigiera la palabra a la multitud. Había policías, pero en número insuficiente; el peligro de violencias, incluso de un ataque armado a la galería, era muy real.

—Espera un poco —le dijo mi madre—. Ese pequeño cara de rana. Sé cómo ajustificarle las cuentas. Dame treinta segunditos.

Al cabo de media hora, la marcha había sido desconvocada. En un discurso preparado, un representante del Primer XI del MA dijo, en la conferencia de prensa apresuradamente convocada, que, debido a la inminencia de Gudhi Padwa, el Año Nuevo maharahstri, la protesta contra la pornografía se había suspendido, para que ningún brote de

violencia —¿Dios no lo quisiera!— estropeará aquel día feliz. Además, en atención a la indignación de la gente, la Mody Gallery había accedido a retirar el cuadro ofensivo. Sin salir de *Elephanta*, mi madre había evitado la crisis.

Sin embargo, madre: no fue una victoria. Fue una derrota.

La primera conversación entre Aurora Zogoiby y Raman Fielding había sido breve y concisa. Por una vez, ella no había pedido a Abraham que le hiciera el trabajo sucio. Hizo su propia llamada telefónica. Lo sé: yo estaba allí. Años más tarde supe que el teléfono de la mesa de Raman Fielding era un instrumento especial, importado de los Estados Unidos; el auricular parecía una brillante rana de plástico verde, y croaba en lugar de hacer sonar un timbre. Fielding debió de ponerse la rana contra la cara y oyó la voz de mi madre saliendo por los labios del batracio.

—¿Cuánto? —preguntó mi madre.

Y Mainduck le dijo el precio.

He preferido escribir toda la historia de *El beso de Abbas Ali Baig*, porque la entrada de Fielding en nuestras vidas fue un momento de cierta importancia; y porque, durante cierto tiempo, esa escena de críquet fue el cuadro por el que Aurora Zogoiby se convirtió, digamos, en demasiado bien conocida. La amenaza de violencias cedió un tanto, pero la obra tuvo que seguir oculta... sólo se pudo salvar uniéndose a las muchas cosas invisibles de la ciudad. Un principio había quedado erosionado: un guijarro bajaba rebotando por una colina: plink, plonk, plank. Habría muchas más de esas erosiones en los años que siguieron, y el guijarro saltarín sería acompañado por muchas piedras mayores. Pero Aurora misma no hizo grandes afirmaciones —ni de principio ni de calidad— sobre *El beso*; para ella era un *jeu d'esprit*, rápidamente concebido y ligeramente ejecutado. Sin embargo, el cuadro se convirtió en un albatros, y yo fui testigo tanto de su *ennui* al tener que defenderlo interminablemente, como de su furia, por la facilidad con que aquel «monzón en una tetera» había apartado la atención de su verdadera obra.

Fue requerida por la prensa oficial para que hablase ponderadamente de los «motivos subyacentes», cuando sólo había tenido caprichos; para que hiciera declaraciones morales cuando sólo («sólo») había habido un juego, y sentimiento, y la lógica desplegada e inexorable del pincel y de la luz. Se vio obligada a responder a acusaciones de irresponsabilidad social por diversos «expertos», y se aficionó a refunfuñar, de mal humor, que, a lo largo de la Historia, los intentos de hacer a los artistas responsables ante la sociedad se habían traducido en nulidades: arte de tractores, arte cortesano, basura de caja de chocolates.

—Lo que más me molesta, sin embargo, de esos «—ólogos» que surgifican como dientes de dragón —me dijo, pintando furiosamente—, es que me obligan a convertirme en gran parte en una «—óloga» también.

De pronto se encontró con que la describían —voces del MA, pero no sólo ellas— como «artista cristiana», e incluso, en una ocasión, como «esa cristiana casada con un judío». Al principio, esas expresiones la hacían reír, pero pronto comprendió que no eran muy divertidas. ¡Qué fácilmente una personalidad, una vida de trabajo y acción y afinidad y oposición, podían verse arrastrados por un ataque así! «Es como si —me dijo, utilizando accidentalmente una imagen de críquet— no tuviera ninguna carrera en la maldita pizarra.» O, en otra ocasión: «Es como si no tuviera nada de dinero en el maldito banco.» Recordando las advertencias de Vasco, respondió de una forma característicamente imprevisible. Un día de aquellos años oscuros del decenio de 1970 —años que, por alguna razón, parecen más oscuros en el recuerdo porque podía verse muy poco de su tiranía, porque, en Malabar Hill, la Emergencia era tan invisible como los rascacielos ilegales y los pobres sin voto— me dio, al final de un largo día en el estudio, un sobre con un billete de ida a España, y mi pasaporte con un visado español.

—Ocúpate de que siempre sean válidos —me dijo—. El billete puedes renovarlo todos los años, y el visado también. Yo no me iré a ninguna parte. Si esa Indira que siempre me ha odiado con ganas quiere

venir y llevarse, ya sabe dónde me puede encontrar. Pero quizá llegue el día en que tengas que aceptar el consejo de Vasco. Aunque no te vayas con los ingleses. Ya los hemos visto bastante. Vete a buscar la Palimpsestina; vete a ver el Moristán.

Y, para Lambajan, a sus puertas, tuvo también un regalo: una canana negra de cuero y, colgando de ella, una funda de policía con la solapa abotonada y, dentro de la funda, cargada, una pistola. Se encargó de que tomara lecciones de tiro. En cuanto a mí, escondí su regalo; y después, supersticiosamente, nunca dejé de hacer lo que me había sugerido. Mantuve abierta la puerta de atrás y me cercioré de que había un avión en la pista. Ya había empezado a despegar. Todos habíamos empezado. Después de la Emergencia, la gente empezó a mirarnos con otros ojos. Antes de la Emergencia, éramos indios. Después, fuimos judíos cristianos.

Plank, plonk, plink.

No ocurrió nada. Ninguna turba vino a nuestra puerta, no llegaron oficiales para capturarnos y desempeñar el papel de ángeles vengadores de Indira. La pistola de Lamba permaneció en su funda. Fue a Mynah a quien detuvieron, pero sólo por unas semanas, y la trataron con mucha cortesía y le permitieron recibir en su celda visitas, libros y comida. Terminó la Emergencia. La vida continuó.

No ocurrió nada, pero ocurrió todo. Hubo un tumulto en el Paraíso. Murió Ina y, después del funeral, Aurora volvió a casa y pintó un cuadro del Moro, en el que la línea entre la tierra y el mar había dejado de ser una frontera permeable. Ahora la pintó como una grieta en zig-zag, de dibujo duro, hacia la que fluía la tierra al mismo tiempo que el océano. Los masticadores de mangos y *singhani*, los bebedores de jarabes azul eléctrico, tan azucarados que tus dientes peligraban sólo con mirarlos, los empleados de oficina con sus pantalones remangados y sus zapatos baratos en la mano, y todos los enamorados descalzos que paseaban por la versión de Chowpatty Beach que había bajo el palacio del Moro,

gritaban cuando la arena que tenían bajo sus pies los chupaba hacia la fisura, lo mismo que a los rajabolsos, los puestos iluminados con neón de los vendedores de tentempiés y los monos adiestrados, con uniforme de soldado, que habían estado muriendo-por-la-Patria para divertir a las multitudes paseantes. Todos fluían hacia aquella oscuridad dentellada, junto con las palometas y medusas y cangrejos. El arco vespertino de la propia Marine Drive, Marine Drive con su trivial collar de luces, de perlas cultivadas, se había deformado; hasta el paseo marítimo estaba siendo empujado hacia el vacío. Y, en su puesto de la colina, el Moro arlequín contemplaba desde arriba la tragedia, impotente, suspirante, y viejo antes de tiempo. La difunta Ina estaba a su lado traslúcida, la Ina de antes de Nashville, en la cumbre de su voluptuosa belleza. Este cuadro, *Moro y el fantasma de Ina miran hacia el abismo*, se consideró luego el primero del «gran período» de la serie del Moro, los lienzos apocalípticos y llenos de energía en que Aurora vertió todo su dolor por la muerte de una hija, todo el amor materno inexpresado durante tanto tiempo; pero también sus temores mayores, proféticos, de Casandra incluso, por aquel país, su atroz sufrimiento por la amargura de lo que, al menos en la India de sus sueños, había sido en otro tiempo dulce-como-jugo-de-caña. Todo aquello estaba en los cuadros, sí, y también estaban sus celos.

—¿Celos? —¿De qué, de quién, de cuándo?

Todo ocurrió. Y cambió el mundo. Llegó Uma Sarasvati.

La mujer que transformó, exaltó y arruinó mi vida entró en el hipódromo de Mahalaxmi cuarenta y un días después de la muerte de Ina. Era domingo por la mañana, al comienzo de la estación fría de final de año y, según la antigua costumbre —«Cómo de antigua», me preguntaréis, y yo responderé al estilo Bombay: «*Antigua*, hombre. De tiempos *antiguos*»— los habitantes más elegantes de la ciudad se habían levantado temprano y ocupado el puesto de los purasangres locales, nerviosos y con pedigrí, tanto en el *paddock* como en la pista. No había carreras programadas; sólo podían distinguirse las sombras de los *jockeys* desaparecidos con sus camisas brillantemente abultadas, los ecos fantasmales de antiguos y futuros cascos y las notas desvanecientes de los relinchos humeantes de los corceles, sólo el susurro del rodar del oro, los ejemplares desechados de los boletines de carreras «Cole» —¡Oh guías de etiqueta inestimables!—, con los ojos de la imaginación, reluciendo como las débiles huellas de un cuadro pintado encima, por debajo de aquella escena semanal de *rus in urbe*, de aquella procesión parasoleada de los grandes ociosos. Venían rápidamente con zapatillas de correr y pantalón corto, con sus bebés atados a la espalda, o deambulando amablemente, con bastones y jipijapas, los nobles del pescado y del acero, los condes de la tela y del transporte marítimo, los lores de las finanzas y las inmobiliarias, los príncipes de la tierra y el mar y los poderosos del aire, y también sus señoras, vestidas de tiros largos en seda y oro, o con chándal y cola de caballo, con bandas rosas tendidas sobre frentes atléticas, como diademas reales. Había algunos que pasaban corriendo por delante de los marcadores de estadios, con el cronómetro dispuesto; otros que navegaban lentamente por delante de la antigua tribuna, como trasatlánticos que arribaran al muelle. Era una ocasión para encuentros, tanto lícitos como ilícitos; para hacer tratos y estrechar manos al hacerlos; para que el matriarcado de la ciudad echase una ojeada a sus

jóvenes y tramase futuras nupcias, y para que los jóvenes de ambos sexos intercambiasen miradas e hicieran sus propias elecciones. Una ocasión para que los miembros de las familias se reunieran, y una congregación de los clanes más poderosos de la metrópolis. Poder, dinero, parentesco y deseo: ésas, ocultas bajo las ventajas más sencillas de un saludable paseo de una hora en torno al viejo hipódromo, eran las fuerzas impulsoras del Mahalaxmi Weekend Constitutional, unas carreras sin caballos con un prado de primera, un Derby sin pistola de salida ni foto de llegada, pero uno en el que se podían ganar muchos premios.

Aquel domingo, seis semanas después de la muerte de Ina, estábamos haciendo un esfuerzo por cerrar las filas, tristemente diezmadas, de la familia. Aurora, con elegantes pantalones y camisa de lino blanco de cuello abierto, se había preocupado de mostrar la solidaridad familiar, entrando del brazo de Abraham, blanco de cabellera y magníficamente recto de espalda a los setenta y cuatro, hasta la última pulgada el mismo patriarca que viste y calza, no ya un primo de provincias entre los grandes, sino el más grande de todos ellos. Sin embargo, la mañana no había empezado muy prometedoramente. De camino a Mahalaxmi, habíamos recogido a Minnie —la hermana Floreas— a la que habían excusado, por motivos familiares, de los oficios de la mañana en el convento de María Gratiaplena. Iba sentada a mi lado en el asiento de atrás, con su decoración de monja con cofia, enredando con el rosario y musitando avemarías para sus adentros, con aspecto —pensé— de ser una versión de la Duquesa de *Alicia en el país de las maravillas*; mucho más bonita, desde luego, pero igualmente absolutista; o como una chica de la baraja de la Corte: *Cara de ángel*—encuentra-a-la-Reina de Picas.

—He visto a Ina esta noche —declaró sin preámbulos—. Me ha dicho que os dijera que es feliz en el cielo y que la música es muy bonita.

Aurora se puso púrpura, apretó los labios y sacó la mandíbula. Minnie había empezado últimamente a ver visiones, aunque Aurora no

estaba convencida. El punto de vista del rorro de la Duquesa podía aplicarse también, parafraseándolo, a la santa duquesa de mi hermana: *Sólo lo hace para fastidiar, porque sabe que molesta.*

Abraham dijo: «No disgustes a tu madre, Inamorata», y entonces fue Minnie la que frunció el ceño, porque ese nombre pertenecía a su pasado, y no guardaba relación con la persona en que se estaba convirtiendo, la maravilla de las monjas de Gratiaplana, la más ascética de todas las incondicionales, la menos quejosa de las trabajadoras, la más frotadora de las frotadoras de suelos, la más amable y entregada de las monjas y — como si tratase de expiar una vida de privilegios— la que llevaba la ropa interior más picante de la orden, que se había cosido ella misma con sacos de yute que apestaban a cardamomo y té, y que hacía que su tierna piel se hinchase en grandes verdugones, hasta que la madre superiora la advirtió de que una mortificación excesiva era, en sí misma, una forma de vanidad. Después de aquella reprimenda, la hermana Floreas dejó de llevar tela de saco contra la piel, y sus visiones comenzaron.

Sola en su celda sobre su tabla de madera (había prescindido rápidamente de la cama), la visitó un ángel de cabeza de elefante, sin sexo, que formuló una dura crítica de las licenciosas costumbres de los habitantes de Bombay, a los que comparó con los sodomitas y gomorrhais, amenazando con inundaciones, sequías, explosiones e incendios, castigos que se extenderían por un período de unos dieciséis años; y también fue visitada por una rata negra y parlante, que profetizó que la Peste misma retornaría, como última peste de todas. La visión de Ina era algo mucho más personal y, aunque las primeras manifestaciones habían hecho temer a Aurora sobre todo por el equilibrio mental de su hija, esta nueva aparición la sacó de sus casillas, quizá, en medida no pequeña, por la reciente aparición del fantasma de Ina en su propia obra, pero también por la sensación general que tenía, desde la muerte de su hija —una sensación compartida por muchas personas en esa clase de estados inestables y paranoides— de que la estaban siguiendo. Las

apariciones estaban entrando en nuestra vida familiar, atravesando la frontera entre el arte y los hechos observables de la vida diaria, y Aurora, nerviosa, se refugió en su rabia. Pero ese día había sido designado como día de la unidad familiar, y por eso, cosa rara en ella, mi madre se mordió los labios.

—Dice que la comida es también buena —añadió Minnie, informativamente—. Toda la ambrosía, el néctar y el maná que puedas comer, y nunca engordas.

Afortunadamente, el hipódromo de Mahalaxmi estaba sólo a unos minutos en coche de Altamount Road.

Y ahora Abraham y Aurora iban del brazo como no habían ido en muchos y largos años, y Minnie, nuestro querubín particular, trotaba a sus talones, mientras yo me quedaba un poco atrás, bajando la cabeza para evitar las miradas de la gente, hundiendo profundamente la mano en mis pantalones y dando patadas al césped, por vergüenza; porque naturalmente podía oír los susurros y risitas de las matriarcas y las jóvenes bellezas de Bombay, y sabía que, si caminaba demasiado cerca de Aurora —que, a pesar de su cabello blanco, no parecía tener, a los cincuenta y tres, más de cuarenta y cinco años— para el transeúnte ocasional, vuestro seguro servidor, con veinte-que-parecían-cuarenta, tendría aspecto de ser demasiado mayor para ser su hijo. *Ay míralo... desgracia... anormal... alguna enfermedad extraña... me han dicho que lo tienen encerrado... una vergüenza así para la familia... dicen que es casi idiota... e hijo único de su pobre padre.* De esa forma, la lengua aceitosa de la murmuración lubricaba la rueda del escándalo. Nuestro pueblo no reacciona con gentileza ante los infortunios del cuerpo. Ni, por cierto, de la mente.

Tal vez, en cierto modo, aquellos susurrantes del hipódromo tenían razón. En cierto modo, yo era una especie de idiota social, separado de lo cotidiano por mi naturaleza, convertido en extraño por el destino. Ciertamente, nunca me había considerado un estudioso de ningún tipo.

Gracias a mi educación insólita y (para criterios convencionales) desesperadamente insuficiente, me había convertido en una especie de urraca de la información, reuniendo a mi alrededor toda clase de trocitos relucientes de datos reales y paparruchas y libros e historia del arte y política y música y películas, y desarrollando también cierta habilidad para manipular y arreglar aquellos fragmentos lamentables, de forma que centellearan y reflejaran la luz. ¿Simples piritas, o pepitas de oro inestimables extraídas del rico filón bohemio de mi infancia singular? Que sean otros los que decidan.

Es cierto que había conseguido aferrarme a Dilly, por motivos no incluidos en el programa, mucho más tiempo del que hubiera debido. Y tampoco se planteaba ir a la universidad. Hice de modelo algún tiempo para mi madre, mientras mi padre me acusaba de desperdiciar la vida y comenzaba a insistir en iniciarme en el negocio familiar. Había pasado mucho tiempo desde que nadie —salvo Aurora— se atreviera a enfrentarse con Abraham Zogoiby. A los setenta y tantos, él era fuerte como un buey, estaba en forma como un luchador y, prescindiendo de su asma, que empeoraba, tan sano como cualquiera de los que hacían *jogging* por el hipódromo. Sus orígenes relativamente humildes habían quedado olvidados, y la antigua empresa C-50 de los Camoens había quedado integrada en el enorme consorcio conocido acronímicamente, en el lenguaje comercial como «Siodi Corp». «Siodi» correspondía a las iniciales inglesas C. O. D., que correspondían a Cashondeliveri, y la utilización del apodo era enérgicamente fomentada por Abraham. Hacía desaparecer lo viejo —el recuerdo del arruinado e integrado imperio de los importantes Cashondeliveri— y traía lo nuevo. Un retrato de las páginas financieras lo llamó «*Mr. Siodi*», *el brillante y nuevo empresario que hay detrás de la Casa de Cashondeliveri* y, después de aquello, algunos de sus asociados comerciales comenzaron a llamarlo, equivocadamente, «Siodi Sahib». Abraham no siempre se tomaba la molestia de corregirlos. De forma que estaba empezando a dar una nueva

capa de pintura sobre su propio pasado... y también como padre la edad había pintado una imagen de palimpsesto sobre el recuerdo del hombre que había abrazado a su hijo recién nacido y llorado palabras de consuelo. Ahora se había vuelto formidable, distante, peligroso, frío e imposible de desobedecer. Yo bajé la cabeza, y acepté su oferta de un puesto de principiante en el departamento de comercialización, ventas y publicidad de la Baby Softo Talcum Powder Company (Private) Limited. Después de ello, tuve que programar mi trabajo con Aurora fuera de mis obligaciones en la oficina. Pero sobre modelos y bebés se hablará enseguida.

En cuanto a la cuestión de una novia, mi brazo estropeado —un impedimento en el terreno de los libres de impedimentos— era realmente una especie de espectro en un banquete de bodas, y hacía que las señoras jóvenes se estremecieran melindrosamente, porque les recordaba la fealdad de la vida cuando, como correspondía a su alta cuna, ellas trataban de concentrarse en su belleza. ¡Puah! Era un puño aterrador. (Por lo que se refiere a mi futuro a largo plazo: sólo diré que, aunque Lambajan me había mostrado algo del verdadero potencial de mi mano derecha, dura como una cachiporra, todavía no había descubierto mi auténtica vocación. Mi espada dormía aún en mi mano.)

No, yo no formaba parte de aquellos purasangres. A pesar de mis interrumpidas peregrinaciones con nuestra ratera ama de llaves Jaya Hé, era un extraño en su ciudad: un Kaspar Hauser, un Mowgli. Sabía poco de su vida y (lo que era peor) no quería saber más. Porque, aunque quizá fuera un extraño entre aquella raza de carreras, ya a mis veinte años había acumulado experiencia a un ritmo tal que había llegado a sentir que el tiempo, en mis proximidades, comenzaba a moverse a mi propia y duplicada velocidad. No me sentía ya como un joven atrapado dentro de una piel vieja... o, mejor, para utilizar la jerga de la industria textil de la ciudad, una piel «anticuada», o incluso «envejecida». Mi edad exterior y aparente se había convertido sencillamente en mi edad.

O eso creía: hasta que Uma me enseñó la verdad.

Jamshed Cashondeliveri, que, inesperadamente, había caído en una profunda depresión por la muerte de su ex mujer y abandonado la facultad de derecho, se reunió con nosotros en Mahalaxmi, como había dispuesto Aurora. No lejos del hipódromo está Great Beach, o Breach Candy (es decir, «Caramelo Roto») por la cual, en ciertas temporadas, solía entrar el océano, inundando los apartamentos bajos de atrás; lo mismo que Hornby Vellard (es decir, el Muro de Hornby) se construyó para cerrar Breach Candy (según fuentes fiables, se terminó hacia 1805), la ruptura entre Jimmy e Ina se cerraría póstumamente, o así lo había decidido Aurora, por el muro de su indomable voluntad.

—Hola, tío, tía —dijo Jimmy Cash, que esperaba torpemente en la meta, ensayando una sonrisa torcida. Luego su rostro cambió. Sus ojos se abrieron más, el color desapareció de sus mejillas de-todas-formas-muypálidas y se le cayó la mandíbula.

—¿Qué mosca te ha piquificado? —le preguntó Aurora, sorprendida—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

Pero el hipnotizado Jimmy no respondió; y, sin decir palabra, siguió con la boca abierta.

—Saludos, familia —dijo a nuestras espaldas la voz sardónica de Mynah—. Espero que no os importe, chicos, pero he traído a una amiga.

Todos los que paseamos aquella mañana con Uma Sarasvati en torno a las pistas de Mahalaxmi sacamos una opinión distinta de ella. Averiguamos algunos datos objetivos: que tenía veinte años, y era una destacada estudiante de bellas artes de la Universidad de Baroda (estado de Madrás), en donde había recibido ya muchos elogios por el llamado «grupo Baroda» de artistas, y en donde el renombrado crítico Geeta Kapur se había sentido inducido a escribir en términos elogiosos de su gigante talla en piedra de Nandi, el gran toro de la mitología hindú, que había encargado a Uma el corredor de bolsa y multimillonario V. V. Nandy... el mismísimo *Cocodrilo* Nandy. Kapur había comparado esa obra a la de los anónimos maestros de la maravilla monolítica del siglo

XVIII (y del tamaño del Partenón), el templo de Kaiash, la mayor de todas las cuevas de Ellora; pero Abraham Zogoiby, al oír hablar de la estatua mientras paseábamos, soltó una carcajada que era un bramido notablemente parecido al de un toro.

—Ese joven atracador de V. V. nunca tuvo vergüenza —rugió—. Un toro Nandi, ¿no? Hubiera debido ser uno de esos cocodrilillos ciegos de los ríos del norte.

Uma se había presentado a sí misma, con una carta de un amigo de la delegación de Gujarati del Frente Unido de Mujeres Contra el Alza de los Precios, en la diminuta y abarrotada oficina, en un edificio de tres pisos deteriorado, cerca de la estación de Bombay Central, desde el que el grupo de Mynah, de mujeres activistas contra la corrupción y en pro de los derechos civiles y de la mujer —conocido por Comité del WWSTP por su eslogan más conocido, *We Will Smash This Prison (Is Jailko Todkar Rehengé*, Destruiremos Esta Prisión, llamado también con sorna, por sus detractores, *Women Who Sleep Together Probably* : Mujeres que Probablemente Duermen Juntas)— estaba combatiendo a media docena de Goliats. Uma había hablado de lo mucho que estimaba la pintura de Aurora, pero también de la importancia de la labor realizada por grupos muy motivados, como el de Mynah, al poner al descubierto las lacras de la quema de esposas, crear patrullas de mujeres contra la violación, y en docenas de otras esferas. Su pasión y sus conocimientos encantaron a mi hermana, notablemente terca; de ahí su presencia en nuestra pequeña reunión de familia en el *turf* de Mahalaxmi.

Eso, por lo que se refiere a lo que no podía discutirse. Lo que fue realmente notable fue que, durante aquel paseo matutino en Mahalaxmi, la recién llegada encontró la forma de pasar unos minutos en privado con cada uno de nosotros sucesivamente y, cuando se fue, diciendo modestamente que ya había importunado demasiado tiempo en aquella reunión de familia, cada uno de nosotros tenía una firme opinión de ella, y muchas de esas opiniones se contradecían por completo y resultaban

imposibles de reconciliar. Para la hermana Floreas, Uma era una mujer de la que la espiritualidad parecía fluir como un río; era abstinente y disciplinada, un alma grande capaz de calar hasta la unidad final de todas las religiones, cuyas diferencias estaba convencida de que se disolverían bajo el resplandor bendito de la luz divina; mientras que, en opinión de Mynah, era dura como una piedra —lo que, viniendo de Philomina, era un gran cumplido— y una feminista marxista y laicista, cuyo compromiso inagotable con la lucha había renovado los propios deseos de pelear de Mynah. Abraham Zogoiby desechó ambas opiniones como «otras tantas bobadas» y elogió la agudísima mentalidad financiera de Uma y su dominio de las últimas teorías sobre negociación y absorción de compañías. Y Jamshed Cashondeliveri, el de los ojos saltones y mandíbula caída, confesó en murmullos que ella era la viva reencarnación de la maravillosa y difunta Ina, de Ina como había sido antes de que las hamburguesas de Nashville la echaran a perder, «ella —nos espetó, como el imbécil que siempre había sido— es como una Ina con voz de cantante, y también con un cerebro». Empezó a explicar que Uma y él se habían escabullido unos momentos detrás de la tribuna, y allí la joven le había cantado con la voz *country* más dulce que había escuchado nunca, pero para Aurora Zogoiby fue demasiado.

—Todo el mundo ha perdido la cabeza —tronó—. Pero tú, Jimmy, muchacho, has rebasificado el punto en que podías dar marcha atrás. ¡Lárgate! Vete *ek-dum* y no vuelvas a arrojar tu sombra sobre nuestra puerta.

Dejamos a Jimmy en el *paddock*, con una mirada de pez aturdido en los ojos.

Aurora se resistió a Uma desde el principio; fue la única que salió del hipódromo con la boca escépticamente torcida. Permitidme que subraye este punto: nunca dio una oportunidad a la joven, aunque Uma era indefectiblemente modesta sobre sus propias aptitudes artísticas, locuazmente adoradora del genio de mi madre, y no solicitaba favores.

De hecho, después de su triunfo en los Documenta 1978 de Kassel, cuando los más ilustres marchantes de Londres y Nueva York no querían dejarla escapar, puso una conferencia a Aurora desde Alemania, gritándole a través del chisporroteo internacional: «He hecho que Kasmin y Mary Boone me prometieran exhibir también tu obra. De otro modo, les he dicho, no permitiré que expongan la mía.»

Ella descendió entre nosotros, como una *dea-ex-machina*, y habló a nuestro ser más recóndito. Sólo la impía Aurora no la escuchó. Una vino tímidamente a *Elephanta* dos días más tarde y Aurora cerró la puerta de su estudio. Lo que —para decirlo suavemente— no fue adulto ni educado. Para compensar la brusquedad de mi madre, me ofrecí a enseñar a Uma la vieja casa, y le dije con calor:

—Serás bienvenida en esta casa siempre que quieras.

Lo que me dijo Uma en Mahalaxmi no se lo repetí a nadie. Para el consumo público, lo que ella dijo riéndose fue: «Bueno, si esto es una pista de carreras, quiero correr», se había sacudido las *chappals*, cogiéndolas con la mano izquierda, y había salido disparada por la pista, con su largo pelo zumbando detrás como las líneas de velocidad de las historietas, marcando el aire que atravesaba como las estelas de los reactores marcan el cielo. Yo había corrido detrás, claro; no se le había ocurrido que no lo hiciera. Ella era una corredora veloz, más rápida que yo, y finalmente tuve que renunciar, porque mi pecho empezaba a agitarse y a silbar. Me apoyé jadeante contra las barreras blancas, apretándome con ambas manos los pulmones y tratando de calmar el ataque. Ella volvió hasta donde estaba y puso sus manos sobre las mías. Mientras mi respiración se calmaba, me acarició suavemente la derecha estropeada y dijo, con voz casi demasiado baja para ser audible:

—Esta mano podría aplastar todo lo que se le pusiera en su camino. Yo me sentiría muy segura cerca de una mano así. —Luego me miró a los ojos y añadió—: Hay un chico muy joven ahí dentro. Puedo ver cómo me mira. Qué combinación, *yaar*. Un espíritu juvenil y ese aspecto de

hombre mayor que, tengo que confesarte, me ha gustado toda la vida. Demasiado, te lo juro.

De manera que es esto, me dije a mí mismo maravillado. Este escozor de lágrimas, este nudo en la garganta, este calor en la sangre. Mi sudor había cobrado un olor picante. Me sentí yo mismo; mi yo auténtico, la identidad secreta que había escondido tanto tiempo que temía que no existiera ya, se levantó de los confines de mi ser y llenó mi centro. Ahora no era el hombre de nadie, pero también, por completo, inmutablemente y para siempre, era suyo.

Ella me quitó las manos de encima; dejando detrás un Moro enamorado.

La mañana de la primera visita de Uma, mi madre había decidido que quería pintarme desnudo. La desnudez no era nada especial en nuestro círculo; a lo largo de los años, muchos de los pintores y sus amigos habían posado unos para otros en cueros. No hacía tanto tiempo, el baño de huéspedes de *Elephanta* había sido decorado con un mural de Vasco Miranda, en el que estaban él mismo y Kekoo Mody con bombín y nada más. Kekoo aparecía tan delgado y alargado como siempre, pero el éxito y los años de disipación y de juerga habían redondeado a Vasco, que era también, con gran diferencia, el más pequeño. El interés de la pintura estaba en el hecho evidente de que los dos hombres parecían haber intercambiado sus penes. La polla de Vasco era asombrosamente larga y delgada, como un pálido salchichón, mientras que el alto Kekoo lucía un órgano oscuro y rechoncho, de diámetro y circunferencia impresionantes. Sin embargo, ambos hombres juraban que no había habido trueque. «Yo tengo el pincel y él tiene el rollo de billetes —explicaba Vasco—. ¿Qué podría ser más apropiado?» Fue Uma Sarasvati la que dio al cuadro el nombre con el que luego fue conocido: *La Gorda y la Flaca*, dijo con una risita, y el nombre quedó.

Después de visitar *La Gorda y la Flaca*, me encontré hablando a Uma de la historia de las pinturas del Moro, y del nuevo proyecto de un

Moro desnudo. Me escuchó seriamente mientras yo describía con orgullo mi colaboración artística con mi madre, y luego me atacó con aquella sonrisa enorme, con los rayos de aquella pistola extraterrestre que podía disparar desde sus ojos gris pálido.

—No está bien que, a tu edad, te exhibas desnudo delante de tu mamaji —me amonestó—. Vamos a conocernos mejor y yo seré quien esculpa tu belleza en mármol de Carrara importado. Lo mismo que el *David*, con su mano demasiado grande, yo haré de la gran maza de tu mano el miembro más encantador del mundo. Hasta entonces, Mr. Moro, guárdese, por favor, para mí.

Se marchó poco después, porque no quería disturbar a la gran pintora mientras trabajaba. A pesar de esta prueba de delicadeza de su sensibilidad, mi egoísta madre fue incapaz de decir nada bueno de nuestra nueva amiga. Cuando le dije que no podría posar para su nuevo cuadro, por las muchas horas que tenía que pasar en mi nuevo puesto en las oficinas de Bebé Blandito en Worli, estalló.

—No me vengas con blanduras —chilló—. La pescadorcita te ha echado el anzuelo y tú, como un pez estúpido, crees que sólo quiere jugar. Pronto estarás fuera del agua y ella te fritificará en *ghee*, con jengibre-ajo, *mirch-masala*, comino y, quizá, algunas patatas fritas como guarnición.

Cerró de un portazo la puerta de su estudio, dejándome fuera para siempre; nunca me pidió que volviera a posar para ella.

El cuadro, *El Moro, desnudo de madre, contempla la llegada de Chimène*, era tan formal como *Las Meninas* de Velázquez, pintura con la que, en su juego de puntos de vista, está un tanto en deuda. En una recámara de la imaginaria Alhambra malabar de Aurora, contra una pared decorada con intrincados dibujos geométricos, el Moro estaba de pie, desnudo, con el technicolor de rombos de su piel. Detrás de él, en el alféizar de la festoneada ventana, había un buitre de la Torre del Silencio y, apoyada contra la pared, cerca de ese marco macabro, una *sitar*, con un

ratón que mordisqueaba su caja laqueada en forma de melón. A la izquierda del Moro estaba su aterradora madre, la reina Ayxa-Aurora, con oscuras vestiduras largas y sueltas. La imagen del espejo era bellamente naturalista... No había arlequín, ni fingimientos de *Boabdil*; sólo yo. Pero aquel Moro a rombos no se miraba en el espejo, porque, en el umbral de la puerta, a su derecha, había una bella joven... Uma, naturalmente. Uma hecha ficción, hispanizada, como aquella «Chimène», Uma con aspectos de Sofía Loren en *El Cid*, birlada de la historia de Rodrigo Díaz de Vivar e introducida, sin más explicaciones, en el universo híbrido del Moro... y entre sus manos extendidas e invitadoras había muchas maravillas — orbes de oro, pájaros enjoyados, diminutos homúnculos—, flotando mágicamente en el aire luciente.

Aurora, en sus celos maternos del primer amor verdadero de su hijo, había creado aquel grito de dolor, en el que los intentos de una madre por mostrar a su hijo la sencilla verdad sobre sí mismo resultaban condenados al fracaso por las artimañas enloquecedoras de una hechicera; en la que los ratones roían toda posibilidad de música y los buitres aguardaban pacientemente su almuerzo. Desde que Isabella Ximena da Gama, en su lecho de muerte, había reunido en su persona las figuras del Cid Campeador y Ximena, su hija Aurora, que había recogido la antorcha caída de Belle, se había visto también a sí misma como héroe y heroína combinados. El que ahora tuviera que hacer aquella separación —que al Moro pintado se le diera el papel de Charlton Heston y una mujer con el rostro de Uma fuera bautizada con la versión afrancesada del segundo nombre de mi abuela— era casi una admisión de derrota, un presentimiento de inmortalidad. Ahora Aurora, como la anciana Ayxa viuda, no era la que se miraba en el espejo-espejo; ahora era Boabdil-Moro el que se reflejaba en él. Pero el auténtico espejo mágico era el que tenía en sus (mis) ojos; y, en aquel espejo oculto, no había duda de que la hechicera del umbral era la más bella de todas.

El cuadro, pintado, como muchos de los Moros de madurez, con las

sucesivas capas de pintura de los antiguos maestros europeos, es importante en la historia del arte por la aparición, en la serie del Moro, del personaje de «Chimène»; me parecía demostrar que el arte, en definitiva, no era la vida; que lo que podía parecer verdadero al artista — por ejemplo, aquel relato de usurpación maligna, de una hermosa bruja que venía a separar a la madre de su hijo— no tenía necesariamente la más mínima relación con los acontecimientos y sentimientos y personas del mundo real.

Uma era una persona libre; entraba y salía como quería. Sus ausencias en Baroda me desgarraban el corazón, pero me negó su permiso para visitarla. «No debes ver mi trabajo hasta que yo esté lista para ti — me dijo—. Quiero que te enamores de mí, no de lo que hago.» Porque, contra toda probabilidad y con la real arbitrariedad de la belleza, ella, que podía haber elegido a quien quisiera, había dado su corazón a este lastimado imbécil joven-viejo y, susurrando en mi oído, me había prometido que entraría en el jardín de los placeres terrenales. «Espera — me dijo—. Espera, querido inocente, porque yo soy la diosa que conoce tu corazón secreto, y te he de dar todo lo que quieras, y más.» *Espera sólo un poco*, me rogaba, sin decir por qué, pero mi desconcierto era barrido por la excitación lírica de sus promesas. *Y entonces, hasta la muerte, seré tu espejo, el otro yo de tu yo, tu igual, tu emperatriz y tu esclava.*

Tengo que confesar que me sorprendió saber que ella hacía una serie de visitas a Bombay sin ponerse en contacto conmigo. Minnie me telefoneó desde el Gratiaplana para decirme, con voz temblorosa, que Uma la había visitado para preguntarle cómo una no-cristiana podía iniciar una vida en Cristo. «Realmente creo que vendrá a Jesús —dijo la hermana Floreas— y también a su Santa Madre.» Es posible que yo diera un resoplido, porque entonces la voz de Minnie adoptó un tono extraño. «Sí —me dijo—. Uma, bendita sea, me dijo cuánto le preocupa que el Diablo te tenga en su poder.»

También Mynah —¡Mynah, que no llamaba nunca!— telefoneó para

informar sobre los excitantes encuentros con mi amada en la primera línea de una manifestación política que había impedido temporalmente la demolición de las casuchas de los invisibles pobres que ocupaban un espacio valioso muy cerca de las altas construcciones de Cuffe Parade. Aparentemente, Uma había dirigido a los manifestantes y habitantes de las casuchas en el clamoroso coro de *Hemos iniciado un movimiento, ¿qué podemos temer?* Súbitamente, Mynah me confió —¡Mynah, que nunca me confiaba nada!— que había llegado a la conclusión de que Uma era, decididamente, lesbiana. (Philomina Zogoiby no había revelado a nadie los secretos de su propia sexualidad, pero era bien sabido que nunca se había interesado por ningún hombre; al acercarse a los treinta, admitió alegremente que se había quedado «para vestir santos... me espera una vida de solterona». Pero ahora, quizá, Uma Sarasvati había descubierto algo más.)

—Nos hemos hecho muy amigas, ¿sabes? —me confesó Mynah sorprendentemente, con una extraña combinación de ingenuidad y desafío—. Por fin alguien con quien puedo estar cómoda y chismorrear noches enteras con una botella de ron y unos paquetes de pitillos. Mis puñeteras hermanas nunca me sirvieron de nada.

¿Qué noches? ¿Cuándo? Y en las habitaciones alquiladas de Mynah no había suficiente espacio para otra silla, por no hablar de otro colchón: de forma que, ¿dónde había tenido lugar ese «estar cómoda»?

—Por cierto, he oído que has estado relamiéndote —me dijo la voz de mi hermana al oído, y ¿era sólo la hipersensibilidad del amor, o me estaba advirtiéndome realmente?—. Hermanito, deja que te dé un consejo: no tienes nada que hacer. Búscate a otra gallinita. Ésa prefiere a las gallinas.

No sabía qué pensar de aquellas llamadas telefónicas, especialmente porque el teléfono de Uma en Baroda nunca respondía. Durante el rodaje de un anuncio para la televisión de Bebé Blandito, en medio de los gorgoteos de siete bebés bien empolvados, mis luchas interiores me

distrajeron tanto, que me olvidé de la sencilla tarea que se me había confiado —la de cerciorarme, con ayuda de un cronómetro, de que los poderosos focos *klieg* no estuvieran sobre los bebés más de un minuto cada cinco— y sólo fui sacudido de mi ensimismamiento por la ira de las cámaras, los chillidos de las madres y los llantos de los bebés que, con burbujas y ampollas, comenzaban a freírse. Huí lleno de vergüenza y confusión del estudio y me encontré a Uma sentada a la entrada, esperándome.

—Vamos a tomar algo, *yaar* —dijo—. Estoy muerta de hambre.

Y, naturalmente, durante el almuerzo me demostró que todo tenía una explicación perfectamente razonable.

—Quería conocerte —me dijo, saltándosele las lágrimas—, quería asombrarte con lo mucho que me había esforzado por saber todo lo que hay que saber. También quiero estar cerca de los de tu sangre, tan cerca como la sangre o más cerca aún. Pero tienes que saber que nuestra pobre Minnie está un poco preocupada por Dios; por amistad, le hice preguntas, y ella, pobre santa querida, las entendió al revés. ¡Yo monja! Está usted de broma, míster. Y eso del Diablo era sólo un chiste. Quiero decir que, si Minnie está en el pelotón de Dios, entonces tú y yo y cualquier persona normal estamos en el equipo del Diablo, ¿no? —Y durante todo el tiempo mi rostro se mecía entre sus manos, y sus manos acariciaban las mías como habían hecho en nuestro primer encuentro, y su cara estaba bañada de tanto amor, de tanto dolor por haber dudado de ella... ¿Y *Mynah*...? insistí, aunque parecía una horrible crueldad seguir interrogando a una criatura tan amante y abnegada.

—Claro que fui a verla. Por ella me uní a la lucha. Y como sé cantar, canté. ¿Y qué? ¿En cuanto a *estar cómoda*? Dios santo. Si quieres saber quién es la señora a quien le gustan las señoras, absoluto ignorante, mira a tu hermanita marimacho y no a mí. Compartir una cama no significa nada, en la universidad las chicas lo hacemos constantemente. Pero estar cómoda es el sueño húmedo de tu Philomina, y perdona que sea tan

franca. Sí, francamente, estoy bastante furiosa. Trato de llevarme bien y tú me acusas de ser una santurrona y una mentirosa, y hasta de follarme a tu hermana. ¿Qué clase de gente sois para portaros tan asquerosamente? ¿Por qué no comprendes que lo he hecho todo por amor?

Grandes lágrimas salpicantes rebotaron en su plato vacío. El sufrimiento no había afectado a su saludable apetito.

—Basta, por favor, basta —le rogué yo, disculpándome—. Nunca... nunca más...

Su sonrisa reventó entre las lágrimas, tan luminosa que casi esperé un arco iris.

—Quizá haya llegado el momento —musitó— de que te demuestre que soy más hétero que nadie.

Y se la vio con el propio Abraham Zogoiby, engullendo bocadillos de dos pisos al borde de la piscina del Willingdon Club, antes de perder graciosamente al golf ante el anciano.

—Es una maravilla esa Uma tuya —me dijo años más tarde, allá arriba, en su Edén de I. M. Pei—. Tan bien informada, tan original, y te mira tan atentamente con esos ojos de piscina... Nunca he visto nada parecido desde que por primera vez miré el rostro de tu madre. ¡Dios sabe cuánto parloteaba yo! Mis propios hijos no se interesaban —¡tú, por ejemplo, mi único chico!— y un anciano tiene que hablar con alguien. Le hubiera dado un empleo al instante, pero ella me dijo que tenía que dar prioridad a su arte. Y, Cristo, qué tetas tiene. Unas tetas del tamaño de tu cabeza. —Cacareó repulsivamente y se disculpó someramente, sin molestarse en dar el menor indicio de sinceridad a su voz—. Qué te voy a decir, muchacho, las mujeres han sido la debilidad de mi vida. —Luego, de repente, una gran nube le pasó por el rostro—. Los dos perdimos a nuestra querida madre por mirar a otras chicas —farfulló.

Sistemas bancarios de corrupción a escala mundial, manipulación del mercado de valores a un superépico nivel mogambo, negocios de armas de muchos-miles-de-millones de dólares, conspiraciones sobre

tecnología nuclear, con ordenadores robados y Mata Haris de las Maldivas, exportación de antigüedades, incluido el símbolo del país mismo: el León de cuatro cabezas de Sarnath... ¿cuántas cosas de ese mundo «negro», cuántos de sus grandes planes reveló Abraham a Uma Sarasvati? ¿Cuánto, por ejemplo, sobre ciertos envíos especiales de exportación de polvos Bebé Blandito? Cuando le pregunté, se limitó a mover la cabeza negando.

—No mucho, supongo. No lo sé. Todo. Me dicen que hablo en sueños.

Pero me estoy adelantando a mí mismo. Uma me habló de la partida que jugó con mi padre, elogiando su *swing* de golf —«sin un temblor... ¡y a su edad!»— y su generosidad con una chica joven como ella, nueva en la ciudad. Habíamos empezado a encontrarnos en una serie de habitaciones de precio moderado de Colaba o Juhu (los antros de cinco estrellas de la ciudad eran demasiado arriesgados; demasiados ojos con telefoto y lenguas de larga distancia). Pero nuestros favoritos eran los Railway Retiring Rooms en Victoria Terminus y Bombay Central: en aquellas habitaciones de alto techo, con postigos, frescas, limpias y anónimas comencé mi viaje al Cielo y el Infierno.

—Trenes —decía Uma Sarasvati—. Todos esos pistones y chistones. ¿No te hacen sentirte excitado?

Es difícil para mí hablar de nuestra forma de amarnos. Incluso ahora, a pesar de todo, el recuerdo me hace estremecer de nostalgia de lo perdido. Recuerdo su facilidad y ternura, su calidad de revelación; como si se abriera una puerta en la carne y, por ella, fluyera un universo insospechado de la quinta dimensión: sus planetas con anillos y sus colas de cometas. Sus galaxias dando vueltas. Sus soles que estallaban. Pero, más allá de la expresión, más allá del lenguaje, estaba la simple *corporeidad* de todo, el movimiento de las manos, la tensión de las nalgas, el arqueamiento de las espaldas, la ascensión y caída de aquello, la cosa sin más sentido que ella misma, lo que quería decir todo; aquella

breve actividad animal, por la que se podía hacer cualquier cosa... cualquier cosa. No puedo imaginarme —no, ni siquiera ahora, mi imaginación no da para tanto— que aquella pasión, aquella esencialidad, pudiera haber sido fingida. No creo que ella me mintiera allí, de aquella forma, por encima de las idas y venidas de los trenes. No lo creo; lo creo; no lo creo; lo creo; no; no; sí.

Hay un detalle embarazoso. Uma, mi Uma, me murmuró al oído, cerca del Everest de nuestro éxtasis, en el Col Sur del deseo, que había algo que la entristecía.

—Yo venero a tu mamaji; pero a ella no le gusto.

Y yo, respirando entrecortadamente y ocupado de otras muchas formas, la consolé. *Sí que le gustas*. Pero Uma —sudando, jadeando, arrojando su cuerpo sobre el mío— repitió su profunda pena.

—No, querido muchacho. No le gusto. *Bilkul* que no.

Confieso que, en aquel instante supremo, no me apetecía aquella charla. Sin quererlo, me saltó una obscenidad a los labios. *Pues que la follen*.

—¿Qué has dicho?

—*He dicho que la follen. A mi madre, que la follen. Ay.*

Ante lo cual, ella abandonó el tema y se concentró en los asuntos que tenía entre manos. Sus labios me hablaron al oído de otras cosas. Quieres esto, amor, y esto, hacer esto, puedes hacerlo, si quieres hacerlo, si quieres. *Ay Dios sí quiero déjame sí sí Ay...*

Esa clase de palique es mejor para participar en él que para escucharlo subrepticamente, de manera que no transcribiré más. Sin embargo, tengo que admitir —y me ruborizo al hacerlo— que ella, Uma, volvió una y otra vez al tema de la hostilidad de mi madre, hasta que pareció convertirse en parte de lo que la excitaba. —Ella me odia me odia dime qué puedo hacer—. Y yo tenía que responder y, perdonadme, presa de la lujuria respondía tal como se me pedía. *Que se joda* decía. *Que se joda esa estúpida estúpida furcia*. Y Uma: ¿Cómo? Amor, amor mío,

¿cómo?

—*Que la follen cabeza abajo y de costado también.*

—Ay, puedes, mi encanto, si quieres, sólo con que digas que quieres.

—*Dios sí. Quiero. Sí. Ay Dios.*

Así fue como, en el momento de mi mayor júbilo derramé las semillas de la ruina: mi ruina, y la de mi madre, y la ruina de nuestra gran casa.

Todos, menos uno, estábamos enamorados de Uma en aquellos tiempos, y hasta Aurora, que no lo estaba, aflojó; porque la presencia de Uma en nuestra casa hizo volver a casa a mi hermana, y mi madre, además, podía ver el contento en mi rostro. Por despreocupada que hubiera sido como madre, seguía siendo una madre y, en consecuencia, se le ablandó el corazón. Aurora se tomaba en serio su trabajo y, cuando Kekoo Mody visitó Baroda y volvió entusiasmado con las obras de la joven, la gran Aurora se derritió más. Uma fue presentada como huésped de honor en una de las *soirées*, ahora poco frecuentes, de *Elephanta*.

—Al genio —declaró Aurora—, se le perdona todo. —Uma pareció amablemente halagada y tímida—. Y al mediocre —añadió Aurora— no se le debe nada: ni un *paisa*, ni un *cauri*, ni un *dam*. Eh, Vasco, ¿qué dices a eso?

Vasco Miranda, a los cincuenta, no pasaba ya mucho tiempo en Bombay; cuando aparecía, Aurora no perdía tiempo en cumplidos y arremetía contra su «arte de aeropuerto» con una malevolencia inusitada incluso en aquella mujer, abrasiva entre todas. La obra de Aurora nunca había «viajado». Algunas galerías europeas importantes —la Stedelijk, la Tate— le habían comprado cuadros, pero América seguía impenetrable, salvo la familia Goble de Fort Lauderdale (Fla.), sin cuyo celo coleccionista tantos artistas indios no habrían tenido un céntimo; de forma que era posible que la envidia afilase la lengua de mi madre.

—¿Cómo van tus Especiales de Sala de Tránsito, eh, Vasco? —quería saber—. ¿Te has dado cuenta de cuántos pasajeros de los

«Travolators» nunca se detienen a echar una ojeada a tus cosas? ¡Y el *jet-lag*! ¿Agudiza las facultades críticas?

Ante aquellas agresiones, Vasco sonreía débilmente y bajaba la cabeza. Había amasado una enorme fortuna en divisas y, recientemente, había renunciado a sus residencias y estudios en Lisboa y Nueva York para construirse una locura en lo alto de una montaña de Andalucía, en la que, según un rumor, gastaba más que los ingresos sumados de una vida de toda la comunidad de artistas indios. Esa historia, que él no hacía nada por negar, sólo servía para aumentar su impopularidad en Bombay y la intensidad de los ataques de Aurora Zogoiby.

Su cintura se había hinchado, su bigote era un doble signo de exclamación daliniano, y llevaba el cabello grasiento partido sobre la oreja izquierda y transversalmente pegado sobre su calva reluciente de Brylcreem.

—No es de extrañar que sigas siendo un solterón —se burlaba Aurora—. Las señoras pueden tolerar algún michelín, pero, chico, tú has adquirido la Goodyear entera.

Por una vez, las pullas de Aurora coincidían con la opinión de la mayoría. El tiempo, que había sido amable con la cuenta bancaria de Vasco, había tratado duramente a su reputación india y su cuerpo. A pesar de miríadas de encargos, la cotización de su obra estaba ahora en caída libre, al ser considerada pobre y ampulosa y, aunque la colección nacional había adquirido algunas de sus obras de los primeros tiempos, no lo había hecho más desde hacía años. Ni una sola de sus compras se exhibía actualmente. Entre los mejores críticos y la generación más joven de artistas, V. Miranda era una escalera de póquer malograda. Cuando la estrella de Uma Sarasvati se alzaba, la de Vasco se hundía; pero cuando Aurora le dio la patada, él se guardó sus respuestas.

La colaboración Braque-Picasso entre Vasco y Aurora nunca se había materializado; reconociendo la insuficiencia del talento de Vasco, ella había seguido su propio camino, permitiéndole a él mantener su

estudio de *Elephanta* sólo en recuerdo de los viejos tiempos, y quizá porque disfrutaba teniéndolo por allí para burlarse de él. Abraham, que siempre había detestado a Vasco, mostró a Aurora recortes de periódicos del extranjero, que probaban que V. Miranda había sido acusado más de una vez de conducta violenta, y sólo por los pelos había evitado ser deportado tanto de Estados Unidos como de Portugal; y que se había visto obligado a recibir amplio tratamiento en hospitales psiquiátricos, centros de desintoxicación para alcohólicos y clínicas de rehabilitación para drogadictos de Europa y Norteamérica.

—Líbrate de ese viejo farsante afectado.

En cuanto a mí, recordaba las muchas amabilidades de Vasco cuando yo era un chico pequeño y asustado, y le quería aún por ellas, aunque me daba cuenta de que sus demonios habían ganado la batalla contra su lado luminoso. El Vasco que nos visitó en la velada de Uma, aquel abotagado payaso de ópera bufa, era realmente un triste espectáculo.

Hacia el final de la noche, cuando el alcohol había disminuido sus defensas, se derrumbó.

—Al diablo con todos vosotros —gritó—. Pronto me iré a mi Benengeli y, si tengo algún sentido común, nunca volveré. —Luego prorrumpió en una canción sin melodía—: *Adiós, fuente* de Flora —comenzó—. *Vete* con Dios, Hutatma Chowk. —Se detuvo, parpadeando, y sacudió la cabeza—. No. No está bien. ¡*Adiós, Marine Dri-ive*. Vete con Dios *Netaji* Subhas Chandra Bose Road! (Muchos años más tarde, cuando también yo fui a España, recordaría la cancioncilla incompleta de Vasco, y hasta cantaríala para mis adentros una versión silenciosa de ella.)

Uma Sarasvati se dirigió hacia aquella figura triste y penosa, le puso las manos en los hombros y le besó en la boca.

Lo que tuvo un efecto inesperado. En lugar de sentirse agradecido —y había muchos en el salón, yo incluido, que hubieran recibido muy felices un beso así—, Vasco se revolvió contra Uma.

—Judas —le dijo—. Te conozco. Devota de Nuestro Señor Judascristo, el Traidor. Te conozco, nena. Te he visto en esa iglesia.

Uma se sonrojó fuertemente y retrocedió. Yo salté en su defensa.

—Te estás poniendo en ridículo —le dije, y Vasco se fue ofendido, con la cabeza muy alta; y, un momento después, se cayó ruidosamente en la piscina.

—Bueno, se acabó —dijo Aurora con energía—. Vamos a jugar a *Tres personajes, siete pecados*.

Era su juego de sociedad favorito. Una selección al azar tirando una moneda al aire determinaba el sexo y la edad de tres «personajes» imaginarios, y se utilizaban papeles sacados de un sombrero para concretar el pecado mortal del que cada uno de ellos era «culpable». Entonces se pedía a los asistentes a la reunión que improvisaran una historia en que participasen los tres pecadores. En aquella ocasión los personajes resultaron ser *Mujer Vieja*, *Mujer Joven* y *Hombre Joven*; y sus pecados capitales eran, respectivamente, *Ira*, *Soberbia* y *Lujuria*. Apenas se habían hecho las elecciones, Aurora, aguda como siempre y, posiblemente, más afectada de lo que parecía por el último y pequeño huracán de Vasco, gritó:

—Tengo uno.

Uma aplaudió, admirativa:

—Dínoslo, *na*.

—Está bien, ahí va —dijo Aurora, mirando de frente a su joven huésped de honor—. Una vieja reina iracunda descubre que su estúpido y lujurioso hijo ha sido seducido por una joven y soberbia rival.

—Una gran historia —dijo Uma, sonriendo radiante y serena—. *Wah-wah!* Ahí hay mucho que roer. Sí señor.

—Te toca a ti —dijo Aurora, con una sonrisa tan ancha como la de Uma—. ¿Qué ocurre entonces? ¿Qué debería hacer la Vieja Reina Iracunda? ¿Desterrar a los amantes para siempre...? ¿O debería limitarse a desahogarse y apartarlos de su vista?

Uma reflexionó.

—No basta —dijo—. Creo que haría falta alguna solución más permanente. Porque una contrincante así —por ejemplo, esa Soberbia y Joven Pretendiente— si no se acabara con ella, quiero decir que se la dejara completamente *funtooshed*, querría sin duda aplastar a la Vieja Reina Iracunda. ¡Seguro! Querría al Lujurioso Príncipe Joven para ella sola, y el reino también; y sería demasiado soberbia para compartir el trono con la mamá.

—Entonces, ¿qué sugieres? —preguntó Aurora, glacialmente amable en un salón de pronto en silencio.

—Un asesinato —dijo Uma, encogiéndose de hombros—. Evidentemente, es una historia de asesinatos. De una forma o de otra, alguien tiene que morir. O la Reina Blanca se come al Peón Negro, o el Peón Negro, al llegar a la casilla de la reina, se convierte en Reina Negra y se come a la Reina Blanca. Al menos, no hay otro final que yo pueda ver.

Aurora pareció impresionada.

—Uma, hija, eres muy reservada. ¿Por qué no me dijiste que habías jugado ya antes a este juego?

Eres muy reservada... Mi madre no podía desprenderse de la idea de que Uma tenía algo que ocultar.

—Viene de no-se-sabe-dónde y se *chipkoa* a nuestra familia —se preocupaba continuamente Aurora... como, hay que decirlo, no se había preocupado nunca, en los viejos tiempos, por el pasado, igualmente discutible, de Vasco Miranda—. Pero ¿quién es su familia? ¿Dónde están sus amigos? ¿Cuál es su vida pasada?

Transmití esas dudas a Uma, mientras las sombras del ventilador de techo de una habitación de reposo acariciaban su cuerpo desnudo y la brisa del ventilador lo secaba como una toalla.

—Tu familia no puede hablar de secretos —me dijo—. Perdóname. Aborrezco hablar mal de tus personas queridas, pero no soy yo la que

tiene una hermana loca ya muerta, otra que ve ratas parlantes en un convento y una tercera que trata de desatar el cordón del pijama de sus amigas. Y, por favor, ¿de quién es ese padre que está metido hasta aquí en negocios sucios y putillas menores de edad? ¿Y esa madre que —perdóname, amor mío, pero tienes que saberlo— tiene ahora no uno, ni dos, sino tres líos amorosos?

Yo me incorporé en la cama.

—¿Con quién has estado hablando? —grité—. ¿Quién te ha estado vertiendo ese veneno de serpiente para que te lo tragues y lo vomites luego?

—Es la comidilla de toda la ciudad —dijo Uma, abrazándome—, pobre blandito. Tú crees que ella es una especie de diosa o algo así. Pero lo sabe todo el mundo. Uno, ese tarado *parsi*, Kekoo Mody; dos, Vasco Miranda, el farsante gordo; y el peor es el tres: Mainduck, ese hijoputa del MA. ¡Raman Fielding! ¡Ese *bhaenchod*! Lo siento, pero esa señora no tiene clase. La gente cuchichea incluso que ha seducido a su propio hijo —¡sí!, mi pobre chico inocente, ¡no sabes cómo es la gente!— pero yo les digo que hay límites, ¿no? Puedo responder de él personalmente. De manera que ya ves que tu buen nombre está en mis manos.

Fue el motivo de nuestra primera pelea verdadera, pero aunque yo defendí a Aurora, me daba cuenta, en el fondo de mi corazón, de la verdad de las acusaciones de Uma. La devoción canina de Kekoo había tenido su recompensa, y la prolongada tolerancia y simultáneo maltrato de Vasco por Aurora cobraban sentido por fin, vistos en el contexto de una «relación», aunque podrida. Ahora que ella y Abraham no compartían el lecho, ¿dónde podía buscar consuelo Aurora? Su genio y su grandeza la habían aislado; las mujeres poderosas asustan a los hombres, y había pocos en Bombay que se hubieran atrevido a cortejarla. Eso explicaba a Mainduck. Tosco, físicamente fuerte, despiadado, era uno de los pocos hombres de la ciudad al que no podía aterrorizar Aurora. Su encuentro cuando el asunto de *El beso de Abbas Ali Baig* lo habría excitado; habría

aceptado el soborno de ella, y habría querido —o eso al menos conjeturaba yo— conquistarla a su vez. Y con los ojos de la mente la veía a ella repelida y embelesada a un tiempo por aquella criatura de cloaca con auténtica potencia, aquel salvaje, aquel barrio bajo andante. Si su marido prefería a las chicas de las jaulas de Falkland Road, ella, Aurora la grande, conseguiría vengarse entregando su cuerpo a los manoseos y arremetidas de Fielding; sí, podía ver cómo aquello la excitaría, cómo desencadenaría su propio salvajismo. Quizá Uma tenía razón: quizá mi madre fuera la puta de Mainduck.

No era extraño que hubiera empezado a estar un poco paranoica, a pensar que la seguían; ¡una vida secreta tan complicada y tanto que perder si salía a la luz! Kekoo, el amante del arte; la figura más occidentalizada aún de V. Miranda, y el sapo comunista; añadid a ellos el mundo invisible de dinero y mercados negros de Abraham Zogoiby, y tendréis un retrato de las cosas que amaba realmente mi madre, los puntos cardinales de su brújula interior, revelados por su elección de hombres. Vista a través de esa lente, su obra parecía una distracción de las duras realidades de su carácter; como un noble manto echado sobre el sucio char-co de barro de su alma.

En mi confusión, me encontré al mismo tiempo llorando y teniendo una erección. Uma me echó de nuevo en la cama y se puso sobre mí a horcajadas, secándome las lágrimas con sus besos.

—¿Lo sabe todo el mundo menos yo? —le pregunté—. ¿Mynah? ¿Minnie? ¿Quién?

—No pienses en tus hermanas —dijo ella, moviéndose lenta, tranquilizadamente—. Pobre: amas a todo el mundo, no quieres más que amor. Si les importaras lo que te importan a ti... Pero tendrías que oír lo que me dicen. ¡Qué cosas! No sabes las peleas que he tenido con ellas por ti.

La hice callar.

—¿Qué dices? ¿Qué me estás diciendo?

—Pobre niño —dijo adaptándose a mí como una cuchara. Cómo la adoré; qué agradecido estaba, en aquel mundo traidor, de contar con su madurez, su serenidad, su sabiduría mundana, su fortaleza, su amor.

—Pobre Moro desventurado. Yo seré tu familia ahora.

Los cuadros fueron perdiendo continuamente color, hasta que Aurora estuvo trabajando únicamente en blanco, negro y, a veces, matices de gris. El Moro era ahora una figura abstracta, y un dibujo de diamantes blancos y negros lo cubría de la cabeza a los pies. Su madre, Ayxa, era negra; y su amante, Chimène, de un blanco brillante. Muchos de los cuadros eran escenas de amor. El Moro y su señora hacían el amor en muchos escenarios. Salían de su palacio para recorrer las calles de la ciudad. Buscaban hoteles baratos y yacían desnudos en habitaciones de postigos cerrados, sobre el ir y venir de trenes. Ayxa, la madre, estaba siempre en algún lado en esos cuadros, detrás de una cortina, agachada ante un agujero de cerradura, volando hasta la ventana de los fantásticos amantes. El Moro blanco-y-negro vuelto hacia su amor blanco y apartado de su madre negra; pero las dos eran parte de él. Y ahora, en los horizontes lejanos de las pinturas, se concentraban ejércitos. Los caballos piafaban, las lanzas centelleaban. Los ejércitos se iban acercando con el paso de los años.

Pero la Alhambra es invencible, dijo el Moro a su amada. Nuestro bastión —como nuestro amor— jamás caerá.

Él era blanco y negro. Era la prueba viviente de la posibilidad de unir los contrarios. Pero Ayxa la Negra tiraba hacia un lado y Chimène la Blanca hacia el otro. Comenzaron a desgarrarlo en dos. Diamantes negros, diamantes blancos cayeron de la desgarradura, como lágrimas. Él se arrancó a su madre y se aferró a Chimène. Y, cuando los ejércitos llegaron al pie de la colina, cuando la gran fuerza blanca se reunió en la playa de Chowpatty, una figura de capa negra encapuchada salió de la fortaleza y descendió por la colina. En su mano traidora estaba la llave de las puertas. El vigilante cojo la vio y saludó. Era la capa de su señora. Pero, al pie de la colina, la traidora dejó caer su capa. Se quedó de pie, de un blanco brillante, con la llave de la derrota de Boabdil en su mano

infiel.

Se la entregó a los ejércitos sitiadores, y la blancura de ella se desvaneció en la de ellos.

Cayó el palacio. Su imagen se desvaneció también; fundida en blanco.

A los cincuenta y cinco años, Aurora Zogoiby permitió a Kekoo Mody preparar una gran retrospectiva de su obra en el Museo del Príncipe de Gales... Era la primera vez que esa institución honraba a un artista vivo. Jade, porcelana, esculturas, miniaturas y tejidos antiguos se apartaron respetuosamente cuando los cuadros de Aurora ocuparon sus lugares. Fue un acontecimiento importante en la vida de la ciudad. Por todas partes había banderas que anunciaban la exposición. (Apollo Bunder, Colaba Causeway, Flora Fountain, Churchgate, Marina Point, Civil Lines, Malabar Hill, Kemp's Corner, Warden Road, Mahalaxmi, Horby Vellard, Juhu, Sahar, Santa Cruz. ¡Oh *mantra* bendito de mi ciudad perdida! Los lugares se han ido de mí para siempre; todo lo que tengo de ellos es recuerdo. Perdonadme, por favor, si cedo a la tentación de evocarlos, por el poder de nombrarlos, ante mis ojos ausentes. Librería Thacker's, pasteles de Bombelli, cine Eros, Pedder Road. *Om mani padmé hum...*) Las letras «A. Z.», especialmente diseñadas, eran inevitables; estaban en los carteles pegados por todas partes, y en todos los periódicos y revistas. La inauguración, a la que no faltó ningún personaje importante de la ciudad, parecía más una coronación que una exposición de pintura. Aurora fue enguirnaldada, panegirizada y rociada de pétalos de flores, halagos y regalos. La ciudad se inclinó ante ella y le tocó los pies.

Hasta Raman Fielding, el poderoso jefe del MA, apareció, parpadeando con sus ojos de sapo, e hizo una *pranam* respetuosa.

—Que todo el mundo vea hoy lo que hacemos por las minorías —dijo en voz muy alta—. ¿Es a una hindú a la que se rinden estos honores? ¿Es a alguna de nuestras grandes artistas hindúes? No importa. En la India, todas las comunidades deben tener su sitio, su actividad de tiempo

libre —arte, etcétera—, todas. Cristianos, *parsis*, *jains*, *sijs*, budistas, judíos, *moghuls*. Nosotros lo aceptamos. Es también parte de la ideología de la *Ram Rajya*, de la ley de lord Ram. Sólo cuando otras comunidades usurpan nuestros lugares hindúes, cuando la minoría trata de dictar su voluntad a la mayoría, decimos que los pequeños tienen que aceptar también inclinarse y apartarse ante los grandes. En el caso del arte, esto se aplica igualmente. Yo también fui artista en mis comienzos. Por ello, digo con cierta autoridad que el arte y la belleza deben servir también a los intereses nacionales. Madame Aurora, la felicito por su privilegiada exposición. En cuanto a qué arte sobrevivirá, intelectual-elitista-enrarecido o amado-por-las-masas, noble o degenerado, autoengrandecido o recatado, de alma grande o tirado en la cloaca, espiritual o pornográfico, estaréis de acuerdo, estoy seguro —y aquí se rió para indicar que era un chiste— que únicamente el tiempo (el *Times*), nos lo dirá.

A la mañana siguiente, el *Times of India* (edición de Bombay) y todos los demás periódicos de la ciudad publicarían noticias destacadas de la solemne inauguración, y críticas gigantes de la obra. En aquellas críticas, la larga y distinguida carrera de Aurora da GamaZogoiby estuvo a punto de quedar completamente destruida. Acostumbrada como estaba ella, a lo largo de los años, a grandes elogios, pero también a ataques estéticos, políticos y morales, con acusaciones que iban desde arrogancia, inmodestia y obscenidad hasta falta de autenticidad e incluso —en *Uper the gur gur the annexe the bay dhayana the mung the dal of the laltain*, inspirado en el relato de Manto— simpatías encubiertas por Pakistán, mi madre era una persona experimentada de piel curtida; nada, sin embargo, la había preparado para la insinuación de que, sencillamente, se había convertido en algo intrascendente. Sin embargo, en uno de esos virajes desorientadores pero también radicales por los que una sociedad cambiante revela de pronto que piensa de otro modo, los tigres de la fraternidad crítica, violentamente brillantes y con aterradora simetría,

atacaron a Aurora Zogoiby, ensañándose con ella, como «artista de sociedad» no sintonizada con el talante de la época, e incluso «nociva» para él. Ese mismo día, la noticia principal en las primeras páginas era la disolución del Parlamento tras la desintegración del gobierno de coalición anti-Indira posterior a la Emergencia; y varios editoriales aprovecharon el contraste entre las fortunas de las dos antiguas rivales. *Aurora Sumida en la Oscuridad*, decía el titular de la página *op* del *Times*, *Pero, para Indira, Otro Nuevo Amanecer*.

En otra parte de la ciudad, en la Gandhys' Chemould Gallery, la obra de la joven escultora Uma Sarasvati era expuesta por primera vez en Bombay. La escultura central de la exposición era un grupo de siete trozos de piedra aproximadamente esféricos, de un metro de alto, con un pequeño hueco en la parte superior, lleno de polvos de intensos colores: escarlata, ultramarino, azafrán, esmeralda, púrpura, naranja, oro. Esa obra, titulada *Alteraciones/Reclamaciones de la Esencia de la Maternidad en la Época Post-Laica*, había sido la sensación de los Dokumenta en Alemania, el año anterior, y sólo ahora había vuelto, después de ser exhibida en Milán, París, Londres y Nueva York. En su país, los críticos que habían vapuleado a Aurora Zogoiby, saludaron a Uma como la nueva estrella del arte indio: joven, bella y movida por una firme fe religiosa.

Fueron acontecimientos sensacionales; pero, para mí, el choque de las dos exposiciones fue de carácter más personal. Mi primer contacto con la obra de Uma —porque, hasta aquel momento, ella había mantenido su prohibición de que la visitara en su estudio de Baroda— fue también mi primera noticia de que ella fuera religiosa en algún sentido. El que ahora empezara a conceder entrevistas en las que se declaraba devota de lord Ram me resultaba, por no decir otra cosa, desconcertante. Durante algunos días, después de la inauguración, manifestó estar «ocupada», pero por fin accedió a encontrarse conmigo en las habitaciones de reposo que había sobre la estación Victoria Terminus, y

yo le pregunté por qué me había ocultado una parte tan importante de su mente.

—Hasta llamaste hijoputa a Mainduck —le recordé—. Y ahora los periódicos están llenos de ti soltando cosas que serían música para sus oídos.

—No te lo he dicho antes, porque la religión es un asunto privado —dijo ella—. Y, como sabes, quizá yo sea una persona demasiado privada. Además, realmente creo que Fielding es un *goondah* y un *salah* y una serpiente, porque está tratando de convertir mi amor a Ram en arma suya para herir a los «mogoles», es decir, ¿a-quién-si-no?, a los musulmanes. Pero, mi querido muchacho —insistía en utilizar esos epítetos juveniles aunque, en 1979, yo había vivido veintidós años y mi cuerpo se había vuelto de cuarenta y cuatro—, tienes que comprender que, lo mismo que eres sólo de una minoría diminuta, yo soy hija de la gigantesca nación hindú y, como artista, tengo que contar con ella. Tengo que encontrarme con mis orígenes, adaptarme a las eternas verdades. Y, sencillamente, no es asunto suyo, mister, en absoluto. Y además, si soy tan fanática, entonces, por favor, señor, ¿qué demonios estoy haciendo aquí con usted?

Lo que era un argumento razonable.

Aurora, en su profundo retiro de *Elephanta*, era de otra opinión.

—Esa chica tuya es la persona más ambiciosa que he conocido nunca, perdóname —me dijo—. Ve cómo está cambificando la brisa, y sus actitudes públicas se mueven a favor del viento. Ya verás; en un par de minutos estará en los tablados del MA, chillificando de odio. —Luego su rostro se oscureció—. ¿Te crees que no sé cómo ha conseguido hundificar mi exposición? —dijo suavemente—. ¿Crees que no he averiguado sus relaciones con las personas que escribieron esos insultos?

Aquello era demasiado; era indigno. Aurora en su estudio vaciado —porque todos los Moros estaban en el Museo Príncipe de Gales— me miraba con los ojos hundidos por encima de un lienzo intacto, con pinceles cayéndole del pelo recogido en alto, como flechas que hubieran

fallado su blanco. Yo estaba en el umbral, echando chispas. Había venido para pelearme... porque para mí su exposición había sido también un gran choque; hasta que se inauguró, no me había mostrado aquellos lienzos monocromos en los que el Moro a rombos y su Chimène blancanieves hacían el amor mientras la negra madre los miraba. Las pullas de Aurora contra Uma —¡que resultaban bastante graciosas, rabié interiormente, viniendo de la amante secreta de Mainduck!— me permitieron comenzar el ataque.

—Siento que te pusieran por los suelos —chillé—. Pero, aunque Uma hubiera querido manipular las noticias, ¿cómo habría podido hacerlo? ¿No comprendes que se sentía avergonzada de que la elogiaran a tu costa? ¡La pobre chica está tan colorada que no se atreve a venir! Desde el principio te adoró, y tú se lo pagaste arrojándole porquería encima. ¡Has perdido el control de tu manía persecutoria! Y, en cuanto a averiguar relaciones, ¿cómo te crees que me siento yo al verte de mirón en nuestra habitación? ¿Cuánto tiempo has estado husmeando y espionando?

—Sálvate de esa mujer —dijo Aurora, tranquilamente—. Está loca y es una mentirosa además. Es un lagarto chupasangre al que le gusta tu sangre, no tú. Te chupará como a un mango y luego escupirá el hueso.

Yo estaba horrorizado.

—Estás enferma —le grité—. Enferma, enferma mental.

—Yo no, hijo mío —respondió ella, todavía más suavemente—. Sin embargo, sí que hay una mujer enferma... o perversa. Demente o malevolente, o ambas cosas. No puedo decidirlo. En cuanto a ser una metomentodo, me declaro culpable de los cargos. Desde hace algún tiempo, he contratado a Dom Minto para averiguar la verdad sobre tu misteriosa amiga. ¿Puedo decirte lo que ha descubierto?

—¿Dom Minto? —El nombre hizo que me detuviera en seco. Ella podía haber dicho lo mismo Hércules Poirot o Maigret o Sam Spade. Lo mismo hubiera podido decir el Inspector Ghote o el Inspector Dhar. Todo

el mundo conocía ese nombre, todo el mundo había leído las noveluchas de estación de ferrocarril que describían la carrera del gran detective privado de Bombay. En los cincuenta había habido una serie de películas sobre él, la última a raíz de su participación en el famoso asesinato (porque, sí, había habido una vez un Minto «real», que había sido «realmente» detective privado), en el que el héroe de brillante futuro de la Marina, el comandante Sabarmati, había disparado contra su mujer y el amante de ella, matando al hombre e hiriendo gravemente a su señora. Había sido Minto quien había seguido a la engañadora pareja hasta su nido de amor y dado la dirección al airado comandante. Profundamente afligido por el tiroteo y por el retrato poco agradable de él que se hacía en el filme basado en el caso, el anciano —porque era anciano y lisiado incluso entonces— había retirado de la profesión, entrando en escena los fantasiosos, creando el supersabueso heroico de los libros de bolsillo baratos y los seriales radiofónicos (y, recientemente, de las nuevas versiones cinematográficas de gran presupuesto, para lucimiento de grandes estrellas de las viejas películas de serie B de los cincuenta), transformándolo, de un nombre-ya-pasado en un mito. ¿Qué hacía aquella novela *masala* de aquel hombre en la historia de mi vida?

—Sí, el auténtico —dijo Aurora, no sin cierta amabilidad—. Ahora tiene ochenta y tantos. Kekoo lo encontró. *Oh, Kekoo. Otro de tus amiguitos. Oh, el encantador Kekoo lo encontró, y es tan encantador, ese encantador vejete, hice que se pusiera a trabajar enseguida.*

—Estaba en Canadá —dijo Aurora—. Retirado, viviendo con sus nietos, aburrido, amargándoles la vida a los chicos cuanto podía. Entonces resultó que el comandante Sabarmati había salido de la cárcel y arreglificado las cosas con su mujer. ¿Qué sabe una? Allí mismo, en Toronto, vivieron felices y comieron perdices. Después de aquello, según Kekoo, Minto se sintió liberado de su vieja fechoría, volvió a Bombay y, a pesar de su edad avanzada, empezó enseguida a trabajar, *fut-a-fut*. Kekoo lo admira mucho; y yo también. ¡Dom Minto! En aquellos

tiempos, sabes, realmente era el mejor.

—¡Maravilloso! —dije, tan sarcásticamente como pude. Pero mi corazón, tengo que confesar, mi corazonzucho de estación de ferrocarril, palpitaba fuertemente—. ¿Y qué puede decirme ese Sherlock Holmes de Bollywood acerca de la mujer que amo?

—Está casada —dijo Aurora de plano—. Y actualmente tiene enredos, no con uno, ni con dos, sino con tres amantes. ¿Quieres fotos? El estúpido Jimmy Cash de tu pobre hermana Ina, tu estúpido padre; y, mi estúpido pavo real, tú.

—Escúchame, porque sólo te lo diré una vez —me había dicho Uma en respuesta a mi persistente curiosidad por su pasado. Venía de una familia respetable —aunque en modo alguno acaudalada— de brahmanes de Gujarat. Su madre, depresiva, se había ahorcado cuando Uma tenía doce años, y su padre, maestro de escuela, loco por la tragedia, se había prendido fuego. Uma había sido salvada de la penuria por un amable «tío» —en realidad no era tío suyo, sino un enseñante colega de su padre — que costeó su educación a cambio de favores sexuales (de forma que tampoco era tan «amable»).

—Desde los doce —dijo—, hasta hace poco. Si hubiera seguido mis impulsos, le hubiera clavado un cuchillo en un ojo. En lugar de ello, pedí a Dios que lo maldijera y, sencillamente, le volví la espalda. Así quizá comprendas por qué prefiero no hablar de mi pasado. No vuelvas a hablarme tú.

La versión de Dom Minto, comunicada por mi madre, era un tanto distinta. Según él, Uma no era de Gujarat sino de Maharashtra —la otra mitad de la dividida personalidad del antiguo estado de Bombay— y se había criado en Poona, en donde su padre era un oficial de alto rango de la policía. Siendo muy joven, había mostrado prodigiosas dotes artísticas, que habían sido alentadas por sus padres, sin cuyo apoyo era improbable que hubiese alcanzado el nivel necesario para obtener una beca en la Universidad del estado de Madrás, en donde fue elogiada por todos como

joven excepcionalmente prometedora. Pronto, sin embargo, había empezado a dar señales de un espíritu excepcionalmente trastornado. Ahora que se estaba convirtiendo en personaje famoso, la gente se mostraba reacia o tenía miedo a hablar de ella, pero, tras pacientes investigaciones, Dom Minto descubrió que, en tres ocasiones, había accedido a tomar una medicación fuerte para combatir sus reiteradas aberraciones mentales, pero en las tres había abandonado el tratamiento casi enseguida. Su capacidad para adoptar personalidades en compañía de diferentes personas —para convertirse en lo que adivinaba que un hombre o una mujer determinados (aunque normalmente un hombre) encontrarían más atractivo— era excepcional; pero se trataba de un talento de actriz que ella había llevado al límite de la demencia, y más lejos. Además, se inventaba historias personales largas y complicadas de gran viveza, y se aferraba a ellas obstinadamente, aunque se la enfrentara con las contradicciones internas de sus fantasías, o con la simple verdad. Era posible que no tuviera ya un sentido claro de una identidad «auténtica», independiente de aquellas actuaciones, y esa confusión existencial había comenzado a extenderse más allá de las fronteras de su propia persona y a contagiar, como una enfermedad, a todas las personas con que se relacionaba. Era conocida en Baroda porque decía mentiras malévolas y manipuladoras, por ejemplo sobre algunos miembros de la facultad, con los que se imaginaba amoríos absurdamente tórridos, y llegaba a escribir a sus esposas dando detalles explícitos de sus relaciones sexuales, lo que, en más de una ocasión, había llevado a separaciones o divorcios.

—La razón de que no te dejara ir a su universidad —dijo mi madre— es que allí todo el mundo la detestifica a muerte.

Sus padres habían reaccionado a la noticia de su enfermedad mental abandonándola; una respuesta no infrecuente, como yo sabía muy bien. Ni se habían ahorcado ni se habían inmolado... Aquellas ficciones habían nacido de la rabia (muy legítima) de su hija repudiada. En cuanto al «tío»

libidinoso, según Aurora y Minto, Uma, después de haber sido rechazada —¡no a los doce años, como me había dicho!— se había agarrado rápidamente a un viejo conocido de su padre, un anciano y retirado subinspector de policía llamado Suresh Sarasvati, un melancólico viudo viejo al que la joven belleza sedujo sin esfuerzo para que contrajera rápidamente matrimonio, en unos momentos en que, como mujer repudiada, tenía una desesperada necesidad de la respetabilidad del estado marital. Poco después del matrimonio, el viejo había quedado imposibilitado como consecuencia de un ataque («¿Y qué fue lo que *lo* provocó?» —me preguntó Aurora—. ¿Tendré que deletrificártelo? ¿Quieres que te haga un dibujo?») y ahora vivía una horrible semivida, mudo y paralizado, cuidado sólo por una vecina solícita. Su joven esposa se había largado con todo lo que él poseía y nunca había vuelto a ocuparse de él. Y ahora, en Bombay, había empezado a tantear el terreno. Sus poderes de atracción, y la persuasión de sus actuaciones, estaban en pleno apogeo.

—Tendrás que romper su hechizo —dijo mi madre—. O estarás listo. Es como una *rakshasa* del *Ramayana*, y puedes tener la seguridad de que te cocinificará, pobre ganso.

Minto había sido minucioso. Aurora me mostró la documentación —certificados de nacimiento y matrimonio, informes médicos confidenciales— adquirida mediante el habitual untado de manos ya resbaladizas, etc., lo que dejaba pocas dudas de que su relato fuera exacto en todos los detalles importantes. Sin embargo, mi corazón se negaba a creerlo.

—Tú no la comprendes —protesté a mi madre—. Está bien, ha mentido sobre sus padres. Yo también mentiría sobre unos padres así. Y quizá ese ex policía Sarasvati no sea tan angelical como tú lo presentas. ¿Pero perversa? ¿Loca? ¿Un demonio en forma humana? *Mamaji*, creo que ahí se mezclan factores personales.

Aquella noche me senté solo en mi habitación, incapaz de comer.

Era evidente que tenía que hacer una elección. Si elegía a Uma, tendría que romper con mi madre, probablemente para siempre. Pero, si aceptaba las pruebas de Aurora —y, en la intimidad de mis cuatro paredes, tenía que reconocer su fuerza abrumadora—, me condenaría a mí mismo, con toda probabilidad, a una vida sin pareja. ¿Cuánto me quedaba aún? ¿Diez años? ¿Quince? ¿Veinte? ¿Podría enfrentarme solo con mi destino extraño y oscuro, sin una amante a mi lado? ¿Qué era más importante: el amor o la verdad?

Pero si había que creer a Aurora y a Minto, ella no me quería, no era más que una gran actriz, una depredadora de pasiones, una farsante. De pronto comprendí que muchos de los juicios que había formulado recientemente sobre mi familia se basaban en cosas que Uma había dicho. Sentí que la cabeza me daba vueltas. Me faltó el suelo bajo los pies. ¿Era cierto lo de Aurora y Kekoo, lo de Aurora y Vasco, lo de Aurora y Raman Fielding? ¿Era cierto que mis hermanas hablaban mal de mí a mis espaldas? Y si no lo era, tenía que ser cierto que Uma —¡mi amadísima!— había tratado deliberadamente de perjudicar la opinión que tenía de aquellos que me estaban más próximos, a fin de poder insertarse entre los míos y yo. Renunciar a tu imagen del mundo y convertirte en alguien totalmente dependiente de otro... ¿No era una descripción tan buena como la mejor del proceso de, literalmente, *perder* el juicio? En cuyo caso —para utilizar la comparación de Aurora— el loco era yo. Y la encantadora Uma, la mala.

Enfrentado con la posibilidad de que el Mal existiera, de que la malevolencia pura hubiera entrado en mi vida, convenciéndome de que era amor; enfrentado con la pérdida de todo lo que había querido en la vida, me desmayé. Y soñé oscuros sueños de sangre.

A la mañana siguiente, estaba sentado en la terraza de *Elephanta*, mirando la bahía centelleante. Mynah vino a verme. A petición de Aurora, también ella había ayudado a Dom Minto en sus investigaciones. Resultó que nadie de la delegación de la UWAPRF en Baroda había visto

nunca a Uma Sarasvati ni sabía de su participación en ninguna campaña activista.

—De manera que hasta su presentación fue falsa —dijo—. Te lo aseguro, hermanito, esta vez Mamáji ha dado en el clavo.

—Pero yo la quiero —dije desvalidamente—. No puedo evitarlo. Sencillamente no puedo.

Mynah se sentó a mi lado y me cogió la mano izquierda. Me habló con una voz tan amable, tan poco-Mynah, que me llamó la atención.

—A mí también me gustaba mucho —dijo—. Pero luego las cosas se torcieron. No quise decírtelo. No me correspondía. De todas formas, tú no me hubieras escuchado.

—¿Escuchado qué?

—Una vez vino a verme después de estar contigo —dijo Mynah, mirando a lo lejos con los ojos entrecerrados—. Me contó algunas cosas sobre cómo era. Sobre lo que tú. En cualquier caso. No importa. Me dijo que no le gustaba. Dijo más, pero al diablo. No importa ahora. Luego me dijo algo sobre mí. Es decir: *queriendo*. Yo la mandé a freír espárragos. Desde entonces no nos hablamos.

—Me dijo que habías sido tú —le dije débilmente—. Quiero decir. La que andaba tras ella.

—Y tú la creíste —dijo Mynah con brusquedad, besándome luego con rapidez en la frente—. Claro que la creíste. ¿Qué sabes de mí? ¿De quién me gusta, de lo que yo necesito? Y tú estabas loco por amar. Pobre infeliz. Ahora, sin embargo, será mejor que te espabiles deprisa.

—¿Tendría que deshacerme de ella? ¿Simplemente así?

Mynah se puso en pie, encendió un cigarrillo, tosió: un sonido profundo, malsano, asfixiante. Había recuperado su voz dura, de primera línea, su voz interrogadora de abogado contra la corrupción municipal, su voz de megáfono contra-el-asesinato-de-las-recién-nacidas, de basta-de—*sati* basta-de-violaciones. Tenía razón. Yo no sabía nada de cómo era ser como ella, de las elecciones que habría tenido que hacer, de a qué

brazos tendría que acudir para buscar consuelo, o de por qué los brazos de los hombres podían no ser lugares de placer sino de miedo. Ella podía ser mi hermana, ¿y qué? Ni siquiera la llamaba por su verdadero nombre.

—¿Dónde está el problema? —Se encogió de hombros, agitando un cigarrillo con ceniza mientras se iba—. Dejar esto es más difícil. Créeme. Corta radicalmente con esa zorra y da gracias por no fumar además.

—Sabía que tratarían de separarnos. Lo sabía desde el principio.

Uma se había trasladado a un apartamento del piso décimo octavo con vistas sobre el mar de Cuffe Parade, en una torre al lado del President Hotel y no lejos de la Mody Gallery. Estaba de pie, teatralmente devastada por el sufrimiento, en el pequeño balcón, contra un telón de fondo apropiadamente operístico de cocoteros agitados por el viento y, de pronto, intensísima lluvia; y entonces, efectivamente, vino el temblor de su labio inferior sensualmente abultado, vinieron sus propios juegos de agua.

—Que tu propia madre te dijera... ¡eso de tu *padre*!... Bueno, perdóname, pero estoy asqueada. *Chhi*! ¡Y Jimmy Cashondeliveri! ¡Ese tonto *guitar-wallah* al que le falta una cuerda! Sabes perfectamente bien que, desde el primer día en el hipódromo, pensó que yo era una especie de *avatar* de tu hermana. Desde entonces me sigue como un perro con la lengua fuera. ¿Y se supone que estoy *durmiendo* con él? Dios, ¿y con quién más? ¿Con V. Miranda quizá? ¿Con el *chowkidar* cojo? ¿Es que no tenéis la menor puñetera *vergüenza*?

—Pero lo que dijiste de tu familia. Y de tu «tío»...

—¿Qué derecho tienes a saberlo todo de mí? Me estabas avasallando y yo no quise contártelo. *Bas*. Eso es todo.

—Pero no era cierto, Uma. Tus padres están vivos y el «tío» es tu marido.

—Era una metáfora. ¡Sí! Una metáfora de lo desdichada que era mi vida, de mi dolor. Si me quisieras lo habrías entendido. Si me quisieras no me someterías a un interrogatorio. Si me quisieras dejarías de agitar

ese pobre puño, y lo pondrías aquí, y te callarías esa bonita boca, y la acercarías aquí, y harías lo que hacen los amantes.

—No era una metáfora, Uma —dije yo, apartándome—. Era una mentira. Lo que da miedo es que no sabes cuál es la diferencia.

Salí por la puerta y la cerré, sintiéndome como si hubiera saltado por su balcón hacia las palmeras salvajes. Eso era lo que parecía: una caída. Como una muerte.

Pero aquello era también una ilusión. Para la de verdad faltaban aún dos años.

Aguanté meses. Vivía en casa, iba a trabajar, me hice experto en el arte de comercializar y promover los polvos de talco Bebé Blandito, y hasta fui nombrado director de márketing por un padre orgulloso. Atravesé el vacío calendario de los días. Hubo cambios en *Elephanta*. A raíz de la *débâcle* de la retrospectiva, Aurora había decidido finalmente echar a Vasco. Lo que hizo con mucha frialdad. Aurora habló de su creciente necesidad de soledad, y Vasco, con una inclinación, accedió a dejar su estudio. Si aquello era el fin de una relación, pensé, era encomiablemente digno y discreto: aunque su frialdad ártica me dio escalofríos, lo confieso. Vasco vino a despedirse de mí, y fuimos juntos a la habitación de niños de los dibujos, hacía tiempo desocupada, en la que todo empezó.

—*Eso es todo, amigos* —dijo—. Ha llegado el momento de que V. Miranda se vaya al oeste. Tengo un castillo que hacer en el aire.

Estaba perdido en la inundación de su propia carne, parecía un sapo, un reflejo, en un espejo de feria, de Raman Fielding, y la boca se le torcía de dolor. Su voz era contenida, pero no dejé de observar el fuego del sentimiento que había en sus ojos.

—Ella era mi obsesión, debes de haberlo adivinado —dijo, acariciando las exclamativas paredes (*Pow! Zap! Splat!*)—. Tal como era y es y será la tuya. Tal vez un día te sientas dispuesto a enfrentarlo. Entonces ven conmigo. Ven antes de que la aguja me penetre en el

corazón.

Yo no había pensado en años en la punta perdida de Vasco, en su esquirla de hielo de la Reina de las Nieves; y reflexioné, entonces, en que el corazón de aquel Vasco alterado e hinchado tenía que preocuparse más por los infartos corrientes que por las agujas. Poco después se fue de la India a España, para nunca más volver.

Aurora había despedido también a su marchante. Informó a Kekoo de que lo consideraba personalmente responsable del «fiasco de relaciones públicas» de su exposición. Kekoo se fue con mucho ruido, viniendo a nuestras puertas todos los días, durante un mes, para suplicar a Lambajan que lo dejara entrar (lo que se le negó), mandando flores y regalos (que le fueron devueltos) y escribiendo cartas interminables (que se tiraron sin ser leídas). Aurora le había dicho que, como tenía la intención de no volver a exponer ningún cuadro, no necesitaba ya su galería. Sin embargo, Kekoo, patéticamente, estaba seguro de que ella lo estaba abandonando por sus grandes rivales en el Chemould. Le rogó y suplicó por teléfono (que Aurora no cogía cuando él llamaba), por telegramas (que ella quemaba despreciativamente), incluso por conducto de Dom Minto (que resultó ser un anciano caballero cegato, de gafas azules, con los dientes de caballo del actor francés Fernandel, al que Aurora dio órdenes de dejar de llevarle mensajes). Yo no pude evitar preguntarme por las acusaciones de Uma. Si esos dos supuestos amantes habían sido eliminados, ¿qué pasaba con Mainduck? ¿Se había deshecho ella también de Fielding, o era ahora el único inquilino de su corazón?

Uma, Uma. La echaba tanto de menos. Notaba el síndrome de abstinencia: de noche, sentía su cuerpo fantasmal moverse bajo mi mano rota. Cuando me estaba durmiendo (¡el sufrimiento no me impedía dormir profundamente!), veía con los ojos de la mente una escena de una vieja película de Fernandel en la que, al no saber la palabra inglesa para «mujer», él se vale de las manos para trazar el contorno de una curvilínea forma femenina.

Yo era el otro hombre del sueño.

—Ah —decía asintiendo—. ¿Una botella de Coca-Cola?

Uma pasó por delante de nosotros, contoneando las caderas. Fernandel le lanzó una mirada lasciva y señaló con el pulgar en dirección del trasero desaparecido.

—Mi botella de Coca-Cola —dijo con orgullo comprensible.

Vida ordinaria. Aurora pintaba todos los días, pero yo no tenía acceso ya a su estudio. Abraham trabajaba muchas horas y, cuando le preguntaba por qué se me permitía languidecer en el mundo de los culitos de niño —¡a mí, con mi escasez de tiempo!— me respondió:

—Hay demasiadas cosas en tu vida que han ido demasiado deprisa. Te hará bien echar el freno por algún tiempo.

En un acto de silenciosa solidaridad, él había dejado de jugar al golf con Uma Sarasvati. Tal vez echaba de menos también sus versátiles encantos.

Silencio en el Paraíso: silencio, y un dolor. Mrs. Gandhi volvió al poder, con Sanjay a su derecha, de forma que resultó que, en los asuntos de estado, no había moraleja final, sólo relatividad. Recordé la «variación india» de Vasco Miranda sobre el tema de la teoría general de Einstein: *Todo es para las relaciones. No sólo se curva la luz, sino todo. Por una relación podemos curvar un punto, curvar la verdad, curvar los criterios de empleo, curvar la Ley. D es igual a mc^2 al cuadrado, en donde D es la Dinastía, m la masa de relaciones, parientes, y c es, naturalmente la corrupción, que es la única constante del universo... Porque, en la India, hasta la velocidad de la luz depende de la carga perdida en el camino y de los caprichos del suministro de energía.* La partida de Vasco hizo también de la casa un lugar tranquilo. La vieja mansión laberíntica era como un escenario despojado a través del cual, como fantasmas susurrantes, vagaba un elenco reducido de actores que se habían quedado sin frase. O que quizá estaban actuando ahora en otros escenarios, y sólo aquella casa había quedado oscura.

No dejó de ocurrírseme —de hecho, durante cierto tiempo ocupó todos mis pensamientos al despertarme— que lo que había ocurrido era, en cierto modo, una derrota de la filosofía pluralista en la que todos habíamos sido educados. Porque, en el asunto de Uma Sarasvati, había sido la pluralista Uma, con sus múltiples personalidades, su compromiso, sumamente inventivo, con la infinita maleabilidad de lo real y su sentido de la verdad modernistamente provisorio, la que había resultado ser la manzana de la discordia; y Aurora había hecho la compota... Aurora, durante toda su vida defensora de los muchos contra el uno, había descubierto, con ayuda de Minto, algunas verdades fundamentales y, por consiguiente, había tenido razón. La historia de mi vida amorosa se convertía así en una parábola amarga, una parábola con la que Raman Fielding habría disfrutado, porque la polaridad del bien y el mal estaba invertida.

En aquella hora cero de comienzos de los ochenta, me sostuvo Ezekiel, nuestro cocinero sin edad. Como si notase la necesidad del *establishment* de animarse, inició un programa gastronómico que combinaba la nostalgia con la invención, y que había que revolver salpicándolo generosamente de esperanza. Antes de salir hacia Bebé Blanditolandia, y después de llegar a casa, me descubría gravitando cada vez más hacia la cocina, en donde él estaba agachado, con los mechones entrecanos y sonriendo a base de encías, lanzando al aire *parathas* con optimismo.

—¡Alegría! —cacareaba sabiamente—. *Baba sahib*, no tienes más que sentarte y te cocinaré un futuro feliz. Machacaremos sus especias y pelaremos sus cabezas de ajo, cortaremos sus cardamomos y picaremos su jengibre, calentaremos el *ghee* del futuro y freiremos su *masala* para que suelte su sabor. ¡Alegría! Éxito en las empresas para el *Sahib*, genio en sus pinturas para *Madame*, ¡y una bella novia para ti! Cocinaremos también el pasado y el presente, y de ello vendrá el mañana.

Así aprendí a cocinar *meat cutlass* (cordero picado y especiado

dentro de una empanadilla de patata) y *chicken country captain*; se me revelaron los secretos del camarón *padda*, el *ticklegummy*, el *dhope* y el *dingding*. Me convertí en maestro del *balchow* y aprendí a hacer una albóndiga *kaju* media. Aprendí el arte del *Cochin special* de Ezekiel, una jalea picante de cambur morado que hacía la boca agua. Y, mientras viajaba por los cuadernos del cocinero, cada vez más metido en aquel cosmos privado de papayas y canela y especias, mi ánimo se levantó realmente. Y en medida no pequeña porque me parecía que Ezekiel había conseguido reunirme, después de una larga interrupción, con la historia de mi pasado. En su cocina yo era transportado otra vez al Cochin hacía tiempo desaparecido, en el que el patriarca Francisco soñaba con los rayos Gama y Solomon Castile se iba al mar y reaparecía en los azules azulejos de la sinagoga. Entre los renglones de sus cuadernos de tapas esmeralda vi la lucha de Belle con los libros del negocio familiar y, en los aromas de su magia culinaria, olí un almacén de Ernakulam en donde una muchacha se había enamorado. Y la profecía de Ezekiel comenzó a hacerse verdad. Con el ayer en la tripita, mis perspectivas me parecieron mucho mejores.

—Buena comida —sonreía Ezekiel, sorbiendo con la lengua—. Comida *engordante*. Ya es hora de tener un poco de panza por delante. Un hombre sin barriga no siente apetito por la vida.

El 23 de junio de 1980, Sanjay Gandhi trató de rizar el rizo sobre Nueva Delhi y cayó en picado hacia la muerte. Enseguida, en el período de inestabilidad que siguió, también yo me zambullí hacia la catástrofe. A los pocos días de la muerte de Sanjay, supe que Jamshed Cashondeliveri había muerto en un accidente de coche en la carretera del lago de Powai. Su pasajera, que milagrosamente había salido despedida y escapado con cortes y contusiones sin importancia, era la brillante y joven escultora Uma Sarasvati, a la cual, se dijo, el muerto había tenido intención de proponer matrimonio en aquel conocido lugar pintoresco. Cuarenta y ocho horas más tarde, se informó de que Miss Sarasvati había

sido dada de alta en el hospital y llevada a su residencia por unos amigos. Comprensiblemente, seguía sufriendo mucho por el dolor y por el *shock*.

La noticia de las lesiones de Uma desencadenaron todos los sentimientos que yo había tratado tanto tiempo de encadenar. Me pasé dos días luchando contra mí mismo, pero, cuando supe que había vuelto a Cuffe Parade, salí de casa, diciendo a Lambajan que iba a los Jardines Colgantes a dar un paseo, y agarré un taxi en el momento en que estuve fuera de su vista. Uma me abrió la puerta con leotardos negros y una blusa estilo quimono japonés muy suelta. Tenía aspecto de estar muy nerviosa, acorralada. Era como si su fuerza de gravedad interna hubiera disminuido; parecía un tembloroso conjunto de partículas que podía disgregarse en cualquier momento.

—¿Te has hecho mucho? —le pregunté.

—Cierra la puerta —replicó. Cuando me volví hacia ella, se había soltado la blusa y la había dejado caer—. Míralo por ti mismo —dijo.

Después de aquello, no pudimos mantenernos separados. Lo que había entre nosotros parecía haberse hecho más potente durante nuestra separación.

—Ay dios —murmuraba ella mientras la acariciaba con mi mano derecha retorcida—. Ay sí, así. Ay diosdios. —Y más tarde—: Sabía que no habías dejado de quererme. Yo no dejé. Me dije: que Dios confunda a nuestros enemigos. Cualquiera que se interponga en nuestro camino, caerá.

Su marido, me confesó, había muerto.

—Si soy una mujer tan mala —dijo—, entonces dime: ¿por qué me lo ha dejado todo? Después de su enfermedad, no sabía quién era nadie, creía que yo era la criada. Por eso me ocupé de que lo atendieran y me fui. Si eso es malo, entonces soy mala.

Yo la absolví con facilidad. No, no eres mala, mi encanto, mi vida, tú no.

No tenía un rasguño en el cuerpo.

—Malditos periódicos —dijo—. Ni siquiera estaba en ese maldito coche. Cogí mi propio automóvil porque tenía planes para luego. Por eso él estaba en su estúpido Mercedes —¡qué encantadoramente mal pronunciaba el nombre: «*Mars'diz*»!— y yo en mi nuevo Suzuki. Y, en aquella carretera de segundo orden, ese loco *playboy* quiso echar una carrera. Una carretera en que había camiones y autobuses con conductores dopados y carros de burro y carros de camello y dios-sabed qué. —Se puso a llorar; yo le enjuagué las lágrimas—. ¿Qué podía hacer? Conduje como una mujer sensata y le grité que no, que volviera, que no. Pero a Jimmy siempre le faltó un tornillo. ¿Qué te voy a decir? No miraba, se puso en el lado indebido de la carretera para adelantarme, vino una curva, había una vaca echada, intentó evitarla, no pudo echarse al otro lado porque mi coche estaba allí, se salió por la carretera por el lado derecho, y allí había un álamo. *Khalaas*.

Traté de sentir lástima de Jimmy pero no pude.

—Los periódicos dicen que os ibais a casar.

Me echó una mirada furiosa.

—Nunca me has entendido —dijo—. Jimmy no era nada. Para mí sólo has sido siempre tú.

Nos veíamos tanto como podíamos. Yo mantuve nuestras citas secretas para mi familia y, al parecer, Aurora había prescindido de los servicios de Dom Minto, porque no descubrió nada. Pasó un año; más de un año. Los quince meses más felices de mi vida. «¡Que Dios confunda a nuestros enemigos!» La frase desafiante de Uma se convirtió en nuestro saludo y despedida.

Luego Mynah murió.

Mi hermana falleció de —¿de qué si no?— insuficiencia respiratoria. Había estado visitando una fábrica de productos químicos del norte de la ciudad para investigar los malos tratos a su importante mano de obra femenina —en su mayor parte mujeres de los barrios pobres de Dharavi y Parel—, cuando se produjo una pequeña explosión

en las proximidades. Y la «integridad» del tanque hermético de productos químicos peligrosos resultó, para usar el anesthesiado lenguaje del informe oficial, «comprometida». La consecuencia práctica de esa pérdida de integridad química fue la liberación en la atmósfera de una cantidad considerable de metilisocianato. Mynah, que había quedado inconsciente por la explosión, inhaló una dosis letal del gas. El informe oficial no recogió la demora en recabar asistencia médica, aunque enumeró, en cuarenta y siete puntos distintos, lo que la fábrica no había observado de las normas de seguridad prescritas. Se habló también del personal titulado de primeros auxilios, a causa de la lentitud con que llegó hasta Mynah y su grupo. A pesar de darle una inyección de tiosulfato sódico en la ambulancia, Mynah murió antes de llegar al hospital. Murió en una agonía de ojos desorbitados, con náuseas y dando boqueadas, mientras el veneno le devoraba los pulmones. Dos de sus colegas del WWSTP murieron también; tres más sobrevivieron con graves incapacidades. Nunca se pagó ninguna indemnización. La investigación llegó a la conclusión de que el incidente había sido un ataque deliberado a la organización de Mynah por «agentes exteriores no identificados» y, por consiguiente, no se podía considerar culpable a la fábrica. Sólo unos meses antes, Mynah había logrado por fin meter a Kéké Kolarkar en la cárcel por sus estafas inmobiliarias, pero nunca se encontró ningún rastro que conectara al politicastro con la matanza. Y Abraham, como ya se ha dicho, se libró con una multa... Bueno, Mynah era su *hija*. Su *hija*. ¿De acuerdo?

De acuerdo.

—Que Dios confunda... —Uma se detuvo en mitad de la frase, al ver la expresión de mi cara, cuando fui a verla después del funeral de Philomina Zogoiby.

—Basta de eso —dije, sollozando—. Basta de confusión. Por favor.

Estaba echado en la cama, con la cabeza en su regazo. Ella me acarició el blanco cabello.

—Tienes razón —dijo—, ha llegado el momento de simplificar las cosas. Tu mamá y tu papá tienen que aceptarnos, tienen que doblegarse ante nuestro amor. Entonces podremos casarnos y *voilà!* Seremos felices y comeremos perdices y, además, habrá otra artista en la familia.

—Ella no... —comencé, pero Uma me puso un dedo en los labios.

—Tendrá que hacerlo.

Cuando Uma estaba de aquel talante, era una fuerza irresistible. Nuestro amor, insistió, era simplemente un imperativo; exigía, y tenía derecho a ello, que lo dejaran ser.

—Cuando se lo explique a tu madre y tu padre, se dejarán convencer. ¿Es que dudan de mi buena fe? Muy bien. Por nuestro amor, iré a verlos —¡esta noche!— y les demostraré que se equivocan.

Protesté, pero débilmente. Era demasiado pronto. Tenían el corazón lleno de Mynah, objeté, y en él no había sitio para nosotros. Ella rebatió todos mis argumentos. No había corazón que no tuviera sitio para una declaración de amor, dijo; lo mismo que no había vergüenza que un verdadero amor no borrara... Y, ahora que el señor Sarasvati no existía, ¿qué mancha tenía nuestro amor, salvo que ella había estado casada y no era una novia virgen? Las objeciones de mis padres no eran razonables. ¿Cómo podían cruzarse en el camino de la oportunidad de ser feliz de su hijo? ¿De un hijo que había tenido que soportar tantas cosas desde el día de su nacimiento?

—Esta noche —repitió decidida—. Tú espera aquí. Iré y los convenceré. —Se puso en pie de un salto y empezó a vestirse. Al salir, se sujetó un *walkman* al cinturón y se puso los auriculares—. Silbando al trabajar —dijo sonriendo, y metió una casete. Yo estaba aterrorizado.

—Buena suerte —dije fuerte.

—No oigo nada —dijo ella, y se fue.

Después de haberse ido, me pregunté despreocupadamente por qué se había molestado en coger el *walkman*, cuando tenía un equipo de sonido estupendo en el coche. Probablemente estropeado, pensé. Nada

funciona mucho tiempo en este maldito país.

Volvió después de media noche, muy amorosa.

—Creo realmente que saldrá bien —susurró. Yo había estado echado en la cama, despierto; la tensión había convertido mi cuerpo en acero anudado.

—¿Estás segura? —dije, pidiendo más.

—No son mala gente —me dijo ella con suavidad, deslizándose a mi lado—. Lo escucharon todo, y estoy seguro de que me entendieron.

En aquel momento, sentí que mi vida empezaba a ir bien, como nunca había ido, sentí como si el embrollado desastre de mi mano derecha se estuviera desenredando, reorganizándose en palma y nudillos y dedos articulados y pulgar. Es posible incluso que me pusiera a bailar. Maldita sea, bailé: y grité, y me emborraché, y forniqué salvajemente de alegría. En verdad, ella era mi milagrera, y había logrado lo imposible de lograr. Nos deslizamos hacia el sueño, envuelto cada uno en el cuerpo del otro. Próximo ya al olvido, dije entre dientes, vagamente:

—¿Dónde está el *walkman*?

—Maldito trasto —susurró ella—. Siempre me estaba destrozando las cintas. Me detuve en el camino y lo tiré a la basura.

Cuando llegué a casa la mañana siguiente, Abraham y Aurora me esperaban en el jardín, hombro con hombro, con el rostro sombrío.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—A partir de este momento —dijo Aurora Zogoiby—, no eres nuestro hijo. Hemos adoptado todas las medidas para desheredarte. Tienes un día para recoger tus cosas y marcharte. Tu padre y yo no queremos volver a verte.

—Estoy totalmente de acuerdo con tu madre —dijo Abraham Zogoiby—. Nos das asco. Y ahora apártate de nuestra vista.

(Hubo más palabras duras; más fuertes, muchas de ellas mías. No las reflejaré aquí.)

—¿Jaya? ¿Ezekiel? ¿Lambajan? ¿No me dirá nadie qué ha pasado?

¿De qué se trata?

Nadie habló. La puerta de Aurora estaba cerrada, Abraham había salido de la casa, y sus secretarias tenían instrucciones de no pasarle mis llamadas. Finalmente, Miss Jaya Hé se permitió proferir cinco palabras.

—Mejor que hagas el equipaje.

No se me explicó nada... ni el hecho de mi expulsión, ni la brutalidad de la forma. ¡Una pena tan grave por un «delito» tan pequeño!... ¡El delito de enamorarme delirantemente de una mujer que no agradaba a mi madre! Ser talado del árbol genealógico, como una rama muerta, por un motivo tan trivial —no, tan maravilloso... aquello no bastaba. No tenía sentido. Yo sabía que otras personas —la mayoría de las personas— vivían en aquel país de absolutismo paterno; y, en el mundo de las peliculillas *masala*, esas escenas de nunca-ensuciarás-el-umbral-de-mi-casa estaban a la orden del día. Pero nosotros éramos distintos; y, desde luego, aquel lugar de feroces jerarquías y antiguas certidumbres morales no había sido mi país; desde luego, aquel tipo de cosas no había formado parte del guión de nuestras vidas... Sin embargo, era evidente que me equivocaba; porque no se habló más. Llamé a Uma para darle la noticia y luego, al no tener opción, me enfrenté con mi destino. Las puertas del Paraíso estaban abiertas, y Lambajan apartó la vista. Las atravesé dando traspiés, aturdido, desorientado, perdido. Yo no era nadie, nada. Nada de lo que había sabido nunca servía de nada, ni tampoco podía decir ya que lo sabía. Había quedado vaciado, invalidado; estaba, para utilizar un epíteto vetusto pero, súbitamente, adecuado, *acabado*. Había caído en desgracia, y el horror de ello hacía añicos el universo, como un espejo. Sentí como si yo también me hubiera hecho añicos; como si estuviera cayendo a la Tierra, no como yo mismo, sino como mil y un fragmentos de mí mismo, atrapado en pedazos de cristal.

Después de la caída: llegué a donde estaba Uma Sarasvati con una maleta en la mano. Cuando abrió la puerta, tenía los ojos rojos, el pelo alborotado y parecía trastornada. El melodrama indio al viejo estilo

explotaba sobre la superficie de nuestros modales fingidamente sofisticados, como si la verdad explotara a través de una delgada capa pintada de suaves mentiras. Uma prorrumpió en disculpas chillonas. Su gravedad interior había disminuido de forma espectacular; ahora se estaba realmente desmoronando.

—Ay, Dios... si hubiera podido pensar... pero cómo han podido, es algo que pertenece a la prehistoria... a una *época antigua*... yo creía que eran gente tan civilizada... creía que éramos los religiosos chiflados los que actuábamos así, no vosotros, los tipos modernos y laicos... Ay, Dios, iré a verlos otra vez, iré ahora mismo, les juraré no verte más...

—No —dije yo, todavía sin reponerme del choque—. Por favor, no vayas. No hagas nada más.

—Entonces haré lo único que no puedes prohibirme —aulló—. Me mataré. Lo haré ahora, esta noche. Lo haré por mi amor a ti, para dejarte libre. Entonces tendrán que aceptarte otra vez.

Debía de haberse estado calentando la cabeza desde mi llamada telefónica. Ahora era operística, inmensa.

—Uma, no seas loca —dije.

—*No estoy loca* —me gritó, como una loca—. No me llames loca. Toda tu familia me llama loca. No estoy loca. Estoy enamorada. Una mujer puede hacer cosas grandes por amor. Un hombre enamorado no haría menos por mí, pero eso no lo pido. No espero grandes cosas de ti, de ningún hombre. No estoy loca, a menos que esté loca por ti. Llámame loca de amor. Y —¡por el amor del cielo!— cierra esa maldita puerta.

Férvida, con los ojos inyectados en sangre, comenzó a rezar. En el pequeño santuario de lord Ram, en la esquina de su salón, encendió una dia-lámpara y la movió en círculos tensos por el aire. Yo estaba allí, en la oscuridad creciente, con una maleta a mis pies. Lo hace en serio, pensé. No es un juego. Esto está ocurriendo. Es mi vida, nuestra vida, y ésta su forma. Ésta es su verdadera forma, la forma de detrás de todas las formas, la forma que se revela en el momento de la verdad. En aquel

momento me invadió una absoluta desesperación, aplastándome bajo su peso. Comprendía que no tenía vida. Me la habían quitado. La ilusión del futuro, que Ezekiel, el cocinero, me había devuelto en su cocina, revelaba ser una quimera. ¿Qué podía hacer yo? ¿Iría a parar a las cloacas o tendría un momento final, supremo, de dignidad? ¿Tendría coraje para morir por amor y, al hacerlo, hacer nuestro amor inmortal? ¿Podría hacer eso por Uma? ¿Podría hacerlo por mí mismo?

—Lo haré —dije en voz alta. Ella dejó la lámpara y se volvió hacia mí.

—Lo sabía —dijo—. El dios me dijo que lo harías. Dijo que eras un hombre valiente y que me amabas, y que, naturalmente, me acompañarías en mi viaje. No serías un cobarde que me dejase partir sola.

Ella había sabido siempre que su apego a la vida no era firme, que llegaría el momento en que estaría dispuesta a renunciar a ella. De manera que, desde su infancia, como un guerrero que va al combate, había llevado la muerte consigo. Por si era capturada. Antes la muerte que el deshonor. Salió de su tocador con los puños apretados. En cada puño tenía un comprimido.

—No me preguntes —dijo—. Las casas de los policías contienen muchos secretos.

Me pidió que me arrodillara a su lado al lado del retrato del dios.

—Sé que no crees —dijo—. Pero, por mí, no te negarás.

Nos arrodillamos.

—Para mostrarte lo sinceramente que te he amado —dijo—, para probarte, por fin, que no te he mentado, me la tragaré yo primero. Si tú también eres sincero, me seguirás enseguida, enseguida, porque te estaré esperando. Oh, mi único amor.

En aquel momento, algo dentro de mí cambió. Hubo un rechazo.

—No —grité, y le arrebaté el comprimido de la mano, que cayó al suelo. Con un grito, ella se lanzó hacia él, lo mismo que yo. Nuestras cabezas chocaron.

—Ay —dijimos juntos—. Ojojó, ey-eyii. Ay.

Cuando se me despejó un poco la cabeza, nuestros dos comprimidos estaban en el suelo. Traté de cogerlos; pero, en mi mareo dolorido, sólo logré apoderarme de uno. Uma se apoderó del otro y lo miró abriendo más los ojos, presa de un nuevo y particular horror, como si le hubieran hecho inesperadamente una pregunta atroz y no supiera qué responder.

Yo dije:

—No lo hagas, Uma. Está mal. Es una locura.

La palabra le escoció de nuevo.

—No digas locura —gritó—. Si quieres vivir, vive. Pero eso demostrará que nunca me has querido. Demuestra que tú has sido el mentiroso, el charlatán, el transformista, el manipulador, el conspirador, el farsante. No yo: tú. Tú eres el huevo podrido, el malo, el demonio. ¡Mira! Mi huevo es bueno.

Se tragó la pastilla.

Hubo un momento en que le atravesó la cara una expresión de sorpresa inmensa y auténtica, seguida por otra de resignación. Luego cayó al suelo. Yo me arrodillé a su lado aterrorizado, y el olor a almendras amargas me llenó las narices. Su rostro, en la muerte, pareció sufrir mil cambios, como si estuviera volviendo las páginas de un libro, como si estuviera renunciando, una a una, a sus innumerables personalidades. Y luego, una página en blanco, y ella no fue ya absolutamente nadie.

No, yo no moriría. Lo había decidido ya. Me metí la tableta restante en el bolsillo del pantalón. Quienquiera o lo que quiera que hubiera sido, buena o mala o ninguna de las dos cosas o ambas, era innegable que yo la había amado. Morir no inmortalizaría aquel amor, sino que lo devaluaría. De forma que viviría, para ser el portaestandarte de nuestra pasión; demostraría, con mi vida, que el amor valía más que la sangre, que la vergüenza... más, incluso, que la muerte. *No moriré por ti, mi Uma, sino que viviré por ti. Por dura que esa vida pueda ser.*

Sonó el timbre de la puerta. Yo estaba sentado en la oscuridad, con el cuerpo muerto de Uma. Aporrearon la puerta. Yo seguí sin responder. Una voz fuerte gritó. *Abran. Polís.*

Me levanté y abrí la puerta. El descansillo estaba lleno de uniformes azules de pantalón corto, morenas piernas flacas de rodillas nudosas y manos apretadas en torno a *lathis* que se agitaban. Un inspector de sombrero plano me apuntó con una pistola a la cara.

—Es usted Zogoiby, ¿no? —me preguntó a voz en grito.

Dije que lo era.

—O sea, ¿*Shri Moraes Zogoiby*, director de márketing de Baby Softo Talcum Powder Private Limited?

—El mismo.

—Entonces, sobre la base de la información de que dispongo, lo detengo por contrabando de estupefacientes y, en nombre de la Ley, le ordeno que me acompañe sin resistencia al vehículo que nos espera abajo.

—¿Estupefacientes? —repetí indefenso.

—Está prohibido intercambiar palabras —bramó el inspector, acercando más la pistola a mi cara—. El detenido debe obedecer las instrucciones del responsable. En marcha.

Yo avancé dócilmente hacia aquella multitud huesuda. En aquel momento, el inspector vio por primera vez el cuerpo de la mujer muerta que había en el suelo del apartamento.

III.

BOMBAY CENTRAL

En una calle de la que nunca había oído hablar, estaba esposado delante de un edificio que nunca había visto, una estructura de tal tamaño que todo mi campo de visión quedaba ocupado por una sola pared sin características especiales, en la que, un poco hacia mi derecha, vi una puerta de hierro diminuta... o, más bien, una puerta que parecía pequeña, pequeña como una ratonera metálica, por estar situada en aquella inmensidad de piedra gris y horrible. El bastón del policía que me había arrestado me pinchó para que me moviera, y salí obedientemente del vehículo sin ventanas en el que me habían transportado desde la macabra escena del fallecimiento de mi amante. Atravesé asombrado la calzada vacía y silenciosa, porque las calles de Bombay no son nunca silenciosas, ni están nunca, nunca, vacías... no hay un «silencio de la noche» o, hasta entonces, así lo había supuesto. Cuando me acerqué a la puerta vi que, en realidad, era sumamente grande, y se alzaba ante mí como la entrada de una catedral. ¡Qué enorme debía de ser la pared! De cerca, se extendía sobre y alrededor de nosotros, escondiendo la sucia luna. Sentí que se me caía el alma a los pies. Me di cuenta de que podía recordar muy poco del viaje. Atado en la oscuridad, había perdido evidentemente todo sentido de la dirección y del paso del tiempo. ¿Qué lugar era aquél? ¿Quién era aquella gente? ¿Eran realmente policías; estaba acusado realmente de tráfico de drogas y era ahora, también, sospechoso de asesinato; o me había pasado de página accidentalmente, de un libro de la vida a otro...? En mi estado de desdicha y desorientación, ¿se me había deslizado quizá el dedo de leer desde una frase de mi propia historia hasta este otro texto, descabellado e incomprensible, que había estado, por casualidad, inmediatamente debajo? Sí: evidentemente, se había producido algún deslizamiento.

—No soy un criminal —grité—. Y tampoco debo estar aquí, en este Inframundo. Ha habido algún error.

—Renuncia a esa esperanza engañosa, sinvergüenza —replicó el inspector—. Aquí, muchos *bhoots* del Inframundo, muchos tipos temibles, se convierten en sombras perdidas. ¡No hay error que valga, *bally chump!* ¡Entra! Dentro, la podredumbre es espléndida. —La gran puerta se abrió con muchos ruidos y quejidos. De pronto el aire se llenó de lamentos infernales. «¡Oooh! ¡Heihei! ¡Gruuh! ¡Oi-yoi-yoi! ¡Yaroooh!» El inspector Shingh me dio un empujón poco ceremonioso.

—¡Izquierdo-derecho izquierdo-derecho un-dos un-dos! —gritó—. ¡Muévete, Belcebobo! La Otra Vida te espera.

Me condujeron, por pasillos oscuros que olían a excrementos y tormentos, a desolaciones y violaciones, unos hombres que restallaban látigos y, según me pareció, tenían cabeza de animal y serpientes venenosas por lengua. O el inspector se había ido o se había metamorfoseado en alguno de aquellos monstruos híbridos. Traté de hacer preguntas a los monstruos, pero su comunicación no llegaba más allá de lo físico. Golpes, empujones... hasta la punta de un látigo que me quemó ferozmente el tobillo: ésa era la suma de lo que tenían que decir. Dejé de hablar y me adentré en la cárcel.

Después de un largo rato, encontré mi camino bloqueado por un hombre con —entorné los ojos y lo miré atentamente— cabeza de elefante barbudo, que tenía en la mano una media luna de hierro que chorreaba llaves. Las ratas corrían respetuosamente entre sus pies.

—A este lugar traemos a los hombres impíos como tú —dijo el hombre elefante—. Aquí sufrirás por tus pecados. Te humillaremos de formas que ni siquiera has podido soñar.

Me ordenaron que me quitara la ropa. Desnudo, temblando en aquella noche cálida, fui obligado a entrar en una celda. Una puerta — toda una vida, toda una forma de entender la vida— se cerró a mis espaldas. Me quedé de pie en la oscuridad, perdido.

Prisión celular. El calor intensificaba el hedor de la basura. Mosquitos, paja, charcos de líquido y, por todas partes, en la oscuridad,

cucarachas. Mis pies descalzos las aplastaban al andar. Cuando me quedaba quieto, me subían por las piernas. Al inclinarme despavorido para quitármelas, noté que mi pelo rozaba las paredes de mi cárcel negra. Las cucarachas pululaban sobre mi cabeza y me bajaban por la espalda. Las sentí por el estómago, cayéndome sobre el pubis. Comencé a sacudirme como una marioneta, golpeándome a mí mismo y gritando. Algo —un envilecimiento— había comenzado.

Por la mañana, algo de luz se abrió camino hasta la celda, y las cucarachas se recogieron para aguardar el retorno de la oscuridad. No había dormido; mi batalla contra aquellas criaturas inmundas había agotado todas mis fuerzas. Caí sobre el montón de paja que era mi única cama, y las ratas entraron aturrulladamente en agujeros de la pared. Una ventanita se abrió en la puerta de la celda.

—Muy pronto estarás cazando esas cucas crujientes para comértelas —se rió el guardián—. Hasta los presos vegetarianos las buscan al final; y tú, pienso ahora, eras antes, decididamente, no vegetariano.

La ilusión de la cabeza de elefante, lo vi entonces, había sido creada por la capucha de una capa (las batientes orejas) y un *hookah* (por nariz). Aquel tipo no era un Ganesha mitológico sino un bruto tosco y sádico.

—¿Qué lugar es éste? —le pregunté—. No lo he visto en mi vida.

—Vosotros los *laad-sahibs* —dijo desdeñosamente, enviando un largo chorro de esputo de vivo bermellón hacia mis pies—, vivís en la ciudad y no sabéis nada de su secreto, de su corazón. Para vosotros es invisible, pero ahora te lo han hecho ver. Estás en los calabozos de Bombay Central. Son el estómago, los intestinos de la ciudad. De manera que, naturalmente, hay mucha mierda.

—Conozco la zona de Bombay Central —protesté—. Estaciones de ferrocarril, *dhabas*, bazares. No he visto ningún lugar que se pareciera a éste.

—Una ciudad no se muestra a cualquier hijo de puta, follaherманas o follamadres —gritó el hombre elefante, cerrando de golpe la ventana—.

Has estado ciego, pero ahora verás.

Cubo de la mierda, cubo de las gachas, el rápido deslizamiento hacia la absoluta degradación: os evitaré los detalles. Mis antepasados Aires y Camoens da Gama, y también mi madre, habían pasado temporadas en las cárceles británico-indias; pero esta institución *made-in-India*, posterior a la Independencia, iba más allá de lo peor que se pueda imaginar. No era sólo una cárcel; era una educación. Hambre, agotamiento, crueldad y desesperación son buenos maestros. Yo aprendí rápidamente sus lecciones: mi culpa, mi insignificancia, mi abandono por todos los que hubiera podido llamar míos. No merecía más que lo que me daban. Todos tenemos lo que nos merecemos. Me acurruqué contra una pared, con la frente sobre las rodillas y los brazos rodeando los tobillos, y dejé que las cucas fueran y vinieran.

—Esto no es nada —me consoló el guardián—. Espera a que empiecen las enfermedades.

Cuánta verdad, pensé. Pronto tendría tracoma, infecciones del oído interno, raquitismo, disentería, enfermedades de las vías urinarias. Paludismo, cólera, tuberculosis, tifoideas. Y había oído hablar de una nueva asesina, de una cosa sin nombre. Las putas se estaban muriendo de eso —convirtiéndose en esqueletos vivientes y pasando luego a mejor vida, según el rumor— y los chulos de Kamathipura lo estaban silenciando. No es que hubiera muchas posibilidades de que yo entrara en contacto ahora con ninguna puta.

Mientras las cucarachas se arrastraban y los mosquitos picaban, sentí que la piel se me caía realmente del cuerpo, como había soñado hacía tiempo que ocurriría. Pero, en esta versión del sueño, mi piel, al pelarse, se llevaba con ella todos los elementos de mi personalidad. Me estaba convirtiendo en nadie, en nada; o, mejor, me estaba convirtiendo en lo que habían hecho de mí. Era lo que el guardián veía, lo que mi nariz olía en mi cuerpo; aquello a lo que las ratas empezaban a aproximarse, con entusiasmo creciente. Era una basura.

Traté de aferrarme al pasado. En mi amarga confusión, traté de distribuir culpas; y, más que nada, culpaba a mi madre, a quien mi padre no sabía decir que no... Porque, ¿qué clase de madre caería en una provocación tan endeble para destruir a su hijo, a su único hijo...? ¡Bueno, un monstruo...! Ay, ha venido una era de monstruos. Jalyug, cuando la Kali bizca y de lengua roja, nuestra madre loca, se mueve entre nosotros causando estragos... Y recuerda, oh Beowulfo, que la madre de Grendel era más aterradora que el propio Grendel... Ay, Aurora, qué fácilmente te convertiste en infanticida... ¡Con qué fervor frío decidiste estrangular el último aliento de tu propia carne y sangre, expulsarlo de la atmósfera de tu amor a las profundidades sin aire del espacio, para que jadeara y pereciera horriblemente, con los ojos saltones y la lengua hinchada...! Hubiera querido que me hubieras pulverizado de bebé, madre, antes de volverme tan joven-viejo con mi cachiporra. Tenías valor para ello... para puñetazos y patadas, pellizcos y bofetadas. Mira, bajo tus golpes, la oscura piel del niño adquiere la iridiscencia típica de las magulladuras y superficies aceitadas. ¡Ay, cómo aúlla! La luna misma se oscurece con sus gritos. Pero tú eres implacable, inagotable. Y, cuando está despellejado, cuando es una forma sin fronteras, una personalidad sin muros, tus manos se cierran en torno a su cuello y aprietan, y aplastan; el aire brota de su cuerpo por todos los orificios disponibles, está echando la vida como un pedo, lo mismo que en otro tiempo tú, su madre, lo lanzaste a ella con otro... Y ahora sólo le queda un aliento, una última burbuja de esperanza estremecida...

—*Wah, wah!* —gritó el guardián, sacándome sobresaltado de mi ensueño autocompasivo y haciéndome saber que había hablado demasiado alto.

—¡Guárdate esas orejas grandes, hombre elefante! —chillé.

—Llámame lo que quieras —replicó él, afablemente—. Tu destino está ya escrito.

Yo me hundí, agachándome, y enterré la cabeza entre mis manos.

—Has hecho tu acusación —dijo el guardián—. Muy sólida, *bhai*. Condenadamente firme. Pero ¿y la defensa? Una madre debe ser defendida, ¿no? ¿Quién hablará a favor de ella?

—Esto no es un tribunal —respondí, presa del malsano vacío que queda cuando la cólera se va—. Si ella tiene otra versión, que la cuente cuando quiera.

—Está bien, está bien —dijo el guardián, con burlón apaciguamiento—. Mantén tu nivel. Para mí, como diversión no tienes rival. De primera. Felicitaciones, míster. Te felicito.

Y yo pensé en el loco amor, en todos los *amours fous* de las generaciones Da Gama-Zogoiby. Recordé a Camoens y a Belle, y a Aurora y a Abraham, y a la pobre Ina fugándose con el galán Cashondelivery «Country and Eastern». Hasta incluí a Minnie-Inamorata-Floreas con sus éxtasis en Jesucristo. Y, naturalmente, pensé —interminablemente, como un chico rascándose una herida— en Uma y yo mismo. Traté de aferrarme a nuestro amor, al hecho de su existencia, aunque había voces dentro de mí que se burlaban de la magnitud de mi equivocación con ella. *Déjalo estar*, me asesoraban las voces. *Al menos ahora, después de todo eso, corta por lo sano*. Pero yo seguía queriendo creer lo que los amantes creen: que la cosa en sí es mejor que cualquier alternativa, aunque sea no correspondido, o derrotado, o demente. Quería aferrarme a la imagen del amor como mezcla de espíritus, como *mélange*, como el triunfo de lo impuro, mestizo, conjuntando lo mejor de nosotros sobre lo que hay en nosotros de solitario, aislado, austero, dogmático, puro; del amor como democracia, como la victoria del ningún-hombre-es-una-isla, de los muchos Dos es compañía sobre los Unos del *apartheid* ralo y malo. Traté de ver la falta de amor como una arrogancia, porque ¿quién si no es el que no ama puede creerse completo, clarividente, sabelotodo? Amar es perder omnipotencia y omnisciencia. Todos caemos en el amor como ignorantes; porque es una especie de caída. Cerrando los ojos, saltamos de ese acantilado, con la esperanza de aterrizar

suavemente. Y no es que sea siempre suave; pero, sin embargo, me dije, sin ese salto nadie viene a la vida. El salto mismo es un nacimiento, aunque termine en la muerte, en una rebatiña de comprimidos blancos y en el olor de almendras amargas de la boca sin aliento de tu amada.

No, dijeron mis voces. *El amor, lo mismo que tu madre, te ha despreciado.*

Mi propio aliento se hacía difícil; el asma me desgarraba y raspaba. Cuando conseguí dormitar, soñé curiosamente con el mar. Nunca hasta entonces había dormido fuera del alcance del sonido de las olas, de la colisión de las esferas del aire y del agua, y mis sueños suspiraban por ese sonido salpicante. A veces, en mis sueños, la mar estaba seca, o hecha de agua. A veces era un océano de lienzo, apretadamente cosido a la tierra a lo largo del borde de la playa. A veces la tierra era como una página desgarrada y el mar un vislumbre de la página oculta de debajo. Aquellos sueños me mostraron lo que no me gustaba que me mostraran: que era el hijo de mi madre. Y un día desperté de uno de esos sueños de mar en el que, mientras trataba de escapar de perseguidores desconocidos, llegaba a una corriente subterránea no iluminada, y una mujer envuelta en un sudario me dijo que *nadase hasta más allá del límite de mi aliento*, porque sólo entonces descubriría la playa única y singular en que podría estar seguro para siempre, *la playa de la Fantasía misma*; y la obedecí con determinación, nadé con todas mis fuerzas hasta el colapso de mis pulmones; y cuando finalmente cedieron y el océano se precipitó dentro de mí, me desperté jadeando, para encontrarme con la imposible figura de un hombre cojo con un loro en el hombro y un mapa del tesoro en la mano. «Ven, *baba* —me dijo Lambajan Chandiwalla—. Es hora de que busques tu fortuna, dondequiera que se encuentre.»

No era un mapa del tesoro, sino el dorado tesoro mismo: es decir, un documento que autorizaba mi inmediata puesta en libertad. No un pasaporte de cazador de fortunas, pero sí un golpe de fortuna inesperada. Me trajo agua limpia y ropa limpia. Se oyó girar las llaves en las

cerraduras y el envidioso desvarío de los otros presos. El guardián, amo elefantino de aquel nido de ratas, de aquel superpoblado hotel de cucarachas, no apareció por ninguna parte; unos esbirros atemorizados y deferentes atendieron a mis necesidades. Al salir, no hubo demonios de cabeza de animal que me pincharan con sus tenedores o ulularan con lenguas de serpiente. La puerta estaba abierta, y era de tamaño corriente; la pared en que encajaba era sólo una pared. Ningún artefacto mágico nos aguardaba fuera —¡no, ni siquiera nuestro viejo chófer Hanum con su Buick de alas!— sino un taxi amarillo-y-negro corriente, que llevaba pintado con letritas blancas, en su negro salpicadero, *Hipotecado al Khazana Bank International Limited*. Entramos en calles conocidas, sobre las que planeaban anuncios conocidos de fabricantes de zapatos Metro y de compresas Stayfree; sobre vallas y en neón, cigarrillos Rothmans y Chaminar, jabones Breeze y Rexona, cera para muebles Time y papel higiénico Hope y palillos de margosa Life y alheña Love me dieron la bienvenida a casa. Porque en mi mente no había duda de que estaba en ruta hacia Malabar Hill y, si en mi horizonte por lo demás soleado había alguna sombra, era porque me sentía obligado a ensayar los viejos argumentos sobre el arrepentimiento y el perdón. El perdón de mis padres, evidentemente, era mío ahora; ¿debía ser mi arrepentimiento mi regalo de vuelta a casa? Pero al hijo pródigo le dieron la ternera gorda — lo amaron— sin tener que decir nunca que lo sentía. Y las amargas píldoras del arrepentimiento se me atravesaban en la garganta; como en el caso de toda mi parentela, había un exceso de tozudez en mi sangre. Maldita sea, fruncí el ceño, ¿de qué tenía que arrepentirme?... Estaba aproximadamente en este punto en mis cavilaciones, cuando registré el hecho de que nos dirigíamos al norte... no hacia el seno paterno sino lejos de él; de modo que aquello no era un retorno al paraíso sino otra etapa en mi caída.

Presa del pánico, comencé a farfullar. *Lamba, Lamba, dile a este tipo*. Lamba fue tranquilizador. Tómame algún tiempo de descanso, *baba*.

Pero, para compensar a Lambajan, estaba el desprecio psitacoideo. *Total* el loro, en el borde de la ventanilla trasera, chillaba su penoso desdén. Me hundí en mi asiento y cerré los ojos, recordando. El inspector examinaba el cuerpo de Uma y a mí me registraban también. Del bolsillo me sobresalía un rectángulo blanco.

—¿Es qué? —preguntó el inspector, acercándose (era casi una cabeza más pequeño que yo), empujando su bigote contra mi barbilla—. ¿Menta para el buen aliento?

Yo empecé a lloriquear enseguida, desvalidamente, sobre pactos de suicidio.

—¡Cállese la boca! —me ordenó el inspector, partiendo la pastilla en dos—. Chupe esto y veremos.

Aquello me despejó. Apenas me atrevía a abrir los labios; el inspector empujaba la media pastilla hacia mi boca. *Pero si me matará, buen señor, me dejará frío junto a mi difunto amor.* «En cuyo caso habremos encontrado dos personas muertas —dijo el inspector, como si fuera algo evidente—. Una triste historia de amor desgraciado.»

Lector: me resistí a su petición. Unas manos me agarraron de los brazos las piernas el cabello. En un momento, estaba echado en el suelo, no lejos de la muerta Uma, cuyo cadáver estaba siendo un tanto zarandeado por aquella multitud, un tanto excesivamente impaciente, de pantalón corto. Había oído hablar de personas que habían muerto en lo que eufemísticamente se llamaba «encuentros con la policía». La mano del inspector me agarró la nariz y apretó... La falta de aire exigió toda mi atención. Y, cuando cedí a lo inevitable, ¡pop! Allá fue el comprimido fatal.

Sin embargo —como habréis adivinado— no me morí. La media tableta no sabía a almendras amargas sino a azúcar dulce. Oí al inspector decir: «El desalmado dio a la mujer la dosis letal, mientras él se regalaba con un caramelito. ¡Así que es un asesinato! La claridad del caso es extraordinaria.» Y, mientras el inspector se metamorfoseaba en Hurree

Jamset Ram Sing, el moreno nabab de Bhanipur de Bunter, los hombres de pantalón corto se convirtieron en una chusma de colegiales, en el terror de El Paso. La verdad es que se me llevaron a buen paso, trasladándome en volandas al ascensor. Y cuando el contenido de la potente pastilla me hizo efecto —a gran velocidad, dado mi sistema aceleradotodo comenzó a cambiar. «*Yaroooh*, muchachos —grité, moviéndome convulsivamente en las garras cada vez más apretadas del alucinógeno—. Uh, os digo... *dejadme*.»

Persiguiendo a un conejo blanco, dando tumbos hacia el País de las Maravillas, pasando junto a tábanos que se mecían, una muchacha tuvo que hacer su elección de cómeme y bébeme; preguntádselo a Alicia, como dice la vieja canción. Pero mi Alicia, mi Uma, hizo su elección, que no fue sólo cuestión de tamaño; y estaba muerta, y no podía responder. *No me preguntes y no te diré mentiras*. Ponedlo en su lápida. ¿Qué pensar de esas dos pastillas, la letal y la astral? ¿Había sido intención de mi amada morir y dejarme que, tras una sesión de visiones, sobreviviera; o contemplar mi muerte con unos ojos transcendentales de droga? ¿Era una heroína trágica; o una asesina; o, de alguna forma todavía insondable, ambas cosas a la vez? Había un misterio en Uma Sarasvati que se había llevado a la tumba. Pensé, en aquel taxi hipotecado, que nunca la había conocido y nunca la conocería. Pero ella estaba muerta, muerta con una expresión de espanto en el rostro, y yo me estaba abriendo camino, estaba renaciendo a una nueva vida. Ella merecía mi cariñoso recuerdo, el beneficio de la duda, y todos los sentimientos buenos y generosos que pudiera encontrar. Abrí los ojos. Bandra. Estábamos en Bandra.

—¿Quién ha hecho esto? —le dije a Lambajan—. ¿Quién ha hecho el truco de magia?

—Shh, *baba* —me apaciguó—. Dentro de muy poco lo verás.

Raman Fielding, en el jardín sombreado por *gulmoohr* de su chalet de Lalgau, llevaba sombrero de paja, gafas de sol y ropa blanca de

críquet.

—De primera —dijo con su voz de rana gutural—. Borkar, buen trabajo.

¿Quién era aquel Borkar?, me pregunté, y entonces vi saludar a Lambajan y comprendí que hacía mucho que había olvidado el verdadero nombre del marinero lesionado. De manera que Lamba era un hombre oculto del MA. Me había dicho que era religioso, y recordaba a medias que venía de una aldea situada en algún lado de Maharashtra, pero era vergonzoso que yo no supiera nada importante de él, ni me hubiera interesado saberlo. Mainduck vino hacia nosotros y dio palmaditas a Lambajan en el hombro.

—Un auténtico guerrero mahratta —dijo, echándome en la cara vapores de betel—. *Bella Mumbai, Marathi Mumbai*, ¿no es eso, Borkar? —Sonrió, y Lambajan, manteniéndose tan firmes como podía con una muleta, asintió:

—Sir Entrenador sir.

A Fielding le divertía la incredulidad de mi cara.

—¿Qué ciudad te crees que es ésta? —me preguntó—. En Malabar Hill bebéis whisky con soda y habláis de democracia. Pero nuestra gente guarda vuestras puertas. Creéis que los conocéis, pero ellos tienen también sus vidas y no os dicen nada. ¿A quién le importan los impíos tipos de Malabar Hill? *Sukha lakad ola zelata*. No hablas marathi. «Cuando arde el palo seco, todo se incendia.» Un día la ciudad —mi bella Mumbai de nombre de diosa, no esta sucia Bombay de estilo inglés— se incendiará con nuestras ideas. Malabar Hill arderá y vendrá el Ram Rajya.

Se volvió hacia Lambajan.

—Por recomendación tuya he hecho muchas cosas. La acusación de homicidio ha sido retirada y se ha dictado un veredicto de suicidio. En cuanto al asunto de los estupefacientes, se ha orientado a las autoridades hacia los grandes *badmashes*, en lugar de hacia este pobre diablo. Y ahora

dime por qué lo he hecho.

—Sí entrenador sí. —Y el viejo *chowkidar* se volvió hacia mí—. Pégame, *baba* —me animó.

Me cogió por sorpresa.

—¿Cómo dices?

Fielding dio una palmada, impaciente.

—¿Estás sordo o qué?

La expresión de Lambajan era casi suplicante. Comprendí que se había expuesto, que se había vuelto vulnerable, para salvarme de la prisión; que se lo había jugado todo para persuadir a Mainduck a fin de que moviera una montaña por mí. Ahora, al parecer, yo tenía que devolverle el favor y salvarlo, estando a la altura de sus elogios.

—*Baba*, como en los viejos tiempos —trató de convencerme—. Pégame aquí, aquí. —Es decir, en la punta de la barbilla.

Yo cogí aire y asentí.

—Muy bien.

—Sir permiso para dejar el loro sir.

Fielding movió una mano impaciente y se acomodó como si fuera de masilla en una silla de caña naranja gigantesca —pero sin embargo gimiente—, junto al estanque de los lirios. Las estatuas mumbadevi se agruparon a su alrededor para ver la demostración.

—Cuidado con la lengua, Lamba —dije, y lancé el golpe. Él cayó como un fardo, quedando inconsciente a mis pies.

—Muy bien —croó Mainduck, impresionado—. Dijo que ese puño torcido tuyo era un martillo que valía la pena tener. ¿Qué te parece? Parece ser verdad.

Lambajan volvió en sí, lentamente, masajeándose la barbilla.

—Nada para preocuparse, *baba* —fueron sus primeras palabras.

De pronto Mainduck inició una de sus famosas peroratas.

—¿Sabes por qué está bien que le hayas pegado? —gritó—. Porque yo lo he dicho. ¿Y por qué está eso bien? Porque soy dueño de su cuerpo

y de su alma también. ¿Y cómo lo compré? Porque cuidé de su familia. Vosotros no sabéis siquiera cuántos familiares tiene en su aldea. Pero yo vengo haciendo que sus chicos estudien, resolviendo problemas de salud y de higiene desde hace años. Abraham Zogoiby, el viejo Tata, C. P. Bhabha, *Cocodrilo* Nandy, Kéké Kolatkar, Birlas, Sassoons, hasta la propia Madre India... creen que son los que mandan, pero el Hombre de la Calle no les importa nada. Pronto ese tipejo les demostrará que se equivocan. —Yo estaba perdiendo rápidamente el interés por la arenga, cuando él adoptó un tono más íntimo—. Y a ti, amigo Martillo —dijo—, te he resucitado de entre los muertos. Ahora eres mi zombi.

—¿Qué quieres de mí? —Pero, incluso mientras decía esas palabras, conocía no sólo la pregunta sino mi respuesta. Algo que había estado cautivo toda mi vida se había liberado cuando noqueé a Lambajan, algo cuya cautividad había hecho que toda mi existencia hasta entonces pareciera de pronto frustrada, pura reacción, caracterizada por varias clases de deriva; y cuya liberación estallaba sobre mí como mi propia libertad. En aquel instante supe que no necesitaba ya llevar una vida provisional, una vida de espera; no necesitaba ya ser lo que ascendencia, educación y desgracia habían decidido, sino que, por fin, podía entrar en mí mismo... en mi propia personalidad, cuyo secreto estaba contenido en aquel miembro deforme que durante demasiado tiempo había hundido en las profundidades de mi ropa. ¡Nunca más! ¡Ahora lo blandiría con orgullo! En adelante yo sería mi puño; sería un Martillo, no un Moro.

Fielding estaba hablando, sus palabras me llegaban rápidas y duras. *¿Sabes quién es tu papaji, allí arriba en su Siodi Tower? Ese hombre que ha arrojado de su seno a su único hijo varón, ¿puedes imaginarte lo profundo de su maldad, lo amplio de su falta de corazón? ¿Qué sabes del jefe de la banda musulmana al que llaman Scar?*

Confesé mi ignorancia. Mainduck hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Ya lo sabrás. Drogas, terrorismo, musulmanes—*moghuls*,

ordenadores para-lanzar-sistemas-de-armas, escándalos del Khazana Bank, bombas nucleares. *Hai Ram*, cómo os mantenéis juntas las minorías. Cómo os unís contra los hindúes, qué buenos somos que no vemos qué peligrosa es vuestra amenaza. Pero ahora tu padre te ha enviado a mí y sabrás todo eso. Te hablaré hasta de los robots, de la fabricación de *cybermen* de derechos-de-las-minorías, de alta tecnología, para atacar y asesinar a los hindúes. Y en cuanto a los bebés, la marcha de los bebés de las minorías, que echarán a nuestros benditos bebés de sus cunas y les quitarán su sagrado alimento. Ésos son sus planes. Pero no prevalecerán. *Hindu-stan*: ¡el país de los hindúes! Derrotaremos al eje Scar-Zogoiby, a toda costa. Humillaremos sus rodillas poderosas. Mi zombi, mi Martillo: ¿estás con nosotros o contra nosotros, vas a ser recto o siniestro? Di: ¿estás con nosotros o sin?

Sin dudarlo, acepté mi destino. Sin detenerme a preguntar qué relación podía haber entre la diatriba antiabrahámica de Fielding y su supuesta intimidad con Mrs. Zogoiby; sin impedimento ni obstáculo; de buen grado, hasta alegremente, di el salto. *A donde tú me has enviado, madre —a la oscuridad, fuera de tu vista—, ahí quiero ir. Los nombres que me has dado —marginado, fuera de la ley, intocable, repugnante, vil — los aprieto contra mi pecho y los hago míos. La maldición que me has lanzado será mi bendición y el odio con que me has salpicado el rostro lo beberé como un filtro amoroso. Desventurado, llevaré con orgullo mi vergüenza y mi nombre... lo llevaré, gran Aurora, como una letra escarlata bordada sobre mi pecho. Ahora me estoy zambullendo desde tu colina, pero yo no soy un ángel. Mi caída no es la de Lucifer sino la de Adán. Caigo hacia mi hombría. Y estoy contento de caer así.*

—Sir derecho Entrenador sir.

Mainduck soltó un ruido poderoso de alegría y luchó por levantarse de la silla. Lambajan —Borkar— se acercó y le prestó ayuda.

—Vaya, vaya —dijo Fielding—. Bueno, ese martillo tuyo puede ser muy útil. Por cierto, ¿alguna otra habilidad?

—Sir cocinar sir —dije recordando tiempos felices en la cocina con Ezekiel y sus cuadernos—. *Mulligatawny* angloindio, carne con leche de coco del sur, *kormas mughlai*, *shirmal* cachemiro, *murghi kababs*; pescado de Goa, *brinjal* de Hyderabad, arroz *dum*, «club-style» Bombay, todo. Incluso, si te gusta, *numkeen chai* rosa y salado. —La alegría de Fielding no tuvo límites. Era evidente que era un hombre a quien le gustaba comer.

—Entonces eres un auténtico jugador completo —dijo, dándome golpes en la espalda—. Vamos a ver si tienes verdadera categoría, si puedes ocupar la importantísima posición número seis y hacerla tuya. R. J. Hadlee, K. D. Walters, Ravi Shastri, Kapil De. —(El equipo de críquet británico estaba en aquellos momentos de gira por Australia y Nueva Zelanda)—. En mi equipo siempre habrá sitio para un tipo así.

Mi época al servicio de Raman Fielding comenzó con lo que él llamaba un puesto de invitado «para conocerte» en la cocina de su casa, con gran disgusto de su cocinero habitual, Chhaggan Cinco-de-un-Golpe, un gigante de dientes afilados que parecía llevar un cementerio abarrotado dentro de su enorme boca.

—Chhaggan—*baba* es un hombre salvaje —dijo Fielding admirativamente, explicando el nombre del cocinero al hacer las presentaciones—. Una vez, en una lucha, le quitó de un mordisco a su adversario los dedos de los pies, todos de una vez.

Chhaggan me dirigió una mirada fulminante —con su figura incongruentemente desmelenada y de espantapájaros de medallón de cantina, en aquella, por lo demás, impecable cocina— y comenzó a afilar largos cuchillos y a rezongar alarmantemente.

—Pero es un encanto —rugió Fielding—. ¿Verdad, Chhaggo? No te enfurruñes ahora. El *chef* invitado debe ser acogido como un hermano. O quizá no —añadió, volviéndose hacía mí con sus pesados párpados—. Fue su hermano quien perdió aquella pelea. ¡Aquellos dedos, te lo juro! Parecían albóndigas de *kofta*, salvo por las uñas sucias.

Recordé la antigua historia de Lambajan de la pierna arrancada por un mordisco de un fabuloso elefante, y me pregunté cuánto de aquellos relatos de pérdidas-de-miembros vagaban por la ciudad, adhiriéndose al amputador o al amputado. Felicité a Chhaggan por el brillo de su cocina, y dije al personal que esperaba estar a la altura. El amor a la limpieza era algo que tenía en común con aquel viejo gato cariado, afirmé, sin hacer referencia al estilo personal, quizá un tanto irregular, de Cinco-de-un-Golpe; y además, añadí en silencio para mí mismo, un instrumento de guerra. Sus colmillos y mi puño; estábamos en paz, o eso pensaba. Le dediqué mi sonrisa más amable.

—Sir no hay problema sir —dije inteligentemente a mi nuevo jefe—. Los dos nos vamos a llevar muy bien.

En aquellos días de cocinar para Mainduck aprendí algunas de las complejidades del hombre. Sí, sé que actualmente están de moda las memorias del tipo ayuda-de-cámara-de-Hitler, y mucha gente está en contra y dice que no se debería humanizar lo inhumano. Pero lo que importa es que no son inhumanos, esos pequeños Hitler de estilo Mainduck, y es en su humanidad en donde tenemos que situar nuestra culpa colectiva, la culpa de la humanidad por las fechorías de los seres humanos; porque, si fueran sólo monstruos... si fuera sólo una cuestión de King Kong y Godzilla haciendo estragos hasta que los aeroplanos los derriban, entonces el resto de nosotros quedaríamos excusados.

Personalmente, no quiero que me excusen. Hice mi elección y viví mi vida. ¡Nunca más! ¡Se acabó! Quiero continuar con mi historia.

Entre sus muchos gustos no hindúes, a Fielding le gustaba la carne. Cordero (que era oveja), oveja (que era cabra), *keema*, pollo, *kebabs*: nunca le bastaba. Aplaudía a menudo a los *parsis*, cristianos y musulmanes carnívoros de Bombay —para los cuales, de tantas otras formas, no tenía más que desprecio—, por su cocina no vegetariana. No era ésa la única contradicción en el carácter de aquel hombre ilógico y feroz. Mantenía, y cultivaba cuidadosamente, una fachada de ignorancia,

pero por toda su casa había Ganeshas antiguos, Shivas Natarajas, bronce Chandela, y miniaturas *rajput* y cachemiras que revelaban un interés auténtico por la gran cultura india. El ex caricaturista había ido en otro tiempo a una escuela artística y, aunque nunca lo hubiera dicho en público, le quedaba una influencia. (Nunca le pregunté a Mainduck por mi madre pero, si realmente se sintió atraída hacia él, el testimonio de aquellas paredes me daba una nueva razón para ello. Aunque era también un testimonio de otra índole, una refutación del supuesto poder del arte para hacer mejores a las personas. Mainduck tenía las estatuas y los cuadros, pero su fibra moral seguía siendo de baja calidad, algo que, si se hubiera llamado a su atención, sospecho que habría sido motivo de orgullo para él.)

En cuanto a los encopetados de Malabar Hill, le importaban también; más profundamente de lo que le gustaba admitir. Los antecedentes de mi propia familia lo halagaban; convertir a Moraes Zogoiby, único nieto del gran Abraham, en su hombre-Martillo personal era *toda* una excitación, con herencia o sin herencia. Se me asignó un alojamiento en la casa Bandra y me trató, siempre, con una insinuación de mimo que no hacía extensiva a ningún otro empleado; dejando deslizarse, a veces, el «usted» formal hindi, el *aap* de respeto, en lugar del *tu* del amo. Hay que decir en favor de mis colegas que no daban signos de resentimiento por ese trato especial, y en mi descrédito, supongo, que aceptaba todo lo que había: utilización regular del cuarto de baño de agua-corriente-fría-y-caliente, regalos de *lungis* y pijamas *kurta*, ofrecimientos de cerveza. Una educación blanda deja un residuo de blandura en la sangre.

Lo que era interesante era ver cuánto les importaba Fielding a los sangrezules de la ciudad. Había una corriente continua de visitantes que venían de Everest Vilas y Kanchejunga Bhavan, de Dhaulagiri Nivas, Nanga Parbat House y Manaslu Mansion y todas las superdeseables supertorres Himalaya de Malabar Hill. Los gatitos más jóvenes, elegantes

y de moda, de la jungla urbana venían a merodear en sus terrenos de Lalgau, y todos ellos tenían hambre, pero no de mis banquetes; estaban pendientes de las palabras de Mainduck y lamían todas sus sílabas. Él estaba en contra de los sindicatos, a favor de romper huelgas, contra las mujeres trabajadoras, a favor del *sati*, contra la propiedad y a favor de la riqueza. Estaba contra los «inmigrantes» de la ciudad, con lo que quería decir todos los que no hablaban marathi, incluidos los que habían nacido allí, y a favor de sus «residentes naturales», que incluían a los tipos de un medio marathi que acababan de bajarse del autobús. Estaba en contra de la corrupción del Congreso (I) y a favor de la «acción directa», con lo que quería decir actividades paramilitares en apoyo de sus objetivos políticos y el establecimiento de un sistema de sobornos propio. Se burlaba del análisis marxista de la sociedad como lucha de clases y alababa la preferencia hindú por la eterna estabilidad de la casta. En la bandera nacional, estaba a favor del color azafrán y en contra del color verde. Hablaba de una edad dorada «antes de las invasiones», en que los hombres y mujeres hindúes buenos podrían deambular libremente.

—Ahora nuestra libertad, nuestro amado país, está enterrado bajo las cosas que han construido los invasores. Ese auténtico país es el que debemos recuperar de debajo de las capas de imperios extranjeros.

Fue mientras servía mi propia cocina en la mesa de Mainduck cuando oí hablar por primera vez de la existencia de una lista de lugares sagrados en los que los conquistadores musulmanes del país habían construido deliberadamente mezquitas sobre los lugares natales de diversas deidades hindúes... y no sólo sus mezquitas, sino también sus residencias de campo y niditos de amor, por no hablar de sus tiendas favoritas y sus restaurantes preferidos. ¿Adónde podía ir una deidad para pasar una velada decente? Los mejores lugares habían sido acaparados por alminares y cúpulas en forma de cebolla. ¡No podía ser! Los dioses tenían también derechos y había que devolverles su antigua forma de vida. Los invasores tenían que ser rechazados.

Los ansiosos jovenzuelos de Malabar Hill asentían con entusiasmo. Sí señor, ¡una campaña en favor de los derechos humanos! ¿Qué podía ser más elegante, más de *vanguardia*?... Pero cuando empezaban, a su estilo carcajeante, a denigrar la cultura del Islam indio que yacía, como un palimpsesto, sobre el rostro de la Madre India, Mainduck se ponía de pie y tronaba contra ellos hasta que volvían a hundirse en sus asientos. Entonces les cantaba *ghazals* y les recitaba de memoria poesía urdu (Faiz, Josh, Iqbal)... hablándoles de los fastos de Fatehpur Sikri y del esplendor del Taj iluminado por la luna. Realmente, un tipo complicado.

Había mujeres, pero eran periféricas. Se las importaba de noche y él baboseaba sobre ellas, pero nunca parecía muy interesado. Tenía un instinto de poder en lugar de un instinto sexual, y las mujeres le aburrían, por muy asiduamente que trataran de retener su interés. Debo dejar constancia aquí de que nunca vi el menor signo de mi madre, y lo que veía me indicaba que cualquier relación entre ella y mi nuevo patrono hubiera sido asunto de muy poca duración.

Él prefería la compañía masculina. Había veladas en que, en compañía de un grupo de Jóvenes Aleros del MA, de azafranada cinta en la cabeza, organizaba una especie de miniolimpiada machista e improvisada. Había pulsos y luchas sobre el tapiz, competiciones de flexiones y combates de boxeo de salón. Lubricada con cerveza y ron, la asistencia llegaba a un punto de sudorosa, pendenciera, estentórea y, finalmente, agotada desnudez. En esos momentos, Fielding parecía auténticamente feliz. Despojándose de sus *lungi* de dibujo floreado, se tumbaba entre sus muchachos, picando, rascando, eructando, tirándose pedos, dando palmadas en las nalgas y palmaditas en los muslos.

—¡Nadie podrá con nosotros! —bramaba mientras perdía el conocimiento, en un estado de felicidad dionisiaca—. ¡Maldita sea! Ahora somos uno.

Yo me reunía con ellos cuando me lo pedían y, en aquellos combates de boxeo nocturnos, la reputación del Martillo creció cada vez más. Los

cuerpos sudorosos y aceitados de los desnudos Jóvenes Aleros quedaban tumbados mientras les contaban hasta diez. (Aquellos olímpicos, amontonándose a nuestro alrededor en un cuadrilátero aproximado, cantaban los números al unísono: «¡Nueve...! ¡Diez...! ¡Kaó!)

Y Cinco-de-unGolpe, igualmente, era el campeón de lucha entre todos nosotros.

Oíd: no niego que había muchas cosas en Mainduck que provocaban en mí fuertes reacciones de náusea y repugnancia, pero me enseñé a mí mismo a superarlas. Yo había enganchado mis fortunas a su estrella. Había rechazado lo viejo, porque lo viejo me había rechazado a mí, y no tenía sentido trasladar sus actitudes a mi nueva vida. Yo también sería así, resolví. Me convertiría en aquel hombre. Estudié a Fielding atentamente. Tenía que decir lo que él decía, hacer lo que hacía él. Era el nuevo camino, el futuro. Me lo aprendería como se aprende una carretera.

Pasaron semanas, luego meses. Por fin, mi período de prueba llegó a su fin; había superado alguna prueba invisible. Mainduck me llamó a su oficina, la del teléfono de la rana verde. Al entrar en ella, vi ante mí una figura tan aterradora, tan estrambótica, que, en un momento de espantosa iluminación comprendí que nunca había dejado realmente la ciudad fantasmal, la otra Bombay Central o Central Bombay en la que había sido precipitado tras mi detención en Cuffe Parade y de la cual, en mi ingenuidad, creí que Lambajan me había salvado en el taxi hipotecado de mi bendita carrera hacia la libertad.

Era la figura de un hombre, pero de un hombre con piezas metálicas. Una plancha de acero considerable había sido atornillada de algún modo al lado izquierdo de su rostro, y también una de sus manos era brillante y suave. Su peto de hierro, comprendí poco a poco, no era parte de su cuerpo sino una afectación, un adorno desafiante de la espeluznante figura de cyborg creada por la mejilla y la mano de metal. Era una *moda*.

—Di *namaskar* a Sammy Hazé, nuestro famoso Hombre-de-Hojalata—dijo Mainduck desde su asiento tras de la mesa—. Es el capitán del XI que se te ha designado. Ha llegado el momento de que te quites el gorro

de cocinero, te pongas la ropas de críquet y saltes al campo.

La serie del «Moro en el exilio» —los controvertidos «Moros negros», nacidos de una ironía apasionada avasallada por el dolor y luego injustamente acusados de «negativismo», «cinismo» e, incluso «nihilismo»— constituía la obra más importante de Aurora Zogoiby en sus últimos años. En ellos, no sólo abandonó el palacio de la colina y los motivos mar-playa de sus pinturas anteriores, sino también el concepto de pintura «pura» mismo. Casi todas las obras contenían elementos de *collage* y, con el paso del tiempo, esos elementos se convirtieron en la característica dominante de la serie. La figura unificadora del narrador/narrado seguía estando normalmente presente, pero caracterizada cada vez más como un resto de naufragio, y situada en un ambiente de objetos rotos y desechados, muchos de los cuales eran cosas «encontradas», pedazos de embalajes o latas de *vanaspati*, fijadas a la superficie del cuadro y pintadas encima. Inusitadamente, sin embargo, el reimaginado *Sultán Boabdil* de Aurora estaba ausente de la que ha llegado a ser conocida como la pintura «transicional» de la larga serie del Moro, un díptico titulado *La muerte de Chimène*, cuya figura central —un cadáver de mujer atado a una escoba de madera— era mantenida en el aire, en el panel de la izquierda, por una multitud feliz y poderosa, como una estatua de un Ganesha sobre ratas, abriéndose camino hacia el agua el día del festival de Ganpati. En el segundo panel de la derecha, la muchedumbre se había dispersado y la composición se ocupaba sólo de una parte de la playa y del agua, en la que, entre efigies rotas y botellas vacías y periódicos empapados, estaba la mujer muerta, amarrada a su escoba, azul e hinchada, privada de belleza y de dignidad, reducida a la condición de trasto.

Cuando el Moro reaparecía, era en un medio sumamente fabulado, una especie de patio de trapero humano que se inspiraba en las casuchas y cobertizos *jopadpatti* de los moradores del pavimento y en los edificios a trozos de los grandes barrios pobres y los *chawls* de Bombay. Aquí todo

era un *collage*, las chozas hechas con los desechos indeseados de la ciudad, chapa de hierro ondulada, pedazos de cajas de cartón, trozos nudosos de madera flotante, las puertas de coches aplastados, el parabrisas de un ritmo olvidado; y los edificios contruidos con humo venenoso, con grifos de agua que habían iniciado peleas letales entre las mujeres que hacían cola (por ejemplo, hindúes v. judíos Bene-Issack), con suicidios de queroseno y los impagables alquileres cobrados con suma violencia por *bhaiyyas* y *pathans*; y la vida de la gente, bajo la presión que sólo se siente en la parte de abajo de la pirámide, se había vuelto también una amalgama, tan a trozos como sus hogares, hecha de pequeños hurtos, cascotes de prostitución y fragmentos de mendicidad, o, en el caso de las personas que se respetaban más a sí mismas, de un limpiar zapatos y de guirnalda de papel y pendientes y cestos de caña y camisas de un—*paisa*—por-costura y leche de coco y de cuidar coches y de pastillas de jabón carbólico. Pero Aurora, para quien el reportaje nunca había bastado, había empujado su visión varias etapas más allá; en sus cuadros era la gente misma la que estaba hecha de residuos, la que era *collages* compuestos por lo que la ciudad no valoraba: botones perdidos, limpiaparabrisas rotos, trapos, libros quemados, películas veladas. Personas que iban incluso a escarbar buscando sus propios miembros: descubriendo grandes montones de partes del cuerpo cortadas, y que no eran demasiado exigentes, no podían permitirse ser caprichosas, de forma que muchas de ellas terminaban con dos pies izquierdos o renunciaban a buscar nalgas y se colocaban un par de pechos amputados regordetes en donde hubiera debido estar el trasero que les faltaba. El Moro había entrado en el mundo invisible, el mundo de los fantasmas, de la gente que no existía, y Aurora lo había seguido en él, obligándolo a la visibilidad, por la fuerza de su voluntad artística.

Y la figura del Moro: solo ahora, sin madre, se hundía en la inmoralidad, y era mostrado como una criatura de sombras, degradado en escenas de libertinaje y de crimen. Parecía perder, en esas últimas

pinturas, su antiguo papel metafórico de unificador de contrarios y portaestandarte del pluralismo, dejando de ser un símbolo —por aproximado que fuera— del nuevo país, y siendo transformado en cambio en una figura semialegórica de decadencia. Aparentemente, Aurora había decidido que las ideas de impureza, adición y mezcla, que habían sido, durante la mayor parte de su vida creativa, lo más próximo que había encontrado a una idea de Dios, eran de hecho susceptibles de distorsión y contenían posibilidades de oscuridad lo mismo que de luz. Aquel «Moro negro» era una nueva imaginación de la idea de lo híbrido... una baudelairiana flor —no sería demasiado exagerado sugerir— del mal:

*... Aux objets répugnants nous trouvons de appas;
Chaque jour vers l'Enfer nous descendons d'un pas,
Sans horreurs, à travers des ténèbres qui puent.*¹

Y de debilidad; porque se convirtió en una figura obsesionada, sacudido por los fantasmas de un pasado que lo atormentaban aunque él se acobardaba y les pedía que se fueran. Luego, lentamente, se volvió fantasmal, se convirtió en un Fantasma que Anda, y se hundió en la abstracción, le robaron joyas y rombos, y los últimos vestigios de su gloria; obligado a ser soldado en el ejército de algún pequeño caudillo (en esto Aurora —de forma muy interesante— se mantuvo próxima, por una vez, a los hechos históricamente establecidos sobre el sultán Boabdil), reducido a una condición de mercenario donde en otro tiempo había sido rey, se convirtió rápidamente en un ser amalgamado, tan lastimoso y anónimo como aquellos entre los que se movía. La basura se acumuló, enterrándolo.

Se utilizaba repetidas veces el formato de díptico y, en los segundos paneles de esas obras, Aurora nos dio esa serie angustiada, magistral y terriblemente desprotegida de sus últimos autorretratos, en los que hay algo de Goya y algo de Rembrandt, pero mucho más de una salvaje desesperación erótica de la que existen pocos ejemplos en toda la Historia del Arte. Aurora/Ayxa estaba sentada sola en esos paneles, junto

a la infernal crónica de la degradación de su hijo, y nunca derramaba una lágrima. Su rostro se volvía duro, casi de piedra, pero en sus ojos brillaba un horror nunca nombrado... como si estuviera viendo algo que la hubiera golpeado en las profundidades mismas del alma, algo que estaba ante ella, en donde cualquiera que mirase los cuadros estaría naturalmente... como si la raza humana misma le hubiera mostrado su rostro más secreto y terrorífico y, al hacerlo, la hubiera petrificado, convirtiendo en piedra su vieja carne.

También en los paneles de Ayxa, reaparecían los temas gemelos de los dobles y de los fantasmas. Un fantasma-Ayxa obsesionaba al abasurado Moro; y, detrás de Ayxa/Aurora, a veces, se cernían las débiles imágenes traslúcidas de una mujer y un hombre. Sus rostros se habían dejado en blanco. ¿Era la mujer Uma (Chimène) o era la propia Aurora? ¿Y era yo —o, más bien, el Moro— aquel fantasma macho? ¿Y si no era yo, quién? En aquellos retratos de «fantasmas» o «dobles», la figura de Ayxa/Aurora parece —¿o me lo imagino?— acosada, como parecía Uma cuando fui a verla después de la noticia del accidente de Jimmy Cale. No me lo imagino. Yo conozco ese aspecto. Parece como si se estuviera desmoronando. Parece perseguida.

Lo mismo que en esos cuadros, me persigue. Como si fuera una bruja sobre un peñasco, mirándome en su bola de cristal, con un mono alado a su lado. Porque era cierto: yo avanzaba por esos lugares oscuros, por la luna, detrás del sol, que ella creaba en su obra. Yo habitaba sus ficciones y los ojos de su imaginación me veían claramente. O casi: porque había cosas que ella no podía imaginar, cosas que ni siquiera sus ojos penetrantes podían ver.

De lo que no se daba cuenta en sí misma era del esnobismo que revelaba su rabia desdeñosa, su miedo a la ciudad invisible, a su propia malabaridad. ¡Qué radicalmente Aurora, la reina de los nacionalistas, hubiera odiado aquello! Que le señalaran que, en sus últimos días, era sólo otra *grande dame* de Malabar Hill, bebiendo té a sorbitos y mirando

con desagrado al pobre que había a su puerta... Y de lo que no se daba cuenta en mí era de que, en aquel estrato surreal, con un hombre de lata, un espantapájaros dentado y una rana cobarde por compañía (porque Mainduck era sin duda un cobarde... no hacía nada de su propio trabajo sucio), descubrí, por primera vez en mi vida corta-larga, un sentimiento de normalidad, de no ser *nada* especial, una sensación de estar entre espíritus afines, entre gente-como-yo, que es la cualidad que define al hogar.

Había algo que Raman Fielding sabía y que era la fuente secreta de su poder: no la norma civil social que los hombres añoran, sino la exorbitante, la descomunal, la prohibida... que puede desatar nuestra potencia salvaje. Imploramos permiso abiertamente para convertirnos en nuestros yos secretos.

Así, madre: en aquella espantosa compañía, cometiendo aquellos hechos espantosos, sin necesidad de zapatillas mágicas, encontré el camino del hogar.

Lo admito: soy un hombre que ha dado muchas palizas. He llevado la violencia a muchas puertas, de la forma en que un cartero lleva el correo. He hecho el trabajo sucio cuando se me ha pedido... y lo he hecho y me ha gustado hacerlo. ¿No os conté con qué dificultad aprendí a servirme de la mano izquierda, lo antinatural que me resultó? Muy bien: pues ahora podía utilizar la derecha por fin, en mi nueva vida de acción podía sacarme el aguerrido martillo del bolsillo y dejarlo en libertad para que escribiera la historia de mi vida. Me servía bien aquella porra. Muy rápidamente me convertí en uno de los ejecutores de elite del MA, junto con El Hombre-de-Hojalata Hazaré y Chhaggan Cinco-de-un-Golpe (el cual, no os resultará sorprendente saber, era también una especie de todoterreno, con unos talentos que ninguna cocina podía contener). El XI de Hazaré —cuyos ocho matones restantes eran en todo tan mortíferos como nosotros tres— reinó indiscutido durante un decenio como el Equipo de los Equipos del MA. De forma que, además de la simple

mangnificencia de nuestra fuerza desatada, estaban las recompensas de alto rendimiento y los viriles placeres de la camaradería y del todos-para-uno.

¿Podéis comprender con qué placer me envolvía en la sencillez de mi nueva vida? Porque lo hice; me deleitaba con ella. Por fin, me decía, un poco de franqueza; por fin estás donde naciste para estar. ¡Con qué alivio abandoné mi búsqueda, durante toda mi vida, de una normalidad inalcanzable, con qué alegría revelé al mundo mi supernaturaleza! ¿Podéis imaginaros cuánta rabia se había depositado en mí por las restricciones y las complejidades emocionales de mi existencia anterior... cuánto resentimiento ante los rechazos del mundo, las risitas oídas por casualidad a las mujeres, las burlas de los maestros, cuánta ira no expresada ante las exigencias de una vida necesariamente retirada, sin amigos y, finalmente, asesinada por mi madre? Era toda aquella vida de furia la que había empezado a explotar en mi puño. *Dhhaamm! Dhhoomm!* Oh, desde luego, místers y *begums*: sabía cómo dar qué-a-cambio-de-qué y tenía también una idea clara de por qué. ¡Guardaos vuestra desaprobación! ¡Ponedla donde no brille el sol! Id a un cine y observad que el tipo que se lleva las mayores ovaciones no es ya el galán ni el héééroe... ¡es el sujeto de sombrero negro que apuñala dispara da patadas de kárate y, en general, pulveriza su camino a lo largo de toda la película! Ay, *baby*. La violencia es hoy *lo que se lleva*. Es lo que el público *quiere*.

Mis primeros años los pasé rompiendo la gran huelga de los telares. La tarea que se me asignó fue formar parte de la cuña volante extraoficial de vengadores enmascarados. Después de haber intervenido las autoridades para disolver una manifestación con porras y gases —y en aquellos años había agitaciones en todos los barrios de la ciudad, organizadas por el doctor Datta Samant, su partido político el Kamgar Aghadi y su sindicato Girni Kamgar de Maharashtra de trabajadores textiles—, los equipos de primera del MA elegían y perseguían a

manifestantes individuales, seleccionados al azar, sin cejar hasta que los habían acorralado y dado la paliza de su vida. Habíamos pensado mucho en la cuestión de las máscaras, rechazando finalmente la idea de utilizar los rostros de estrellas de Bollywood de la época, en favor de las más históricas de la tradición popular india de los actores ambulantes, en imitación a los cuales nos pusimos cabeza de león y de tigre y de oso. Resultó ser una decisión acertada, que nos permitió entrar en la conciencia de los huelguistas como vengadores mitológicos. Sólo teníamos que aparecer en escena para que los trabajadores huyeran chillando hacia oscuros callejones, en los que los machacábamos para que se enfrentaran con las consecuencias de sus actos. Como importante efecto secundario de ese trabajo, conocí grandes partes nuevas de la ciudad: en el ochenta y dos y el ochenta y tres debí de recorrer todas las callejas de Worli, Parel y Bhiwandi, persiguiendo a aquella basura de *wallahs* de los sindicatos, sucios activistas y escoria comunista. No utilizo esos términos peyorativa sino, si puedo decirlo así, técnicamente. Porque todos los procesos industriales producen desechos que hay que raspar, descartar y purgar para que la excelencia pueda surgir. Los huelguistas eran ejemplos de esos desechos. Nosotros los eliminábamos. Al terminar la huelga, había sesenta mil puestos de trabajo menos en los telares de los que había al principio, y los industriales pudieron modernizar por fin su fábrica. Nosotros espumamos la porquería y dejamos una industria textil mecanizada, flamante y moderna. Así fue como Mainduck me lo explicó personalmente.

Yo utilizaba los puños, mientras que otros preferían los pies. Con la mano desnuda aporreaba a mis víctimas brutal, metronómicamente... como a alfombras, como a mulos. Como el tiempo. No hablaba. La paliza era su propio lenguaje y expresaba claramente su significado. Golpeaba a la gente de día y de noche, a veces brevemente, dejándolos sin conocimiento de un solo martillazo, y en ocasiones de forma más demorada, utilizando mi mano derecha contra sus zonas más blandas y

haciendo muecas interiormente ante sus alaridos. Era cuestión de orgullo mantener una expresión exterior neutral, impassible, vacía. Aquellos a los que golpeábamos no nos miraban a los ojos. Después de haberles sacado la mugre durante un rato, sus ruidos cesaban. También ellos se volvían impassibles, con la mirada perdida.

Un hombre al que dan una gran paliza (como había intuido hacía tiempo el soñador Oliver D'Aeth) cambia irreversiblemente. Su relación con su propio cuerpo, con su mente, con el mundo de más allá de sí mismo, se altera de forma tan sutil como evidente. Cierta confianza, cierta idea de libertad, desaparecen para siempre con la paliza; si quien le sacude conoce su oficio. A menudo, lo que produce la paliza es distanciamiento. La víctima —¡cuántas veces lo he visto!— se distancia de lo que le ocurre, y deja que su conciencia flote sobre él en el aire. Parece mirarse a sí mismo desde arriba, mirar su propio cuerpo mientras se convulsiona y quizá se rompe. Luego no volverá a entrar por completo en sí mismo, y las invitaciones para unirse a cualquier entidad mayor, colectiva —por ejemplo, un sindicato— serán inmediatamente rechazadas.

Los golpes en diferentes zonas del cuerpo afectan a diferentes partes del alma. Ser golpeado largo tiempo en las plantas de los pies, por ejemplo, afecta a la risa. Los así golpeados no vuelven a reírse.

Sólo los que asumen su destino, los que aceptan su paliza encajándola como hombres —sólo los que levantan las manos, reconociendo su pecado, entonando el *mea culpa*— pueden encontrar algo útil en la experiencia, algo positivo. Sólo ellos pueden decir: «Al menos hemos aprendido la lección.»

En cuanto al que golpea, también cambia. Golpear a un hombre es una especie de exaltación, un acto revelador, que abre extrañas puertas en el universo. El tiempo y el espacio se sueltan de sus amarras, de sus goznes. Se abren abismos. Se vislumbran cosas asombrosas. A veces, vi también el pasado y el futuro. Era duro aferrarse a esos recuerdos. Al

terminar el trabajo, se desvanecen. Pero recordaba que algo había ocurrido. Que había habido visiones. Era una noticia enriquecedora.

Al final desarticulamos la huelga. Tengo que reconocer que me sorprendió cuánto tiempo hizo falta, la lealtad de los trabajadores a la escoria y la basura y los sucios. Pero —como nos dijo Raman Fielding— la huelga de los telares fue el terreno de prueba del MA, nos templó, nos preparó. En las siguientes elecciones municipales, el partido del doctor Samant obtuvo un puñadito de escaños y el MA más de setenta. El tren se había puesto en marcha.

¿Y debo contaros cómo —a invitación del propietario feudal local— visitamos una aldea próxima a la frontera de Gujarat, en donde las guindillas recientemente cosechadas rodeaban las casas en pequeñas colinas de color y especias, y aplastamos una revuelta de las trabajadoras? Pero no, quizá no; vuestro estómago delicado podría trastornarse con algo tan picante. ¿Debo hablar de nuestra campaña contra los desventurados sin casta, intocables o *harijans* o *dalits*, llamadlos como queráis, que, en su vanidad, creyeron poder escapar al sistema de castas convirtiéndose al Islam? ¿Debo describir las medidas con que los devolvimos a su lugar situado más allá de lo socialmente aceptable...? ¿O debo hablar de aquella ocasión en que se recurrió al XI de Hazaré para que hiciera cumplir la antigua costumbre del *sati* y explicar cómo, en cierta aldea, persuadimos a una joven viuda para que subiera a la pira funeraria de su esposo?

No, no. Ya habéis oído suficiente. Tras seis años de trabajo duro en el campo, habíamos recogido una buena cosecha. El MA tenía el control político de la ciudad; ahora se trataba del alcalde Mainduck. Hasta en las zonas rurales más remotas, en donde ideas como las de Fielding nunca habían arraigado, la gente había empezado a hablar del próximo reino de lord Ram, y a decir que había que enseñar a los *mughals* del país la misma lección que los trabajadores de los telares habían aprendido tan dolorosamente. Y los acontecimientos de un escenario más amplio

desempeñaron también su papel en el sangriento juego de consecuencias en que se estaba convirtiendo nuestra historia. Un templo dorado albergaba hombres armados y fue atacado, y mataron a los hombres armados; y la consecuencia fue que hombres armados asesinaron a la primera ministra; y la consecuencia fue que turbas, armadas y desarmadas, recorrieron la capital y asesinaron a personas inocentes que no tenían nada en común con ninguno de los hombres armados, salvo el turbante; y la consecuencia fue que hombres como Fielding, que hablaban de la necesidad de domar a las minorías del país, de someter a todos y cada uno al gobierno duro-amante de Ram, consiguieron cierto impulso, cierta fuerza adicional.

... Y me dicen que, el día de la muerte de Mrs. Gandhi —la misma Mrs. Gandhi a la que había odiado y que le había devuelto con entusiasmo el cumplido— mi madre, Aurora Zogoiby, rompió a llorar torrencialmente...

Una victoria es una victoria: en las elecciones que llevaron a Fielding al poder, las organizaciones de trabajadores de los telares apoyaron a los candidatos del MA. No hay cómo enseñar a la gente quién manda...

... Y si, a veces, me encontraba vomitando sin causa aparente, si todos mis sueños eran infiernos, ¿qué? Si tenía una sensación constante y creciente de ser seguido, sí, quizá por venganza, apartaba de mí esos pensamientos. Pertenecían a mi vida anterior, ese miembro amputado; ahora no quería tener nada que ver con esos escrúpulos, con esas flaquezas. Me despertaba sudando de terror de una pesadilla, me secaba la frente y volvía a dormirme.

Era Uma quien me perseguía en sueños, la difunta Uma, hecha aterradora por la muerte, Uma con el cabello revuelto, los ojos en blanco, la lengua bífida, Uma metamorfoseada en un ángel de venganza, una bruja del infierno que interpretaba el papel de Des-démonia de mi Moro. Huyendo de ella, corría hacia una imponente fortaleza, cerraba de golpe

sus puertas, me daba la vuelta... y volvía a encontrarme fuera otra vez y a ella flotando en el aire, por encima y por detrás de mí, Uma con unos colmillos de vampiro del tamaño de colmillos de elefante. Y otra vez tenía delante de mí una fortaleza, con sus puertas abiertas, ofreciéndome refugio; y otra vez corría, y cerraba de golpe la puerta, y me encontraba todavía al aire libre, indefenso, a su merced. «Sabes cómo construían los moros —me susurraba—. Su arquitectura era una arquitectura mosaica de interiores y exteriores entrelazados: jardines enmarcados por palacios enmarcados por jardines y así sucesivamente. Pero a ti... a ti te condeno desde ahora a los exteriores. Para ti no habrá ya palacios seguros, y te aguardaré en estos jardines. Te daré caza por estos exteriores infinitos.» Entonces descendía hacia mí y abría su boca horrible.

¡Al diablo con esos miedos-a-la-oscuridad infantiles...! O al menos, al despertar de aquellos horrores, así me lo reprochaba. Yo era un hombre; actuaría como un hombre, siguiendo mi camino y soportando la carga de cualquier consecuencia... Y si, a veces en aquellos años, tanto Aurora Zogoiby como yo teníamos la sensación de ser perseguidos, era porque —¡oh explicación prosaica entre todas!— era cierto. Como sabría después de la muerte de mi madre, Abraham Zogoiby había hecho que nos siguieran a los dos durante años. Era un hombre a quien gustaba poseer información. Y aunque había estado dispuesto a decirle a Aurora la mayor parte de lo que sabía sobre mis actividades —convirtiéndose así en la fuente con la que ella creó las pinturas del «exilio»; ¡nada de bolas de cristal!—, no consideró necesario mencionar que la había estado vigilando también a ella. En su vejez, se habían separado tanto que casi estaban fuera del alcance de la voz, e intercambiaban pocas palabras innecesarias. En cualquier caso, Dom Minto, de casi noventa años pero, una vez más, jefe de la principal agencia de investigaciones de la ciudad, nos había mantenido vigilados a instancias de Abraham. Pero Minto tiene que sentarse al fondo por un rato. Miss Nadia Wadia aguarda entre bastidores.

Sí, hubo mujeres, no trataré de negarlo. Migajas de la mesa de Fielding. Recuerdo una Smita, una Shobha, una Rekha, una Urvashi, una Anju y una Manju, entre otras. También un número sorprendente de damas no hindúes; ligeramente manchadas Dollies, Marias y Grinders, ninguna de las cuales duró mucho. A veces también, a solicitud del Entrenador, «realizaba comisiones»: es decir, era enviado, como si fuera una *party-girl*, para agradar a alguna matrona aburrida de una torre, brindándole mis favores personales a cambio de donaciones para los cofres del partido. También aceptaba un pago si se me ofrecía. Me daba igual. Fui felicitado por Fielding por «mostrar verdaderas aptitudes» para esa clase de trabajo.

Pero nunca toqué a Nadia Wadia. Nadia Wadia era diferente. Era una reina de la belleza... Miss Bombay y Miss India en 1987 y, más tarde en ese mismo año, Miss Mundo. En más de una revista se hicieron comparaciones entre la recién llegada sólo-de-dieciséis-años y la perdida y lamentada Ina Zogoiby, mi hermana, con la que se decía que tenía gran parecido. (Yo no podía verlo; pero bueno, en cuestión de parecidos siempre he sido algo lento. Cuando Abraham Zogoiby sugirió que Uma Sarasvati tenía algo de la joven Aurora, aquella quinceañera impresionante de la que se enamoró tan fatalmente, fue una novedad para mí.) Fielding quería a Nadia —a la alta, walkírica Nadia, que caminaba como un guerrero y tenía voz de llamada telefónica obscena, la sería Nadia que daba un porcentaje del dinero de sus premios a los hospitales infantiles y quería ser médica cuando se hubiera cansado de poner a los machos del planeta enfermos de deseo—, la quería más que nada en el mundo. Ella tenía lo que a él le faltaba y lo que, en Bombay, sabía que necesitaba para que su imagen fuera completa. Tenía *glamour*. Y ella le había llamado sapo a la cara en una recepción municipal; de manera que tenía agallas, y había que domarla.

Mainduck quería poseer a Nadia, colgarla de su brazo como un trofeo; pero Sammy Hazaré, su lugarteniente más leal —horroroso

Sammy, medio hombre, medio lata— cometió un grave error, y se enamoró.

En cuanto a mí, no me interesaba ya el amor de las mujeres. De veras. Después de Uma, algo se había apagado en mí, había saltado algún fusible. Las sobras, no pocas veces magistrales, de mi patrono y las «comisiones» bastaban para satisfacerme, y como-venían-se-iban. Luego estaba la cuestión de la edad. Cuando cumplí los treinta, mi cuerpo cumplió los sesenta, y no de una forma especialmente juvenil, por cierto. La edad inundaba mis torreones desmoronados y se apoderaba de las tierras bajas de mi ser. Mis dificultades respiratorias habían aumentado ahora hasta tal punto, que tuve que retirarme de las actividades de cuña volante. Para mí se acabaron las persecuciones por los callejones de los barrios bajos y las escaleras de las feas casas de vecindad. Las largas noches sensuales no entraban tampoco en consideración; en aquellos tiempos, en el mejor de los casos, yo era estrictamente un caballito de una-sola-gracia. Fielding, amablemente, me ofreció trabajar en su secretaría personal y su cortesana de inclinaciones menos atléticas... Pero Sammy, diez años mayor que yo en años pero veinte más joven de cuerpo, Sammy el Hombre-de-Hojalata seguía soñando. No había en su caso problemas respiratorios; en las olimpiadas nocturnas de Mainduck, él o Chhaggan Cinco-de-un-Golpe ganaban siempre las improvisadas competiciones pulmonares (aguantar la respiración, soplar un dardo diminuto con una larga cerbatana de metal, apagar velas).

Hazaré era cristiano maharashtra, y se había unido al grupo de Fielding más por razones regionalistas que religiosas. Oh, todos teníamos razones, personales o ideológicas. Siempre hay razones. Puedes conseguir razones en cualquier *chor bazaar*, cualquier mercado de ladrones, razones en manojo, a diez chapas la docena. Las razones son baratas, baratas como respuestas de políticos, se caen de la boca: *lo hice por el dinero, el uniforme, la solidaridad, la familia, la raza, la nación, dios*. Pero lo que realmente nos empuja —lo que nos hace golpear, y dar patadas, y matar,

lo que hace que venzamos a nuestros enemigos y a nuestros miedos— no se puede encontrar en palabras compradas en ninguno de esos bazares. Nuestros motores son más extraños y utilizan un combustible más oscuro. A Sammy Hazaré, por ejemplo, lo movían las bombas. Los explosivos, que le habían cobrado ya una mano y la mitad de la mandíbula, fueron su primer amor, y pronunciaba los discursos en que trataba —hasta entonces, sin éxito— de persuadir a Fielding de la utilidad política de una campaña de bombas al estilo irlandés, con toda la pasión de Cyrano cortejando a Roxana. Pero si las bombas fueron el primer amor del Hombre-de-Hojalata, Nadia Wadia fue el segundo.

El ayuntamiento de Bombay había organizado una gran despedida a la chica, que se iba a las finales del concurso de belleza en Granada (España). En la fiesta, Nadia, encantadora *parsi* de ideas libres como era, desdeñó al Mainduck reaccionario y de línea dura delante mismo de cámaras («*Shri Raman*, en mi opinión, no eres tanto una rana como un sapo, y no creo que, si te besara, te convertirías en príncipe», replicó en voz alta a la invitación de él, torpemente murmurada, para sostener un *tête-à-tête* en privado) y —para subrayar su argumento— dirigió deliberadamente sus encantos al guardaespaldas personal, un tanto metálico, de Mainduck. (Yo era el otro; pero prescindió de mí.)

—Dime —le ronroneó al paralizado y sudoroso Sammy—, ¿entonces crees que puedo ganar?

Sammy no pudo responder. Se puso morado e hizo un ruido distante y gorgoteante. Nadia Wadia asintió gravemente, como si le hubiera comunicado algo realmente sensato.

—Cuando entré en el concurso de Miss Bombay —masculló mientras Sammy temblaba—, mi novio me dijo: «Ay, Nadia Wadia, mira todas esas señoras tan-tan hermosas, no creo que puedas ganar.» Pero, de cualquier modo, ya ves, ¡gané!

Sammy se tambaleó bajo la violencia de su sonrisa.

—Entonces entré en el concurso de Miss India —suspiró Nadia—, y

mi novio me dijo: «Ay, Nadia Wadia, mira todas esas señoras tan-tan hermosas, no creo que puedas ganar.» Pero otra vez, ya ves, ¡gané!

La mayoría de los que estábamos en la sala nos maravillamos de la *lèse-majesté* de aquel novio no visto, y no encontramos sorprendente que no se le hubiera pedido que acompañase a Nadia Wadia en aquella recepción. Mainduck trataba de mantener el tipo después de haber sido llamado sapo recientemente; y Sammy... bueno, Sammy trataba simplemente de no desmayarse.

—Pero éste es el concurso de Miss Mundo —dijo Nadia con un mohín—. Y miro en las revistas las fotos en color de todas esas señoras tan-tan hermosas, y me digo: «Nadia Wadia, no creo que puedas ganar.»

Miró anhelante a Sammy, implorando ser tranquilizada por el Hombre-de-Hojalata, mientras que Raman Fielding permanecía a su lado, olvidado y desesperado.

Sammy rompió a hablar.

—Pero, Madam, ¡no importa! —barbotó—. Tendrá un viaje de ida y vuelta a Europa en clase ejecutivo, y verá cosas tan grandes, y conocerá a las personas más grandes del mundo. Hará un papel excelente y llevará con honor nuestra bandera nacional. ¡Sí! Estoy seguro-convencido. De forma que, Madam, olvídense de ganar. ¿Quiénes son esos jueces-soeces? Para nosotros —para el pueblo de la India— usted es ya y será siempre la ganadora.

Fue el discurso más elocuente de su vida.

Nadia Wadia fingió estar consternada.

—Oh —gimió, rompiendo el inexperto corazón de él mientras se alejaba—. Entonces tampoco tú crees que puedo ganar.

Había una canción sobre Nadia Wadia que luego conquistó el mundo:

Nadia Wadia, cómo fardia

Toda la India va a admiradia

Anda el mundo de cabeza:

*por la Hembra de la Especia
Te daré una credit-cardia
Y seré tu guardaespaldia
Yo te amo más que a nadia
Más que a nadie, Nadia Wadia.*

Nadie podía dejar de cantarla, desde luego no el Hombre-de-Hojalata. *Y seré tu guardaespaldia...* el verso le parecía un mensaje de los dioses, un aviso del destino. También escuché una versión poco melodiosa de la canción, tarareada tras las puertas de la oficina de Mainduck; porque Nadia Wadia, después de su victoria, se convirtió en el emblema de la nación, como la Estatua de la Libertad o la Marianne, en el depósito de nuestro orgullo y nuestra fe en nosotros mismos. Yo podía ver cómo eso afectaba a Fielding, cuyas aspiraciones estaban empezando a reventar los límites de la ciudad de Bombay y del estado de Maharashtra; renunció al puesto de alcalde en favor de un politicastro amigo del MA y comenzó a soñar en subir al escenario nacional, preferiblemente con Nadia Wadia a su lado. *Más que a nadie, Nadia Wadia...* Roman Fielding, aquel hombre de espantosos impulsos, se había fijado un nuevo objetivo.

Llegó el festival de Ganpati. Era el cuadragésimo aniversario de la Independencia, y el ayuntamiento, controlado por el MA, trató de hacer el más impresionante Ganesha Chaturthi de la Historia. Trajeron a adoradores y sus efigies, a millares, desde zonas apartadas. Las consignas del MA, sobre sus banderas azafranadas, se veían por toda la ciudad. Se construyó un estrado para VIP, inmediatamente al lado de Chowpatty, en las proximidades del puente peatonal; y Roman Fielding invitó a la nueva Miss Mundo como huésped de honor y, por respeto a la festividad, ella aceptó. De forma que la primera parte de su fantasía se realizó, y él estaba de pie junto a ella cuando los vándalos pasaron por delante en camiones del MA, agitando el puño cerrado y lanzando al aire colores y pétalos de flor. Fielding respondía con un saludo de brazo rígido y palma

abierta; y Nadia Wadia, viendo el saludo nazi, desvió el rostro. Pero Fielding estaba ese día en una especie de éxtasis y, cuando el ruido de Ganpati aumentó hasta alturas casi insuperables, se volvió hacia mí —yo estaba de pie a su lado con Sammy, el Hombre-de-Hojalata, apretujado contra la parte de atrás del pequeño estrado abarrotado— y bramó con toda su fuerza:

—Ha llegado el momento de enfrentarnos con tu padre. Ahora somos suficientemente fuertes para Zogoiby, Scar, cualquiera. *Ganpati Bappa morya!* ¿Quién se opondrá a nosotros? —Y, en su voluptuoso placer, se apoderó de la mano larga y esbelta de la horrorizada Nadia Wadia, y le besó la palma—. He aquí que beso a Mumbai, ¡beso a la India! —aulló—. ¡Mirad: beso al mundo!

La respuesta de Nadia Wadia fue inaudible, ahogada por los vítores de la multitud.

Aquella noche, en las noticias, oí que mi madre se había caído, matándose, mientras danzaba su danza anual contra los dioses. Era como una convalidación de la confianza de Fielding; porque su muerte hizo a Abraham más débil y Mainduck se había vuelto fuerte. En los informes de la radio y la televisión, creí detectar un tono arrepentidamente contrito, como si los periodistas y necrólogos y críticos tuvieran conciencia de lo gravemente injustos que habían sido con aquella mujer grande y orgullosa... de su responsabilidad por su adusto retiro en los últimos años. Y, efectivamente, en los días y meses que siguieron, su estrella se alzó más alta de lo que había estado nunca, y la gente se apresuró a reconsiderar y elogiar su obra, con una prisa de persecución de ambulancia que me hizo enfurecer. Si ella merecía ahora esas palabras, se las había merecido antes. Nunca conocí una mujer más fuerte, ninguna con una idea más clara de quién era y de lo que era, pero había sido herida, y aquellas palabras —que hubieran podido curarla si se hubieran pronunciado cuando todavía podía oírlas— llegaban demasiado tarde.

Aurora da Gama Zogoiby, 1924-1987. Las cifras se habían cerrado sobre

ella como el mar.

Y el cuadro que encontraron en su caballete era sobre mí. En aquella última obra, *El último suspiro del Moro*, devolvía al Moro su humanidad. No era ya un arlequín abstracto, ni un *collage* de depósito de chatarra. Era el retrato de su hijo, perdido en el limbo como una sombra errante: un retrato de un alma en el Infierno. Y, detrás de él, su madre, no ya en un panel separado, sino nuevamente unida al atormentado sultán. No reprendiéndolo —*llora como una mujer*—sino con aspecto asustado y tendiéndole la mano. Aquello era también una disculpa que llegaba demasiado tarde, un acto de perdón del que no podía beneficiarme ya. Yo la había perdido, y aquel cuadro sólo intensificaba el dolor de la pérdida.

Ay madre, madre. Ahora sé por qué me desterraste. Ay mi gran madre muerta, mi engañada progenitora, mi tontita.

Recalcitrante, impenitente, primordial: el cacareante cacique del Supramundo en su jardín colgante del cielo, rico más allá de los sueños más ricos de los hombres ricos, Abraham Zogoiby, a los ochenta y cuatro, trataba de alcanzar la inmortalidad, con sus dedos largos como la aurora. Aunque siempre había temido una muerte temprana, había llegado a viejo; en cambio murió Aurora. La salud de él había mejorado con los años. Seguía cojeando, todavía tenía dificultades respiratorias, pero su corazón era más fuerte que en ningún momento desde Lonavla, su vista más fina, su oído más agudo. Disfrutaba de la comida como si comiera por primera vez y, en sus tratos comerciales, podía oler siempre algo sospechoso. En forma, mentalmente ágil, sexualmente activo, encerraba ya elementos de lo divino... Se había elevado ya por encima del rebaño y, naturalmente, también por encima de la Ley. No se habían hecho para él las sinuosas ataduras de las palabras, los trámites debidos, los límites del papel. Ahora, después de la caída de Aurora, decidió rehusar por completo la muerte. A veces, a horcajadas sobre la aguja más alta del gigante y brillante alfiletero del extremo meridional de la ciudad, se maravillaba de su destino, se llenaba de sentimiento, miraba desde arriba las aguas nocturnas refulgentes por la luna, y le parecía ver, debajo de su máscara, a su mujer rota en medio de las obstinadas carreras de los cangrejos, las conchas adheridas y los brillantes cuchillos de los peces, en disciplinados juegos enteros, que fileteaban el mar fatal. No se ha hecho para mí, objetaba. Yo acabo de empezar a vivir.

Una vez, en una playa del Sur, se había visto como parte de la Belleza, como la mitad de un anillo mágico, completado por aquella muchacha terca y brillante. Había temido la derrota de lo encantador por lo que había de feo en la tierra, en el mar y en nosotros mismos. ¡Cuánto tiempo hacía de eso! Dos hijas y una esposa muertas, una tercera chica

con Jesucristo y un muchacho joven-viejo en el Infierno. ¡Cuánto tiempo había pasado desde que él era hermoso, desde que la hermosura lo había hecho un conspirador enamorado! ¡Cuánto tiempo desde que sus juramentos no santificados adquirieron legitimidad por la fuerza de su deseo, como carbón aplastado por pesados eones para convertirlo en una joya con facetas. Pero ella se apartó de él, su amada, no cumplió su parte del trato, y él se perdió en la suya. En lo que era mundano, lo que era de la Tierra y en la naturaleza de las cosas, encontraba consuelo por la pérdida de lo que había tocado, a través del amor de ella, de lo trascendente, lo generativo, lo inmenso. Ahora que ella se había ido, dejándolo con el mundo en la mano, se envolvería en su propio poder como en una capa dorada. Se estaban cociendo guerras; las ganaría. Se divisaban nuevas playas; irrumpiría en ellas. No imitaría la caída de Aurora.

A ella le hicieron un funeral de cuerpo presente. Él estuvo junto al féretro abierto en la catedral, dejando que sus pensamientos vagaran por nuevas estrategias de victoria. De los tres pilares de la vida, Dios, familia y dinero, sólo tenía uno, y necesitaba dos como mínimo. Minnie vino a despedirse de su madre, pero en cierto modo parecía demasiado alegre. Los devotos se alegran de la muerte, pensó Abraham, creen que es la puerta de la estancia de la gloria de Dios. Pero esa habitación está vacía. La eternidad está aquí en la tierra y el dinero no puede comprarla. La inmortalidad es dinastía. Necesito a mi hijo proscrito.

Cuando encontré un mensaje de Abraham Zogoiby cuidadosamente metido bajo la almohada de mi cama de la casa de Raman Fielding, comprendí por primera vez cuánto había crecido el poder de aquél. «¿Sabes quién es tu papaji, allí arriba en su torre?», me había preguntado Mainduck antes de soltarme una demente perorata sobre los robots anti-hindúes y qué sé yo qué. La nota bajo mi almohada hacía que me preguntara qué otras cosas podrían ser o no ser ciertas, porque allí, en el sanctasanctórum del Inframundo se me había revelado, mediante aquella

demostración casual de la longitud del brazo de mi padre, que Abraham sería un antagonista formidable en la próxima guerra de los mundos, del Infra contra el Supra, lo sagrado contra lo profano, dios contra mammon, el pasado contra el futuro, las cloacas contra el cielo: la lucha entre dos capas de poder entre las que yo, y Nadia Wadia, y Bombay, y hasta la India misma, nos veríamos atrapados, como polvo entre dos capas de pintura.

Hipódromo, decía la nota, escrita de su propia mano. *Paddock*. Habían pasado cuarenta días desde que enterraron a mi madre en mi ausencia, con cañones que disparaban salvas. Cuarenta días y, ahora, aquella comunicación mágicamente entregada pero totalmente trivial, aquella rama de olivo marchita. Naturalmente, no iré, pensé primero con orgullo herido y previsible. Pero, de forma igualmente previsible, y sin informar a Mainduck, fui.

Niños de Mahalaxmi jugaban a *ankh micholi*, al escondite, entrando y saliendo por las multitudes de piernas adultas. Así es como somos los unos con los otros, pensé, divididos por generaciones. ¿Comprenden los animales de la jungla la verdadera naturaleza de los árboles entre los que diariamente existen? En la selva de los padres, entre esos troncos poderosos, nos refugiamos y jugamos; pero si los árboles están sanos o corroídos, si guardan demonios o buenos espíritus, no podemos decirlo. Tampoco sabemos el mayor secreto de todos: que también un día seremos tan arbóreos como ellos. Y los árboles cuyas hojas comemos, cuya corteza roemos, recuerdan tristemente que en otro tiempo fueron animales, treparon como ardillas y saltaron como ciervos, hasta que un día se detuvieron y sus piernas crecieron dentro de la tierra y se atascaron allí, extendiéndose, y les brotó vegetación de las bamboleantes cabezas. Lo recuerdan como un hecho; pero la realidad vivida de sus años de fauna, lo que era aquella libertad caótica, no pueden recobrarlo. Lo recuerdan como un murmullo en sus hojas. *No conozco a mi padre*, pensé en el *paddock* antes de la tercera carrera. *Somos extraños. No me*

conocerá cuando me vea, y yo pasaré a su lado a ciegas.

Me estaban metiendo algo —un paquetito— en la mano. Alguien me susurró rápidamente: «Necesito una respuesta antes de poder seguir.» Un hombre de traje blanco, con un jipijapa también blanco, se metió en la selva humana y desapareció. Los niños chillaban y se peleaban entre mis pies. *El que no se ha escondido, tiempo y lugar ha tenido.*

Abrí el paquete que tenía en la mano. Lo había visto antes, prendido en el cinturón de Uma. Aquellos auriculares habían adornado un día su encantadora cabeza. *Siempre me estaba destrozando las cintas. Lo tiré a la basura.* Otra mentira; otro juego de escondite. La vi corriendo lejos de mí, metiéndose entre los matorrales humanos con un desconcertante grito de conejo. ¿Qué encontraría cuando la encontrase? Me puse los auriculares, alargándolos hasta que los tapones se adaptaron. Había un botón de *play*. Nada de *play*, pensé, no quiero jugar. No me gusta este juego.

Empujé el botón. Mi propia voz, chorreando veneno, me llenó los oídos.

Sabéis que hay personas que pretenden haber sido capturadas por extraterrestres y haber sido sometidas a experimentos y torturas indescriptibles: privación de sueño, disección sin anestesia, cosquillas prolongadas en las axilas, guindillas picantes insertadas en el recto, exposición a representaciones maratonianas de ópera china... Tengo que decir que, al terminar de escuchar la cinta del *walkman* de Uma, sentí que había estado entre las garras de un demonio igualmente ultraterrestre. Me imaginé una criatura camaleónica, un lagarto de sangre fría del otro extremo del cosmos, que podía adoptar a capricho forma humana, de hombre o mujer, con el propósito expreso de causarnos tantos problemas como pudiera, porque los problemas eran su dieta básica: su arroz, sus lentejas, su pan. Turbulencias, trastornos, sufrimientos, catástrofe, dolor: todo ello estaba en el menú de sus alimentos favoritos. La cosa habitó entre nosotros —*ella* (en esa ocasión) habitó entre nosotros— como

cultivadora de descontentos, fomentadora de guerras, viendo en mí (¡Oh estúpido! ¡Oh imbécil tres veces asno!) un campo fértil para sus semillas pestilentes. Paz, serenidad, alegría eran desiertos para ella... porque, si sus fétidos cultivos se perdían, moriría de hambre. Devoraba nuestras divisiones, y se fortalecía con nuestras disputas.

Hasta Aurora —Aurora, que vio cómo era realmente desde el principio— sucumbió al final. Sin duda había sido una cuestión de orgullo para Uma; como la gran depredadora que era, había estado ansiosa, sobre todo, por devorar a la presa más difícil. Nada que ella hubiera dicho habría podido engañar a mi madre. Sabiéndolo, utilizó en cambio mis palabras: mis obscenidades coléricas, horribles, provocadas por la lujuria. Sí, ella lo había grabado todo, tan lejos había llegado; y ¡con cuánta seducción me había hecho descender por aquel camino, provocando aquellas frases fatales al hacerme creer que era lo que necesitaba oír! No me estoy excusando. Las palabras eran mías, yo las dije. Un imbécil no tan grande no hubiera dicho tanto. Pero, amándola a ella y conociendo la oposición de mi madre, hablé al principio con rabia y luego como confirmación de la primacía del amor romántico sobre el de la variedad madre-hijo; al venir de una casa en donde las obscenidades fáciles habían pimentado y especiado nuestros platos de conversación, no retrocedí ante palabras como «follar» o «coño» o «joder». Y luego seguían aquellos oscuros murmullos, porque, cuando hacíamos el amor, ella, mi amante, me pedía —¡con cuánta frecuencia me pedía!— que le dijera esas cosas, para sanar —¡Oh falsa entre las falsas! ¡O nauseabundamente falsa y falsamente nauseabunda!— su confianza y su orgullo heridos. Tu amante te pide, en pleno amor, que hagas tuya su necesidad; te necesita, dice, para necesitarlo ella también: ¿y os negáis? Bueno, si lo decís, es que es así. No conozco vuestros secretos, ni quiero conocerlos mejor. Pero quizá no os negáis. Sí, decís, oh, amor mío, sí, yo también lo necesito, yo.

Yo hablé en la intimidad y la complicidad del acto de amor. Lo que

fue también parte del engaño de Uma, un medio necesario para su fin.

En aquella triste casete había cuarenta y cinco minutos por cada lado de los momentos más interesantes de nuestras fornicaciones y, a través de nuestros saltos y chirridos, aquel *leitmotiv* odioso. *Que la follen. Sí quiero. Dios, claro que quiero. A mi madre, que la follen. Que se joda. Que se follen a esa jodida furcia.* Y cada una de aquellas sílabas groseras era un pincho clavado en el roto corazón de mi madre.

Cuando Aurora estaba ya profundamente conmovida, por haber muerto Mynah recientemente, aquella criatura aprovechó el momento, disfrazando su recado de odio de peregrinaje de amor. Dio a mis padres la cinta aquella noche, fue allí con ese propósito y ningún otro, y yo sólo puedo adivinar el terror y dolor de ellos, sólo puedo crearme mi propia imagen de la escena: Aurora desplomada toda la noche sobre el taburete del piano de su salón naranja y oro, el viejo Abraham contra una pared, retorciéndose impotente las manos y, por una puerta en sombra, un vislumbre de criados asustados, revoloteando como manos temblorosas en los márgenes del cuadro.

Y a la mañana siguiente, cuando dejé su cama, Uma debía de saber lo que me aguardaba en casa: los rostros cenicientos y adustos en el jardín, la mano que señalaba a la puerta: *vete, vete de aquí y no vuelvas nunca.* Y cuando, desconcertado, volví a su piso, ¡cómo se superó a sí misma! ¡Qué interpretación la de ese día!... Pero ahora yo lo sabía todo. Se acabaron los beneficios de la duda. Uma, mi amada traidora, estabas dispuesta a jugar hasta el final; a asesinarme y contemplar mi muerte mientras los alucinógenos hacían que tu mente alucinara. Más tarde, sin duda, habrías anunciado mi trágico suicidio: «Una disputa familiar tan triste, pobre hombre de corazón tierno, no la pudo soportar. Y además la muerte de su hermana.» Pero intervino la farsa, una embestida, un choque de cabezas de película muda, y luego, como la gran actriz y jugadora que eras, interpretaste tu escena hasta el final; y te tocó perder en aquella apuesta de un cincuenta por ciento de probabilidades. Hasta el mar

absoluto tiene su aspecto impresionante. Señora, me descubro; y buenas noches.

Otra vez el grito de conejo; flota en el aire y se desvanece. Como si alguna malignidad antigua, incapaz de soportar la luz de la verdad, se estuviera disolviendo en el polvo... pero no, no me permitiré tales fantasías. Era una mujer, de mujer nacida. Considerémosla como tal... ¿*Demente o malevolente*? Esa pregunta no me plantea ya problemas. Lo mismo que he rechazado todas las teorías sobrenaturales (invasores ultraterrestres, vampiros de chillido de conejo), tampoco le permitiré ser demente. A lagartos del espacio, muertos-vivientes chupadores de sangre y personas insanas se los excusa de juicios morales, y Uma merece ser juzgada. *Insaan*, ser humano. Yo insisto en la *insaanía* de Uma.

También eso es lo que somos. También somos sembradores de vientos y cosechadores de tempestades. Hay personas entre nosotros —no extraterrestres sino *insaanos*—que se alimentan de devastación; que, sin su ración regular de caos no pueden desarrollarse. Mi Uma era una de ellas.

—¡Seis años! Seis años de Aurora, doce de Moro, perdidos. Mi madre tenía sesenta y tres años cuando murió; yo parecía de sesenta. Hubiéramos podido ser hermano y hermana. Hubiéramos podido ser amigos. «Necesito una respuesta», había dicho mi padre en las carreras. Sí, debía tener una. Debía ser la simple verdad: todo sobre Uma y Aurora. Aurora y yo, yo y Uma Sarasvati, mi bruja. Lo relataría todo, y me sometería a su condena. Como a Yul Brynner, le gustaba decir al estilo faraónico (es decir, con faldita bastante favorecedora) en *Los Diez Mandamientos*: «Sea pues escrito. Se haga pues.»

Había habido una segunda nota, puesta bajo mi almohada por una mano invisible. Había habido instrucciones, y una llave maestra, que había abierto cierta entrada de servicio no guardada de la parte trasera de la Cashondeliveri Tower y también la puerta de un ascensor privado que llevaba directamente a un ático del piso treinta y cuatro. Había habido

una reconciliación, una explicación aceptada, un hijo acogido en el seno de su padre y un vínculo roto renovado.

—Ay muchacho, tu edad, tu edad.

—Ay padre, y la tuya también.

Era una noche clara, un jardín elevado, una conversación que no habíamos tenido antes.

—Muchacho, no me ocultes nada. Lo sé todo ya. Tengo ojos para ver y oídos para oír y conozco tus hechos y fechorías.

Y, antes de que pudiera intentar cualquier justificación, hubo una mano alzada, una sonrisa, un cacareo.

—Me agrada —me dijo—. Me dejaste siendo un muchacho y vuelves siendo un hombre. Ahora podemos hablar, como hombres, de muchas cosas. En otro tiempo quisiste más a tu madre. No te culpo. A mí me ocurrió lo mismo. Pero ahora le toca a tu padre; nos toca, diría mejor, a los dos. Ahora puedo preguntarte si unirás tus fuerzas a las mías, y confío en que hables libremente de muchas cosas ocultas. A mi edad, es una cuestión de confianza. Es una necesidad de hablar francamente, de descerrajar mis cerrojos, de revelar mis misterios. Están ocurriendo grandes cosas. Ese Fielding, ¿quién es? Una sabandija. En el mejor de los casos, un Plutón del Infra Mundo y, desde el cuarto de los niños de Miranda, sabemos quién es Pluto. Un estúpido perro con collar. En este caso, se podría decir, una rana.

Había un perro. En una esquina especial del alto atrio, un bulldog disecado, sobre ruedas.

—Lo guardas —me maravillé—. El viejo *Jawaharlal* de Aires.

—Por los viejos tiempos. A veces, con esta traílla, por este pequeño jardín, me llevo a *Jaw-jaw* a dar un paseo.

Entonces vino el peligro.

Después de convenir con mi padre en ser su hombre, saber lo que él sabía y ayudarlo en sus empresas, convine también en quedarme algún tiempo al servicio de Fielding. De forma que, para traicionar a mi amo

con mi padre, volví a la casa de mi amo. Y le dije a Mainduck —porque él no era imbécil— una parte de la verdad. «Es bueno para terminar una disputa familiar, pero no afecta a mi elección.» Lo que Fielding, al encontrarse bien dispuesto hacia mí por mis seis años de servicio, aceptó; pero sospechó.

Me vigilaría siempre a partir de ahora, lo sabía. Mi primer error sería también el último. Yo soy parte del campo de batalla, pensé, y ellos son la maldita guerra.

Cuando mis compañeros de equipo —mis viejos camaradas en el combate— se enteraron de la feliz nueva:

Chhaggan se encogió de hombros. Como si dijera: «Nunca fuiste uno de nosotros, niño rico. Ni hindú ni mahratta. Sólo un cocinero descendiente de clases altas y un puño. Viniste aquí para complacer a ese martillo. ¡Pervertido! Sólo otro psicópata en busca de pelea... Nuestra causa no te importaba nada. Y ahora tu clase, tu herencia, han venido a agarrarte de nuevo. No te quedarás mucho tiempo. ¿Por qué habrías de quedarte? Te has vuelto demasiado viejo para pelear.»

Pero Sammy Hazaré, el Hombre-de-Hojalata me echó miradas. Tantas, que supe enseguida qué mano había metido los papeles bajo mi almohada, quién era el hombre de mi padre. Sammy el cristiano, seducido por Abraham el judío.

Ay Moro, ten cuidado, murmuré para mis adentros. Se acerca el conflicto, y el premio es el futuro mismo. Ten cuidado de no perder en esa batalla tu tonta cabeza.

Más tarde, en su alto jardín, Abraham me dijo cuántas veces, en aquellos largos años, Aurora había anhelado tenderme una mano de olvido y —revocando su gesto de destierro— decirme que volviera. Pero entonces recordaba mi voz, mis palabras indecibles que no podían ser desdichas, y endurecía su corazón materno. Cuando lo supe, los años perdidos comenzaron a caer sobre mí, a obsesionarme de día y de noche. En sueños me inventaba máquinas del tiempo que me permitirían

retroceder más allá de la frontera de su muerte; y me enfurecía, al despertar, porque mi viaje sólo había sido un sueño.

Tras algunos meses de esas frustraciones, recordé el retrato de mi madre que hizo Vasco Miranda, y comprendí que, de esa forma modesta al menos, podría recuperarla de nuevo; en el arte largo, ya que no en la vida breve. Naturalmente, la propia obra de mi madre estaba llena de autorretratos, pero la pintura perdida de Miranda, pintada encima y vendida luego, llegó a representar de algún modo a mi perdida madre, la esposa perdida de Abraham. ¡Si pudiéramos descubrirla de nuevo! Sería como si renaciera su ser más joven; sería una victoria sobre la muerte. Excitadamente, le hablé a mi padre de mi idea. Él frunció el ceño.

—Esa pintura. —Pero sus objeciones habían palidecido con los años. Pude ver el deseo despuntando en su cara—. Pero si fue destruida hace tiempo.

—Destruída no —le corregí—. Pintada encima. *El Artista como Boabdil el Desventurado (el-Zogoiby), Último Sultán de Granada, Visto a Su Partida de la Alhambra*. Aquella llorosa pintura ecuestre de caja de bombones que mamaji dijo que era peor incluso que cualquier cosa pintarrajeada por un pintor de bazar. Eliminarla no sería una pérdida. Y entonces la tendríamos a ella otra vez.

—Eliminarla, dices. —Yo pude ver que la idea de destrozar un Miranda, en particular el Miranda que nos había sustraído leyendas de la familia, era bien acogida por el viejo Abraham en su guarida—. ¿Es posible?

—Debe de serlo —dije—. Debe de haber expertos. Si quieres, puedo preguntar.

—Pero el cuadro es de Bhabha —dijo él—. ¿La venderá ese viejo cabrón?

—A buen precio —repliqué. Y, para redondear la cosa, añadí—: No importa lo cabrón que sea, porque nunca lo será tanto como tú.

Abraham se rió y cogió el teléfono.

—Zogoiby —dijo al esbirro del otro extremo—. C. P. ¿no? —Y, un momento más tarde—: *Arré*, C. P. ¿Por qué no te dejas ver por tus amigos? —Luego algunas frases, casi ladradas, de negociación, en las que la dureza *staccato* de lo que decía estaba en sorprendente contradicción con las palabras que empleaba, unas palabras suaves y floridas de halago y deferencia. Luego una interrupción súbita, de motor de automóvil que, inesperadamente, se cala; y Abraham volvió a dejar el auricular en su sitio, con una interrogación en el entrecejo.

—Robado —dijo—. En las últimas semanas. Robado de su domicilio privado.

De España llegó la noticia de que el veterano (y cada vez más excéntrico) pintor nacido en la India V. Miranda, en la actualidad residente en el pueblo andaluz de Benengeli, se había lesionado cuando intentaba la enigmática hazaña de pintar a un animal adulto desde abajo. El elefante, artista de circo mal alimentado y contratado por un día a un precio exorbitado, debía haber subido por una rampa de cemento, especialmente construida al efecto por el celebrado (pero temperamentalmente imprevisible) señor Miranda en persona, y permanecer luego de pie sobre un cristal inverosímilmente reforzado, bajo el cual el viejo Vasco había montado su caballete. Periodistas y equipos de televisión se habían concentrado en Benengeli para informar sobre aquella curiosa hazaña. Sin embargo, *Isabella*, la elefanta, a pesar de estar acostumbrada a toda clase de payasadas en tres pistas, tuvo la sensible delicadeza de negarse a cooperar en lo que algunos comentaristas locales habían calificado de «acto degradado» de «voyeurismo de entrepierna», que parecía condensar la gratuidad ociosa, la amoralidad autopermisiva y la inutilidad final de todo arte. El artista surgió de su palacio con las guías del bigote en posición de firmes. Se había vestido, de una forma absurda que podía ser un deliberado —o simplemente perturbado— de la incongruencia, con pantalones cortos tiroleses y camisa bordada, y de su sombrero sobresalía una rama de apio.

Isabella se había detenido en mitad de la rampa, y todos los esfuerzos de los ayudantes de Vasco no lograron moverla. El artista dio una palmada.

—¡Elefanta! ¡Obedece!

Y, ante la orden, *Isabella*, retrocediendo despreciativamente por la rampa, pisó el pie izquierdo de Vasco Miranda. Los vecinos más conservadores de la multitud que se había congregado para ver el espectáculo tuvieron la mala educación de aplaudir.

Después de aquello, a Vasco le quedó una cojera para igualar a la de Abraham, pero en todo lo demás sus caminos siguieron siendo divergentes, o así habría parecido a los extraños. El fracaso de su aventura del elefante no disminuyó en nada los entusiasmos descabellados de Vasco en su vejez, y pronto, gracias a la entrega de una donación caritativa considerable a las escuelas del municipio, se le permitió levantar, en honor a *Isabella*, una fuente enorme y horrorosa en la que elefantes cubistas arrojaban agua por la trompa, mientras posaban, como bailarinas, sobre la pata izquierda trasera. La fuente se colocó en el centro de la plaza situada junto a la llamada «Pequeña Alhambra» de Vasco, y la plaza recibió el nuevo nombre de plaza de los Elefantes, para furia de los residentes más antiguos. Reunidos en un bar cercano, llamado La Carmencita en honor a la hija del difunto dictador, los viejos del lugar recordaron, entre efusiones líquidas de nostálgica indignación, que la estropeada plaza había sido hasta entonces la de Carmen Polo, bautizada con el nombre de la propia mujer del Caudillo... Bautizada en su honor y honrada con su nombre, que ahora había quedado mancillado por aquella conexión proboscídea; o, al menos, así lo aseguraban unánimemente aquellos ociosos desaprobadores. En los viejos tiempos, se recordaban mutuamente, Benengeli había sido la aldea andaluza favorita del Generalísimo, pero aquellos viejos tiempos habían sido barridos por un presente amnésico y democrático, que creía que todos los ayer es eran basura que había que eliminar lo antes posible. Y que una monstruosidad como aquella fuente de los elefantes les hubiera sido infligida por alguien

no español, por un indio que, en cualquier caso, hubiera debido cometer su diablura en Portugal, y no en España, debido a la tradicional lusofilia de las personas procedentes de Goa —¡bueno!— resultaba verdaderamente intolerable. Pero qué se podía hacer con los artistas, que traían la vergüenza sobre el nuevo nombre de Benengeli al importar sus mujeres y costumbres licenciosas y sus dioses extranjeros... Ya que, aunque Miranda pretendía ser católico, ¿no era bien sabido que todos los orientales eran paganos en el fondo?

La vieja guardia culpó a Vasco Miranda de la mayoría de los cambios que ocurrieron en Benengeli y, si hubieras pedido a esos vecinos que señalaran el momento del comienzo de su ruina, habrían elegido aquel día ridículo de la elefanta en la rampa, porque aquel episodio burlesco, poco elegante pero ampliamente difundido, había llamado sobre Benengeli la atención de todos los desechos humanos del mundo y, en pocos años, aquella aldea en otro tiempo tranquila que había sido el retiro preferido en el sur del difunto gobernante se había convertido en refugio de haraganes itinerantes, sabandijas expatriadas y toda la escoria flotante y sobrante de la tierra. El sargento Salvador Medina, comandante de la Guardia Civil de Benengeli, ruidosamente opuesto a los nuevos residentes, daba su opinión a todo el que la quería y a muchos que no.

—El Mediterráneo, el Mare Nostrum de los antiguos, se está muriendo de porquería —opinaba—. Y ahora la tierra —la Terra Nostra — va a perecer también.

Vasco Miranda, en un intento de ganarse al sargento, le envió en dos ocasiones el esperado aguinaldo navideño de dinero y alcohol, pero Medina no se apaciguó.

—Los hombres y mujeres que abandonan su lugar natal no son humanos. O a su alma le falta algo, o tienen dentro algo de más... una especie de semilla del diablo.

Después de aquel insulto, Vasco Miranda se refugió tras los altos muros de su capricho-fortaleza y llevó una vida de ermitaño. Nunca se le

volvió a ver en las calles de Benengeli. Los criados que empleaba (en aquellos tiempos muchos hombres y mujeres jóvenes se dirigían al sur de España —ya asolado por problemas de desempleo— desde las zonas sin trabajo de La Mancha y Extremadura, deseosos de trabajar en restaurantes, hoteles o como servicio doméstico, de forma que en Benengeli había tantos criados para la casa como en Bombay) hablaban de los alarmantes altibajos de su conducta, en la que períodos de calma totalmente retraída eran típicamente salpicados por incoherentes arengas sobre temas abstrusos e incluso incomprensibles, y revelaciones embarazosas sobre los más íntimos pormenores de su pasada, y accidentada, carrera. Había borracheras colosales y caídas en tremendas depresiones durante las cuales clamaba maníacamente contra los salvajes infortunios de su vida, especialmente su amor por una tal «Aurora Zogoiby» y su miedo a una «aguja perdida» que, según creía, se abría camino inexorablemente hacia su corazón. Pero pagaba bien y puntualmente, de manera que conservaba a su gente.

Quizá la vida de Vasco y la de Abraham no fueran tan diferentes después de todo. A raíz de la muerte de Aurora Zogoiby, los dos se convirtieron en ermitaños, Abraham en su alta torre y Vasco en la suya; ambos trataron de enterrar el dolor de su pérdida bajo una nueva actividad, bajo nuevas empresas, por mal concebidas que estuvieran. Y ambos, como yo sabría, pretendieron haber visto su fantasma.

—Anda por aquí. La he visto. —Abraham en su alto huerto, con el perro disecado, confesó haber tenido una visión... inclinado, por primera vez en la vida, y tras una vida de absoluto escepticismo sobre el tema, a dejar que la posibilidad de una vida después de la muerte saliera dando traspiés de su boca irreligiosa—. No me espera; se escapa de mí a los árboles. —A los fantasmas, como a los niños, les gusta jugar al escondite—. No reposa. Sé que no reposa. ¿Qué puedo hacer para darle la paz? —A mi modo de ver, era Abraham el que parecía agitado, incapaz de acostumbrarse a la pérdida.

—Quizá si su obra encontrara un lugar de reposo... —formuló como hipótesis, y entonces siguió el inmenso Legado Zogoiby, en virtud del cual se donaba a la nación la colección de obras de la propia Aurora — ¡muchos centenares de cuadros!—, a condición de que se construyera en Bombay una galería para guardarlas y exhibirlas debidamente. Pero, en el período que siguió a las matanzas de Meerut, y los disturbios entre hindúes y musulmanes de la Vieja Delhi y en otras partes, el arte no era una prioridad del gobierno, y la colección —salvo las pocas obras maestras que se exhibieron en la National Gallery de Delhi— languideció. Las autoridades municipales de Bombay, al estar dominadas por Mainduck, no se mostraron dispuestas a aportar los fondos que el tesoro del gobierno central había denegado.

—Entonces, malditos y requetemalditos sean todos los politicastros —exclamó Abraham—. La autoayuda es la mejor política.

Encontró a otros patrocinadores que lo apoyaran en el proyecto; hubo dinero del Khazana Bank, en rápida expansión, y también del superagente de bolsa V. V. Nandy, cuyas incursiones de tamaño George Soros en los mercados de divisas mundiales estaban cobrando un carácter legendario, tanto más cuanto que procedían del Tercer Mundo.

—El Cocodrilo se está convirtiendo en un modelo poscolonial para nuestros jóvenes —me dijo Abraham, carcajeándose de los caprichos del Destino—. Les gusta su programa doble el-imperio-contrataca y coge-el-dinero-y-corre.

Se encontró un sitio excelente —una de las pocas mansiones *parsi* supervivientes de los viejos tiempos («¿Cómo de vieja? Pues vieja, hombre. De los *viejos* tiempos»)— y se nombró conservadora a Zeenat Vakil, una joven y brillante teórica del arte y devota de la obra de Aurora, autora ya de un influyente estudio de las telas *mughal hamza-nama*. La doctora Vakil se puso inmediatamente a preparar un catálogo exhaustivo, y comenzó a trabajar también en un estudio crítico anexo, *Perso-Nación y Di/Semi/Nación: Dialógica del Eclecticismo e Interrogaciones de*

Autenticidad en A. A., que dio a la serie del Moro —incluidas las últimas pinturas, no vistas anteriormente— su puesto acertado y central en el *corpus*, e hizo mucho por situar a Aurora en las filas de los inmortales. El Legado Zogoiby se abrió al público sólo tres años después del triste fallecimiento de Aurora; siguió cierta controversia inevitable aunque poco duradera, por ejemplo sobre los primeros y, para algunos, incestuosos cuadros del Moro... aquellas «panto-pinturas» que ella había hecho tan a la ligera mucho tiempo antes. Pero en lo alto de la Cashondeliveri Tower su fantasma seguía vagando.

Entonces Abraham comenzó a expresar su convicción de que la muerte de ella no había sido el sencillo accidente que todo el mundo había supuesto. Secándose un ojo legañoso, dijo con voz insegura que los que perecen de una forma violenta necesitan que la cosa se aclare para poder encontrar reposo. Parecía estar cayendo cada vez más en las trampas de la superstición, incapaz aparentemente de aceptar el hecho de la muerte de Aurora. En circunstancias ordinarias, aquel deslizamiento hacia lo que él había llamado siempre paparruchas me hubiera chocado mucho; pero yo también estaba en las garras atenazadoras de la obsesión. Mi madre había muerto y, sin embargo, yo tenía que reparar una ruptura. Si ella estaba muerta y fuera de mi alcance, nunca podría haber una reconciliación, sólo aquella necesidad imperativa y lacerante, aquella herida-que-no-cicatrizaba. De forma que no contradecía a Abraham cuando me hablaba de fantasmas en sus jardines colgantes. Incluso confiaba quizá —¡sí!— en un súbito tintineo de ajorcas *jhunjhunna*, en una ráfaga de tela tras un arbusto. O, mejor aún, en el regreso de la madre de mis tiempos favoritos, manchada de pintura y con pinceles saliéndole del cabello caótico y recogido en alto.

Incluso cuando Abraham anunció que había pedido a Dom Minto que reabriera, con carácter privado, la investigación sobre la caída — ¡Minto precisamente, ciego, desdentado, en una silla de ruedas, sordo y mantenido con vida, mientras se acercaba a sus cien años, con diálisis,

transfusiones de sangre periódicas y aquella curiosidad insaciable y no disminuida que lo había llevado a la copa de su árbol profesional!— no puse objeciones. Que mi anciano padre tenga lo que necesita para calmar su espíritu atormentado, pensé. Además, tengo que decirlo, no era fácil contradecir a Abraham Zogoiby, aquel esqueleto implacable. Cuanto más confiaba él en mí, abriéndome sus cuentas bancarias, sus libros de contabilidad secretos y su corazón, tanto más profundamente comenzaba yo a tener miedo.

—*Tiene que ser Fielding* —dijo, gritando su sospecha a Minto, en el huerto de Pei—. *En cuanto a Mody, ese tipo no tiene lo que hace falta para eso. Investigue a Fielding. Moro le prestará toda la ayuda que necesite.*

Mi miedo aumentó. Si Raman Fielding —culpable o inocente— llegaba a sospechar que lo espiaba para acusarlo de un presunto asesinato, yo no lo pasaría bien. Sin embargo, no podía negar nada a Abraham, mi padre recientemente recuperado. Nerviosamente, sin embargo, me atreví por fin a formular preguntas indiscretas: ¿por qué habría Mainduck... qué motivo, qué provocación podía tener...?

—*El chico quiere saber por qué sospecho de esa rana hijoputa* —gritó Abraham Zogoiby entre carcajadas aterradoras, y el deteriorado y anciano Minto se golpeó igualmente un muslo alborozado—. *Tal vez piensa que su mamá era una santa y sólo su papá malo la oveja descarriada. Pero la verdad es que ella probaba la mayor parte de todo lo que llevaba pantalones, ¿no? Sólo que no podía mantener mucho tiempo su atención. El Infierno no conoce furia como la de un rana desairada. Q. E. ad jodido Demonstrándum.*

Dos ancianos que se reían de una forma macabra, acusaciones de infidelidad conyugal y asesinato, un fantasma ambulante, y yo. Me perdía. Pero no tenía a dónde correr, en dónde refugiarme. Sólo había lo que había que hacer.

—Gran Dada, no te preocupes —susurró Minto, mirando a través

del cristal azul y hablando tan suavemente como estentóreo había sido Abraham—. Considera ya a ese Fielding descuartizado, destripado y colgado.

Los niños hacen ficciones de sus padres, reinventándolos según sus necesidades infantiles. La realidad de un padre es un peso que pocos hijos pueden soportar.

En aquella época la opinión ortodoxa era que las bandas (principalmente musulmanas) que controlaban la delincuencia organizada de la ciudad, cada una de ellas con un patrón o *dada* al frente, se habían visto debilitadas por sus dificultades tradicionales para formar cualquier tipo de sindicato o frente unido duradero. Mi experiencia con el MA, trabajando en los barrios más pobres de la ciudad para ganar amigos y encontrar apoyo, apuntaba a algo distinto. Había empezado a ver indicios y tener vislumbres de algo vago, tan aterrador que nadie hablaba de ello... algún estrato escondido bajo la superficie de lo-que-parecía-ser. Le sugerí a Mainduck que quizá las bandas habían logrado por fin la unidad, que podía haber incluso al frente un solo *capo di tutti capi* al estilo mafioso, dirigiendo todos los tinglados de la ciudad, pero él se rió de mí con desprecio.

—Limítate a machacar cabezas, Martillo —se burló—. Deja las cosas profundas para las mentes profundas. La unidad requiere disciplina, y nosotros monopolizamos ese producto. Esos follahermanas seguirán peleándose hasta que se hunda el cielo.

Pero ahora, con mis propios oídos, había oído a Dom Minto llamar a *mi padre* el mayor *dada* de todos. ¡Mogambo! En cuanto lo oí, supe que era cierto. Abraham era un jefe natural, un negociador nato, el más chalanero de todos los chalaneros. Arriesgaba las apuestas más altas: se había mostrado dispuesto, de joven, a jugarse a su hijo nonato. Sí, el Alto Mando existía, y las bandas musulmanas habían sido unidas por un judío de Cochín. La verdad es casi siempre excepcional, estrafularia, improbable, y casi nunca normativa, casi nunca la que sugeriría el frío

cálculo. Al final, la gente concertaba las alianzas que necesitaba. Seguían a los hombres capaces de guiarlos en la dirección que preferían. Se me ocurrió que la preeminencia de mi padre sobre Scar y sus colegas era una victoria oscura e irónica del arraigado laicismo de la India. La naturaleza misma de aquella liga entre comunidades de cínico egoísmo desmentía la visión de Mainduck de una teocracia en la que una variante particular de hinduismo gobernaría, mientras que todos los demás pueblos bajarían la cabeza vencidos.

Vasco había dicho diez años antes que la corrupción era la única fuerza que podía derrotar al fanatismo. Lo que, en su boca, no había sido más que una burla de borracho, lo había convertido Abraham Zogoiby en realidad viva, en una unión de tugurios y lujosas torres, en un ejército impío de pillos capaz de afrontar y vencer a cualquier brigada celestial que saliera a su encuentro.

Quizá.

Roman Fielding había cometido ya el grave error de subestimar a su adversario. ¿Sería más sensato Abraham Zogoiby? Los primeros indicios no eran satisfactorios.

—Una sabandija —había llamado a Mainduck—. Un estúpido perro con collar.

¿Y si los dos bandos fueran a la guerra porque creían que el enemigo era fácil de vencer? ¿Y si los dos bandos se equivocaban? ¿Qué pasaría entonces?

¿Armagedón?

En el asunto del escándalo de los estupefacientes Baby Softo, Abraham Zogoiby —como me confirmó durante nuestros *briefings*, con sonrisa ancha y desvergonzada— había sido totalmente exculpado por las autoridades investigadoras.

—Una patente de sanidad limpia —se jactó—. Y las manos, igualmente limpias. Mis enemigos pueden tratar de hundirme, pero tendrán que esforzarse más.

No había duda de que las exportaciones de polvo de talco de la compañía se habían utilizado como tapadera para enviar a ultramar polvo blanco bastante más lucrativo, pero, a pesar de los esfuerzos hercúleos de los agentes de la brigada de estupefacientes, había resultado imposible probar que Abraham hubiera conocido cualquier actividad ilegal. Se había demostrado que algunos empleados subalternos de la compañía —de los departamentos de envasado y expedición— estaban efectivamente a sueldo del sindicato de la droga, pero a partir de eso todas las investigaciones tropezaron simplemente con una pared. Abraham se mostró generoso al atender a las familias de los hombres encarcelados —«¿Por qué habrían de sufrir las mujeres y los niños por los hechos de los padres?», le gustaba decir— y, en definitiva, el asunto se cerró sin ninguna de las acusaciones contra altos personajes que se habían anunciado en un principio a bombo y platillo, sobre todo por un ayuntamiento dominado por el MA de Raman Fielding. Fue bochornoso que el cacique de la droga conocido por Scar siguiera en libertad. Se suponía que se había refugiado en algún lugar del golfo Pérsico, pero Abraham Zogoiby me dijo algo distinto.

—Qué idiotas seríamos si los asuntos de inmigración y emigración no pudieran arreglarse también —exclamó—. Naturalmente, nuestra gente puede o meter en el país o sacar de él a quien quiera. Y los agentes de la brigada de estupefacientes sólo son humanos. Con un sueldo tan bajo es difícil llegar a fin de mes. ¿Qué quieres que te diga? Es deber de los acomodados mostrarse generosos. La filantropía es el papel que debemos desempeñar. *Noblesse oblige*.

La victoria de Abraham en el asunto Baby Softo había sido un golpe para Fielding, que me insistía continuamente para que sacara a mi padre información sobre sus actividades relacionadas con la droga. Pero no tenía que sacársela. Abraham estaba decidido a abrirme su corazón, y me dijo claramente que la victoria de Blandito no se había logrado sin grandes costes a largo plazo. Al haberse cerrado la ruta del polvo de

talco, había habido que organizar, con cierta velocidad y a pesar de la intensa investigación policial, una operación más peligrosa.

—Los gastos de puesta en funcionamiento han sido disparatados —me confió—. Pero ¿qué se podía hacer? En los negocios, la palabra de un hombre es su garantía, y había contratos que cumplir.

Scar y sus hombres habían estado trabajando a jornada completa para establecer la nueva ruta, que culminaba en las polvorientas inmensidades del Rann de Kutch (por lo que era necesario sobornar a los funcionarios de Gujarat, además de a los de Maharashtra). Pequeñas embarcaciones transportarían el «talco» a buques cargueros que aguardaban. La nueva ruta era más lenta y más arriesgada.

—Sólo una chapuza provisional —dijo Abraham—. En su momento, encontraremos nuevos amigos en la terminal de carga aérea.

Yo iba de noche a su alto Edén de cristal y él me contaba sus historias sinuosas. Y, en cierto modo, eran como cuentos de hadas: historias de duendes actuales, relatos de cosas absolutamente anormales, hechos en un tono normalizador, objetivo y trivial, de encargado de labores. (¡De forma que eso era lo que mi asilvestrado padre quería decir al hablar de sumergirse en el trabajo para poder soportar la pérdida! ¡Eso era lo que entendía por aliviar su dolor!...) Los armamentos ocupaban un lugar destacado, aunque las actividades públicamente enumeradas de su gran empresa no incluían ese comercio. Una famosa casa de armamentos nórdica negociaba para suministrar a la India una serie de productos esencialmente decorosos, elegantemente diseñados y, naturalmente, letales. Las sumas de dinero implicadas eran demasiado grandes para tener sentido y, como ocurre con esos karakorum de capitales, algunos peñascos de dinero periféricos se desprendieron de la masa principal y comenzaron a rodar montaña abajo. Lo que hacía falta era una forma discreta de desviar esos peñascos rodantes de una manera provechosa para los que intervenían en las negociaciones. Los participantes en ellas eran gente muy refinada, de tal delicadeza que les hubiera sido

completamente imposible desviar ellos tales escombros lucrativos, incluso hacia sus cuentas bancarias. ¡Ni un hálito de nada impropio podía rozar nunca a sus altos nombres!

—Así que —dijo Abraham con un alegre encogimiento de hombros— nosotros hacemos el trabajo sucio y muchos guijarros terminan también en nuestros bolsillos.

Resultó que la Siodicorp de Abraham —como se la conocía ahora universalmente— tenía una participación importante en el Khazana Bank International que, a finales de los ochenta, se había convertido en la primera institución financiera del Tercer Mundo que competía con los grandes bancos occidentales en activos y transacciones. La entidad bancaria más o menos moribunda que había recibido de los hermanos Cashondeliveri había sido brillantemente renovada, y sus vinculaciones con el KBI habían sido el asombro de la ciudad.

—Los viejos tiempos de establecer un sistema de *bypass* del dólar para unas economías que eran un caso perdido han pasado —declamó mi padre—. Basta de aquel *bakvaas* de la cooperación *namby-pamby* y Sur-Sur. ¡Que vengan los grandes! Dólares, DM, francos suizos, yenes... ¡que vengan! Ahora los derrotaremos en su propio juego.

A pesar de su nueva franqueza conmigo, pasarían varios años antes de que Abraham Zogoiby admitiera que, bajo aquella centelleante visión monetaria, acechaba una capa oculta de actividades: el inevitable mundo secreto ha existido, esperando ser revelado, debajo de todo lo que he conocido nunca... Y, si la realidad de nuestro ser es que existen tantas verdades escondidas tras los velos de Maya del desconocimiento y la ilusión, ¿por qué no también el Cielo y el Infierno? ¿Por qué no Dios y el Diablo y todas esas benditas-malditas cosas? Si hay tantas revelaciones, ¿por qué no una Revelación?... *Por favor*. No es el momento de hablar de teología. El tema sobre el tapete es el terrorismo, y un ingenio nuclear secreto.

Entre los clientes más importantes del KBI figuraban algunos

caballeros y organizaciones cuyos nombres estaban en las listas de personas más buscadas y más peligrosas de todos los países del mundo libre... pero que, misteriosamente, parecían libres de ir y venir, tomar aviones de línea y visitar sucursales bancarias y recibir tratamiento médico en los países que querían, sin temor a ser detenidos ni molestados. Aquellas cuentasfantasma se conservaban en archivos especiales, protegidos por un impresionante arsenal de contraseñas, «bombas» informáticas y otros mecanismos de defensa y, al menos en teoría, no se podía acceder a ellas desde el ordenador principal. Pero esas precauciones no eran nada, y aquella desagradable clientela parecía francamente angélica, si se comparaban con las precauciones adoptadas y el personal utilizado para proteger la mayor empresa del KBI: es decir, la financiación y fabricación secreta, «para ciertos países petroleros y sus aliados ideológicos», de armas nucleares en gran escala. El brazo de Abraham se había vuelto realmente largo. Si había unas reservas disponibles de uranio o plutonio convenientemente enriquecidos, el Khazana Bank tendría un dedo metido en ese pastel caliente; si, por alguna casualidad, algún sistema de lanzamiento a larga distancia aparecía inesperadamente en el mercado en los países periféricos de la recientemente derrumbada Unión Soviética, el dinero del KBI se movería sinuosa, invisiblemente, bajo las alfombras y a través de los muros, hacia el tenderete del vendedor. De forma que, finalmente, la ciudad invisible de Abraham, construida por gente invisible para hacer cosas invisibles, se estaba acercando a su apoteosis. Estaba fabricando una bomba invisible.

En mayo de 1991, una explosión más-que-visible en Tamil Nadu añadió a Mr. Rajiv Gandhi a la lista de muertos asesinados de su familia, y Abraham Zogoiby —cuyas decisiones podían ser a veces tan incomprensiblemente oscuras que hacían pensar que creía realmente que era gracioso— eligió aquel día horrible para darme un *briefing* sobre la existencia de un proyecto secreto de bomba H. En aquel momento, algo cambió dentro de mí. Fue una alteración involuntaria, no nacida de mi

voluntad o mi elección sino de alguna función más profunda e inconsciente de mi personalidad. Lo escuché atentamente mientras entraba en detalles (el problema primordial que el proyecto presentaba actualmente, señaló, era la necesidad de un superordenador ultrarrápido capaz de utilizar los complejos programas de lanzamiento de armas sin los cuales los misiles nunca caerían donde se suponía que tenían que caer; en todo el mundo había menos de dos docenas de esos ordenadores FPS o de «Floating Point System» [Sistema de Puntos Flotantes], con equipo de acceso VAX que les permitía hacer unos setenta y seis millones de cálculos por segundo, y veinte de ellos estaban en Estados Unidos, lo que quería decir que uno de los cuatro restantes —y se había localizado uno de esa clase en Japón— debía ser adquirido por alguna organización de fachada tan impenetrable que engañara a los sistemas de seguridad, enormemente perfeccionados, que rodeaban a una venta así, o bien habría que robarlo y luego *hacerlo invisible*, haciéndolo llegar, de contrabando, hasta su usuario final, por medio de una cadena inverosímilmente compleja de funcionarios de aduanas corruptos, conocimientos de embarque falsificados e inspecciones burladas), pero, mientras lo escuchaba, oí una voz dentro de mí que formulaba una negativa absoluta y no negociable. Lo mismo que yo había rehusado la muerte que Uma Sarasvati había proyectado para mí, creía ahora haber traspasado los límites de lo que me exigía la lealtad familiar. Para mi sorpresa, otra lealtad predominaba. Sorpresa, porque, después de todo, había sido educado en *Elephanta*, en donde todos los lazos comunales habían sido deliberadamente desbaratados; en un país en el que todos los ciudadanos deben una doble lealtad instintiva a un lugar y una fe, me habían hecho un hombre de-ninguna-parte-y-ninguna-comunidad... y orgulloso de ello, puedo decir. De forma que me encontré oponiéndome a mi formidable e imponente padre con una viva sensación de estar haciendo algo inesperado.

—... Y si nos descubrieran haciendo el contrabando —estaba

diciendo él—, todos los acuerdos de ayuda, privilegios de nación-más-favorecida y otros protocolos económicos serían revocados al instante.

Cogí aire y me zambullí:

—¿Supongo que sabes a quién pulverizará esa bomba en más pedacitos que el pobre Rajiv, y dónde?

Abraham se petrificó. Era de hielo y de fuego. Era Dios en el Paraíso y yo, su mayor creación, me acababa de poner la prohibida hoja de higuera de la vergüenza.

—Soy un hombre de negocios —dijo—. Lo que hay que hacer, lo hago.

YHWH. *Yo soy el que soy.*

—Para asombro mío —dije a aquel Jehová-en-la-sombra, a aquel anti-Todopoderoso, a aquel agujero negro en mi cielo, a mi papaji—, perdona, pero acabo de descubrir que soy judío.

Para entonces, ya no trabajaba para Mainduck; de forma que Chhaggan había tenido razón, supongo... la sangre de mis venas había resultado más espesa que la que habíamos derramado juntos. No fui yo, sino Fielding quien sugirió, no sin un atisbo de gentileza, que había llegado el momento de separarnos. Probablemente, sabía que yo no estaba dispuesto a espiar a mi padre para él, y puede haber intuido muy bien que la información sobre sus actividades podía estar fluyendo en dirección opuesta. Hay que añadir que mis ganas de trabajar en una oficina no eran grandes; porque, a pesar de que mi hábito juvenil de pulcritud y mi deseo-de-no-ser-excepcional se adaptaban bien a las tareas humildes y mecánicas que tenía que realizar, mi «identidad secreta» —es decir, mi personalidad verdadera, indómita y amoral— se rebelaba con violencia contra el tedio de los días. No se podía hacer nada con un viejo matón, con un *goondah* caduco, salvo jubilarlo.

—Vete y descansa —me dijo Fielding, poniéndome la mano en la cabeza—. Te lo has ganado.

Me pregunté si había decidido que no me mataran. O lo contrario:

que en un futuro próximo el cuchillo del Hombre-de-Hojalata, o los dientes de Cinco-de-un-Golpe me acariciaran la garganta. Me despedí y me fui. Ningún asesino me siguió. Ellos no. Pero la sensación de ser perseguido persistió.

La verdad es que, para 1991, las estratagemas de Mainduck tenían mucho más que ver con el programa religioso-nacionalista que con el localizado Bombay-para-los-mahrattas que lo había llevado al poder. También Fielding estaba buscando aliados, con partidos nacionalistas de ideas y organizaciones paramilitares de ideas análogas: BJP, RSS, VHP. En aquella nueva fase de la actividad del MA no había lugar para mí. Zeenat Vakil, del Legado Zogoiby —en donde yo había empezado a pasar gran parte de mi tiempo, vagando por los mundos soñados de mi madre, siguiendo mi recreación en sueños por Aurora en las aventuras que ella imaginó para mí—, la inteligente e izquierdista Zeeny, a la que no hablé de mis estrechas relaciones con Mainduck, no tenía más que desprecio para la retórica de Ram Rajya.

—Qué bobadas, te lo juro —protestaba—. En primer lugar: en una religión con mil y un dioses, deciden que sólo importa un capítulo. Entonces, ¿qué pasa con Calcuta, por ejemplo, en donde no son seguidores de Ram? Y los templos de Shiva, ¿no son ya lugares de culto apropiados? En segundo: el hinduismo tiene muchos libros sagrados, no uno, pero de pronto todo es *Ramayana*, *Ramayana*. Entonces, ¿dónde queda el *Gita*? ¿Donde están todos los *Puranas*? ¿Cómo se atreven a retorcerlo todo de esa forma? Es un chiste malo. Y tercero: los hindúes no necesitan hacer actos de adoración colectiva, pero, sin eso, ¿cómo van a reunir a sus queridos populachos? Así que, de repente, se inventan la *puka* en masa y se declara que es la única que demuestra una auténtica devoción de primera clase. Una deidad única y marcial, un solo libro y un dominio del populacho: eso es lo que han hecho de la cultura hindú, de su belleza de muchas cabezas, de su paz.

—Zeeny, tú eres marxista —le dije—. Ese discurso sobre una Fe

Auténtica echada a perder por prostituciones Realmente Existentes solía ser vuestra canción habitual. ¿Crees que los hindúes-sijs-musulmanes no se mataban antes?

—Posmarxista —me corrigió—. Y, fuera cierto lo que fuera cierto en el socialismo, este fundamentalismo es algo realmente nuevo.

Raman Fielding encontró muchos aliados insospechados. Además de los de la sopa-de-letras estaban los de carril-rápido de Malabar Hill, que bromeaban en sus cenas sobre la necesidad de «dar una lección a los grupos minoritarios» y «poner a la gente en su sitio». Pero eran personas a las que, después de todo, él había cortejado; lo que debió de llegarle como una ganancia inesperada fue que, en el asunto concreto de la anticoncepción, al menos, consiguió el apoyo de los musulmanes y, todavía más sorprendentemente, el de las monjas de María Gratiaplana. Hindúes, musulmanes y católicos, al borde de un violento conflicto entre comunidades, se unieron momentáneamente por su odio común al preservativo, el diafragma o la píldora. Mi hermana Minnie —la hermana Floreas— fue, no hace falta decirlo, enérgica en la lucha.

Desde el fracaso del intento de hacer una campaña de control de la natalidad por la fuerza, a mediados de los setenta, la planificación familiar había sido un tema difícil en la India. Últimamente, sin embargo, se había iniciado un nuevo movimiento a favor de las familias más reducidas, con la consigna *Hum do hamaré do* («Nosotros dos y nuestros dos»). Fielding lo utilizó para iniciar una campaña de intimidación propia. Trabajadores del MA iban a las casas de vecindad y tugurios para decir a los hindúes que los musulmanes se negaban a cooperar en la nueva política. «Si somos dos y tenemos dos, pero ellos son dos y tienen veintidós, ¡pronto serán más que nosotros y nos arrojarán al mar!» La idea de que setecientos cincuenta mil millones de hindúes pudieran verse sumergidos por los hijos de cien millones de musulmanes se veía curiosamente legitimada por muchos imanes y dirigentes políticos musulmanes, que exageraban deliberadamente el

número de musulmanes indios, tratando de aumentar su propia importancia y la confianza en sí misma de la comunidad; y a los que gustaba también señalar que los musulmanes eran mucho mejores luchadores que los hindúes. «¡Dadnos seis hindúes por cada uno! —gritaban en sus concentraciones—. Y entonces, al menos, estaremos igualados. Entonces habrá un poquito de lucha limpia antes de que esos cobardes huyan.» Luego, aquella lotería surrealista recibió un nuevo giro. Monjas católicas comenzaron a recorrer de arriba abajo los *chawls* de Bombay Central y las sucias callejas del barrio pobre de Dharavi, protestando a voces contra el control de natalidad. Ninguna trabajaba más horas, ni argüía con más pasión, que nuestra hermana Floreas; pero al cabo de algún tiempo la retiraron de primera línea, porque otra monja la oyó explicar a unos aterrorizados habitantes del barrio que Dios tenía sus propios métodos de controlar el número de Su pueblo, y sus propias visiones le habían confirmado que, en un futuro muy próximo, muchos de ellos morirían de todas formas, a causa de la violencia y de las pestes que vendrían.

—Yo misma seré llevada al Cielo —les explicaba dulcemente—. Oh, con cuánto amor espero ese día.

Tuve setenta años el día de Año Nuevo de 1992, al cumplir los treinta y cinco. Siempre un hito de mal agüero, el paso del período bíblico, y tanto más en un país en donde la esperanza de vida es marcadamente inferior a la que el Antiguo Testamento permite; y, en el caso de vuestro seguro servidor, al que seis meses causaban siempre el deterioro de un año entero, el momento tenía un sabor adicional, especial. ¡Qué fácilmente «normaliza» la mente humana lo anormal, con qué rapidez lo impensable se convierte no sólo en pensable sino en rutinario, en nada que valga la pena considerar...! Por eso, mi «condición», una vez diagnosticada como «incurable», «inevitable» y muchos otros «ins» que no puedo recordar, se convirtió rápidamente en algo tan aburrido que ni siquiera yo podía dedicarle mucha atención. La pesadilla de mi vida

reducida a la mitad era simplemente un hecho, y no hay nada que decir de un hecho, salvo que es.

—Porque ¿se puede negociar con un hecho, señor?

—¡En manera alguna!

—¿Se puede estirar, encoger, condenar, pedirle perdón? No; o sería locura realmente tratar de hacerlo.

—Entonces, ¿cómo debemos abordar a una entidad tan intransigente, tan absoluta?

—Señor, a él le tiene sin cuidado que uno lo acepte o lo deje en paz; por eso, lo mejor es aceptarlo y seguir nuestro camino.

—¿Y no cambian nunca los hechos? ¿No se pueden sustituir los hechos viejos por otros nuevos, como las lámparas; como los zapatos y los barcos y cualquier otra bendita cosa?

—Bueno; si se sustituyen, eso sólo nos demuestra una cosa: que nunca fueron hechos, para empezar, sino simples poses, actitudes y simulaciones. El hecho verdadero no es vuestra vela que arde, para acabar hundiéndose blandamente en un rígido charco de cera; ni tampoco vuestra bombilla eléctrica, de filamento frágil y vida breve como la de la mariposa que la busca. Ni tampoco está hecho de vuestro cuero de zapatos común, ni deben salirle agujeros. ¡Brilla! ¡Camina! ¡Flota!

—¡Sí!

—*Por siempre y un día.*

Después de mi trigésimo quinto o septuagésimo aniversario, sin embargo, se me hizo imposible hacer caso omiso de la verdad del gran hecho de mi vida con algunas panaceas sobre *kismet*, *karma* y destino. Se me impuso por una serie de indisposiciones y hospitalizaciones con las que no molestaré al lector impresionable e impaciente; salvo para decir que me inculcaron la realidad de la que tanto tiempo había apartado la vista. *No viviría mucho.* Aquella sencilla verdad flotaba tras mis párpados, en letras de fuego, cuando me iba a dormir; era lo primero en que pensaba al despertar. *Así que hoy lo has conseguido. ¿Estarás aquí*

aún mañana? Es verdad, mi impresionable e impaciente amigo: por ignominioso y antiheroico que pueda ser decirlo, había comenzado a vivir con el miedo, minuto-a-minuto, de la muerte. Era un dolor de muelas para el que no se podía recetar ningún calmante aceite de clavo.

Uno de los efectos de mis aventuras en la medicina fue hacerme físicamente incapaz de lo que hacía tiempo había perdido la esperanza de hacer; es decir, convertirme en padre yo mismo, mitigando así —aunque no evitando— la carga de ser hijo. Este último fracaso irritó tanto a Abraham Zogoiby, que había cumplido los noventa y estaba más sano que nunca, que no pudo ocultar su irritación bajo la más ligera muestra de simpatía o preocupación.

—La única cosa que quería de ti —escupió a mi cabecera del hospital de Breach Candy—. Ni siquiera eso me puedes dar ahora. —Cierta frialdad había vuelto a penetrar en nuestras relaciones, desde que me negué a participar en las operaciones ocultas del Khazana Bank, en particular la fabricación de la llamada bomba islámica—. Ahora querrás un *yarmulke* —se burló mi padre—. Y filacterias. ¿Lecciones de hebreo, un viaje a Jerusalén? Simplemente, por favor, dímelo. Muchos de los judíos de Cochin, por cierto, se quejan del racismo con que los tratan en tu preciosa patria del otro lado del mar.

Abraham, el traidor a la raza, que estaba repitiendo, a escala atroz y gigantesca, el crimen de volver la espalda a madre y tribu, y salir de la Judería hacia los católicos brazos de Aurora. Abraham, el agujero negro de Bombay. Lo veía envuelto en oscuridad, una estrella que caía, absorbiendo la oscuridad que la rodeaba a medida que aumentaba su masa. Ninguna luz se escapaba del horizonte de acontecimientos de su presencia. Había empezado a darme miedo hacía tiempo; ahora me producía terror, y al mismo tiempo una compasión que mis palabras son demasiado pobres para describir.

Lo diré otra vez: no soy un ángel. Me mantuve apartado de los negocios del KBI, pero el imperio de Abraham era grande, y nueve

décimas partes de él estaban sumergidas bajo la superficie de las cosas. Yo tenía muchas que hacer. También yo me convertí en habitante de los últimos tramos de la Cashondeliveri Tower y extraje no pocas satisfacciones de los placeres piratas de ser hijo de mi padre. Sin embargo, después de mis reveses médicos, resultaba evidente que Abraham había empezado a mirar a otros buscando algún apoyo; y, en particular, a Adam Braganza, un precoz joven de dieciocho años con orejas del tamaño de las del pequeño Dumbo o de antenas parabólicas de televisión, que estaba ascendiendo en las filas de la Siodicorp tan deprisa que hubiera podido morir por falta de descompresión.

«Mr. Adam», descubrí gradualmente en el curso de mis charlas de madrugada con mi padre —que seguía utilizándome como una especie de confesor de los muchos pecados de su vida— era un joven con un pasado espectacularmente accidentado. Al parecer, en sus orígenes fue hijo ilegítimo de una gamberra de Bombay y un prestidigitador itinerante de Shadipur (Uttar Pradesh), y había sido adoptado durante cierto tiempo, de forma no oficial, por un hombre de Bombay que dado-por-muerto, al haber desaparecido misteriosamente catorce años antes, no mucho después de su presunto trato brutal por agentes del gobierno durante la Emergencia de 1974-1977. Después, el muchacho había sido educado en un rascacielos rosa de Breach Candy por dos ancianas señoras cristianas de Goa que se habían hecho ricas por el éxito de su popular serie de condimentos, los Braganza Pickles. Había tomado el nombre de Braganza en honor a aquellas ancianas señoras y, cuando fallecieron, se había hecho cargo de la fábrica. Poco después, habiendo resultado ser tan listo y hábil a los diecisiete como muchos ejecutivos que le doblaban en edad, fue a la Siodicorp en busca de capital de ampliación, confiando en poner aquellos legendarios *pickles* y *chutneys* en los mercados mundiales con el nombre comercial con más gancho de *Brag's*. En el envase modernizado que trajo para mostrar a la gente de Abraham figuraba el eslogan, *Para Tipos Bien Brag'ados*.

Lo que, al parecer, podía decirse también de aquel chico prodigio. En lo que pareció un abrir y cerrar de ojos, había vendido su empresa a Abraham, que había sido rápido en comprender el enorme potencial de exportación de la marca, especialmente a países de considerable población INR (Indios No Residentes). Ahora, el *jeune turc* era independientemente acaudalado; pero durante su primera reunión con el anciano Mr. Zogoiby en persona, impresionó tanto a mi padre con sus conocimientos de las últimas teorías financieras y de gestión, y de las nuevas tecnologías de comunicaciones y de la información, que estaban comenzando a hacer explosión en el sector indio, que Abraham lo invitó inmediatamente a «unirse a la familia Siodi», a nivel vicepresidencial, como encargado especial de innovaciones técnicas y actuación colectiva. La Cashondeliveri Tower comenzó a zumbear con las nuevas ideas del chico, desarrolladas, al parecer, a partir de sus estudios de prácticas comerciales en Japón, Singapur y en los países del arco del Pacífico, «la capital mundial del Tercer Milenio», como los llamaba él. Sus memorandos se hicieron pronto legendarios. «Para optimizar la utilización de la fuerza de trabajo, resulta clave engendrar un sentimiento de “nosotros”», decían por ejemplo. Por consiguiente, se «alentaba» a los ejecutivos —es decir, se les ordenaba—, a que pasaran al menos veinte minutos por semana en pequeños grupos de diez o doce, dándose abrazos. Se dio también «aliento» a la idea de que todos los empleados debían presentar mensualmente «evaluaciones» de los puntos fuertes y débiles de sus compañeros... convirtiendo así el edificio en una torre de hipócritas chivatos (exteriormente, lazos y abrazos; secretamente, cerdadas y puñaladas). «Seremos una empresa que escucha —nos informó Adam a todos—. Tomaremos nota cuidadosamente de lo que digáis.» Sí, aquellas orejas escuchaban, desde luego. Cualquier veneno, cualquier maldad que circulara caía dentro de sus profundidades espaciales. «Todas las grandes organizaciones son una mezcla de gente-que-crea-problemas, gente-que-resuelve-problemas y gente sana», decía

un memorando de Adam. «Lo que nuestra dirección espera es que los que causan problemas sean, con vuestra ayuda, *des-arrollados*» (subrayado añadido). Al viejo Abraham le encantaban esas cosas.

—Una época moderna —me dijo—. Por consiguiente, una jerga moderna. ¡Me encanta! Ese *punk* de orejas mojadas, con sus actitudes de tipo-duro. Está haciendo dar saltos a esta casa.

Mis propias actitudes de tipo-duro habían sido de otra clase; posiblemente, en opinión de Abraham, de una clase pasada de moda... En cualquier caso, todo aquello había terminado ahora para mí. No era el momento de arremeter contra el joven Adam Braganza. No dije ni pío, y sonreí. Había un nuevo Adam en el Edén. Mi padre invitó al joven a su atrio de la azotea y, en pocos meses —¡Semanas! ¡Días!— Siodicorp había entrado en el mundo de los ordenadores; por no hablar de cables, fibras ópticas, antenas, satélites y telecomunicaciones de toda clase; y ¿adivináis quién dirigía el nuevo espectáculo?

—Vamos a dejar nuestra *huella* en el mundo —dijo radiante Abraham, orgulloso de conocer las nuevas connotaciones de la palabra—. ¡Qué aldeanos son los de aquí con su parloteo sobre el gobierno de Ram! No Ram Rajya, sino RAM Rajya... ésa es nuestra mejor baza.

No Ram sino RAM: reconocí enseguida el toque para los eslóganes del muchacho. Abraham tenía razón. El futuro había llegado. Había una generación que esperaba heredar la tierra, y no se preocupaba para nada de los intereses de los veteranos: dedicada a perseguir lo nuevo y hablando el lenguaje extraño, binario y sin afectación del futuro... todo un cambio en comparación con nuestras melodramáticas exclamaciones *garammasala*. No era de extrañar que Abraham, el infatigable Abraham, se volviese hacia Adam. Era el nacimiento de una nueva era en la India, en la que el dinero, como la religión, estaba rompiendo todos los grilletes puestos a sus deseos; una época para los sanos, los hambrientos, los ansiosos-de-vida, no para los gastados y vacíamente perdidos.

Yo me sentía como un número atrasado; nacido demasiado deprisa,

mal nacido, lesionado, y crecido con demasiada rapidez, y dando bandazos brutales en mi camino. Ahora tenía el rostro vuelto hacia el amor perdido. Cuando miraba hacia adelante, veía a la Muerte aguardando allí. La Muerte, a la que Abraham seguía engañando sin esfuerzo, podría cosechar al hijo en lugar de a su padre inmortal.

—No tengas ese aspecto tan puñeteramente abatido —dijo Abraham Zogoiby—. Lo que tú necesitas es una esposa. Una buena mujer que te limpie de preocupaciones el entrecejo. Vamos a ver: Miss Nadia Wadia. ¿Qué tienes que decir a eso?

¡Nadia Wadia!

Durante todo el año en que ostentó el título de Miss Mundo, Raman Fielding la persiguió. La cortejó con flores, teléfonos inalámbricos, cámaras de vídeo y microondas. Ella se los devolvía. La invitó a todas las recepciones municipales, pero, después del comportamiento de él el día de Ganpati, ella las rechazaba invariablemente. El deseo de Nadia Wadia fue filtrado a la nación por el famoso columnista de cotilleos «Waspyjee», descendiente de un periodista anterior que, con el mismo seudónimo, escribió sobre la «radiación Gama» en el *Bombay Chronicle*, acabando, al hacerlo, con la brillante carrera de mi bisabuelo Francisco da Gama. Después de aquello, la negativa de Nadia Wadia a dejarse poseer por Mainduck se convirtió, para cierta clase de bombayitas, en símbolo de una resistencia mayor... Se convirtió en heroica, política. Hubo chistes. En aquella ciudad que Fielding pretendía «manejar como su coche privado», la negativa de Nadia Wadia era la prueba de la supervivencia de otro Bombay más libre. Además, ella concedía estupendas entrevistas. *No lo besaría aunque fuera la última rana de la ciudad, jura Nadia... ¡Manduca, Mainduck! ¡Nadia está aprendiendo a boxear...!* La diversión no paraba.

Ocurrieron dos cosas.

Una: Fielding, al acabársele la paciencia, consideró la posibilidad de dar un susto a la tozuda reina de la belleza; y así, por primera vez en su

larga e indiscutida jefatura del MA, se enfrentó con una revuelta, dirigida por Sammy Hazaré y unánimemente apoyada por todos los «capitanes de equipo» de las «operaciones especiales» del MA. El Hombre-de-Hojalata encabezó el grupo que fue a ver a Fielding en su oficina del ranificado teléfono. «Sir nada de críquet sir», fue su lacónica crítica. Mainduck se echó atrás, pero después de eso observó a Sammy con la misma mirada que yo le había visto cuando le hablé de mis reconciliaciones familiares. Y tenía razón al hacerlo, porque Sammy había cambiado. Y, en un momento-no-muy-lejano, se vería empujado fuera de su puesto de toda la vida de jugador de apoyo, obligado por los acontecimientos y por las tormentas de su corazón a representar, en el gran drama que se estaba ensayando, un inolvidable papel principal.

Dos: Nadia Wadia dejó de ser la Miss Mundo reinante. Hubo una nueva Miss India, una nueva Miss Bombay. Nadia Wadia se convirtió en algo pasado. No transmitían ya su canción por la radio ni por la nueva versión india de MTV: *Masala Television*. Nadia Wadia nunca entró en la Facultad de Medicina, el novio del que una vez había hablado se esfumó y su carrera como actriz no llegó a ver la luz. El dinero se va rápidamente en Bombay. Nadia Wadia, a los dieciocho años, era un nombre del pasado, rota, sin timón, a la deriva. En ese momento, Abraham Zogoiby movió pieza. Les ofreció, a ella y a su madre viuda, un apartamento lujoso en el extremo meridional de Colaba Causeway, y un generoso estipendio para acompañarlo. Nadia Wadia no estaba ya en posición negociadora muy firme, pero no había perdido su orgullo. Cuando visitó a Abraham en *Elephanta* para hablar de su ofrecimiento —¡Y qué rápidamente llegó la noticia a oídos de Mainduck, a través de Lambajan Chandiwalla, el doble agente de nuestras puertas! ¡Cómo enfureció al perverso patrón!— ella habló con dignidad.

—Estoy pensando para mí: Nadia Wadia, ¿qué te pedirá este generoso señor a cambio de un favor así? Quizá sea algo que Nadia Wadia no puede dar, ni siquiera al gran Abraham Zogoiby en persona.

Abraham se quedó impresionado. Le dijo que una empresa como Siodicorp necesitaba un rostro público amable.

—Mírame —se rió socarronamente—. ¿No soy un viejo horrible? Ahora, cuando la gente piensa en nuestra compañía, piensan en este idiota viejo y loco. A partir de ahora, si estás de acuerdo, pensarán en ti.

Así fue como Nadia Wadia se convirtió en el rostro de Siodicorp: en anuncios, en carteles y en persona, haciendo de presentadora en los muchos actos patrocinados por razones de prestigio: desfiles de modas, internacionales de críquet *one-day*, convenciones de ganadores del Guinness Book of Records, la Expo del Tercer Milenio, los campeonatos mundiales de lucha. Así fue como se salvó de la calle y volvió a ser la celebridad pública que su belleza merecía. Y así fue como Abraham Zogoiby logró otra victoria sobre Raman Fielding, y la canción de Nadia Wadia volvió, reeditada en un popurrí de bailes martilleantes, a la lista *hot-hot* de la *Masala Television* y el primer puesto de la *hit parade*.

Nadia Wadia y su madre, Fadia Wadia, se trasladaron al apartamento de Colaba Causeway y, en la pared de su salón, Abraham colgó un cuadro de Aurora Zogoiby que Zeenat Vakil no podía mostrar aún en la galería de Cumbala Hill, un cuadro en el que una guapa chica besaba a un apuesto jugador de críquet, con una (pictórica) pasión que había causado muchos problemas; hacía mucho tiempo.

—Qué estupendo —dijo Nadia Wadia, aplaudiendo, mientras Abraham en persona desvelaba *El beso de Abbas Ali Baig*—. A Nadia Wadia y a Fadia Wadia nos *encanta* el críquet, ¿no es verdad, Fadia Wadia?

—Muy verdad, Nadia Wadia —dijo Fadia Wadia—. El críquet es un deporte de reyes.

—Ay, qué *tonta*, Fadia Wadia —le reprochó Nadia Wadia—. El deporte de reyes son los *caballitos*. Fadia Wadia debería saber *eso*. Nadia Wadia lo sabe.

—Disfruta, hija —dijo Abraham Zogoiby, besando a Nadia en lo

alto de la cabeza al marcharse—. Pero, por favor: un poco más de respeto para tu madre.

Nunca le puso encima ni un dedo, no fue más que un perfecto caballero. Y entonces, sin venir a cuento, me la ofreció, como si fuera suya para regalarla, algo en su posesión, una esposa baratija.

Le dije a Abraham que visitaría a las Wadia y discutiría su propuesta. Las dos mujeres me aguardaban en su torre de Colaba con aspecto aterrorizado. Nadia Wadia se había vestido para la ocasión como un regalo de Navidad, con joyas en la nariz y todo.

—Su padre ha sido tan bueno con nosotras —me soltó Fadia Wadia, en la que los sentimientos maternos prevalecía sobre las exigencias de su situación—. Pero sin duda, respetado y buen señor, mi Nadia Wadia merece tener hijos... un hombre más joven...

Nadia Wadia me miraba de una forma extraña.

—¿Es posible que Nadia Wadia le haya conocido antes en alguna parte? —me preguntó, recordando a medias Ganpati.

Yo hice caso omiso de la pregunta y me ocupé de la cuestión de que se trataba. El problema era, expliqué, que vivían bajo el patrocinio de uno de los hombres más poderosos de la India. Si rechazaban la oferta de la mano de su único hijo en matrimonio, era sumamente posible que el anciano les retirase su protección. Pocas manos se les tenderían entonces, por miedo a ofender al gran Zogoiby. Posiblemente el único interesado sería cierto caballero que en otro tiempo, como caricaturista, solía firmar sus trabajos con una rana...

—¡Nunca! —gritó Nadia Wadia—. ¿Yo Mrs. Mainduck? Eso no lo será nunca Nadia Wadia. Antes le pediría a Fadia Wadia que me diera la mano, y las dos saltaríamos desde esa veranda de ahí, ya ve.

—No hará falta, no hará falta —la calmé—. Mi idea, creo, es algo mejor.

Lo que yo le propuse era un compromiso nominal. Se le seguiría la corriente a Abraham, sería excelente para las relaciones públicas, y el

período de compromiso podría alargarse indefinidamente. Les conté el secreto de mi existencia acelerada. Era evidente, dije, que no me quedaba mucho por vivir. Una vez muerto, ellas obtendrían los beneficios considerables de estar unidas a la familia Zogoiby, de cuya gran fortuna era el único heredero. Y, aunque viviera lo suficiente para que fuera necesario el matrimonio, les juraba, nuestro acuerdo platónico seguiría en pie. Sólo pedía el consentimiento de Nadia Wadia para mantener las apariencias de un auténtico matrimonio.

—El resto será nuestro secreto.

—Oh, Nadia Wadia —gimió Fadia Wadia—. ¡Ya ves qué groseras somos! Tu apuesto novio ha venido a visitarnos y ni siquiera le hemos ofrecido un pedacito de pastel.

¿Por qué lo hice? Porque sabía que lo que decía era cierto; Abraham hubiera tomado una negativa como un insulto personal, y las hubiera puesto en la calle. Porque admiraba la postura de Nadia Wadia hacia Fielding, y también la forma en que había tratado con mi conocidamente libidinoso padre. Ay, porque era tan bella y joven, y yo semejante ruina. Quizá porque, tras mis años de violencia y corrupción, buscaba la redención, quería ser absuelto de mis pecados.

¿Redención de qué? ¿Absuelto por quién? No me hagáis preguntas difíciles. Lo hice, eso es todo. Se anunció el compromiso de Moraes Zogoiby, hijo único de Mr. Abraham Zogoiby y de la difunta Aurora Zogoiby (de soltera Da Gama), y de Miss Nadia Wadia, única hija de Mr. Kapadia Wadia, fallecido, y de Mrs. Fadia Wadia, todos de Bombay. Y, en algún lugar de la ciudad, un Hombre-de-Hojalata supo la noticia, y el mal se encontró en su corazón roto y sin corazón.

La fiesta de compromiso fue, naturalmente, en el Taj, y desde luego un espléndido acontecimiento en Bombay. En presencia rencorosa de más de mil extraños bellos, de lengua afilada y divertidamente escépticos, entre ellos mi última hermana, la hermana Floreas, que se estaba convirtiendo cada vez más en una extraña, deslicé «un diamante

fabuloso», como dijeron los periódicos, en el encantador dedito de aquella encantadora muchacha, completando así lo que «Waspyjee» llamaría «unos esponsales sorprendentes, casi un sacrificio, de un Sol Poniente y una Aurora». Pero Abraham Zogoiby —el peor intencionado, el anciano de corazón más frío— había preparado, con su acostumbrado humor negro, un pequeño agujón en la cola de aquel día. Cuando el ritual del compromiso público había terminado y los fotógrafos se habían regalado con la belleza nunca-más-radiante de Nadia y estaban por fin repletos, Abraham subió al estrado y pidió silencio, porque tenía que anunciar algo.

—Moraes, hijo único de mi cuerpo, y Nadia, la más encantadora de las nueras posibles —graznó—. Dejadme que aventure mi esperanza de que pronto daréis nuevos miembros a esta familia, tristemente diezmada —¡oh padre sin corazón!—, para que un anciano pueda disfrutar de ellos. Entretanto, sin embargo, tengo que presentar a un nuevo miembro de la familia.

Gran perplejidad, gran expectación. Abraham se río y asintió.

—Sí, Moro. Por fin, muchacho, vas a tener a un hermanito al que podrás llamar tuyo.

Se abrió el telón rojo, teatralmente a tiempo, detrás del pequeño estrado. Adam Braganza —¡el pequeño Orejas en persona!— se adelantó. Entre los muchos gritos ahogados estuvieron el de Fadia Wadia, el de Nadia Wadia y el mío.

Abraham lo besó en ambas mejillas y en los labios.

—Desde este momento —dijo al muchacho ante la elite reunida de la ciudad— te llamarás Adam Zogoiby... mi hijo querido.

Bombay era central, lo había sido desde el momento de su creación, hija bastarda de una boda anglo-portuguesa y, sin embargo, la más india de las ciudades indias. En Bombay se encuentran y funden todas las Indias. También en Bombay, toda la India se encuentra con lo-que-no-era-la-India, con lo que vino a través del agua negra para correr por nuestras venas. Todo lo que había al norte de Bombay era el norte de la India; todo lo que había al sur era el sur. Al este estaba el este de la India y, al oeste, el Oeste del mundo. Bombay era central; todos los ríos desembocaban en su mar humano. Era un océano de historias; todos éramos sus narradores y todo el mundo hablaba al mismo tiempo.

¡Qué magia se había echado a aquella sopa *insaan*, qué armonía surgía de aquella cacofonía! En Punjab, Assam, Cachemira, Meerut —en Delhi, en Calcuta—, de vez en cuando degollaban al vecino y se daban duchas calientes, o baños de rojas burbujas, en toda aquella sangre espumante. Te mataban por estar circuncidado y te mataban por tener prepucio. El pelo largo podía hacer que te asesinaran y el corte de pelo también; la piel clara desollaba a la piel oscura y, si hablabas un idioma equivocado, podías perder tu retorcida lengua. En Bombay, esas cosas no ocurrían. —¿Nunca, dice?—. Está bien; «nunca» es una palabra demasiado absoluta. Bombay no estaba vacunada contra el resto del país, y lo que ocurría en otras partes, todo eso del idioma, por ejemplo, se extendía también a nuestras calles. Pero, en el camino hacia Bombay, los ríos de sangre se diluían normalmente, y otros ríos desembocaban en ellos, de forma que, para cuando llegaban a las calles de la ciudad, las desfiguraciones eran relativamente ligeras... ¿Estoy siendo sentimental? ¿Ahora que lo he dejado todo atrás, que, entre mis muchas pérdidas, he perdido también la buena vista...? Se puede decir que sí; pero mantengo lo dicho. Oh embellecedores de la ciudad, ¿no visteis que lo que era bello en Bombay era que no pertenecía a nadie y pertenecía a todos? ¿No

visteis los milagros del vivir-y-dejar-vivir cotidiano atestar sus calles abarrotadas?

Bombay era central. En Bombay, a medida que el viejo mito fundador de la nación palidecía, nacía la nueva India de dios-y-mammón. La riqueza del país fluía por su bolsas, sus puertos. Quienes odiaban la India, quienes querían arruinarla, tenían que arruinar Bombay; ésa fue una explicación de lo que sucedió. Bueno, bueno, puede haber sido así. Y puede haber sido que, lo que se desató en el norte (en, para decirlo, porque tengo que decirlo, Ayodhya) —aquel ácido corrosivo del espíritu, aquella intensidad de enfrentamiento que pasó a la corriente sanguínea de la nación cuando cayó Babri Masjid y los planes para construir un imponente templo de Rama, en el supuesto lugar natal del dios, *se estaban llenando deprisa*, como solían decir en los cines de Bombay— fuera en aquella ocasión demasiado concentrado, y ni siquiera los grandes poderes de dilución de la ciudad pudieran debilitarlo lo suficiente. Bueno, bueno; los que argumentan así tienen algo de razón, eso no puede negarse. En el Legado Zogoiby, Zeenat Vakil me ofreció su habitual visión sardónica de los problemas.

—Yo le echo la culpa a la ficción —dijo—. Los seguidores de una ficción derriban otra mentira popular y, ¡zas!, es la guerra. La próxima vez encontrarán la cuna de Vyasa bajo la casa de Iqbal, y el sonajero de Valmiki bajo el lugar al que solía ir Mirza Ghalib. De manera que muy bien. Preferiría morir peleando por los grandes poetas que por los dioses.

Yo había estado soñando con Uma —oh subconsciente desleal—, Uma esculpiendo su primera obra, el gran toro *Nandi*. Como el toro, pensé al despertar, y como el Krishna azul, famoso por su flauta-y-lechera, lord Ram era un *avatar* de Vishnú; Vishnú, el más metamórfico de los dioses. Por consiguiente, el verdadero «gobierno de Ram», debería basarse en las realidades mutantes, inconstantes y de forma cambiante de la naturaleza humana... y no sólo de la naturaleza humana, sino también de la divina. Lo que se defendía en nombre del gran dios huía ante su

esencia y la nuestra... Pero, cuando el peñasco de la Historia comienza a rodar, nadie tiene interés en debatir temas tan frágiles. El *juggernaut* anda suelto.

... Y, si Bombay era central, podía ser que lo que pasaba hundiera sus raíces en las rencillas de Bombay. *Mogambo* v. *Mainduck*: el duelo largo tiempo esperado, el asalto de la unificación de los pesos pesados para determinar, de una vez para siempre, qué banda (criminal-empresarial o político-criminal) administraría la ciudad. Vi cómo ocurría algo así y sólo puedo registrar lo que vi. ¿Factores ocultos? ¿Intromisión de manos secretas/extranjeras? Eso se lo dejo a analistas más expertos.

Os diré lo que yo pienso —lo que, a pesar de un condicionamiento de una vida en contra de lo sobrenatural, no puedo dejar de creer—: que algo comenzó al caer Aurora, no sólo una contienda, sino un desgarrón que se ensanchaba y alargaba en la tela de nuestras vidas. Ella no descansaba y nos perseguía incansablemente. Abraham Zogoiby la veía cada vez más veces, flotando en su jardín de Pei, exigiendo ser vengada. Eso es lo que realmente pienso. Lo que siguió fue su venganza. Incorporéa, flotaba sobre nosotros en el cielo, Aurora Bombayalis en toda su gloria, y lo que llovía sobre nosotros era su ira. *Cherchez la femme*, digo yo. Mirad: el fantasma de Aurora vuela por el aire ardiente. Y contemplad también a Nadia... Nadia Wadia, como la ciudad de la que era auténtica criatura... Nadia Wadia, mi novia, era también central en la historia.

¿Así que fue un conflicto al estilo Mahabharata, una guerra de Troya, en la que los dioses tomaban partido y desempeñaban un papel? No señor. No, señor mío. No había deidades de tiempos antiguos, sino recién-llegados, todos nosotros, Abraham-Mogambo y sus Scar, Mainduck y sus Cinco-de-un-Golpe; todos nosotros. Aurora, Minto, Sammy, Nadia, yo. No teníamos, no merecíamos que se pensara que teníamos, ninguna naturaleza trágica. Si Carmen Lobo da Gama, mi desgraciada tía abuela Sáhara, se jugó una vez su fortuna con el príncipe

Enrique el Navegante, no hace falta escuchar en ello ecos de la pérdida por Yuddhistira de su reino, en un fatal golpe de dados. Y, aunque los hombres lucharan por Nadia Wadia, ella no era Helena ni Sita. Sólo una chica guapa en un lugar conflictivo. La tragedia no encajaba con nuestro carácter. Estaba ocurriendo una tragedia, desde luego, una tragedia nacional en gran escala, pero los que desempeñábamos nuestros papeles —dejádmelo decir sin rodeos— éramos payasos. ¡Payasos! Bufones burlescos, arrastrados al teatro de la Historia por falta de hombres más grandes. En otro tiempo, efectivamente, hubo gigantes en nuestro escenario; pero, en la colilla de una época, Madame Historia tiene que conformarse con lo que puede encontrar. Jawaharlal, en aquellos últimos tiempos, no era más que el nombre de un perro disecado.

Por bondad de corazón, me acerqué a mi nuevo «hermano» y le propuse un almuerzo para-conocernos-mejor. Bueno, queridos amigos, tendríais que haber oído la que armó. «Adam Zogoiby» —y nunca podía pensar en su nombre sin ponerlo entre comillas— tuvo un verdadero ataque de pánico de arribista. ¿Íbamos al Polynesian en el Oberoi Outrigger? No, no, sólo tenía un *buffet*, y siempre se agradecía un poco de mimo. ¿Quizá sólo un bocado en el Taj Sea Lounge? Pensándolo mejor, había demasiados vejetes recordando glorias pasadas. ¿Y en el Sorryno? Cerca de casa, una hermosa vista, pero, muchacho, ¿cómo aguantar a aquel viejo *cascarrabias* de propietario? Una rápida zambullida en algún iraní: ¿Bombay A1 o Pyrke's, en la Flora Fountain? No, necesitamos menos ruido y, para hablar como es debido, hay que poder *prolongar la cosa*. ¿Un chino entonces?

—Sí, pero *imposible* elegir entre el Nanking y el Kambling. ¿The Village? Toda esa temática fingidamente-rústica: resultaba *tan passé*. Tras un soliloquio largo y agitado (yo sólo he seleccionado los momentos más interesantes) se decidió —o, mejor, «se descolgó»— por la celebrada cocina continental de la Society. Y, una vez allí, se puso a jugar elegantemente con una hoja.

—¡Dimple! ¡Simple! ¡Pimple! Qué bueno veros, chicas, otra vez en los altavoces.

—Ah, bon-yor. Kalidasa, mi clarete de siempre, en bandeja de plata.
—Bueno, querido Moro... ¿te pareceme dejás que te llame «Moro»? Te parece-me dejás. *Estupendo*.

—¡Harish, cómo estás! Comprando OTCEI, me ha dicho un pajarito.
¡Bien hecho! Unas acciones de mucha calidad, aunque ahora están un poco subdesarrolladas.

—Moro, perdona, perdona. Tienes mi absoluta, mi completa, te lo juro.

—¡Mon-sooar Fra-swah! ¡Chuik—*chuik*!

—Oh, sírvenos lo que quieras, nos ponemos totalmente en tus manos. Únicamente, nada de mantequilla, de cosas fritas, de carne grasienta, de carbo-fiestas, y quita las berenjenas. Hay que mantener la figura, ¿no?

—*Por fin*. ¡Hermano! ¡Qué bien lo vamos a pasar! Qué super *maza*, ¿eh? W-H-U-A-Y, guay. ¿Te interesan los locales nocturnos? Olvídate de MidniteConfidential, Nineteen Hundred, Studio 29 y Cavern. Se acabaron, chico. Resulta que soy inversor y fundador de un nuevo local de *happenings*. Lo vamos a llamar «W-3», lo que corresponde a «World Wide Web». O quizá sólo «The Web». ¡La realidad-virtual-se-encuentra-con-las-disc-jockeys-de-sari-mojado! ¡Cyberpunk-se-encuentra-con-un-decorado-de—*muffinsbhangra*! ¡Y talento, *yaar, on-line*!, ¿me sigues? El mundo es el último—*modelo*. H-A, ja.

Y, si yo tenía una expresión un tanto fría, un tanto cabreada, ¿qué? Creía tener derecho. Miraba aquel *cabaret* de sesión continua, aquel espectáculo-de-los-siete-velos que era «Adam Zogoiby», y lo miraba mirándome a mí. Comprendió pronto que aquella interpretación de Mr. Cool no funcionaba, y cambió a un tono de voz baja y complicidad.

—Bueno, hermano, tienes un historial de peleas que echa chispas, o eso me han dicho. Nada corriente en vosotros, los chicos judíos. Yo creía

que todos erais miembros de nariz gran-chuda y gafotas de la conspiración internacional para dominar el mundo.

Aquello no parecía caer tampoco demasiado bien. Yo rezongué algo acerca de los guerreros mercenarios judíos que tanto habían hecho por afirmar la presencia de la comunidad en la costa malabar, y él pudo notar la nota gélida en mi voz.

—Eh, vamos, hermanito, ¿no te das cuenta de que era una broma? Eh, *yo* soy así. —Madhu, Mehr, Ruchi, *hola*. Vaya, qué alegría veros, chicas. Os presento a mi *bhai* mayor. Oíd, es un tipo increíble, alguna de vosotras tendría que ligárselo—. Oye, Moro, ¿qué te parece? Ésas eran lo mejorcito de la pasarela y las portadas, más famosas incluso que nuestra tristemente difunta hermana Ina. ¿Sabes qué? Creo que les has gustado. Unas tipas con clase, con verdadera clase.

Sobre el tema «Adam Zogoiby» mi mente se estaba cerrando deprisa. Entonces él cambió de nuevo, volviéndose serio, profesional.

—Deberías aclarar tu posición financiera, ¿sabes? Tu padre, siento decirlo, no es ya un hombre joven. Yo estoy ultimando ahora todo lo que se refiere a mis necesidades personales, en conversaciones detalladas con sus hombres.

Aquello fue la gota. Había algo en Adam que me había estado pareciendo *déjà vu*, y entonces comprendí lo que era. Su negativa a hablar de su pasado, la fluidez de sus cambios de ritmo cuando trataba de hechizar y seducir, el frío cálculo de sus jugadas: me había dejado engañar una vez por una actuación así, aunque ella había sido mucho más experta en las artes camaleónicas que él, y cometía muchos menos errores. Recordé, con un estremecimiento, mi vieja fantasía del extraterrestre comeproblemas que podía adoptar forma humana. La última vez una mujer, ésta un hombre. La Cosa había vuelto.

—Conocí a una mujer como tú —dije a Adam—. Y, hermano, todavía te queda mucho que aprender.

—Bueno, *hombre* —se indignó Adam—. Cuando *uno* se está

esforzando tanto, no sé por qué el *otro* tiene que ser tan puñeteramente *ofensivo*. Creo que tienes un problema de actitud, *bhai* Moro. Resultas un pobre espectáculo. Y es malo para tu carrera también. Me han dicho que eres muy engreído también con el bueno de papaji. ¡A su edad! Por fortuna para él, al menos uno de sus hijos está dispuesto a hacer lo que haga falta sin descaros ni impertinencias.

Sammy Hazaré vivía en el barrio periférico de Andheri, rodeado por una muralla confusa de industrias ligeras —Nazareth Leathercloths, Vajio's Ayurvedic Laboratory (especializado en gel *vajradanti* para las encías). Thums Up Cola Bottle Caps, Clenola Brand Cooking Oil—y hasta unos pequeños estudios de cine, usados sobre todo para anuncios comerciales, que alardeaba —en una pizarra junto a su puerta— de «Un especialista y una especialista sobre el terreno» y de una «Instalsión de grúa de funsión manual (6 hombres)». Su casa, un *rutputty bungalow* de madera de un solo piso, desde hacía mucho amenazado de demolición pero todavía en pie, al estilo casual de la vida de Bombay, se escondía entre las apestosas traseras de las fábricas y un grupo achaparrado y amarillo de viviendas para gentes de bajos ingresos, como si estuviera haciendo cuanto podía para no llamar la atención de los equipos de demolición. Sobre su puerta mosquitera colgaban limas y pimientos verdes, para protegerla de los malos espíritus. Calendarios pasados de fecha con representaciones de brillante colorido de lord Ram y del Ganesh de cabeza de elefante habían sido durante muchos años las únicas decoraciones de otra clase; ahora, sin embargo, había retratos de Nadia Wadia, sacados de revistas y pegados con cinta Scotch por todas las paredes verdiazules. Y había también fotografías de páginas de sociedad de los esponsales de Miss Wadia y Mr. M. Zogoiby en el Taj Hotel, y en esas fotografías mi cara había sido tachada violentamente con una pluma, o rascada con la punta de un cuchillo. En una o dos, yo había quedado completamente decapitado. A través de mi pecho alguien había garrapateado palabras obscenas.

Sammy no se había casado. Compartía aquella vivienda con un enano calvo y de nariz grande llamado Dhirendra, un actor de cine de papeles secundarios que había trabajado en más de trescientos largometrajes y cuya ambición en la vida era convertirse en el hombre del Guinness que más veces había aparecido en películas. Dhiren el enano cocinaba y lavaba para el fiero Sammy, y hasta le aceitaba la mano de hojalata cuando hacía falta. Y de noche, a la luz del farol de parafina, ayudaba al Hombre-de-Hojalata en su pequeño *hobby*. Bombas incendiarias, bombas de relojería, bombas de balancín y bombas de inclinación; la casa entera —sus armarios, sus rincones y rendijas, y hasta varios agujeros especiales que los dos hombres habían excavado bajo el suelo de la única habitación y cubierto con tablas para ocultarlos— se había convertido en un arsenal particular.

—Si vienen a echarnos abajo —decía Sammy a su pequeño adlátere, con una satisfacción feroz y fatalista—, muchacho, sir, saldremos dando un buen *bang*.

Hacía tiempo, Sammy y yo habíamos sido amigos; con nuestras manos que no emparejaban, cada uno había considerado al otro como hermano de sangre, y durante unos años fuimos entonces el terror de la ciudad, y Dhirendra, de una pinta de tamaño, como una mujer celosa, se quedaba en casa, cocinando comidas que Sammy, al volver agotado de nuestros trabajos, devoraba sin una palabra de gracias, antes de caer dormido y llenar la habitación de potentes eructos y pedos. Pero ahora estaba Nadia Wadia, y el estúpido Sammy, presa de aquel patético encaprichamiento con aquella señora inalcanzable, mi novia, estaba dispuesto —o, al menos, eso sugerían las paredes— a volarme mi cabeza aborrecida.

Hacía mucho tiempo el Hombre-de-Hojalata había sido el Número Uno de Raman Fielding, su supercapitán, su hombre de hombres. Pero luego Mainduck, obsesionado también por Nadia, había ordenado a Sammy dar un pequeño repaso a la tipa, y Hazaré había encabezado una

revolución. Durante unos meses, Mainduck había mantenido a Sammy donde podía verlo, observándolo con sus ojos muertos y fríos, como los ojos con que las ranas apuntan a la presa zumbadora. Luego había llamado al Hombre-de-Hojalata a su sanctasanctórum del raniteléfono, y le había dado la patada.

—Tengo que dejarte escapar, deportista —dijo—. Nadie es más importante que el juego, ¿no?, y tú has empezado a escribir tu propio reglamento.

—Si no entrenador sir. Sir las señoras y *bachcha-log* no son combatientes sir.

—El críquet ha cambiado, Hombre-de-Hojalata —dijo Mainduck suavemente—. Veo que tú eres de la época caballeresca. Pero, Sammy, muchacho, ahora es una guerra total.

Andhera significa oscuridad y, en Andheri, Sammy «Hombre-de-Hojalata» Hazaré se sentaba silencioso durante horas, envuelto en la penumbra. En los primeros tiempos de su intoxicación con Nadia Wadia, a veces bailaba por la casa, sosteniendo en alto, como una máscara, una foto en colores a toda la página de Nadia Wadia, en la que había cortado agujeros para mirar, de forma que pudiera ver el mundo por sus ojos; y cantaba los últimos éxitos de cine con voz de falsete de niña: «¿*Qué tengo bajo la choli?* —cantaba, sacudiendo el torso de un modo insinuante—. ¿*Qué tengo bajo la blusa?*» Un día, Dhirendra, furioso por la interminabilidad de la obsesión de su compañero y también por su voz atroz, le gritó a su vez: «¡*Tetas! Lo que tiene debajo de su puñetera choli son tetas, ¿qué te habías imaginado? ¡Puñeteros globos!*» Pero Sammy, imperturbable, siguió cantando: «*Amor* —dijo con un gorgorito—. *Lo que tengo bajo la blusa es Amor.*»

Ahora, sin embargo, sus días de canciones parecían haber acabado. El pequeño Dhiren rebotaba por la habitación, cocinando y bromeando, haciendo sus gracias de salón —pinos, mortales atrás, contorsiones— tratando de animar a Sammy, y llegando incluso a cantar la picarona

canción de la blusa, dejando de lado sus propios resentimientos hacia Nadia Wadia, aquella *pin-up* que se había materializado en el aire y, sobre la marcha, echado a perder sus vidas. El pequeño Dhiren tenía buen cuidado en no comunicar su pensamiento a Sammy, pero Nadia Wadia era una hembra a la que, personalmente, no le hubiera importado hacer alguna faena.

Finalmente, Dhirendra encontró la palabra poderosa, el ábrete-sésamo, la animación que necesitaba el taciturno Sammy Hazaré. Se subió a la mesa de un salto, adoptó una pose de estatuilla de jardín, y pronunció las sílabas ocultas.

—RDX —anunció.

Las lealtades divididas nunca habían sido un problema para Sammy; ¿no había aceptado dinero de mi padre y espiado a Mainduck durante años? Un hombre pobre tiene que abrirse camino, y apoyar a ambos bandos no es nunca una mala idea. No, las lealtades divididas estaban bien; pero ¿y el no ser leal absolutamente a nadie? Eso no estaba tan claro. Y aquel asunto de Nadia Wadia, de algún modo, había roto todos los lazos del Hombre-de-Hojalata: con Fielding, con el XI de Hazaré y con el MA en su conjunto, con Abraham y conmigo. Ahora jugaba solo. Y, si él no podía tenerla, ¿por qué iba a tenerla nadie? Y, si no se permitía que su casa siguiera en pie, ¿por qué no habían de derrumbarse y caer otras mansiones y torres? Sí, eso era. Él sabía secretos y podía hacer bombas. Ésas eran sus aptitudes, las posibilidades que le quedaban.

—Lo haré —dijo en voz alta. Los que le habían hecho daño sentirían el peso de la mano del Hombre-de-Hojalata.

—El Especialista-La Especialista lo pueden garantizar —decía Dhiren—. De la mejor y, para los clientes antiguos, con descuento.

El equipo de marido y mujer, especialistas en secuencias de acción del estudio cinematográfico cercano —y proveedores fogonazos y explosiones— se dedicaba también, más privadamente, a facilitar lo auténtico. Eran indudablemente gente de poca monta, pero durante

muchos años habían sido para el Hombre-de-Hojalata los proveedores más fiables de gelignita, TNT, temporizadores, detonadores y espoletas. Sin embargo, ¡explosivo RDX! El Especialista-La Especialista tendrían que ascender de categoría social. Para el RDX, los bolsillos tenían que ser profundos y los contactos llegar muy alto. La pareja de secuencias de acción debía de haber sido contratada por una cuadrilla de bateadores duros. Si se estaba llevando RDX a Bombay, en cantidades suficientes para que los especialistas pudieran vender un poquito al margen, se mascaban problemas importantes.

—¿Cuánto? —preguntó Sammy.

—¿Quién sabe? —exclamó Dhiren, dando brincos—. Suficientes caballos para nuestra batalla, eso es seguro.

—Yo tengo oro ahorrado —dijo Sammy Hazaré—. Y además está el dinero contante. Y tú también tienes ahorros.

—La vida de un actor es breve —protestó el enano—. ¿Vas a hacer que me muera de hambre en el ocaso de mi carrera?

—No habrá ocaso para nosotros —replicó el Hombre-de-Hojalata—. Pronto seremos fuego, como el Sol.

Mi «hermano» y yo no disfrutamos de más almuerzos juntos. Y también para «nuestro» padre habían acabado casi los años de alimentarse del alma del país. Mi madre se había dado ya el trompazo. Había llegado el momento de la zambullida paterna.

La historia de la precipitada caída de Abraham Zogoiby desde el pináculo mismo de la vida de Bombay es de sobras conocida; la velocidad y la importancia del choque garantizaron su indeseada fama. Y, en ese triste relato hay un nombre totalmente ausente, mientras que otro se repite en todos sus capítulos, una y otra vez.

Ausente: mi nombre. El nombre del único hijo biológico de mi madre.

Reiterante: «Adam Zogoiby.» Antes conocido por «Adam Braganza». Y, antes, por «Aadam Sinai». ¿Y antes de eso? Si, como los

admirables sabuesos de la prensa descubrieron y nos comunicaron luego, sus padres biológicos se llamaban «Shiva» y «Parvati», y teniendo en cuenta sus —perdonadme por insistir en ellas— orejas, realmente muy grandes, en efecto, ¿puedo sugerir el nombre de «Ganesh»? Aunque «Dumbo» o «Gofo», «Mutto», «Crooko»... o pongamos «Sabú», podrían resultar más apropiados en el caso de aquel detestable Thomai de los Elefantes.

Bueno, aquel chico del siglo XXI, aquel *infobahni* de carril rápido, aquel *arriviste* cantando lo-he-conseguido-soy-guay, no sólo resultó un intrigante usurpador, sino un tarado... que había creído que no podrían atraparlo y, por ello, resultó atrapado con ridícula facilidad. Y un «Jonás» también; que arrastró todo el tinglado al caer él. Sí, la llegada de Adam a nuestra familia desencadenó una reacción en cadena que hizo caer de su pedestal al gran magnate de la Siodicorp. Permitidme, si queréis, relatar, manteniendo mi voz limpia de todo rastro de *schadenfreude*, los momentos estelares de la gigantesca *débâcle* del negocio familiar.

Cuando el superfinanciero V. V. *Cocodrilo* Nandy fue detenido y juzgado, por el delito extraordinario de sobornar a los ministros del gobierno central para que le proporcionaran *crore* y más *crore* de fondos del erario público, con los que, de hecho, trató de «amañar» nada menos que la Bolsa de Bombay, se detuvo al mismo tiempo al citado —y así llamado— «Shri Adam Zogoiby» que, al parecer, había sido el «hombre del maletín» del asunto, llevando maletas que contenían grandes sumas de billetes usados y no correlativos a las residencias privadas de varios de los hombres más importantes de la nación, y luego, como declaró sutilmente en su testimonio de defensa, «olvidándolas sin querer» allí.

Las investigaciones de actividades más amplias de «Shri Adam Zogoiby» —realizadas con gran celo por la policía, la brigada fiscal y otros organismos apropiados, bajo una fuerte presión de, entre otros, el gobierno central, sumamente abochornado, y también del ayuntamiento que, en palabras de Mr. Raman Fielding, presidente del MA, pedía que

«se limpiara aquel nido de víboras con Flit y Vim— revelaron pronto su participación en un escándalo todavía más colosal. La noticia del vasto fraude mundial cometido por los dirigentes del Khazana Bank International, de la desaparición de sus capitales en los llamados «agujeros negros», y de su supuesta relación con organizaciones terroristas y la apropiación indebida en gran escala de materiales fisibles, mecanismos de lanzamiento y ordenadores y programas de alta tecnología estaba empezando a llegar a los incrédulos oídos del público; y el nombre del hijo adoptivo de Abraham Zogoiby apareció en una serie de conocimientos de embarque falsificados, expedidos en relación con el quisquilloso asunto de un superordenador robado de Japón y enviado a un lugar indeterminado de Oriente Medio. Cuando el Khazana Bank se derrumbó, y decenas de millares de ciudadanos corrientes, desde los conductores de taxis hipotecados hasta los propietarios de puestos de periódicos y tiendas de barrio de todo el mundo de Indios No Residentes se encontraron en bancarrota, siguieron apareciendo datos sobre la estrecha relación de la rama bancaria de la Siodi, la Casa de Cashondeliveri, con corruptos directivos del banco en quiebra, muchos de los cuales se pudrían ya en cárceles británicas o norteamericanas. Las acciones de la Siodicorp entraron en caída libre. Abraham —incluso Abraham— fue casi aniquilado. Para cuando estalló el escándalo del dinero-por-armas, y las firmes acusaciones sobre su participación personal en la delincuencia organizada lo llevaron ante los tribunales para enfrentarse con cargos que incluían el gangsterismo, el tráfico de drogas, negocios de «dinero negro» en gran escala y proxenetismo, el imperio que construyó con la riqueza de la familia Da Gama había quedado aplastado. Los bombayitas señalaban la Cashondeliveri Tower con una especie de sobrecogimiento asqueado, y se preguntaban cuándo se derrumbaría, como la Casa de Usher, cayendo al suelo.

En una sala de paredes revestidas de madera, mi padre, a los noventa años, negó todas las acusaciones.

—No he venido aquí para participar en una nueva versión *masala* de *El Padrino*, con un Mogambo bollywoodiano *made-in-India* —dijo, manteniéndose desafiantemente derecho y sonriendo de una forma que desarmaba, la misma sonrisa en la que su madre Flory había reconocido mucho antes el rictus de un hombre desesperado—. Preguntad a cualquiera, desde Cochin hasta Bombay, quién es Abraham Zogoiby. Os dirán que es un caballero respetable del negocio de pimienta-y-especias. Lo digo aquí desde el fondo de mi alma: eso es todo lo que soy en mi corazón, todo lo que he sido nunca. Mi vida entera ha estado dedicada al comercio de las especias.

Se fijó una fianza de un *crore* de rupias, a pesar de las enérgicas protestas del fiscal.

—No se envía a una de las más altas personalidades de la ciudad a una celda común hasta que su culpabilidad ha quedado demostrada —dijo el magistrado Kachrawala, y Abraham se inclinó ante el tribunal. Todavía había algunos lugares adonde llegaba su brazo. Para constituir la fianza, hubo que dar como garantía los títulos de propiedad de los primitivos campos de especias de la familia Da Gama. Pero Abraham fue puesto en libertad y volvió a *Elephanta*, a su agonizante Shangri-La. Y, sentado solo en una oficina en penumbra próxima a su jardín en el cielo, llegó a la misma decisión a que había llegado Sammy Hazaré en su casucha, declarada ruinoso, de Andheri: si tenía que hundirse, lo haría con todos los cañones disparando. En la radio y la televisión, Raman Fielding croaba la caída del anciano.

—Una cara bonita de chica en la tele no salvará ahora a Zogoiby —dijo, y luego, sorprendentemente, prorrumpió en una canción—: «*Cuanto más alto se sube, más dura es la bofetadía* —croó—. *Bofetadía, Nadia Wadia, bofetadía.*» Y entonces Abraham hizo un ruido desagradable y concluyente, y alargó la mano hacia el teléfono.

Abraham hizo dos llamadas telefónicas aquella noche, y recibió sólo una. Los registros de la compañía de teléfonos indicaron luego que la

primera llamada fue a un número de una de las casas de putas de Falkland Road, controlada por el jefe de banda conocido por Scar. Pero no hay indicios de que se enviara a ninguna mujer a la oficina de Abraham o a su residencia de Malabar Hill. Al parecer, su mensaje fue de otra índole.

A altas horas de la noche —bastante después de medianoche— Dom Minto, ahora de más de cien años, fue el único que llamó a Abraham. No hay transcripción literal de su conversación, pero yo tengo el relato que mi padre me hizo de ella. Abraham me dijo que Minto no sonaba como correspondía a su habitual personalidad cascarrabias y efervescente. Estaba deprimido, desanimado, y habló abiertamente de la muerte. «¡Que venga! Para mí, toda la existencia ha sido una película pornográfica —dijo al parecer—. He visto suficiente de lo que hay de más sucio y obsceno en la vida humana.» A la mañana siguiente, encontraron al viejo detective muerto ante su mesa. «No se sospecha nada raro», dijo el inspector Singh, encargado de la investigación.

La segunda llamada de Abraham fue para mí. A petición suya, llegué a la desierta Cashondeliveri Tower en plena noche, y utilicé mi llave maestra para entrar y usar su ascensor privado. Lo que me dijo en su habitación en penumbra me dejó menos seguro que el inspector en cuanto a la naturaleza del fallecimiento de Dom Minto. Me confió que Sammy Hazaré —que aparentemente no quería ser visto en las proximidades de los lugares habituales de Abraham— había ido a ver a Minto y le había jurado por su madre que la muerte de Aurora Zogoiby había sido un asesinato por contrato realizado por cierto Chhaggan Cinco-de-un-Golpe a instancias de Raman Fielding.

—¿Pero por qué? —exclamé.

Los ojos de Abraham centellearon.

—Ya te hablé de tu *mamaji*, muchacho. «Pruébalo todo y deséchalos antes de acabar», ésa era su política en materia de hombres y de comida. Pero, con Mainduck, mordió un fruto equivocado. El motivo fue sexual. Sexual. Venganza... sexual.

Nunca lo había oído hablar tan cruelmente. Evidentemente, el dolor de la infidelidad de Aurora le seguía retorciendo las entrañas. El dolor embrutecedor de tener que hablar de ello a su hijo.

—¿Entonces, cómo fue? —tuve que saber.

La respuesta, me dijo, era un pequeño dardo hipodérmico en el cuello, del tamaño que se utiliza para anestesiar pequeños animales... no elefantes, pero sí, quizá, gatos salvajes. Disparado desde Chowpatty Beach durante la locura de Ganpati, hizo que la cabeza de mi madre diera vueltas y ella cayera. Sobre los peñascos lavados por la marea. Las olas debieron de llevarse el dardo; en medio de tanto destrozo, nadie notó —nadie lo buscó— un diminuto agujero en un lado del cuello.

Yo estaba en el estrado de los VIP con Sammy Fielding aquel día, recordé; pero Chhaggan podía haber estado en cualquier parte. Chhaggan que, con Sammy, era el co-campeón de cerbatana de las olimpiadas de salón de Mainduck.

—No pudo ser una cerbatana —pensé en voz alta—. Demasiado lejos. Y, además, hacia arriba.

Abraham se encogió de hombros.

—Entonces, una pistola de dardos —dijo—. Los detalles están en la declaración de Sammy. Minto me la traerá por la mañana. Aunque, sabes —añadió—, ningún tribunal la aceptará.

—No hará falta —respondí—. El asunto no se decidirá por ningún jurado ni tribunal.

Minto murió antes de poder llevar a Abraham el testimonio de Sammy. El documento no se encontró entre sus papeles. El inspector Singh no sospechó nada raro; pero eso era cosa suya. En cuanto a mí, tenía trabajo. Imperativos antiguos e irrefutables me reclamaban. Contra toda expectativa, la sombra turbada de mi madre se cernía sobre mis espaldas, gritando venganza. *La sangre quiere sangre. Lava mi cuerpo en las fuentes rojas de mis asesinos para que pueda R. I. P.*

Lo haré, madre.

La mezquita de Ayodhya fue destruida. Los de la sopade-letras, «fanáticos» o, alternativamente, «devotos liberadores del lugar sagrado» (táchese lo que no agrade) irrumpieron en la Babri Masjid del siglo XVII, destrozándola con las manos desnudas, con los pies, con la fuerza elemental de lo que sir V. Naipaul ha llamado con aprobación su «despertar a la Historia». La policía, como mostraron las fotografías de los periódicos, se quedó quieta mirando a las fuerzas de la Historia hacer su trabajo arrasador de la Historia. Se izaron banderas azafranadas. Hubo muchos cánticos de *dhuns*: *Raghupati Raghava, Raja Ram*, etc. Era uno de esos momentos que sólo pueden describirse como irreconciliables: alegres y trágicos a la vez, auténticos y espurios a la vez, naturales y manipulados a la vez. Abrió puertas y las cerró. Fue un final y un comienzo. Fue lo que Camoens da Gama había profetizado hacía tiempo: la llegada del Ram. Rataplán.

Nadie podía estar seguro siquiera, se atrevieron a señalar algunos comentaristas, de que la actual ciudad de Ayodhya en Uttar Pradesh se alzase en el mismo lugar que la mítica Ayodhya, hogar de lord Ram en el *Ramayana*. Tampoco la idea de la existencia allí del lugar natal de Ram, el *Ramjanmabhoomi*, era una antigua tradición: no tenía más de cien años. En realidad, fue un devoto musulmán de la vieja mezquita de Babri quien afirmó por primera vez haber tenido en ella una visión de lord Ram, y así empezó a rodar la bola de nieve; ¿qué imagen de tolerancia religiosa y pluralidad podía haber más hermosa que ésa? Después de aquella visión, musulmanes e hindúes habían compartido durante algún tiempo el disputado lugar sin armar jaleo... ¡Pero al diablo con esas noticias tan viejas! ¿A quién le importaban esos tres, malsanos, pies del gato? El edificio había caído. Era el momento de las consecuencias, no de mirar hacia atrás: de lo que sucedería luego, no de lo que podría o no podría haber sucedido antes.

Lo que sucedió luego: en Bombay, hubo un robo con escalamiento en el Legado Zogoiby. Los ladrones fueron rápidos y profesionales; el

sistema de alarma de la galería resultó ser desesperadamente insuficiente y, en más de una zona, totalmente disfuncional. Se llevaron cuatro cuadros, todos pertenecientes al ciclo del Moro y, evidentemente, seleccionados antes: uno de cada uno de los tres períodos principales, y también el último lienzo, inacabado pero, sin embargo, supremo, *El último suspiro del Moro*. La conservadora, la doctora Zeenat Vakil, trató en vano de persuadir a las estaciones de radio y televisión de que dieran la noticia. Los sucesos de Ayodhya y sus sangrientas secuelas inundaban las ondas. De no haber sido por Raman Fielding, la pérdida de esos tesoros nacionales no se hubiera publicado en absoluto. El jefazo del MA, hablando de Doordashan, relacionó la caída de la mezquita con la desaparición de los cuadros.

—Cuando artefactos extraños desaparecen del sagrado suelo de la India, que nadie los llore —dijo—. Para que nazca la nueva nación, habrá mucha historia de los invasores que será necesario que borrar.

De manera que ahora éramos invasores, ¿no? Después de dos mil años, todavía no éramos de allí y, de hecho, pronto seríamos «borrados»... «Cancelación» que no tenía por qué ir seguida de expresiones de pesar o sentimiento. El insulto de Mainduck a la memoria de Aurora me hizo más fácil hacer lo que había resuelto.

Mi talante asesino no puede atribuirse adecuadamente al atavismo; aunque inspirado por la muerte de mi madre, ¿no se trataba en absoluto de una reaparición de características que se hubieran saltado un par de generaciones! Podrían calificarse más exactamente de una especie de *herencia de pariente político*; porque ¿no había importado un matrimonio tras otro la violencia al hogar de los Da Gama? Epifania trajo su asesino clan de los Menezes, y Carmen sus letales Lobo. Y Abraham había tenido instinto de asesino desde el principio, aunque prefiriera emplear a otros para que ejecutaran sus órdenes. Sólo mis abuelos maternos y muy queridos, Camoens y Belle, fueron inocentes de ese delito.

Mis propias relaciones amorosas no habían supuesto en nada una

mejora. No puedo difamar a la cariñosa Dilly; pero ¿qué decir de Uma, que me arrebató el amor de mi madre convenciéndola de que yo albergaba pasiones indecentes? ¿Qué decir de Uma, la aspirante a asesina, que sólo dejó de matarme por la intromisión de aquel choque de cabezas de película muda en una escena granguñolesca?

Sin embargo, después de todo, no hay necesidad de echar la culpa a antepasados ni amantes. Mi propia carrera de apaleador de hombres —mi período de Martillo pulverizador— tenía sus orígenes en un deporte natural, que había acumulado tanta fuerza pegadora en mi mano derecha, por lo demás impotente. Es verdad que, hasta entonces, no había matado a nadie; pero, dado el peso y la prolongada duración de algunas de las palizas que había propinado, eso sólo podía atribuirse a la suerte. Si, en el asunto de Raman Fielding, decidí ser juez, jurado y verdugo, es porque era algo natural en mí.

La civilización es el juego de manos que nos oculta nuestra naturaleza a nosotros mismos. Mi mano, amable lector, carecía de juego; pero sabía qué cosa era.

Así pues, la sed de sangre estaba en mi historia y en mis huesos. No flaqueé en mi decisión ni un instante; me vengaría... o moriría en el empeño. Mis pensamientos se habían dirigido últimamente, de forma constante, a la muerte. Allí, por fin, tenía la manera de dar sentido a mi final, por lo demás débil. Comprendí, con una especie de sorpresa abstracta, que estaba dispuesto a morir, siempre que el cadáver de Raman Fielding estuviera a mi lado. De modo que me había convertido también en un fanático asesino. (O en un vengador justiciero; elegid.)

La violencia era violencia, un asesinato era un asesinato, dos injusticias no hacían algo justo: eran verdades que conocía muy bien. Además: al rebajarte al nivel de tu adversario, pierdes la nobleza del motivo. En los días que siguieron a la destrucción de Babri Masjid, «musulmanes justamente enfurecidos»/«asesinos fanáticos» (una vez más, utilizad el lápiz azul como os dicte el corazón) destrozaron templos

hindúes y mataron a hindúes, en toda la India y también en Pakistán. Llega un momento, en el despliegue de la violencia comunal, en que no viene a cuento preguntar: «¿Quién empezó?» Las conjugaciones letales de la muerte se apartan de cualquier posibilidad de justificación, por no hablar de justicia. Surgen entre nosotros, derecha e izquierda, hindúes y musulmanes, cuchillo y pistola, matar, quemar, saquear y levantar al aire lleno de humo el puño apretado y sangriento. Ambas casas se condenan por sus acciones; ambos bandos sacrifican el derecho a cualquier pizca de verdad; cada uno es la peste del otro.

Yo no me excluyo. He sido un hombre violento demasiado tiempo y, la noche en que Raman Fielding insultó a mi madre en la televisión, puse fin brutalmente a su maldita vida. Y, al hacerlo, atraje sobre la mía una maldición.

De noche, los muros que rodeaban la finca de Fielding eran patrullados por ocho equipos emparejados de hombres de asalto que trabajan en turnos de tres horas; yo conocía la mayoría de sus apodos de andar por casa. Los jardines estaban protegidos por alsacianos degolladores (*Gavaskar, Vengsarkar, Mankad* y —como prueba de la falta de perjuicios de su propietario— *Azharuddin*); esas figuras del críquet metamorfoseadas vinieron hacia mí para que las acariciase, moviendo felices la cola. En la puerta de la casa había otros guardas. Conocía también a esos matones —una pareja de jóvenes gigantes llamados Maltemple y Estornu— pero de todas formas me cachearon de la cabeza a los pies. No llevaba armas; o, en cualquier caso, no armas que me pudieran quitar.

—Es gomo en los viejos diembos —dijo Estornu, el más joven, permanentemente con la nariz tapada y, quizá como compensación, el menos hermético de aquellos juguetones—. El Hobbre-de-Hojalada ha basado abdes a saludar. Greo gue esberaba gue lo gogieran de duebo, bero el Endrenador es un dipo dozudo.

—Yo dije que sentía no haber visto a Sammy; y ¿cómo estaba el

viejo Cinco-de-un-Golpe?

—Lo sendí por Hazaré —farfulló el joven guarda—. Se fueron jundos a emborracharse. —Su compañero le dio un capón en la nuca y él enmudeció—. Es el viejo Bardillo —se quejó, apretándose la nariz entre el pulgar y el índice, y soplando con fuerza. Los mocos se dispersaron en todas direcciones. Yo retrocedí rápidamente.

Era un golpe de suerte, lo sabía, que Chhaggan no estuviera en la casa. Él tenía un sexto, y hasta un séptimo sentido para el jaleo, y mis probabilidades de reducirlo, además de a Fielding, y escapar sin provocar la alarma general hubieran sido nulas. No podía esperar nada mejor; aquella ausencia fortuita me daba al menos la posibilidad de salir vivo de la casa.

El taciturno, el que daba capones, Maltemple, me preguntó qué se me ofrecía. Repetí lo que había dicho en las puertas:

—Sólo para los oídos del Entrenador.

Maltemple no pareció nada contento:

—Ni lo sueñes.

Yo hice una mueca:

—Entonces caerá sobre tu cabeza cuando lo sepa.

Él cedió.

—Tienes suerte de que el Entrenador se haya quedado hasta tarde por lo que está pasando en el país —dijo furioso—. Espera y le preguntaré.

Y, al cabo de unos minutos, volvió y señaló con un pulgar airado la guarida interior.

Mainduck estaba trabajando a la luz amarilla de una sola lámpara flexo. Su gran cabeza con gafas quedaba a medias iluminada, a medias en la oscuridad, y la gran masa de su cuerpo se fundía con la noche. ¿Estaba solo? Era difícil estar seguro.

—Martillo, Martillo —croó—. ¿Cómo vienes esta noche? ¿Como emisario de tu padre o como traidor a su jodida causa?

—Como mensajero —dije. Él asintió.

—Entonces, suéltalo.

—Sólo para tus oídos —dije—. Nada de micrófonos.

Muchos años antes, Fielding había hablado con admiración de la decisión del presidente Nixon de colocar micrófonos ocultos en su propio despacho. «El tipo tenía sentido de la Historia —dijo—. Y agallas. Todo grabado.» Yo le hice observar que aquellas cintas contribuyeron a poner fin a su presidencia. Fielding se rió de las objeciones. «Lo que yo digo no puede hacerme daño —proclamó—. ¡Mi ideología es mi fortuna! Y, un día, los chavales estudiarán mis declaraciones en el colegio.»

Por consiguiente: *nada de micrófonos*. Sonrió de oreja a oreja, más parecido, en su charco de luz, a un gato de Cheshire que una rana.

—Recuerdas demasiadas cosas, Martillo —me reprendió cariñosamente—. De modo que ven, ven, muchacho. Musita dulces tonterías en mi oído.

Yo era viejo, pensé preocupado mientras me dirigía hacia él. Quizá mi antiguo gancho noqueador había desaparecido. *Dame fuerzas*, recé a nada en particular: al fantasma de Aurora, probablemente. *La última vez. Que pueda dar aún mi martillazo*. El raniteléfono verde me miraba fijamente desde su mesa. Dios, cómo odiaba aquel teléfono. Me incliné hacia Mainduck; que estiró la mano izquierda, a gran velocidad, me agarró por el pelo del cogote, y me metió la boca contra el lado izquierdo de su cabeza. Perdiendo el equilibrio por un momento, comprendí con cierto horror que mi mano derecha, mi única arma, no podía alcanzar ya su meta. Pero, mientras caía contra el borde de la mesa, mi mano izquierda —esa misma mano izquierda que, durante toda la vida y en contra de mi naturaleza, había tenido que obligarme a aprender a utilizar — tropezó, por casualidad, con el teléfono.

—El mensaje es de mi madre —susurré, y estrellé la rana verde en su rostro. No hizo ningún ruido. Sus dedos me soltaron el pelo, pero el raniteléfono siguió queriendo besarlo a él, de forma que lo besé con él,

tan fuerte como pude, luego más fuerte, y más fuerte aún, hasta que el plástico se astilló y el instrumento comenzó a deshacerse en las manos. «Maldito artilugio de pacotilla», pensé, y lo solté.

De cómo lord Ram dio muerte al rubio raptor de Sita, Ravan, rey de Lanka:

*Aún la batalla dudosa, ¡hasta que Rama en su ira
Blandiera el arma letal, ardiente en celestial pira!
Arma que el Santo Agastya al héroe había entregado,
Alada cual dardo de Indra, que el Cielo había enviado,
Envuelta en llamas y en humo, lanzada por arco feroz,
Pasó la coraza de Ravan, causándole muerte atroz...
Para el hijo valiente de Raghu, ¡bendición desde el cielo radiante
«Campeón de lo cierto y lo justo! ¡Tu tarea más noble y triunfante!»
De cómo Aquiles dio muerte a Héctor, el asesino de Patroclo:
Entonces dijo Héctor, el del brillante yelmo,
Sus fuerzas ya menguadas: «Te ruego por tu vida,
Tus padres, tus parientes, no dejes que los perros
De los aqueos barcos mi cuerpo aquí devoren...»
Pero, frunciendo el ceño, el raudo Aquiles dijo:
«No me supliques, perro, por padres o parientes.
Sólo quisiera ahora tener deseo y fuerzas,
Para cortar tu carne, y devorarla viva,
¡Por todo lo que hiciste! Y ya no queda nadie
Capaz de mantener los perros alejados...
... y perros y aves han de devorarte enteramente.»*

Ya veis la diferencia. Donde Rama podía utilizar una máquina celestial apocalíptica, yo tenía que arreglármelas con una rana de telecomunicaciones. Y, luego, no recibí palabras de felicitación del cielo por mi actuación. En cuanto a Aquiles: yo no tenía ni su salvajismo masticador de entrañas (tan reminiscente, si puedo decirlo, del Hind de La Meca, que se engulló el corazón de Hamza, el héroe muerto), ni su

capacidad de expresión poética. Los perros aqueos, sin embargo, tenían sus homólogos locales...

... Después de haber matado Ram a Ravan, organizó caballerosamente un espléndido funeral para su enemigo caído. Aquiles, con gran diferencia el menos gallardo de esos grandes héroes, ató el cadáver de Héctor a la «cola de su carro» y lo arrastró tres veces en torno a la tumba de Patroclo. En cuanto a mí: al no vivir en épocas heroicas, ni honré ni profané el cuerpo de mi víctima; mis pensamientos fueron para mí mismo, y mis probabilidades de supervivencia y fuga. Después de haber asesinado a Fielding, le di la vuelta en su silla, de forma que mirase al lado opuesto de la puerta (aunque ya no tenía con qué mirar). Le puse los pies sobre una estantería y le crucé los brazos sobre las carnosas heridas, de forma que parecía haberse quedado dormido, agotado por sus labores. Luego, rápida, silenciosamente, busqué las grabadoras... debía de haber dos, para que se complementaran mutuamente.

Fueron muy fáciles de encontrar. Fielding no había hecho nunca un secreto de su celo grabador, y los armarios de su oficina —que no estaban cerrados— me revelaron unas bobinas que giraban lentamente, como derviches, en la oscuridad. Arranqué trozos de cinta y me los metí en el bolsillo.

Había que largarse. Salí de la habitación y cerré la puerta con cuidado exagerado. «No lo molestéis —les susurré a Maltemple y Estornu—. El Entrenador está dando una cabezadita.» Eso los detuvo de momento, pero ¿tendría tiempo de salir de la finca? Tuve visiones de gritos, silbidos, disparos y cuatro jugadores de críquet metamorfoseados, gruñendo fuertemente mientras me saltaban al cuello. *Gavaskar*, *Vengsarkar*, *Mankad* y *Azharuddin* vinieron y me lamieron la mano buena. Yo me arrodillé y los abracé. Luego me levanté, dejé atrás a los perros y a las estatuas de Mumbadevi, atravesé las puertas y entré en el Mercedes que me había llevado del parque automovilístico de Cashondeliveri Tower. Mientras me alejaba, me pregunté quién me

encontraría primero: la policía, o Chhaggan Cinco-de-un-Golpe. En conjunto, preferiría la policía. *Otro cadáver, Mr. Zogoiby. Falta de cuidado. La dejadez es tremenda.*

Hubo un sonido animal a mis espaldas, salvo que ningún animal había rugido nunca tan fuerte, y una mano de gigante hizo girar a mi coche, dos veces, y le voló las ventanillas traseras. El «Mars'dis» se caló, quedándose mirando hacia el otro lado.

El sol había salido. La primera cosa en que pensé fue en *La morsa y el carpintero*: «La luna brillaba enfadada, / Porque pensaba en el sol / No sé por qué aún sigue encima / Si el día ya se acabó. / “¡Es grosero por su parte / Estropear la diversión!”» Mi segundo pensamiento fue que un avión se había estrellado en la ciudad. Ahora había grandes llamaradas y chillidos, y por primera vez comprendí que algo había ocurrido en la residencia de Fielding. Oí otra vez la voz de Estornu: «El Hobbre-de-Hojalada ha basado abdes a saludar.»

Su último saludo. Su saludo de viejo guerrero licenciado. ¿Cómo había podido pasar Sammy el bombardero su artefacto entre los cacheantes guardas? Sólo se me ocurría una respuesta. *Dentro de su miembro de metal*. Lo que quería decir que tenía que ser muy pequeño. No había sitio para cartuchos de dinamita. ¿Entonces, qué? ¿Plástico, RDX, Semtex? «Bravo, Sammy —pensé—. Miniaturización, ¿eh? *Wah-wah*. Sólo lo mejor, lo último para Mainduck.» Que no volvería a dar la patada a nadie precipitadamente. Se me ocurrió que había asesinado a un hombre muerto. Aunque todavía había estado vivo cuando llegué hasta él, Sammy me había ganado por la mano en el nocaut.

Necesité unos minutos más para darme cuenta de que no quedaría mucho de Mainduck. Sammy era lo suficientemente bueno para haberse asegurado de ello. En consecuencia, era muy posible que nadie sospechase que yo hubiera cometido en absoluto ningún crimen. Aunque, como último hombre que había visto a Raman Fielding vivo, sin duda tendría que responder preguntas. El coche, obedientemente, arrancó a la

primera. El aire estaba horroroso de humo y hedores demasiado identificables. Mucha gente corría. Había que marcharse. Mientras recorría la calle marcha atrás, me imaginé oír el ladrido de perros hambrientos a los que, inesperadamente, habían echado grandes pedazos de carne, en su mayoría todavía con hueso. Eso, y un aletear de buitres.

—Márchate fuera —dijo Abraham Zogoiby—. Hazlo volando. Y quédate fuera.

Fue mi último paseo con él por su huerto aéreo. Le había informado de los fatídicos acontecimientos de Bandra.

—De modo que Hazaré es un cañón que anda suelto —dijo mi padre—. No importa. Cuestión secundaria. Algún proveedor está haciendo negocios por su cuenta, habrá que ocuparse de eso. Pero no es cosa tuya. Ahora mismo no tienes ninguna limitación. En consecuencia, adiós. Despídete. Vete mientras puedas hacerlo.

—¿Qué pasará aquí?

—Tu hermano se pudrirá en la cárcel. Todo terminará. Yo también estoy acabado. Pero acabaré yo: eso no ha empezado todavía.

Cogí una manzana madura de un cesto y le hice mi última pregunta.

—Una vez —dije—, Vasco Miranda te dijo que éste no era un país para nosotros. Entonces dijo lo que tú me estás diciendo ahora. «Milicianos de Macaulay, largaos.» ¿Tenía razón? Nos largamos: ¿nos vamos al oeste? ¿Es eso?

—¿Tienes tus papeles en orden? —Abraham, terminado su poder, parecía estar envejeciendo ante mis ojos, como un inmortal obligado, por fin, a atravesar las puertas mágicas de Shangri-La. Sí, asentí, tenía los papeles en orden. Aquel pasaje para España tantas veces renovado que fue el legado de mi madre. Aquella ventana hacia otro mundo.

—Entonces vete a preguntárselo tú mismo —dijo Abraham, sonriendo con su desesperada sonrisa, mientras se alejaba de mí hacia los árboles. Yo dejé caer la manzana y me volví para irme.

—Eh, Moraes —me llamó; desvergonzado, sonriente, derrotado—.

Maldito estúpido imbécil. ¿Quién crees que robó esos cuadros más que tu chiflado Miranda? Vete a buscarlo, muchacho. Vete a ver tu preciosa Palimpsestina. Vete a ver el Moristán. —Y su última orden, lo más próximo que llegó a una declaración de afecto—: Y llévate ese maldito chucho.

Salí de aquel jardín celestial con *Jawaharlal* bajo el brazo. Casi estaba amaneciendo. Había un borde rojo ribeteando el planeta, que nos separaba del cielo. Parecía como si alguien, o algo, hubiera estado llorando.

Bombay estallaba. Esto es lo que me dijeron: se utilizaron trescientos kilos de explosivo RDX. Dos mil quinientos kilos más fueron apresados más tarde, unos en Bombay, otros en un camión cerca de Bhopal. Y también temporizadores, detonadores, todos los mecanismos. Nunca había ocurrido nada parecido en la historia de la ciudad. Nada tan a sangre fría, tan calculado, tan cruel. *Dhhaaiiyn!* Un autobús lleno de escolares. *Dhhaaiiyn!* El edificio de Air-India. *Dhhaaiiyn!* Trenes, residencias, *chawls*, muelles, estudios de cine, factorías, restaurantes. *Dhhaaiiyn! Dhhaaiiyn! Dhhaaiiyn!* Bolsas de mercancías, edificios de oficina, hospitales, las calles comerciales más animadas del centro de la ciudad. Por todas partes había pedazos de cuerpos; sangre humana y animal, tripas y huesos. Buitres tan borrachos de carne que se posaban escorados en las azoteas, aguardando que les volviera el apetito.

¿Quién lo hacía? Muchos de los enemigos de Abraham resultaron alcanzados: policías, hombres del MA, delincuentes rivales. *Dhhaaiiyn!* Mi padre, en la hora de su aniquilación, hizo una llamada telefónica y la metrópolis comenzó a explotar. Pero ¿podía, aun Abraham con sus inmensos recursos, haber hecho acopio de semejante arsenal? ¿Cómo podía explicar la guerra entre bandas rivales aquella legión de muertos inocentes? Tanto hindúes como musulmanes eran atacados; hombres, mujeres y niños perecían, y no había nadie que diera la dignidad de un sentido a sus muertes. ¿Qué demonio vengador cabalgaba el horizonte,

haciendo llover fuego sobre nuestras cabezas? ¿Estaba la ciudad, sencillamente, asesinándose a sí misma?

Abraham entró en guerra y dejó que su maldición cayera donde pudo. Eso fue una parte de ello. No era bastante; no era todo. Yo no lo sé todo. Os estoy diciendo lo que sé.

Y esto es lo que yo quiero saber: ¿quién mató *Elephanta*, quién asesinó mi hogar? ¿Quién lo hizo saltar en pedazos, y a *Lambajan Chandiwalla* Borkar, Miss Jaya Hé y Ezekiel el de los cuadernos mágicos, junto con los ladrillos y el mortero? ¿Fue la venganza del difunto Fielding o del trabajador independiente Hazaré, o fue algún movimiento más intenso de la Historia, más profundo, donde ni siquiera los que habíamos pasado tanto tiempo en el Inframundo lo podíamos ver?

Bombay era central; lo había sido siempre. Lo mismo que los fanáticos Reyes Católicos habían sitiado Granada y esperado que la Alhambra cayera, ahora los bárbaros estaban ante nuestras puertas. ¡Oh Bombay! ¡*Prima in Indis!* ¡*Puerta de la India!* ¡*Estrella de Oriente con el rostro hacia Occidente!* Como Granada —al-Gharnatah de los árabes— eras la gloria de tu tiempo. Pero cayó sobre ti una época más oscura y, lo mismo que Boabdil, el último sultán nazarí, fue demasiado débil para defender su gran tesoro, nosotros también fuimos hallados faltos de peso. Porque los bárbaros no estaban sólo a nuestras puertas, sino dentro de nuestra piel. Éramos nuestros propios caballos de madera, cada uno de nosotros lleno de nuestra fatalidad. Quizá Abraham Zogoiby encendiera la mecha, o Scar: estos fanáticos o aquéllos, nuestros locos o los vuestros; pero las explosiones brotaron de nuestros propios cuerpos. Éramos a un tiempo bombarderos y bombas. Las explosiones eran nuestro mal... No hacía falta buscar explicaciones extranjeras, aunque había y hay males más allá de nuestras fronteras y también dentro. Nos hemos cortado nuestras propias piernas, hemos tramado nuestra propia caída. Y ahora sólo podemos llorar, por fin, por lo que fuimos demasiados debilitados, demasiado corruptos, demasiado pequeños,

demasiado despreciables para defender.

—Excusadme, por favor, el desahogo. Me he dejado llevar. El Viejo Moro no volverá a suspirar.

La doctora Zeenat Vakil resultó muerta en la explosión que destrozó la galería del Legado Zogoiby en Cumbala Hill. Ni un sólo cuadro se salvó; enviando así a mi madre Aurora a una región próxima al reino de las antigüedades irrecuperables... a las afueras de ese jardín infernal lleno de las desvalidas sombras de aquellos —ahora tan decapitados y sin brazos como sus estatuas— cuya obra de una vida desapareció. (Pienso en Cimabue, que conocemos por un mero puñado de obras.) *El escándalo* se salvó. Había sido un préstamo permanente del Legado al National Museum de Delhi, y allí sigue, mirando a Amrita Sher-Gil con confianza. Quedan otros lienzos. Cuatro dibujos chipkali tempranos; *Uper the gur gur...*; y el intenso y doloroso *Madre-Moro desnudo*; todos los cuales, por suerte, habían sido prestados, en la India o en el extranjero. También, irónicamente, la conflictiva fantasía de críquet que colgaba en la pared del salón de señoras de Wadia, *El beso de Abbas Ali Baig*. Ocho. Más el cuadro del Stedelijk, el de la Tate, la colección Gobbler. Algunas pinturas del «período rojo», de propiedad privada. (¡Qué irónico que ella hubiera destruido la mayoría por sí misma!)

Más obra superviviente que la de Cimabue, pues; pero un simple retazo de la producción total de aquella prolífica mujer.

Y los cuatro Auroras robados representaban ahora una parte crucial de su obra supérstite.

La mañana de las explosiones, Miss Nadia Wadia respondió personalmente al timbre, porque el criado había salido al amanecer para hacer la compra y no había vuelto. Ante ella había una pareja de dibujos animados: un enano vestido de caqui y un hombre de cara y mano de metal. En la garganta de ella colisionaron un grito y una risa; pero, antes de que pudiera hacer ningún ruido, Sammy Hazaré había levantado un alfanje y le había rajado el rostro dos veces, en líneas paralelas que iban

de la parte superior derecha a la parte inferior izquierda, evitando expertamente los ojos. Nadia se desmayó sobre la esterilla y, cuando recuperó el conocimiento, tenía la cabeza en el regazo de su consternada madre y su propia sangre en los labios, y sus desconocidos asaltantes se habían desvanecido, para nunca volver.

El *mahaguru* Khusro pereció en los bombardeos; el rascacielos rosa de Breach Candy, en donde se había educado «Adam Zogoiby», fue también destruido. El cuerpo de Chhaggan Cinco-de-un-Golpe se encontró en una alcantarilla de Bandra; unos enormes tajos de alfanje le habían abierto el cuello. Dhabas, en Dhobi Talao, los cines que proyectaban la nueva versión en pantalla panorámica del viejo clásico *Gai-Wallah*, el Sorryno y el café Pioneer: dejaron de existir. Y la hermana Floreas, la única verdadera hermana que me quedaba, resultó haberse equivocado sobre el futuro; las bombas se llevaron el asilo y convento de Gratiaplena, y Minnie estuvo entre los muertos.

Dhhaaiiyn! Dhhaaiiyn! No sólo saltaron por los aires hermana, amigos, cuadros y lugares favoritos, sino también el sentimiento mismo. Cuando la vida se había vuelto tan barata, cuando las cabezas rebotaban por los *maidans* y los cuerpos decapitados bailaban por las calles, ¿cómo preocuparse por una sola salida de escena prematura? ¿Cómo preocuparse por la inminente probabilidad de la propia? Tras cada monstruosidad venía otra mayor; como verdaderos adictos, todos parecíamos necesitar aumentar la dosis. La catástrofe se había convertido en costumbre de la ciudad y todos éramos sus consumidores, sus zombis, sus muertos que andan. Desafecto y —para utilizar por una vez debidamente la muy usada palabra— conmocionado, entré en un estado remoto y endiosado. La ciudad que conocía estaba muriendo. El cuerpo que había habitado, lo mismo. Entonces ¿qué? *Qué será será...*

Y he aquí que lo que tenía que pasar pasó. Sammy *el Hombre-de-Hojalata* Hazaré, con el pequeño Dhirendra trotando decididamente a su lado, entró en el vestíbulo de la Cashondeliveri Tower. Llevaban

explosivos atados a sus torsos, piernas y espaldas. Dhirendra llevaba dos detonadores, y Sammy blandía su espada. Los guardas del edificio vieron que la heroína que los bombarderos habían tomado para darse coraje lastraba pesadamente sus ojos y hacía que el cuerpo les picara, y retrocedieron aterrorizados. Sammy y Dhiren tomaron el ascensor directo hasta el piso treinta y uno. El jefe de seguridad llamó a Abraham Zogoiby para chillarle advertencias y hacer observaciones autoexculpatorias. Abraham lo interrumpió secamente. «Evacuen el edificio.» Fueron sus últimas palabras conocidas.

Los trabajadores de la torre comenzaron a derramarse locamente por la calle. Sesenta segundos más tarde, sin embargo, el gran atrio de los altos de la Cashondeliveri Tower estalló en el cielo como un fuego artificial y comenzó a caer una lluvia de cuchillos de cristal, apuñalando a los trabajadores que corrían, en la nuca la espalda los muslos, atravesando sus sueños, sus amores, su esperanza. Y, después de los cuchillos de cristal, otras lluvias monzónicas. Muchos trabajadores habían quedado atrapados en la torre por la explosión. Los ascensores no funcionaban, las cajas de las escaleras se habían derrumbado, había incendios y nubes de humo negro y voraz. Hubo quienes desesperaron, quien explotó desde las ventanas y cayó dando tumbos a su muerte.

Finalmente, llovió el jardín de Abraham como una bendición. Suelo importado, césped inglés y flores extranjeras —azafranes de primavera, narcisos, rosas, malvarrosas, nomeolvides— cayeron hacia Backbay Reclamation; y también frutos extraños. Árboles enteros ascendieron graciosamente hacia el cielo antes de bajar flotando hacia la tierra, como gigantescas esporas. Las plumas de aves no indias siguieron vagando por el aire durante días.

Granos de pimienta, cominos enteros, palos de canela, cardamomos mezclados con la flora y las aves importadas, bailaban golpeteando por las calles y aceras como un granizo perfumado. Abraham tenía siempre a mano sacos de especias de Cochin. A veces, cuando estaba solo, les abría

el cuello y hundía sus brazos nostálgicos en sus olorosas profundidades. Alholva y neguilla, semillas de cilantro y asafétida cayeron sobre Bombay; pero sobre todo pimienta negra. El Oro Negro de Malabar, con la que, hacía una eternidad y un día, un joven encargado de labores y una muchacha de quince años había vivido un picante amor.

Para formar una clase, escribió Macaulay en su Minute on Education de 1835, ... de personas, indias de sangre y de color, pero inglesas de opinión, de moral y de intelecto. ¿Y para qué, si se puede saber? Oh, para ser intérpretes entre nosotros y los millones a los que gobernamos. ¡Qué agradecida debería y tendría que estar esa clase de personas! Porque en la India los dialectos eran pobres y toscos, y un solo estante de una buena biblioteca europea valía más que toda la literatura nativa. Historia, ciencia, medicina, astronomía, geografía, religión eran igualmente ridiculizadas. ¿La desgracia de un herrero inglés... haría reír a las muchachas de un internado inglés?

Así, una clase de «Macaulay's Minutemen», de esos milicianos de Macaulay, odiaría lo mejor de la India. Vasco estaba equivocado. Nosotros no éramos, ni habíamos sido nunca, esa clase. Lo mejor, y lo peor, estaba en nosotros, y luchaba en nosotros, como ellos luchaban en la tierra en general. En algunos de nosotros, lo peor triunfaba; pero todavía podíamos decir —y decir con verdad— que habíamos amado lo mejor.

Cuando mi avión se inclinó sobre la ciudad, pude ver las columnas de humo que se alzaban. No había nada que me uniera ya a Bombay. No era ya mi Bombay, ya no especial, ya no la ciudad de la alegría mezclada, mestiza. Algo había terminado (¿el mundo?) y algo quedaba, no sabía. Me encontré mirando hacia España... hacia Otra Parte. Iba a ir al lugar de donde fuimos expulsados siglos antes. ¿No resultaría ser mi hogar perdido, mi lugar de descanso, mi tierra prometida? ¿No podría ser mi Jerusalén?

—¿Eh, Jawaharlal? —Pero el chucho disecado de mi regazo no

tenía nada que decir.

Me equivoqué en una cosa, sin embargo: el fin del mundo no es el fin del mundo. Mi ex novia, Nadia Wadia, apareció en la televisión unos días después del ataque, cuando las cicatrices de su cara estaban lívidas aún y la permanencia de la desfiguración era más que evidente. Y, sin embargo, su belleza era tan conmovedora, su coraje tan evidente también, que en cierto modo parecía aún más atractiva que antes. Un entrevistador trataba de preguntarle por su terrible experiencia; pero, en un momento extraordinario, ella apartó su rostro de él y habló directamente a la cámara, al corazón de cada espectador.

—De forma que me pregunté: Nadia Wadia, ¿es esto para ti el final? ¿El telón? Y, durante algún tiempo pensé, *achha*, sí, se acabó, *khalaas*. Pero entonces me pregunté: Nadia Wadia, ¿qué estás diciendo, hombre? ¿Decir a los veintitrés que tu vida está *funtoosh*? ¡Qué *pagapan*, qué tontería, Nadia Wadia! Muchacha, domínate, ¿de acuerdo? La ciudad sobrevivirá. Se levantarán nuevas torres. Vendrán días mejores. Y ahora me lo digo todos los días. Nadia Wadia, el futuro te llama. Escucha su llamada.

IV.
«EL ÚLTIMO SUSPIRO DEL MORO»

Fui a Benengeli porque mi padre me había dicho que Vasco Miranda, un hombre al que yo no había visto en catorce años —o en veintiocho, según mi rápido calendario personal—, mantenía allí a mi madre prisionera; o, si no a mi madre, a lo mejor que quedaba de ella. Supongo que yo tenía la esperanza de recuperar aquellos bienes robados y, al hacerlo, sanar algo en mi interior antes de llegar a mi propio término.

Nunca había subido a un avión, y la experiencia de atravesar las nubes —había dejado Bombay en un raro día nublado— fue tan espeluznante, igual a las imágenes de la Otra Vida en las películas, cuadros y libros de cuentos, que me dio escalofríos. ¿Iba al país de los muertos? Casi esperé ver unas puertas nacaradas sobre los esponjosos campos de cúmulos de fuera de mi ventana, y a un hombre con un libro contable de doble entrada, con mis acciones buenas y malas. El sueño me arrolló y, en mis primerísimos sueños a gran altura, supe que, de hecho, había abandonado ya el país de los vivos. Quizá había muerto bajo las bombas, como tantas personas y lugares que quería. Cuando me desperté, la sensación de haber pasado a través de un velo persistió. Una amable joven me ofrecía comida y bebida. Acepté ambas cosas. La botellita de tinto Rioja era deliciosa, pero demasiado pequeña. Pedí más.

—Siento como si me hubiera deslizado en el tiempo —dije un poco más tarde a la amable azafata—. Pero si es hacia el futuro o hacia el pasado, no sabría decirlo.

—Muchos pasajeros sienten lo mismo —me tranquilizó ella—. Yo les digo que no es ninguna de las dos cosas. El pasado y el futuro son donde nos pasamos la mayor parte de la vida. De hecho, lo que usted está experimentando en este pequeño microcosmos nuestro es el sentimiento desconcertante de haberse deslizado, por unas horas, hacia el presente.

Se llamaba Eduvigis Refugio y estudiaba psicología por la

Universidad Complutense de Madrid. Cierta libre disposición de ánimo la había llevado a dejar sus estudios y adoptar aquella vida peripatética, me confié francamente, sentándose por unos minutos en el asiento vacío que tenía al lado y cogiendo a *Jawaharlal* en su regazo.

—¡Shanghai! ¡Montevideo! ¡Alice Springs! ¿Sabe qué los lugares sólo revelan sus secretos, sus más profundos misterios, a los que están simplemente de paso? Lo mismo que es posible contar a alguien absolutamente extraño encontrado en una estación de autobús —o a bordo de un avión— intimidades que te harían ruborizar si se las insinuaras siquiera a las personas con que vives. Por cierto, ¡qué perro tan mono! Yo tengo una colección de pájaros disecados; y, de los Mares del Sur, una cabeza reducida auténtica. Pero mi verdadero motivo para viajar —y se inclinó más hacia mí— es el placer que me da la promiscuidad y, en un país católico como España, resulta difícil hartarse.

Ni siquiera entonces —tal era mi turbulencia aérea interior— comprendí que me estaba ofreciendo su cuerpo. Tuvo que explicármelo:

—En estos vuelos nos ayudamos unas a otras —dijo—. Mis compañeras vigilarán y harán que no nos molesten.

Me llevó a un pequeño cubículo que era el servicio, y tuvimos unas breves relaciones sexuales: ella alcanzó el orgasmo con unos cuantos movimientos rápidos, mientras que yo fui totalmente incapaz de lograrlo, especialmente porque pareció perder todo interés desde el instante en que sus propias necesidades quedaron satisfechas. Acepté la situación pasivamente —porque la pasividad se había apoderado de mí— y los dos ordenamos nuestra vestimenta y nos separamos rápidamente. Al cabo de un rato sentí un gran deseo de hablar con ella algo más, aunque sólo fuera para fijar su rostro y su voz en mi memoria, de la que se estaban desvaneciendo ya, pero, en respuesta a la lucecita que encendí apretando un botón que llevaba una esquemática representación de un ser humano, apareció una mujer distinta.

—Quisiera hablar con Eduvigis —le expliqué, y la nueva joven

frunció el ceño.

—¿Perdón? ¿Ha dicho Rioja?

El sonido cambia en un avión, y quizá había arrastrado las palabras, de manera que las repetí muy claramente:

—Eduvigis Refugio, la psicóloga.

—Debe de haberlo soñado, señor —dijo la joven con una extraña sonrisa—. No hay ninguna azafata llamada así en este vuelo.

Cuando insistí en que la había y, posiblemente, alcé la voz, un hombre de galones dorados en torno a los puños de su *blazier* acudió rápidamente.

—Guarde silencio y estése quieto —me ordenó con brusquedad—. ¡A su edad, abuelo, y con ese defecto físico! Debería avergonzarse de hacer proposiciones a chicas decentes. Ustedes los indios se creen que todas las europeas son putas.

Yo estaba aterrado; pero, al mirar a la segunda joven, vi que se estaba dando toquecitos en el rabillo del ojo con un pañuelo.

—Siento haber causado molestias —me disculpé—. Que quede claro que, sin lugar a dudas, retiro lo que he dicho.

—Eso está mejor —asintió el hombre del *blazier* con galones—. Puesto que ha comprendido que ha hecho mal, no se hable más del asunto.

Y se fue con la segunda mujer, que había empezado a parecer bastante alegre; de hecho, cuando desaparecieron por el pasillo, los dos parecían estar riéndose, y tuve la impresión de que la diversión era a mi costa. No supe encontrar una explicación a lo que había sucedido, de forma que volví a caer en un sueño profundo, y esta vez no soñé. Nunca volví a ver a Eduvigis Refugio. Me permití imaginar que era una especie de fantasma del aire, evocado por mis propios deseos. No había duda de que esa clase de huríes flotaban por allí, sobre las nubes. Podrían atravesar las paredes de una aeronave siempre que quisieran.

Como veis, había entrado en un estado mental desconocido. El lugar,

el idioma, la gente y las costumbres que había conocido habían quedado eliminados por el simple hecho de subir a un vehículo volante; y, para la mayoría de nosotros, éstos son los cuatro anclajes del alma. Si se añaden los efectos, algunos de ellos retardados, de los horrores de los últimos días, quizá sea posible comprender por qué me sentía como si las raíces de mi personalidad hubieran sido arrancadas, como las de los árboles volantes del atrio de Abraham. El nuevo mundo en que estaba entrando me había lanzado una advertencia enigmática, un disparo en mi proa. Tenía que recordar que no sabía nada, no entendía nada. Estaba solo en un misterio. Pero, por lo menos, había una búsqueda; tenía que aferrarme a ella. Ésa era mi dirección y, al seguirla con tanta energía como pudiera, quizá llegaría a comprender, en su momento, aquella extrañeza surreal cuyo significado no podía empezar a descifrar todavía.

Cambié de avión en Madrid, y me sentí aliviado al dejar atrás a aquella tripulación extraña. En el nuevo avión, mucho más pequeño, hacia el sur, me mantuve aislado, abrazando a *Jawaharlal* y respondiendo a todos los ofrecimientos de comida y vino con un movimiento de cabeza negativo y seco. Para cuando llegué a Andalucía, el recuerdo de mi vuelo transcontinental se estaba desvaneciendo. No podía ya recordar los rostros o las voces de los tres auxiliares de vuelo que, ahora estaba convencido, se habían puesto de acuerdo para gastarme una broma, eligiéndome sin duda porque era mi bautizo del aire, algo que quizá había revelado a Eduvigis Refugio... Sí, efectivamente, ahora que lo pensaba, estaba seguro de que lo había hecho. Evidentemente, el transporte aéreo no era ni mucho menos tan divertido como había sugerido Eduvigis; los condenados a horas interminables y cambiadas en los cielos tenían que dar cierta alegría a sus vidas, cierta emoción erótica, jugando con neófitos como yo. Bueno, ¡suerte! Me habían enseñado una lección sobre la necesidad de mantener los pies en el suelo y, después de todo, dada mi decrepita condición, toda oferta de relaciones sexuales debía considerarse como un acto francamente caritativo.

Salí del segundo avión a la brillante luz del sol y el calor intenso... No el «calor horrible», húmedo y pesado, de mi ciudad natal, sino un calor seco y tonificante, mucho más agradable para mis pulmones arruinados y sonoros. Vi mimosas en flor y colinas punteadas de olivares. El sentimiento de extrañeza, sin embargo, no me había abandonado. Era como si yo no hubiese llegado del todo, o no todo, o quizá era que el lugar en que había aterrizado no era exactamente el adecuado... casi, pero no del todo. Me sentía mareado, sordo, viejo. Los perros ladraban en la distancia. Me dolía la cabeza. Llevaba un gran sobretodo de cuero y sudaba mucho. Hubiera debido de beber algo de agua durante el vuelo.

—¿De vacaciones? —me preguntó el hombre de uniforme cuando me llegó mi turno.

—¿Sí?

—¿Qué va a visitar? Ya que está aquí, no puede perderse nuestros monumentos.

—Espero ver algunos cuadros de mi madre.

—Es una extraña esperanza. ¿No tiene muchos cuadros de su madre en su país?

—*De ella sí, pero no pintados por ella.*

—No le entiendo. ¿Dónde está su madre? ¿Aquí? ¿En este lugar, o en otro? ¿Viene a visitar parientes?

—Está muerta. Estábamos distanciados y ahora está muerta.

—La muerte de una madre es algo horrible. Horrible. Y ahora usted espera encontrarla en un país extranjero. No es nada corriente. Quizá no tenga tiempo de hacer turismo.

—No, quizá no.

—Tendrá que encontrarlo. Tiene que ver nuestros grandes monumentos. ¡Sin ninguna duda! Es necesario. ¿Me comprende?

—Sí le comprendo.

—¿Qué es ese perro? ¿Por qué lleva ese perro?

—Es el ex primer ministro de la India, metamorfoseado en can.

—Bueno, no importa.

Como yo no hablaba español, no podía discutir con los taxistas. «Benengeli», dije, y el primer taxista negó con la cabeza y se largó, escupiendo profusamente. El segundo dijo una cifra que carecía de sentido para mí. Yo había llegado a un lugar en donde no sabía el nombre de las cosas ni los motivos de lo que hacía la gente. El universo era absurdo. No sabía decir «perro», ni «¿dónde?», ni «soy un hombre». Además, tenía la cabeza espesa, como sopa.

«Benengeli», repetí, arrojando mi maleta a la parte trasera del tercer taxi y siguiéndola yo con *Jawaharlal* bajo el brazo. El conductor me sonrió con una gran sonrisa de dientes de oro. Los dientes que no tenía de oro habían sido empastados en amenazadoras formas triangulares. Pero parecía ser un tipo bastante agradable. Se señaló a sí mismo: «Vivar.» Señaló a las montañas: «Benengeli.» Señaló a su coche: «Oquey, amigo. Andando.» Me di cuenta de que los dos éramos ciudadanos del mundo. Nuestro lenguaje común era el pésimo argot de las espantosas películas americanas.

El pueblo de Benengeli se encuentra en las Alpujarras, un espolón de sierra Morena que separa a Andalucía de La Mancha. Mientras subíamos hacia las montañas, vi muchos perros que atravesaban zigzagueando la carretera. Luego supe que había extranjeros que se establecían allí por algún tiempo, con sus familias y animales favoritos, y luego, a su estilo inconstante y desarraigado, se iban, abandonando a los perros a su suerte. La región estaba llena de perros andaluces hambrientos y decepcionados. Cuando lo supe, comencé a señalárselos a *Jawaharlal*.

—Ya ves qué suerte tienes —le dije—. Le puede pasar a cualquiera.

Entramos en la pequeña ciudad de Avellaneda, famosa por su plaza de toros de trescientos años, y Vivar, el chófer, aceleró. «Ciudad de ladrones —explicó—. Mala medicina.» El siguiente asentamiento era Erasmo, un pueblo menor que Avellaneda pero suficientemente importante para alardear de un edificio escolar considerable, sobre cuya

puerta figuraban las palabras *Lectura-locura*. Le pregunté al chófer si me las podía traducir y, tras algunas vacilaciones, lo encontró: «Lectura, *reading*. *Reading*, lectura» —dijo orgullosamente.

—¿Y locura?

—*Madness*, amigo.

Una mujer de negro, envuelta en un chal, nos miró con recelo mientras dábamos tumbos por las empedradas calles de Erasmo. Bajo un árbol frondoso, en una plaza, había una especie de reunión apasionada. Por todas partes, pancartas y consignas. Copié varias de ellas. Había supuesto que serían declaraciones políticas, pero resultaron ser mucho más insólitas. «Los hombres están tan irremediablemente locos que sería demente no estar loco también, dando un nuevo giro a la locura», decía una pancarta. Otra declaraba: «Todo en la vida es tan diverso, tan contradictorio, tan oscuro, que no podemos estar seguros de verdad alguna.» Y una tercera, más sucinta: «Todo es posible.» Al parecer, una clase de filosofía de una universidad cercana había tenido la idea de reunirse en aquel pueblo, a causa de su nombre, para debatir los conceptos escépticos y radicales de Blaise Pascal; del viejo cantor de la locura, el propio Erasmo; y de Marsilio Ficino, entre otros. El ardor y frenesí de los filósofos era tan grande que congregaba multitudes. Los habitantes de Erasmo disfrutaban tomando partido en los grandes debates.

—¡Sí, era del mundo de lo que se trataba!

—¡No, no lo era!

—¡Sí, la vaca estaba en el campo cuando nadie la miraba!

—¡No, alguien podía haber dejado abierta la puerta!

—Tesis: ¡la personalidad era homogénea y los hombres debían ser considerados responsables de sus actos!

—Todo lo contrario: ¡éramos entidades tan contradictorias que el concepto mismo de personalidad, examinado de cerca, dejaba de tener sentido!

—¡Dios existía!

—¡Dios había muerto!

—¡Se podía, de hecho se tenía que hablar con confianza de la eternidad de las eternas verdades: de la absolutez de los absolutos!

—Y, en la cuestión de cómo debía organizarse un caballero bajo su ropa interior, todas las autoridades más destacadas habían llegado a la conclusión de que un caballero debía cargar a la izquierda.

—¡Ridículo! Es bien sabido que un auténtico filósofo sólo puede cargar a la derecha.

—¡El extremo ancho del huevo es el mejor!

—¡Absurdo, señor mío! ¡El estrecho siempre!

—«¡Arriba!», le digo.

—Es evidente, mi querido señor, que la única afirmación exacta es «abajo».

—Bien, pues entonces: «dentro».

—«¡Fuera!»

—«¡Fuera!»

—«¡Dentro!»...

—Hay una gente muy rara en esta localidad —opinó Vivar, mientras salíamos de la ciudad.

Según mi mapa, Benengeli era el siguiente pueblo; pero, cuando salimos de Erasmo, la carretera empezó a descender de la montaña en lugar de subir o seguir a lo largo. Supe por Vivar que, desde la época de Franco, en que Erasmo había estado a favor de la República y Benengeli de la Falange, existía un odio no extinguido entre los habitantes de Erasmo y los de Benengeli, un odio tan profundo que se habían negado a permitir que se construyera una carretera entre los dos pueblos. (Cuando Franco murió, la población de Erasmo dio una fiesta, pero la de Benengeli se entregó a un luto profundo, salvo la numerosa comunidad de «parásitos» o expatriados, que ni siquiera supieron lo que había ocurrido hasta que empezaron a recibir preocupadas llamadas telefónicas de

amigos del extranjero.)

De forma que tuvimos que bajar un largo trecho por la colina de Erasmo y subir otro largo trecho por la siguiente. En el lugar en que la carretera de Erasmo se unía a la carretera mucho más importante, de cuatro carriles, que llevaba a Benengeli, había una finca grande y elegante, rodeada de granados y jazmines en flor. Sobre el portalón flotaban colibríes. Se podía oír en la distancia el agradable golpear de pelotas de tenis. El letrero que había sobre la gran puerta en arco decía *Campo de Tenis Pancho Vialactada*.

—Ese Pancho, ¿eh? —dijo Vivar, moviendo el pulgar hacia arriba—. Un *hombre* importante.

Vialactada, mejicano de nacimiento, era uno de los grandes de la época anterior a los *open*, que había jugado con Hoad y Rosewall y González en el circuito profesional, quedando excluido por ello del Grand Slam, en donde, sin duda, hubiera dominado. Había sido una especie de fantasma glorioso, que vagaba por las márgenes de la atención pública, mientras hombres menos valiosos levantaban en alto grandes trofeos. Había muerto de cáncer de estómago hacía varios años.

De forma que era aquí donde vino a parar, enseñando a servir-y-volear a ricas matronas, pensé: otro limbo. Aquél había sido el fin de un peregrinaje transmundial; ¿cuál sería el fin del mío?

Aunque podía oír las pelotas de tenis, no pude ver a ningún jugador en las pistas de tierra roja. Debe de haber otras pistas que no se ven, decidí.

—¿Quién dirige ahora el club? —le pregunté a Vivar, y él asintió con fervor, sonriendo con su monstruosa sonrisa.

—Sí, Vialactada, claro —insistió—. *Es* la finca de Pancho. En persona.

Traté de imaginarme cómo podía haber sido aquel paisaje cuando estaban allí nuestros remotos antepasados. No había que quitar mucho del escenario: la carretera, la negra silueta de un toro de Osborne que me

miraba desde una altura, algunas torres de alta tensión y postes de teléfono y unos cuantos coches Seat y furgonetas Renault. Benengeli, una cinta de paredes blancas y tejados rojos, quedaba sobre nosotros en su ladera, con un aspecto muy parecido al que debía de tener hacía todos esos siglos. *Soy un judío de España, como el filósofo Maimónides*, me dije, para ver si mis palabras sonaban verdaderas. Sonaban a hueco. El fantasma de Maimónides se rió de mí. *Soy como la mezquita catolicizada de Córdoba*, probé. *Una obra de arquitectura oriental con una catedral barroca embutida dentro*. Aquello sonaba mal también. Yo era un donnadie de ninguna parte, igual a ninguno y perteneciente a nada. Aquello sonaba mejor. Parecía verdad. Todas mis amarras se habían soltado. Había llegado a una anti-Jerusalén; no a un hogar sino a un lejos. Un lugar que no ataba sino que disolvía.

Vi el capricho arquitectónico de Vasco, sus paredes rojas que dominaban la cresta de la colina que había sobre la ciudad. Me impresionó especialmente su alta, alta torre, que parecía extraída de un cuento de hadas. Estaba coronada por un gigantesco nido de garza, aunque no pude ver ninguna de esas aves altivas y majestuosas. No había duda de que Vasco había sobornado a los funcionarios de planificación locales para que le permitieran construir algo que desentonaba tanto con la frescura encalada y baja de las demás casas de la zona. El edificio era tan alto como las torres gemelas que adornan la iglesia de Benengeli; Vasco se había erigido en rival de Dios, y también eso, supe, le había ganado muchos enemigos en la ciudad. Dije a Vivar, el taxista, que me llevara a la «Pequeña Alhambra» y él se abrió camino por las tortuosas calles del pueblo, que estaban desiertas, probablemente porque era la hora de la siesta. Sin embargo, el aire estaba lleno de ruido de tráfico y de peatones: gritos, bocinas, chirridos de frenos. A la vuelta de cada esquina esperaba encontrar un ajeteo de gente o un embotellamiento de tráfico, o ambas cosas. Pero, al parecer, por alguna casualidad evitábamos esa zona del pueblo. De hecho nos habíamos perdido. Cuando habíamos pasado

por tercera vez por delante del mismo bar, La Gobernadora, decidí pagar el taxi y seguir mi camino a pie, a pesar de mi cansancio y del tumulto zumbador y doloroso del *jet-lag* en mi cabeza. El taxista se molestó al verse despedido de forma tan brusca, y es posible que, en mi ignorancia de la moneda y las costumbres locales, mi propina fuera insuficiente.

—Ojalá no encuentres lo que buscas —me gritó, en perfecto inglés, haciéndome los cuernos con la mano izquierda—. Ojalá te pierdas en este laberinto infernal, en este pueblo de condenados, por mil y una noches.

Fui a La Gobernadora a preguntar el camino. Mis ojos, que habían estado bizqueando ante el resplandor afilado de la luz que rebotaba en las blancas paredes de Benengeli, necesitaron un momento para adaptarse a la oscuridad del interior del bar. Un barman de delantal blanco estaba limpiando un vaso. Había algunas formas de ancianos cerca del fondo de la sala estrecha y profunda.

—¿Hay alguien aquí que hable inglés? —pregunté. Fue como si no hubiera dicho nada—. Perdón —dije, dirigiéndome al que atendía el bar.

Me atravesó de una ojeada y me dio la espalda. ¿Me había vuelto invisible? Claro que no, evidentemente que no, había resultado suficientemente visible para el malhumorado Vivar, y lo mismo había pasado con mi dinero. Irritado, alargué la mano por encima de la barra y di una palmadita al barman en la espalda.

—Casa del señor Miranda —pronuncié con cuidado—. ¿Qué camino?

El hombre, un tipo de gruesa cintura que llevaba camisa blanca, chaleco verde y un pelo negro planchado hacia atrás, emitió una especie de gruñido —¿desprecio? ¿pereza? ¿repugnancia?— y salió de detrás de la barra. Se quedó en la puerta y señaló. Entonces pude ver, frente a la entrada del bar, un camino entre dos casas y, al fondo de ese camino, a muchas personas que iban rápidamente de un lado a otro. Debía de ser la multitud que había estado oyendo; pero ¿cómo no había visto ese camino antes? Evidentemente, estaba en peor forma aún de lo que pensaba.

Mientras mi maleta iba aumentando de peso continuamente, y llevando a *Jawaharlal* de su correa (las ruedecitas traqueteaban y rebotaban por los desiguales adoquines) recorrí el caminito y me encontré en una calle muy poco española, una calle «peatonizada» llena de no españoles —la mayoría de cierta edad, aunque inmaculadamente vestidos, y la minoría jóvenes y calculadamente desaliñados, al estilo de las clases conscientes-de-la-moda— que, evidentemente, no sentían ningún interés por la siesta ni otras costumbres locales. Aquella calle que, como descubriría, era conocida por los del lugar como calle de los Parásitos, estaba flanqueada por un gran número de *boutiques* costosas —Gucchi, Hermès, Aquascutum, Cardin, Paloma Picasso— y por lugares donde comer, que iban desde vendedores de albóndigas escandinavos hasta un Chicago Rib Shack con librea de barras-y-estrellas. Yo estaba en medio de una muchedumbre que pasaba en ambas direcciones, haciendo caso omiso por completo de mi presencia, más al estilo de los habitantes de las ciudades que al de la gente de pueblo. Oía a la gente hablar inglés, norteamericano, francés, alemán, sueco, danés, noruego y lo que podía ser holandés o afrikaans. Pero no eran visitantes; no llevaban cámaras y se comportaban como si estuvieran en su propio territorio. Aquella parte desnaturalizada de Benengeli se había vuelto suya. No se veía a un solo español. «Tal vez esos expatriados sean los nuevos moros —pensé—. Y, después de todo, yo soy uno de ellos, al haber llegado aquí en busca de algo que no importa a nadie más que a mí, para quedarme, tal vez, a morir. Tal vez, en otra calle, los vecinos proyectan una reconquista, y todo terminará cuando, como a nuestros precursores, nos persigan hasta los barcos del puerto de Cádiz.»

—Observe que, aunque la calle está abarrotada, los ojos de los que la abarrotan están vacíos —dijo una voz junto a mi hombro—. Puede resultarle difícil compadecerse de esas almas perdidas con zapatos de caimán y polos con cocodrilos sobre sus pezones, pero lo que aquí hace falta es compasión. Perdóneles sus pecados, porque esas sanguijuelas

están ya en el Infierno.

El que hablaba así era un caballero alto, elegante y de pelo plateado, que vestía un traje de lino crema y una sonrisa permanentemente sardónica. Lo primero que noté en él fue su enorme lengua, que su boca parecía incapaz de contener. Le lamía continuamente los labios de una forma sospechosamente satírica. Tenía unos hermosos ojos azules y centelleantes, que desde luego no estaban vacíos; de hecho, parecían repletos de toda clase de sabiduría y travesura.

—Parece cansado, señor —dijo en serio—. Permítame que le invite a un café y sea, si quiere, su interlocutor y guía.

Se llamaba Gottfried Helsing, hablaba doce idiomas —«Oh, la docena habitual», dijo con displicencia, como si fueran ostras— y, aunque tenía los modales de un aristócrata alemán, noté que carecía de recursos para hacer que le limpiaran las manchas del traje. Cansadamente, acepté su invitación.

—Es difícil perdonar a la vida por la fuerza con que las grandes máquinas de lo-que-es aplastan las almas de los-que-son —dijo despreocupadamente, cuando estábamos sentados a una mesa de café, a la sombra de una sombrilla, con cafés cargados y sendas copas de Fundador—. ¿Cómo perdonar al mundo su belleza, que sólo disfraza su fealdad; su mansedumbre, que sólo oculta su crueldad; su ilusión de continuidad, sin costuras, como sigue la noche al día, por decirlo así... cuando en realidad es una serie de rupturas brutales, que caen sobre nuestras indefensas cabezas como hachazos de leñador?

—Perdone, señor —dije, escogiendo mis palabras para no ofenderlo—. Veo que es usted un hombre dado a la vida contemplativa. Pero he hecho un viaje largo que aún no ha terminado; mis necesidades actuales no me permiten el lujo de estar de cháchara...

Una vez más tuve la sensación de no existir. Helsing, sencillamente, siguió hablando, sin dar la impresión de haber oído una palabra de lo que yo había dicho.

—¿Ve ese hombre? —dijo, señalando a un tipo viejo y de inesperado aspecto español que bebía cerveza en un bar, al otro lado de la calle—. Era el alcalde de Benengeli. Durante la guerra civil, sin embargo, se alineó con la causa republicana, junto a los hombres de Erasmo. ¿Conoce Erasmo? —No aguardó mi respuesta—. Después de la guerra, hombres como él, ciudadanos destacados que se habían opuesto a Franco, fueron llevados a la escuela de Erasmo o a la plaza de toros de Avellaneda, y fusilados. Él decidió esconderse. En su casa había una pequeña alcoba detrás de un ropero, y allí se pasaba los días. De noche, su mujer cerraba los postigos y él salía. Las únicas personas que conocían su secreto eran su mujer, su hija y un hermano. Su mujer bajaba desde la colina para comprar alimentos, para que los vecinos no la vieran comprar suficiente comida para dos. No podía hacer el amor con su marido porque, al ser católicos devotos, no podían usar contraceptivos, y las consecuencias, de haberse quedado embarazada, hubieran sido fatales para ambos. Eso duró treinta años, hasta la amnistía general.

—¡Treinta años escondido! —exclamé, impresionado por el relato a pesar de mi fatiga—. ¡Qué tormento debió de ser!

—No fue nada comparado con lo que ocurrió cuando salió —dijo Helsing—. Porque, luego, su amado Benengeli se convirtió en la reserva de esta chusma internacional; y, además, los de su generación que aún vivían habían sido todos falangistas y se negaban a cruzar una sola palabra con su antiguo adversario. Su mujer murió de gripe, su hermano de un tumor, y su hija se casó y se trasladó a Sevilla. Al final, se vio reducido a sentarse aquí, entre los Parásitos, porque ya no había lugar para él entre su propia gente. De forma que, ya lo ve, se ha convertido también en un extranjero sin raíces. Así es como han sido premiados sus principios.

Hubo una breve calma en el soliloquio de Helsing, mientras desechaba el cuento del alcalde, y yo aproveché para preguntarle por el camino de la casa de Vasco Miranda. Me miró con un débil desconcierto

en la mirada, como si no hubiera comprendido bien lo que decía, y luego, con un encogimiento de hombros ligero y desdeñoso, retomó el hilo.

—También yo he tenido una recompensa análoga —reflexionó—. Huí de mi país cuando los nazis subieron al poder y me pasé unos años viajando por Sudamérica. Soy fotógrafo de oficio. En Bolivia hice un libro que mostraba los horrores de las minas de estaño. En Argentina fotografié una vez en vida a Eva Perón y otra después de su muerte. Nunca volví a Alemania, porque sentía demasiado intensamente la contaminación de su cultura por lo que había ocurrido. Notaba la ausencia de los judíos como un gran abismo, aunque no soy judío.

—Yo soy semijudío —dije estúpidamente. Helsing no me hizo caso.

—Finalmente, en condiciones financieras muy menguadas, vine a Benengeli, porque aquí podía permitirme vivir sencillamente con mi pequeña pensión. Cuando los Parásitos supieron que era un alemán que había estado en Sudamérica comenzaron a llamarme «el Nazi». Y así es como me llaman ahora. De forma que mi recompensa por una vida de oposición a ciertas ideas perversas es que me las hayan colgado al cuello en mi vejez. Ya no hablo con los Parásitos. No hablo con nadie. ¡Qué raro placer es tenerlo aquí, señor, para poder conversar! Los viejos de aquí fueron en otro tiempo los malvados de clase media de la tierra: jefes de la Mafia de segunda, reventadores de sindicatos de tercera, racistas de cuarta. Las mujeres son de las que se excitan con las botas altas y se sienten decepcionadas por la llegada de la democracia. Los jóvenes son basura: toxicómanos, vagos, plagiarios, putas. Están todos muertos, los viejos y los jóvenes, pero, como les siguen pagando sus pensiones y asignaciones, se niegan a yacer en sus tumbas. Así que andan arriba y abajo por esa calle y comen, beben y cotillean sobre las espantosas minucias de sus vidas. Observe que no se ven espejos. Si los hubiera, ninguna de esas sombras atrapadas se reflejaría en ellos. Cuando comprendí que éste era su Infierno, lo mismo que ellos son el mío, aprendí a tenerles compasión.

»Así es Benengeli, mi hogar.

—Y Miranda... —repetí, débilmente, pensando que sería mejor si no le contaba a Helsing demasiado sobre mi propia vida, moralmente comprometida.

—No hay la menor probabilidad de que conozca nunca al señor Vasco Miranda, nuestro ciudadano más importante y más temible —dijo Helsing, sonriendo suavemente—. Confiaba en que comprendería las insinuaciones que le he estado haciendo al no contestar a sus preguntas insistentes, pero, como no lo ha hecho, tendré que decirle francamente que su busca es desesperada. Como diría Don Quijote, está buscando aves de este año en nidos del pasado. Nadie ve a Miranda desde hace meses, ni siquiera sus criados. Recientemente, una mujer preguntó por él —¡una mujercita muy bonita!— pero no consiguió nada y se largó a Dios sabe dónde. Dicen que...

—¿Qué mujer? —lo interrumpí—. ¿Cuánto tiempo hace? ¿Cómo sabe que no consiguió entrar?

—Sólo una mujer —dijo, lamiéndose los labios.

—¿Cuánto tiempo hace?

—No mucho. Sólo un *poco*.

—Y no consiguió entrar porque nadie lo consigue. ¿Me escucha? Dicen que todo lo que hay dentro se ha estancado; todo. Dan cuerda a los relojes pero el tiempo no se mueve. La gran torre lleva años cerrada. Nadie sube a ella, salvo, probablemente, el viejo loco mismo. Dicen que el polvo de las habitaciones de la torre te llega a las rodillas, porque no deja que los criados limpien. Dicen que toda un ala de ese enorme palacio se ha visto invadida por ese arbusto de creosota, *La gobernadora*. Dicen que...

—No me interesa lo que dicen —grité, viendo que había llegado el momento de adoptar una actitud más firme—. Tengo que ver a ese hombre. Usaré el teléfono del café.

—No sea estúpido —dijo Helsing—. Hizo que le cortaran el teléfono

hace años.

Dos hermosas cuarentonas españolas, con delantales blancos sobre vestidos negros, habían aparecido de algún modo a mi lado.

—No hemos podido evitar escuchar su conversación —dijo la primera de las camareras, en un inglés excelente—. Y, si perdona la interrupción, tengo que decirle que este nazi está completamente equivocado. Vasco tiene una línea de teléfono, con un contestador, y también una línea de fax, aunque no responde a los mensajes. Y el propietario de este café, un danés tacaño llamado Olé, no permite a los clientes utilizar el teléfono por ningún motivo.

—¡Arpías! ¡Vampiras! —gritó Helsing, súbitamente furioso—. ¡Deberían clavaros a las dos estacas en el corazón!

—Realmente, no debería perder más tiempo con este viejo cretino timador —dijo la segunda camarera, cuyo inglés era, si cabe, mejor aún que el de su compañera y cuyos rasgos eran también más finos—. Todos lo conocemos muy bien como farsante amargado y retorcido, fascista de toda la vida que ahora pretende haber estado en contra del fascismo, y alguien que molesta a las mujeres, las cuales lo rechazan invariablemente, lo que hace que las cubra de insultos en la primera oportunidad. Sin duda, le habrá contado toda clase de historias, sobre él mismo y sobre nuestro bonito pueblo. Si quiere, puede venir con nosotras; acabamos de terminar nuestro trabajo y podremos corregir la falsa impresión que habrá sacado de él. Por desgracia, muchos farsantes han venido a vivir en Benengeli, envolviéndose en mentiras como si fueran mantones.

—Me llamo Felicitas Larios, y ésta es mi hermanastra Renegada —dijo la primera camarera—. Si busca a Vasco Miranda, debe saber que somos sus amas de llaves desde que llegó al pueblo. No trabajamos realmente en el bar de Olé; hoy estábamos haciéndole un favor, porque sus chicas habituales están enfermas. Nadie puede contarle más cosas de Vasco Miranda que nosotras.

—¡Cerdas! ¡Zorras! —exclamó Helsing—. Le están tomando el pelo a modo, ¿sabe? Han estado trabajando aquí todos estos años por una miseria, agachándose y fregando, lavando y barriendo, y el propietario, por cierto, no es ningún danés llamado Olé sino un patrón de barcaza del Danubio retirado, llamado Uli.

Estaba harto de Helsing. Las mujeres de Vasco se habían quitado los delantales, metiéndolos en los grandes cestos de paja que llevaban: evidentemente, se disponían a marchar. Me puse de pie y presenté a Helsing mis disculpas.

—¿Y todo lo que he hecho por usted no le importa nada? —dijo aquel tipo horrible—. He sido su mentor, y así es como me lo paga.

—No le dé nada —me aconsejó Renegada Larios—. Siempre trata de sacar dinero a los forasteros, como un mendigo.

—Al menos le invitaré —dije, dejando un billete.

—Se le comerán el corazón y apresarán su alma en una botella de cristal —me advirtió Helsing como un loco—. No diga que no se lo he advertido. Vasco Miranda es un espíritu perverso y estas mujeres son sus amigas. ¡Tenga cuidado! He visto cómo se metamorfoseaban en murciélagos...

Aunque hablaba en voz muy alta, nadie, en aquella calle abarrotada, prestaba la menor atención a Gottfried Helsing.

—Estamos acostumbrados a él —dijo Felicitas—. Le dejamos despotricar y nos cruzamos de acera. De vez en cuando, Salvador Medina, el sargento de la Guardia Civil, lo encierra una noche, y eso lo calma.

Tengo que admitir que *Jawaharlal*, el perro disecado, había conocido mejores tiempos. Desde que empecé a llevarlo a todas partes, había perdido la mayor parte de una oreja y le faltaban algunos dientes. No obstante, Renegada, la más fina de mis dos nuevas amistades, fue efusiva al elogiarlo y encontró la forma de tocarme a menudo, en el brazo o el hombro, para subrayar sus sentimientos. Felicitas Larios guardaba silencio, pero yo tenía la impresión de que no aprobaba esos contactos

físicos.

Entramos en una pequeña casa adosada de dos pisos, en una calle muy empinada que llevaba el nombre de calle de Miradores, aunque las casas que había en ella eran demasiado humildes para alardear de los balcones encristalados que le daban aquel nombre inverosímil. Sin embargo, el rótulo de la calle (letras blancas sobre fondo azul real) siguió impenitente. Era otra prueba de que Benengeli era un lugar de soñadores y de secretos. En la distancia, en lo más alto de la calle, pude divisar el perfil de una fuente grande y espantosa.

—Es la plaza de los Elefantes —dijo Renegada amablemente—. Allí está la puerta principal de la residencia de Miranda.

—Pero no tiene sentido llamar ni tocar el timbre, porque nadie abre —interrumpió Felicitas, con ceño preocupado—. Será mejor que venga y descanse. Tiene aspecto de estar cansado y, perdóneme, también de no encontrarse bien.

—Por favor —me dijo Renegada—, quítese los zapatos.

No entendí la petición, un tanto religiosa, pero la obedecí, y ella me llevó a una habitación diminuta cuyo suelo, techo y paredes estaba cubierto de azulejos, sobre los que, en azul de Delft, había representadas una multitud de escenas diminutas.

—No hay dos idénticas —dijo Renegada con orgullo—. Dicen que son todo lo que queda de la antigua sinagoga de Benengeli, que fue demolida después de las últimas expulsiones. Dicen que te pueden mostrar el futuro, si tienes ojos para verlo.

—Cuentos chinos y tonterías —se rió Felicitas que, además de ser la de constitución más recia y aspecto más basto de las dos, con un gran lunar desafortunado en la barbilla, era también la menos romántica—. Las baldosas valen cuatro cuartos, no son antiguas; ese mismo azul se utiliza en el pueblo desde hace mucho. En cuanto a adivinar el porvenir, eso es un montón de paparruchas. De modo que déjate de galimatías, querida Renegada y deja que este señor, que está cansado, duerma un

poco.

No necesité más invitación para descansar —¡el insomnio, hasta en los peores tiempos, nunca ha sido problema para mí!— y me eché, totalmente vestido, en la estrecha cama del cuarto de los azulejos. En los pocos instantes que transcurrieron antes de quedarme dormido, mis ojos se posaron sobre un azulejo que había cerca de mi cabeza, y allí estaba el retrato de mi madre mirándome y dirigiéndome una sonrisa descarada. Me dio un mareo y perdí el conocimiento.

Cuando desperté, vi que me habían desnudado y me habían puesto, por la cabeza, un largo camisón. Aquellas dos amas de llaves eran una pareja audaz, pensé: ¡qué profundamente debía de haber dormido...! Un momento más tarde recordé el milagro del azulejo, pero, por mucho que lo intenté, no pude encontrar nada que se asemejara ni remotamente al dibujo que estaba seguro de haber visto antes de dormirme. «La mente puede jugar extrañas pasadas al hundirse en el sueño», recordé, y salté de la cama. Era de día y, de la habitación principal de la pequeña casa venía un olor fuerte e irresistible a puré de lentejas. Felicitas y Renegada estaban sentadas a la mesa, y había un tercer puesto, ante el que habían colocado ya un cuenco humeante. Me miraron con aprobación mientras yo tragaba cucharada tras cucharada.

—¿Cuánto tiempo he estado dormido? —les pregunté, y las dos se miraron un momento.

—Un día entero —dijo Renegada—. Ahora es mañana.

—Qué bobada —discrepó Felicitas—. Sólo ha estado dormitando unas horas. Sigue siendo hoy.

—Mi hermanastra bromea —dijo Renegada—. En realidad, no quería chocarle y por eso he quitado importancia a la cosa. La verdad es que ha estado durmiendo cuarenta y ocho horas por lo menos.

—Cuarenta y ocho parpadeos más bien —dijo Felicitas—. Renegada, no confundas al pobre hombre.

—Le hemos limpiado y planchado la ropa —dijo su hermanastra,

cambiando de tema—. Espero que no le importe.

Los efectos del viaje no se habían disipado, ni siquiera después de dormir. Sin embargo, si realmente había roncado hasta pasado mañana, cabía esperar cierta desorientación. Volví a concentrarme en lo importante.

—Señoras, les estoy sumamente agradecido —dije cortésmente—. Pero ahora tengo que pedirles un consejo con urgencia. Vasco Miranda es un antiguo amigo de mi familia, y tengo que verlo por un importante asunto familiar. Permítanme que me presente. Moraes Zogoiby, de Bombay, la India, para servirlos.

Lanzaron una exclamación de asombro.

—¡Zogoiby! —masculló Felicitas, sacudiendo la cabeza incrédula.

—Nunca creí que volvería oír de otros labios ese nombre odiado, odiado —dijo Renegada Larios, enrojeciendo fuertemente al hablar.

Ésta es la historia que conseguí sonsacarles.

Cuando Vasco Miranda llegó por primera vez a Benengeli, como pintor de reputación mundial, las hermanastras (en aquella época jóvenes de veintitantos años) le ofrecieron sus servicios y fueron contratadas en el acto.

—Dijo que le agradaban nuestro dominio del inglés y nuestras habilidades domésticas, pero, sobre todo, nuestro árbol genealógico —dijo Renegada sorprendentemente—. Nuestro padre, Juan Larios, era marinero, y la madre de Felicitas marroquí, mientras que la mía procedía de Palestina. De modo que Felicitas es medio árabe, y yo judía por parte de madre.

—Entonces usted y yo tenemos algo en común —le dije—. Porque yo también tengo un cincuenta por ciento de judío.

Renegada pareció desmesuradamente complacida.

Vasco les había dicho que, en su «Pequeña Alhambra», renovarían la fabulosa cultura múltiple del antiguo al-Andalus. Serían más una familia que amo y criadas.

—Pensamos que estaba un poco loco, claro —dijo Felicitas—, pero todos los artistas lo están, y la paga que nos ofrecía era muy superior a la corriente. —Renegada asintió—. Y, en cualquier caso, aquello era sólo una quimera. Sólo palabras. Nuestras relaciones fueron siempre de amo y trabajadoras. Y luego se volvió cada vez más loco, vistiéndose como un sultán de tiempos antiguos y comportándose peor aún que aquellos déspotas moros absolutistas e infieles.

Ahora iban allí todas las mañanas y limpiaban la casa lo mejor que podían. Los jardineros habían sido despedidos, y el jardín de juegos de agua, en otro tiempo un Generalife en miniatura, como una joya, estaba casi muerto. El personal de la cocina se había ido hacía tiempo, y Vasco dejaba a las mujeres listas para la compra y dinero.

—Quesos, embutidos, vino y pasteles —dijo Felicitas—. No creo que este año se haya cocinado en la casa ni un solo huevo.

Desde el día del insulto de Salvador Medina, más de cinco años antes, Vasco se había retirado. Se pasaba los días encerrado en su apartamento de la alta torre, en el que no se les permitía entrar a ellas, so pena de despido inmediato. Renegada dijo que había visto en su estudio algunos cuadros, obras blasfemas en las que Judas ocupaba el puesto de Cristo en la cruz; pero aquellas pinturas de «Judas Cristo» llevaban allí meses, semiacabadas y aparentemente abandonadas. Él no parecía estar trabajando en ninguna otra cosa. Tampoco viajaba ya, como había hecho en otro tiempo, para ejecutar murales por encargo en las salas de los aeropuertos y los vestíbulos de hotel de toda la Tierra.

—Ha comprado mucho equipo de alta tecnología —me confió Renegada—. Grabadoras, y hasta uno de esos chismes de rayos X. Con las grabadoras hace cintas extrañas, todas llenas de chirridos y golpes, gritos y puñetazos. Basura de vanguardia. Las pone a todo volumen en su torre y ha asustado ya a las garzas de sus nidos.

—¿Y el aparato de rayos X?

—Eso no sé. Quizá fabrique algo artístico con esas fotos en que se

ve a través.

—No es sano —dijo Felicitas—. No ve a nadie, a nadie. Ni Felicitas ni Renegada habían visto a su patrón en más de un año. Pero a veces, en las noches de luna, se podía ver desde el pueblo su figura embozada, vagando por las altas almenas de su locura arquitectónica, como un fantasma lento y gordo.

—¿Y qué es eso de mi «nombre odiado»? —pregunté.

—Hubo una mujer —dijo por fin Renegada—. Perdóneme. ¿Su tía tal vez?

—Mi madre —dije—. Una pintora. Hoy está muerta.

—Descanse en paz —dijo Felicitas.

—Vasco Miranda está muy amargado por esa mujer —dijo Renegada deprisa, como si ésa fuera la única forma de poder hablar del asunto—. Creo que la quería mucho, ¿no?

No dije nada.

—Lo siento. Veo que le resulta difícil. Es difícil. Un hijo, una madre. No puede traicionarla. Pero creo que él ha sido, fue su, su...

—Su amante —dijo Felicitas con dureza. Renegada se ruborizó.

—Lo siento si no lo sabía —dijo, poniéndome la mano en el brazo izquierdo.

—Siga, por favor —respondí.

—Entonces ella fue brutal con él y lo dejó. Desde entonces, hay una especie de resentimiento en Miranda. Y he visto cómo ese resentimiento crecía cada vez más. Es una obsesión.

—No es sano —dijo Felicitas de nuevo—. El odio consume el alma.

—Y ahora, usted —dijo Renegada—. Creo que nunca querrá recibir al hijo de su madre. Creo que el nombre que lleva será para él más de lo que puede soportar.

—Pintó animales de dibujos animados y superhéroes en la pared de mi habitación de niño —dijo—. Tiene que recibirme. Y lo hará.

Felicitas y Renegada se miraron otra vez; una mirada cómplice, de

bueno-yo-renuncio.

—Señoras —dije—. Yo también tengo una historia que contar.

—Llegó un embalaje hace algún tiempo —dijo Renegada cuando había terminado—. Quizá fuera un cuadro. No sé. Quizá fuera la pintura con la pintura de su madre debajo. Él debió de subirlo a la torre. Pero ¿cuatro? No, no ha llegado nada por el estilo.

—Tal vez sea demasiado pronto —dije—. El robo ha sido muy reciente. Tendrán que vigilar ustedes por mí. Tal como están las cosas, ahora me doy cuenta, no debo presentarme en su puerta apresuradamente. Lo asustaría y se llevaría los cuadros de aquí. De manera que tendrán que vigilar, por favor, y yo tendré que esperar.

—Si quiere alojarse en esta casa —accedió Felicitas—, podemos llegar a un acuerdo. Si quiere. —Y Renegada apartó el rostro.

—Ha hecho un gran peregrinaje —dijo sin volverse—. Un hijo en busca de los tesoros perdidos de su madre, en busca de salud y paz. Nuestro deber de mujer es ayudar a un hombre así a encontrar lo que busca.

Me quedé bajo su techo más de un mes. Durante ese tiempo me cuidaron bien, y disfruté de su compañía; pero supe muy poco más de su vida. Sus padres, al parecer, habían muerto, pero no les gustaba hablar de eso, de manera que lo dejé estar. No parecían tener hermanos ni amigos. No eran amantes. Sin embargo, parecían perfecta, inseparablemente felices. Por la mañana se iban a trabajar cogidas de la mano, y volvían también juntas. Hubo días en que, en mi soledad, sentí un deseo a medias formado de tener a Renegada Larios, pero no hubo ninguna ocasión en que estuviera solo con ella, de modo que no pude llevar las cosas más adelante. Todas las noches, después de la cena, las hermanastras se retiraban arriba, a la cama que compartían, y yo oía sus murmullos y el desplazamiento de sus cuerpos hasta bien entrada la noche; sin embargo, siempre estaban levantadas antes de que yo me despertara.

Con todo, finalmente ganó la curiosidad, y les pregunté a la hora de

la cena por qué no se habían casado.

—Porque todos los hombres de estas comarcas están muertos del cuello hacia arriba —me disparó Renegada, lanzando a su hermana una mirada feroz—. Y del cuello hacia abajo, también.

—Mi hermanastra es demasiado imaginativa, como siempre —dijo Felicitas—. Pero es cierto que no somos como la gente de por aquí. Ninguno lo era en nuestra familia. Los otros están muertos ahora, y no queremos perdernos la una a la otra a cambio de simples maridos. Nuestro lazo es más estrecho. ¿Sabe? Nuestra actitud no la comprende fácilmente la mayoría de la gente de Benengeli. Por ejemplo, nosotras estamos contentas de que haya acabado el régimen de Franco y haya vuelto la democracia. Además, para hablar de cosas más personales, no nos gustan el tabaco ni los niños, y por estos pagos todo el mundo anda loco por las dos cosas. Los fumadores no hacen más que hablar de los placeres sociales que les dan sus paquetes de Fortuna o de Ducados, y de la íntima sensualidad de encender el cigarrillo de un amigo; pero nosotras detestamos despertarnos con ese olor empalagoso en la ropa o irnos a dormir con humo rancio enturbiándonos el pelo. En cuanto a los niños, se supone que tienes que pensar que nunca pueden ser demasiados, pero nosotras no tenemos ganas de vernos atrapadas por una camada de pequeños carceleros saltarines y chillones. Y, si nos lo permite, nos gusta su animal precisamente porque está disecado y, por consiguiente, no requiere nuestra atención.

—Sin embargo, me han cuidado regiamente —alegué.

—Eso es un negocio —replicó Felicitas—. Usted es un huésped de pago.

—Sin duda habría hombres que os querrían por vosotras mismas, sin pretender tener una familia —insistí—. Y si los hombres de Benengeli son de ideas políticas inaceptables, ¿por qué no van a Erasmo, por ejemplo? Me han dicho que son distintos.

—Ya que nos pide una respuesta —contestó Felicitas—, nunca he

conocido a un hombre que pudiera ver a una mujer como tal. En cuanto a Erasmo, no hay carretera hasta Erasmo desde aquí.

Percibí una extraña expresión en los ojos de Renegada. Quizá no estaba de acuerdo con todo lo que decía su hermana. Después de aquella conversación, me permitía imaginar, durante mis noches solitarias, que en cualquier momento se abriría la puerta y Renegada Larios se deslizaría a mi lado en la cama, desnuda bajo el largo camión blanco... pero nunca ocurrió. Permanecía echado, solo, escuchando movimientos y murmullos encima mismo de mi cabeza insomne.

Durante mis meses de espera vagué por las calles de Benengeli —a veces tirando de *Jawaharlal*, pero con más frecuencia solo— presa de un aburrimiento entumecedor que, de algún modo, me impedía vivir en el pasado. Me preguntaba si habría adquirido la misma mirada vacía que caracterizaba a muchos de los llamados Parásitos, que parecían pasarse el día arremolinándose y empujándose, arriba y abajo, por «su» calle, comprando ropa, comiendo en restaurantes y bebiendo en bares, y hablando furiosamente sin parar, con una curiosa ausencia en sus modales que sugería su absoluta indiferencia por los temas de las conversaciones. Sin embargo, Benengeli era aparentemente capaz de tejer su hechizo incluso sobre los que no tenían la mirada apagada, porque, siempre que me cruzaba con el viejo baboso de Gottfried Helsing, me miraba centelleante, me hacía un gesto alegre y me gritaba, con guiño de complicidad: «¡Debemos tener pronto, sin falta, otra de nuestras estupendas conversaciones!», como si fuéramos los mejores amigos del mundo. Supuse que había llegado a un lugar en donde la mayoría de la gente llegaba a olvidarse de sí misma... o, más exactamente, a disolverse dentro de sí misma, a vivir una especie de sueño de lo que podría haber sido o hubiera preferido ser... o, habiendo perdido lo que en otro tiempo fue, llegaba a ausentarse silenciosamente de lo que había llegado a ser. Por eso, podían ser mentirosos, como Helsing, o cuasicatatónicos, como el «parásito honorario», el ex alcalde, que se sentaba inmóvil en un

taburete de un bar, al aire libre, de la mañana a la noche, sin decir nada jamás; como si estuviera todavía encerrado en la soledad sombría de una alcoba oculta tras un *almirah* de madera en casa de su difunta esposa. Y el aire de misterio que rodeaba el lugar era en realidad la atmósfera de lo desconocido; lo que parecía un enigma era realmente un vacío. Aquellas personas desarraigadas que daban tumbos se habían convertido, por su propia elección, en autómatas humanos. Podían simular la vida humana, pero no eran ya capaces de vivirla.

Los del lugar se aturdían menos que los Parásitos —o eso pensaba yo— con la calidad estupefaciente del pueblo; pero el ambiente dominante de vacua alienación y apatía los afectaba también hasta cierto punto. Tuve que preguntar tres veces a Felicitas y Renegada por la visita a Benengeli de la joven, mencionada por Gottfried Helsing, que había preguntado por Vasco Miranda no hacía mucho. Las dos primeras veces se encogieron de hombros y me recordaron que no había que creer a Helsing; pero, cuando una velada volví sobre el tema, Renegada levantó lo ojos de su costura y soltó:

—Ah, sí, Dios santo, ahora que lo pienso, vino una mujer... Del tipo bohemio, una especie de especialista en arte de Barcelona, restauradora o algo parecido. No consiguió nada con sus coqueteos; y a estas horas debe de andar otra vez sana y salva por Cataluña, que es donde debe estar.

Otra vez tuve la fuerte sensación de que Felicitas desaprobaba la indiscreción de su hermanastra. Se rascó el lunar y frunció los labios, pero no dijo nada.

—¿Así que esa catalana consiguió ver a Vasco después de todo? —dije, excitado al saberlo.

—No hemos dicho eso —dijo bruscamente Felicitas—. No tiene sentido hablar de ello.

Renegada inclinó la cabeza, sometiéndose, y volvió a su costura.

En mis paseos encontraba a veces al personaje intensamente sudoroso del jefe de la Guardia Civil, Salvador Medina, que

invariablemente fruncía el ceño al verme y se quitaba el tricornio para rascarse los mechones empapados de sudor, como si tratase de recordar quién diablos podía ser yo. Nunca hablábamos, en parte porque mi español seguía siendo pobre, aunque mejoraba lentamente, tanto por mi estudio nocturno de libros como por las lecciones diarias que me daban, a cambio de un suplemento, añadido por las hermanas Larios a mi cuenta semanal de alojamiento y comida, y en parte porque el inglés había derrotado todos los intentos de Salvador Medina de apresarlos, como si fuera un experto delincuente que está siempre dos pasos por delante de la Justicia.

Me alegraba que Medina se preocupase tan poco por mí como para olvidarme tan fácilmente, porque eso indicaba que las autoridades indias no habían expresado ningún interés por mi paradero. Me acordé de que recientemente había cometido un asesinato, y reflexioné en que la explosión de la casa de mi víctima había conseguido, evidentemente, borrar mi delito. La mayor violencia de la bomba había sido pintada sobre la escena en que yo había participado, escondiéndola para siempre a los ojos de los investigadores. Otra confirmación de que no estaba bajo sospecha vino de mis cuentas bancarias. Durante los años en la torre de mi padre, había conseguido acumular sumas considerables en bancos de ultramar, incluidas cuentas numeradas en Suiza (¡de forma que ya veis que no era el simple matón y «estupo» por el que me había tomado Adam Zogoiby!). Por lo que yo sabía, no había habido ningún intento reciente de entrometerse en mis arreglos, aunque se estaban investigando muchos aspectos de la quebrada Siodicorp y muchas cuentas bancarias se habían puesto bajo la administración del síndico, o habían sido bloqueadas.

Era extraño, sin embargo, que mi delito —asesinato, después de todo; un asesinato sumamente repugnante y el único que nunca cometí— se hubiera escabullido tan rápidamente a la parte de atrás de mi cerebro. Quizá mi mente inconsciente había aceptado también la mayor autoridad, la realidad verdaderamente abrumadora de las bombas, limpiando mi

pizarra moral. O quizá la ausencia de culpa —esa animación moral suspendida— fuera el regalo que me hacía Benengeli.

También físicamente me sentía como si estuviera en una especie de interregno, en alguna zona intemporal bajo el signo de un reloj de arena en el que la arena no se moviera o de una clepsidra cuyo mercurio hubiera dejado de fluir. Hasta mi asma había mejorado; qué suerte para mis pulmones, pensé, haber caído con las dos únicas personas no fumadoras del pueblo... porque era cierto que en todas partes adonde iba la gente echaba humo como loca. Para evitar el hedor de los cigarrillos, vagaba por calles, festoneadas de embutidos, panaderías y tiendas de canela, oliendo en cambio los suaves olores de la carne y la pastelería y el pan recién hecho, y entregándome a las crípticas leyes del pueblo. El herrero, cuya especialidad era la fabricación de cadenas y grilletes para la cárcel de Avellaneda, me saludaba con la cabeza, como saludaba a todos los que pasaban, y me gritaba, en el español de fuerte acento de la región: «Toavía libre, ¿eh? Ya pronto cualquier día, pronto.» Después de lo cual hacía sonar las penadas cadenas y se reía a carcajadas. Cuando mi español mejoró, me alejé todavía más de la calle de los Parásitos y así tuve algunos vislumbres de la otra personalidad de Benengeli, aquel pueblo derrotado por la historia en donde hombres celosos de trajes rígidos acechaban a sus novias, seguros de la infidelidad de las castas doncellas, y en donde se oía galopar de noche, por las calles empedradas, los cascos de los caballos de mujeriegos muertos hacía mucho. Comencé a comprender por qué Felicitas y Renegada Larios se pasaban las noches en casa, con los postigos cerrados, hablando entre sí en voz baja mientras yo estudiaba español en mi diminuta y cómoda habitación.

El miércoles de mi quinta semana en Benengeli, volví a mi alojamiento después de un paseo durante el cual una zafia joven coja metió en mi poco dispuesta mano un folleto, baratamente editado, que enumeraba las reivindicaciones antiabortistas de «Sufrid niños: La cruzada revolucionaria por los cristianos nonatos», y me invitaba a una

reunión. La rechacé de plano, pero enseguida me acosó el recuerdo de la hermana Floreas, que llevó la lucha por la vida a las regiones más superpobladas de Bombay y ahora había ido a un lugar en donde los embarazos no deseados no eran ya probablemente un problema; dulce, fanática Minnie, pensé, confío en que seas feliz ahora... Y pensé también en mi entrenador de boxeo en otro tiempo, el igualmente patapalo Lambajan Chandiwalla Borkar, y en *Totah*... el loro que siempre había odiado, y que había desaparecido después de las bombas de Bombay, sin que se le volviera a ver la pluma. Mientras meditaba en el ave desaparecida, me invadieron la nostalgia y el pesar, y empecé a llorar en la calle, para consternación y desconcierto de la joven militante, que se apresuró a irse para reunirse con sus compañeras de Acción Católica en su cubil.

Por ello, el Moro que volvió a la casita de las Larios en la calle de Miradores era un hombre cambiado, devuelto por casualidad al mundo de los sentimientos y el dolor.

Las emociones, tanto tiempo anestesiadas, fluían a mi alrededor como las aguas de una inundación. Sin embargo, antes de que pudiera explicar lo que ocurría a mis caseras, ellas iniciaron un ansioso discurso, interrumpiéndose mutuamente en su prisa por informarme de que los cuadros robados habían llegado efectivamente, como yo había previsto, a la «Pequeña Alhambra».

—Vino una furgoneta... —comenzó Renegada.

—... en plena noche; pasó por delante mismo de nuestra puerta... —añadió Felicitas.

—... de forma que me puse el chal y salí...

—... y yo salí también...

—... y vimos abierta la puerta de la casa grande, y la furgoneta...

—... entró por ella...

—... y hoy, en las chimeneas, había mucha madera barata...

—... como la de cajas de embalar, ya sabe...

—... ¡debe de haber estado partiéndola toda la noche!...

—... y en la basura había montones de ese plástico...

—... que a los niños les gusta hacer explotar...

—... de ese plástico de burbujas...

—... sí, plástico de burbujas, y cartón ondulado, y flejes de metal también...

—... de forma que en la furgoneta había grandes embalajes y ¿qué otra cosa podían ser?

No era una prueba, pero sabía que era lo más parecido que podría conseguir, en aquel pueblo de incertidumbres, a algo seguro. Comencé a imaginarme, por primera vez, mi encuentro con Vasco Miranda. En otro tiempo fui un niño a quien encantaba sentarse a sus pies; ahora los dos éramos dos ancianos que luchaban por una misma mujer, se podría decir, y la lucha no sería menos extenuante por el hecho de que esa mujer estuviera muerta.

Había llegado el momento de planificar el paso siguiente.

—Si no quiere verme, tendrán que meterme de contrabando —dije a las hermanas Larios—. No veo otra forma.

A primeras horas de la mañana siguiente, cuando el sol era todavía un rumor que recorría las crestas de las distantes montañas, acompañé a Renegada Larios a su trabajo. Felicitas, la más corpulenta y de huesos más largos de las dos mujeres, me había dado su falda y su blusa negras más amplias. En los pies, yo llevaba unas anónimas sandalias de goma compradas en la parte española del pueblo. Al brazo derecho, un cesto que contenía mis propias ropas, escondidas bajo una selección de plumeros, esponjas y *sprays*; mi mano derecha, como mi cabeza, quedaba oculta bajo un chal, que yo apretaba fuertemente con la mano izquierda para mantenerlo en su sitio.

—Como falsificación de mujer es muy mala —me dijo Felicitas Larios, vigilándome con su ojo siempre-crítico—. Pero afortunadamente todavía está oscuro y no es muy lejos. Encórvese un poco y ande con

pasos cortitos. ¡Vaya! Estamos arriesgando por usted nuestro sustento, espero que se dé cuenta.

—Por su difunta madre —corrigió Renegada a su hermanastra—. También nosotras tenemos una difunta madre. Por eso lo entendemos.

—Dejaré el perro a su cuidado —dije a Felicitas—. No será ningún problema.

—Tiene toda la razón —dijo ella malhumorada—. Irá a parar derecho a ese armario en el momento en que salga usted por la puerta, y no se imagine que lo sacaré antes de que vuelva. En esta casa tenemos el sentido común suficiente para no sacar a pasear a perros disecados.

Dije adiós a *Jawaharlal*. Su viaje había sido muy largo también y merecía un final mejor que un armario de escobas en un país extranjero. Pero tuvo que ser el armario de las escobas. Iba a enfrentarme con Vasco Miranda y *Jawaharlal* se había convertido, después de todo, sólo en otro perro andaluz abandonado.

Mi primera experiencia con ropas de mujer me recordó la historia de Aires da Gama poniéndose el vestido de novia de su esposa y largándose a pasar una noche de desenfreno en compañía de el príncipe Enrique el Navegante; pero qué bajón habíamos dado, ¡cuánto más humildes eran aquellos trapos negros que el fabuloso vestido de Aires, y cuánto menos adecuado resultaba yo para ese atuendo! Cuando salíamos, Renegada Larios me dijo que el ex alcalde del pueblo —el mismo tipo que ahora se sentaba, sin nombre ni amigos, tomando café en la calle de los Parásitos — tuvo que recorrer las calles vestido como su propia abuela, porque, casi al final de su cautiverio, decretaron el derribo de su casa y la familia tuvo que mudarse. De manera que yo tenía precedentes tanto locales como familiares para mi disfraz.

Fue la primera vez en que Renegada y yo estuvimos solos, sin Felicitas de carabina, pero, aunque ella me lanzó una serie de miradas de significado explícito, yo estaba demasiado cohibido (tanto por el vestido de mujer como a causa del nerviosismo que me producía la

imprevisibilidad de lo que me aguardaba) para poder reaccionar. Llegamos a la entrada de servicio de la «Pequeña Alhambra» sin ser observados, en la medida en que yo podía decirlo, aunque era imposible estar seguro de que no hubiera ojos curiosos observándonos desde las ventanas en sombra de la calle de Miradores, mientras subíamos hacia la detestable e inapropiada fuente de los elefantes de Vasco. Percibí un destello de algo verde que volaba sobre las paredes del edificio. «¿Hay loros en España?», le susurré a Renegada, pero no obtuve respuesta. Quizá estaba enfurruñada por mi resistencia a aprovechar aquella rara oportunidad de coqueteo.

Había un pequeño cuadro electrónico al lado de la puerta, incrustado en la pared de terracota roja, y Renegada apretó rápidamente una serie de cuatro números. La puerta se abrió con un clic, y entramos en la guarida de Miranda.

Inmediatamente tuve una fuerte sensación de *déjà vu*, y la cabeza empezó a darme vueltas. Cuando me repuse un tanto, me maravillé del talento con que Vasco Miranda había imitado en el interior de su capricho arquitectónico las pinturas del Moro de Aurora Zogoiby. Me encontraba en un patio abierto, con una placita central de baldosas de ajedrez y claustros de arcos a los lados y, por las ventanas del más distante, podía ver una extensa llanura que relucía a la luz del amanecer, como un océano. Un palacio creado por un milagro del mar; en parte árabe y en parte *moghul*, con algo de Chirico, exactamente el lugar que Aurora me había descrito una vez como «un lugar donde los mundos chocan, fluyen y refluyen mutuamente, y son arrastrificados. Un lugar en donde un hombre-aéreo puede ahogarse en el agua o, por el contrario, echar agallas; en donde una criatura-acuática puede emborracharse, pero también asfixificarse en el aire». Hasta en su estado actual de ligero deterioro y descomposición hortícola, había encontrado realmente el Moristán.

Habitación vacía tras vacía habitación, encontré los escenarios de

los cuadros de Aurora revividos, y casi esperé que entrasen sus personajes e interpretaran sus tristes historias ante mis ojos incrédulos, casi esperé que mi propio cuerpo se convirtiera en aquel Moro a rombos, multicolor, cuya tragedia —la tragedia de la multiplicidad destruida por la singularidad, la derrota de los Muchos por el Uno— había sido el principio unificador de la serie. ¡Y quizá mi mano arrugada estallase, en cualquier momento, en una flor, o una luz, o una llama! Vasco, que había creído siempre que Aurora le había birlado la idea de las pinturas del Moro de su retrato *kitsch* de un lacrimoso jinete, había invertido fortunas, y la clase de energía que nace de la obsesión más profunda, para apropiarse de la visión de ella. Aquella casa, ¿había sido construida con amor o con odio? Si había que creer las historias que yo había oído, era una auténtica Palimpsestina, en la que la amarga cólera actual se cuajaba sobre el recuerdo de una ternura y un idilio antiguos y perdidos. Porque había allí algo agrio, cierta envidia en la brillantez de la imitación; y, cuando pasó el primer impacto del reconocimiento y se hizo de día, comencé a ver las imperfecciones de aquel gran diseño. Vasco Miranda seguía siendo el mismo hombre vulgar que había sido siempre y, lo que Aurora había imaginado tan vívida y elegantemente, Vasco lo había traducido en colores que, a medida que el día clareaba, se podía ver que habían fallado su objetivo por esa distancia pequeña pero decisiva que separa lo agradablemente acertado de lo burdamente inadecuado. También el sentido de las proporciones del edificio era deficiente y sus líneas estaban mal concebidas. No, después de todo no era un milagro; mis primeras impresiones habían sido ilusorias, y la ilusión se había ya desvanecido. La «Pequeña Alhambra», a pesar de su tamaño y su vistosidad, no era la Nueva Morusalén, sino un edificio feo y pretencioso.

No había visto rastro de los cuadros sustraídos, ni del aparato del que Renegada y Felicitas habían hablado. La puerta que llevaba a la alta torre estaba firmemente cerrada. Vasco debía de estar allí arriba, con sus artilugios y secretos robados.

—Me voy a cambiar de ropa —dije a Renegada—. No puedo enfrentarme con ese cabrón así vestido.

—Pues cámbiese —me respondió con toda desfachatez—. No tiene nada que no haya visto ya.

De hecho, era Renegada la que había cambiado; desde que entramos en la «Pequeña Alhambra», sus modales se habían vuelto posesivos, autoritarios. Sin duda había detectado el creciente desagrado con que —tras mis exclamaciones iniciales de placer— había estado inspeccionando el edificio del que, después de todo, ella había cuidado tantos años. No era raro que le molestase mi falta de entusiasmo por el lugar. Sin embargo, aquella observación resultaba de una desvergüenza flagrante, y yo no podía admitirla.

—Tenga cuidado con lo que dice —la advertí, y entré en la habitación de al lado para gozar de cierta intimidad, haciendo caso omiso de su mirada furiosa. Mientras me estaba cambiando, percibí un ruido que venía de cierta distancia. Era el más repugnante de los estruendos: una mezcla de chillidos de mujer y chirridos de *feedback*, aullidos de un género indeterminado, gemidos y estrépitos producidos con ordenador, sobre un fondo de traqueteos y ruidos metálicos que me recordaban una cocina en medio de un terremoto. Debía de ser la «música de vanguardia» de la que me habían hablado. Vasco Miranda estaba despierto.

Renegada y Felicitas me habían dicho muy claramente que no habían visto a su recluido patrón desde hacía más de un año, por lo que me sorprendió mucho, al salir de mi probador, encontrarme con la figura voluminosa del propio Vasco, que me aguardaba en la ajedrezada plaza, con su ama de llaves al lado; y no sólo al lado, sino haciéndole cosquillas juguetonamente con un plumero, mientras él se reía tontamente lanzando grititos. Vestía realmente un traje moro de fantasía, como habían dicho las hermanastras que le gustaba hacer y, con sus pantalones anchos y su chaleco bordado, abierto sobre una abombada camisa sin cuello, parecía un montículo tembloroso de *rahat lacoum* turco. Su bigote había

mermado —sus estalagmitas de pelo rígidamente encerado habían desaparecido por completo— y tenía la cabeza tan calva y picada de viruelas como la Luna.

—Ji, ji —se rió satisfecho, apartando de un manotazo el plumero de Renegada—. Hola, *namaskar*, *salaam*, Moro, muchacho. Tienes un aspecto horrible: como para caerte muerto-yerto en cualquier momento. ¿No te han alimentado bien mis dos señoras? ¿No te han gustado estas pequeñas vacaciones? ¿Cuánto tiempo hace? Caramba, caramba... catorce años. ¡Bueno! No, *a ti* no te han tratado muy bien.

—Si hubiera sabido que eras tan... asequible —dije, mirando enfadado al ama de llaves—, me hubiera evitado toda esta payasada estúpida. Pero, al parecer, las noticias sobre tu aislamiento han sido muy exageradas.

—¿Qué noticias? —me preguntó insinceramente. Y luego—: Bueno, quizá, pero sólo en cuanto a pequeños detalles —dijo en tono conciliador, alejando a Renegada con un gesto. Ella dejó el plumero sin decir palabra y retrocedió hasta una esquina del patio—. Es cierto que, en Benengeli, apreciamos la intimidad... ¡Como tú, por cierto, teniendo en cuenta el jaleo que has armado para cambiarte de ropa en privado! A Renegada le ha divertido mucho... Pero ¿qué quería decir? Ah, sí. ¿No has notado que Benengeli se define por lo que falta...? ¿Que, a diferencia de gran parte de la región, y desde luego de toda la costa, carece de excrecencias como *night clubs* «Coco-Loco», grupos de visitas guiadas en autocar, «burro-taxis», oficinas de cambio y vendedores de «sombreros» de paja? Nuestro buen sargento, Salvador Medina, ahuyenta esos horrores propinando palizas nocturnas, en los muchos callejones oscuros del pueblo, a todo empresario que intenta introducirlos. Salvador Medina, por cierto, no me puede ver, como no puede ver a todos los recién llegados al pueblo, pero, lo mismo que los inmigrantes asentados —lo mismo que la gran mayoría de los Parásitos— aplaudo su política de rechazo de la nueva ola de invasores. Ahora que estamos dentro, está muy bien eso de que alguien

cierre la puerta de golpe a nuestra espalda.

»¿No encuentras admirable mi Benengeli? —continuó, moviendo un brazo vagamente en dirección al océano —espejismo visible por sus ventanas—. Adiós porquería, enfermedad, corrupción, fanatismo, política de castas, caricaturistas, lagartijas, cocodrilos, música enlatada y, sobre todo, ¡familia Zogoiby! ¡Adiós, Aurora la grande y cruel... Con Dios, Abe sinvergüenza y desdeñoso!

—No del todo —disentí—. Porque veo que has intentado —con un éxito limitado, si puedo decirlo— construir el mundo imaginativo de mi madre a tu alrededor, usarlo como hoja de higuera para esconder tus propias insuficiencias; y luego, además, está este Zogoiby con el que hay que enfrentarse, y queda un pequeño asunto de cuadros robados por resolver.

—Los cuadros están arriba —dijo Vasco encogiéndose de hombros—. Deberías alegrarte de que hiciera que los birlaran. ¡Qué suerte tan inesperada han tenido! Tendrías que ponerte de rodillas y agradecermelo. Si no hubiera sido por mi banda de profesionales, ahora serían tostadas quemadas.

—Quiero verlos inmediatamente —dije con firmeza—. Y, después de eso, quizá Salvador Medina pueda hacerme un favor. Quizá podrías enviar a buscarlo a tu ama de llaves, Renegada, o incluso utilizar el teléfono.

—Por supuesto, sube y echa una ojeada —dijo Vasco, con aire despreocupado—. Sin embargo, hazme el favor de andar despacio, porque estoy gordo. En cuanto al resto, estoy seguro de que no quieres ir realmente galleando-galopando a la justicia. En tus circunstancias, ¿qué resulta mejor: el incógnito o el *outcógnito*? Yo estoy seguro de que el *in* —. Además, mi amada Renegada nunca me traicionará. Y —¿no te lo ha dicho nadie?— el teléfono lleva años cortado.

—¿Has dicho «mi amada Renegada»?

—Y tampoco mi amada Felicitas. No me perjudicarían por nada del

mundo.

—Entonces, esas hermanastras han estado jugando conmigo a un juego cruel.

—No son hermanastras, pobre Moro. Son amantes.

—¿Amantes entre sí?

—Desde hace quince años. Y más, desde hace catorce. Cuántos años tuve que oírlos gritar-perorar sobre la unidad en la diversidad y otras bobadas. Pues ahora, Vasco, con mis chicas, yo he creado una sociedad nueva.

—No me interesan tus asuntos de cama. ¡Que salten sobre ti como sobre una cama elástica! ¿Qué me importa? Son tus engaños los que me ponen furioso.

—Teníamos que esperar los cuadros, ¿no? Eso no fue un engaño. Y, luego, teníamos que hacer que vinieras sin que lo supiera nadie.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Tú qué crees? Para deshacerme de todos los Zogoiby a los que puedo echar mano, de cuatro cuadros y una persona —el último, da la casualidad, de una dinastía maldita—, con un bum-bum-badum; o, por decirlo de otro modo, cinco de un golpe.

—¿Una pistola? ¿Vasco, lo dices en serio? ¿Me estás apuntando con una pistola?

—Sólo una pequeñita. Pero la tengo yo. He resultado a-graciado; y tu des—.

Me lo habían advertido. *Vasco Miranda es un espíritu perverso, y estas mujeres son sus amigas. He visto cómo se metamorfoseaban en murciélagos.*

Pero yo había caído en sus redes desde el principio. Me pregunté cuántos del pueblo estaban confabulados con él. Salvador Medina no, eso parecía evidente. ¿Gottfried Helsing? Había tenido razón en lo del teléfono, pero por lo demás había sembrado la confusión. ¿Y el resto? ¿Habían conspirado todos contra mí en aquella pantomima, haciendo lo

que Vasco les exigía? ¿Cuánto dinero cambiaba de manos? ¿Eran todos miembros de alguna sociedad masónica, del Opus Dei o algo parecido...? ¿Y hasta dónde se extendía la conspiración...? ¿Llegaba hasta el taxista Vivar, el funcionario de inmigración, la extraña tripulación de cabina del vuelo de Bombay...? *Cinco de un golpe*, había dicho Vasco. Lo había dicho. Entonces, ¿llegaban realmente sus tentáculos hasta la casa volada de Bandra y era aquélla la venganza de las víctimas? Sentí que se soltaban las amarras de mi razón, y limité mis especulaciones, que carecían de base y de valor. El mundo era un misterio, incognoscible. El presente, un acertijo que había que resolver.

—Así que el Llanero Solitario y Tonto están en un valle sin salida, rodeados de indios hostiles —dijo Vasco Miranda, resoplando mientras subía las escaleras detrás de mí—. Y el Llanero Solitario dice: «Es inútil, Tonto. Estamos rodeados.» Y Tonto responde: «¿Por qué dices *estamos*, rostro pálido?»

Muy alta, por encima de nosotros, estaba la fuente de aquella música de chirriante *feedback* que había estado oyendo. Era un ruido sobrenatural, torturado —más bien torturador—, sádico, desapasionado y distante. Me quejé de él al comenzar nuestra ascensión, pero Vasco desechó mis objeciones.

—En algunas partes del Extremo Oriente —me informó—, esa música se considera sumamente erótica.

Mientras trepábamos, Vasco tenía que hablar más fuerte para hacerse oír. La cabeza estaba a punto de estallarme.

—Bueno, el Llanero Solitario y Tonto van a acampar para pasar la noche —gritó—. «Enciende el fuego, Tonto», dice el Llanero Solitario. «Sí, *kemo sabay*.» «Trae agua del río, Tonto.» «Sí, *kemo sabay*.» «Haz café, Tonto.» Y así sucesivamente. Pero, de repente, Tonto lanza una exclamación de asco. El Llanero Solitario le pregunta: «¿Qué pasa?» «*Yichch* —responde Tonto, mirándose la suela de los mocasines—. Creo que he pisado un gran montón de *kemo sabay*.»

Recordé a medias al taxista Vivar, el aficionado a las películas del Oeste que llevaba el nombre del vaquero medieval con armadura, el segundo caballero errante de España —quiero decir el Cid, Rodrigo Díaz de Vivar, no Don Quijote—, que me advirtió contra Benengeli con un acento sureño que era mitad John Wayne en cualquier película, mitad Eli Wallach en *Los siete magníficos*. «Ten cuidado, amigo: aquello es territorio indio.»

Sin embargo, ¿lo había dicho realmente? ¿Era un falso recuerdo o un sueño semiolvidado? Ya no estaba seguro de nada. Excepto, quizá, de que aquél era realmente territorio indio, estaba rodeado, y la *kemo sabay* se estaba espesando mucho.

En cierto modo, había estado en territorio indio toda mi vida, aprendiendo a leer sus signos y seguir sus rastros, disfrutando de su inmensidad, de su belleza inagotable, luchando por las tierras, enviando señales de humo, batiendo tambores, haciendo avanzar las fronteras, abriéndome paso a través de sus peligros, confiando en encontrar amigos, temiendo su crueldad, ansiando su amor. Ni siquiera un indio estaba seguro en territorio indio; al menos, no si era el tipo equivocado de indio... si llevaba el tipo de tocado equivocado, hablaba la lengua equivocada, bailaba los bailes equivocados, adoraba los dioses equivocados o viajaba en compañía equivocada. Me pregunté hasta qué punto habrían sido considerados los guerreros que rodeaban al hombre del antifaz y las balas de plata, con su compañero de la pluma. En territorio indio, no había sitio para quien no quisiera pertenecer a la tribu, para quien soñara con irse más lejos; con despojarse de la piel y revelar su identidad secreta —es decir, el secreto de la identidad de todo hombre—; con ponerse ante los guerreros con sus pinturas de guerra y revelarles la unidad desollada y desnuda de la carne.

Renegada no nos había acompañado a la torre. La traidorzuela había vuelto probablemente correteando a los brazos de su amante del lunar, para refocilarse con mi captura. Una luz espectral se filtraba en la

escalera de caracol a través de ventanas estrechas como rendijas. Los muros tenían un metro de espesor al menos, lo que hacía que la temperatura de la torre fuera fría, casi heladora. El sudor se me estaba secando en el espinazo y tuve un ligero escalofrío. Vasco flotaba detrás de mí, soplando y resoplando, un espectro bulboso con una pistola. Allí, en el castillo de Miranda, aquellos dos espíritus desplazados, el último de los Zogoiby y su enloquecido enemigo, iban a interpretar los pasos finales de su danza fantasmal. Todo el mundo había muerto, todo se había perdido y, en el crepúsculo, no había tiempo más que para aquel último relato de fantasmas. ¿Había balas de plata en la pistola de Vasco Miranda? Dicen que son las que se necesitan para matar a un ser sobrenatural. De modo que, si yo también me había vuelto espectral, serviría para mí.

Atravesamos lo que debía de haber sido el estudio de Vasco y tuve un vislumbre de una obra inacabada: habían bajado a un crucificado de la cruz y yacía sobre el regazo de una mujer que lloraba, con monedas de plata —sin duda treinta— que caían de sus manos estigmatizadas. Aquella *antipietà* debía de ser uno de los cuadros de «Judas Cristo» de que me habían hablado. Sólo había podido echarle una ojeada brevísima, pero el morboso sentimiento de falso-Greco de aquella pintura daba náuseas, y confié en que el abandono del proyecto por Vasco fuera definitivo.

En el piso siguiente me hizo seña de que entrase en una habitación en la que vi, con un vuelco de corazón un cuadro inacabado de calibre muy distinto: la última obra de Aurora Zogoiby, su angustiada declaración de un amor materno capaz de superar y perdonar los supuestos crímenes de su hijo amado: *El último suspiro del Moro*. También en la habitación había un gran trasto que me pareció un aparato de rayos X: y, pinzadas en un gran tablero de cajitas contra una pared, algunas radiografías. Al parecer, Vasco estaba examinando la pintura robada, segmento a segmento, como si mirando bajo su superficie

pudiera descubrir tardíamente, y robar, el secreto del genio de Aurora. Como si estuviera buscando una lámpara maravillosa.

Vasco cerró la puerta y no pude oír ya aquella música que partía los tímpanos. Evidentemente, la habitación había sido costosamente insonorizada. Sin embargo, la luz de aquella estancia —las ventanas de rendija habían sido cubiertas de tela negra, de forma que sólo había una cegadora estridencia blanca que brotaba de la pared de casillas— era casi tan opresiva como había sido la música.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté a Vasco, tratando deliberadamente de ser tan grosero como podía—. ¿Aprendiendo a pintar?

—Veo que has desarrollado la lengua afilada de los Zogoiby —respondió—. Pero es imprudente burlarse de un hombre que lleva una pistola cargada; un hombre, además, que te ha hecho el servicio de resolver el enigma de la muerte de tu madre.

—Conozco la respuesta a ese acertijo —dije—. Y este cuadro no tiene nada que ver con ella.

—Los Zogoiby sois una panda arrogante —siguió diciendo Vasco, haciendo caso omiso de mis observaciones—. Por mal que tratéis a alguien, estáis seguros de que seguirá queriéndoo. Tu madre creyó eso de mí. Me escribió, ¿no sabes? No mucho antes de morir. Después de catorce años de silencio, un grito pidiendo ayuda.

—Mientes —le dije—. No hubieras podido ayudarla en nada.

—Estaba asustada —dijo, otra vez sin hacerme caso—. Me dijo que alguien trataba de matarla. Alguien estaba furioso, y celoso, y era suficientemente despiadado para hacer que la asesinaran. Esperaba que la mataran en cualquier momento.

Yo traté de mantener una apariencia de desprecio, pero ¿cómo podía dejar de conmoverme ante la imagen de mi madre tan aterrorizada —y tan sola— que había recurrido a aquel personaje acabado, a aquel loco hacía tiempo distanciado, en busca de ayuda? La veía yendo de un lado a

otro de su estudio, retorciéndose las manos y sobresaltada por cualquier ruido, como si fuera un presagio de muerte.

—Sé lo que le ocurrió a mi madre —dije tranquilamente. Vasco explotó.

—¡Los Zogoiby dicen siempre que lo saben todo! ¡Pero no sabéis nada! ¡Nada de nada! Soy yo... yo, Vasco... Vasco del que todos os burlabais, el artista de aeropuertos que no era digno de besar el borde del vestido de tu gran madre, Vasco el pintamonas, Vasco el chiste malo... el que sé ahora.

Se recortaba contra el tablero de cajitas, con imágenes de rayos X a derecha e izquierda.

—Si la mataban, dijo, quería que le ajustaran las cuentas al asesino. De modo que escondió su retrato bajo la obra que estaba pintando. Haz una radiografía de la pintura, me dijo, y verás el rostro de mi asesino.

Vasco tenía una carta en la mano. Allí, por fin, en aquel tiempo de espejismos, aquel lugar de juegos de manos, había un hecho sencillo. Cogí la carta, y mi madre me habló desde más allá de la tumba.

—Echa una ojeada. —Vasco señaló con la pistola las radiografías. Achantado, avergonzado, hice lo que me decía. No había duda de que el lienzo era un palimpsesto; se podía distinguir un retrato de cuerpo entero en los segmentos en negativo de debajo. Pero Raman Fielding había sido un personaje de la corpulencia de Vasco, y el hombre de la imagen fantasma era delgado y alto.

—No es Mainduck —dije, y las palabras brotaron en contra de mi voluntad.

—¡Exacto! Un acierto total —dijo Vasco—. Una rana es algo inofensivo. ¿En cambio ese tipo? ¿No lo reconoces? ¡Sigue tu instinto y t u outstinto! ¡Aquí, él puede estar subterráneo, pero tú lo has visto superterráneo! Mira, mira... es el jefe de los malos de película en persona. Blofeld, Mogambo, Don Vito Corleone: ¿no reconoces a ese caballero?

—Es mi padre —dije, y lo era. Me senté pesadamente en el frío suelo de piedra.

A sangre fría: la expresión nunca se había ajustado a nadie tan bien como a Abraham Zogoiby... Desde unos comienzos humildes (persuadir a un capitán de barco renuente para que se hiciera a la mar) había ascendido hasta alturas edénicas; desde las cuales, como una deidad helada, hacía estragos entre los simples mortales de abajo; pero también, y en eso se diferenciaba de la mayoría de las deidades, entre sus propios familiares y amigos... Observaciones inconexas se me aparecían ahora para que yo las aprobase; o las examinase; o lo que vosotros queráis. — Como Supermán, se me había concedido el don de la visión de rayos X; a diferencia de Supermán, esa visión me había mostrado que mi padre era el ser más perverso nunca existente—. A propósito, si Renegada y Felicitas no eran hermanastras, ¿cuáles eran sus apellidos? ¿Lorenço, del Toboso, de Malindrania, Carculiambro?... Pero mi padre... estaba hablando de mi padre Abraham, que había sido quien inició la investigación del misterio de la muerte de Aurora; que no podía dejarla en paz y veía su fantasma caminando por sus jardines del cielo... ¿Era su culpa que lo acosaba, o era parte de su plan grandioso, a sangre fría? Abraham, que me dijo lo que Sammy Hazaré había declarado bajo juramento a Dom Minto, declaración que nunca se materializó, pero basándome en la cual aporreé a un hombre hasta matarlo... ¿Y Gottfried Helsing? ¿Podía ser que no conociera la verdad sobre las sedicentes «hermanas Larios»...? ¿O era tan grande su indiferencia que no se creyó obligado a informarme voluntariamente; se había deteriorado tanto entre los Parásitos de Benengeli el sentido de la responsabilidad humana que nadie se sentía en absoluto responsable del destino de sus semejantes? Sí, aporrear he dicho, aporrear. Machacarle la cara hasta que no hubo cara. Y también Chhaggan apareció en una alcantarilla; se sospechaba de Sammy Hazaré, pero quizá había actuado otra mano invisible... Bueno, ¿cómo se llamaban los actores que interpretaban al hombre del antifaz y el indio?

A-B-C-D-E-F-G-H-I-J... Eso es, Jay, y no balas de plata, *silverbullets*, sino tacones de plata, *silverheels*. Chief Jay Silverheel y Clayton Moore... ¡Oh Abraham! ¡Qué fácilmente sacrificaste a tu hijo en el altar de tu ira! ¿A quién alquilaste para lanzar el dardo envenenado? ¿Existió siquiera ese dardo o se utilizaron medios más escurridizos?... Un pequeño charco de vaselina hubiera bastado para tu truco asesino, sólo unas gotas en el sitio adecuado, tan fáciles de echar, tan fáciles de eliminar; ¿por qué había de creer yo, después de todo, una sola palabra de esta historia de Minto? Ay, me perdía en ficciones, y el asesinato andaba por todas partes... Mi mundo estaba loco y yo había enloquecido en él; ¿cómo acusar a Vasco cuando los Zogoiby cometían tales locuras los unos contra los otros, y en momentos tan aciagos...? Y Mynah, mi hermana Mynah, muerta en una de las primeras explosiones; ¡Mynah, que envió a la cárcel a un politicastro sinvergüenza y obligó a su padre a realizar gastos considerables...! ¿Podía haber muerto la hija también por mano de su padre...? ¿Podía haber sido el ensayo de nuestro padre para acabar con su esposa...? Y Aurora, ¿era inocente o culpable? Ella me creyó culpable y no lo era; ¿no debía evitar yo caer en la misma trampa? ¿Dio realmente a Abraham, siendo infiel, motivos para su furia celosa... de forma que, después de permanecer una vida a la sombra de ella y sometido a sus caprichos (mientras que en el resto de su vida se volvía monstruoso, omnipotente y diabólico), le dio muerte, utilizando luego el misterio de esa muerte para retorcerme la mente, a fin de que diera muerte también a su enemigo...? ¿O fue ella casta, pura y todo lo que debía ser una madre india y él, confundiendo virtud con vicio, interpretó el papel de necio celoso e irrazonable...? Cuando el pasado se ha ido, cuando todo ha explotado y anda en andrajos, ¿cómo repartir las culpas? ¿Cómo encontrar sentido en las ruinas de la vida...? Una cosa era cierta: yo había sido juguete de la fortuna, y de mis padres... Este suelo está muy frío. Tengo que levantarme de este suelo. Todavía está ahí ese tipo gordo, apuntándome con una pistola al corazón.

He perdido la cuenta de los días que han pasado desde que comencé mi condena en la habitación más alta de la torre de la fortaleza demente de Vasco Miranda en el pueblo de montaña andaluz de Benengeli, pero, ahora que ha terminado, tengo que dejar constancia de mis recuerdos de aquel horrible encarcelamiento, aunque sólo sea para rendir tributo al heroico papel desempeñado por mi compañera de cautiverio, sin cuyo coraje, inventiva y serenidad, estoy seguro de que no habría sobrevivido para contar mi historia. Yo no era la única víctima de la desquiciada obsesión de Vasco Miranda con mi difunta madre. Había un segundo rehén.

Conmovido aún hasta los cimientos de mi ser por las revelaciones de la estancia de los rayos X, Vasco me ordenó que continuase mi ascensión. Así llegué a la celda circular en la que se me abandonaría tanto tiempo para que me pudriera, ensordecido por los horribles ruidos que brotaban de altavoces montados muy en alto, seguro de la inminencia de mi propia muerte, y consolado sólo por la asombrosa mujer que brilló a través de mi período de oscuridad como un faro. Me aferré a ella y, de esa forma, no me hundí.

En un taburete, en el centro de la habitación, había igualmente un cuadro: el Boabdil del propio Vasco, el jinete lacrimógeno, había galopado llorosamente también hasta España, dejando en casa a su comprador C. P. Bhabha y volviendo a su creador. Lo que fue hecho en *Elephanta* había venido a parar a Benengeli: asesinato, venganza y arte. La primera obra de Vasco sobre lienzo y la última de Aurora, el nuevo comienzo de él y la triste conclusión de ella: dos cuadros robados que trataban el mismo tema, y cada uno de ellos con uno de mis padres escondido debajo. (Nunca vi los otros «Moros» robados. Vasco pretendía haberlos hecho astillas y quemado, junto con sus embalajes: sólo los había robado, dijo, para disimular el hecho de que el único que quería era

El último suspiro del Moro.)

Los rayos X acusaban a Abraham Zogoiby en el círculo inferior de su infierno ascendiente, pero, para la oculta Aurora, las fotografías no bastaban. El *Moro* de Vasco estaba siendo destruido, desintegrado escama a escama; la imagen de mi madre joven, aquella Virgen-con-niño que tanto había indignado a Abraham hace-mucho-tiempo, estaba saliendo de su larga prisión. Pero ganaba su libertad a expensas de su libertador. No tardé mucho en observar que la mujer que estaba frente al caballete, quitando escamas de pintura al lienzo y dejándolas en un plato, estaba encadenada —¡por un tobillo!— a la pared de piedra roja.

Era de origen japonés, pero había pasado una gran parte de su vida profesional trabajando como restauradora en los grandes museos de Europa. Luego se casó con un diplomático español, un tal Benet, y se desplazó con él por el mundo hasta que el matrimonio fracasó. Inesperadamente, Vasco Miranda había ido a verla a la Fundació Joan Miró de Barcelona —diciéndole sólo que se la habían «recomendado mucho»— y la invitó a visitarlo en Benengeli para que examinara y lo asesorara sobre ciertas pinturas-palimpsesto que había adquirido recientemente. Aunque ella no admiraba la obra de Vasco, encontró difícil rehusar sin insultarlo; y quizá sentía curiosidad también por echar una ojeada tras los altos muros de su legendario castillo y descubrir quizá qué había bajo la máscara de aquel ermitaño de mala reputación. Cuando llegó a la «Pequeña Alhambra», llevando con ella las herramientas de su oficio, como él le había pedido expresamente, él le enseñó su propio *Moro* y las radiografías del retrato que había debajo; y le preguntó si sería posible exhumar la pintura enterrada, eliminando la capa superior.

—Sería peligroso, pero quizá posible, sí —dijo ella, tras hacer un estudio inicial—. Pero no querrá destruir su propia obra.

—Ésa es la razón por la que le he pedido que viniera.

Ella se negó. A pesar de su desagrado por el *Moro* de Vasco, cuadro que consideraba de escaso mérito, la perspectiva de pasarse semanas

laboriosas, quizá meses, dedicada a destruir, más que a preservar, una obra de arte, no la atraía. Su negativa fue educada y delicada, pero Miranda se enfureció. «Quiere mucho dinero, ¿no?», y le ofreció una suma tan absurda que a ella le confirmó sus preocupaciones por el estado mental de Miranda. Ante su segunda negativa, él sacó una pistola, y el encarcelamiento de ella comenzó. No la pondría en libertad, le dijo, hasta que hubiera cumplido su cometido; si se negaba a realizarlo, la mataría «como a un perro». De forma que ella comenzó su trabajo.

Al llegar a la celda donde ella estaba, me extrañaron sus cadenas. Qué tipo más complaciente debía de ser aquel herrero, pensé, para instalar tan indiferentemente tales cachivaches en una casa particular. Luego recordé su exclamación —*Toavía libre, ¿eh? Ya pronto cualquier día, pronto*— y tuve otra vez, y roí, la idea de una gran conspiración.

—Te he traído compañía —informó Vasco a la mujer, y luego, volviéndose hacia mí, me anunció que, por nuestra vieja amistad y por su propia naturaleza amable y caprichosa, aplazaría mi ejecución un tanto.

—Revivamos juntos los viejos tiempos —me propuso alegremente—. Si los Zogoiby van a ser barridos de la faz de la tierra —si los pecados del padre, sí, y también de la madre, deben recaer sobre el hijo—, dejemos que el último Zogoiby nos cuente su saga pecadora.

Después de aquello, todos los días me traía lápiz y papel. Había hecho de mí una Scheherazade. Mientras mi relato suscitara su interés, me dejaría vivir.

Mi compañera de prisión me dio un buen consejo.

—Alárguelo —dijo—. Es lo que estoy haciendo yo. Cada día que permanezcamos vivos aumentan nuestras posibilidades de ser salvados.

Ella tenía una vida —trabajo, amigos, un hogar— y su desaparición no podía dejar de suscitar sospechas. Vasco lo sabía, y la obligó a escribir cartas y postales, pidiendo permiso en su trabajo y explicando a su círculo de amistades que era presa de la «fascinación» de estar en el mundo secreto del famoso V. Miranda. Eso retrasaría las investigaciones,

pero no eternamente, porque ella había introducido errores deliberados en las cartas, dando, por ejemplo, al amante o el animal favorito de un amigo un nombre equivocado; y más pronto o más tarde alguien se olería algo. Cuando lo supe, me excité enormemente, porque el desaliento que me había acometido a raíz de las revelaciones de rayos X de Vasco había hecho que desesperase de ser salvado. Ahora la esperanza renacía, y esa esperanza me hacía desvariar. Ella me puso enseguida los pies en el suelo.

—Es sólo una posibilidad remota —dijo—. La gente, en general, es muy distraída. No lee atentamente sino que simplemente echa un vistazo. No espera recibir mensajes en clave, de forma que puede no verlos.

Para ilustrar su afirmación me contó una historia. En 1968, durante la Primavera de Praga, una colega norteamericana cuya había llevado a un grupo de estudiantes de Historia del Arte a visitar Checoslovaquia. Estaban en la plaza de Wenceslao cuando los primeros tanques rusos entraron en la ciudad. En los desórdenes que siguieron, la profesora norteamericana fue una de las personas detenidas al azar por las brigadas antidisturbios enviadas, y se pasó dos días en la cárcel antes de que el cónsul de Estados Unidos consiguiera que la pusieran en libertad. Durante esos días, había observado que había un código de golpes arañado en la pared de su celda, y había empezado a enviar mensajes ansiosamente a cualquiera que pudiera estar al otro lado de la pared. Sin embargo, al cabo de una hora o cosa así de martillear, la puerta de su celda se abrió de golpe, y un guardia, divertido, entró despreocupadamente y le dijo, en un inglés pésimo y lamentable, que su vecino quería que «le pegara un tiro a aquel pendejo», porque, por desgracia, «nadie le había dao a él el hodío código».

—Además —siguió diciendo ella fríamente—, aunque llegue ayuda —aunque los policías echen abajo las puertas de este lugar horrible—, ¿quién sabe si Miranda dejará que nos encuentre vivos? Actualmente vive por completo en el presente... y se ha librado de las cadenas del futuro.

Pero, si llega ese mañana, si se ve obligado a afrontarlo, puede preferir morir, como uno de esos dirigentes de sectas de los que se oye hablar cada vez más ahora y, con toda probabilidad, querrá llevársenos con él: a la señorita Renegada, la señorita Felicitas y a mí, y también a usted.

Los dos nos encontramos tan al final de nuestras historias, que no puedo hacerle justicia. No tengo tiempo ni espacio para hacerle el cumplido de reflejarla, por decirlo así, *in extenso*; aunque ella tenía también su historia, amaba ser amada, era un ser humano, no sólo una cautiva en aquel espacio odioso cuyo frío de espesos muros nos hacía temblar por las noches, aunque nos acurrucábamos el uno contra el otro para entrar en calor, envueltos en mi gran sobretodo de cuero. No puedo embarcarme en su historia... Sólo puedo rendir tributo a la fortaleza generosa con que me estrechaba durante aquellas noches interminables en que sentía la proximidad de la Muerte, y temblaba. Sólo puedo anotar sus murmullos en mis oídos, cómo me cantaba y cómo bromeaba. Ella había conocido otras paredes más amables, había mirado por otras ventanas distintas de aquellos simples cortes de navaja en la piedra roja, a través de los cuales caían diariamente en nuestra jaula barras de luz, y por las cuales ningún grito de ayuda podía abrirse paso hasta un oído amigo. Desde aquellas ventanas más felices, ella debía de haber llamado a familiares o amigos; pero no podía hacerlo ahora.

Eso es lo que puedo decir. Su nombre era un milagro de vocales. Aoi Ue: los cinco sonidos instrumentales del idioma, así agrupados, lo formaban. Era diminuta, delgada, pálida. Su rostro era un óvalo suave, sin arrugas, en el que dos cejas como dos tizones, situadas insólitamente altas, le daban una expresión permanente de suave sorpresa. Era un rostro sin edad. Podía haber tenido cualquiera desde treinta hasta sesenta. Gottfried Helsing había hablado de «una mujercita muy bonita» y Renegada Larios —o como se llamara— de su «tipo bohemio». Ambas descripciones eran ligeramente inexactas. No era una cría, sino una mujer formidablemente contenida... De hecho, su dominio de sí misma hubiera

podido resultar, en el mundo exterior, un tanto alarmante, pero, entre los límites de nuestro círculo fatal, se convirtió en mi soporte, mi alimento de día y mi almohada de noche. Tampoco era del tipo gratuitamente marginado, sino más bien, el más ordenado de los seres. Su formalidad, su precisión, despertaron en mí una antigua personalidad, recordándome mi propia adhesión a los conceptos de limpieza y orden antes de rendirme a los imperativos que se despertaron en mi puño brutal y torcido. En las horribles circunstancias de mi existencia encadenada, ella nos daba la disciplina necesaria y yo, sin rechistar, seguía sus orientaciones.

Ella dio forma a nuestros días, estableciendo un horario al que nos ateníamos rigurosamente. Cada mañana nos despertaba una hora de aquella «música» que Miranda insistía en llamar «oriental», incluso «japonesa», pero, si la japonesa que había hecho prisionera, encontraba insultantes esos epítetos, nunca dio a Vasco la satisfacción de expresar su enojo. El ruido nos abrumaba y magullaba pero, mientras duraba, nosotros realizábamos, por sugerencia de Aoi, nuestras funciones privadas. Cada uno, por turno, apartaba la mirada, echándose de cara a la pared mientras el otro hacía lo que tenía que hacer en uno de los dos cubos-letrina que Vasco, el más pesadillesco de los carceleros, nos había proporcionado; y el estruendo que nos perforaba los tímpanos nos evitaba mutuamente nuestros sonidos. (Cada uno de nosotros recibía, de cuando en cuando, unos rectángulos de basto papel pardo para limpiarse, y apreciábamos y defendíamos esos papeles como defiende un dragón sus tesoros.) Después de eso, nos lavábamos, utilizando las palanganas de aluminio y las jarras de agua que una de las «hermanas Larios» nos traía una vez al día. Felicitas y Renegada se mostraban imperturbables en esas visitas, rehusando todas las súplicas y no haciendo caso de protestas ni de afrentas.

—¿Hasta dónde estáis dispuestas a llegar? —les gritaba yo—. ¿Hasta dónde, por ese loco gordo? ¿Hasta el asesinato? ¿Hasta el final? ¿O vais a apearos antes?

Ante aquellas preguntas, ellas eran implacables, indiferentes, sordas. Aoi Ue me enseñó que sólo permaneciendo silencioso, en una situación así, se podía mantener el respeto necesario hacia sí mismo. Después de eso, dejé que las mujeres de Miranda entrasen y saliesen sin decir yo nada.

Una vez terminada la música, nos dedicábamos a nuestro trabajo: ella, a sus escamas de pintura, yo a estas páginas. Pero, además de a las tareas que teníamos asignadas, dedicábamos tiempo a conversaciones de horas, en las que, de común acuerdo, hablábamos de todo menos de nuestra situación; y también a breves «reuniones de negocios», en las que considerábamos nuestras opciones y hablábamos de posibilidades de huida; y períodos de ejercicio físico; y a momentos de soledad también, en los que no hablábamos, sino que nos sentábamos solos y cuidábamos de nuestras erosionadas personalidades. De esa forma nos aferrábamos a la humanidad, y nos negábamos a permitir que la cautividad nos definiera.

—Somos más grandes que esta prisión —dijo Aoi—. No debemos encogernos para adaptarnos a sus pequeñas paredes. No debemos convertirnos en fantasmas que rondan por este castillo estúpido.

Jugábamos a juegos: juegos de palabras, juegos de memoria, palmaditas. Y, a menudo, sin motivación sexual, nos agarrábamos el uno al otro. A veces, ella se permitía temblar, y llorar, y yo le dejaba, le dejaba. Con más frecuencia, ella me prestaba ese servicio a mí. Porque me sentía viejo y agotado. Mis dificultades respiratorias habían vuelto, peores que nunca; no tenía medicinas, ni me daban ninguna. Aturdido, dolorido, comprendía que mi cuerpo me estaba enviando un mensaje sencillo y absoluto: el baile casi había terminado.

Había una parte del día que no podía planificarse. Era la visita de Miranda, cuando inspeccionaba los progresos de Aoi, se llevaba mis páginas diarias y me facilitaba más hojas y lápices si hacía falta; y, de distintas formas, se divertía a costa nuestra. Tenía sus apodos, sus

nombres favoritos para nosotros, nos dijo, porque ¿no éramos sus animales favoritos, atados y en su caseta, transformados en perro y perra?

—Bueno, Moro es Moro, claro —dijo—. Pero tú, querida, serás en adelante su Chimène.

Le hablé a Aoi Ue de mi madre, a la que ella estaba trayendo de entre los muertos... y de la serie de obras en la que otra Chimène había conocido, y amado, y traicionado a otro moro. Ella dijo:

—Yo quise a un hombre, ¿sabes?; mi marido, Benet. Pero él me traicionó, a menudo y en muchos países, no podía evitarlo. Me quería y me traicionaba sin dejar de quererme. Al final, fui yo quien dejó de quererlo y me fui: dejé de quererlo no porque me traicionara —me había acostumbrado a eso— sino porque algunas de sus costumbres, que siempre me habían irritado, erosionaron mi amor. Costumbres muy poco importantes. La fruición con que se metía el dedo en la nariz. El tiempo que pasaba en el baño mientras yo lo aguardaba en la cama. Su renuencia a mirarme y dirigirme una sonrisa de afecto cuando estábamos con alguien. Cosas triviales; ¿o quizá no? ¿Qué piensas: que quizá mi traición fue mayor que la suya; o igual? No importa. Sólo quiero decir que nuestro amor sigue siendo el acontecimiento más importante de mi vida. Un amor fracasado sigue siendo un tesoro, y los que prefieren vivir sin amor no han conseguido victoria alguna.

Amor derrotado... ¡Oh ecos desgarradores del ayer! Sobre mi mesita, en aquella celda de la muerte, el joven Abraham Zogoiby cortejaba a su heredera de las especias y se alineaba con el amor y la belleza contra las fuerzas de la fealdad y del odio; ¿era cierto aquello, o estaba poniendo las palabras de Aoi en el «bocadillo» que pensaba mi padre en la historieta...? Lo mismo que, de noche, seguía soñando que me desollaban; así, cuando anoto visiones similares de Oliver D'Aeth, o los pensamientos masturbatorios de Carmen da Gama, hace mucho tiempo, cuando, a mi antojo y en la intimidad de su propia imaginación, ansiaba ser desollada y aniquilada, ¿qué era ella sino una criatura de mi mente...?

Como lo son todas; como tienen que ser, al no tener otro medio de ser distintas que no sean mis palabras. Y yo también sabía de amores derrotados. En otro tiempo había querido a Vasco Miranda. Sí era cierto. El hombre que pretendía asesinarme era alguien a quien había querido... pero yo había sufrido otra derrota mayor aún que ésa.

Uma, Uma.

—¿Qué pasaría si la persona a quien quisiste no existió realmente, en absoluto? —le pregunté a Aoi—. ¿Qué si se creó a sí misma, por la idea que se hizo de tu necesidad...? ¿Qué si interpretó falsamente el papel de la persona a la que tú no podías resistir, nunca pudiste resistir, de tu amante soñado; qué si hizo que la quisieras *de forma que ella pudiera traicionarte*... si la traición no hubiera sido el fracaso del amor, sino la finalidad de todo desde el principio?

—Sin embargo, tú la quisiste —dijo Aoi—. No estabas interpretando un papel.

—Sí, pero...

—Bueno, incluso entonces —dijo con decisión—. Incluso entonces, ya ves.

Vasco dijo:

—Eh, Moro. He leído en el periódico que unos tipos, en Francia, han descubierto un medicamento milagroso. Detiene el proceso de envejecimiento, oye, ¡qué increíble! La piel se mantiene más elástica, los huesos, más huesudos, los órganos hacen uso de todos sus registros durante más tiempo, y se favorece el bienestar general y la viveza mental de los viejos. Los ensayos clínicos con voluntarios comenzarán pronto. Mala suerte; demasiado tarde para ti.

—Claro, claro —dije—. Gracias por tu interés.

—Léelo tú mismo —me dijo, dándome el recorte—. Parece el elixir de la vida. *Muchacho*, qué frustrado te debes de sentir.

Y de noche había cucarachas. Nuestro sitio para dormir era un jergón de paja cubierto de arpillera y, en la oscuridad, aquellos bichitos

salían de él, retorciéndose a través de pequeñas fisuras del universo, como hacen las cucarachas, y nosotros las sentíamos moviéndose sobre nuestros cuerpos como dedos sucios. Al principio, me estremecía y me ponía en pie de un salto, pisaba con fuerza y me sacudía a ciegas, y lloraba cálidas lágrimas fóbicas. Mi aliento era como un rebuzno de burro, mientras lloraba.

—No, no —me consolaba Aoi mientras yo me estremecía en sus brazos—. No, no. Tienes que aprender a dejar que pase. Que pasen el miedo, la vergüenza.

Ella, la más exigente de las mujeres, me enseñaba con el ejemplo, sin temblar ni quejarse, demostrando una disciplina de hierro, aunque las cucarachas trataran de meterse en su cabello. Y, lentamente, aprendí de ella.

Cuando me enseñaba, me recordaba a Dilly Hormuz; en su trabajo, era la reencarnación de Zeenat Vakil. Era el barniz lo que hacía posible su tarea, me explicó: esa delgada película que separaba la pintura anterior de la más reciente. Había dos mundos en su caballete separados por una invisibilidad; lo que permitía su separación final. Sin embargo, en esa separación, uno quedaría totalmente aniquilado y el otro podría resultar dañado fácilmente.

—Muy fácilmente —decía Aoi— y, si me tiemblan las manos de miedo, se acabó.

Sabía encontrar buenas razones para no tener miedo.

Mi propio mundo se había incendiado. Yo había tratado de saltar fuera, pero había caído en el fuego. Pero su vida, la de Aoi, no se había merecido aquel final. Había sido una trotamundos y había tenido su ración de dolor, pero ¡qué cómoda parecía en su desarraigo, qué a gusto dentro de sí misma! De modo que era imaginable que, después de todo, el yo fuera autónomo, y que Popeye el marino y Jehová hubieran tenido toda la razón. *Soyel quesoy yesos loque soy*, y al diablo con raíces y narices. El nombre de Dios había resultado ser también nuestro nombre. Yo soy, yo

soy, yo soy. Yo soy. Yo soy. *Diles que YO SOY me ha enviado a vosotros.*

Por inmerecido que fuera su destino, ella se enfrentaba con él. Y, durante mucho tiempo, no dejó que Vasco viera su miedo.

¿Qué era lo que asustaba a Aoi Ue? Lector: yo. Era yo. No por mi aspecto, sino por mis hechos. Le daban miedo mis palabras, lo que escribía en el papel, aquel canto diario y silencioso a cambio de mi vida. Al leer lo que escribía antes de que Vasco lo hiciera desaparecer, al conocer toda la verdad de la historia en que se veía tan injustamente atrapada, temblaba. Su horror por lo que nos habíamos hecho unos a otros a través de los años era tanto más grande, porque mostraba lo que todavía éramos capaces de hacer; a nosotros mismos, y a ella. En los peores momentos del relato, enterraba el rostro entre las manos y movía la cabeza. Yo, que necesitaba su compostura, que me agarraba a su dominio de sí misma como si fuera mi salvavidas, me sentía consternado al ser responsable de aquellos ataques de nervios.

—Entonces, ¿ha sido una vida tan mala? —le pregunté lastimeramente, como un niño apelando a la directora del colegio—. ¿Ha sido realmente tan, tan mala?

Podía ver los episodios que pasaban ante mis ojos: el incendio de los campos de especias, Epifania muriéndose en la capilla mientras Aurora la miraba. Polvo de talco, estafas, asesinatos.

—Claro que sí —me contestó con una mirada penetrante—. Todos vosotros... Es horrible, horrible. —Y luego, tras una pausa—: ¿No podíais... haberos calmado un poco?

Allí estaba nuestra historia en pocas palabras, nuestra tragedia interpretada por payasos. Escribidla en nuestras lápidas, susurrádsela al viento: ¡Esos Da Gama! ¡Esos Zogoiby! Sencillamente, *no sabían cómo calmarse.*

Éramos consonantes sin vocales: irregulares, sin forma. Quizá si la hubiéramos tenido a ella para orquestarnos, nuestra señora de las vocales. Quizá entonces. Quizá, en otra vida, en una encrucijada de nuestro

camino, vendría a nosotros y todos nos salvaríamos. Hay en nosotros, en todos nosotros, cierto grado de brillantez, de posibilidad. Comenzamos por eso, pero también por su fuerza contraria y oscura, y las dos se pasan nuestras vidas a tortazo limpio, y tenemos suerte si la pelea resulta igualada.

¿Yo? Nunca tuve la ayuda necesaria. Ni, hasta ahora, encontré nunca a mi Chimène.

Hacia el final, se retiró de mí, dijo que no quería seguir leyendo; sin embargo, lo leía, y se llenaba, cada día, con algo más de horror, algo más de repugnancia. Le rogué que me perdonara y le dije (¡mis castañas de *ca-jú* persistían hasta el fin!) que necesitaba su absolución. Ella me dijo: «No me dedico a eso. Búscate un cura.» Después de aquello hubo cierta distancia entre los dos.

Y, a medida que nuestras tareas se acercaban a su terminación, nuestro miedo flotaba más bajo sobre nosotros y nos goteaba en los ojos. Yo tenía prolongados ataques de tos, durante los cuales, con arcadas y llorándome los ojos, casi deseaba que llegara el fin, así, para privar a Miranda de su premio. Me temblaba la mano sobre el papel, y también Aoi tenía que dejar de trabajar a menudo, y se arrastraba, haciendo resonar las cadenas, para arrimarse a una pared y serenarse de nuevo. Ahora yo también estaba horrorizado, porque era realmente un horror ver flaquear a aquella mujer fuerte. Pero, cuando buscaba consuelo en ella, en aquellos últimos días, ella me apartaba el brazo. Y, naturalmente, Miranda lo veía todo, su debilidad y nuestro alejamiento; se deleitaba con nuestro derrumbe, provocándonos: «Quizá lo haga hoy... ¡Sí, sí!... No, pensándolo mejor, mañana.» No le importaba mi retrato de él y, en dos ocasiones, me puso la pistola en la sien y apretó el gatillo. La recámara estaba vacía las dos veces y, por fortuna, también lo estaban mis intestinos; de otro modo, hubiera habido cierta humillación en mis pantalones.

—No lo hará —me descubrí repitiendo—. No lo hará, no lo hará, no

lo hará.

Aoi Ue se vino abajo.

—Claro que lo hará, desgraciado —me gritó, hipando de terror y de rabia—. Está loco, loco como una s-serpiente, y se mete agujas en los brazos.

Tenía razón, desde luego. Aquel Vasco desquiciado del último período se había convertido en un gran consumidor. El Vasco Miranda de la aguja perdida había encontrado muchas agujas nuevas. De modo que, cuando al final vinieran a buscarnos, tendría coraje holandés en las venas. De pronto, con un escalofrío sin aliento, recordé el aspecto que tenía el día en que leyó lo que yo había escrito sobre la incursión de Abraham Zogoiby en la puericultura; vi otra vez la sonrisa asimétrica de su boca mientras se refocilaba con nosotros, y oí —entendiéndola de una forma espantosamente nueva— su voz en la escalera, mientras él descendía cantando:

*Bebé Blandito, yo lo recalco,
Muy suavecito, polvos de talco,
Siempre es el crío más buenecito
El que usa polvos Bebé Blandito.*

Claro que nos mataría. Me imaginé que se sentaría entre nuestros dos cadáveres, limpio de odio por la violencia, y miraría fijamente el retrato sin velo de mi madre: unido a su amada por fin. Aguardaría con Aurora hasta que vinieran a buscarlo. Entonces, quizá, utilizaría su última bala de plata contra sí mismo.

No llegó ninguna ayuda. Los códigos no fueron descifrados, Salvador Medina no sospechaba nada, las «hermanas Larios» siguieron leales a su amo. ¿Era una lealtad de polvos de talco, me pregunté; hacían ellas también esa clase de labores de aguja?

Mi historia había llegado a Benengeli, y mi madre, acunando el aire, me miraba desde el caballete. Aoi y yo apenas hablábamos ya; y cada día aguardábamos el fin. A veces, mientras esperaba, interrogaba al retrato

de mi madre, en silencio, porque quería tener respuestas a las grandes preguntas de mi vida. Le pregunté si había sido realmente la amante de Miranda, o de Raman Fielding, o de alguien; le pedí una prueba de su amor. Ella sonreía, pero no me contestaba.

A menudo yo miraba fijamente a Aoi Ue mientras ella trabajaba. Aquella mujer me resultaba a la vez íntima y extraña. Soñaba con encontrarme con ella luego, cuando hubiéramos escapado a nuestro destino, en la inauguración de alguna galería en alguna ciudad extranjera. ¿Caeríamos el uno en los brazos del otro, o nos cruzaríamos sin dar muestras de reconocernos? Después de los temblores, las noches agarrados y las cucarachas, ¿lo seríamos todo el uno para el otro, o no seríamos nada? Quizá peor que nada: cada uno recordaría al otro la peor época de su vida. De forma que nos odiaríamos y nos separaríamos furiosos.

Oh, estoy lleno de sangre. Hay sangre en mis manos temblorosas y en mi ropa. La sangre mancha estas palabras mientras las escribo. Oh, qué vulgaridad, qué estridente falta de ambigüedad la de la sangre. De qué mal gusto es, qué delgada... Pienso en los relatos de violencia de los periódicos, en meticulosos escribanos que resultan ser asesinos, en cuerpos en descomposición descubiertos bajo el piso de madera de la alcoba o el césped del jardín. En los rostros de los supervivientes que recuerdo: mujeres, vecinos, amigos. «Ayer nuestras vidas eran ricas y variadas —me dicen los rostros—. Luego ocurrió la atrocidad; y ahora sólo somos sus cosas, actores secundarios de una historia que no es la nuestra. Que nunca soñamos que pudiera ser la nuestra. Nos hemos aplastado; reducido.»

Catorce años es una generación; o tiempo suficiente para una regeneración. En catorce años, Vasco podía haber dejado que la amargura se filtrara de su cuerpo, podía haber limpiado su suelo de venenos y cultivado nuevos cultivos. Pero se había mirado en lo que dejaba atrás, marinado en lo que lo había desdeñado y en su propia bilis. También él

era prisionero de aquella casa, su mayor capricho, que lo había atrapado en su propia insuficiencia, en su fracaso al tratar de acercarse a las alturas de Aurora; estaba preso en un estridente *feedback* de recuerdos, un griterío de memorias, cuya nota subía cada vez más, hasta que empezaba a romper cosas. Tímpanos; cristales; vidas.

Lo que temíamos llegó a ocurrir. Encadenados, aguardábamos; y llegó. Cuando había llevado mi historia hasta la habitación de rayos X, y Aurora había irrumpido a través del caballero lloroso, al mediodía, él vino a nosotros con su traje de sultán, con un gorro negro en la cabeza, el aro de llaves tintineando en su cinturón, la pistola en la mano y tarareando la saloma de los polvos de talco. Es una nueva versión hecha en Bombay de una película de vaqueros, pensé. Un duelo solo ante el peligro, pero no hay más que uno de nosotros con armas. *Es inútil, Tonto. Estamos rodeados.*

Tenía el rostro sombrío, extraño.

—Por favor, no lo haga —dijo Aoi—. Lo lamentaré. Por favor.

Él se volvió hacia mí.

—Lady Chimène suplica que le perdonen la vida, Moro —dijo—.

¿No vas a acudir cabalgando en su ayuda? ¿No la defenderás hasta el último aliento?

Cuchilladas de sol le atravesaban la cara. Tenía los ojos rosados y el brazo tembloroso. Yo no sabía de qué estaba hablando.

—No puedo defenderla —dije—. Pero quítame la cadena, deja la pistola y, desde luego: lucharemos por nuestra vida.

Mi aliento rebuznaba fuerte, haciendo de mí otra vez un asno.

—Un verdadero Moro —respondió Vasco—, atacaría al agresor de su dama, aunque ello significase su propia muerte.

Levantó la pistola.

—Por favor —dijo Aoi, con la espalda contra la pared de piedra roja—. Moro, por favor.

Una vez, antes, una mujer me había pedido que muriese por ella pero

yo había preferido la vida. Ahora me lo pedían de nuevo; una mujer mejor, pero a la que amaba menos. ¡Cómo nos aferramos a la vida! Si me lanzaba contra Vasco, no prolongaría la vida de ella más que un momento; sin embargo, qué precioso parecía ahora ese momento, qué infinita su duración, ¡cómo lo ansiaba ella, y me guardaba rencor por denegarle ese siglo!

—Moro, por el amor del cielo, por favor.

No, pensé. No lo haré.

—Demasiado tarde —dijo Vasco Miranda tranquilamente—. ¡Oh Moro falso y cobarde!

Aoi chilló y corrió inútilmente por la habitación. Hubo un momento en que su parte superior quedó oculta por el cuadro. Vasco disparó, una sola vez. Apareció un agujero en el lienzo, sobre el corazón de Aurora; pero era el pecho de Aoi Ue el atravesado. Ella cayó pesadamente contra el caballete, agarrándose a él; y, por un instante —imagináoslo—, su sangre brotó por la herida del pecho de mi madre. Luego el retrato cayó hacia adelante, su esquina derecha superior golpeó contra el suelo y dio la vuelta, para quedar hacia arriba, manchado de sangre de Aoi. Aoi Ue, sin embargo, yacía con el rostro hacia abajo, muy quieta.

El cuadro había resultado dañado. La mujer había resultado muerta.

Así que era yo quien había ganado aquel momento, tan eterno anticipadamente, tan breve en retrospectiva. Aparté mis ojos llorosos de la forma caída de Aoi. Miraría a mi asesino a la cara.

—*Llora como una mujer* —me dijo— *lo que no has sabido defender como un hombre.*

Entonces, sencillamente, él estalló. Se produjo un gorgoteo en su interior y fue bruscamente movido por hilos invisibles, y olas de su sangre se desataron y fluyeron por su nariz, boca, oídos, ojos. —¡Lo juro!—. Las manchas de sangre se extendieron por delante y por detrás de sus pantalones moros, y él cayó de rodillas, chapoteando en sus propios y fatales charcos. Había sangre y más sangre, la sangre de Vasco se

mezclaba con la de Aoi, la sangre me lamía los pies y salía por debajo de la puerta para chorrear escaleras abajo y contar la noticia a las radiografías de Abraham. —Una sobredosis, quiere decir: una aguja de más en el brazo, que hizo que el cuerpo ofendido soltara una docena de chorros—. No, fue algo más antiguo, una aguja más antigua, la aguja del castigo plantada en él antes de que hubiera cometido delito alguno; o, y, una aguja de fábula, una esquirra de hielo dejada en sus venas por su encuentro con la Reina de las Nieves, mi madre, a la que había amado y que lo había vuelto loco.

Cuando murió, quedó tendido sobre el retrato de mi madre, y su última sangre oscureció el lienzo. También ella se había ido para no volver, y nunca me habló, nunca se confesó, nunca me devolvió lo que necesitaba, la certidumbre de su amo.

En cuanto a mí, volví a mi mesa, y escribí el final de mi historia.

La áspera hierba del cementerio ha crecido alta y punzante y, mientras estoy sentado sobre esta tumba, parezco descansar sobre las puntas amarillas de la hierba, ingrátido, flotando libre de cargas, mantenido en el aire por una espesa brocha de hojas milagrosamente inflexibles. No me queda mucho. Mis bocanadas de aire se cuentan, como los años del mundo antiguo, a la inversa, y la cuenta atrás está ya muy adelantada. He usado mis últimas fuerzas para hacer este peregrinaje; porque, cuando me recuperé, cuando me libré de los grilletes utilizando las llaves del aro de Vasco, cuando terminé de escribir, para honrar y deshonar debidamente a los dos que yacían muertos... el último propósito de mi vida me resultó claro. Me puse el sobretodo y, saliendo de mi celda, encontré el resto de mi texto en el estudio de Vasco, y me metí el grueso fajo de papeles en los bolsillos, con un martillo y algunos clavos. Las amas de llaves encontrarían los cuerpos muy pronto, y entonces Medina comenzaría su búsqueda. Que me encuentre, pensé, que no crea que no quiero que me encuentren. Que sepa todo lo que hay que saber y lo transmita a quien quiera. Y por eso dejé mi historia clavada en

el paisaje en mi estela. Me he mantenido lejos de las carreteras; a pesar de estos pulmones que no hacen ya lo que les pido, me abrí paso por terreno accidentado y caminé por cursos de agua secos, por mi determinación de llegar a la meta antes de que me encontraran. Espinas, ramas y piedras me desgarraron la piel. No presté atención a esas heridas; si la piel se me caía por fin, me sentía feliz de librarme de esa carga. Y por eso me siento aquí, con la última luz, sobre esta piedra, en medio de estos olivos, mirando a través del valle una colina distante; y allí está, la gloria de los moros, su triunfante obra maestra y su último reducto. La Alhambra, el fuerte rojo de Europa, hermana de los de Delhi y Agra... El palacio de formas entrelazadas de secreta sabiduría, de patios de placer y jardines de juegos de agua, ese monumento a una posibilidad perdida que, sin embargo, ha seguido en pie mucho después de que sus conquistadores cayeran; como un testamento al amor perdido pero dulcísimo, al amor que dura más allá de la derrota, más allá de la aniquilación, más allá del desespero; al amor derrotado que es más grande que lo que lo derrota, a la más profunda de nuestras necesidades, a nuestra necesidad de confluir, de poner fin a las fronteras, de dejar caer los límites del propio yo. Sí, la he mirado a través de una llanura oceánica, aunque no se me ha concedido entrar en sus nobles patios. La miro desvanecerse en el crepúsculo y, al apagarse, me llena los ojos de lágrimas.

En la cabecera de esta lápida hay tres letras gastadas; las yemas de mis dedos las leen para mí. R. I. P. Muy bien: descansaré, y espero hacerlo en paz. El mundo está lleno de durmientes que aguardan el momento de volver. Arturo duerme en Avalón, Barbarroja en su cueva. Finn McCool yace en las laderas irlandesas y el gusano Ouroboros en el lecho del Mar Rompiente. Los antecesores de Australia, los wandjina, reposan bajo tierra, y en alguna parte, en una maraña de espinas, una bella, en un ataúd de cristal, aguarda el beso de un príncipe. Mirad: aquí tengo mi botella. Beberé un poco de vino; y entonces, como un Van

Winkle de hoy, me echaré sobre esta piedra sepulcral, descansaré la cabeza sobre esas letras. R. I. P., y cerraré los ojos, siguiendo la vieja costumbre de nuestra familia de quedarnos dormidos en momentos difíciles, y confiaré en despertar, renovado y alegre, en una época mejor.

AGRADECIMIENTOS

Las palabras que dice el Residente en las páginas 51 y 52 están tomadas en gran parte del relato de Rudyard Kipling «On the City Wall», incluido en la recopilación *In Black and White* (reeditada por Penguin, 1993).

El pasaje en cursiva de la página 69 está tomado en gran parte de la novela de R. K. Narayan *Waiting for the Mahatma* (Heinemann, 1955).

La carta de Jawaharlal Nehru a Aurora Zogoiby de la página 135 se basa en una carta realmente escrita por Mr. Nehru a Indira Gandhi, el 1.º de julio de 1945, y publicada, con el número 274, en *Two Alone, Two Together: Letters Between Indira Gandhi and Jawaharlal Nehru 1940-1964*, recopiladas por Sonia Gandhi (Holder & Stoughton, 1992).

La ilustración del «*Common Man*» (Hombre de la calle) de la página 258 es de R. K. Laxman.

GLOSARIO

En la preparación de este glosario, que no figura en el original, se han utilizado, entre otros diccionarios de uso común, las obras de G. Subba Rao, *Indian Words in English* y H. Yule y A. C. Burnell, *Hobson-Johnson: A Glossary of Colloquial An-glo-Indian Words and Phrases*. Sin embargo, el traductor está especialmente en deuda con *Sahibs, Nabobs and Boxwallahs (A Dictionary of the Words of Anglo-India)*, de Ivor Lewis.

aap: usted.

abba: padre, papá.

achcha: bueno, muy bien. Indica acuerdo, aprobación, asombro, admiración, etc.

almyra, almirah: armario (del portugués «almario»).

amma: madre, mamá.

areca: nuez del *Areca catechu*; envuelta en hoja de betel, se mastica en toda la India.

arré!: ¡oh! ¡ah!, exclamación de sorpresa.

athak: estilo de baile clásico del norte de la India.

avatar: toda encarnación en forma humana.

ayah: criada, aya o enfermera (del portugués «aia»).

ayur-veda: medicina tradicional, ciencia de la vida o de la longevidad.

baba: título de respeto para padres, abuelos y niños.

babu: hindú de educación inglesa superficial (despectivo).

bachcha: niño pequeño.

badmash: persona indigna o desalmada.

bahurupi: de *bahur*, hombre joven y soltero.

bandanna: método de teñir telas dejando partes sin teñir; pañuelo de colores.

banshee: en la mitología irlandesa, espíritu femenino que anuncia la

muerte.

banyan: higuera india (*Ficus indica*), cuyas ramas echan raíces aéreas, llegando a cubrir enormes extensiones.

bapu (baap): padre.

bearer: criado o camarero.

beedi: cigarrillo barato, envuelto en una hoja.

begum: reina o señora india musulmana.

betel: hoja de la *Chavica betel* con la que se envuelve la nuez de areca.

bhai: hermano, amigo.

Bharat-mata: Madre India.

bhoot: demonio o trasgo.

bibi: señora, señorita.

Bollywood: Bombay como fábrica de películas.

brinjal: berenjena.

bulbul: ruiseñor (*Luscinia glozii*).

Bombay-duck: *bummalo* (*Harpodon nehereus*), pescado pequeño muy popular, que suele comerse seco.

bumboo: bambú.

bunder: desembarcadero o puerto de mar.

casuarina: árbol (*Casuarina equisetifolia*), extendido por Bengala y el sur de la India.

chamcha: adulador, lacayo.

channa: garbanzos.

chapat: bofetada.

chapati: pan de trigo sin levadura, en forma de torta.

charpoy: cama de cuerdas de yute y armazón de madera.

chaat: ensalada de fruta y verdura con especias.

chappal: sandalia.

cheese: correcto.

chhattri: sombrilla; pabellón de reposo en forma de sombrilla.

chhi-chhi!: término despectivo, aplicado a los euroasiáticos.

chhota: pequeño, joven; *chhota peg*: «lingotazo».

chil: milano real (*Milvus milvus govinda*)

chipko: práctica de abrazarse a los árboles para evitar su tala.

chokra: muchacho.

choli: corpiño ceñido de manga corta que deja libre la cintura.

chor: ladrón.

chowkidar: guarda.

churidar: pantalones ceñidos.

chutney: condimento de consistencia de jalea, hecho de frutas ácidas, coco, jugo de lima, etc., con especias y vinagre.

crore: diez millones de rupias.

crorepati: millonario.

dada: abuelo paterno y, en general, forma respetuosa de dirigirse a los ancianos; por extensión, «padrino» mafioso.

dalit (panth): especie de «panteras negras».

dam: antigua moneda de cobre de poco valor (1/40 de rupia).

darshan: bendición impartida por una persona santa.

dhal: guisante de paloma, semilla partida del *Cajanus cajan*.

djinn: espíritu que habita en el mundo. A veces, en español, «yini».

dupatta: velo o chal.

ek dum: al instante, a toda prisa.

elaichi: cardamomo.

Eeny Meeny Miney Moo: rima infantil (Rudyard Kipling, en *Relatos de la tierra y el mar*, da esta versión: «*Eenee, meenee, nainee, mo / Catch a nigger by the toe*»).

feni: licor de Goa, destilado del anacardo o el coco.

funtoosh: liquidado, acabado, hundido.

fut-a-fut: a toda prisa.

Ganesh, Ganpati, Ganesa: dios elefante, hijo de Parvati y de Shiva.

ghat: escalera o plataforma de piedra a orillas de un río.

ghee: manteca hervida y clarificada de leche de búfala, utilizada para cocinar.

goondah: matón o terrorista a sueldo.

ghazal: poema árabe breve, de rima impar, o composición musical de tema sencillo y recurrente.

ghoul: demonio o duende devorador de hombres.

gulmoohr: flamboyán (*Delonis regia* o *Poinciana regia*).

halva: dulce hecho con leche, azúcar, almendra, cardamomo y *ghee*.

Hanuman: dios-mono del *Ramayana*.

harijan: «elegido de Dios», nombre dado por Gandhi a los parias.

hartal: cesación en el trabajo como protesta (Gandhi).

hathi: elefante (*Elephas maximus*).

hookah: narguile indio.

idli: pastel de arroz y judía urd (*Phaseolus mungo*).

Ishwar: unidad de Dios dentro de la diversidad politeísta del hinduismo.

jain: miembro de una secta fundada en el siglo VI a. J.C. por Vardhamana Mahavita. Los *jains* suelen ser comerciantes.

—*ji*: sufijo de respeto y cariño.

jibba: prenda de algodón, abierta por delante y de manga larga.

juggernaut: literalmente «Señor del Mundo», título de Krishna, cuyo carro lo aplasta todo a su paso.

kabab: en general, carne asada en espetón.

karma: actos de una persona durante una existencia, que determinarán su existencia próxima.

karri: curry (*Bergera konigii*).

keema: carne picada.

kedgeriee: plato de arroz con *dhal*, cebolla, etc. y condimentos.

keema: carne picada.

khaddar: tela de algodón hilada en casa (en relación con el *swadeshi*, movimiento político de autonomía).

khansama: cocinero o criado.

kismet: suerte, destino.

koft-gari: damasquinado de oro sobre un dibujo de acero.

kulfi: helado.

kurta: túnica o camisa amplia, de hombre y de mujer.

lafanga: bribón, sinvergüenza.

lathi: bastón pesado, de bambú y hierro, utilizado por la policía.

leprechaun: duende de las leyendas irlandesas.

lingam: símbolo fálico de adoración de Shiva.

log: gente, pueblo.

lungi: tela atada en torno a las caderas.

mahaguru: gran guru.

maharaj: príncipe hindú.

maharashtri: antiguo lenguaje prácrito de la región maharashtra de la India, hoy *marathi*.

mahatma: literalmente, «alma grande».

maidan: explanada.

mantra: texto védico sagrado, utilizado como plegaria o invocación.

maratha: raza hindú de guerreros.

masala: mezcla de diversas especias y *curries* utilizada en la cocina india.

mata: madre.

memsahib: señora (título de respeto para la mujer europea casada).

moghul, *mughal*: musulmanes extranjeros en la India, salvo los *pathans*.

moorghee: gallina o ave.

mulligatawny: sopa muy especiada.

Mumbadevi: diosa (*Parvati*), de cuyo nombre se deriva al parecer «Bombay».

namaskar; «reverencia», «saludo» (con la cabeza inclinada y las palmas de las manos juntas).

nautchh: bailarina o prostituta de un templo (*devadasi*).

nawab: príncipe musulmán.

netaji: «gran dirigente», título aplicado especialmente a Subhas

Chandra Bose.

nimbu-pani: bebida de jugo de lima, azúcar y agua.

ohé!: ¡eh! ¡oye!

Om mani padmé hum: mantra muy popular del budismo tibetano.

paan: nuez de areca con especias, envuelta en una hoja de betel, que se utiliza como estimulante.

paisa: moneda de cobre o bronce de escaso valor (1/64 de rupia).

paratha: tortitas de pan sin levadura.

parsi: descendientes de persas que huyeron a la India en los siglos VII y VIII para conservar su religión zoroástrica.

pathan: afgano.

peepul: el árbol indio por excelencia (*Ficus religiosa*), sagrado para hindúes y budistas.

Philomina: princesa ateniense, transformada en ruiseñor.

puja: ceremonia religiosa hindú de adoración.

phaelwan: luchador.

Puranas: poemas sagrados en sánscrito.

pundit, pandit: hindú ilustrado.

punga: árbol (*Pongamia labra*) del que se extrae un aceite que se usa para lámparas o fines medicinales.

rahat lacoum: dulce turco de consistencia gelatinosa, hecho de pasta de fécula perfumada.

Raj: Imperio; por excelencia, el británico.

rajput: miembro de la casta guerrera de los *rajputana*.

Ram: héroe del *Ramayana* y séptimo avatar de Visnú.

Ram Rajya: el Reino de Ram; para Gandhi, una sociedad sin opresiones ni injusticias.

rickshaw: vehículo de dos ruedas y tracción humana.

rakshasa: demonio o espíritu malo, sediento de sangre.

sahib: señor (título de respeto).

salah: sujeto, tipo.

sambal: salsa muy sazonada de *dhal*, verduras, especias, jugo de tamarindo, etc.

samjao: advertir, amonestar.

sarangi: violín indio, casi rectangular.

sati: cremación voluntaria de la esposa en la pira funeraria del marido.

shebeen: establecimiento ilegal de bebidas.

sij: seguidor de la religión monoteísta fundada hacia 1500 en el Punjab por Guru Nanak Shah, que trataba de unir a musulmanes e hindúes.

shri: título de respeto.

Sita: mujer de Rama, nacida en un surco de tierra, del que recibió su nombre.

sitar: instrumento musical de cuerdas dobles y mástil ancho de trastes curvos.

surahi: cántaro de largo cuello.

tamasha: representación, espectáculo.

tandoori: comida cocinada en un gran horno de tierra.

tch tch!: interjección que denota vergüenza.

tikka: dados de carne en adobo, con especias y tomates, cebollas, etc.

tommy: soldado británico.

vanaspati: aceite vegetal hidrogenado, para usos culinarios.

vellard: dique o paso seco (del portugués «vallado»).

wah!: exclamación de entusiasmo.

wallah: persona que realiza cualquier trabajo; la palabra sirve para formar una infinitud de compuestos (*gaiwallah*: vaquero).

Wee Willie Winkie: historieta creada por Lyonel Feininger (*Chicago Tribune*, 1906).

yaar: amigo. *yahoodi*: judío.

yarmulke: casquete que llevan los judíos ortodoxos.

notes

1. ...Y lo que es repugnante encontramos escaso; / Cada día al
Infierno bajamos un paso, / Sin horror, a través de tinieblas que hieden.
(*N. del T.*)